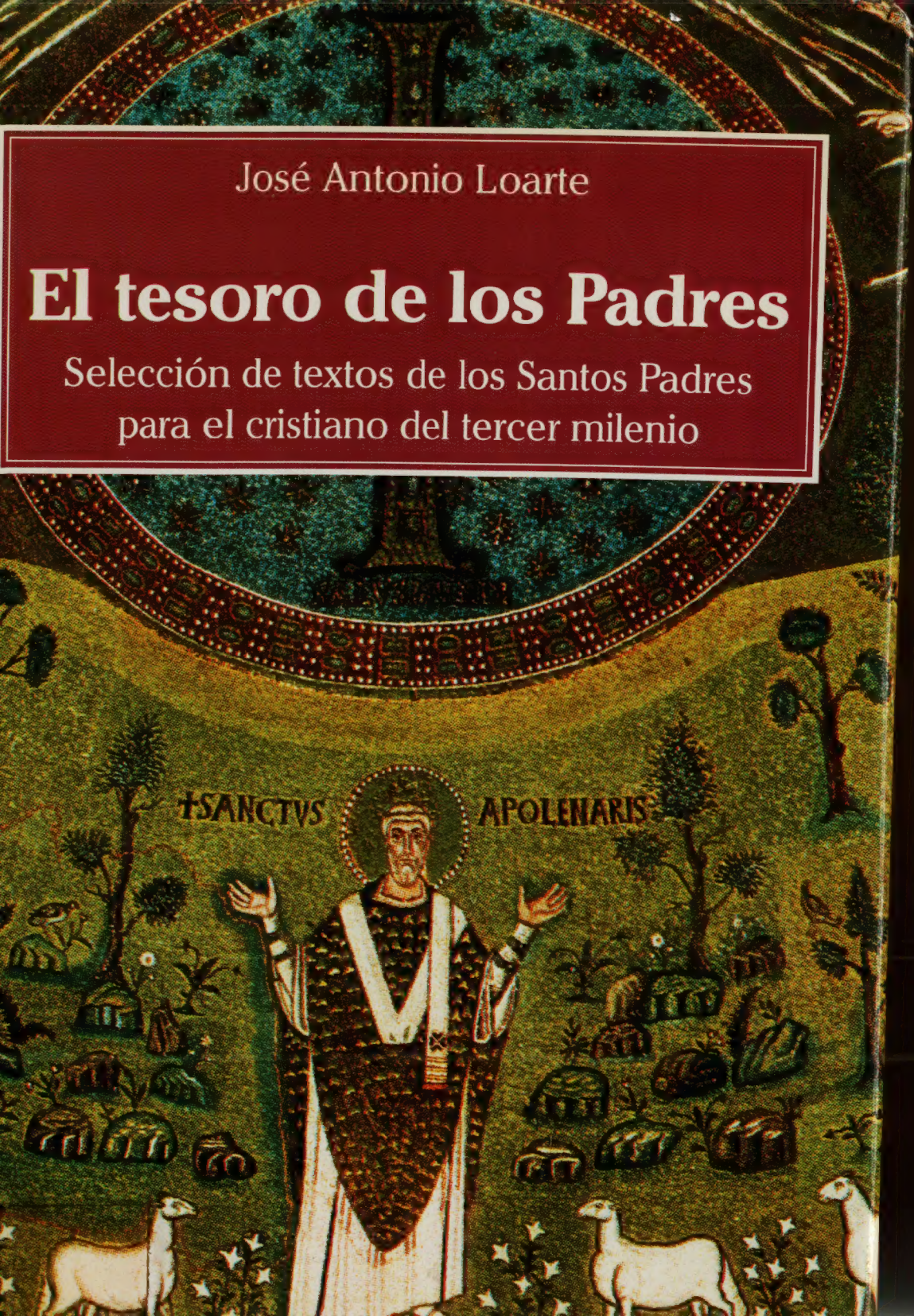
José Antonio Loarte

El tesoro de los Padres

Selección de textos de los Santos Padres para el cristiano del tercer milenio



PADRES Y ESCRITORES CITADOS
ZONA OCCIDENTAL DEL IMPERIO ROMANO

Aquileya
S. Cromacio (+407)
Arles
S. Cesáreo (+543)
Barcelona
S. Paciano (+500?)
Cartago
Tertuliano (+225)
S. Cipriano (+258)
Lactancio (+317?)
Hipona
S. Agustín (+430)
Lyon
S. Ireneo (+202)
Marsella
S. Vicente de Lerins (+450)
Salviano (+475?)
Milán
S. Ambrosio (+397)
Poitiers
S. Hilario (+367)
Rávena
S. Pedro Crisólogo (+458?)
Roma
S. Clemente (+101?)
Pastor de Hermas (siglo II)
S. Justino (+165)
S. Hipólito (+235)
S. Jerónimo (+420)
S. León Magno (+461)
S. Gregorio Magno (+604)
Sevilla
S. Isidoro (+636)
Telepte
S. Fulgencio (+533)
Toledo
S. Ildefonso (+667)
Turín
S. Máximo (+465?)
Verona
S. Zenón (+371?)

PADRES Y ESCRITORES CITADOS
ZONA ORIENTAL DEL IMPERIO ROMANO

Alejandría
Clemente de Alejandría (+215)
Orígenes (+253)
S. Atanasio (+373)
S. Cirilo (+444)

Ancira
Teodoto de Ancira (+446)

Antioquía de Siria
S. Ignacio (+107)
S. Teófilo (+180?)

Artashat (Armenia)
Juan Mandakuni (+490)

Atenas
Discurso a Diogneto (siglo II)

Belén
S. Jerónimo (+420)

Cesarea de Capadocia
S. Basilio el Grande (+379)

Cesarea de Palestina
Orígenes (+253)

Constantinopla
S. Juan Crisóstomo (+407)
S. Romano el Cantor (+560?)
S. Máximo el Confesor (+662)
S. Germán (+733)

Creta
S. Andrés de Creta (+720)

Damasco
S. Juan Damasceno (+749)

Edesa
S. Efrén de Siria (+373)

Esmirna
S. Policarpo (+155)

Jerusalén
S. Cirilo (+387)
S. Sofronio (+638)

Monte Sinaí
S. Juan Clímaco (+649)
S. Anastasio Sinaíta (+700)

Nacianzo
S. Gregorio Nacianceno (+390)

Nisa
S. Gregorio de Nisa (+394)

Nisibis
S. Efrén de Siria (373)

Sardes
Melitón de Sardes (siglo II)

Sarug
Santiago de Sarug (+521)

GUÍA PARA LA LECTURA

El siguiente esquema puede ser útil a quienes deseen hacer una lectura ordenada de los textos de Santos Padres recogidos en estas páginas. Se propone un itinerario que, a partir de la revelación del misterio de Dios y de su designio salvífico, hecha por Jesucristo a la Iglesia, conduce a meditar sobre la práctica de la vida cristiana.

I. La revelación y la fe

La búsqueda de Dios (S. Agustín): 226
La verdadera sabiduría (S. Justino): 58
Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo (S. Jerónimo): 221
Lectura frecuente de la Sagrada Escritura (S. Juan Crisóstomo): 205
El jardín de la Sagrada Escritura (S. Juan Damasceno): 360
Cómo leer la palabra de Dios (S. Isidoro de Sevilla): 310
Fe en la palabra de Dios (S. Cirilo de Alejandría): 254
La fuerza de la Tradición (S. Ireneo de Lyon): 79
La inteligencia de la fe (S. Vicente de Lerins): 280
La regla de la fe (S. Vicente de Lerins): 282
El encuentro con Dios (S. Agustín): 227

II. El misterio del Dios Uno y Trino

Invocación al Señor (S. Agustín): 230
Tres luces que son una Luz (S. Gregorio Nacianceno): 170

La unidad de la Santa Trinidad (S. Atanasio): 132
El Espíritu Santo, rocío de Dios (S. Ireneo de Lyon): 81
La acción del Espíritu Santo (S. Basilio): 153
El Espíritu Santo, fuente de agua viva (S. Cirilo de Jerusalén): 162
Plegaria a la Santísima Trinidad (S. Agustín): 248

III. La creación y las criaturas

Las criaturas humanas

La condescendencia divina (S. Atanasio): 133
El hombre, señor de la creación (S. Gregorio de Nisa): 178
Dignidad del alma y del cuerpo (S. Cirilo de Jerusalén): 164
A imagen de Dios (S. León Magno): 266
La ley natural (S. Juan Crisóstomo): 203
Santos en el alma y en el cuerpo (S. Ireneo de Lyon): 82
Solidaridad entre los hombres (Lactancio): 121
Reconocer los dones de Dios (S. Gregorio Nacianceno): 175

Las criaturas angélicas

El coro de los ángeles (S. Juan Damasceno): 363
Los santos ángeles (S. Gregorio Magno): 302
Los dos ángeles (Pastor de Hermas): 42

IV. Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre

El pecado y la justicia

El pecado original (S. Teófilo de Antioquía): 68
La justificación en Jesucristo (S. Paciano de Barcelona): 193
El Verbo encarnado nos hace semejantes a Dios (S. Hipólito): 98

El misterio de la Encarnación

La Encarnación del Señor (S. León Magno): 267
Dios y Hombre verdadero (S. Gregorio Nacianceno): 171
Lección de Navidad (Teodoto de Ancira): 322

El misterio de la Redención

La vieja y la nueva Pascua (Melitón de Sardes): 71
Sacerdote y Víctima (Orígenes): 103

El sacrificio de Cristo (S. Fulgencio de Ruspe): 294
La fuerza de la Cruz (S. Juan Damasceno): 361
Los frutos de la Pasión (Anónimo del s. II): 75
En la Resurrección del Señor (S. Gregorio Magno): 304
Cristo nos trae el Espíritu Santo (S. Cirilo de Alejandría): 251

V. María, Madre de Dios y Madre de los hombres

María en el Evangelio (Himno Akathistos): 329
La llena de gracia

Madre admirable (S. Efrén): 146
Sede de todas las gracias (Santiago de Sarug): 333
Madre inmaculada (S. Andrés de Creta): 353
Madre de la gracia (S. Germán de Constantinopla): 357

La Anunciación

La Anunciación de la Virgen (S. Efrén): 147
Ave María (S. Sofronio de Jerusalén): 342
Dios te salve, María (S. Cirilo de Alejandría): 252
Eva y María (S. Efrén): 149
El Magnificat de María (Orígenes): 106

Maternidad virginal

Madre de Dios (S. Cirilo de Alejandría): 254
Nacimiento virginal de Cristo (S. León Magno): 269
La canción de cuna de María (S. Efrén): 150

María en la vida de Cristo y de la Iglesia

Las bodas de Caná (S. Romano el Cantor): 337
La fe de María (S. Agustín): 246
Madre dolorosa (S. Romano el Cantor): 339
El consuelo de la Iglesia (S. Máximo el Confesor): 348

Glorificación de la Virgen

Madre de la gloria (S. Juan Damasceno): 364

Culto a la Santísima Virgen

Honrar a María (S. Ildefonso de Toledo): 314

VI. La Iglesia y los sacramentos

La Iglesia, Cuerpo de Cristo

Buscar a Cristo en la Iglesia (Orígenes): 102
Miembros de un mismo Cuerpo (S. Clemente Romano): 25
Unión con la Cabeza (S. Ignacio de Antioquía): 30
Una sola Iglesia (S. Cipriano): 114
Piedras para construir la Iglesia (Pastor de Hermas): 38
Consejos de un Pastor (S. Policarpo de Esmirna): 48

El Bautismo y la Confirmación

Configurarse con Cristo (S. Basilio): 154
Las maravillas del Bautismo (S. Cipriano): 112
Templos de Dios (S. Cesáreo de Arles): 297
El santo crisma (S. Cirilo de Jerusalén): 166

La Eucaristía, sacrificio y sacramento

Un sacrificio puro (Didaché): 22
Como los Apóstoles nos enseñaron (S. Justino): 63
La Plegaria Eucarística de San Hipólito (S. Hipólito): 99
El Cuerpo de Cristo (S. Ambrosio): 183
Cómo acercarse al Santísimo Sacramento (Juan Mandakuni): 324
Para comulgar dignamente (Anastasio Sinaíta): 350

Los otros sacramentos

La misericordia divina (S. Ambrosio): 186
Por qué confesar los pecados (Tertuliano): 91
Recomenzar (S. Juan Crisóstomo): 212
Dignidad del sacerdocio (S. Juan Crisóstomo): 214
Los rasgos del buen Pastor (S. Ignacio de Antioquía): 32
La figura del sacerdote (S. Jerónimo): 221
El servicio episcopal (S. Agustín): 244
Ejemplo de buen Pastor (Clemente de Alejandría): 87
La educación de los hijos (S. Juan Crisóstomo): 216
Felicidad del matrimonio cristiano (Tertuliano): 95

VII. La vida cristiana

El camino del cristiano

Los dos caminos (Epístola de Bernabé): 35
La vocación cristiana (Discurso a Diogneto): 65
¿Qué significa ser cristiano? (S. Gregorio de Nisa): 180
Templos de Dios (S. Cesáreo de Arles): 297
Lo extraordinario de lo ordinario (S. Agustín): 240
Los bienes de la enfermedad (S. Gregorio Magno): 307
Infancia espiritual (S. León Magno): 271
Hacerse como niños (S. Máximo de Turín): 288
Dar gracias a Dios en todo momento (S. Máximo de Turín): 286
Las bienaventuranzas (S. Cromacio de Aquileya): 197
Sin miedo a la muerte (S. Cipriano): 118

La fe y las obras

Santidad, fe y obras (S. Clemente Romano): 24
Las obras del cristiano (S. Justino): 60
Cumplir la Voluntad de Dios (Secunda Clementis): 44
Cuando Cristo pasa (S. Agustín): 238
Los preceptos del Señor (Salviano de Marsella): 290
El martirio de Policarpo: 50
El sacrificio espiritual (S. Pedro Crisólogo): 259

Vida de oración

Recogimiento interior (S. Basilio): 156
El diálogo con Dios (S. Juan Clímaco): 345
A la hora de rezar (Orígenes): 108
La oración dominical (S. Pedro Crisólogo): 258
La eficacia de la oración (Tertuliano): 94
Cómo pedir a Dios (S. Agustín): 235

La lucha interior

La pelea del cristiano (S. Juan Crisóstomo): 207
Un combate de santidad (S. León Magno): 274
El martirio interior (S. Ambrosio): 185
Recomenzar (S. Juan Crisóstomo): 212
La misericordia divina (S. Ambrosio): 186

Las virtudes, fuerzas para vencer

Virtudes cristianas (S. Gregorio Nacianceno): 173
Virtudes teologales (S. Zenón de Verona): 141
Tocar a Cristo con fe (S. Pedro Crisólogo): 262
Elogio de la caridad (S. Agustín): 229
Sobre la misericordia (S. Cesáreo de Arles): 299
¡Mirad cómo se aman! (Tertuliano): 90
Las obras de misericordia (S. Isidoro de Sevilla): 311
Las virtudes morales (S. Agustín): 233
El deber de trabajar (S. Basilio): 159
Frutos de la paciencia (S. Cipriano): 115
Camino del martirio (S. Ignacio de Antioquía): 29
El valor de las riquezas (Clemente de Alejandría): 85
Vivir la pureza en todos los estados (S. Agustín): 241
Reconocer los dones de Dios (S. Gregorio Nacianceno): 175

El apostolado

Como sal y como luz (S. Juan Crisóstomo): 209
Sobre la amistad (S. Ambrosio): 188
Las armas del apóstol (S. Hilario): 138

TESTIGOS DE LOS COMIENZOS

(SIGLOS I-II)

Después de la Ascensión del Señor al Cielo y de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, los Apóstoles, cumpliendo el mandato de Cristo, se dispersaron por todo el mundo entonces conocido para llevar a cabo la misión que el Señor mismo les había confiado: *id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (*Mt* 28, 19-20).

Muy pronto, comenzando por Jerusalén y por Judea, el Cristianismo se extendió por toda Palestina y llegó a Siria y Asia Menor, al norte de África, a Roma y hasta los confines de Occidente. En todas partes, los Apóstoles y los discípulos de la primera hora transmitieron a otros lo que ellos habían recibido, dando así origen a la Tradición viva de la Iglesia. Los primeros eslabones de esta larga cadena que llega hasta nuestros días son los Apóstoles; de ellos penden, como eslabones inmediatos, los Padres y escritores de finales del siglo I y primera mitad del siglo II, a los que habitualmente se denomina *apostólicos* por haber conocido personalmente a aquellos primeros. El nombre proviene del patrólogo Cotelier que, en el siglo XVI, hizo la edición príncipe de las obras de cinco de esos Padres, que según él «florecieron en los tiempos apostólicos». En esa primera edición, figuran la Epístola de Bernabé (que entonces se supuso equivocadamente que había sido escrita por el compañero de San Pablo en sus viajes apostólicos); Clemente Romano (que efectivamente, según el testimonio de San Ireneo, conoció y trató a los Apóstoles Pedro y Pablo); Hermas (a quien errónea-

mente se identificó con el personaje de ese nombre citado por San Pablo en la Epístola a los Romanos); Ignacio de Antioquía (que muy bien pudo conocer a los Apóstoles), y Policarpo (de quien San Ireneo testimonia explícitamente que había conocido al Apóstol San Juan).

A estas obras se unieron poco a poco las de otros Padres o escritores de esa época que se fueron descubriendo: la «Didaché» («Doctrina de los Doce Apóstoles»), que es el más antiguo de estos escritos; la homilía llamada «Secunda Clementis» (se atribuyó por algún tiempo a aquel gran Obispo de Roma), y otras obras, como las «Odas de Salomón» o los pocos fragmentos de Papías de Hierápolis que se conservan.

Característica común de este grupo de escritos, no muy numeroso, es que nos transmiten la predicación apostólica con una frescura e inmediatez que contrasta con su vetusta antigüedad. Son escritos nacidos en el seno de la comunidad cristiana, casi siempre por obra de sus Pastores, destinados al alimento espiritual de los fieles. La Iglesia estaba entonces recién nacida y, aunque desde el principio tuvo que sufrir contradicciones (basta leer el libro de los Hechos de los Apóstoles), no permitió el Señor que la asaltaran, en esta época tan joven, grandes herejías como las que surgirían más tarde. Como escribe el antiguo historiador de la Iglesia, Hegesipo, sólo «cuando el sagrado coro de los Apóstoles hubo terminado su vida, y había pasado la generación de los que habían tenido la suerte de escuchar con sus propios oídos a la Sabiduría divina, entonces fue cuando empezó el ataque de errores impíos, por obra del extravío de los maestros de doctrinas extrañas».

Estos *testigos de los comienzos*, como los hemos llamado, no se proponen defender la fe frente a paganos, judíos o herejes (aunque algún eco de tal defensa se encuentra de vez en cuando), ni pretenden desarrollar científicamente la doctrina, sino que tratan de transmitirla como la han recibido, con recuerdos e impresiones a veces muy personales. Su estilo es, por eso, directo y sencillo; hablan de lo que viven y de lo que han visto vivir a los primeros discípulos: aquéllos que conocieron a Cristo cuando vivía entre los hombres y tocaron —como afirma San Juan— al mismo Verbo de la vida (cfr. 1 *Jn* 1, 1).

La datación de estos escritos va desde el año 70 (en vida, por tanto, de algunos de los Apóstoles) hasta mediados del siglo II, cuando muere Policarpo de Esmirna, que había conocido al Apóstol San Juan. Un largo arco de tiempo, cuya parte final se superpone a los comienzos de la segunda etapa, la de los apologistas y defensores de la fe, que pondrán los fundamentos de la teología y pasarán el relevo de la Tradición —superando numerosas persecuciones, de dentro y de fuera— a los que serían las luminarias de los grandes Concilios ecuménicos de la antigüedad.

Enseñanza de los Doce Apóstoles («Didaché»)

La *Didaché* o *Enseñanza de los Doce Apóstoles* es uno de los escritos más venerables que nos ha legado la antigüedad cristiana. Baste decir que su composición se data en torno al año 70; casi contemporáneamente, por tanto, a algunos libros del Nuevo Testamento.

Aletea en su contenido la vida de la primitiva cristiandad. A través de formulaciones claras, asequibles tanto a mentes cultas como a inteligencias menos ilustradas, se enumeran normas morales, litúrgicas y disciplinares que han de guiar la conducta, la oración, la vida de los cristianos. Se trata de un documento catequético, breve, destinado probablemente a dar la primera instrucción a los neófitos o a los catecúmenos.

Se desconoce el autor y el lugar de composición de la *Didaché*. Algunos estudiosos hablan más bien de un compilador, que habría puesto por escrito algunas enseñanzas de la predicación apostólica. Se sitúa su redacción en suelo sirio o tal vez egipcio.

En este libro se distinguen cuatro partes. La primera, de contenido catequético-moral, está basada en la enseñanza de *los dos caminos* que se le presentan al hombre: el que conduce a la vida y el que lleva a la muerte eterna. La segunda parte, de carácter litúrgico, trata del modo de administrar el Bautismo —puerta de los demás sacramentos—, del ayuno y la oración —muy practicados por los primeros cristianos— y de la celebración de la Eucaristía. La tercera parte trata de la disciplina de la comunidad cristiana y de algunas funciones eclesiásticas. Se explica también, sintéticamente, el modo de celebrar el *día del Señor* (nuestro actual domingo), y se alude —entre otras— a dos costumbres que manifiestan la finura de caridad que practicaban nuestros primeros hermanos en la fe: la hospitalidad —con advertencias ante los abusos de quienes buscaban vivir a costa de los demás— y la corrección fraterna. La última sección comienza parafraseando la exhortación de Jesús a vivir vigilantes, a

prepararse para la hora en la que el Señor viene. Esta parte acaba con una síntesis de las principales enseñanzas escatológicas pronunciadas por el Maestro.

Un sacrificio puro

(Didaché o Enseñanza de los Doce Apóstoles, cap. IX y X)

En cuanto a la Eucaristía, dad gracias así. En primer lugar, sobre el cáliz: «Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa vid de David, tu siervo, que nos diste a conocer por Jesús, tu siervo. A Ti gloria por los siglos».

Luego, sobre el fragmento de pan: «Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A Ti la gloria por los siglos».

«Así como este trozo estaba disperso por los montes y reunido se ha hecho uno, así también reúne a tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por los siglos por medio de Jesucristo».

Nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía a no ser los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de esto también dijo el Señor: *No deis lo santo a los perros.*

Después de haberos saciado, dad gracias de esta manera:

«Te damos gracias, Padre Santo, por tu Nombre Santo que has hecho habitar en nuestros corazones, así como por el conocimiento, la fe y la inmortalidad que nos has dado a conocer por Jesús tu siervo. A Ti la gloria por los siglos».

«Tú, Señor omnipotente, has creado el universo a causa de tu Nombre, has dado a los hombres alimento y bebida para su disfrute, a fin de que te den gracias y, además, a nosotros nos has concedido la gracia de un alimento y bebida espirituales y de vida eterna por medio de tu Siervo».

«Ante todo, te damos gracias porque eres poderoso. A Ti la gloria por los siglos».

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y perfeccionarla en tu amor y a Ella, santificada, reúnela de los cuatro vientos en el reino tuyo, que le has preparado. Porque Tuyo es el poder y la gloria por los siglos».

«¡Venga la gracia y pase este mundo! ¡Hosanna al Dios de David! ¡Si alguno es santo, venga!; ¡el que no lo sea, que se convierta! *Maranatha.* Amén».

San Clemente Romano

Los primeros sucesores de San Pedro en la sede de Roma fueron, según testimonia la Tradición, Lino (hasta el año 80) y Anacleto, también llamado Cleto (80-92) «Después de ellos, cuenta San Ireneo, en tercer lugar desde los Apóstoles, accedió al episcopado Clemente, que no sólo vio a los propios Apóstoles, sino que con ellos conversó y pudo valorar detenidamente tanto la predicación como la tradición apostólica». Fue San Clemente, por tanto, el cuarto de los Papas. Como parece querer indicar San Ireneo, este santo Vicario de Cristo fue un eslabón muy importante en la cadena de la continuidad, por su conocimiento y por su fidelidad a la doctrina recibida de los Apóstoles. Nada dicen los más antiguos escritores eclesiásticos sobre su muerte, aunque el *Martyrium Sancti Clementis*, redactado entre los siglos IV y VI, refiere que murió mártir en el Mar Negro, entre los años 99 y 101. Poco antes debió de redactar su *Carta a los Corintios*, que es uno de los escritos mejor testimoniados en la antigüedad cristiana, pues fue muy célebre y citado en los primeros siglos.

El motivo fue una disputa surgida entre los fieles de Corinto, en la que se llegó incluso a deponer a varios presbíteros. La carta pretende llamar a la paz a los cristianos de Corinto; y quiere inducir a la penitencia y al arrepentimiento de aquellos desconsiderados que injustamente se habían rebelado contra la legítima autoridad, fundada sobre la tradición de los Apóstoles. Además, constituye un documento de capital importancia para el conocimiento de la Teología y de la Liturgia romana.

Grave debía de ser la situación creada en aquella antigua iglesia a la que San Pablo dedicó sus mayores cuidados y reprensiones paternales con motivo de otros desórdenes, que años después parecían volver a reproducirse. El tono de la carta combina la dulzura y energía de un padre; pero es preciso subrayar que San Clemente no escribe como si fuera una voz autorizada cualquiera, sino como quien es consciente de tener una especial responsabilidad en la Iglesia. Incluso comienza disculpán-

dose por no haber intervenido con la prontitud debida, a causa de «las repentinas y sucesivas desgracias y contratiempos» que habían afectado a la Iglesia de Roma: muy probablemente se refiere a la cruel persecución de Domiciano. Se trata de un testimonio antiquísimo sobre la primacía de Roma como Cabeza de la Iglesia universal.

Santidad, fe y obras

(Epístola a los Corintios, 30-34)

Acerquémonos al Señor en santidad de alma, con las manos puras y limpias levantadas hacia Él, amando al que es nuestro Padre clemente y misericordioso, que nos escogió como porción de su heredad. Porque así está escrito: *cuando el Altísimo dividió las naciones, y dispersó a los hijos de Adán, delimitó las gentes según el número de los ángeles de Dios: mas la porción del Señor es el pueblo de Jacob; la porción de su herencia, Israel* (*Dt* 32, 8-9). Y en otro lugar, la Escritura dice: *he aquí que el Señor toma para sí un pueblo de entre los pueblos, como recoge un hombre las primicias de su era; y de este pueblo surgirá el Santo de los santos* (*Dt* 4, 34).

Somos una porción santa: practiquemos obras de santidad. Evitemos la calumnia, la impureza, la embriaguez y el afán de novedades, la abominable codicia, el odioso adulterio, la detestable soberbia: *Dios* —dice la Escritura— *resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia* (*Sant* 4, 6).

Unámonos, pues, a aquellos a quienes Dios ha dado su gracia. Revistámonos de concordia; humildes, castos, apartados de toda murmuración y calumnia, justificados por nuestras obras y no por nuestra palabra; pues *el que mucho habla, mucho deberá oír: ¿o es que el charlatán por sus palabras es justificado?* (*Job* 11, 2) (...).

Nuestra alabanza ha de venir de Dios, y no de nosotros mismos, pues Dios detesta a los que a sí mismos se enaltecen. Que los demás den testimonio de nuestras buenas obras, como se ha dado de nuestros padres, varones justos. Dios maldice el descaro, la arrogancia y la temeridad; mientras la modestia, la humildad y la mansedumbre brillan en los bendecidos por el Señor.

Adhirámonos a la bendición de Dios y veamos cuáles son los caminos para alcanzarla. Volvamos nuestra vista a los primeros acontecimientos de la historia de la salvación. ¿Por qué fue bendecido nuestro padre Abraham? ¿No lo fue por obrar la justicia y la verdad por medio de la fe? Isaac, aun conociendo con certeza lo que le sucedería, libremente, con confianza,

se dejó llevar al sacrificio. Jacob, huyendo de su hermano, humildemente emigró de su tierra, y marchó a casa de Labán; le sirvió y le fueron dadas las doce tribus de Israel (...).

En suma, fueron glorificados y engrandecidos, no por sus méritos propios, ni por sus obras o por su justicia, sino por la Voluntad de Dios. Por lo tanto, tampoco nosotros —que hemos sido llamados en Jesucristo por su misma voluntad— nos justificamos por nuestros propios méritos, ni por nuestra sabiduría, inteligencia y piedad, o por las obras que hacemos en santidad de corazón, sino por la fe: porque el Dios Omnipotente, de quien es la gloria por los siglos de los siglos, justificó a todos desde el principio.

Entonces, ¿qué haremos, hermanos? ¿Seremos negligentes en las buenas obras y descuidaremos la caridad? No permita Dios que esto suceda. Al contrario, con esfuerzo y ánimo generoso apresurémonos a cumplir todo género de obras buenas.

El mismo artífice y Señor de todas las cosas se regocija y se complace en sus obras. Con su poder soberano afianzó los cielos, y con su inteligencia incomprensible los ordenó. Separó la tierra del agua que la envolvía, y la asentó en el cimiento firme de su propia voluntad. Por su mandato recibieron el ser los animales que sobre ella se mueven, y al mar y a los animales que en él viven, después de crearlos, los encerró con su poder soberano. Finalmente, con sus sagradas e inmaculadas manos, plasmó al hombre, la criatura más excelente y grande por su inteligencia, imprimiéndole el sello de su propia imagen (...). Así que, teniendo a Dios como modelo, adhirámonos sin reticencias a su santa Voluntad, y con todas nuestras fuerzas hagamos obras de justicia.

El buen trabajador toma con libertad el pan de su labor, mientras el perezoso y holgazán no se atreve a mirar el rostro de su amo. Por tanto, seamos prontos y diligentes en las buenas obras, ya que del Señor nos viene todo. Él mismo nos lo ha dicho: *he aquí el Señor, y su recompensa delante de su faz, para dar a cada uno según su trabajo* (*Is* 40, 10). Con ello, nos exhorta a que pongamos en Él nuestra fe, con todo nuestro corazón, y a que no seamos perezosos ni negligentes en ningún genero de obras buenas.

Miembros de un mismo Cuerpo

(Epístola a los Corintios, 37-38, 42, 44, 46-47, 56-58)

Así pues, hermanos, marchemos como soldados, con toda constancia en sus inmaculados mandatos. Reflexionemos sobre los que militan bajo

nuestros jefes: ¡qué disciplinada, qué dócil, qué obedientemente cumplen las órdenes! No todos son prefectos ni tribunos, ni centuriones, ni comandantes al mando de cincuenta hombres, y así sucesivamente, sino que cada uno en su propio orden cumple lo ordenado por el rey y los jefes. Sin los pequeños, los grandes no pueden existir, ni los pequeños sin los grandes. En todo hay una cierta composición, y en ello está la utilidad. Tomemos nuestro cuerpo: la cabeza es nada sin los pies y, de igual manera, los pies sin la cabeza. Los miembros pequeños de nuestro cuerpo son necesarios y útiles a todo el cuerpo. Todos colaboran y necesitan de una sola sumisión para conservar todo el cuerpo.

Por tanto, consérvese nuestro cuerpo en Cristo Jesús, y sométase cada uno a su prójimo tal como fue establecido por su gracia. El fuerte cuide del débil, y el débil respete al fuerte; el rico provea al pobre, y el pobre dé gracias a Dios por haber dispuesto que alguien se encargue de suplir su necesidad. El sabio muestre su sabiduría no con palabras, sino con buenas obras. El humilde no se alabe a sí mismo; por el contrario, deje a los demás la alabanza. El casto según la carne no se jacte, sabiendo que es otro el que le otorga la fuerza. Por tanto, hermanos, consideremos de qué materia fuimos hechos, cuáles y quiénes entramos en el mundo, de qué sepulcro y tinieblas nos sacó el que nos ha plasmado y creado para introducirnos en su mundo, preparándonos sus beneficios de antemano, antes de que nosotros naciéramos (...).

Los Apóstoles nos anunciaron el Evangelio de parte del Señor Jesucristo; Jesucristo fue enviado de parte de Dios. Así pues, Cristo de parte de Dios, y los Apóstoles de parte de Cristo. Los dos envíos sucedieron ordenadamente conforme a la Voluntad divina. Por tanto, después de recibir el mandato, plenamente convencidos por la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y confiados en la Palabra de Dios, con la certeza del Espíritu Santo, partieron para anunciar que el Reino de Dios iba a llegar. Consiguientemente, predicando por comarcas y ciudades establecían sus primicias, después de haberlos probado por el Espíritu, para que fueran obispos y diáconos de los que iban a creer (...). Y nuestros Apóstoles conocieron por medio de Nuestro Señor Jesucristo que habría discordias sobre el nombre del obispo. Puesto que por esta causa tuvieron un perfecto conocimiento, establecieron a los ya mencionados y después dieron norma para que, si morían, otros hombres probados recibiesen en sucesión su ministerio.

Así pues, no consideramos justo que sean arrojados de su ministerio los que fueron establecidos por aquéllos o, después, por otros insignes hombres con la conformidad de toda la Iglesia y que sirven irreprochablemente al pequeño rebaño de Cristo, con humildad, callada y distinguidamente, alabados durante mucho tiempo por todos (...).

¿Por qué hay entre vosotros discordias, iras, disensiones, cismas y guerra? ¿Acaso no tenemos un único Dios, un único Cristo, un único Espíritu de gracia que ha sido derramado sobre nosotros y una única llamada en Cristo? ¿Por qué separamos y dividimos los miembros de Cristo y nos rebelamos contra el propio cuerpo y llegamos a tal locura que nos olvidamos de que somos los unos miembros de los otros? Recordad las palabras de Jesús Nuestro Señor. Pues dijo: *¡ay de aquel hombre! Mejor sería para él no haber nacido que escandalizar a uno de mis elegidos. Mejor sería para él ceñirse una piedra de molino y hundirse en el mar que extraviar a uno de mis elegidos* (cfr. *Mt* 26, 25; *Lc* 17, 1-2). Vuestro cisma extravió a muchos, empujó a muchos al desaliento, a muchos a la duda, a todos nosotros a la tristeza, y vuestra revuelta es tenaz.

Tomad la carta del bienaventurado Apóstol Pablo. Ante todo, ¿qué os escribió en el inicio de la epístola? Guiado por el Espíritu os escribió en verdad sobre él mismo, Cefas y Apolo, porque también entonces habíais creado bandos. Pero aquella bandería llevó a un pecado menor, pues estabais apoyados en acreditados Apóstoles y en un hombre probado entre ellos. Ahora considerad quiénes os han extraviado y han debilitado la veneración de vuestro afamado amor fraterno. Amados, vergonzoso, muy vergonzoso e indigno de la conducta en Cristo es oír que la solidísima y antigua Iglesia de los corintios se ha rebelado contra los presbíteros a causa de una o dos personas. Y esta noticia no sólo ha corrido hasta nosotros, sino también hasta los que piensan de distinta manera a la nuestra, de modo que por vuestra insensatez también las blasfemias se dirigen al nombre del Señor y os acarreáis un peligro (...).

Amados, asumamos la corrección por la que nadie debe irritarse. La advertencia que mutuamente nos hagamos es muy buena y muy beneficiosa, pues nos une a la Voluntad de Dios. Pues así dice la palabra santa: *el Señor me corrigió y no me entregó a la muerte* (*Sal* 140, 5). *Porque el Señor corrige al que ama y azota a todo aquel que acepta como hijo* (*Prv* 3, 12) (...).

Ahora, pues, los que fuisteis causa de que estallara la sedición, someteos a vuestros presbíteros y corregíos para penitencia, doblando las rodillas de vuestro corazón. Aprended a someteros, deponiendo la arrogancia jactanciosa y altanera de vuestra lengua; pues más os vale encontraros pequeños pero escogidos dentro del rebaño de Cristo, que ser excluidos de su esperanza a causa de la excesiva estimación de vosotros mismos.

San Ignacio de Antioquía

La vuelta del emperador Trajano a Roma, tras la conquista de la Dacia —la actual Rumanía—, fue celebrada con ciento veintitrés días de espectáculos. Diez mil gladiadores perecieron en los juegos circenses. También fueron devorados por las fieras muchos condenados, por el mero hecho de ser cristianos. Entre ellos el obispo de Antioquía, Ignacio. Detenido y juzgado, el prisionero abandonó la gran metrópoli de Siria hacia Roma, cargado de cadenas y bien escoltado por un pelotón de diez soldados de la cohorte Lepidiana, llamados *leopardos*. Corría probablemente el año 106, o principios del 107.

Ignacio era el segundo o tercer sucesor de San Pedro en la sede de Antioquía, pues los testimonios no son unánimes. Ante todo era un pastor de almas, enamorado de Cristo y preocupado tan sólo de custodiar el rebaño que le había sido confiado. Su mejor retrato nos lo proporciona él mismo en las cartas que escribió a varias comunidades cristianas mientras se encontraba de camino hacia Roma.

Por su contenido, esta cartas tienen un gran interés doctrinal. Bastantes de los temas que tratan están determinados por la polémica contra las herejías más difundidas, especialmente el docetismo, que negaba la realidad de la encarnación del Verbo. San Ignacio afirma con energía la verdadera divinidad y la verdadera humanidad del Hijo de Dios. Otro punto importante es la doctrina sobre la Iglesia. San Ignacio considera que el ser de la Iglesia está profundamente anclado en la Trinidad y, a la vez, expone la doctrina de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Su unidad se hace visible en la estructura jerárquica, sin la cual no hay Iglesia y sin la que tampoco es posible celebrar la Eucaristía. La Jerarquía aparece constituida por obispos, presbíteros y diáconos. Se trata de un testimonio precioso, por su claridad y antigüedad. Toda la comunidad debe obedecer al obispo, que representa a Dios, el obispo invisible. Al obispo deben someterse el presbiterio y los diáconos hasta el punto de que, si

alguien obra algo a margen de la jerarquía, afirma, «no es puro en su conciencia».

Ignacio muestra ser un hombre de gran corazón. Agradece emocionado la finura de la fraternidad de los primeros cristianos, que —apenas conocer su cautiverio— se prodigan con él, le proporcionan lo necesario para el viaje, se ofrecen a acompañarle y a compartir su suerte. Corren a confortarle desde las ciudades vecinas, pero son ellos quienes tornan removidos y contagiados del amor a Dios. Gracias a su intensa vida interior, San Ignacio intenta hacer el mayor bien posible en los lugares por donde pasa, abriendo a los demás el tesoro de los dones que el Espíritu Santo le ha concedido. Con una gran humildad afirma: «no os doy órdenes como si fuese alguien», pero su caridad sabe usar tonos enérgicos cuando es necesario: no esquiva corregir aunque duela, ni denunciar la herejía o la desviación disciplinar.

Este es el propósito principal de las epístolas ignacianas. A lo largo de su viaje, observa y escucha lo que ocurre: rápidamente discierne los viejos errores ya repetidamente combatidos por los Apóstoles, cuya raíz maligna sigue brotando por doquier: el docetismo, que propugnaba un Cristo aparente, no realmente encarnado; el gnosticismo, que disuelve el cristianismo para reducirlo a una ciencia de autosalvación basada en el conocimiento de verdades pseudofilosóficas; las tendencias judaizantes, el rigorismo ético... Y sobre todo, una doctrina que quiere dividir a la Iglesia en dos bloques contrapuestos, enfrentando a los fieles con el obispo y su presbiterio.

Camino del martirio

(Carta a los Romanos, intr. y cap. 4, 6-7)

Ignacio, llamado también Teóforo [portador de Dios], a la Iglesia que ha alcanzado misericordia en la magnificencia del Padre Altísimo y de Jesucristo, su único Hijo, a la Iglesia amada e iluminada en la Voluntad del que ha querido todo lo que existe conforme al amor de Jesucristo, Nuestro Dios; Iglesia que preside en la región de los romanos, y es digna de Dios, digna de honor, digna de bienaventuranza, digna de alabanza, digna de éxito, digna de pureza; la que está a la cabeza de la caridad, depositaria de la ley de Cristo y adornada con el nombre del Padre: a ella la saludo en el nombre de Jesucristo, Hijo del Padre. A los que están unidos en carne y en espíritu con todo mandamiento suyo, a los que están inquebrantablemente llenos de la gracia de Dios y a los que están purificados de todo extraño tinte, les deseo una abundante alegría sin mancha, en Jesucristo, Nuestro Dios (...).

Escribo a todas las Iglesias y anuncio a todos que voluntariamente muero por Dios si vosotros no lo impedís. Os ruego que no tengáis para mí

una benevolencia inoportuna. Dejadme ser pasto de las fieras por medio de las cuales podré alcanzar a Dios. Soy trigo de Dios y soy molido por los dientes de las fieras para mostrarme como pan puro de Cristo. Excitad más bien a las fieras para que sean mi sepulcro y no dejen rastro de mi cuerpo a fin de que, una vez muerto, no sea molesto a nadie (...). Pedid a Cristo por mí para que, por medio de estos instrumentos, logre ser un sacrificio para Dios. No os doy órdenes como Pedro y Pablo. Aquéllos eran Apóstoles; yo soy un condenado; aquéllos, libres; yo, hasta ahora, un esclavo. Pero si sufro el martirio, seré un liberto de Jesucristo y en Él resucitaré libre. Ahora, encadenado, aprendo a no desear nada (...).

Para mí es mejor morir para Jesucristo que reinar sobre los confines de la tierra. Busco a Aquél que murió por nosotros. Quiero a Aquél que resucitó por nosotros. Mi partida es inminente. Perdonadme, hermanos. No impidáis que viva; no queráis que muera. No entreguéis al mundo al que quiere ser de Dios, ni lo engañéis con la materia. Dejadme alcanzar la luz pura. Cuando eso suceda, seré un hombre. Permitidme ser imitador de la Pasión de mi Dios (...).

Mi deseo está crucificado y en mí no hay fuego que ame la materia. Pero un agua viva habla dentro de mí y, en lo íntimo, me dice: *Ven al Padre*. No siento gusto por el alimento de corrupción ni por los placeres de esta vida. Quiero Pan de Dios, que es la Carne de Jesucristo, el de la descendencia de David, y como bebida quiero su Sangre, que es el amor incorruptible.

Unión con la Cabeza

(Carta a los Efesios, 3-7, 9-10, 12-13)

No os doy órdenes como si fuese alguien. Pues si estoy encadenado a causa de Nuestro Señor, todavía no he alcanzado la perfección en Jesucristo. Ahora, en efecto, comienzo a ser discípulo y os hablo como a condiscípulos. Pues era necesario que vosotros me ungieseis con vuestra fe, exhortación, paciencia y grandeza de ánimo. Pero, puesto que la caridad no me permite guardar silencio acerca de vosotros, me he adelantado a exhortaros para que corráis unidos en la Voluntad de Dios. Pues, además, Jesucristo, nuestro inseparable vivir, es la Voluntad del Padre, así como también los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en la Voluntad de Jesucristo.

Por tanto, os conviene correr a una con la voluntad del obispo, lo que ciertamente hacéis. Vuestro presbiterio, digno de fama y digno de Dios, está en armonía con el obispo como las cuerdas con la cítara. Por esto, Jesucristo entona un canto por medio de vuestra concordia y de vuestra armoniosa caridad. Cada uno de vosotros sea un coro para que, afinados en la concordia, a una con la melodía de Dios, cantéis al unísono al Padre por medio de Jesucristo para que os escuche y reconozca, por vuestras buenas obras, que sois miembros de su Hijo. Así pues, es bueno que vosotros permanezcáis en la unidad inmaculada para que siempre participéis de Dios (...).

Que nadie os engañe. Si alguien no está dentro del altar del sacrificio, carece del pan de Dios. Pues, si la oración de uno o dos tiene tal fuerza, ¡cuánto más la del obispo y la de toda la Iglesia! (...).

No escuchéis a nadie más que al que os hable de Jesucristo en verdad. Pues algunos acostumbran a divulgar sobre Jesucristo con perverso engaño, y además hacen cosas indignas de Dios. A ésos es necesario que los evitéis lo mismo que a las fieras, pues son perros rabiosos que muerden a traición, de los cuales es necesario que os guardéis pues sus mordeduras son difíciles de curar. Hay un solo Médico corporal y espiritual, creado e increado, Dios hecho carne, vida verdadera en la muerte, nacido de María y de Dios, primero pasible y, luego, impasible, Jesucristo Nuestro Señor (...).

He sabido que han pasado algunos que venían de por ahí abajo con mala doctrina, a los cuales no habéis permitido sembrar entre vosotros, cerrando los oídos para no recibir lo que siembran, como piedras que sois del templo del Padre, dispuestos para la edificación de Dios Padre, elevadas a lo alto por la máquina de Jesucristo, que es la Cruz, y ayudados del Espíritu Santo que es la cuerda. Vuestra fe es vuestra cabria y el amor, el camino que os conduce a Dios (...).

Orad sin interrupción (1 *Tes* 5, 17) por los demás hombres para que alcancen a Dios, pues en ellos hay esperanza de conversión. Así pues, concededles que puedan aprender de vuestras obras. Ante su ira, vosotros sed mansos; ante su jactancia, vosotros sed humildes; ante sus blasfemias, vosotros [elevad] oraciones; ante su error, vosotros [permaneced] *cimentados en la fe* (*Col* 1, 23) (...).

Sé quién soy y a quiénes escribo. Yo soy un condenado; vosotros habéis alcanzado misericordia. Yo estoy en peligro; vosotros, firmes. Sois camino de paso para los que, por la muerte, son levantados hacia Dios; en la iniciación de los misterios [fuisteis] compañeros de Pablo, el santo, el celebrado, el digno de bienaventuranza —en cuyas huellas, cuando alcance a Dios, desearía ser encontrado—, el cual en todas sus cartas os recuerda en Jesucristo.

Así pues, esforzaos en reuniros frecuentemente para la Eucaristía y gloria de Dios. Pues cuando os reunís con frecuencia, las fuerzas de Satanás son destruidas, y su ruina se deshace por la concordia de vuestra fe.

Los rasgos del buen Pastor

(Carta a Policarpo, 1-6)

Yo te exhorto, por la gracia de que estás revestido, a que aceleres el paso en tu carrera y a que tú, por tu parte, exhortes a todos para que se salven. Desempeña el cargo que ocupas con toda diligencia de cuerpo y espíritu. Preocúpate de la unidad, pues no existe nada mejor que ella. Llévalos a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con espíritu de caridad, como ya lo haces. Dedícate sin pausa a la oración. Pide mayor inteligencia de la que ya tienes. Permanece alerta, como espíritu que desconoce el sueño. Habla a los hombres del pueblo al estilo de Dios. Carga sobre ti, como perfecto atleta, las enfermedades de todos. Donde mayor es el trabajo, allí hay más ganancia.

Si sólo amas a los buenos discípulos, ningún mérito tienes. El mérito está en que sometas con mansedumbre a los más pestíferos. No toda herida se cura con el mismo emplasto. Los accesos de fiebre cálmalos con aplicaciones húmedas.

Sé en todas las cosas prudente como la serpiente, y al mismo tiempo sencillo como la paloma. Por esto justamente eres a la par corporal y espiritual, para que trates con dulzura aquellas cosas que se muestran a tus ojos, y las invisibles ruegues que te sean reveladas. De este modo nada te faltará, sino que abundarás en todo don de la gracia.

El tiempo requiere de ti que aspires a alcanzar a Dios como el piloto anhela prósperos vientos, y el navegante, sorprendido por la tormenta, desea el puerto. Sé sobrio, como un atleta de Dios. El premio es la incorrupción y la vida eterna, de la que también tú estás persuadido. En todo y por todo soy rescate tuyo, y conmigo mis cadenas que tú amaste.

Que no te amedrenten los que se dan aires de hombres dignos de todo crédito y, sin embargo, enseñan doctrinas extrañas a la fe. Por tu parte, manténte firme, como un yunque golpeado por el martillo. Es propio de un gran atleta ser desollado y, sin embargo, vencer. ¡Pues cuánto más hemos de soportarlo todo por Dios, a fin de que también Él nos soporte a nosotros!

Sé todavía más diligente de lo que eres. Date cabal cuenta de los tiempos. Aguarda al que está por encima del tiempo, al Intemporal; al Invisible, que por nosotros se hizo visible; al Impalpable; al Impasible, que por nosotros se hizo pasible; al que sufrió por nosotros de todas las maneras posibles.

Que las viudas no sean desatendidas: después del Señor, tú has de ser quien cuide de ellas. No se haga nada sin tu conocimiento, ni tú tampoco actúes sin contar con Dios, como efectivamente haces. Manténte firme. Celébrense reuniones con más frecuencia. Búscalos a todos por su nombre.

(...). Huye de las malas artes o, mejor aún, ten conversación con los fieles para precaverles contra ellas. Recomienda a mis hermanas que amen al Señor y que se contenten con sus maridos, en la carne y en el espíritu. Igualmente, predica a mis hermanos, en nombre de Jesucristo, que amen a sus esposas como el Señor a la Iglesia.

Si alguno se siente capaz de permanecer en castidad para honrar la carne del Señor, que lo haga sin engreimiento. Si se llena de soberbia está perdido, y si se estimare en más que el obispo, está corrompido. Respecto a los que se casan, esposas y esposos, conviene que celebren su enlace con conocimiento del obispo, a fin de que las bodas se hagan conforme al Señor y no por solo deseo. Que todo se haga para honra de Dios.

Atended al obispo, a fin de que Dios os atienda a vosotros. Yo me ofrezco como rescate por quienes se someten al obispo, a los presbíteros y a los diáconos. ¡Y ojalá que con ellos se me concediera entrar a la parte de Dios! Trabajad unos junto a otros, luchad unidos, corred todos a una, sufrid, dormid, despertad todos a la vez, como administradores de Dios, como sus asistentes y servidores.

Tratad de ser gratos al Capitán bajo cuyas banderas militáis, y de quien habéis de recibir el sueldo. Que ninguno de vosotros sea declarado desertor. Vuestro bautismo ha de ser como una armadura, la fe como un yelmo, la caridad como una lanza, la paciencia como un arsenal de todas las armas. Vuestra caja de caudales han de ser vuestras buenas obras, de las que recibiréis luego magníficos intereses. Así, pues, sed largos de ánimo los unos con los otros, con mansedumbre, como lo es Dios con vosotros.

«Epístola de Bernabé»

Clemente de Alejandría, a principios del siglo III, dio el nombre de *Epístola de Bernabé* a un breve escrito en lengua griega, redactado sin ajustarse a los cánones de la antigua retórica, por lo que se piensa que su autor no era de origen griego. Los estudios modernos han dejado claro que este escrito no fue compuesto por el apóstol San Bernabé, compañero de San Pablo en sus viajes apostólicos, sino que es obra de un autor desconocido, que, a su vez, se valió probablemente de documentos preexistentes de diversas épocas. Su composición se sitúa entre la primera y la segunda destrucción del Templo de Jerusalén (por tanto, entre los años 70 y 130 d.C.).

Aunque utiliza el género epistolar, no se trata de una carta propiamente dicha, sino de un breve tratado destinado a poner en guardia a los cristianos frente al peligro de los *judaizantes*, aquellos cristianos convertidos del judaísmo que añoraban las prácticas de la Ley mosaica y pretendían exigirlas también a los seguidores de la nueva Ley. Con este motivo, el autor se detiene en desentrañar la relación entre la antigua y la nueva alianza, destacando el supremo valor de ésta y la insondable riqueza de su contenido.

La antigüedad cristiana profesó alta estima a este escrito, como lo demuestra el hecho de haber sido descubierto en uno de los más antiguos códices, junto con los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento.

En la primera parte, el autor ahonda en la interpretación de pasajes del Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, con un profundo conocimiento de la Escritura. La abundancia de citas es de gran interés para el estudio de la transmisión del texto sagrado y de su utilización como fundamento de los dogmas. La segunda parte, de carácter más didáctico, contiene una descripción de la vida cristiana y un conjunto de normas morales que el Cristianismo exige. De esta segunda parte procede el fragmento que se ofrece a continuación.

Los dos caminos

(Epístola de Bernabé, 1-20)

Dos caminos hay de doctrina y de poder: el de la luz y el de las tinieblas. Pero grande es la diferencia entre los dos caminos, pues sobre uno están establecidos los ángeles de Dios, portadores de luz, y sobre el otro, los ángeles de Satanás. Uno es Señor desde siempre y por siempre, y el otro es el príncipe del tiempo presente de la iniquidad.

El camino de la luz es éste. Si alguno quiere seguir su camino hacia el lugar fijado, apresúrese por medio de sus obras. Ahora bien, el conocimiento que nos ha sido dado para caminar en él es el siguiente:

Amarás al que te creó, temerás al que te formó, glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan por el camino de la muerte, aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor.

No te exaltarás a ti mismo, sino que serás humilde en todo. No te arrogarás gloria para ti mismo. No tomarás determinaciones malas contra tu prójimo, ni infundirás a tu alma temeridad.

No fornicarás, no cometerás adulterio, no corromperás a los jóvenes. Cuando hables la palabra de Dios, que no salga de tu boca tergiversada, como hacen algunos. No harás acepción de personas para reprender a cualquiera de su pecado. Serás manso, serás tranquilo, serás temeroso de las palabras de Dios que has oído. No guardarás rencor a tu hermano.

No vacilarás sobre las verdades de la fe. *No tomes en vano el nombre de Dios* (*Ex* 20, 7). Amarás a tu prójimo más que a tu propia vida. No matarás a tu hijo en el seno de la madre, ni una vez nacido le quitarás la vida. No dejes sueltos a tu hijo o a tu hija, sino que, desde su juventud, les enseñarás el temor del Señor.

No serás codicioso de los bienes de tu prójimo, no serás avaro. No desearás juntarte con los altivos; por el contrario, tratarás con los humildes y los justos. Los acontecimientos que te sobrevengan los aceptarás como bienes, sabiendo que sin la disposición de Dios nada sucede.

No serás doble ni de intención ni de lengua. Te someterás a tus amos, como a imagen de Dios, con reverencia y temor. No mandes con dureza a tu esclavo o a tu esclava, que esperan en el mismo Dios que tú, no sea que dejen de temer al que es Dios de unos y otros; porque no vino Él a llamar con acepción de personas, sino a los que preparó el Espíritu.

Compartirás todas las cosas con tu prójimo, y no dirás que son de tu propiedad; pues si en lo imperecedero sois partícipes en común, ¡cuánto

más en lo perecedero! No serás precipitado en el hablar, pues red de muerte es la boca. Guardarás la castidad de tu alma.

No seas de los que extienden la mano para recibir y la encogen para dar. Amarás *como a la niña de tus ojos* (*Dt* 32, 10) a todo el que te habla del Señor.

Día y noche te acordarás del día del juicio, y buscarás cada día la presencia de los santos [los demás cristianos], bien trabajando y caminando para consolar por medio de la palabra, bien meditando para salvar un alma con la palabra, bien trabajando con tus manos para rescate de tus pecados.

No vacilarás en dar, ni cuando des murmurarás, sino que conocerás quién es el justo remunerador del salario. Guardarás lo que recibiste, *sin añadir ni quitar nada* (*Dt* 12, 32). Aborrecerás totalmente el mal. Juzgarás con justicia.

No serás causa de cisma, sino que pondrás paz y reconciliarás a los que contienden. Confesarás tus pecados. No te acercarás a la oración con conciencia mala. Éste es el camino de la luz.

El camino del «Negro» [el demonio] es tortuoso y está repleto de maldición, pues es un camino de muerte eterna en medio de tormentos, en el que se halla todo lo que arruina al alma: idolatría, temeridad, arrogancia de poder, hipocresía, doblez de corazón, adulterio, asesinato, robo, soberbia, transgresión, engaño, maldad, vanidad, hechicería, magia, avaricia, falta de temor de Dios.

Perseguidores de los buenos, aborrecedores de la verdad, amantes de la mentira, desconocedores del salario de la justicia, no concordes con el bien ni con el juicio justo, despreocupados de la viuda y del huérfano, no vigilantes para el temor de Dios, sino para el mal, alejadísimos de la mansedumbre y de la paciencia, amantes de la vaciedad, perseguidores de la recompensa, despiadados con el pobre, indolentes ante el abatido, inclinados a la calumnia, desconocedores del que los ha creado, asesinos de niños, destructores de la obra de Dios, que vuelven la espalda al necesitado, que abaten al oprimido, defensores de los ricos, jueces injustos de los pobres, pecadores en todo.

«Pastor de Hermas»

El «Pastor de Hermas» es un libro que fue muy apreciado en la primitiva Iglesia, hasta el punto de que algunos Padres llegaron a considerarlo como canónico, esto es, perteneciente al conjunto de la Sagrada Escritura. Sin embargo, gracias al Fragmento Muratoriano (un pergamino del año 180 que recoge la lista de los libros inspirados, descubierto y publicado en el siglo XVIII), sabemos que fue compuesto por un tal Hermas, hermano del Papa Pío I, en la ciudad de Roma; por tanto, entre los años 141 a 155. Otros catálogos eclesiásticos posteriores confirman esta noticia. Es el escrito más largo de la época post-apostólica.

El libro refleja el estado de la cristiandad romana a mediados del siglo II. Tras una larga pausa de tranquilidad sin sufrir persecución, parece que no era tan universal el buen espíritu de los primeros tiempos. Junto a cristianos fervorosos, había muchos tibios; junto a los santos, no faltaban los pecadores, y esto en todos los niveles de la Iglesia, desde los simples fieles a los ministros sagrados. No es de extrañar, pues, que el libro gire en torno a la necesidad de la penitencia.

Se trata de un escrito perteneciente al género apocalíptico: el autor presenta sus ideas como si le hubiesen sido reveladas (apocalipsis=revelación, en griego) por dos personajes misteriosos: una anciana y un pastor. Precisamente de este último personaje toma nombre todo el libro.

En la primera parte, el autor ilustra la doctrina de la penitencia por medio de una serie de *Visiones* o revelaciones. Se le aparece una anciana matrona que va despojándose poco a poco de la vejez para mostrarse al final como una novia engalanada, símbolo de los elegidos de Dios. Esa matrona, como ella misma explica, es la Iglesia: parece anciana porque es la criatura más antigua de la creación, y porque la afean los pecados de los cristianos; pero se renueva gracias a la penitencia, hasta aparecer sin fealdad alguna. En la segunda parte, los *Mandamientos*, el ángel de la penitencia enseña a Hermas un resumen de la doctrina

moral. En la tercera, llamada *Comparaciones* o semejanzas, se resuelven algunas cuestiones que inquietaban a los cristianos de aquella época.

En las siguientes líneas se recogen dos textos de esta obra. En el primero, correspondiente a la tercera visión, la anciana explica a Hermas el significado de una torre que se construye con piedras, de las que algunas son desechadas. Es una bella imagen para señalar la construcción de la Iglesia, en la que los cristianos —como decía San Pedro— son *piedras vivas* edificadas sobre el fundamento que es Cristo. Y para ser *piedra viva*, tiene una importancia fundamental la penitencia por los pecados.

Piedras para construir la Iglesia

(Visión III, nn. 2-7)

Dicho esto, [la anciana] hizo ademán de marcharse; mas yo me posré a sus pies y le supliqué por el Señor que me mostrara la visión que me había prometido. Y ella me tomó otra vez de la mano, me levantó y me hizo sentar en el banco a su izquierda. Tomó asiento también ella, a la derecha, y, levantando una vara brillante, me dijo:

—¿Ves una cosa grande?

—Señora —le contesté—, no veo nada.

—¡Cómo! —me replica—; ¿no ves delante de ti una torre que se está construyendo sobre las aguas con brillantes sillares?

En un cuadrilátero, en efecto, se estaba construyendo la torre, por mano de aquellos seis jóvenes que habían venido con ella; y, juntamente, otros hombres por millares y millares, se ocupaban en acarrear piedras —unas de lo profundo del mar, otras de la tierra— y se las entregaban a los seis jóvenes. Estos las tomaban y edificaban.

Las piedras sacadas de lo profundo del mar las colocaban todas in más en la construcción, pues estaban ya labradas y se ajustaban en su juntura con las demás piedras; tan cabalmente se ajustaban unas con otras, que no aparecía juntura alguna y la torre semejaba construida como dem solo bloque.

De las piedras traídas de la tierra, unas las tiraban, otras las colocaban en la construcción, otras las hacían añicos y las arrojaban lejos de la tore. Había, además, gran cantidad de piedras tiradas en torno de la torre, que no empleaban en la construcción, pues de ellas unas estaban carcomidas,

otras con rajas, otras desportilladas, otras eran blancas y redondas y no se ajustaban a la construcción. Veía también otras piedras arrojadas lejos de la torre, que venían a parar al camino, pero que no se detenían en él, sino que seguían rodando del camino a un paraje intransitable; otras caían al fuego y allí se abrasaban; otras venían a parar cerca de las aguas, pero no tenían fuerza para rodar al agua por más que deseaban rodar y llegar hasta ella.

Una vez que me mostró todas estas cosas, quería retirarse. Le digo:

—Señora, ¿de qué me sirve haber visto todo eso, si no sé lo que significa cada cosa?

Me respondió diciendo:

—Astuto eres, hombre, queriendo conocer lo que se refiere a la torre.

—Si, señora —le respondo—; quiero conocerlo para anunciarlo a los hermanos y que así se pongan más alegres. Y, una vez que hayan conocido estas cosas, reconozcan al Señor en mucha gloria.

Y ella me dijo:

—Oírlas, las oirán muchos; pero, después de oídas, unos se alegrarán y otros llorarán. Sin embargo, aun éstos, si oyeren y se arrepintieren, se alegrarán también. Escucha, pues, las comparaciones acerca de la torre, pues voy a revelártelo todo. Y ya no me molestes más pidiéndome revelación, pues estas revelaciones tienen un término, puesto que están ya cumplidas. Sin embargo, tú no cesarás de pedir revelaciones, pues eres importuno.

Ahora bien, la torre que ves que se está edificando, soy yo misma, la Iglesia, la que se te apareció tanto ahora como antes. Así, pues, pregunta cuanto gustes acerca de la torre, que yo te lo revelaré, a fin de que te alegres junto con los santos (...).

Le pregunté entonces:

—¿Por qué la torre está edificada sobre las aguas, señora?

—Ya te dije antes —me replicó— que eres muy astuto y que inquieres con cuidado; inquiriendo, pues, hallas la verdad. Ahora bien, escucha por qué la torre está edificada sobre las aguas. La razón es porque vuestra vida se salvó por el agua y por el agua se salvará; mas el fundamento sobre el que se asienta la torre es la palabra del Nombre omnipotente y glorioso y se sostiene por la virtud invisible del Dueño.

Tomando la palabra, le dije:

—Señora, esto es cosa grande y maravillosa. Y los seis jóvenes que están construyendo, ¿quiénes son, señora?

—Éstos son aquellos santos ángeles de Dios que fueron creados los primeros, y a quienes el Señor entregó su creación para acrecentar y edificar y dominar sobre la creación entera. Así pues, por obra de éstos se consumará la construcción de la torre.

—Y los otros que llevan las piedras, ¿quiénes son?

—También éstos son ángeles santos de Dios; pero aquellos seis los superan en excelencia. Por obra de unos y otros se consumará, pues, la construcción de la torre, y entonces todos se regocijarán en torno de ella, y glorificarán a Dios porque se terminó su construcción.

Hícele otra pregunta:

—Señora, quisiera saber el paradero de las piedras y qué significación tiene cada una de ellas.

Me respondió diciendo:

—No es que seas tú más digno que nadie de que se te revele, porque otros hay primero y mejores que tú a quienes debieran revelárseles estas visiones. Mas, para que sea glorificado el nombre de Dios, se te han revelado a ti, y se te seguirán revelando, por causa de los vacilantes, de los que oscilan en sus discursos consigo mismos sobre si estas cosas son o no son. Diles que todas estas cosas son verdaderas y nada hay en ellas que esté fuera de la verdad, sino que todo es firme y seguro y bien asentado.

Escucha ahora acerca de las piedras que entran en la construcción. Las piedras cuadradas y blancas, que ajustaban perfectamente en sus junturas, representan los apóstoles, obispos, maestros y diáconos que caminan según la santidad de Dios, los que desempeñaron sus ministerios de obispos, maestros y diáconos pura y santamente en servicio de los elegidos de Dios. De ellos, unos han muerto, otros viven todavía. Éstos son los que estuvieron siempre en armonía unos con otros, conservaron la paz entre sí y se escucharon mutuamente. De ahí que en la construcción de la torre encajaban ajustadamente sus junturas.

—Y las piedras sacadas de lo hondo del mar y sobrepuestas a la construcción, que encajaban en sus junturas con las otras piedras ya edificadas, ¿quiénes son?

—Éstos son los que sufrieron por el nombre del Señor.

—Quiero saber, señora, quiénes son las otras piedras, traídas de la tierra.

Respondióme:

—Los que entraban en la construcción sin necesidad de labrarlos son los que aprobó el Señor, porque caminaron en la rectitud del Señor y cumplieron sus mandamientos.

—Y las que eran traídas y puestas en la construcción, ¿quiénes son?

—Éstas son los neófitos, nuevos en la fe, pero creyentes; son amonestados por los ángeles a obrar el bien, pues se halló en ellos alguna maldad.

—Y los que rechazaban y tiraban, ¿quiénes son?

—Éstos son los que han pecado, pero están dispuestos a hacer penitencia; por esta causa, no se los arrojaba lejos de la torre, pues cuando hicieren penitencia serán útiles para la construcción. Los que tienen intención

de hacer penitencia, si de verdad la hacen, serán fortalecidos en la fe; a condición, sin embargo, de que hagan penitencia ahora, mientras se está construyendo la torre. Mas si la edificación llega a su término, ya no tienen lugar a penitencia. Sólo se les concederá estar puestos junto a la torre.

¿Quieres conocer las piedras que eran hechas trizas y se las arrojaba lejos de la torre? Éstos son los hijos de la iniquidad; se hicieron creyentes hipócritamente y ninguna maldad se apartó de ellos. De ahí que no tienen salvación, pues por sus maldades no son buenos para la construcción. Por eso se les hizo pedazos y se los arrojó lejos. La ira del Señor pesa sobre ellos, pues le han exasperado.

Respecto a las otras, que viste tiradas en gran número por el suelo y que no entraban en la construcción, las piedras carcomidas representan a los que han conocido la verdad, pero no perseveraron en ella ni se adhirieron a los santos. Por eso son inútiles.

—¿Y a quiénes representan las piedras con rajas?

—Éstos son los que guardan unos contra otros algún resentimiento en sus corazones y no mantienen la paz mutua. Cuando se hallan cara a cara, parecen tener paz; mas apenas se separan, sus malicias siguen tan enteras en sus corazones. Éstas son, pues, las hendiduras que tienen las piedras.

Las piedras desportilladas representan a los que han creído y mantienen la mayor parte de sus actos dentro de la justicia, pero tienen también sus porciones de iniquidad. De ahí que están desportillados y no enteros.

—Y las piedras blancas y redondas y que no ajustaban en la construcción, ¿quiénes son, señora?

Me respondió diciendo:

—¿Hasta cuándo serás necio y torpe, que todo lo preguntas y nada entiendes por ti mismo? Éstos son los que tienen, sí, fe; pero juntamente poseen riqueza de este siglo. Cuando sobreviene una tribulación, por amor de su riqueza y negocios, no tienen inconveniente en renegar de su Señor.

Le respondí, por mi parte:

—Señora, ¿cuándo serán, pues, útiles para la construcción?

—Cuando —me dijo— se recorte de ellos la riqueza que ahora los arrastra, entonces serán útiles para Dios. Porque, al modo que la piedra redonda, si no se la labra y recorta algo de ella, no puede volverse cuadrada; así los que gozan de riquezas en este siglo, si no se les recorta la riqueza, no pueden volverse útiles a Dios. Por ti mismo, ante todo, puedes darte cuenta: cuando eras rico, eras inútil; ahora, en cambio, eres útil y provechoso para la vida. Haceos útiles para Dios, pues tú mismo eres empleado como una de estas piedras.

En cuanto a las otras piedras que viste arrojar lejos y caer en el camino y que rodaban del camino a parajes intransitables, éstas representan a los

que han creído; pero luego, arrastrados de sus dudas, abandonan su camino, que es el verdadero. Imaginándose, pues, que son ellos capaces de hallar camino mejor, se extravían y lo pasan míseramente andando por soledades sin senderos.

Las que caían en el fuego y allí se abrasaban representan a los que de todo punto apostataron del Dios vivo y todavía no ha subido a su corazón el pensamiento de hacer penitencia, por impedírselo los deseos de su disolución y las perversas obras que ejercitaron.

¿Quieres saber quiénes son las otras piedras que venían a parar cerca de las aguas y que no podían rodar hasta ellas? Estos son los que, después de oír la palabra de Dios, quisieran bautizarse en el nombre del Señor; pero luego, al caer en la cuenta de la castidad que exige la verdad, cambian de parecer y se echan otra vez tras sus perversos deseos.

Terminó, pues, la explicación de la torre. Importunándola yo todavía, le pregunté si a todas aquellas piedras rechazadas y que no encajaban en la construcción de la torre, se les daría ocasión o posibilidad de penitencia y tendrían aún lugar en esta torre.

—Posibilidad de penitencia —me contestó— sí que la tienen; pero ya no pueden encajar en esta torre. Sin embargo, se ajustarán a otro lugar mucho menos elevado, y eso cuando hayan pasado por los tormentos de la penitencia y hayan cumplido los días de expiación de sus pecados. La razón de que sean trasladados es porque, al fin y al cabo, participaron de la palabra justa. E incluso para ser trasladados de sus tormentos, es preciso que antes suban a su corazón, por la penitencia, las obras malas que ejecutaron; si no suben, no se salvarán, en castigo de su dureza de corazón.

Los dos ángeles

(Mandamiento VI, n. 2)

—Escucha ahora —me dijo— acerca de la fe. Dos ángeles hay en cada hombre: uno de la justicia y otra de la maldad.

—¿Cómo, pues, señor —le dije—, conoceré las operaciones de uno y otro, puesto que ambos habitan conmigo?

—Escucha —me dijo— y entiende. El ángel de la justicia es delicado, y pudoroso, y manso, y tranquilo. Así, pues, cuando subiere a tu corazón este ángel, al punto se pondrá a hablar contigo sobre la justicia, la castidad, la santidad, sobre la mortificación y sobre toda obra justa y sobre toda

virtud gloriosa. Cuando todas estas cosas subieren a tu corazón, entiende que el ángel de la justicia está contigo. He ahí, pues, las obras del ángel de la justicia. Cree, por tanto, a éste y a sus obras.

Mira también las obras del ángel de la maldad. Ante todo, ese ángel es impaciente, amargo e insensato, y sus obras malas derriban a los siervos de Dios. Así pues, cuando éste subiere a tu corazón, conócele por sus obras.

—Señor —le dije—, yo no sé cómo tengo que conocerle.

—Escucha —me dijo—. Cuando te sobrevenga un arrebato de ira o un sentimiento de amargura, entiende que él está contigo; y lo mismo hay que decir de un deseo de derramarte en muchas acciones, de la preciosidad y abundancia de comidas y bebidas, y embriagueces muchas, y deleites variados y no convenientes, del deseo, y también de mujeres, avaricia, mucho boato de soberbia y altanería y, en fin, de todo cuanto a estas cosas se acerca y asemeja. Siempre, pues, que cualquiera de estas cosas subiere a tu corazón, entiende que el ángel de la maldad está contigo. Tú, pues, ya que conoces sus obras, apártate de él y no le creas en nada, pues sus obras son malas e inconvenientes para los siervos de Dios.

Ahí tienes las operaciones de uno y otro ángel; entiéndelas y cree sólo al ángel de la justicia. Apártate, en cambio, del ángel de la maldad, pues su doctrina es totalmente perversa. En efecto, imaginemos a un hombre todo lo fiel que queramos. Si el deseo de este ángel subiere a su corazón, por fuerza ese hombre (o mujer) cometerá algún pecado. Y al revés, por muy malvado que sea un hombre o una mujer, si a su corazón suben las obras del ángel de la justicia, de necesidad aquel hombre o mujer practicarán algún bien. Ya ves que es bueno seguir al ángel de la justicia y renunciar al ángel de la iniquidad.

«Secunda Clementis» (homilía anónima del s. II)

Considerada durante siglos como segunda epístola del Papa San Clemente a los Corintios, este escrito no es ni una epístola ni fue redactado por Clemente Romano. Se trata de una homilía compuesta a mediados del siglo II por un autor desconocido, que tiene el mérito de ser el primer ejemplo de homilía que ha llegado a nuestras manos. El hecho de considerarla entre los escritos del santo Pontífice romano se debe a que, en la tradición manuscrita, se copió siempre después de la epístola de San Clemente a los Corintios.

Este escrito trata de la obra de la salvación realizada por Cristo y comunicada a los hombres en el Bautismo, y de la respuesta que se espera del cristiano: una respuesta adecuada a la misericordia divina, renunciando a lo que no es compatible con la vocación cristiana y peleando para cumplir con obras la Voluntad de Dios. Al Reino de Dios, ya presente en este mundo, se entra por la conversión. La culminación de ese Reino tendrá lugar cuando se realice la resurrección de los muertos y el juicio divino. Mientras el hombre está en vida, es siempre tiempo de convertirse a Dios.

Cumplir la Voluntad de Dios

(Secunda Clementis, II, 1 — IV, 5; VII, 1 — IX, 11)

Alégrate, estéril, la que no das a luz; rompe a gritar, la que no sufres dolores de parto, porque son más numerosos los hijos de la solitaria que los de la que tiene marido (*Is* 54, 1; *Gal* 4, 27). Al decir: *alégrate, estéril,*

la que no das a luz, mencionaba a nosotros: pues nuestra Iglesia era estéril antes de que le fueran dados hijos. Al decir: *grita, la que no sufres de parto*, dice que presentemos sencillamente nuestras oraciones ante Dios para que no desfallezcamos como las que sufren dolores de parto. Al decir: *porque son más los hijos de la solitaria que los de la que tiene marido*, [daba a entender que] nuestro pueblo parecía un desierto lejos de Dios, pero ahora, al creer, hemos llegado a ser más numerosos que los que creían tener Dios. Otra Escritura dice que *no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores* (*Mt* 9, 13). Esto significa que es necesario salvar a los que se pierden. Pues lo grande y admirable no es sostener lo que está en pie, sino lo que se cae. Cristo quiso salvar lo que se perdía y salvó a muchos, pues vino y nos llamó cuando ya nos estábamos perdiendo.

Habiendo tenido con nosotros tal misericordia, ante todo porque nosotros, los que vivimos, no ofrecemos sacrificios a dioses muertos, ni los adoramos, sino que hemos conocido al Padre de la verdad, ¿qué conocimiento nos conducirá a Él, sino el no negar a Aquél por medio del cual le hemos conocido? Él mismo dice: *al que me confiese delante de los hombres, Yo también lo confesaré delante de mi Padre* (cfr. *Mt* 10, 32; *Lc* 12, 8). Ésta es nuestra recompensa, si confesamos a Aquél por medio del cual hemos sido salvados. ¿Y cómo podemos confesarle? Haciendo lo que dice, no desobedeciendo sus preceptos y honrándolo no sólo con los labios, sino con todo el corazón y con toda la mente. Dice también en Isaías: *este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí* (*Is* 29, 13).

Por tanto, no nos limitemos a llamarlo Señor, pues esto no nos salvará. Dice, en efecto: *no todo el que me diga: «Señor, Señor», se salvará, sino el que obre la justicia* (cfr. *Mt* 7, 21). Así pues, hermanos, confesémosle con las obras, amándonos mutuamente, no cometiendo adulterio y sin murmurar ni envidiarse los unos a los otros, sino siendo continentes, misericordiosos y buenos. Debemos compadecernos mutuamente y no ser avaros. Confesémosle con estas obras y no con las contrarias. No es necesario temer demasiado a los hombres, sino a Dios. Por ello, si vosotros obráis tales cosas, el Señor dijo: *aunque estéis reunidos conmigo en mi seno, si no cumplís mis mandamientos, os rechazaré y os diré: «Apartaos de mí, no os conozco, ni sé de dónde sois, obradores de iniquidad»* (cfr. *Lc* 13, 25-27; *Mt* 7, 23) (...).

Hermanos, luchemos sabiendo que el combate está en nuestras manos y que muchos navegan en los combates corruptibles, pero no todos son coronados a no ser que se hayan esforzado mucho y hayan luchado bien. Así pues, luchemos para que todos seamos coronados. Corramos al camino recto, al combate incorruptible; naveguemos muchos hacia él y combatamos para ser también coronados. Y si todos no podemos ser coronados,

lleguemos siquiera a estar cerca de la corona. Necesitamos saber que el combatiente en una lucha corruptible, si viola las reglas del combate, tras ser azotado es excluido y expulsado del estadio. ¿Qué os parece? ¿Qué sufrirá quien viole las reglas del combate de la incorruptibilidad? Pues de los que no guardan el sello[1] se dice que su *gusano no morirá, su fuego no se extinguirá y serán un espectáculo para toda carne* (*Is* 66, 24).

Por tanto, mientras estemos en la tierra, arrepintámonos. Somos barro en las manos del Artífice. Como el alfarero, cuando modela un vaso y éste se tuerce o se rompe en sus manos, lo vuelve a modelar de nuevo, pero, si ya lo ha echado al horno de fuego, ya no lo puede arreglar, así también nosotros: mientras estemos en este mundo, arrepintámonos de todo corazón de todas las maldades que cometimos en la carne, para ser salvados por el Señor mientras hay tiempo de conversión. Después de salir de este mundo, ya no le podremos confesar ni convertirnos. Hermanos, alcanzaremos la vida eterna haciendo la Voluntad del Padre, guardando pura la carne y observando los mandamientos del Señor. Pues dice el Señor en el Evangelio: *si no guardasteis lo pequeño, ¿quién os dará lo grande? Pues os digo que el fiel en lo pequeño es también fiel en lo mucho* (cfr. *Lc* 16, 10-12). Viene, pues, a decir: guardad pura la carne e inmaculado el sello para recibir la vida eterna.

No diga ninguno de vosotros que esta carne no es juzgada ni resucita. Sabed: ¿cómo fuisteis salvados, cómo volvisteis a ver, si no fue cuando estabais en esta carne? Así pues, es necesario que guardemos la carne como templo de Dios. Pues de la misma manera que fuisteis llamados en la carne, iréis [al Reino de Dios] en la carne. Si Cristo, el Señor, el que nos salvó, siendo primeramente Espíritu[2] se hizo carne y nos llamó de esta manera, así también nosotros recibiremos la recompensa en la carne. Por tanto, amémonos los unos a los otros para que todos lleguemos al Reino de Dios. Mientras tengamos tiempo de ser curados, entreguémonos al Dios que nos sana, dándole lo que merece: el arrepentimiento de sincero corazón. Él conoce de antemano todas las cosas y sabe lo que hay en nuestro corazón. Tributémosle, pues, alabanza no sólo con la boca, sino también con el corazón, para que nos acoja como a hijos. Pues el Señor dijo también: *mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre* (cfr. *Mt* 12, 50; *Lc* 8, 21; *Mc* 3, 35).

---

[1] El «sello» es el carácter indeleble recibido en el Bautismo, que distingue al cristiano de quien no lo es. «Guardar el sello» significa ser fiel a las exigencias de la vocación cristiana.

[2] Dice que Cristo era antes «Espíritu» para afirmar su preexistencia eterna como Verbo en el seno de Dios: no es que lo confunda con el Espíritu Santo.

San Policarpo de Esmirna

Obispo de Esmirna y mártir, nació hacia el año 75, probablemente en el seno de una familia que ya era cristiana.

San Ireneo de Lyon, que lo conoció personalmente, afirma que había recibido las enseñanzas de los Apóstoles y que el mismo San Juan le había consagrado Obispo de Esmirna. Si esto fuera así, la figura de este santo y mártir, tal como la conocemos por la carta que de él conservamos y por el relato de su martirio, es muy congruente con el elogio que el Apóstol hizo del *Ángel de la Iglesia de Esmirna* en el Apocalipsis. Según los intérpretes de la Sagrada Escritura, con el nombre de *Ángel* se designa en ese libro inspirado a los Obispos que presidían las Iglesias entonces establecidas en Asia Menor.

La labor pastoral de San Policarpo debió de ser muy fecunda. Acogió con gran afecto a San Ignacio de Antioquía, camino del martirio, y recibió de este santo Obispo una carta muy venerada desde la antigüedad. Conservamos una epístola suya dirigida a la Iglesia de Filipos, en la que con gran solicitud exhorta a la unidad y da consejos llenos de celo pastoral a todos los fieles: los presbíteros, los diáconos, las vírgenes, las casadas, las viudas. No menciona al Obispo, por lo que es lícito pensar que, en esos momentos, la sede de Filipos no tenía al frente a su Pastor.

También fue muy eficaz su actividad contra las herejías, consiguiendo que tornaran numerosos seguidores de diversas sectas gnósticas. Cuando estalló una persecución anticristiana, se escondió en una casa de campo, a ruego de sus fieles, pero fue descubierto por la traición de un esclavo y condenado a la hoguera. Murió en el año 155, a los ochenta y seis de edad. La comunidad cristiana de Esmirna redactó una larga carta dirigida a la de Filomelium, ciudad frigia, al parecer con ocasión del primer aniversario del martirio. Esta carta, conocida con el nombre de *Martirio de Policarpo*, escrita por testigos oculares, es la primera

obra cristiana exclusivamente dedicada a describir la pasión de un mártir, y la primera en usar este título para designar a un cristiano muerto por la fe.

Consejos de un Pastor

(Epístola a los Filipenses, 4-10)

Principio de todos los males es el amor al dinero. Ahora bien, sabiendo como sabemos que, al modo *que nada trajimos con nosotros al mundo, nada tampoco hemos de llevarnos*, armémonos con las armas de la justicia y amaestrémonos los unos a los otros, ante todo a caminar en el mandamiento del Señor. Tratad luego de adoctrinar a vuestras mujeres en la fe que les ha sido dada, así como en la caridad y en la castidad: que muestren su cariño con toda verdad a sus propios maridos y, en cuanto a los demás, ámenlos a todos por igual en toda continencia; que eduquen a sus hijos en la disciplina del temor de Dios.

Respecto a las viudas, que sean prudentes en lo que atañe a la fe del Señor, que oren incesantemente por todos, apartadas muy lejos de toda calumnia, maledicencia, falso testimonio, amor al dinero y de todo mal. Que sepan cómo son altar de Dios, y cómo Dios escudriña todo y nada se le oculta de nuestros pensamientos y propósitos ni de *secreto alguno de nuestro corazón.*

Como sepamos, pues, *que de Dios nadie se burla*, deber nuestro es caminar de manera digna de su mandamiento y de su gloria. Los diáconos, igualmente, sean irreprochables delante de su justicia, como ministros que son de Dios y de Cristo y no de los hombres: no calumniadores, ni de lengua doble, sino desinteresados, continentes en todo, misericordiosos, diligentes, caminando conforme a la verdad del Señor, que se hizo ministro y servidor de todos. Si en este mundo le agradamos, recibiremos en pago el venidero, según Él nos prometió resucitarnos de entre los muertos y que, si llevamos una conducta digna de Él, *reinaremos también con Él.* Caso, eso sí, de que tengamos fe.

Igualmente, que los jóvenes sean irreprensibles; que cuiden, sobre todo, la castidad y se alejen de cualquier mal. Es cosa buena, en efecto, apartarse de las concupiscencias que dominan en el mundo, porque *toda concupiscencia milita contra el espíritu, y ni los fornicarios, ni los afeminados ni los deshonestos contra naturaleza han de heredar el reino de*

Dios, como tampoco los que obran fuera de ley. Es preciso apartarse de todas estas cosas, viviendo sometidos a los presbíteros y diáconos, como a Dios y a Cristo.

Que las vírgenes caminen en intachable y pura conciencia.

Mas también los presbíteros han de tener entrañas de misericordia, compasivos con todos, tratando de traer a buen camino lo extraviado, visitando a los enfermos; no descuidándose de atender a la viuda, al huérfano y al pobre; *atendiendo siempre al bien, tanto delante de Dios como de los hombres*, muy ajenos de toda ira, de toda acepción de personas y juicio injusto, lejos de todo amor al dinero, no creyendo demasiado aprisa la acusación contra nadie, no severos en sus juicios, sabiendo que todos somos deudores del pecado. Ahora bien, si al Señor le rogamos que nos perdone, también nosotros debemos perdonar; porque estamos delante de los ojos del que es Señor y Dios, y *todos hemos de presentarnos ante el tribunal de Cristo, donde cada uno tendrá que dar cuenta de sí mismo*.

Sirvámosle, pues, con temor y con toda reverencia, como Él mismo nos lo mandó, y también los Apóstoles que nos predicaron el Evangelio, y los profetas que, de antemano, pregonaron la venida de Nuestro Señor. Seamos celosos del bien y apartémonos de los escándalos, de falsos hermanos y de aquellos que hipócritamente llevan el nombre del Señor para extraviar a los hombres vacuos.

Porque todo el que no confesare que Jesucristo ha venido en carne, es un Anticristo, y el que no confesare el testimonio de la cruz, procede del diablo; y el que torciere las sentencias del Señor en interés de sus propias concupiscencias, ese tal es primogénito de Satanás.

Por lo tanto, dando de mano a la vanidad del vulgo y a las falsas enseñanzas, volvámonos a la palabra que nos fue transmitida desde el principio, *viviendo sobriamente para entregarnos a nuestras oraciones*, siendo constantes en los ayunos, suplicando con ruegos al Dios omnipotente que no nos lleve a la tentación, como dijo el Señor: *Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca*.

Mantengámonos, pues, incesantemente adheridos *a nuestra esperanza* y prenda de nuestra justicia, que es Jesucristo, el cual levantó sobre la cruz nuestros pecados en su propio cuerpo: Él, que *jamás cometió pecado, y en cuya boca no fue hallado engaño*, sino que, para que vivamos en Él, lo soportó todo por nosotros.

Seamos, pues, imitadores de su paciencia y, si por causa de su nombre tenemos que sufrir, glorifiquémosle. Porque ése fue el dechado que Él nos dejó en su propia persona y eso es lo que nosotros hemos creído.

Os exhorto, pues, a todos a que obedezcáis *a la palabra de la justicia* y ejecutéis toda paciencia, aquella, por cierto, que visteis con vuestros pro-

pios ojos, no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sino también en otros de entre vosotros mismos, y hasta en el mismo Pablo y los demás Apóstoles. Imitadlos, digo, bien persuadidos de que todos éstos *no corrieron en vano*, sino en fe y justicia, y que están ahora en el lugar que les es debido junto al Señor, con quien juntamente padecieron. Porque *no amaron el tiempo presente*, sino a Aquél que murió por nosotros y que, por nosotros también, resucitó por virtud de Dios.

Así, pues, permaneced en estas virtudes y seguid el ejemplo del Señor, *firmes e inmóviles en la fe, amadores de la fraternidad, dándoos mutuamente pruebas de afecto*, unidos en la verdad, adelantándoos los unos a los otros en la mansedumbre del Señor, no menospreciando a nadie. Si tenéis posibilidad de hacer bien, no lo difiráis, *pues la limosna libra de la muerte. Estad sujetos los unos a los otros, manteniendo una conducta irreprochable entre los gentiles*, para que recibáis alabanza *por causa de vuestras buenas obras* y el nombre del Señor no sea blasfemado por culpa vuestra. Mas *¡ay de aquél por cuya culpa se blasfema el nombre del Señor!* Enseñad, pues, a todos la templanza, en la que también vosotros vivís.

El martirio de Policarpo

(Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelium, 1, 7-11, 13-16)

Os escribimos, hermanos, la presente carta sobre los sucesos de los mártires, y señaladamente sobre el bienaventurado Policarpo, quien, como el que estampa un sello, hizo cesar con su martirio la persecución. Podemos decir que todos los acontecimientos que le precedieron no tuvieron otro fin que mostrarnos nuevamente el propio martirio del Señor, tal como nos relata el Evangelio. Policarpo, en efecto, esperó a ser entregado, como lo hizo también el Señor, a fin de que también nosotros le imitemos, *no mirando sólo nuestro propio interés, sino también el de nuestros prójimos* (*Fil* 2, 4). Porque es obra de verdadera y sólida caridad no buscar sólo la propia salvación, sino también la de todos los hermanos (...).

Sabiendo que habían llegado sus perseguidores, bajó y se puso a conversar con ellos. Se quedaron maravillados al ver la edad avanzada y su enorme serenidad, y no se explicaban todo aquel aparato y afán para prender a un anciano como él. Al momento, Policarpo dio órdenes de que se les sirviera de comer y de beber cuanto apetecieran, y les rogó, por su parte,

que le concedieran una hora para orar tranquilamente. Se lo permitieron y, puesto en pie, se puso a orar tan lleno de gracia de Dios, que por espacio de dos horas no le fue posible callar. Todos los que le oían estaban maravillados, y muchos sentían remordimientos de haber venido a prender a un anciano tan santo.

Una vez terminada su oración, después de haber hecho en ella memoria de cuantos en su vida habían tenido trato con él, lo montaron sobre un pollino y así le condujeron a la ciudad, día que era de gran sábado. Por el camino se encontraron al jefe de policía Herodes, y a su padre Nicetas, que lo hicieron montar en su carro y sentándose a su lado, trataban de persuadirle, diciendo: «¿Pero qué inconveniente hay en decir: César es el Señor, y sacrificar y cumplir los demás ritos y con ello salvar la vida?»

Policarpo, al principio, no les contestó nada; pero como volvieron a preguntar de nuevo, les dijo finalmente: «No tengo intención de hacer lo que me aconsejáis». Ellos, al ver su fracaso de intentar convencerle por las buenas, comenzaron a proferir palabras injuriosas y le hicieron bajar tan precipitadamente del carro, que se hirió en la espinilla. Sin embargo, sin hacer el menor caso, como si nada hubiera pasado, comenzó a caminar a pie animosamente, conducido al estadio, en el que reinaba tan gran tumulto que era imposible entender a alguien.

En el mismo momento que Policarpo entraba en el estadio, una voz sobrevino del cielo y le dijo: «ten buen ánimo, Policarpo, y pórtate varonilmente». Nadie vio al que dijo esto; pero la voz la oyeron los que de los nuestros se hallaban presentes. Seguidamente, mientras lo conducían hacia el tribunal, se levantó un gran tumulto al correrse la voz de que habían prendido a Policarpo.

Al llegar a presencia del procónsul, le preguntó si él era Policarpo. Respondiendo afirmativamente el mártir, el procónsul trataba de persuadirle para que renegase de la fe, diciéndole: «Ten consideración a tu avanzada edad», y otras cosas por el estilo, según tienen por costumbre, como: «Jura por el genio del César; muda de modo de pensar; grita: ¡Mueran los ateos!».

A estas palabras, Policarpo, mirando con grave rostro a toda la muchedumbre de paganos que llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, dando un suspiro y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Sí, ¡mueran los ateos!

—Jura y te pongo en libertad. Maldice de Cristo.

Entonces Policarpo dijo:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de Él; ¿cómo puedo maldecir de mi Rey, que me ha salvado?

Nuevamente insistió el procónsul, diciendo:

—Jura por el genio del César.

Respondió Policarpo:

—Si tienes por punto de honor hacerme jurar por el genio, como tú dices, del César, y finges ignorar quién soy yo, óyelo con toda claridad: yo soy cristiano. Y si tienes interés en saber en qué consiste el cristianismo, dame un día de tregua y escúchame.

Respondió el procónsul:

—Convence al pueblo.

Y Policarpo dijo:

—A ti te considero digno de escuchar mi explicación, pues nosotros profesamos una doctrina que nos manda tributar el honor debido a los magistrados y autoridades, que están establecidas por Dios, mientras ello no vaya en detrimento de nuestra conciencia; mas a ese populacho no le considero digno de oír mi defensa.

Dijo el procónsul:

—Tengo fieras a las que te voy a arrojar, si no cambias de parecer.

Respondió Policarpo:

—Puedes traerlas, pues un cambio de sentir de lo bueno a lo malo, nosotros no podemos admitirlo. Lo razonable es cambiar de lo malo a lo justo.

Volvió a insistirle:

—Te haré consumir por el fuego, ya que menosprecias las fieras, como no mudes de opinión.

Y Policarpo dijo:

—Me amenazas con un fuego que arde por un momento y al poco rato se apaga. Bien se ve que desconoces el fuego del juicio venidero y del eterno suplicio que está reservado a los impíos. Pero, en fin, ¿a qué tardas? Trae lo que quieras (...).

Enseguida fueron colocados en torno a él todos los instrumentos preparados para la pira y como se acercaban también con la intención de clavarle en un poste, dijo:

—Dejadme tal como estoy, pues el que me da fuerza para soportar el fuego, me la dará también, sin necesidad de asegurarme con vuestros clavos, para permanecer inmóvil en la hoguera.

Así pues, no le clavaron, sino que se contentaron con atarle. Él entonces, con las manos atrás y atado como un cordero egregio, escogido de entre un gran rebaño preparado para el holocausto acepto a Dios, levantando sus ojos al cielo dijo:

—Señor Dios omnipotente, Padre de tu amado y bendecido siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de Ti, Dios de los ángeles y de las potestades, de toda la creación y de toda la casta de los justos, que viven en presencia tuya:

Yo te bendigo, porque me tuviste por digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus mártires, en el cáliz de Cristo para resurrección de eterna vida, en alma y cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo.

¡Sea yo con ellos recibido hoy en tu presencia, en sacrificio pingüe y aceptable, conforme de antemano me lo preparaste y me lo revelaste y ahora lo has cumplido, Tú, el infalible y verdadero Dios!

Por lo tanto, yo te alabo por todas las cosas, te bendigo y te glorifico, por mediación del eterno y celeste Sumo Sacerdote, Jesucristo, tu siervo amado, por el cual sea gloria a Ti con el Espíritu Santo, ahora y en los siglos por venir. Amén.

Apenas concluida su súplica, los ministros de la pira prendieron fuego a la leña. Y levantándose una gran llamarada, vimos una gran prodigio aquéllos a quienes fue dado verlo; aquéllos que hemos sobrevivido para poder contar a los demás lo sucedido. El fuego, formando una especie de bóveda, rodeó por todos lados el cuerpo del mártir como una muralla, y estaba en medio de la llama no como carne que se abrasa, sino como pan que se cuece o como el oro y la plata que se acendra al horno. Percibíamos un perfume tan intenso como si se levantase una nube de incienso o de cualquier otro aroma precioso.

Viendo los impíos que el cuerpo de Policarpo no podía ser consumido por el fuego, dieron orden al *confector* para que le diese el golpe de gracia, hundiéndole un puñal en el pecho. Se cumplió la orden y brotó de la herida tal cantidad de sangre que apagó el fuego de la pira, y el gentío quedó pasmado de que hubiera tal diferencia entre la muerte de los infieles y la de los escogidos.

Al número de estos elegidos pertenece Policarpo, varón admirable, maestro en nuestros tiempos, con espíritu de apóstol y profeta; obispo, en fin, de la Iglesia católica de Esmirna. Toda palabra que salió de su boca, o ha tenido ya cumplimiento o lo tendrá con certeza.

DEFENSORES DE LA FE

(SIGLOS II-III)

Esta segunda sección abarca desde la mitad del siglo II hasta finales del siglo III. *Defensores de la fe* se puede llamar a aquellos Padres y escritores eclesiásticos que, una vez pasado el tiempo más cercano a los Apóstoles y a sus discípulos inmediatos, recogieron la antorcha de la enseñanza evangélica y la transmitieron a los grandes Padres de los siglos IV y V. Se trata de una época especialmente interesante, porque estos hombres tuvieron que hacer frente a graves peligros, que amenazaban —cada uno a su modo— la existencia misma de la Iglesia.

Un doble peligro, de carácter externo, está representado por el rechazo del Evangelio por parte de los judíos y por las cruentas persecuciones de las autoridades civiles. Frente a las falsas acusaciones de que eran objeto —ateísmo, ser enemigos del género humano, y otras de más baja ralea—, los cristianos responden con el ejemplo de su vida y la grandeza de su doctrina. Algunos de ellos, bien preparados intelectualmente, toman la pluma y escriben extensas *apologías* —a veces dirigidas a los mismos emperadores— con la finalidad de confutar esas acusaciones calumniosas. Brillan los nombres de San Justino, de Atenágoras, de Teófilo..., entre otros muchos.

Otro peligro —más insidioso, y mucho más grave— fue la aparición de herejías en el seno de la Iglesia. Se trata fundamentalmente de dos errores: el gnosticismo y el montanismo. Mientras el primero es partidario de un cristianismo adaptado al ambiente cultural-religioso del momento —y, por tanto, vaciado de su contenido estrictamente sobrenatural—, los montanistas predicaban la renuncia total al mundo.

Las corrientes gnósticas —con sus variadísimas ramificaciones y formas de expresión, algunas quizá de raíces anteriores al Cristianismo— constituyen el primer intento sistemático de dar una explicación racional de la fe, adaptándola a la cultura de su tiempo y acogiendo los mitos de las religiones orientales. Para eso no dudan en mutilar gravemente los libros sagrados, rechazan arbitrariamente los pasajes que les estorban, y se inventan revelaciones de las que sólo ellos serían depositarios, al margen de la Jerarquía de la Iglesia. Este espíritu gnóstico, en formas diversas, ha estado siempre presente en la historia, también en la actualidad.

El montanismo, a su vez, incurre —por razones en parte opuestas— en el mismo rechazo de la Jerarquía. Los montanistas (llamados así a causa de su fundador, Montano) esperaban de un momento a otro el fin de todas las cosas y proponían a los cristianos el alejamiento completo del mundo, concebido como lugar de perdición. Se mostraban muy rigoristas frente a los que habían pecado; y quienes no adherían a sus ideas eran considerados como extraños a la Iglesia, que sólo se encontraba —según ellos— en sus propias comunidades.

Uno y otro error organizaron una propaganda muy eficaz y amenazaron gravemente la fe y la existencia misma de la Iglesia fundada por Cristo. El montanismo ponía en peligro su misión y carácter universales; el gnosticismo atacaba su fundamento espiritual y su carácter religioso, y fue con mucho el más peligroso.

En estas circunstancias, el Espíritu Santo —que asiste invisiblemente a la Iglesia, según la promesa de Cristo, y le asegura perennidad en el tiempo y fidelidad en la fe— suscitó hombres de inteligencia privilegiada que, empuñando las armas de la razón, con un análisis cuidadoso de la Sagrada Escritura, hicieron frente a estos errores y mostraron el carácter «razonable» de la doctrina cristiana. Comenzaba de este modo el quehacer propiamente teológico, que tantos frutos daría en la vida de la Iglesia.

Entre estos Padres y escritores destaca San Ireneo de Lyon, que reúne en su persona las tradiciones de Oriente y Occidente; luego, en Oriente, Clemente Alejandrino, Orígenes, y San Gregorio el Taumaturgo; en la Iglesia de Roma, Minucio Félix y San Hipólito; finalmente, en torno a Cartago, en el norte de África, Tertuliano, San Cipriano y Lactancio.

San Justino

San Justino, mártir, es el Padre apologista griego más importante del siglo II y una de las personalidades más nobles de la literatura cristiana primitiva. Nació en Palestina, en Flavia Neápolis, la antigua Siquem. De padres paganos y origen romano, pronto inició su itinerario intelectual frecuentando las escuelas estoica, aristotélica, pitagórica y platónica. La búsqueda de la verdad y el heroísmo de los mártires cristianos provocaron su conversión al cristianismo. Desde ese momento, permaneciendo siempre laico, puso sus conocimientos filosóficos al servicio de la fe.

Llegó a Roma durante el reinado de Marco Aurelio (138-161) y allí fundó una escuela, la primera de filosofía cristiana. Según su discípulo Taciano, a causa de las maquinaciones del filósofo cínico Crescente, tuvo que comparecer ante el Prefecto de la Urbe y, por el solo delito de confesar su fe, fue condenado con otros seis compañeros a muerte, probablemente en el año 165.

De sus variados escritos, sólo conservamos dos Apologías, escritas en defensa de los cristianos, dirigidas al emperador Antonino Pío; y una obra titulada *Diálogo con el judío Trifón*, donde defiende la fe cristiana de los ataques del judaísmo. En esta obra relata autobiográficamente su conversión. En las *Apologías*, admira en su exposición el profundo conocimiento de la religión y mitología paganas —que se propone refutar— y de las doctrinas filosóficas más en boga; cómo intenta utilizar cuanto de aprovechable encuentra en el bagaje cultural del paganismo; su valentía para anunciar a Cristo —sabiendo que se jugaba la vida— y su capacidad de ofrecer los argumentos racionales más adecuados a la mentalidad de sus oyentes. Conociendo que la Verdad es sólo una y que reside en plenitud en el Verbo, San Justino sabe descubrir y aprovechar los rastros de verdad que se encuentran en los más grandes filósofos, poetas e historiadores de la antigüedad; llega a afirmar en su segunda apología que *cuanto de bueno está dicho en todos ellos nos pertenece a nosotros los cristianos.*

La verdadera sabiduría

(Diálogo con Trifón, 1-8)

Una mañana que paseaba bajo los porches del gimnasio, se cruzó conmigo cierto sujeto:

—¡Salud, filósofo!, me dijo.

Y a la vez que saludaba, se dio la vuelta y se puso a pasear a mi lado, y con él también sus amigos. Yo le devolví el saludo:

—¿Qué ocurre?, le contesté.

—Me enseñó en Argos Corinto el socrático —respondió— que no se debe descuidar a los que visten hábito como el tuyo, sino, ante todo, mostrarles estima y buscar conversación con el fin de sacar algún provecho, pues, aun en el caso de que saliese beneficiado sólo uno de los dos, ya sería un bien para ambos. Por eso, siempre que veo a alguien con este hábito, me acerco a él con gusto. También los que me acompañan esperan oír de ti algo de provecho...

—¿Y quién eres tú, oh el mejor de los mortales?, le repliqué, bromeando un poco.

Entonces me indicó, sencillamente, su nombre y su raza:

—Mi nombre es Trifón, y soy hebreo de la circuncisión que, huyendo de la guerra recientemente finalizada, vivo en Grecia, la mayor parte del tiempo en Corinto.

—¿Y cómo —le respondí— puedes sacar más provecho de la filosofía que de tu propio legislador y de los profetas?

—¿No tratan de Dios —me replicó— los filósofos en todos sus discursos y no versan sus disputas sobre su unicidad y providencia? ¿Y no es objeto de la filosofía investigar acerca de Dios?

—Ciertamente —le dije—, y ésa es también mi opinión; pero la mayoría de los filósofos ni se plantean siquiera el problema de si hay un solo Dios o muchos, ni si tiene o no providencia de cada uno de nosotros, pues opinan que semejante conocimiento no contribuye para nada a nuestra felicidad (...).

Entonces él, sonriendo, dijo cortésmente:

—Y tú ¿qué opinas de esto, qué piensas de Dios y cuál es tu filosofía?

—Te diré lo que me parece claro, respondí. La filosofía, efectivamente, es en realidad el mayor de los bienes y el más precioso ante Dios, a quien nos conduce y recomienda[1]. Y santos, en verdad, son aquellos que a la filosofía consagran su inteligencia. Sin embargo, qué es en realidad y por qué fue enviada a los hombres, es algo que escapa a la mayoría de la gente;

---

[1] San Justino se refiere a la filosofía en cuanto participación de la misma Sabiduría divina.

pues siendo una ciencia única, no habría platónicos, ni estoicos, ni peripatéticos, ni teóricos, ni pitagóricos (...).

(Al llegar a este punto, Justino explica a sus interlocutores cómo fue pasando por diversas escuelas filosóficas en busca de la sabiduría, pero ninguna le satisfizo).

Con esta disposición de ánimo, determiné un día refugiarme en la soledad y evitar todo contacto con los hombres. Me dirigí a cierto paraje, no lejos del mar. Cerca ya del lugar, me seguía a poca distancia un anciano de aspecto venerable. Me di la vuelta y clavé los ojos en él.

—¿Es que me conoces?, preguntó.

Contesté que no.

—Entonces, ¿por qué me miras de esa manera?

—Estoy maravillado —dije— de que hayas venido a parar a este mismo lugar, donde no esperaba encontrar a hombre alguno.

—Ando preocupado —repuso él— por unos parientes míos que están de viaje. He venido a mirar si aparecen por alguna parte. Y a ti —concluyó— ¿qué te trae por acá?

—Me gusta —le dije— pasar así el rato: puedo conversar conmigo mismo sin estorbo. Para quien ama la meditación no hay parajes tan propios como éstos.

—Luego, ¿eres amigo de la idea y no de la acción y de la verdad? ¿Cómo no tratas de ser más bien un hombre práctico y no sofista?

—¿Y qué mayor bien hay —le repliqué— que demostrar cómo la idea lo dirige todo y, concebida en nosotros y dejándonos conducir por ella, contemplar el extravío de los demás y que en nada de sus ocupaciones hay algo sano y grato a Dios? Sin la filosofía y la recta razón no es posible que haya prudencia (...).

(El relato continúa con las más variadas preguntas del anciano acerca de la inmortalidad del alma, sus capacidades, la relación de las criaturas con Dios... Justino intenta responder, pero llega un momento en el que comprende que los filósofos no son capaces con la sola razón de dar cuenta de todos los interrogantes que se plantean los hombres.)

—Entonces —volví a replicar—, ¿a quién vamos a tomar por maestro o de donde podemos sacar provecho, si ni en éstos, como en Platón o en Pitágoras, se halla la verdad?

—Existieron hace mucho tiempo —me contestó el viejo— unos hombres más antiguos que todos éstos tenidos por filósofos; hombres bienaventurados, justos y amigos de Dios, que hablaron por inspiración divina; y divinamente inspirados predijeron el porvenir, lo que justamente se está cumpliendo ahora: son los llamados profetas.

Éstos son los que vieron y anunciaron la verdad a los hombres, sin te-

mer ni adular a nadie, sin dejarse vencer de la vanagloria; sino, que llenos del Espíritu Santo, sólo dijeron lo que vieron y oyeron. Sus escritos se conservan todavía y quien los lea y les preste fe, puede sacar el más grande provecho en las cuestiones de los principios y fin de las cosas y, en general, sobre aquello que un filósofo debe saber.

No compusieron jamás sus discursos con demostración, ya que fueron testigos fidedignos de la verdad por encima de toda demostración. Por lo demás, los sucesos pasados y actuales nos obligan a adherirnos a sus palabras. También por los milagros que hacían es justo creerles, pues por ellos glorificaban a Dios Hacedor y Padre del Universo, y anunciaban a Cristo, Hijo suyo, que de Él procede. En cambio, los falsos profetas, llenos del espíritu embustero e impuro, no hicieron ni hacen caso, sino que se atreven a realizar ciertos prodigios para espantar a los hombres y glorificar a los espíritus del error y a los demonios.

Ante todo, por tu parte, ruega para que se te abran las puertas de la luz, pues estas cosas no son fáciles de ver y comprender por todos, sino a quien Dios y su Cristo concede comprenderlas.

Esto dijo y muchas otras cosas que no tengo por qué referir ahora. Se marchó y después de exhortarme a seguir sus consejos, no le volví a ver jamás. Sin embargo, inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo y, reflexionando sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa.

De este modo, y por estos motivos, yo soy filósofo, y quisiera que todos los hombres, poniendo el mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador. Pues hay en ellas un no sé qué de temible y son capaces de conmover a los que se apartan del recto camino, a la vez que, para quienes las meditan, se convierten en dulcísimo descanso.

Ahora bien, si tú también te preocupas algo de ti mismo y aspiras a tu salvación y tienes confianza en Dios, como a hombre que no es ajeno a estas cosas, te es posible alcanzar la felicidad, reconociendo a Cristo e iniciándote en sus misterios.

Las obras del cristiano

(Apología I, 3, 10, 12, 14-17)

Tenemos la obligación de dar ejemplo con nuestra vida y nuestra doctrina, no sea que hayamos de pagar nosotros el castigo de quienes pa-

recen ignorar nuestra religión, y así pecaron por su ceguera. Pero también vosotros debéis oírnos y juzgar con rectitud porque, en adelante, estando instruidos, no tendréis excusa alguna ante Dios si no obráis justamente (...).

Consideramos de interés para todos los hombres que no se les impida aprender esta doctrina, sino que se les exhorte a ella, porque lo que no lograron las leyes humanas, ya lo hubiera realizado el Verbo divino si los malvados demonios no hubieran esparcido muchas e impías calumnias, tomando por aliada a la pasión que habita en cada uno, mala para todo, y multiforme por naturaleza: con esos crímenes nada tenemos que ver nosotros (...).

Vuestra mejor ayuda para el mantenimiento de la paz somos nosotros, pues profesamos doctrinas como la de que no es posible que un malhechor, un avaro o un conspirador, pasen inadvertidos a Dios —como tampoco pasa un hombre virtuoso—. Por el contrario, cada uno camina, según el mérito de sus acciones, hacia el castigo o hacia la salvación eterna. Si todos los hombres fuesen conscientes de esto, nadie escogería la maldad por un momento, sabiendo que así emprendía la marcha hacia su condena eterna en el fuego, sino que por todos los medios se contendría y se adornaría con las virtudes, para alcanzar los bienes de Dios y verse libre de la pena. Quienes, por miedo a las leyes y castigos decretados por vosotros, tratan de ocultarse al cometer sus crímenes, los cometen conscientes de que sois hombres, y que de vosotros es posible esconderse. Si supieran y estuvieran persuadidos de que nadie puede ocultar a Dios, no ya una acción, sino tampoco un pensamiento, al menos por el castigo que les amenaza, se moderarían (...).

Los que antes nos complacíamos en la disolución, ahora sólo amamos la castidad; los que nos entregábamos a las artes mágicas, ahora nos hemos consagrado al Dios bueno e ingénito; los que amábamos por encima de todo el dinero y el beneficio de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos lo ponemos en común, y de ello damos parte a todo el que está necesitado; los que nos odiábamos y matábamos, y no compartíamos el hogar con nadie de otra raza que la nuestra, por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos juntos y rogamos por nuestros enemigos, y tratamos de persuadir a los que nos aborrecen injustamente para que, viviendo conforme a los preclaros consejos de Cristo, tengan la esperanza de alcanzar, junto con nosotros, los bienes de Dios, soberano de todas las cosas (...).

Sobre la castidad, [Cristo] dijo: *todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio en su corazón. Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo y tíralo; porque más te vale que se pierda uno de tus*

miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno (*Mt* 5, 28-29). *Y el que se casa con una divorciada de otro marido, comete adulterio* (*Mt* 5, 32) (...). Así, para nuestro Maestro, no sólo son pecadores los que contraen doble matrimonio conforme a la ley humana, sino también los que miran a una mujer para desearla. No sólo rechaza al que comete adulterio de hecho, sino también al que lo querría, pues ante Dios son patentes tanto las obras como los deseos. Entre nosotros hay muchos y muchas que, hechos discípulos de Cristo desde la niñez, permanecen incorruptos hasta los sesenta y los setenta años, y yo me glorío de que os los puedo mostrar de entre toda raza humana. Y esto, sin contar a la ingente muchedumbre de los que se han convertido después de una vida disoluta y han aprendido esta doctrina, pues Cristo no llamó a penitencia a los justos y a los castos, sino a los impíos, a los intemperantes y a los inicuos. Así lo dijo: *no he venido a llamar a penitencia a los justos, sino a los pecadores* (*Lc* 5, 32) (...).

Sus palabras sobre el ejercicio de la paciencia, y sobre el estar prontos a servir y ajenos a la ira, son éstas: *a quien te golpee en una mejilla, preséntale la otra, y a quien quiera quitarte la túnica o el manto, no se lo impidas* (*Lc* 6, 29). *Mas quienquiera que se irrite, es reo del fuego* (*Mt* 5, 22) *A quien te contrate para una milla, acompáñale dos* (*Mt* 5, 41). *Brillen, pues, vuestras obras delante de los hombres, para que viéndolas admiren a vuestro Padre que está en los cielos* (*Mt* 5, 16). No debemos, pues, ofrecer resistencia. Él no quiere que seamos imitadores de los malvados, sino que nos exhortó a apartar a todos de la vergüenza y del deseo del mal por medio de la paciencia y la mansedumbre. Y esto lo podemos demostrar por muchos que han vivido entre vosotros, que dejaron sus hábitos de violencia y tiranía, y se convencieron, ora contemplando la constancia de vida de sus vecinos, ora considerando la extraña paciencia de sus compañeros de viaje al ser defraudados, ora poniendo a prueba a sus compañeros de negocio (...).

En cuanto a los tributos y contribuciones, nosotros antes que nadie procuramos pagarlos a quienes vosotros habéis designado para ello en todas partes: así se nos enseñó. Cuando se le acercaron algunos para preguntarle si había que pagar el tributo al César, Él respondió: *¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Le respondieron: Del César. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* (*Mt* 22, 20-21). Por eso, sólo adoramos a Dios, pero en todo lo demás os servimos a vosotros con gusto, reconociendo que sois emperadores y gobernantes de los hombres y rogando que, junto con el poder imperial, se advierta que también sois hombres de prudente juicio.

Como los Apóstoles nos enseñaron

(Apología I, 65-67.)

Después de ser *lavado* de ese modo, y adherirse a nosotros quien ha creído[2], le llevamos a los que se llaman hermanos, para rezar juntos por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado, y por los demás esparcidos en todo el mundo. Suplicamos que, puesto que hemos conocido la verdad, seamos en nuestras obras hombres de buena conducta, cumplidores de los mandamientos, y así alcancemos la salvación eterna.

Terminadas las oraciones, nos damos el ósculo de la paz. Luego, se ofrece pan y un vaso de agua y vino a quien hace cabeza, que los toma, y da alabanza y gloria al Padre del universo, en nombre de su Hijo y por el Espíritu Santo. Después pronuncia una larga acción de gracias por habernos concedido los dones que de Él nos vienen. Y cuando ha terminado las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama diciendo: *Amén,* que en hebreo quiere decir *así sea.* Cuando el primero ha dado gracias y todo el pueblo ha aclamado, los que llamamos diáconos dan a cada asistente parte del pan y del vino con agua sobre los que se pronunció la acción de gracias, y también lo llevan a los ausentes.

A este alimento lo llamamos *Eucaristía.* A nadie le es lícito participar si no cree que nuestras enseñanzas son verdaderas, ha sido lavado en el baño de la remisión de los pecados y la regeneración, y vive conforme a lo que Cristo nos enseñó. Porque no los tomamos como pan o bebida comunes, sino que, así como Jesucristo, Nuestro Salvador, se encarnó por virtud del Verbo de Dios para nuestra salvación, del mismo modo nos han enseñado que esta comida —de la cual se alimentan nuestra carne y nuestra sangre— es la Carne y la Sangre del mismo Jesús encarnado, pues en esos alimentos se ha realizado el prodigio mediante la oración que contiene las palabras del mismo Cristo. Los Apóstoles —en sus comentarios, que se llaman Evangelios— nos transmitieron que así se lo ordenó Jesús cuando, tomó el pan y, dando gracias, dijo: *Haced esto en conmemoración mía; esto es mi Cuerpo.* Y de la misma manera, tomando el cáliz dio gracias y dijo: *ésta es mi Sangre.* Y sólo a ellos lo entregó (...).

Nosotros, en cambio, después de esta iniciación, recordamos estas cosas constantemente entre nosotros. Los que tenemos, socorremos a todos los necesitados y nos asistimos siempre los unos a los otros. Por todo lo que comemos, bendecimos siempre al Hacedor del universo a través de su Hijo Jesucristo y por el Espíritu Santo.

---

[2] En los párrafos precedentes ha expuesto la doctrina sobre el Bautismo.

El día que se llama del sol [el domingo], se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos, y se leen los recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas, mientras hay tiempo. Cuando el lector termina, el que hace cabeza nos exhorta con su palabra y nos invita a imitar aquellos ejemplos. Después nos levantamos todos a una, y elevamos nuestras oraciones. Al terminarlas, se ofrece el pan y el vino con agua como ya dijimos, y el que preside, según sus fuerzas, también eleva sus preces y acciones de gracias, y todo el pueblo exclama: *Amén*. Entonces viene la distribución y participación de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío a los ausentes por medio de los diáconos.

Los que tienen y quieren, dan libremente lo que les parece bien; lo que se recoge se entrega al que hace cabeza para que socorra con ello a huérfanos y viudas, a los que están necesitados por enfermedad u otra causa, a los encarcelados, a los forasteros que están de paso: en resumen, se le constituye en proveedor para quien se halle en la necesidad. Celebramos esta reunión general el día del sol, por ser el primero, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo; y también porque es el día en que Jesucristo, Nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos; pues hay que saber que le entregaron en el día anterior al de Saturno [sábado], y en el siguiente —que es el día del sol—, apareciéndose a sus Apóstoles y discípulos, nos enseñó esta misma doctrina que exponemos a vuestro examen.

«Discurso a Diogneto»

Esta antigua obra es una exposición apologética de la vida de los primeros cristianos, dirigida a cierto Diogneto —nombre puramente honorífico, según la opinión más difundida— y redactada en Atenas, en el siglo II. Investigaciones recientes invitan a identificarla con la Apología de Cuadrato al emperador Adriano, que durante siglos se creyó perdida. Desgraciadamente, el único manuscrito que se conservaba de este antiguo texto fue destruido en el siglo pasado, durante la guerra franco-prusiana, en el incendio de la biblioteca de Estrasburgo. Todas las ediciones y traducciones se basan en ese único manuscrito, ya desaparecido.

La parte central de esta apología expone un aspecto fundamental de la vida de los primeros cristianos: el deber de santificarse en medio del mundo, iluminando todas las cosas con la luz de Cristo. Un mensaje siempre actual, que el Señor ha recordado a los hombres en estos tiempos últimos con las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

La vocación cristiana

(Discurso a Diogneto, V-VII)

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su idioma, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido inventada por

ellos, como fruto del talento y de la especulación de hombres curiosos; ni profesan —como otros hacen— una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable y, por confesión de todos, sorprendente.

Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria es tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no abandonan los que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el Cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con su vida sobrepasan las leyes.

A todos aman, y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todas las cosas. Son deshonrados, y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se les declara justos. Los vituperan, y ellos devuelven bendiciones. Se les injuria, y ellos dan honra. Hacen el bien y se los castiga como si fuesen malhechores; condenados a muerte, se alegran como si se les concediera la vida. Los judíos los combaten como a extranjeros, y los griegos los persiguen; y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su odio.

Mas, para decirlo brevemente, lo que el alma es en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; así los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo, pero su religión sigue siendo invisible.

La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido agravio alguno de ella, porque no le permite gozar a su antojo de los placeres; a los cristianos les aborrece el mundo, sin haber recibido ofensa de ellos, porque renuncian a los placeres. El alma ama la carne y a los miembros que la aborrecen, y los cristianos aman también a quienes los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella es la que mantiene al cuerpo unido; así los cristianos, detenidos en el mundo como en una cárcel, son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; así los cristianos viven de paso en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción de los cielos. El alma, mortificada en comidas y bebidas, se mejora; lo mismo los cristianos, castigados de muerte cada día,

se multiplican más y más. Tal es el puesto que Dios les señaló, y no les es lícito desertar de él.

Porque, como dije, no es invención humana lo que recibieron por tradición, ni tendrían por digno de ser conservado tan cuidadosamente un pensamiento mortal, ni se les ha confiado la administración de misterios terrenos. No. Aquél que es verdaderamente Omnipotente, Creador del universo y Dios invisible, Él mismo hizo bajar de los cielos su Verbo y su Palabra santa e incomprehensible y la aposentó en los hombres y sólidamente la asentó en sus corazones. Y eso, no enviando a los mortales —como alguien pudiera imaginar— alguno de sus servidores, o un ángel, o un príncipe de los que gobiernan las cosas terrestres, o alguno de los que tienen encomendadas las administraciones de los cielos. Sino que envió al mismo Artífice y Creador del universo, Aquél por quien creó los cielos, por quien encerró al mar en sus propias lindes; Aquél cuyo misterio guardan fielmente todos los elementos: de cuya mano recibió el sol las medidas que ha de guardar en sus carreras de cada día, a quien obedece la luna cuando le manda lucir durante la noche, a quien también obedecen las estrellas que forman el séquito de la luna en su carrera; Aquél, en fin, por quien todo fue ordenado y definido y sometido: los cielos y cuanto en los cielos se contiene, la tierra y cuanto en la tierra existe, el mar y cuanto en el mar se encierra: el fuego, el aire, el abismo, lo que está en lo alto, lo de más profundo, lo que está en el medio. A Éste les envió.

¿Y qué? ¿Le envió acaso —como alguno podría pensar— para ejercer una tiranía o para infundirnos terror y espanto? ¡De ninguna manera! Lo mandó en clemencia y mansedumbre, como un rey envió a su hijo rey; como a Dios nos lo envió, como hombre a los hombres le envió, para salvarnos. Para persuadir, no para violentar, pues en Dios no se da violencia. Le envió para llamar, no para castigar; le envió, en fin, para amar, no para juzgar. Le mandará, sí, un día, como Juez; ¿y quién resistirá entonces su presencia?

San Teófilo de Antioquía

No conocemos casi nada de este autor, ni de su obra literaria, que debió de ser extensa. Gracias al antiguo historiador de la Iglesia, Eusebio de Cesarea, sabemos que fue obispo de Antioquía, el sexto después de San Pedro. Las mismas noticias nos transmite San Jerónimo. Es el único de los apologistas que estuvieron revestidos del carácter episcopal, y en una sede tan importante por su antigua tradición.

De San Teófilo sólo se conservan los tres libros *A Autólico*, escritos hacia el año 180, que son una apología en defensa de los cristianos, cuya sangre seguía corriendo en sucesivas persecuciones. Como era frecuente en la antigüedad, quizá Autólico no sea un personaje real; encarna más bien a un tipo de pagano que no debía de ser raro a finales del siglo II: un hombre culto, que reconocía en bastantes cristianos a otros hombres cultos como él, pero a quien parecía demasiado simple la doctrina de Cristo. Teófilo intenta salir al paso de estas y otras razones, tratando de convencer a su posible lector de las fuertes razones para creer que tienen los cristianos.

En las siguientes líneas se recoge un fragmento del segundo libro, en el que se trata del pecado original.

El pecado original

(Libro a Autólico, II, 24-27).

Cuando Dios puso al hombre en el Paraíso para que lo trabajara y lo custodiase, le ordenó que comiera de todos los frutos; también del árbol de

la vida. Sólo le mandó que no gustara del árbol de la ciencia. Y, desde la tierra de la que había sido creado, Dios trasladó al hombre al Paraíso, para que le rindiera fruto, de modo que creciendo y llegando a ser perfecto hasta ser declarado dios, subiera al Cielo en posesión de la inmortalidad.

El hombre fue creado con una condición intermedia, ni del todo mortal ni enteramente inmortal, sino capaz de lo uno y de lo otro. Del mismo modo, el Paraíso, en cuanto a su belleza, fue hecho intermedio entre la tierra y el Cielo (...).

El árbol de la ciencia era bueno en sí mismo, y bueno era su fruto. La muerte no estaba, como piensan algunos, en el árbol, sino en la desobediencia. Pues en su fruto no había sino ciencia, y ésta es buena si se usa del modo debido. Adán, por su edad, era como un niño, sin idoneidad para recibir la ciencia. Todavía ahora, cuando nace un niño, no puede comer inmediatamente pan, sino que primero se alimenta de leche, y sólo luego, al crecer, toma alimento sólido. Algo así sucedió con Adán. Por esto, no fue por envidia, como piensan algunos, por lo que Dios ordenó al hombre que no comiera del árbol del conocimiento. Además, Dios quería probar a Adán y experimentar la obediencia a su mandamiento.

Dios deseaba también que el hombre permaneciera más tiempo sencillo e inocente en condición de niño. Respecto a Dios y entre los hombres, es algo santo que los hijos estén sujetos a sus padres con sencillez e inocencia. Y si los hijos han de someterse a sus padres, ¡cuánto más a Dios, Padre del Universo! Además, es indecoroso que los niños conozcan por encima de lo que exige su edad, pues del mismo modo que nadie crece en edad sino por etapas, así también ocurre con la inteligencia.

Por otra parte, si una ley ordena abstenerse de algo y no se observa, parece evidente que no es la ley la causa del castigo, sino la desobediencia y la transgresión de ese precepto. Y si un padre prohíbe a su hijo ciertas cosas y éste no guarda el mandato paterno, aquel lo azota y castiga porque no quiso obedecer: no es que los azotes constituyan la materia de la prohibición, sino que la obediencia transgredida procura el castigo al desobediente. Así, la desobediencia llevó consigo que el primer hombre fuera arrojado del Paraíso, no porque hubiera algo malo en el árbol de la ciencia, sino porque a partir del pecado, como de una fuente, manaron hacia el hombre los esfuerzos, dolores, molestias y, a la postre, la misma muerte.

Dios prestó al hombre un gran beneficio al no dejar que permaneciera para siempre sujeto al pecado. Como en un destierro, lo arrojó del Paraíso para volver a llamarlo, una vez expiada la pena en el plazo determinado y ya educado (...).

Y todavía más: del mismo modo que a un vaso, si después de elaborado, presenta algún defecto, se le vuelve a amasar y modelar, para que re-

sulte nuevo y entero, así sucede al hombre con la muerte: en cierto modo se le rompe, para que en la resurrección se encuentre íntegro, esto es, limpio, justo, inmortal. Dios llama a Adán y le dice: *Adán, ¿donde estás?*, no porque lo ignorase, sino por su longanimidad, para darle ocasión de penitencia y confesión

Alguno nos dirá: ¿Adán fue creado con una naturaleza mortal? De ninguna manera. ¿Inmortal, entonces? No. Entonces, ¿no era nada? Tampoco afirmemos esto. Adán no fue formado con naturaleza mortal ni inmortal (...). No lo creó ni mortal inmortal, sino —como ya dijimos más arriba— capaz de las dos condiciones, para que, si se inclinaba a aquellas cosas que tienden a la inmortalidad, observando los mandamientos de Dios, recibiera de Él la merced de la inmortalidad y llegara a ser como Dios; pero si en cambio, desobedeciendo a Dios, se entregaba a las cosas de la muerte, el mismo hombre fuera autor de su propia muerte. Porque Dios hizo al hombre libre y dueño de sus actos.

Ahora bien, aquello que el hombre perdió para sí por su descuido y desobediencia, Dios se lo vuelve a regalar ahora por su largueza y misericordia con los hombres a Él sujetos. Y del mismo modo que el hombre, con su desobediencia, se atrajo para sí la muerte, todo el que quiera puede ganar para sí la vida eterna, si obedece a la voluntad de Dios. Dios nos ha dado la ley y los santos mandamientos: el que los cumpla puede salvarse y, una vez resucitado, obtener como herencia la incorrupción.

Melitón de Sardes

Obispo de Sardes, en Lidia, contemporáneo de los emperadores Antonino Pío (138-161) y Marco Aurelio (161-180), conocemos poco de su vida, que debió de ser muy densa. Polícrates de Efeso, en una carta enviada al Papa Víctor (190), lo considera como uno de los grandes luminares de la Iglesia en Asia Menor.

Melitón viajó a Jerusalén para informarse de la tradición eclesiástica y escribió con profusión sobre una gran variedad de temas. Eusebio de Cesarea enumera veinte obras, a las que Anastasio el Sinaíta añade dos más. De todas ellas, excepto la obra que parcialmente transcribimos, no nos han llegado más que fragmentos. Entre éstos se incluye una apología dirigida al emperador Marco Aurelio, interesante por propugnar solidaridad y buen entendimiento entre la Iglesia y el Estado.

La *Homilía sobre la Pascua* ha sido descubierta a mediados del siglo XX, y se hallaba contenida en la última parte de un papiro del siglo IV. Calificada a un tiempo como *Homilía* y *Pregón pascual*, puede considerarse como un modelo en su género. La innegable riqueza teológica aparece expuesta en un lenguaje cálido y sencillo. Toda la obra exhala un apasionado amor a Jesucristo y una fe profunda en la divinidad del Señor. Su idea doctrinal se centra en el programa divino de la salvación del hombre, entendida como rescate, todo ello encerrado dentro de un bello y armonioso estuche literario.

La vieja y la nueva Pascua

(Homilía sobre la Pascua I, 11-16, 30-45)

Voy a explicar detalladamente las palabras de la Escritura (cfr. *Ex* 12, 3-28): cómo Dios ordena a Moisés en Egipto, cuando quiere, de una parte

someter al faraón bajo el látigo, y de otra librar a Israel del látigo por la mano de Moisés.

En efecto, dice: «He aquí que tomarás un cordero sin defecto y sin tacha y al atardecer lo inmolarás con los hijos de Israel, y a la noche lo comerás con prisa, y no romperéis ninguno de sus huesos. Así —dice— harás: en una sola noche lo comeréis por familias y por tribus, ceñidos vuestros lomos y los cayados en vuestras manos. Porque ésta es la pascua del Señor, memorial eterno para los hijos de Israel. Habiendo tomado la sangre de la oveja, untad las puertas exteriores de vuestras casas colocando sobre los montantes de la entrada la señal de la sangre para la intimidación del ángel. Porque he aquí que Yo heriré a Egipto y en una sola noche será privado de hijos, desde el ganado hasta el hombre».

Entonces Moisés, habiendo degollado la oveja y habiendo cumplido de noche el misterio con los hijos de Israel, marcó las puertas de las casas para protección del pueblo y para intimidación del ángel.

Cuando la oveja es degollada, y la pascua es comida, y el misterio es cumplido, y el pueblo alegrado, e Israel marcado, entonces llega el ángel para herir a Egipto. En una sola noche castigó a Egipto, no iniciado en el misterio, ni partícipe de la pascua, ni marcado por la sangre, ni protegido por el Espíritu, sino enemigo, incrédulo; y en una sola noche, después de herirlo, lo privó de sus hijos (...).

Israel, en cambio, estaba protegido por la inmolación del cordero, y al mismo tiempo iluminado por la sangre vertida: y la muerte de la oveja resultaba ser una muralla para el pueblo.

¡Oh misterio sorprendente e inexplicable! La inmolación del cordero resultó ser la salvación de Israel, la muerte de la oveja llegó a ser vida del pueblo y la sangre intimidó al ángel.

Dime, ángel, lo que te ha intimidado: ¿la inmolación del cordero, o la vida del Señor?, ¿la muerte de la oveja o la figura del Señor?, ¿la sangre del cordero o el Espíritu del Señor? Es claro que estás intimidado por haber visto el misterio del Señor realizado en la oveja, la vida del Señor en la inmolación del cordero, la prefiguración del Señor en la muerte de la oveja. Por esto no castigaste a Israel, sino que privaste de sus hijos sólo a Egipto.

¿Cuál es este misterio inesperado: que Egipto haya sido golpeado para su perdición e Israel, en cambio, protegido para su salvación?

Oíd la dinámica del misterio.

Lo que se ha dicho y lo que ha ocurrido no es nada, amadísimos, si se separa de su simbolismo y de su proyecto. Todo lo que se realice y se diga, participa del simbolismo —la palabra, del simbolismo; el hecho, de la prefiguración— para que, así como el hecho se manifiesta por la prefiguración, así también la palabra se ilumine por el simbolismo.

Una obra no se construye sin un proyecto. ¿O no se ve lo que ha de ser a través de la imagen que la prefigura? Por eso, el proyecto que se va a realizar se modela primero con cera, o con arcilla, o con madera, a fin de que se pueda ver lo que va a ser construido más alto en grandeza, más fuerte en resistencia, y bello de forma y rico en instalación, gracias a una pequeña maqueta, destinada a perecer. Porque cuando se ha realizado aquello para lo que había sido destinada la figura, entonces, lo que hasta aquí portaba la imagen del futuro es destruido, por haberse hecho inútil, al haber cedido su imagen a una realidad verdadera. Pues aquello que en otro tiempo era de valor se devalúa una vez aparecido lo que es verdaderamente precioso.

Efectivamente, cada cosa tiene su propio tiempo: al modelo su propio tiempo, al material su propio tiempo. Haces el modelo de la obra real. Lo deseas porque ves en él la imagen de lo que va a ser. Suministras el material para el modelo. Lo deseas por lo que se va a construir gracias a él. Ejecutas la obra, a ella sola la deseas, a ella sola quieres, viendo en ella sola el modelo y el material y la realidad.

Pues como sucede en las realidades corruptibles, así también ocurre en las incorruptibles; como sucede en las realidades terrestres, así también en las celestes. En efecto, la salvación del Señor y la verdad han sido prefiguradas en el pueblo de Israel, y las prescripciones del Evangelio han sido proclamadas de antemano por la Ley. El pueblo, pues, vino a ser como el esbozo de un proyecto, y la Ley como la letra de una parábola, pero el Evangelio viene a ser como explicación y cumplimiento de la Ley y la Iglesia el ámbito de la realización.

El modelo era, pues, valioso antes de la realidad y la parábola era admirable antes de la interpretación. Es decir: el pueblo [de Israel] tenía su valor antes que la Iglesia fuese edificada, y la Ley era admirable antes de que el Evangelio fuese iluminado. Pero cuando la Iglesia fue edificada y el Evangelio propuesto, la figura se desvaneció después de transmitir su fuerza a la realidad; y la Ley finalizó después de transmitir su fuerza al Evangelio. Al modo que la figura se desvanece después de transmitir la imagen a la realidad verdadera, y la parábola se desvanece al ser iluminada por la interpretación, así también la Ley fue culminada en su función una vez que el Evangelio fue puesto en luz, y el pueblo se desvaneció una vez que fue erigida la Iglesia, y la figura fue disuelta una vez que el Señor se manifestó, y lo que antes era valioso hoy se ha devaluado, una vez que se ha manifestado lo que es valioso por naturaleza.

Preciosa fue entonces la inmolación del cordero, pero ahora sin valor a causa de la vida del Señor; preciosa la muerte de la oveja, pero ahora sin valor a causa de la salvación del Señor; preciosa la sangre del cordero,

pero ahora sin valor a causa del Espíritu del Señor; preciosa la oveja muda, pero ahora sin valor a causa del Hijo irreprochable; precioso el templo de abajo, pero ahora sin valor a causa del Cristo de lo alto; preciosa la Jerusalén de abajo, pero ahora sin valor a causa de la Jerusalén de arriba; preciosa la herencia limitada, pero ahora sin valor a causa de la gracia difundida sin confines.

Porque no hay ni un solo lugar ni un pequeño fragmento de la tierra en el que la gloria de Dios no se haya establecido, sino que a todos los confines de la tierra se ha expandido la gracia divina, y allí ha plantado su tienda el Dios omnipotente; por Jesucristo, que tiene la gloria por los siglos. Amén.

«La Santa Pascua»

Según algunos estudiosos, la homilía *La Santa Pascua*, de la que se recogen aquí unos fragmentos, proviene del Asia Menor y fue pronunciada en la segunda mitad del siglo II. Aunque no se poseen los datos suficientes para identificar al autor con absoluta precisión, queda fuera de duda su pertenencia al ambiente que seguía el antiguo cómputo hebraico de la celebración de la Pascua, el 14 de Nisán.

La homilía consta de una introducción, dos partes y un epílogo. En la introducción, el autor proclama la belleza de la Pascua y anuncia los motivos fundamentales que tratará en el cuerpo del escrito: la ley de Moisés y la salvación que el Señor nos alcanzó al inmolarse en la Cruz.

Como Melitón de Sardes, el autor de esta homilía atribuye a la Pascua el sentido de *misterio*, distinguiendo tres fases en su desarrollo: los hechos ocurridos en Egipto, que son figura de la Pascua cristiana; la celebración judaica, querida por Dios para anunciar su plan de salvación, y el auténtico y perfecto misterio pascual de los cristianos, en el que nos introduce el Sacramento de la Eucaristía.

Los frutos de la Pasión

(La Santa Pascua, 49-55)

Ésta era la Pascua que Jesús deseaba padecer por nosotros: con la Pasión librarnos de la pasión, con la Muerte vencer a la muerte, y con el alimento invisible darnos su vida inmortal.

Éste era el deseo salvífico de Jesús, éste su amor enteramente espiritual: mostrar las figuras como figuras y, en su lugar, dar a los discípulos su sagrado cuerpo: *tomad y comed, esto es mi Cuerpo; tomad y bebed, ésta es mi Sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados* (*Mt* 26, 26-28). Por eso deseaba, más que comer la Pascua, padecerla, para librarnos de la pasión contraída comiendo.

Por eso, sustituye un árbol por otro y, en vez de la mano perversa que al principio se extendió impíamente, deja enclavar su mano inmaculada con un gesto de piedad, mostrándose como la verdadera Vida colgada del árbol. Tú, Israel, no pudiste comer de él; nosotros, en cambio, con un conocimiento espiritual indestructible, comemos de él y no morimos (cfr. *Gn* 1, 17; 3, 4-6).

Éste es, para mí, árbol de salvación eterna: de él me nutro y sacio. Por sus raíces hundo mis raíces, por sus ramas me expando, de su savia me emborracho, por su espíritu —como de un viento delicioso— soy fecundado. Bajo su sombra he plantado mi tienda y, huyendo de los grandes calores, encuentro un refugio lleno de rocío. Por sus flores florezco, con sus frutos me deleito y los tomo libremente porque están destinados a mí desde el principio.

Este árbol es alimento para saciar mi hambre, manantial para mi sed, vestido para mi desnudez; sus hojas son espíritu de vida, y nunca más hojas de higuera (cfr. *Gn* 3, 7). Este árbol es mi protección cuando temo a Dios, mi báculo cuando vacilo, mi premio cuando combato y mi trofeo cuando venzo. Este árbol es para mí senda angosta y camino estrecho. Este árbol es la escala de Jacob y la vía de los ángeles, en cuya cima está verdaderamente apoyado el Señor.

Este árbol de dimensiones celestiales se eleva desde la tierra hasta los cielos, hincándose entre el cielo y la tierra como planta eterna, como sostén de todas las cosas y quicio del universo, como soporte del mundo entero y vínculo cósmico, que mantiene unida a la mudable naturaleza humana, enclavándola con los clavos invisibles del Espíritu, para que, sujeta a la divinidad, no se separe más de ella (...).

Aunque llena el universo, el Señor se desvistió para luchar desnudo contra las potencias del aire. Y por un instante gritó que se apartase de Él ese cáliz, para mostrar verdaderamente que Él es *también hombre* (cfr. *Lc* 22, 42); pero acordándose de su misión y queriendo cumplir el designio de salvación para el que había sido enviado, gritó de nuevo: *no mi voluntad, sino la tuya* (*Ibid.*). En efecto, *el espíritu está pronto, pero la carne es débil* (*Mt* 26, 41).

Como combatía una batalla victoriosa en favor de la vida, su sagrada cabeza fue coronada de espinas, borrando así la antigua maldición de la

tierra y extirpando con su divina frente las copiosas espinas producidas por el pecado. Al beber después la amarga y ácida hiel del dragón, derramó las dulces fuentes que manan de él.

Queriendo, en efecto, destruir la obra de la mujer y contraponerse a aquella que al principio salió del costado de Adán como portadora de muerte, el Señor abrió su sagrado costado, del cual manó su sagrada sangre y el agua, signos plenos de las espirituales y místicas bodas, de la adopción y de la regeneración, según lo que está escrito: *Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego* (*Mt* 3, 11): el agua como bautismo *en el Espíritu*, la sangre como bautismo *en el fuego*.

Entonces fueron crucificados con Él dos ladrones, que llevaban en sí las señales de los dos pueblos: uno de ellos se convierte mediante el agradecimiento, confiesa sinceramente sus culpas y se apiada de su Soberano; el otro, en cambio, se rebela porque es de dura cerviz, no muestra agradecimiento ni piedad hacia su Señor y persiste en sus viejos pecados. Estos dos hombres manifiestan también dos sentimientos del alma: uno de ellos se convierte de sus antiguos pecados, se desnuda ante su Soberano y obtiene así, mediante la penitencia, misericordia y recompensa; el otro, en cambio, no tiene excusa, porque, al no querer mudar, permanece ladrón hasta el final.

Cuando terminó [Cristo] el combate cósmico, venciendo en todo y por todo, sin ser exaltado como Dios ni postrado como hombre, se quedó plantado, como límite de todas las cosas, como trofeo de victoria, llevando en sí mismo un triunfo contra el enemigo.

Entonces, frente a su larga resistencia, el universo se llenó de estupor; entonces, los cielos se conmovieron, y las potencias, los tronos y las leyes celestiales se estremecieron, al ver colgado al archiestratega de la gran milicia. Poco faltó para que los astros del cielo cayeran, al contemplar extendido a Aquél que es anterior a la estrella de la mañana, y durante algún tiempo la llama del sol se apagó, viendo oscurecerse la gran luz del mundo. Entonces se quebraron las piedras (cfr. *Mt* 17, 51) de la tierra, para gritar la ingratitud de Israel: *tú no reconociste la piedra espiritual que seguiste y de la cual bebiste* (cfr. 1 *Cor* 14, 4); se rasgó el velo del templo, para participar en la Pasión y señalar al verdadero Sacerdote celeste. Por poco el mundo entero no fue aplastado y disuelto por el espanto ante la Pasión, si el gran Jesús no hubiese exhalado su divino Espíritu diciendo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (*Lc* 23, 46).

Y mientras todas las cosas eran turbadas y removidas por un estremecimiento de miedo, inmediatamente, al remontarse el divino Espíritu, el universo casi reanimado, vivificado y consolidado encontró su estabilidad.

San Ireneo de Lyon

La fecha y lugar de nacimiento de San Ireneo no son conocidas con completa seguridad. Nació alrededor del año 140 d. C. probablemente en Esmirna, pues —según Eusebio de Cesarea— en su adolescencia fue discípulo de San Policarpo. San Jerónimo, por esta razón, no duda en llamarlo «hombre de los tiempos apostólicos». También desconocemos el motivo por el que se encontraba en Roma a la muerte de su maestro, ni la razón por la que abandonó el Asia Menor para trasladarse a las Galias; pero ya en tiempos del emperador Antonino Pío (161-180) aparece como presbítero en Lyon.

A la muerte de Fotino, obispo de Lyon, San Ireneo es nombrado su sucesor. De su tarea como Obispo conocemos su papel pacificador en la controversia sobre la fecha de la Pascua durante el pontificado del Papa Víctor I (189-198). Se ignora el año exacto de su muerte, pero debió de ocurrir hacia el 202 d. C. San Gregorio de Tours afirma que padeció martirio durante la persecución de Septimio Severo.

En su labor pastoral, Ireneo hubo de combatir el grave peligro de las herejías gnósticas. Redactó un extenso tratado, compuesto por cinco libros, bajo el título de *Elenco y confutación de la pretendida pero falsa gnosis*, más conocido como *Contra los herejes*. La otra obra suya que ha llegado hasta nosotros es la *Demostración de la predicación apostólica*, en la que emplea un estilo literario distinto, pues la pluma no se ve obligada a combatir, sino al grato trabajo de recordar la doctrina de Cristo a su destinatario, un cristiano de nombre Marciano.

Los gnósticos afirmaban que la plenitud de la verdad sólo podían alcanzarla los perfectos, que según ellos, habían recibido una iluminación particular de Dios. Se proponían eliminar la Jerarquía para reducir la Iglesia a un estado carismático: los iluminados se mantendrían por encima de la cabeza institucional. San Ireneo dedica un gran número de páginas a explicar que la fe de Cristo no es otra que la que enseñan los

Obispos, sucesores de los Apóstoles, sucesores de Cristo. También recuerda que la Iglesia de Roma ha sido, desde el principio, punto de referencia para las demás. Se trata de una fe recibida como un depósito intangible, al que nadie puede añadir ni sustraer nada y que de hecho se ha conservado así: es la misma doctrina que enseñó Jesús.

Toda la obra del Obispo de Lyon demuestra un profundísimo conocimiento de la Sagrada Escritura: las continuas citas de los Evangelios, de los profetas o de las cartas paulinas, confirman su interés en apoyar la doctrina, no en la especulación intelectual —como culpaba de hacer a los gnósticos—, sino en la Palabra de Dios, tal como es interpretada por la tradición de la Iglesia. No en vano, San Ireneo ha sido considerado por algunos como fundador de la teología cristiana.

La fuerza de la Tradición

(Contra los herejes, I, 10; III, 94)

Extendida por toda la tierra hasta sus confines más remotos, la Iglesia recibió esta fe de los Apóstoles y de sus discípulos: hay un solo Dios, Padre, Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, del mar y de todo lo que se encuentra en ellos; y un único Jesucristo, Hijo de Dios, que se encarnó para nuestra salvación; y el Espíritu Santo que por medio de los profetas anunció el designio salvífico de Dios, su cumplimiento, la generación virginal, la pasión, resurrección de entre los muertos y la ascensión al cielo en la carne de nuestro amadísimo Señor Jesucristo, y su venida del cielo en la gloria del Padre para recapitular todas las cosas y resucitar a todos los miembros del género humano; para que, ante Jesucristo Señor nuestro —según es el beneplácito del Padre invisible—, toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua le confiese como Dios, Salvador y Rey (cfr. *Fil* 2, 10 ss.). Él vendrá a dar cumplimiento al justo juicio de todos: mandará al fuego eterno a los espíritus inicuos y a los ángeles prevaricadores y apóstatas, y a los hombres impíos, injustos, inicuos y blasfemos; a los justos, en cambio, que observaron sus preceptos y perseveraron en su amor desde el principio o desde el momento de su conversión, les otorgará la vida eterna y la incorruptibilidad, y les rodeará de una luz que no conocerá ocaso.

Ésta es la doctrina y ésta es la fe que la Iglesia, diseminada por todo el mundo, custodia diligentemente formando una sola familia: la misma fe

que cree con una sola alma y un solo corazón; la misma predicación y enseñanza que transmite como si tuviera una sola boca. Las lenguas son distintas según las regiones de la tierra, pero una e idéntica es la fuerza de la Tradición. La Iglesia en Alemania no profesa una fe ni tiene una tradición diferente, ni tampoco la de España, Francia, Egipto, Libia, Oriente o Palestina. De igual manera que el sol, criatura de Dios, es uno solo e idéntico para todo el mundo, así la luz de la verdadera predicación resplandece por doquier e ilumina a todos los hombres que desean llegar al conocimiento de la verdad. Ni el más elocuente de los predicadores de la Iglesia enuncia más de lo dicho —nadie es superior al maestro—, ni el menos elocuente disminuye las enseñanzas tradicionales. La Tradición es única e idéntica, y nadie puede añadir ni quitarle cosa alguna.

(...) Nosotros custodiamos fielmente esta doctrina recibida de la Iglesia, que como licor precioso contenido en un buen vaso, constantemente se rejuvenece por obra del Espíritu Santo, y hace también joven al vaso en que se encuentra. Esta doctrina es el don de Dios confiado a la Iglesia, es como el soplo de vida inspirado por Dios sobre el barro que había plasmado (cfr. *Gn* 2, 7), y contiene el don de Cristo, es decir, el Espíritu Santo, garantía de incorrupción, soporte de nuestra fe y escala para subir a Dios. En la Iglesia, en efecto, *Dios estableció apóstoles, profetas y doctores* (1 *Cor* 12, 28) y realizó todos los demás efectos del Espíritu, de los que no participan aquéllos que no acuden a la Iglesia y que, en cambio, con su equivocada doctrina y su pésima conducta, se privan por sí solos de la vida. Donde está la Iglesia, allí se encuentra el Espíritu de Dios, y donde se encuentra el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia; y el Espíritu es la Verdad. Por esto, quienes no lo poseen no se alimentan a los pechos de la madre para conservar la vida, y no reciben nada de la fuente purísima que mana del Cuerpo de Cristo (cfr. *Ap* 22, 1; *Jn* 7, 37; *Jer* 2, 13), y beben de la tierra el agua infecta del estiércol, y huyen de la Iglesia para no ser argüidos de su error, y rechazan el Espíritu para no ser instruidos.

Habiéndose convertido en extraños de la verdad, quedan condenados a revolcarse en el error, agitados por sus propios vaivenes, cambiando de pensamiento según los tiempos, sin tener nunca una opinión estable, ya que prefieren disputar acerca de las palabras en lugar de convertirse en discípulos de la verdad. No están fundados en la única piedra, que es Cristo, sino sobre arena, compuesta de numerosas piedrecillas. Por esto se fabrican muchos dioses y siempre tienen la excusa de buscar, pobres ciegos, sin llegar nunca a encontrar lo que buscan. Y la razón es que blasfeman del Demiurgo, es decir, del verdadero Dios, el único que puede dar la gracia de encontrar, porque piensan haber encontrado otro Dios, otro Pléroma, una nueva economía.

No resplandece para ellos la luz de Dios, pues le han injuriado y despreciado, considerándole de ínfima categoría, porque —en su amor y en su infinita bondad— se ha dado a conocer a los hombres. Él ha revelado, entendámoslo bien, no su grandeza o su naturaleza íntima —ninguno lo ha medido o tocado jamás—, sino haciéndonos comprender que Aquél que hizo y plasmó a los hombres inspirándoles el hálito de vida, que nos sustenta mediante la creación y todo lo consolida mediante la obra de su Verbo y lo unifica con su sabiduría (cfr. *Ps* 32, 6), es el único Dios verdadero.

El Espíritu Santo, rocío de Dios

(Contra los herejes III, 17, 1 ss)

Los Apóstoles atestiguaron precisamente aquello que había sucedido: el Espíritu Santo en forma de paloma descendió sobre Él (*Mt* 3, 16). Este es el mismo Espíritu del que, como ya hemos escrito más arriba, dijo Isaías: *descansará sobre Él el Espíritu de Dios* (*Is* 11, 2). Y también: *el Espíritu del Señor está sobre mí: por esto me ha ungido* (*Is* 56, 1). De este Espíritu dijo el Señor: *no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre es quien habla en vosotros* (*Mt* 10, 20). Y asimismo, cuando daba a sus discípulos el poder de perdonar en Dios, Cristo les manifestó: *id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (*Mt* 28, 19).

Ya antes, por medio de los profetas, este Espíritu había prometido que en los tiempos postreros se derramaría sobre siervos y siervas, para que profetizaran (cfr. *Jl* 3, 1-2); por esto descendió al Hijo de Dios, hecho Hijo del hombre, acostumbrándose a habitar con Él entre el género humano, a descansar entre los hombres y a morar en la obra modelada por Dios, operando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de su vetustez en la novedad de Cristo.

Éste es el Espíritu que pidió David para el género humano, cuando dijo: *fortaléceme con tu Espíritu rector* (*Sal* 50, 13). El mismo que Lucas afirmó que, después de la Ascensión del Señor, descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, con poder para que todas las naciones entraran en la Vida, y para abrir el Nuevo Testamento. Ese día los discípulos, concordes en todas las lenguas, entonaron un himno a Dios, mientras el Espíritu unificaba las distintas razas y ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones.

El Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos conformara con Dios. De la misma manera que sin agua no se puede lograr con trigo seco una masa compacta ni un único pan, nosotros, que somos muchos, no podíamos hacernos uno en Cristo Jesús sin esta Agua que viene del Cielo. Y así como la tierra árida no fructifica si no recibe agua, nosotros, que anteriormente éramos leña seca (cfr. *Lc* 23, 31), no hubiéramos producido fruto a no ser por esta lluvia que libremente nos baja de lo alto (...).

El Señor se compadeció de aquella samaritana pecadora, que no permaneció fiel a su único marido, sino que adulteró en muchas uniones. Le mostró y le prometió el agua viva, para que nunca más tuviera sed, y no se ocupara en sacar laboriosamente el agua, al contener dentro de sí un pozo que brota hasta la vida eterna. A su vez, el Señor entregó con gratuidad este don que recibió del Padre a beneficio de quienes participan de Él, enviando por toda la tierra el Espíritu Santo.

Previendo la gracia de este don, Gedeón, aquel israelita que eligió Dios para salvar al pueblo de Israel del poder de los extranjeros, cambió su plegaria y, sobre el vellón de lana —figura de Israel— en el que se había posado al principio el rocío, profetizó la sequía futura. Quería expresar que este pueblo ya no recibiría de Dios el Espíritu Santo, como bien dijo Isaías: *mandaré a las nubes que no lluevan sobre aquella tierra* (*Is* 5, 6); en cambio, sobre todo el mundo se posará el rocío, que es el Espíritu de Dios que descendió sobre el Señor: *Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia ypiedad, Espíritu de temor de Dios* (*Is* 11, 2-3). El Señor dio este Espíritu a su Iglesia, enviando el Paráclito a todos los confines de la tierra desde el Cielo, de donde el diablo, dice el Señor, ha sido arrojado como un rayo (cfr. *Lc* 10, 18).

Por todas estas razones, este rocío de Dios nos es necesario: para que no nos quememos ni quedemos estériles, de suerte que allí donde tengamos un acusador, esté también un Paráclito que nos defienda.

Santos en el alma y en el cuerpo

(Demostración de la predicación apostólica, 2-3, 38, 41)

El hombre es un ser viviente, compuesto de alma y cuerpo. Así, es necesario y conveniente que exista en virtud de tales dos elementos. Puesto que del uno y del otro, de los dos, emanan las caídas, la pureza del cuerpo está en abstenerse y rehuir toda cosa inverecunda y de toda acción injusta;

la pureza del alma estriba en conservar intacta la fe en Dios, sin agregar ni quitar nada de ella. Porque la piedad se empaña y pierde su candor cuando se contamina con la impureza del cuerpo; se rompe, se mancha y se desintegra cuando el error entra en el alma. Mantendrá su belleza y su justa proporción cuando la verdad habite constantemente en el alma y la santidad en el cuerpo. Pero ¿para qué sirve conocer la verdad de palabra si se profana el cuerpo y se realizan acciones degradantes? ¿De qué sirve la santidad del cuerpo si la verdad no anida en el alma? Ambos, pues, se alegran de estar juntos. Están aliados y luchan mano a mano para llevar al hombre a la presencia de Dios (...).

Nosotros debemos mantener inalterada la regla de la fe y cumplir los mandamientos de Dios creyendo en Él, temiéndole como a Señor y amándole como a Padre. Por lo tanto, un comportamiento de este estilo es una conquista de la fe, pues, como dice Isaías, *si no creéis no comprenderéis* (*Is* 7, 9). La fe nos es concedida por la verdad, pues en ella se fundamenta. De hecho, nosotros creemos lo que realmente es y como es; y creyendo lo que realmente es y como siempre es, mantendremos firme nuestra adhesión. Ahora bien, puesto que la fe sostiene nuestra salvación, es necesario prestarle mucha atención para lograr una auténtica inteligencia de la realidad. La fe es la que procura todo esto como nos han transmitido los presbíteros, discípulos de los Apóstoles. En primer lugar la fe nos invita insistentemente a rememorar que hemos recibido el Bautismo para el perdón de los pecados en el nombre de Dios Padre y en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado, y en el Espíritu Santo de Dios. El Bautismo es el sello de la vida eterna, el nuevo nacimiento en Dios, de tal modo que ya no somos hijos de los hombres mortales, sino del Dios eterno e indefectible (...).

Dios Padre, por su inmensa misericordia, envió a su Verbo creador, el cual, venido para salvarnos, estuvo en los mismos lugares, en la misma situación y en los ambientes donde nosotros hemos perdido la vida. Rompió las cadenas que nos tenían prisioneros. Su luz apareció e hizo desaparecer las tinieblas de la prisión; santificó nuestro nacimiento y abolió la muerte, desligando aquellos mismos lazos en que nos habían encadenado. Manifestó la resurrección, haciéndose Él en persona *primogénito de los muertos*; levantó en su persona al hombre caído por tierra, al ser elevado Él a las alturas del cielo hasta la diestra de la gloria del Padre. Dios lo había prometido así por medio del profeta al decir: *levantaré la tienda de David, caída en tierra*, es decir, el cuerpo que proviene de David. Nuestro Señor Jesucristo cumplió realmente esto, actuando gloriosamente nuestra salvación, a fin de resucitarnos de veras y presentarnos libres al Padre.

Clemente de Alejandría

Tito Flavio Clemente nació a mediados del siglo II en Atenas. De padres gentiles, recibió una esmerada educación pagana. Recorrió Italia, Grecia, Oriente, Palestina y Egipto, donde terminó por establecerse. Atraído por la pureza de la moral evangélica y por la armonía con que, a la luz de la fe, aparecían resueltos los problemas relativos al hombre y su destino, fue bautizado en Alejandría y entró en la célebre escuela catequética dirigida por Panteno. A la muerte de éste, asumió la dirección, cargo que ocupó hasta la persecución de Septimio Severo, ocurrida en el año 202. Falleció en Capadocia hacia el año 215, pasando a la posteridad como uno de los hombres más eruditos de los tres primeros siglos de la era cristiana. Se le considera el iniciador de la teología sistemática: es el primer escritor cristiano que recoge el saber filosófico profano —en este caso, el neoplatonismo— utilizándolo en la exposición científica de la fe.

Aunque la mayor parte de su producción literaria no ha llegado hasta nosotros, se conserva una trilogía de capital importancia, así como el texto íntegro de un opúsculo titulado *¿Quién es el rico que se salva?*, donde comenta el pasaje del evangelio de San Marcos sobre el joven rico. Clemente expone la doctrina cristiana sobre la pobreza, que consiste fundamentalmente en el desasimiento de los bienes de los bienes terrenos.

La última parte de la homilía relata una conmovedora historia que tiene como protagonista a San Juan Evangelista. Clemente deja en el ánimo del lector una importante enseñanza, refrendada por la autoridad del Apóstol: la seguridad de que Dios perdona siempre, hasta las culpas más graves, cuando hay arrepentimiento. Y por otro lado, muestra cuál es la misión de quien ha sido constituido en la Iglesia como pastor para sus hermanos: sanar y atraer al pecador con la misericordia, practicar una caridad vigilante con todos, estar dispuesto a dar la vida por los demás, para lograr su perseverancia.

El valor de las riquezas

(¿Quién es el rico que se salva? 11-14)

Vino corriendo uno y, arrodillado a sus pies, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? (...). Jesús, mirándole de hito en hito, mostró quedar prendado de él; y le dijo: una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, que así tendrás un tesoro en el Cielo; y ven después, y sígueme. A esta propuesta, entristecido el joven, marchóse muy afligido, pues tenía muchos bienes (*Mc* 10, 17-22).

¿Qué es lo que le movió a la fuga y le hizo desertar del Maestro, de la súplica, de la esperanza y de los pasados trabajos? Lo de vende cuanto tienes. ¿Y qué quiere decir esto? No lo que a la ligera admiten algunos. El Señor no manda que tiremos nuestra hacienda y nos apartemos del dinero. Lo que Él quiere es que desterremos de nuestra alma la primacía de las riquezas, la desenfrenada codicia y fiebre de ellas, las solicitudes, las espinas de la vida, que ahogan la semilla de la verdadera Vida. Si no fuera así, los que nada absolutamente tienen, los que, privados de todo auxilio, andan diariamente mendigando y se tienden por los caminos, sin conocimiento de Dios y de su justicia, serían, por el mero hecho de su extrema indigencia, por carecer de todo medio de vida y andar escasos de lo más esencial, los más felices y amados de Dios, y los únicos que alcanzarían la vida eterna.

Por otra parte, tampoco es cosa nueva renunciar a las riquezas y repartirlas entre los pobres y necesitados, pues lo hicieron muchos antes del advenimiento del Salvador: unos, para dedicarse a las letras y por amor de la vana sabiduría; otros, a la caza de fama y de gloria, como Anaxágoras, Demócrito y Crates.

¿Qué es, pues, lo que manda el Señor como cosa nueva, como propio de Dios, como lo único que vivifica, y no lo que no salvó a los anteriores? ¿Qué nos indica y enseña como cosa eximia el que es, como Hijo de Dios, la nueva criatura? No nos manda lo que dice la letra y otros han hecho ya, sino algo más grande, más divino y más perfecto que por aquello es significado, a saber: que desnudemos el alma misma de sus pasiones desordenadas, que arranquemos de raíz y arrojemos de nosotros lo que es ajeno al espíritu. He ahí la enseñanza propia del creyente, he ahí la doctrina digna del Salvador. Los que antes del Señor despreciaron los bienes exteriores, no hay duda de que abandonaron y perdieron sus riquezas, pero acrecentaron aún más las pasiones de sus almas. Porque, imaginando haber realizado algo sobrehumano, vinieron a dar en soberbia, petulancia, vanagloria y menosprecio de los otros.

Ahora bien, ¿cómo iba el Salvador a recomendar, a quienes han de vi-

vir para siempre, algo que dañara y destruyera la vida que Él promete? En efecto, puede darse el caso de que uno, echado de encima el peso de los bienes o hacienda, no por eso mantenga menos impresa y viva en su alma la codicia y apetito de las riquezas. Se desprendió, sin duda, de sus bienes; pero, al carecer y desear a la par lo que dejó, será doblemente atormentado por la ausencia de las cosas necesarias y por la presencia del arrepentimiento. Porque es ineludible e imposible que quien carece de lo necesario para la vida no se turbe de espíritu y se distraiga de lo más importante, con intento de procurárselo cómo y dónde sea.

¡Cuánto más provechoso es lo contrario! Poseer, por una parte, lo suficiente y no angustiarse por tenerlo que buscar; y, por otra, socorrer a los que convenga. Porque, de no tener nadie nada, ¿qué comunión de bienes podría darse entre los hombres? ¿Cómo no ver que esta doctrina de abandonarlo todo pugnaría y contradiría patentemente a otras muchas y muy hermosas enseñanzas del Salvador? *Haceos amigos con las riquezas de iniquidad, a fin de que, cuando fallecisteis, os reciban en los eternos tabernáculos* (*Lc 16, 9*). *Tened vuestros tesoros en los cielos, donde el orín y la polilla no los destruyen, ni los ladrones horadan las paredes* (*Mt* 6, 19). ¿Cómo dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al desamparado —cosas por las que, de no hacerse, amenaza el Señor con el fuego eterno y las tinieblas exteriores—, si cada uno empezara por carecer de todo eso?

(...) No deben, consiguientemente, rechazarse las riquezas que pueden ser de provecho a nuestro prójimo. Se llaman efectivamente posesiones porque se poseen, y bienes o utilidades porque con ellas puede hacerse bien y para utilidad de los hombres han sido ordenadas por Dios. Son cosas que están ahí y se destinan, como materia o instrumento, para uso bueno en manos de quienes saben lo que es un instrumento. Si del instrumento se usa con arte, es beneficioso; si el que lo maneja carece de arte, la torpeza pasa al instrumento, si bien éste no tiene culpa alguna.

Instrumento así es también la riqueza. Si se usa justamente, se pone al servicio de la justicia. Si se hace uso injusto, se la pone al servicio de la injusticia. Por su naturaleza está destinada a servir, no a mandar. No hay, pues, que acusarla de lo que de suyo no tiene, al no ser buena ni mala. La riqueza no tiene culpa. A quien hay que acusar es al que tiene facultad de usar bien o mal de ella, por la elección que hace; y esto compete a la mente y juicio del hombre, que es en sí mismo libre y puede, a su arbitrio, manejar lo que se le da para su uso. De suerte que lo que hay que destruir no son las riquezas, sino las desordenadas pasiones del alma que no permiten hacer mejor uso de ellas. De este modo, convertido el hombre en bueno y noble, puede hacer de las riquezas uso bueno y generoso.

Ejemplo de buen Pastor

(¿Quién es el rico que se salva?, 42)

Oigamos una historia que no es una fábula, sino un testimonio real acerca de San Juan, transmitido de generación en generación. Después de la muerte del tirano Domiciano, Juan regresó a Éfeso desde la isla de Patmos. Siempre que solicitaban su presencia, acudía a las ciudades vecinas de los gentiles para nombrar obispos, organizar la Iglesia, o elegir como clérigo a uno de los designados por el Espíritu Santo.

En cierta ocasión, se trasladó a una de aquellas ciudades próximas —algunos incluso mencionan el nombre de Esmirna— donde, después de haber confortado a los hermanos, mientras observaba a quien había nombrado obispo, distinguió a un joven que destacaba por su buen aspecto y fuerte temperamento. Señalándole, dijo al obispo: *Te lo confío con especial solicitud ante la Iglesia y Cristo, como testigos*. El obispo lo acogió e hizo la promesa, con las mismas palabras y los mismos testigos.

Juan partió hacia Éfeso y el obispo acogió en su casa al joven que le había sido confiado; lo alimentó, lo educó y tuvo cuidado de él hasta que, por fin, fue bautizado. Sin embargo, después del Bautismo, el obispo disminuyó su celo y vigilancia con el joven, porque ya estaba marcado por el sello del Señor y para él aquello representaba una sólida garantía.

Dejado precipitadamente a merced de su libertad, el joven fue corrompido por algunos muchachos ociosos y de vida disoluta, habituados al mal. Primeramente lo condujeron a banquetes suntuosos y, después, mientras salían de noche a robar, consideraron que sería capaz de llevar a cabo con ellos empresas mayores. Se habituó a ese género de vida y, por la vehemencia de su carácter, abandonó el recto camino como un caballo que rompe el freno, adentrándose cada vez más en el abismo. Al fin, renunció a la salvación divina y no se preocupó más de las cosas pequeñas; al contrario, cometiendo un pecado muy grave, se vio perdido para siempre y siguió la misma suerte de todos sus compañeros. Los reunió y formó una banda de ladrones y asesinos. Él era su jefe: el más violento, el más peligroso, el más cruel.

Pasó el tiempo y un asunto exigió de nuevo la presencia de Juan en aquella ciudad. El Apóstol, después de haber puesto en orden aquello que motivó su venida, dijo al obispo: *Restituye ahora el bien que Cristo y yo te habíamos confiado en depósito ante la Iglesia, que tú presides y que es testigo*. El obispo, en un primer momento, quedó confuso: pensaba que se le acusaba injustamente de la sustracción de un dinero que jamás había recibido, y del que no podría dar fe a Juan porque no lo tenía, ni tampoco po-

ner en duda su palabra. Sin embargo, en cuanto el Apóstol añadió: *Te pido que me devuelvas aquel joven, el alma de aquel hermano*; el anciano, con una gran exclamación, respondió entre lágrimas: *¡Ha muerto! ¿Cómo?*, preguntó Juan; *¿y de qué muerte? ¡Ha muerto a Dios!*, contestó el obispo, *pues se ha convertido en un hombre malvado y corrupto: un ladrón, por decirlo brevemente. Y ahora, en vez de acudir a la iglesia, vive en las montañas con una banda de hombres semejantes a él.*

El Apóstol se rasgó entonces las vestiduras y, golpeándose la cabeza, dijo entre sollozos: *¡Buen custodio del alma de su hermano, he dejado! ¡Enviadme enseguida un caballo y que alguien haga de guía!*

Y al instante partió de la Iglesia rápidamente al galope. Nada más llegar, fue capturado por la guardia de los bandidos, pero no intentó huir, ni suplicar, tan sólo les gritó: *¡He venido para esto; llevadme a vuestro jefe!* Él, mientras tanto, le esperaba armado, pero al reconocerle, quedó avergonzado y huyó. El Apóstol siguió tras de él con todas sus fuerzas sin tener en cuenta su edad, y le gritó: *¿Por qué huyes, hijo? ¿Por qué escapas a tu padre, viejo y desarmado? Ten piedad de mí, hijito, no tengas miedo. Tienes todavía una esperanza de vida. Yo daré cuentas al Señor por ti. Si es necesario, aceptaré la muerte, como el Señor lo hizo por nosotros; daré mi vida por la tuya. ¡Deténte; ten confianza: Cristo me ha enviado*!

Al escuchar estas palabras, se detuvo. Bajó los ojos, tiró las armas y comenzó a llorar amargamente, temblando. Después, abrazó al anciano, que estaba a su lado, mientras, entre sollozos, le pedía perdón: así, fue bautizado por segunda vez con lágrimas. Sin embargo, ocultaba su mano derecha. San Juan se constituyó en garante, confirmando con juramento que había obtenido el perdón por parte del Salvador y, rezando, se arrodilló y le besó la mano derecha, ya purificada por el arrepentimiento.

A continuación, le condujo de nuevo a la Iglesia, e intercediendo con abundantes oraciones y luchando juntos con ayunos continuos, cautivó la mente del joven con los innumerables encantos de sus palabras. Según los testimonios, no se retiró hasta haberlo introducido de nuevo en el seno de la Iglesia, dando así un gran ejemplo de penitencia, una prueba enorme de cambio de vida, un trofeo de conversión manifiesta.

Tertuliano

Los datos biográficos que conocemos de Quinto Septimio Florencio Tertuliano nos han llegado a través de San Jerónimo. Sabemos que pasó la mayor parte de su vida en Cartago, donde nació hacia el año 155. Se convirtió hacia el año 193, quizá durante sus años en Roma, donde se dedicaba al ejercicio de la abogacía. Desde entonces puso al servicio de la Iglesia su formación jurídica y una notable habilidad retórica. Fue el primero en emplear la lengua latina en la exposición teológica. Lamentablemente, al final de su vida, cayó en los errores del montanismo, una herejía de corte rigorista. Por esta razón no se le cuenta en el número de los Padres, aunque tiene gran importancia en la historia de la Iglesia. Murió en torno al año 225.

En su época católica defendió con eficacia la fe frente a los paganos y frente a diversas herejías, y escribió obras teológicas y de carácter disciplinar y moral. Quizá el libro más conocido sea el *Apologético*: un valiente escrito dirigido a los gobernadores de las provincias romanas, para mostrarles la rectitud de vida de los cristianos, totalmente ajenos a los delitos que se les atribuían. Ya en una obra precedente, *A los gentiles*, había hecho otra enérgica defensa del cristianismo, dirigiéndose al mundo pagano en general. En el Apologético sigue un programa mejor delineado y más sistemático. Se propone presentar a los cristianos como ciudadanos comunes, como cualesquiera otros, cumplidores ejemplares de todas sus obligaciones cívicas, interesados por la cosa pública como el que más, dignos de todo el aprecio que los gobernantes deben tener por los súbditos buenos y leales.

De gran importancia son otros dos tratados: uno acerca de la oración, y otro sobre la penitencia, de los que a continuación se recogen algunos párrafos. El tratado *Sobre la oración* es el primero que aborda este tema en la literatura cristiana. En *Sobre la penitencia* es testigo de la práctica penitencial de la Iglesia y de la necesidad de confesar los pecados cometidos después del Bautismo.

¡Mirad cómo se aman!

(Apologético 39)

Habiendo refutado las perversidades que se atribuyen [al cristianismo], mostraré ahora sus excelencias. Somos un cuerpo unido por una común profesión religiosa, por una disciplina divina y por una comunión de esperanza. Nos reunimos en asamblea o congregación con el fin de recurrir a Dios como una fuerza organizada. Esta fuerza es agradable a Dios. Oramos hasta por los emperadores, por sus ministros y autoridades, por el bienestar temporal, por la paz general (...).

Aunque tenemos una especie de caja, sus ingresos no provienen de cuotas fijas, como si con ello se pusiera un precio a la religión, sino que cada uno, si quiere o si puede, aporta una pequeña cantidad el día señalado de cada mes, o cuando desea. En esto no hay coacción alguna, sino que las aportaciones son voluntarias, y constituyen como un fondo de caridad. En efecto, no se gasta en banquetes, bebidas, o en despilfarros mundanos, sino en alimentar o enterrar a los pobres; en ayudar a los niños y niñas que han perdido a sus padres y sus fortunas, a los ancianos confinados en sus casas, a los náufragos, a los que trabajan en las minas o están desterrados en islas o prisiones. Éstos reciben pensión a causa de su fe, si sufren como seguidores de Dios.

Pero es precisamente esta eficacia del amor entre nosotros lo que nos atrae el odio de algunos que dicen: *mirad cómo se aman*, mientras ellos se odian entre sí. *Mira cómo están dispuestos a morir el uno por el otro*, mientras ellos están dispuestos, más bien, a matarse unos a otros. El hecho de que nos llamemos hermanos lo toman como una infamia, sólo porque entre ellos, a mi entender, todo nombre de parentesco se usa con falsedad afectada. Sin embargo, somos incluso hermanos vuestros en cuanto hijos de una misma naturaleza, aunque vosotros seáis poco hombres, pues sois tan malos hermanos. Con cuánta mayor razón se llaman y son verdaderamente hermanos los que reconocen a un único Dios como Padre, los que bebieron un mismo Espíritu de santificación, los que de un mismo seno de ignorancia salieron a una misma luz de verdad (...), los que compartimos nuestras mentes y nuestras vidas, los que no vacilamos en comunicar todas las cosas. Todas las cosas son comunes entre nosotros, excepto las mujeres: en esta sola cosa en que los demás practican tal consorcio, nosotros renunciamos a todo consorcio (...).

¿Qué tiene de extraño, pues, que tan gran amor se exprese en un convite? Digo esto, porque andáis por ahí chismorreando acerca de nuestras modestas cenas, diciendo que son no sólo infames y criminales, sino tam-

bién opíparas[3] (...). Pero su mismo nombre muestra lo que son nuestras cenas, pues se llaman *ágapes*, que en griego significa *amor*. En ellas, todo se gasta en nombre y en beneficio de la caridad, ya que con tales refrigerios ayudamos a los indigentes de toda suerte, no a los jactanciosos parásitos que se dan entre vosotros (...). Considerad el orden que en ellas se sigue, para que veáis su carácter religioso: no se admite nada vil o contrario a la templanza. Nadie se sienta a la mesa sin haber antes gustado una oración a Dios. Se alimentan teniendo presente que incluso durante la noche han de adorar a Dios, y hablan teniendo presente que les oye su Señor (...).

El convite termina con la oración, como comenzó. De allí nos alejamos, no para unirnos a grupos de bandidos, ni para andar vagabundeando, ni para cometer obscenidades, sino en busca del mismo cuidado de la modestia y de la pureza, como quienes han cenado más disciplina que alimento.

Por qué confesar los pecados

(Sobre la penitencia VIII, 4 — X)

¿Qué pretenden las parábolas del Evangelio? ¿Qué nos enseñan? Una mujer perdió una dracma, e inmediatamente se puso a buscarla; en cuanto la encontró, invitó a sus amigas para que se alegraran con ella. ¿No es como la imagen de un pecador que vuelve a la gracia divina? Se extravía la oveja de un pastor, y el rebaño entero no le es más querido que esa única oveja: sale en su busca, la prefiere sobre todas las demás y, cuando la encuentra, la conduce al aprisco llevándola sobre sus hombros, porque estaba rendida de tanto errar.

Recordaré también a aquel padre bueno y paciente que recibe a su hijo pródigo, y lo acoge con cariño a pesar de que el muchacho, con su despilfarro, se arruinó. Pero estaba arrepentido, y el padre mata un ternero cebado y, con la alegría de un convite, da rienda suelta a su gozo. ¿Por qué? Porque había recuperado al hijo perdido. Lo sentía dentro de sí mismo como la prenda más querida, precisamente porque lo había vuelta a ganar.

---

[3] El ágape era una comida de fraternidad que precedía a la celebración de la Eucaristía, por un motivo de caridad con los más pobres. Posteriormente, esa costumbre dio lugar a las instituciones de beneficencia de la Iglesia. La calumnia de que eran objeto los cristianos no se limitaba a una supuesta glotonería, sino que también llegaba a imputarles conductas licenciosas e incluso antropofágicas.

¿Quién es para nosotros ese padre? Dios mismo. Nadie es tan padre nuestro como Él, nadie manifiesta tanta piedad hacia nosotros. Él te acogerá como hijo suyo, aun cuando hayas dilapidado a manos llenas todo lo que habías recibido. Aunque vuelvas desnudo, te recibirá, precisamente porque has vuelto. Y sentirá más alegría con tu retorno que con el buen comportamiento de su otro hijo. A condición, claro está, de que tu arrepentimiento sea sincero: es decir, de que proceda de lo íntimo de tu corazón; de que estés dispuesto a reconocer el hambre que te aflige y la abundancia de que gozan alegremente los siervos de tu padre. A condición de que abandones la piara inmunda de puercos, vuelvas a tu padre y —aunque él se sienta justamente indignado— le digas: he pecado, padre mío; ya no merezco ser llamado hijo tuyo. El reconocimiento de las propias culpas levanta y ennoblece al pecador, mientras el que intenta disimularlas, las agrava. En la confesión de los pecados se halla implícito el reconocimiento de las faltas y la verdadera contrición; si las disimulas, es señal de obstinación culpable.

El procedimiento para beneficiarse de este segundo perdón es más difícil que el del primero, que se obtiene en el Bautismo. Las pruebas que han de ofrecerse son más exigentes. No basta ya hacer un íntimo examen de conciencia; es preciso expresar el arrepentimiento con un rito claro y manifiesto. Este rito en griego se llama *exomologesis*, y consiste en confesar sinceramente al Señor las culpas que hemos cometido; no porque Él las ignore, sino porque declarándolas se satisface a la justicia divina. De la confesión oral procede la penitencia, y la penitencia mitiga la justa ira del Señor hacia el que ha pecado.

La *exomologesis* [rito de la Penitencia] comprende todo el proceso por el que el hombre se abate y se humilla ante la majestad de Dios, hasta el punto de conducirse de modo capaz de atraer sobre sí la piedad y misericordia divinas (...). Se propone avalorar las oraciones que dirigimos al Señor, con la aspereza del ayuno; removerse con lágrimas día y noche; invocar a Dios con todo el ardor de nuestra fe; arrodillarse a los pies del sacerdote... La Penitencia levanta al hombre precisamente cuando lo abate y lo postra en tierra; lo ilumina con una luz resplandeciente, cuando le mueve a reconocerse pobre y desvalido; lo justifica cuando le acusa; lo absuelve cuando le condena. Créeme: cuanto más severo seas contigo mismo, más perdonará y excusará Dios tus culpas.

Sin embargo, estoy persuadido de que muchos evitan o difieren de un día para otro la Penitencia, como si este rito les pusiese en evidencia delante de los demás. De este modo demuestran que les preocupa más la estima de los hombres que la propia salvación. Se les puede comparar al enfermo que contrae un mal vergonzante y, movido par un falso pudor, evita

que el médico conozca su verdadero estado, y acaba muriendo (...). Pero, dime, tú que muestras ahora tanto recato y tanta vergüenza: cuando se trataba de pecar tenías la frente alta y soberbia, y ahora, cuando es momento de calmar la justa indignación del Señor, ¿tiemblas? No reconozco ningún mérito ni al pudor ni a la timidez, si produce más daño que beneficio. Y es precisamente este falso sentido del pudor el que mueve a algunos hombres como a pensar: no te preocupes; es mejor que me pierda yo, con tal de que mi estimación quede a salvo.

Es verdad que, al reconocer las propias culpas, podría uno exponerse a un grave riesgo, si, por ejemplo, lo hiciese ante una persona pronta a insultarnos o a burlarse de nosotros, o cuando alguien esperase la ruina del otro para levantarse sobre la desgracia ajena, pisoteando lo que ya está caído. Pero estas cosas no pueden suceder entre hermanos, entre quienes participan de una misma esperanza, entre los que tienen de común el temor y la alegría, el dolor y los sentimientos. Si todos poseen un mismo espíritu, que procede del mismo Dios y Padre, ¿por qué te crees diferente de ellos?, ¿por qué huyes de los que están sujetos, igual que tú, a las mismas caídas y errores, como si ellos fuesen espectadores de tus luchas, prontos sólo al aplauso, y no en cambio gente muy cercana a ti, compañeros de tus mismas fatigas?

El cuerpo no permanece impasible ante el sufrimiento de uno de sus miembros; necesariamente se duele con él, y busca un remedio. Allí donde están uno o dos fieles, allí se encuentra la Iglesia, y la Iglesia se identifica con Cristo. Por eso, cuando tú tiendes las manos hacia tu hermano, estás tocando a Cristo, estás abrazando a Cristo, estás implorando a Cristo. Y cuando tus hermanos derraman lágrimas por ti, es Cristo quien sufre, es Cristo quien por ti suplica a su Padre, obteniendo fácilmente lo que como Hijo pide.

Vamos a decirlo francamente: si conservas ocultos tus pecados, ¿piensas obtener un gran beneficio?, ¿crees acaso que quedará a salvo tu honorabilidad? No. Aunque logremos ocultar nuestras faltas, en cuanto esto es posible al hombre, no las podremos esconder a los ojos de Dios. ¿Y vamos a comparar la estima de los hombres con la certeza de que Dios conoce nuestros pecados? ¿Qué es preferible: condenarse, ocultando las miserias a los ojos humanos, o reconocer sinceramente nuestras propias culpas?

Alguno podrá decir: ¡pero es muy costoso admitir los propios pecados, y confesarlos! Sí, pero del reconocimiento de la enfermedad procede la curación. Por otra parte, cuando se trata de arrepentirse, no hay que hablar tanto de lo que cuesta, sino de la luz y la salvación que ese acto de penitencia consigue para nuestro espíritu. Es muy doloroso, par ejemplo, ser quemado con un cauterio, o experimentar la acción de algunas medicinas;

sin embargo, todos estos remedios se usan, aunque nuestro pobre cuerpo padezca, y su acción dolorosa se justifica en orden a la curación de la enfermedad. Cualquiera acepta de buen grado el mal presente, con la esperanza de un bien mayor de que gozaremos en un momento futuro.

La eficacia de la oración

(Sobre la oración, 28-29)

Esta es la hostia espiritual que destruyó los antiguos sacrificios. *¿A mí qué la muchedumbre de vuestros sacrificios?*, dijo. *Harto estoy de los holocaustos de carneros y de la grasa de corderos; no quiero sangre de toros ni de machos cabríos. ¿Quién ha pedido esto a vuestras manos?* (*Is* 1, 11). Lo que ha exigido Dios, lo enseña el Evangelio. *Vendrá la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*, dijo. *Pues Dios es espíritu* (*Jn* 4, 23 ss) y, por consiguiente, exige adoradores de ese tipo.

Nosotros somos verdaderos adoradores y verdaderos sacerdotes, que, al orar con el espíritu, sacrificamos con el espíritu la oración como hostia propia y aceptable a Dios, es decir, la que exigió y proveyó para sí. Ésta, ofrecida de todo corazón, apacentada por la fe, cuidada por la verdad, íntegra por la inocencia, limpia por la castidad, coronada por la caridad, debemos conducirla al altar de Dios con la pompa de las buenas obras, entre salmos e himnos, para que impetre de Dios todo lo que conviene.

¿Qué negará Dios a la oración que proviene del espíritu y de la verdad, si es Él quien la exige? Leemos y oímos y creemos: ¡cuántas pruebas de su eficacia! La antigua oración ciertamente libraba de los fuegos, de las bestias y del hambre; sin embargo, no había recibido de Cristo la forma. Pues ¡con cuánta más eficacia opera la oración cristiana! No coloca al ángel del rocío en medio de llamas, ni obstruye la boca a los leones, ni proporciona la comida de los campesinos a los hambrientos, no desvía ninguna sensación de las pasiones aun cuando se haya concedido la gracia, sino que instruye a los que padecen, sienten y se duelen con sufrimientos, y con la virtud amplía la gracia para que la fe, al comprender por qué se sufre en nombre de Dios, sepa qué es lo que se consigue del Señor.

Pero también antes la oración imponía plagas, dispersaba ejércitos enemigos, impedía la utilidad de las lluvias. Ahora, en cambio, la oración aleja toda la ira de la justicia de Dios, está alerta por los enemigos, suplica por

los peregrinos. ¿Qué tiene de admirable que sepa alejar aguas celestes la que también fue capaz de impetrar fuegos? Sólo la oración vence a Dios; pero Cristo quiso que ella no obrara nada malo y le confirió toda la fuerza del bien. Así, pues, ella no sabe nada más que alejar las almas de los difuntos del camino mismo de la muerte, corregir a los débiles, curar a los enfermos, expiar a los endemoniados, abrir las cerraduras de la cárcel, desatar las cadenas de los inocentes. Ella misma disminuye los delitos, repele las tentaciones, extingue las persecuciones, consuela a los pusilánimes, deleita a los magnánimos, conduce a los peregrinos, mitiga las agitaciones, obstaculiza a los ladrones, alimenta a los pobres, gobierna a los ricos, levanta a los caídos, apoya a los que se están cayendo, sostiene a los que están en pie.

La oración es el muro de la fe, nuestras armas y nuestras lanzas contra el enemigo que nos observa por todas partes. Por tanto, nunca caminemos inermes. De día acordémonos de la guardia; por la noche, de la vigilia. Bajo las armas de la oración custodiemos el estandarte de nuestro emperador; esperemos la trompeta de los ángeles con la oración. Oran también todos los ángeles, ora toda criatura, oran y doblan las rodillas los ganados y las fieras y, saliendo de los establos y grutas, miran hacia el cielo no con ociosa boca, haciendo vibrar su aliento según su costumbre. También las aves entonces, levantándose, se erigen hacia el cielo y abren la cruz de sus alas en vez de las manos y dicen algo que parece oración.

¿Qué más se puede decir del deber de la oración? También oró el Señor mismo, para quien sea el honor y la virtud en los siglos de los siglos.

Felicidad del matrimonio cristiano

(A la mujer, 9)

¿Cómo podré expresar la felicidad de aquel matrimonio que ha sido contraído ante la Iglesia, reforzado por la oblación eucarística, sellado por la bendición, anunciado por los ángeles y ratificado por el Padre? Porque, en efecto, tampoco en la tierra los hijos se casan recta y justamente sin el consentimiento del padre. ¡Qué yugo el que une a dos fieles en una sola esperanza, en la misma observancia, en idéntica servidumbre! Son como hermanos y colaboradores, no hay distinción entre carne y espíritu. Más aún, son verdaderamente dos en una sola carne, y donde la carne es única, único es el espíritu. Juntos rezan, juntos se arrodillan, juntos practican el ayuno. Uno enseña al otro, uno honra al otro, uno sostiene al otro.

Unidos en la Iglesia de Dios, se encuentran también unidos en el banquete divino, unidos en las angustias, en las persecuciones, en los gozos. Ninguno tiene secretos con el otro, ninguno esquiva al otro, ninguno es gravoso para el otro. Libremente hacen visitas a los necesitados y sostienen a los indigentes. Las limosnas que reparten, no les son reprochadas por el otro; los sacrificios que cumplen no se les echan en cara, ni se les ponen dificultades para servir a Dios cada día con diligencia. No hacen furtivamente la señal de la cruz, ni las acciones de gracias son temerosas, ni las bendiciones han de permanecer mudas. El canto de los salmos y de los himnos resuena a dos voces, y los dos entablan una competencia para cantar mejor a su Dios. Al ver y oír esto, Cristo se llena de gozo y envía sobre ellos su paz.

San Hipólito

Se desconoce el lugar y fecha de su nacimiento, aunque sabemos que fue discípulo de San Ireneo de Lyon. Su gran conocimiento de la filosofía y los misterios griegos, su misma psicología, indica que procedía del Oriente. Hacia el año 212 era presbítero en Roma, donde Orígenes —durante su viaje a la capital del Imperio— le oyó pronunciar un sermón.

Con ocasión del problema de la readmisión en la Iglesia de los que habían apostatado durante alguna persecución, estalló un grave conflicto que le opuso al Papa Calixto, pues Hipólito se mostraba rigorista en este asunto, aunque no negaba que la Iglesia tiene la potestad de perdonar los pecados. Tan fuerte fue el contraste que se separó de la Iglesia y, elegido obispo de Roma por un reducido círculo de partidarios suyos, fue así el primer antipapa de la historia. El cisma se prolongó tras la muerte de Calixto, durante el pontificado de sus sucesores Urbano y Ponciano. Terminó en el año 235, con la persecución de Maximino, que desterró al Papa legítimo (Ponciano) y a Hipólito a las minas de Cerdeña, donde parece ser que se reconciliaron. Allí los dos renunciaron al pontificado, para facilitar la pacificación de la comunidad romana, que de este modo pudo elegir un nuevo Papa y dar por terminado el cisma. Tanto Ponciano como Hipólito murieron en el año 235. El Papa Fabián hizo trasladar sus cuerpos solemnemente a Roma y son honrados como mártires.

En el siglo XVI se descubrió una estatua de Hipólito, del siglo III, en mármol, que le representa sentado en una cátedra. Allí figura, esculpido, el catálogo completo de sus obras. Aunque se ha perdido el texto original griego de muchas de ellas, se han conservado bastantes en traducciones a diversas lenguas, sobre todo orientales. La más importante es una gran suma llamada *Refutación de todas las herejías* (en griego *Philosophumena*). Escribió también comentarios al Antiguo y Nuevo Testamento, tratados cronológicos (especialmente interesante es un cómputo

pascual), homilías y, sobre todo, una obra de importancia fundamental para el conocimiento de la liturgia romana, conocida con el nombre de *Tradición apostólica*, que constituye el más antiguo ritual con reglas fijas para la celebración de la Eucaristía, la ordenación sacerdotal y episcopal, etc. Durante mucho tiempo se la consideró perdida, hasta que a principios del siglo XX se demostró que lo que se conocía con el nombre de *Constitución de la Iglesia egipcia* no era otra cosa sino la traducción a las lenguas copta y etiópica de la *Tradición apostólica* de San Hipólito. Este texto contiene la más antigua plegaria eucarística que ha llegado hasta nosotros.

El Verbo encarnado nos hace semejantes a Dios

(Refutación de todas las herejías, X, 33-34)

Nosotros creemos en el Verbo de Dios. No nos fundamos en palabras sin sentido, ni nos dejamos llevar por impulsos emotivos o desordenados, ni nos dejamos seducir por la fascinación de discursos bien preparados, sino que prestamos fe a las palabras del Dios todopoderoso. Todo esto lo ordenó Dios en su Verbo. El Verbo las decía en palabras [a los profetas], para apartar al hombre de la desobediencia. No lo dominaba como hace un amo con sus esclavos, sino que lo invitaba a una decisión libre y responsable.

El Padre envió a la tierra esta Palabra suya en los últimos tiempos. No quería que siguiese hablando por medio de los profetas, ni que fuese anunciada de manera oscura, ni conocida sólo a través de vagos reflejos, sino que deseaba que apareciese visiblemente, en persona. De este modo, contemplándola, el mundo podría obtener la salvación. Contemplando al Verbo con sus propios ojos, el mundo non experimentaría ya la inquietud y el temor que sentía cuando se encontraba ante una imagen reflejada por los profetas, ni quedaría sin fuerzas como cuando el Verbo se manifestaba por medio de los ángeles. De este modo, en cambio, podría comprobar que se encontraba delante del mismo Dios, que le habla.

Nosotros sabemos que el Verbo tomó de la Virgen un cuerpo mortal, y que ha transformado al hombre viejo en la novedad de una criatura nueva. Sabemos que se ha hecho de nuestra misma sustancia. En efecto, si no tuviese nuestra misma naturaleza, inútilmente nos habría mandado que lo imitáramos como maestro. Si Él, en cuanto hombre, tuviese una naturaleza distinta de la nuestra, ¿por qué me ordena a mí, nacido en la debilidad, que me asemeje a Él? ¿Cómo podría, en ese caso, ser bueno y justo? Verdaderamente, para que no pensáramos que era distinto de nosotros, ha tolerado

la fatiga, ha querido pasar hambre y sed, ha aceptado la necesidad de dormir y descansar, no se ha rebelado frente al sufrimiento, se ha sujetado a la muerte y se nos ha revelado en la resurrección. De todos estos modos, ha ofrecido como primicia tu misma naturaleza humana, para que tú no te desanimes en los sufrimientos, sino que, reconociendo que eres hombre, esperes también tú lo que el Padre ha realizado en Él.

Cuando hayas conocido al Dios verdadero, tendrás con el alma un cuerpo inmortal e incorruptible, y obtendrás el reino de los cielos, por haber reconocido al Rey y Señor del cielo en la vida de este mundo. Vivirás en intimidad con Dios, serás heredero con Cristo, y no serás ya esclavo de los deseos y pasiones, y ni siquiera del sufrimiento y de los males físicos, porque habrás llegado a ser como Dios. Los sufrimientos que debías soportar por el hecho de ser hombre, te los daba Dios porque eras hombre. Pero Dios ha prometido también concederte sus prerrogativas una vez que hayas sido divinizado y hecho inmortal.

Cristo, el Dios superior a todas las cosas, el que había decidido cancelar el pecado de los hombres, rehizo nuevo al hombre viejo y desde el principio lo llamó su propia imagen. De este modo ha mostrado el amor que te tenía. Si tú eres dócil a sus santos mandamientos, y te haces bueno como Él, te asemejarás a Él y recibirás de Él la gloria.

La Plegaria Eucarística de San Hipólito

(Tradición apostólica, parte I)

El Señor sea con vosotros.
Y con tu espíritu.
¡En alto los corazones!
Los tenemos vueltos hacia el Señor.
Demos gracias al Señor.
Es propio y justo.

Te damos gracias, ¡oh Dios!, por tu bienamado Hijo Jesucristo, a quien Tú has enviado en estos últimos tiempos como Salvador, Redentor y Mensajero de tu voluntad, Él que es tu Verbo inseparable, por quien creaste todas las cosas, en quien Tú te complaciste, a quien envías del cielo al seno de la Virgen, y que, habiendo sido concebido, se encarnó y se manifestó como tu Hijo, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen; que cumplió tu vo-

luntad y te adquirió un pueblo santo, extendió sus manos cuando sufrió para liberar del sufrimiento a los que crean en Ti.

Y cuando Él se entregó voluntariamente al sufrimiento, para destruir la muerte y romper las cadenas del diablo, aplastar el infierno e iluminar a los justos, establecer la alianza y manifestar la resurrección, tomó pan, dio gracias y dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo, que es roto por vosotros». De la misma manera también el cáliz, diciendo: «Ésta es la sangre que es derramada por vosotros. Cuantas veces hagáis esto, haced memoria de mí».

Recordando, pues, su muerte y su resurrección, te ofrecemos el pan y el vino, dándote gracias porque nos has juzgado dignos de estar ante Ti y de servirte.

Y te rogamos que tengas a bien enviar tu Santo Espíritu sobre el sacrificio de la Iglesia. Une a todos los santos y concede a los que lo reciban que sean llenos del Espíritu Santo, fortalece su fe por la verdad, a fin de que podamos ensalzarte y loarte por tu Hijo, Jesucristo, por quien tienes honor y gloria; al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo en tu santa Iglesia, ahora y en los siglos de los siglos. Amén.

Orígenes

Orígenes, llamado por sobrenombre *Adamancio* (hombre de acero) a causa de su extraordinaria energía, nació probablemente en Alejandría de Egipto hacia el año 185. Su padre, que murió mártir durante la persecución de Septimio Severo, le instruyó en las primeras letras sagradas y profanas. Cuando contaba dieciocho años, el obispo de Alejandría, Demetrio, le confió la dirección de la escuela catequética, en lugar de Clemente que andaba fugitivo a causa de la persecución. El celo religioso y la erudición del joven maestro convirtió muy pronto aquel centro educativo en semillero de confesores y mártires. Durante esta primera etapa de su vida realizó numerosos viajes: a Roma, Arabia, Grecia y Palestina. En todos estos lugares difundió el evangelio con ardor y combatió las herejías.

La segunda etapa de su vida transcurrió en Cesarea por espacio de veinte años. En esta ciudad, a petición del obispo, Orígenes fundó una nueva escuela teológica. Simultaneó su magisterio con viajes apostólicos a Antioquía y a Arabia; en este último país atrajo a la fe a un obispo hereje. Murió en Tiro, el año 253, como consecuencia de los tormentos padecidos durante la persecución de Decio.

Aunque no se cuenta en el número de los Santos Padres, Orígenes es uno de los escritores más eminentes de la antigüedad cristiana por su gran piedad y sabiduría. De su inmensa producción —más de seis mil títulos, según Epifanio de Salamina—, se ha conservado sólo una exigua parte. Escribió obras de carácter apologético, dogmático y ascético, pero la mayor parte gira en torno a la Sagrada Escritura. Estudió todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

De su incansable actividad como predicador son testimonio el medio millar de homilías que hoy se le atribuyen. Para Orígenes, la Escritura es piélago profundo, repleto de verdades místicas que es necesario descubrir y comprender. Por esto, no considera suficiente la interpreta-

ción literal del texto sagrado, que nunca descuida, sino que se esfuerza por encontrar el sentido espiritual de la palabra de Dios. Su influjo ha sido enorme en el transcurso de los siglos.

Buscar a Cristo en la Iglesia

(Homilías sobre el Evangelio de San Lucas, II, 18-20)

Cumplidos los doce años, Jesús se queda en Jerusalén. Sus padres, no sabiendo donde estaba, lo buscan con inquietud, y no lo encuentran. Lo buscan *entre los parientes próximos*, lo buscan *entre los compañeros de viaje*, lo buscan *entre los conocidos*, pero no lo encuentran con ninguna de esas personas. Jesús es buscado por sus padres, por el padre putativo que lo había acompañado y custodiado cuando habían bajado a Egipto, y, aunque lo busca, no lo encuentra inmediatamente. En efecto, no se halla a Jesús entre los parientes y amigos según la carne, no está entre los que se hallan unidos a Él corporalmente. Mi Jesús no puede ser encontrado entre la muchedumbre.

Aprende donde lo encuentran quienes lo buscan, para que así también tú, buscándolo con José y con María, lo puedas hallar. *Al buscarlo* —dice el Evangelista— *lo encontraron en el templo*. No lo encontraron en un lugar cualquiera, sino en el templo, y no simplemente en el templo, sino *en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles* (*Lc* 2, 46). Busca tú también a Jesús en el templo de Dios, búscalo en la Iglesia, búscalo entre los maestros que están en el templo y no salen de allí. Si así lo buscas, lo encontrarás. Y además, si alguno dice ser un maestro y no posee a Jesús, sólo tiene el nombre de maestro, y por esto no se puede hallar en él a Jesús, Verbo y Sabiduría de Dios.

Lo encuentran —dice— *en medio de los doctores*. Como está escrito en otro pasaje a propósito de los profetas, en el mismo sentido debes entender ahora las palabras en medio de los doctores. Dice el Apóstol: *cuando uno que está sentado recibe una revelación, debe callarse el primero* (1 *Cor* 14, 30). Lo encuentran sentado en medio de los doctores; más aun, mientras está allí, no sólo está sentado, sino escuchándoles y preguntándoles. También ahora Jesús está presente, nos pregunta y nos oye hablar.

El texto continúa: *y todos estaban admirados*. ¿Qué admiraban? No las preguntas que les hacía, aunque fueran extraordinarias, sino las respuestas. Una cosa es preguntar, y otra responder.

Jesús interrogaba a los maestros, pero, como no eran capaces de responder, tenía que contestar a las preguntas que Él mismo había formulado. Y como responder no significa sólo hablar después del que lo ha hecho en primer lugar, sino que —según la Sagrada Escritura— significa impartir una enseñanza, deseo que sea la ley divina quien te lo enseñe (...).

Y buscándole, *no le hallaron entre los parientes*. La familia humana no podía contener al Hijo de Dios. No le encontraron *entre los conocidos*, porque la potencia divina sobrepasa cualquier conocimiento y ciencia humana. ¿Dónde lo encuentran? *En el templo*, pues allí está el Hijo de Dios. Cuando busques al Hijo de Dios, búscalo primero en el templo, apresúrate a andar al templo, y allí encontrarás a Cristo, Verbo y Sabiduría, es decir, Hijo de Dios (...).

Jesús es hallado en medio de los maestros, y, una vez descubierto, dice a los que le buscan: *¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en la casa de mi Padre?* Atengámonos al sentido más inmediato, armémonos antes que nada contra la impiedad de los herejes que pretenden que ni el Creador ni el Dios de la Ley y de los profetas sea el Padre de Jesucristo. He aquí afirmado que el Padre de Cristo es el Dios del templo (...).

Pero como se dice que *ellos no comprendieron estas palabras*, debemos estudiar con mayor atención el significado de la Escritura. ¿Estaban, pues, tan privados de inteligencia y de sabiduría que no sabían lo que quería decirles Jesús, y que no comprendían que con las palabras *Yo debo estar en la casa de mi Padre* aludía al templo? ¿O tal vez esas palabras tienen un significado más alto, capaz de edificar a los oyentes? ¿No quieren quizá expresar que cada uno de nosotros, si es bueno y perfecto, pertenece a Dios Padre? Y así, en sentido amplio, el Salvador se refiere a todos los hombres, enseñándonos que Él sólo se encuentra en los que pertenecen al Padre. Si uno de vosotros pertenece a Dios Padre, tiene a Jesús dentro de sí. Creamos, por tanto, a las palabras de Aquél que dice: *Yo debo estar en la casa de mi Padre*. Este templo de Dios es más espiritual, más vivo y más verdadero, que el templo construido a modo de símbolo por mano de los hombres.

Sacerdote y Víctima

(Homilías sobre el Génesis, VIII, 6-9)

Tomó Abraham la leña del holocausto y la cargó sobre su hijo Isaac, mientras él llevaba el fuego y el cuchillo; y los dos se pusieron en camino

(*Gn* 22, 6). El hecho de que llevara Isaac la leña de su propio holocausto era figura de Cristo, que también *cargó sobre sí la cruz* (*Jn* 19, 17). Por otra parte, llevar la leña del holocausto es función propia del sacerdote. Así, pues, Cristo es a la vez víctima y sacerdote. Esto mismo significan las palabras que vienen a continuación: *los dos se pusieron en camino.* En efecto, Abraham, que era el que había de sacrificar, llevaba el fuego y el cuchillo; pero Isaac no iba detrás de él, sino junto a él, lo que demuestra que cumplía también una función sacerdotal.

¿Qué es lo que sigue? *Isaac dijo a su padre Abraham: padre* (*Gn* 22, 7). En este momento, la voz del hijo es una tentación para el padre. ¡Cuán fuerte tuvo que ser la conmoción que produjo en el padre esta voz del hijo, a punto de ser inmolado! Y aunque su fe le obligaba a ser inflexible, Abraham, con todo, le responde con palabras de igual afecto: *¿qué deseas, hijo mío?* E Isaac: *tenemos fuego y leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?* (*Gn* 22, 7). Abraham le contestó: *Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío* (*Gn* 22, 8).

Me conmueve la respuesta de Abraham, tan cuidadosa y cauta. Algo debía de prever en espíritu, ya que dice, no en presente, sino en futuro: *Dios proveerá el cordero;* al hijo que le pregunta acerca del presente, le responde con palabras que miran al futuro. Es que el Señor debía proveerse de cordero en la persona de Cristo, pues también *la sabiduría se ha edificado una casa* (*Prv* 9, 1) y Él *se humilló a sí mismo hasta la muerte* (*Fil* 2, 8). Todo lo que lees acerca de Cristo, no ha sido hecho por necesidad, sino libremente.

Prosiguieron juntos el camino, y llegaron al lugar que Dios le había indicado (*Gn* 22, 8-9). Una vez en el sitio que el Señor le había mostrado, a Moisés no se le permite subir; antes le dicen: *quita las sandalias de tus pies* (*Ex* 3, 5). Abraham e Isaac no reciben ninguna indicación semejante, sino que suben sin descalzarse. Quizá el motivo de esta diversidad resida en que Moisés, aunque grande, venía de Egipto, y llevaba sus pies atados con lazos de mortalidad; Abraham e Isaac, en cambio, no tienen nada de eso. Llegan al lugar señalado, Abraham edifica un altar, pone encima la leña, ata al muchacho y se dispone a degollarle.

Sois muchos los que os encontráis en la Iglesia de Dios, escuchando estas cosas. Bastantes sois padres. Ojalá que al escuchar esta narración, alguno de vosotros se llene de tanta constancia y fuerza de ánimo que si por casualidad pierde un hijo —incluso si es hijo único y amadísimo—, a causa de la muerte común que corresponde a todos los hombres, tome como ejemplo a Abraham, poniendo ante los ojos su grandeza de ánimo. Es verdad que a ti no se te pide tanto: atar a tu propio hijo, obligarlo, preparar la espada y degollarlo. No se te piden todos estos servicios. Por eso,

sé al menos constante en el propósito y en el ánimo: fuerte en la fe, ofrece con alegría tu hijo a Dios; sé sacerdote de la vida de tu hijo, pues no conviene el llanto al sacerdote que inmola a Dios.

¿Quieres que te muestre que esto se te pide? Dice el Señor en el Evangelio: *si fuerais hijos de Abraham, realizaríais las obras que él hizo* (*Jn* 8, 39). Esta es la obra de Abraham. Cumplidlas también vosotros, pero no con tristeza, porque *Dios ama al que da con alegría* (*1 Cor 9, 7*). Si os mostráis prontos para el servicio de Dios, también se os dirá: *sube a una tierra elevada y al monte que te mostraré, y ofréceme allí a tu hijo* (*Gn* 22, 2). No en las profundidades de la tierra, ni en *el valle del llanto* (*Sal* 83, 7), sino en montes altos y excelsos ofrece a tu hijo. Demuestra que la fe en Dios es más fuerte que los afectos de la carne. Abraham, en efecto, amaba a su hijo Isaac, pero antepuso el amor de Dios al amor de la carne, y por eso se halló no en las entrañas de la carne, sino *en las entrañas de Cristo* (*Fil* 1, 8); esto es, en las entrañas del Verbo de Dios, de la Verdad, de la Sabiduría.

Continúa: *Abraham cogió el cuchillo y extendió luego su brazo para degollar a su hijo. Pero el Ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abraham, Abraham!». Él contestó: «Aquí me tienes ». Y le dijo: «No extiendas tu brazo sobre el niño, ni le hagas nada. Ahora sé que en verdad temes a Dios»* (*Gn* 22, 10-12).

En relación a este discurso, se suele objetar que Dios dice que ahora sabe que Abraham teme a Dios, como si antes lo hubiese ignorado. Dios, en efecto, lo sabía, no le estaba oculto, puesto que es *Aquél que conoce todas las cosas antes de que sean* (*Dan* 13, 42); pero han sido escritas para ti. Ciertamente, también tú has creído a Dios, pero si no realizas las obras de la fe (cfr. 2 *Tes* 1, 11), si no obedeces a todos los mandamientos, incluso a los más difíciles; si no ofreces el sacrificio y no muestras que no antepones a Dios ni el padre, ni la madre, ni los hijos (cfr. *Mt* 10, 37), no se reconocerá que temes a Dios, y no se dirá de ti: *ahora sé que temes a Dios.*

(...). Estas cosas se le han dicho a Abraham; ha sido proclamado que él teme a Dios. ¿Por qué? Porque no ha perdonado a su hijo. Comparemos estas palabras con aquellas otras del Apóstol, cuando dice que Dios *no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte par todos nosotros* (*Rm* 8, 32). Ved cómo rivaliza Dios con los hombres en magnanimidad y generosidad: Abraham ofreció a Dios un hijo mortal, sin que de hecho llegara a morir; Dios entregó a la muerte, por todos, al Hijo inmortal. ¿Qué diremos nosotros ante estas cosas? *¿Cómo podré pagar a Dios por todos los beneficios que me ha concedido?* (*Sal* 116, 12).

Dios Padre, por nosotros, no perdonó a su propio Hijo. ¿Quién de vosotros podrá oír alguna vez la voz del ángel, que le dice: *ahora sé que te-*

mes a Dios, porque no has perdonado a tu hijo (*Gn* 22, 12), o tu hija, o tu mujer, o el dinero, o los honores y ambiciones del mundo, sino que todo esto lo has despreciado, y todo lo has tenido por estiércol para ganar a Cristo (cfr. *Fil* 3, 8); porque has vendido todas las cosas, has dado el dinero a los pobres y has seguido la palabra de Dios (cfr. *Mt* 19, 21)? ¿Quién podrá oír pronunciar al ángel palabras de este tipo?

Abraham escuchó esta voz, que le decía: *porque no has perdonado a tu hijo único por mí* (*Gn* 22, 12). Y *alzó los ojos y vio tras sí un carnero enredado par los cuernos en la espesura* (*Gn* 22, 13). Creo que ya hemos dicho antes que Isaac era figura de Cristo, mas también parece serlo este carnero. Vale la pena conocer en qué se parecen uno y otro: Isaac, que no fue degollado, y el carnero, que sí lo fue.

Cristo es el Verbo de Dios, pero *el Verbo se hizo carne* (*Jn* 1, 14). Por una parte, pues, Cristo viene de arriba; por otra, ha sido asumido de la naturaleza humana y de las entrañas virginales. Cristo, en efecto, padeció, pero en la carne; sufrió la muerte, pero en la carne, de la que era figura este carnero, de acuerdo con lo que decía Juan: *éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (*Jn* 1, 29). El Verbo permaneció en la incorrupción, por lo que Isaac es figura de Cristo según el espíritu. Por esto, Cristo es a la vez víctima y sacerdote. En efecto, según el espíritu ofrece la víctima al Padre; según la carne, Él mismo se ofrece sobre el altar de la cruz.

El Magníficat de María

(Homilías sobre el Evangelio de San Lucas, VIII, 1-7)

Examinemos la profecía de la Virgen: *mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador* (*Lc* 1, 46).

Nos preguntaremos de qué modo el alma puede engrandecer al Señor, ya que Dios no puede recibir ni aumento, ni disminución: es *El que es*. ¿Por qué, entonces, dice María: *mi alma engrandece al Señor*?

Si considero que el Señor y Salvador *es la imagen de Dios invisible* (*Col* 1, 15), y si reconozco que mi alma ha sido hecha a imagen del Creador (cfr. *Gn* 1, 27) para ser imagen de la imagen (en realidad, mi alma no es propiamente la imagen de Dios, sino que ha sido creada a semejanza de la primera imagen), podré entonces entender las palabras de la Virgen. Los que pintan imágenes, una vez elegido, por ejemplo, el rostro de un rey, se esfuerzan con toda su habilidad artística en reproducir un modelo único.

Del mismo modo, cada uno de nosotros, transformando su alma a imagen de Cristo, compone de Él una imagen más o menos grande, algunas veces oscura y sucia, otras clara y luminosa, que corresponde al original. Por tanto, cuando haya pintado grande la imagen de la imagen, es decir mi alma, y la haya engrandecido con las obras, con el pensamiento, con la palabra, entonces la imagen de Dios se agrandará, y el mismo Señor, del cual el alma es imagen, será glorificado en nuestra misma alma. Pero si somos pecadores, el Señor, que antes crecía en nuestra imagen, disminuye y mengua.

Para ser más precisos, el Señor no disminuye ni decrece, sino nosotros: en vez de revestirnos con la imagen del Salvador, nos cubrimos con otras imágenes; en lugar de la imagen del Verbo, de la sabiduría, de la justicia y de las demás virtudes, asumimos el aspecto del diablo, hasta el punto de que podemos ser llamados *serpientes, raza de víboras* (*Mt* 23, 33).

Pues bien, primero el alma de María engrandece al Señor y, después, su espíritu se alegra en Dios; es decir, si no crecemos primero, no podremos luego exultar.

Y añade: *porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava* (*Lc* 1, 48). ¿En qué humildad de María ha fijado su mirada? La Madre del Salvador, que llevaba en su seno al Hijo de Dios, ¿qué contenía de humilde y bajo? Al decir: *ha puesto los ojos en la humildad de su esclava*, es como si afirmase: ha mirado la justicia de su esclava, ha mirado su templanza, ha mirado su fortaleza y su sabiduría. Es justo, en efecto, que Dios dirija su vista hacia las virtudes. Alguno podría decir: entiendo que Dios mire la justicia y la sabiduría de su esclava; pero no está demasiado claro por qué se fija en la bajeza. Quien piense de este modo debe recordar que en la misma Escritura se considera la humildad como una de las virtudes.

El Salvador dice: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas* (*Mt* 11, 29). Si queréis conocer el nombre de esta virtud, o sea, como es llamada por los filósofos, sabed que la humildad sobre la cual Dios dirige su mirada es aquella misma virtud que los filósofos llaman *atufiá* o *metriótes*. Nosotros podemos definirla mediante una perífrasis: la humildad es el estado de un hombre que lejos de hincharse, se abaja. Quien, se hincha, cae, como dice el Apóstol, *en la condena del diablo* —el cual comenzó con la hinchazón de la soberbia—. Por eso, el Apóstol nos pone en guardia: *para no caer, hinchado de orgullo, en la condena del diablo* (1 *Tim* 3, 6).

Ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: Dios me ha mirado —dice María— porque soy humilde y porque busco la virtud de la mansedumbre y del pasar oculta.

Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones (*Lc* 1, 48). Si entiendo *todas las generaciones* según el significado

más común, sostendré que se alude a los creyentes. Pero si busco averiguar el significado más profundo, entenderé lo preferible que resulta añadir: *porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso* (*Lc* 1, 49). Precisamente porque *todo el que se humilla será ensalzado* (*Lc* 14, 11), Dios *ha puesto los ojos en la bajeza* de Santa María; por eso ha hecho a través de Ella grandes cosas *el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo*.

Y su misericordia se derrama de generación en generación (*Lc* 1, 50). No es sobre una generación, ni sobre dos, ni sobre tres, ni siquiera sobre cinco se extiende la misericordia de Dios; sino que se derrama eternamente de generación en generación.

Manifestó el poder de su brazo en favor de los que le temen (*Lc* 1, 51). También tú, si eres débil, si te apoyas en el Señor, si le temes, podrás escuchar la promesa que el Señor responde a tu temor.

¿De qué promesa se trata? Escucha: *ha desplegado su poder en favor de los que le temen*. La fuerza o el poder es atributo real. En efecto, la palabra *kratos*, que podríamos traducir por *poder*, se aplica al que gobierna o quizá al que tiene todo en su poder. Pues bien, si tú temes a Dios, Él te comunicará su fuerza y su poder, te concederá el reino, en el que tú, sometido al *Rey de reyes* (*Ap* 19, 16), poseas *el reino de los cielos*, en Jesucristo, *a quien pertenecen la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén* (*1 Pe* 4, 11).

A la hora de rezar

(Tratado sobre la oración VIII, 2 — XII, 1)

Es sumamente provechoso, al tratar de hacer oración, mantenerse constantemente en la presencia de Dios y hablar con Él como se dialoga con una persona a la que se tiene presente. Así como las imágenes almacenadas en la memoria suscitan pensamientos que surgen cuando aquellas figuras se contemplan en el ánimo, así también creemos que es útil el recuerdo de Dios presente en el alma, que capta todos nuestros movimientos, incluso los más leves, cuando nos disponemos a agradar a quien sabemos presente dentro de nosotros, a ese Dios que examina el corazón y escruta las entrañas.

Incluso en el supuesto de que no recibiese otra utilidad quien así dispusiera su mente para la oración, no se ha de considerar pequeño fruto el hecho mismo de haber adoptado durante el tiempo de la oración una actitud

tan piadosa. Y si esto se repite con frecuencia, los que se dedican con asiduidad a la oración bien saben cómo este ejercicio aparta del pecado e invita a la práctica de las virtudes. Si el simple hecho de recordar la figura de un varón sensato y prudente provoca en nosotros el deseo de emularlo, y frecuentemente refrena los impulsos de nuestra concupiscencia, ¡cuánto más el recuerdo de Dios, Padre universal, a lo largo de la oración, ayudará a los que se persuaden de estar en su presencia y procuran hablar con quien les escucha! (...).

Sin embargo, mayor provecho obtendríamos si entendiéramos cuál es el modo conveniente de orar y lo pusiéramos en práctica. El que a la hora de rezar procura concentrarse y pone todo su esfuerzo en escuchar, terminará oyendo: *heme aquí*; y antes de terminar la oración logrará deponer toda dificultad relacionada con la providencia (...). Pues el que se conforma con la Voluntad divina y se acomoda a todo lo que sucede, ése se encuentra libre de toda atadura, no alza nunca amenazante sus manos contra Dios, que ordena todo para nuestra formación, y no murmura en lo secreto de su pensamiento sin que lo escuchen los hombres (...).

El Hijo de Dios es Pontífice de nuestras oblaciones y abogado ante el Padre en favor nuestro: ora por los que oran y suplica por los que suplican; sin embargo, no intercederá por quienes asiduamente no ruegan a través de Él, ni defenderá como cosa propia delante de Dios a los que no pongan en práctica su enseñanza de que es necesario orar siempre sin desfallecer (...). Y en cuanto a los que confían en las veracísimas palabras de Cristo, ¿quién no arderá en deseos de orar sin desmayo ante su invitación: *pedid y se os dará, pues todo el que pide recibe* (*Lc* 11, 9-10)?

No sólo el Pontífice se une a la oración de los que oran debidamente, sino también los ángeles, que se alegran *en el cielo más por el pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no precisan de ella* (*Lc* 15, 7); y del mismo modo también las almas de los santos que ya descansaron (...). En efecto, si los santos [los fieles cristianos] ven en esta vida sólo mediante espejo y en enigma, mas en la futura cara a cara, es absurdo no sostener lo mismo, guardadas las debidas proporciones, acerca de las demás facultades y virtudes, y más aún teniendo en cuenta que en el cielo se perfeccionan las virtudes adquiridas en esta vida. Una de las principales virtudes, según la mente divina, es la caridad con el prójimo, virtud que los santos tienen en relación a los que se debaten todavía en la tierra (...). Y más cuando Cristo ha afirmado que se encuentra enfermo en cada fiel enfermo; y también que está en la cárcel, en el desnudo, en el huésped, en el que tiene hambre y en el que tiene sed. Pues ¿quién ignora, a poco que haya manejado el Evangelio, que Cristo se atribuye a sí mismo y considera como propias las cosas que sobrevienen a los que creen en Él?

En cuanto a los ángeles de Dios, si *se acercaron* a Jesús y *le servían*, no hay que pensar que limitaron este ministerio al corto espacio de tiempo que abarca la vida mortal de Cristo entre los hombres (...). Pues ellos, durante el tiempo mismo de la oración, avisados por el que ora acerca de lo que necesita, lo cumplen, si pueden, en virtud del mandato universal que han recibido (...). Ya que el que tiene *contados los cabellos todos de la cabeza* (*Mt* 10, 31) de los fieles, los reúne convenientemente al tiempo de la oración, procurando que el que ha de hacer de dispensador de su beneficio fije su atención en el necesitado que pide confiadamente; así hay que pensar que se reúnen a veces los ángeles, como observadores y ministros de Dios, y se hacen presentes al que ora para tratar de obtener lo que solicita.

También el ángel particular de cada uno, que tienen aún los más insignificantes dentro de la Iglesia, por estar contemplando siempre el rostro de Dios que está en los cielos (cfr. *Mt* 18, 10), viendo la divinidad de nuestro Creador, une su oración a la nuestra y colabora, en cuanto le es posible, a favor de lo que pedimos.

San Cipriano de Cartago

A principios del siglo III, Cartago, en el norte de África, era una de las grandes ciudades del Imperio Romano. Allí nació San Cipriano, hacia el año 205, en el seno de una familia pagana, rica y culta. Como correspondía a su categoría social recibió una esmerada formación en Filosofía y Retórica. También participó de las ventajas de su fortuna, del lujo, placeres y honores propios de las costumbres de la época. Pero en la edad madura, siendo muy conocido en su ciudad como maestro de Retórica, se convirtió al Cristianismo. A los pocos años, en el 248, fue nombrado Obispo de Cartago.

Su episcopado, de diez años, se desarrolló en circunstancias difíciles para la Iglesia. Los cristianos sufrieron las violentas persecuciones de los emperadores Decio y Valeriano. San Cipriano se dedicó a fortalecer a sus hermanos en la fe, mientras salía al paso de los errores que se propagaban en tal situación, llegando a comprometer gravemente la unidad de la Iglesia, como los cismas de Novaciano y Felicísimo, que se mostraban excesivamente rigoristas a la hora de volver a admitir a la comunión eclesial a los *lapsi*, a los que habían apostatado durante la persecución. El mismo Cipriano murió mártir el 14 de septiembre del año 258.

Sus obras —tratados y cartas— se pueden agrupar en dos tipos: las de carácter apologético, donde utiliza toda su rica formación filosófica en defender la fe de Cristo contra los paganos; y las pastorales, en las que habla como obispo, con una clara concepción sobre la Iglesia católica y el episcopado.

Las maravillas del Bautismo

(A Donato, 3-5)

Cuando yacía postrado en las tinieblas de la noche, cuando zozobraba en medio del mar borrascoso de este mundo y andaba vacilante en el camino del error sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, imaginaba que sería difícil y duro, en mi situación, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudiera renacer y que —animado de una nueva vida por el baño del agua de salvación— dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera en el mismo cuerpo humano. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación? ¿Cómo es posible que de la noche a la mañana, tan de repente, se despoje uno de lo que es congénito a la misma naturaleza, o se ha endurecido por hábitos inveterados? Estas disposiciones son inquebrantables, están arraigadas con raíces muy hondas. ¿Cuándo aprenderá a ser sobrio quien se ha acostumbrado a espléndidas cenas y ricos banquetes? ¿Cuándo se va a contentar con corriente y sencillo atuendo quien siempre destacó por el oro y la púrpura de sus preciosos vestidos? Quien goza de dignidades y cargos no soporta verse privado de ellos y vivir en la oscuridad. Aquel que suele ir rodeado de una escolta de clientes, cortejado por una numerosa comitiva de aduladores, considera como un tormento el verse solo. Quienes se han apegado a los halagos de las pasiones es necesario que, como de costumbre, los arrastre la embriaguez, los hinche la soberbia, los exalte la ira, los despedace la codicia, los provoque la crueldad, los alucine la ambición, los precipite la lujuria.

Esto me decía una y mil veces a mí mismo. Pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos naturales en mí. Pero después que quedaron borradas con el agua de regeneración las manchas de la vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso, se abrió lo que estaba cerrado, se disiparon las tinieblas, se volvió fácil lo que antes me parecía difícil, se hizo posible lo que creía imposible. De modo que pude reconocer que provenía de la tierra mi anterior vida carnal sujeta a los pecados, y que era cosa de Dios lo que ahora estaba animado por el Espíritu Santo.

Tú mismo puedes comprender y reconocer conmigo qué nos ha quitado y qué nos ha traído esta muerte de los vicios y esta vida de las vir-

tudes. Tú bien lo sabes, sin que yo lo pregone. Siempre es odiosa la propia alabanza; si bien no puede decirse en este caso que sea propia alabanza, sino gratitud, porque se atribuye a don de Dios y no a las fuerzas del hombre, de manera que el no pecar ahora es favor de la gracia, y el haber pecado antes fue efecto de la miseria humana. Don de Dios es todo lo que ahora podemos. De Él vivimos, por Él tenemos fuerzas, de Él recibimos y sentimos aquel vigor por el cual, aun en esta vida, gustamos los preludios de la futura. Solamente debemos tener el temor de perder la inocencia, para que el Señor, que por su misericordia infundió la gracia en nuestras almas, permanezca complacido por nuestras buenas obras en nuestro espíritu, como en su morada, no sea que la seguridad concedida nos haga descuidados y se introduzca de nuevo el antiguo enemigo.

Por lo demás, si tú te asientas con pie firme en el camino de la inocencia, de la justicia, si unido tan sólo a Dios con todas tus fuerzas y con toda tu alma, no eres más que lo que has empezado a ser, cuanto mayor sea en ti el aumento de gracia, mayores fuerzas tendrás. No hay medida alguna en las mercedes que recibimos de Dios, como suele haberla en los beneficios humanos. El Espíritu, que se derrama con abundancia, no se ve oprimido por límites, ni encerrado en espacio estrecho que lo frene. Fluye sin cesar, rebosa su abundancia, solamente tiene que abrirse nuestro corazón y estar sediento. Cuanta fe seamos capaces de presentar, tanta abundancia de gracia recogeremos.

Entonces ya podemos, mediante una castidad austera, un alma pura, unas palabras limpias, remediar a los dolientes, destruir la ponzoña, purificar las almas de los enfermos devolviéndoles la salud, imponer la paz a los enemigos, la calma a los violentos, la mansedumbre a los iracundos. Ya podemos obligar a los espíritus inmundos y vagabundos —que se introdujeron en los hombres para atormentarlos— a que confiesen increpándolos con amenazas, forzarlos con duros azotes a que salgan, aumentarles el castigo si se resisten; si aúllan, si gimen, sacudirles con látigos, abrasarlos con el fuego. Este combate se produce allí, pero no se ve. El mal está oculto, aunque el castigo es manifiesto. Por eso, desde que empezamos a ser suyos, el Espíritu que hemos recibido obra con toda libertad. Pero, como no hemos cambiado de cuerpo ni de miembros, nuestros ojos carnales están todavía oscurecidos con las nubes del siglo. ¡Qué gran dignidad tiene el alma! ¡Qué grande su poder! No sólo ha quedado desprendida del pernicioso apego del mundo, hasta estar libre por su expiación y pureza de la peste esparcida por el enemigo, sino que ha adquirido mayor y más poderosa pujanza de fuerzas, que se impone con imperio a todas las legiones del enemigo atacante.

Una sola Iglesia

(Sobre la unidad de la Iglesia Católica, 4-6)

Habló el Señor a Pedro de esta manera: *Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno nada podrán contra Ella. Y te daré a ti las llaves del reino de los cielos, y lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares sobre la tierra será también desatado en el cielo* (*Mt* 16, 18-19). Otra vez, después de resucitado, le dijo: *apacienta mis ovejas* (*Jn* 21, 47). Edifica su Iglesia sobre uno solo y le ordena apacentar a sus ovejas. Y aunque después de resucitar otorga el mismo poder a todos los Apóstoles, cuando les dice: *como el Padre me envió, así os envío Yo a vosotros; recibid el Espíritu Santo, y a quien perdonareis los pecados, le serán perdonados; mas a quienes se los retuviereis, les serán retenidos* (*Jn* 20, 21-23); sin embargo, para manifestar la unidad estableció una sola cátedra, y con su autoridad decidió que el origen de la unidad estuviese en uno solo.

Cierto que los demás Apóstoles eran lo mismo que Pedro, y estaban dotados —como él— de la misma dignidad y poder; pero el principio nace de la unidad, y se le otorga el primado a Pedro para manifestar que es una la Iglesia y una la cátedra de Jesucristo. También son todos pastores y, a la vez, uno solo es el rebaño, que debe ser apacentado por todos los Apóstoles de común acuerdo, para mostrar que es única la Iglesia de Cristo.

Esta unidad de la Iglesia está prefigurada por la persona de Cristo en el Cantar de los Cantares, cuando el Espíritu Santo dice: *una sola es mi paloma, mi hermosa, única es para su madre, la elegida de ella* (*Cant* 6, 8). Quien no guarda esta unidad de la Iglesia, ¿piensa acaso que conserva la fe? Quien resiste obstinadamente a la Iglesia, quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la que está cimentada la Iglesia, ¿puede confiar que se halla en la Iglesia? El santo Apóstol Pablo enseña esto mismo y declara el misterio de la unidad con estas palabras: *un solo cuerpo y un solo espíritu, una sola esperanza de vuestra vocación, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios* (*Ef* 4, 4-6).

Debemos mantener y defender con toda energía esta unidad, especialmente los obispos, que hemos sido puestos al frente de la Iglesia, para probar que el mismo episcopado es uno e indivisible. Nadie engañe con mentiras a los hermanos, nadie corrompa la pureza de la fe con una pérfida prevaricación. Como el episcopado es único, y cada uno participa de él por entero, así es única la Iglesia, que se extiende sobre muchos por el crecimiento de su fecundidad. Muchos son los rayos del sol, pero una sola es la luz; muchas son las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco clavado en

la tierra con fuerte raíz; y cuando de un solo manantial fluyen muchos arroyos, aunque aparezcan muchas corrientes desparramadas por la abundancia de las aguas, con todo una sola es la fuente en su origen. Si separas un rayo de la masa del sol, no subsiste la luz a causa de la separación; si cortas la rama del árbol, no podrá germinar la rama cortada; si atajas el arroyo aislándolo de la fuente, se secará. Del mismo modo la Iglesia del Señor esparce sus rayos, difundiendo la luz por todo el mundo; y esa luz que se esparce por todas partes es, sin embargo, una, y no se divide la unidad de su masa. Extiende sus ramos frondosamente por toda la tierra, y sus arroyos fluyen con abundancia en todas direcciones. Con todo, uno solo es el principio y la fuente, y una sola la madre exuberante de fecundidad. De su seno nacemos, con su leche nos alimentamos, de su espíritu vivimos.

La Esposa de Cristo no puede ser adúltera, pues es incorruptible y pura. Sólo una casa conoce, guarda la inviolabilidad de un solo tálamo con pudor casto. Ella nos conserva para Dios y destina para el reino a los hijos que ha engendrado. Todo el que se separa de la Iglesia se une a una adúltera, se aleja de sus promesas y no conseguirá las recompensas de Cristo. El que abandona la Iglesia de Cristo es un extraño, un profano, un enemigo. No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia como Madre.

Si alguien pudo salvarse fuera del arca de Noé, entonces lo podrá también quien estuviere fuera de la Iglesia. Nos lo advierte el Señor cuando dice: *el que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama* (*Jn* 10, 30). Quien rompe la paz y la concordia de Cristo está contra Cristo. Quien recoge en otra parte, fuera de la Iglesia, disipa la Iglesia de Cristo. Dice el Señor: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (*Jn* 10, 30); y también está escrito del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: *estos tres son una sola cosa* (1 *Jn* 5, 8). ¿Y piensa alguno que esta unidad que procede del poder de Dios, que se halla firmemente asegurada por los misterios celestiales, puede romperse en la Iglesia y escindirse por la discusión y el choque de voluntades? Quien no mantiene esta unidad, no cumple la ley de Dios, no guarda la fe en el Padre y en el Hijo, no obtiene la vida y la salvación.

Frutos de la paciencia

(El bien de la paciencia, 13-16, 19-20)

Se es cristiano por la fe y la esperanza; mas para lograr el fruto de ellas, se necesita la paciencia. En efecto, no vamos tras la gloria de acá, sino tras

la futura, conforme a lo que nos avisa el Apóstol Pablo cuando dice: *hemos sido salvados por la esperanza. La esperanza que se ve, ya no es esperanza; si uno ya lo ve, ¿cómo va a esperar lo que está viendo? Mas, si esperamos lo que no vemos, nos sostenemos por la espera de ello* (*Rm* 8, 24-25).

La espera y la paciencia nos son necesarias para completar lo que hemos empezado a ser y para conseguir, por la bondad de Dios, lo que creemos y esperamos. En otro lugar, el mismo Apóstol recomienda y enseña a los varones justos y limosneros, y que guardan sus tesoros en el cielo con el ciento por uno, que tengan paciencia, diciendo: *no dejemos de hacer el bien, pues a su tiempo recogeremos la cosecha. Así que, mientras tenemos tiempo, obremos el bien a todos, principalmente a los de nuestra fe* (*Gal* 6, 9-10). Avisa que nadie, por impaciencia, decaiga en el obrar bien; que nadie, solicitado o vencido por la tentación, renuncie en medio de su gloriosa carrera y eche a perder el fruto de lo ganado, por dejar incompleto lo comenzado, como está escrito: *la justicia del justo no le librará en cualquier día que se desviare* (*Ez* 33, 12); y en otro lugar: *guarda lo que tienes, no vaya otro a recibir tu corona* (*Ap* 3, 11). Estas palabras exhortan a continuar con paciencia y tenacidad, para que el que se encuentra próximo a alcanzar la corona, la logre mediante la perseverancia.

Así que la paciencia, hermanos amadísimos, no sólo conserva el bien, sino que repele el mal. Quien sigue el impulso del Espíritu Santo y se adhiere a lo divino y celestial, lucha ardorosamente embrazando el escudo de sus virtudes contra las fuerzas de la carne, que asaltan y rinden al alma. Echemos una mirada a algunos de los muchos vicios, para que lo dicho de pocos se entienda de los demás. El adulterio, el fraude, el homicidio son delitos mortales. Tenga la paciencia robustas y hondas raíces en el corazón, y nunca se manchará con el adulterio el cuerpo consagrado como templo de Dios, ni un alma dedicada a la justicia se corromperá con el espíritu de fraude, ni jamás se teñirán de sangre las manos que han llevado la Eucaristía.

La caridad es el lazo que une a los hermanos, el cimiento de la paz, la trabazón que da firmeza a la unidad; la que es superior a la esperanza y a la fe, la que sobrepuja a la limosna y al martirio; la que quedará con nosotros para siempre en el Cielo. Quítale, sin embargo, la paciencia, y quedará devastada; quítale el jugo del sufrimiento y resignación, y perderá las raíces y el vigor. Cuando el Apóstol habla de la caridad, le junta el sufrimiento y la paciencia: *la caridad,* dice, *es magnánima, es benigna, no es envidiosa, no se hincha, no se encoleriza, no piensa el mal; todo lo ama, todo lo cree, todo lo espera, lo soporta todo* (1 *Cor* 13, 4-7). Con esto nos indica que la caridad puede permanecer, porque es capaz de sufrir todo. Y en otro pasaje

exclama: *sobrellevándonos con caridad, poniendo interés en conservar la unión del espíritu con el vínculo de la paz* (*Ef* 4, 2). Enseña que no puede conservarse ni la unidad ni la paz, si no se ayudan mutuamente los hermanos y mantienen el vínculo de la unidad con el auxilio de la paciencia.

¿Y qué decir de que no debes jurar, ni hablar mal, ni exigir lo que te han quitado; lo de ofrecer la otra mejilla después de recibir la bofetada; que debes perdonar a tu hermano que te ha ofendido no sólo setenta veces siete, sino todas las ofensas; que debes amar a tus enemigos, que debes rogar por los adversarios y perseguidores? ¿Podrías acaso sobrellevar todos estos preceptos si no fuera por la fortaleza de la paciencia? Esto lo cumplió, según sabemos, Esteban: siendo asesinado a pedradas por los judíos, no pedía venganza para sus asesinos, sino perdón con estas palabras: *Señor, no les imputes esto como pecado* (*Hech* 7, 60). Tal convenía que fuese el primer mártir de Cristo, para que —por ser el modelo de los mártires venideros con su gloriosa muerte— no sólo se hiciese el pregonero de la pasión del Señor, sino su imitador en la inmensa mansedumbre y paciencia.

¿Qué diré de la ira, de la discordia, de las enemistades, que no deben tener cabida en el cristiano? Haya paciencia en el corazón y estas pasiones no entrarán en él, o, si intentaren forzar la entrada, enseguida serán rechazadas y se retirarán, de modo que continúe el asiento de la paz en el corazón, donde tiene Dios sus delicias en habitar (...).

Y para que resplandezcan mejor, hermanos amadísimos, los beneficios de la paciencia, consideremos por contraposición los males que acarrea la impaciencia.

Así como la paciencia es un don de Cristo, así la impaciencia, por el contrario, es un don del diablo; y al modo como aquél en quien habita Cristo es paciente, lo mismo siempre es impaciente aquél cuya mente está poseída por la maldad del demonio.

En resumen, tomemos las cosas por sus principios. El diablo no pudo sufrir con paciencia que el hombre fuese creado a imagen de Dios; por eso se perdió a sí mismo primero, y luego perdió a los demás. Adán, impaciente por gustar el mortal bocado, contra la prohibición de Dios, se precipitó en la muerte y no guardó la gracia recibida del Cielo con la ayuda de la paciencia. Caín, por no poder soportar la aceptación de los sacrificios y ofrendas, mató a su hermano. Esaú bajó de su mayorazgo a segundón y perdió su primacía por su impaciencia en comer un plato de lentejas.

¿Por qué el pueblo judío, infiel e ingrato con los favores de Dios, se apartó del Señor, sino por la impaciencia? No pudiendo llevar con paciencia la tardanza de Moisés, que estaba hablando con Dios, osó pedir dioses sacrílegos, llamando guías de su peregrinación a una cabeza de toro y a un simulacro de arcilla, y nunca desistió de mostrar su impaciencia, puesto que

no aguantaba nunca las amonestaciones y gobierno de Dios, llegando a matar a sus profetas y justos y hasta llevar a la cruz y al martirio al Señor.

La impaciencia también es la madre de los herejes; ella, a semejanza de los judíos, los hace rebelarse contra la paz y caridad de Cristo y los lanza a funestos y rabiosos odios. Y para no ser prolijo: todo lo que la paciencia edifica con su conformidad en orden a la gloria, lo destruye la impaciencia por la ruina.

Por tanto, hermanos amadísimos, una vez vistas con atención las ventajas de la paciencia y las consecuencias de la impaciencia, debemos mantener en todo su vigor la paciencia, por la que estamos en Cristo y podemos llegar con Cristo a Dios.

Por ser tan rica y variada, la paciencia no se ciñe a estrechos límites ni se encierra en breves términos. Esta virtud se difunde por todas partes, y su exuberancia y profusión nacen de un solo manantial; pero al rebosar las venas del agua se difunde por multitud de canales de méritos y ninguna de nuestras acciones puede ser meritoria si no recibe de ella su estabilidad y perfección. La paciencia es la que nos recomienda y guarda para Dios; modera nuestra ira, frena la lengua, dirige nuestro pensar, conserva la paz, endereza la conducta, doblega la rebeldía de las pasiones, reprime el tono del orgullo, apaga el fuego de los enconos, contiene la prepotencia de los ricos, alivia la necesidad de los pobres, protege la santa virginidad de las doncellas, la trabajosa castidad de las viudas, la indivisible unión de los casados.

La paciencia mantiene en la humildad a los que prosperan, hace fuertes en la adversidad y mansos frente a las injusticias y afrentas. Enseña a perdonar enseguida a quienes nos ofenden, y a rogar con ahínco e insistencia cuando hemos ofendido. Nos hace vencer las tentaciones, tolerar las persecuciones, consumar el martirio. Es la que fortifica sólidamente los cimientos de nuestra fe, la que levanta en alto nuestra esperanza, la que encamina nuestras acciones por la senda de Cristo, para seguir los pasos de sus sufrimientos. La paciencia nos lleva a perseverar como hijos de Dios, imitando la paciencia del Padre.

Sin miedo a la muerte

(Tratado sobre la peste, 15-26)

Es verdad que perecen en esta [epidemia de] peste muchos de los nuestros; esto quiere decir que muchos de los cristianos se libran de este

mundo. Esta mortandad es una pestilencia para los judíos, gentiles y enemigos de Cristo; mas para los servidores de Dios es salvadora partida para la eternidad. Por el hecho de que sin discriminación alguna de hombres mueran buenos y malos, no hay que creer que es igual la muerte de unos y de otros. Los justos son llevados al lugar del descanso, los malos son arrastrados al suplicio; a los fieles se les otorga en seguida la seguridad; a los infieles, sin tardar el castigo (...).

Cuántas veces me fue revelado, cuántas y más claras veces se me ordenó por la bondad de Dios que clamase sin cesar, que predicara en público que no debía llorarse por nuestras hermanos llamados por el Señor y libres de este mundo, sabiendo que no se pierden, sino que nos preceden; que, como viajeros, como navegantes, van delante de los que quedamos atrás; que se puede echarlos de menos, pero no llorarlos y cubrirnos de luto, puesto que ellos ya se han vestido vestidos blancos; que no debe darse a los gentiles ocasión de que nos censuren con toda razón, de que viven con Dios y los lloremos como perdidos y aniquilados, y no demos pruebas con verdaderos sentimientos de lo que predicamos con las palabras. Somos prevaricadores de nuestra esperanza y fe si aparece como fingido y simulado lo que estamos afirmando. De nada sirve mostrar en la boca la virtud y desacreditar su verdad con la práctica.

Por último el Apóstol Pablo reprueba y recrimina, reprende a los que se contristan desmesuradamente por la pérdida de los suyos. *No queremos*, dice, *que os olvidéis, hermanos, a propósito de los que fallecen, que no debéis lamentaros como los demás que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, también Dios llevará con Él a los que han muerto con Jesús* (1 *Tes* 4, 13-14). Dice que se entristecen en demasía de los suyos los que no tienen esperanza. Pero los que vivimos con esperanza y creemos en Dios y que Cristo padeció por nosotros y resucitó, y confiamos en permanecer con Cristo y resucitar en Él y por Él, ¿por qué rehusamos salir de este mundo o lloramos y nos dolemos de los nuestros que parten, como ya perdidos, cuando el mismo Cristo y Señor y Dios nuestro nos avisa y dice: *Yo soy la resurrección; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá nunca*? (*Jn* 11, 25-26). Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus palabras y promesas de modo que, no habiendo de morir nunca, vayamos alegres y tranquilos a Cristo, con el cual hemos de triunfar y reinar siempre

Si morimos, cuando nos toque, entonces pasamos por la muerte a la inmortalidad, y no puede empezar la vida eterna hasta que no salgamos de ésta. No es ciertamente una salida, sino un paso y traslado a la eternidad, después de correr esta carrera temporal. ¿Quién hay que no vaya a lo mejor? ¿Quién no deseará transformarse y mudarse cuanto antes en la forma

de Cristo y merecer el don del cielo, predicando el Apóstol Pablo: *nuestra vida*, dice, *está en el cielo, de donde esperamos al Señor Jesucristo, que transformará nuestro vil cuerpo en un cuerpo resplandeciente como el suyo*? (*Fil* 3, 20-21). Para que estemos con Él y con Él nos gocemos en las moradas eternas y en el reino del cielo, Cristo Señor promete que seremos tales cuando ruega al Padre por nosotros, diciendo: *Padre, quiero que los que me entregaste estén conmigo donde estoy Yo y vean la gloria que me diste antes de crear al mundo* (*Jn* 17, 24). El que ha de llegar a la morada de Cristo, a la gloria del reino celestial, no debe derramar llanto y plañir, sino más bien regocijarse en esta partida y traslado, conforme a la promesa del Señor y a la fe en su cumplimiento (...).

Hemos de pensar, hermanos amadísimos, y reflexionar sobre lo mismo: que hemos renunciado al mundo y que vivimos aquí durante la vida como huéspedes y viajeros. Abracemos el día que a cada uno señala su domicilio, que nos restituye a nuestro reino y paraíso, una vez escapados de este mundo y libres de sus lazos. ¿Quién, estando lejos, no se apresura a volver a su patria? ¿Quién, a punto de embarcarse para ir a los suyos, no desea vientos favorables para poder abrazarlos cuanto antes? Nosotros tenemos por patria el paraíso, por padres a los patriarcas; ¿por qué, pues, no nos apresuramos y volvemos para ver a nuestra patria para poder saludar a nuestros padres? Nos esperan allí muchas de nuestras personas queridas, nos echa de menos la numerosa turba de padres, hermanos, hijos, seguros de su salvación, pero preocupados todavía por la nuestra. ¡Qué alegría tan grande para ellos y nosotros llegar a su presencia y abrazarlos, qué placer disfrutar allá del reino del cielo sin temor de morir, y qué dicha tan soberana y perpetua con una vida sin fin! Allí el coro glorioso de los apóstoles, allí el grupo de los profetas gozosos, allí la multitud de innumerables mártires que están coronados por los méritos de su lucha y sufrimientos, allí las vírgenes que triunfaron de la concupiscencia de la carne con el vigor de la castidad, allí los galardonados por su misericordia, que hicieron obras buenas, socorriendo a los pobres con limosnas, que, por cumplir los preceptos del Señor, transfirieron su patrimonio terreno a los tesoros del cielo. Corramos, hermanos amadísimos, con insaciable anhelo tras éstos, para estar enseguida con ellos; deseemos llegar pronto a Cristo. Vea Dios estos pensamientos, y que Cristo contemple estos ardientes deseos de nuestro espíritu y fe; Él otorgará mayores mercedes de su amor a los que tuvieren mayores deseos de Él.

Lactancio

Llamado *el Cicerón cristiano* por su elegante manejo de la lengua latina, Lucio Cecilio Firmiano Lactancio nació en el Norte de Africa, hacia el año 250, de familia pagana. Recibió una educación esmerada y adquirió cierto renombre como maestro de Retórica, por lo que el emperador Diocleciano le llamó a Nicomedia, para enseñar en la escuela que había fundado en la nueva capital del Imperio. Fue allí donde probablemente abrazó la fe cristiana. Durante la última gran persecución, hacia el año 303, se vio obligado a abandonar su cátedra y a exilarse en Bitinia. Después del Edicto de Milán, Constantino le llamó a Tréveris para confiarle la educación de Crispo, su hijo mayor. Poco más se sabe de la vida de Lactancio, que debió de morir en torno al año 317.

Entre sus escritos destacan los siete libros sobre las *Instituciones divinas,* que constituye el primer intento de redactar en latín una suma de toda la fe cristiana. Su enseñanza se desarrolla preferentemente dentro del campo de la moral natural; es muy inferior en los aspectos estrictamente teológicos. También por esta razón, Lactancio no es contado en el número de los Padres de la Iglesia, sino en el de los escritores eclesiásticos.

En los párrafos que se recogen, muestra —contra las fábulas paganas— que la sociedad humana tiene su origen en la voluntad de Dios, que ha creado al hombre a su imagen y semejanza; de ahí deriva el deber de la solidaridad entre los hombres.

Solidaridad entre los hombres

(Instituciones divinas, VI, 10)

Después de haber hablado de los deberes con Dios, trataré ahora de lo que es debido al hombre, sabiendo que el respeto tributado a éste se rinde

en último término a Dios. En todo caso, el primer oficio de la justicia es obligarnos en relación a Dios; el segundo, respecto al hombre. Aquél recibe el nombre de religión; éste, de misericordia o humanidad.

Esta última virtud es propia de los justos y servidores de Dios, y sólo en ella se encuentra el fundamento de la vida social. Pues Dios, que negó a los animales la inteligencia, les concedió defensas naturales contra los peligros que les acechasen. Pero al hombre, porque lo creó desnudo y débil, le dotó de inteligencia que le instruyera en lo que debía hacer, y además le dio el afecto de la piedad para que velara, amara, recibiera y prestara auxilio al hombre contra todos los peligros. La humanidad, pues, es el vínculo máximo que une a los hombres entre sí, y quien lo viola debe ser tenido como impío y parricida.

Si todos hemos nacido del primer hombre, creado por Dios, somos ciertamente consanguíneos, y por eso debe considerarse un gran crimen odiar al hombre, aunque en algún caso éste sea culpable. Dios nos ordena que no demos lugar a enemistades y odios, y que hagamos lo que esté de nuestra parte para que desaparezcan; es decir, que socorramos a nuestros enemigos cuando se encuentren en necesidad. Aún más, si recibimos el alma de un solo Dios, ¿qué somos sino hermanos? La unión de las almas es más estrecha que la de los cuerpos. Así, pues, Lucrecio no se engaña cuando afirma que *nuestro origen es celestial y todos tenemos el mismo Padre*. En consecuencia, deben considerarse como bestias feroces los hombres que dañan a otros hombres, ya que contra toda licitud y derecho de humanidad, les despojan, atormentan, matan y exterminan.

Para mantener esta hermandad, Dios quiere que hagamos siempre el bien, nunca el mal. Y Él mismo nos enseña en qué consiste hacer el bien: ayudar a los humildes y desgraciados, dar de comer a los que no tengan alimento. Siendo piadoso, quiso que los hombres vivamos en sociedad y que veamos en cada persona nuestra misma naturaleza. No merecemos ser librados en los peligros si no socorremos a los demás; ni recibir auxilio si lo negamos nosotros.

Los filósofos paganos no han dejado ningún precepto sobre la virtud de la humanidad. Animados de una especie de falsa virtud, excluyeron del ser humano la misericordia, con lo que aumentaron la miserias del hombre que pretendían sanar. Aunque reconocían que debía conservarse el vínculo de la sociedad humana, ellos en realidad lo rompen con el rigor inflexible que atribuyen a la virtud. También se debe señalar otro error suyo, pues juzgan que no se debe dar nada a nadie.

Alegan varias razones por las que los seres humanos se vieron obligados a construir ciudades. Aseguran que los hombres, nacidos originariamente de la tierra, llevaban una vida errante por los campos y bosques, sin

estar unidos entre sí por ningún vínculo de derecho o de lengua; que no tenían otro lecho que las hierbas y el follaje, ni otras casas que los antros y las cavernas, y que estaban expuestos a los ataques y a ser presa de las bestias y de los animales feroces. Entonces, los que escaparon de ser despedazados o habían visto que las fieras devoraban a sus allegados, advertidos del peligro que corrían, buscaron a otros e imploraron su socorro, haciéndose entender por medio de gestos. Después —dicen— intentaron comunicarse con sonidos, e imponiendo un nombre a cada cosa, poco a poco perfeccionaron la facultad de hablar.

Como no bastaba el ser muchos para defenderse completamente de las fieras, empezaron a construir murallas, ya para procurarse un reposo tranquilo durante la noche, ya para librarse de las incursiones de las bestias, no luchando, sino por medio de las fortificaciones levantadas .

¡Cuán necios eran los hombres que inventaron estas insensateces! ¡Qué miserables los que las transmitieron por escrito o de palabra! Como conocieron que los animales habían recibido de la naturaleza el instinto de agruparse, de huir de los peligros, de evitar los males, de refugiarse en las cuevas, juzgaron que los hombres habían aprendido de su ejemplo lo que debían temer y lo que debían buscar, y que nunca se habrían reunido ni habrían inventado el lenguaje, a no ser que algunos de ellos hubiesen sido comidos por las fieras.

Otros sostuvieron que estas imaginaciones son delirios, como ciertamente así es, y que el origen de la sociedad no fue el temor a ser despedazados por las fieras, sino la misma humanidad, pues la naturaleza inclina a los hombres a huir de la soledad y a buscar la comunicación y la compañía de los demás.

No existe gran diferencia entre ellos. Por caminos dispares llegan en último término al mismo resultado. Una y otra explicación son posibles, porque no repugnan, pero ninguna es verdadera. Los hombres no han nacido de la tierra, ni de los dientes de un dragón, como dicen los poetas, sino que el primer hombre fue creado por Dios y de él desciende el género humano; de la misma manera que se derivó nuevamente de la familia de Noé, después del Diluvio, lo cual no puede negarse. Todo el que tenga uso de razón es capaz de entender que nunca se realizó la reunión de los hombres de la manera que pretenden, ni existieron jamás hombres que no supieron hablar, excepto en la infancia.

Supongamos, sin embargo, que son verdad estas fábulas inventadas por ancianos ineptos y ociosos, a fin de refutarlas con sus mismos argumentos y razones. Si los seres humanos se juntan para remediar su debilidad con el auxilio mutuo, debe ser socorrido el hombre que necesita auxilio. Si iniciaron y sancionaron su sociedad con otros hombres para

ayudarse mutuamente, debe considerarse como máximo crimen violar o no conservar aquella alianza establecida entre ellos. Quien se niega a prestar auxilio a otros, es necesario que también se niegue a recibirlo, pues considera que ningún socorro necesita quien se niega a ayudar a otro. Pero aquél que se disocia y separa del cuerpo social, debe vivir no según las costumbres humanas, sino como las fieras. Y si esto no puede suceder, debe conservarse siempre el vínculo social, porque el hombre de ningún modo pueden vivir sin el hombre. Pero conservar la sociedad es la comunidad; esto es, prestar auxilio para que podamos recibirlo.

Si, como sostienen aquellos otros, la reunión de los hombres se ha realizado a causa de la misma humanidad, el hombre debe reconocer al hombre. Y si aquellos hombres rudos y tan ignorantes, que aún no hacían uso de la palabra, expresaron con gestos su deseo de establecer una comunidad con los demás, los que llevan una vida ciudadana y están tan acostumbrados al trato de sus semejantes, que no podrían soportar la soledad, ¿no deben abundar en dicho sentimiento?

LA EDAD DE ORO DE LOS PADRES

(SIGLOS IV-V)

Con el nombre de Edad de Oro de los Padres se designa el largo período que se abre con el Concilio de Nicea (año 325) y se concluye con el Concilio de Calcedonia (año 451). Es la época de esplendor en el desarrollo de la liturgia, que cristalizará en los diversos ritos que conocemos; la época de las grandes controversias teológicas, que obligan a un profundo estudio de la Revelación y permiten formular dogmáticamente la fe; la época, en fin, de un gigantesco esfuerzo por la completa evangelización del mundo antiguo. La fecha de clausura de este período, caracterizado por una gran unidad entre los dos *pulmones* de la Iglesia, Oriente y Occidente, es sólo simbólica, ya que el tránsito al siguiente período, con el progresivo alejamiento entre el cristianismo oriental y el occidental, se lleva a cabo poco a poco. La caída del Imperio Romano de Occidente (año 476) a causa de las invasiones bárbaras acentúa aún más este divorcio.

Con la llegada del siglo IV, nuevos panoramas se abren a la vida de la Iglesia. Después de casi tres siglos de persecuciones (la última, la más cruel, bajo el emperador Diocleciano, tuvo lugar a caballo entre los siglos III y IV), comienza un largo período de paz que facilitó extraordinariamente la expansión y desarrollo del Cristianismo. La fecha clave de este cambio se sitúa en el año 313, cuando el emperador Constantino, agradecido al Dios de los cristianos por la victoria militar alcanzada en el Puente Milvio, que le aseguró el dominio del Imperio, promulgó el Edicto de Milán, con el que quedaron revocadas las leyes contrarias a la Iglesia. A partir de entonces, el Cristianismo quedaba reconocido como religión y se

permitía a sus adeptos trabajar en las estructuras del Estado. Más tarde, en tiempos del emperador Teodosio (año 380), que prohibió el culto pagano, el Cristianismo sería declarado religión oficial del Imperio.

Con la llegada de la paz religiosa, los cristianos pudieron edificar sus propias iglesias. Con la munificencia de Constantino se levantaron grandes basílicas en Roma (San Juan de Letrán, San Pedro, San Pablo) y en Palestina (Natividad en Belén, Santo Sepulcro y Monte de los Olivos, en Jerusalén). Al mismo tiempo, se emprendió la evangelización progresiva de la gente del campo. El nombre de *paganos*, con el que aún hoy se designa a quienes no están bautizados, proviene precisamente de los habitantes de las zonas rurales (*pagi*, en latín), que seguían casi en su totalidad la antigua religión. En esta obra de evangelización destacaron los monjes, que —viviendo como eremitas o en comunidad— dieron un testimonio elocuente de los ideales cristianos. Se distinguieron, en Oriente, San Antonio Abad, considerado como el fundador del monaquismo, y San Basilio de Cesarea; en Occidente, San Martín de Tours y San Benito.

También fuera de los territorios sometidos al Imperio Romano se propagó con fuerza el Cristianismo. Pero la onda evangelizadora estuvo condicionada por las divergencias doctrinales surgidas en este período en torno a los dos misterios centrales de la fe: el de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación. Gracias al trabajo de los Padres de la Iglesia, y a los Concilios ecuménicos en los que los obispos se reunieron para dilucidar tan graves cuestiones teológicas, la fe salió indenne y robustecida; pero la expansión de la Iglesia sufrió retrasos. En efecto, mientras los francos (a finales del siglo IV) y los irlandeses (en la segunda mitad del siglo V) pasaron directamente del paganismo a la fe católica, otros pueblos o bien llegaron al Cristianismo en su forma arriana, o bien se separaron de la unidad católica a consecuencia de algunas controversias. En el primer caso se cuentan los diversos pueblos godos; en el segundo, los persas, los armenos y los abisinios. Sólo los visigodos se incorporarían más tarde a la plena comunión católica (conversión de Recaredo, año 589); los demás permanecieron arrianos hasta su extinción (ostrogodos, longobardos) o siguieron el camino del nestorianismo o del monofisismo.

Como ya se ha dicho, el desarrollo teológico de este período se centra en torno a los dos grandes misterios de la fe. El siglo IV y la primera década del siguiente se hallan dominados por las discusiones sobre el misterio de la Santísima Trinidad; a partir de la segunda década del siglo V va en auge la controversia cristológica. La primera etapa se halla idealmente delimitada por los dos primeros Concilios ecuménicos: el de Nicea (año 325) y el de Constantinopla I (año 381); la segunda, más reducida en cuanto a su duración, pero de consecuencias mayores para la posteridad, tiene como

fechas clave los Concilios de Éfeso (año 431) y Calcedonia (año 451). En este marco se produce una floración impresionante de grandes Padres de la Iglesia, que, junto al cuidado pastoral de los fieles que tenían encomendados, asumen el papel de defensores y expositores de la genuina fe de la Iglesia, recibida de generación en generación desde los tiempos apostólicos.

El arrianismo (llamado así por el nombre de su fundador, Arrio) fue un intento equivocado de armonizar la fe en la unidad y trinidad de Dios. La Iglesia confesaba universalmente la existencia de un único Dios, al tiempo que afirmaba que ese único Dios subsiste en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Existía una difusa tendencia a subordinar el Hijo al Padre, y el Espíritu al Padre y al Hijo, aunque sin negar su divinidad. Las explicaciones eran confusas, porque en los siglos anteriores no se había determinado con precisión y autoridad el modo en que se compagina la trinidad con la unidad en Dios. Arrio, presbítero de Alejandría, llevó esta situación al extremo, enseñando públicamente que la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo o Hijo, era inferior al Padre: no tendría una existencia eterna, sino que sería la primera criatura del Padre, mucho más perfecta que las demás, pero criatura al fin y al cabo. El mismo razonamiento lo aplicaría otro hereje, llamado Macedonio, al Espíritu Santo.

La doctrina de Arrio se difundió mucho en Oriente (donde se hallaban las comunidades cristianas más numerosas) por medio de homilías, cartas y canciones para uso del pueblo. El Verbo divino quedaba así reducido a la categoría de un héroe o un semidiós. Quizá contribuyó al éxito de esta doctrina el hecho de que, de este modo, el cristianismo —todavía minoritario—, colocándose en la línea de los mitos y creencias paganas, facilitaba de algún modo la entrada en la Iglesia de grandes multitudes. Pero este posible éxito llevaba consigo un gran peligro: desnaturalizar la fe cristiana en su más profunda y genuina raíz.

La voz de alarma la dio el obispo Alejandro de Alejandría, pero el arrianismo no se detuvo. Por fin, a impulsos de Constantino, los obispos se reunieron en Nicea (año 325), dando origen al primer Concilio ecuménico de la historia de la Iglesia, que sancionó la eternidad del Verbo y su igualdad de naturaleza respecto al Padre: el Verbo es «Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no hecho, de la misma naturaleza del Padre», como rezamos en el Credo de la Misa. Sin embargo, no desapareció la herejía arriana, que perduró en formas más matizadas (semiarrianismo), pero siempre erróneas, con la decisiva ayuda de algunos obispos y de algunos emperadores. Gracias al ímprobo trabajo de los Padres de la Iglesia, movidos por el Espíritu Santo, fue madurando una mayor comprensión del misterio de Dios, que encontró su expresión en el Concilio I de Constantino-

pla (año 381), donde se reafirmó y se desarrolló la fe de Nicea. El arrianismo y sus derivados quedaron vencidos, aunque persistió en grupos reducidos y sobre todo en los pueblos germánicos. Un papel de primer plano en esta victoria la tuvieron, con su predicación y sus escritos, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Gregorio de Nisa, en Oriente; San Hilario y San Ambrosio, en Occidente.

La segunda gran controversia, ya en pleno siglo v, versó sobre el misterio de la Encarnación. Al interrogarse sobre la humanidad y la divinidad de Cristo, confesada siempre por la Iglesia, hubo algunos que minusvaloraron la divinidad, de modo que hacían de Jesucristo un hombre perfectísimo, habitado por la divinidad, lleno de todas las cualidades, pero sólo hombre. Ésta fue la actitud de Nestorio, Patriarca de Constantinopla, que al negar a la Virgen María el título de Madre de Dios, provocó la reacción de San Cirilo, Patriarca de Alejandría. El tercer Concilio ecuménico, reunido en Éfeso (año 431), definió la verdadera divinidad de Jesucristo y la maternidad divina de María. El nestorianismo sobrevivió fuera de las fronteras del Imperio Romano y se propagó por Oriente, hacia Persia, la India y China.

En el ardor de la polémica antinestoriana, algunos alejandrinos pusieron en duda la plena humanidad del Señor. Surgió así, casi inmediatamente, la herejía monofisita, que afirmaba que tras la unión del Verbo con la carne, la naturaleza humana de Cristo había sido «absorbida» por el Verbo o, al menos, disminuida. Este error, de talante espiritualista, se difundió mucho por Oriente, sobre todo en círculos monásticos, y puso en gravísimo peligro la genuina fe católica. De nuevo los Padres de la Iglesia tomaron la antorcha de la fe y, con la ayuda del Espíritu Santo, reunidos en el Concilio de Calcedonia (año 451), propusieron el dogma de la unión hipostática de las dos naturalezas de Cristo (divina y humana) en la única Persona del Verbo: «sin confusión, sin mutación, sin división, sin separación». Particular importancia reviste en estos momentos la figura del Papa San León Magno. Sin embargo, la historia del monofisismo no terminó en Calcedonia. Bajo formas más suaves siguió siendo objeto de debate y de cismas, y continuó vivo en Armenia, Mesopotamia, Egipto y Abisinia, dando origen a diversas Iglesias nacionales que permanecen en nuestros días.

Como se ve, casi todas las grandes controversias teológicas se originaron en el Oriente cristiano, y allí en efecto se resolvieron por obra de los cuatro primeros Concilios ecuménicos. No fue pequeña, sin embargo, la aportación de Occidente en la resolución de las dificultades, tanto por medio de los Romanos Pontífices como mediante la celebración de Sínodos provinciales y la doctrina de los grandes Padres de la Iglesia latina; ade-

más de los ya recordados anteriormente, es justo citar a San Jerónimo y a San Agustín.

La única gran discusión teológica desarrollada en Occidente fue promovida por Pelagio, un monje bretón que se ganó fama en Roma por su rigorismo moral. En el año 410, con ocasión del saqueo de la ciudad por los bárbaros, se refugió en el norte de África, donde —secundado por su discípulo Celestio— predicó abiertamente que la libertad decide el último destino del hombre. El pecado original no sería otra cosa que un «mal ejemplo» de nuestros primeros padres, no un verdadero «estado de pecado» que se transmite a todos con la generación; los niños no serían bautizados para la remisión de los pecados (que no existirían en ellos); cada hombre vendría al mundo en las mismas condiciones en que fue creado Adán; la muerte sería consecuencia de la naturaleza, no la pena del pecado... Con estas premisas, quedaba anulada la obra de la Redención realizada por Jesucristo.

En África, Pelagio fue condenado por un Concilio provincial y además encontró un hombre especialmente preparado para rebatirle: el obispo Agustín de Hipona, que con su humildad y su ciencia sentó las bases de la doctrina católica sobre la salvación, que armoniza la gracia divina con las obras humanas. A consecuencia de la actividad de San Agustín, que escribió libros muy importantes sobre esta cuestión, en el año 418 se reunió un Concilio plenario en Cartago, que desenmascaró las doctrinas pelagianas. El Papa Zósimo, que en un primer momento había sido engañado por las falsas disculpas de Pelagio y Celestio, escribió entonces una carta circular (*Epístola tractoria*), dirigida a las mayores sedes episcopales de Oriente y Occidente, exponiendo la recta doctrina católica.

San Atanasio

Es la gran figura de la Iglesia en el siglo IV, junto con San Basilio el Grande, San Gregorio Nacianceno y San Gregorio de Nisa, en Oriente, San Hilario y San Ambrosio en Occidente. Por su incansable defensa del símbolo de fe promulgado en el Concilio de Nicea, se le denomina *Padre de la ortodoxia* y *columna de la fe.*

Nacido en Alejandría de Egipto, en el año 295, en esa ciudad recibió su formación filosófica y teológica. Fue ordenado diácono a los 24 años, y acompañó al obispo Alejandro, Patriarca de Alejandría, al Concilio de Nicea (año 325) en calidad de secretario. En ese Concilio, el primero de los ecuménicos, la Iglesia condenó la herejía de Arrio, que negaba la consustancialidad del Padre y del Hijo, afirmando por el contrario que el Verbo —aunque superior a las criaturas— es inferior al Padre. A pesar de esta condena, los secuaces de Arrio, amparados muchas veces por la autoridad imperial, siguieron difundiendo sus doctrinas, sobre todo en Oriente.

Es entonces cuando cobra enorme importancia San Atanasio, que —elegido para sustituir a Alejandro en la sede de Alejandría— es consagrado obispo en el año 328. Desde ese momento, se convierte en el gran adalid del Credo de Nicea, el brillante escritor que expone teológicamente y defiende contra las diversas herejías —apoyado en el estudio de la Escritura y en la Tradición— la fe verdadera en la Santísima Trinidad. Esta defensa le costó seis destierros, pero de todos ellos regresó invicto a Alejandría, donde el clero y el pueblo le acogían triunfalmente. Sus últimos años transcurrieron en paz. Falleció en el 373, ocho años antes de que el Concilio I de Constantinopla, segundo ecuménico, reafirmara solemnemente la fe de Nicea y diera término a la herejía arriana.

La producción literaria de San Atanasio es amplísima. La mayor parte está relacionada con la defensa de la divinidad del Verbo, proclamada en Nicea; es el caso de los escritos apologéticos y dogmáticos contra los

paganos y contra los arrianos, así como el libro *La Encarnación del Verbo*. También elaboró escritos exegéticos y ascéticos (es famosa su *Vida de San Antonio*, el primer eremita), varias cartas dogmáticas enviadas a diversos Obispos, y las *Cartas festales*, dirigidas a sus fieles con ocasión de la fiesta de la Pascua. Una de ellas, la correspondiente al año 367, es particularmente interesante porque contiene la primera lista completa de los 27 libros del Nuevo Testamento considerados como canónicos (es decir, inspirados por el Espíritu Santo).

La unidad de la Santa Trinidad

(Carta I a Serapión, 28-30)

Es cosa muy útil investigar la antigua tradición, la doctrina y la fe de la Iglesia Católica, aquélla que el Señor nos ha enseñado, la que los Apóstoles han predicado y los Padres han conservado. En ella, en efecto, tiene su fundamento la Iglesia; y si alguno se aleja de esa doctrina, de ninguna manera podrá ser ni llamarse cristiano.

Nuestra fe es ésta: la Trinidad santa y perfecta, que se distingue en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, no tiene nada extraño a sí misma ni añadido de fuera, ni está constituida por el Creador y las criaturas, sino que es toda Ella potencia creadora y fuerza operativa. Una sola es su naturaleza, idéntica a sí misma; uno solo el principio activo, una sola la operación. En efecto, el Padre realiza todas las cosas por el Verbo en el Espíritu Santo; de este modo se conserva intacta la unidad de la santa Trinidad.

Por eso en la Iglesia se predica un solo Dios que está por encima de todas las cosas, que actúa por medio de todo y está en todas las cosas (cfr. *Ef* 4, 6). Está por encima de todas las cosas ciertamente como Padre, principio y origen. Actúa a través de todo, sin duda por medio del Verbo. Obra, en fin, en todas las cosas en el Espíritu Santo. El Apóstol Pablo, cuando escribe a los Corintios sobre las realidades espirituales, reconduce todas las cosas a un solo Dios Padre como al Principio, diciendo: *hay diversidad de carismas, pero un solo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor; hay diversidad de operaciones, pero uno solo es Dios que obra todo en todos* (1 *Cor* 12, 4-6). En efecto, aquellas cosas que el Espíritu distribuye a cada uno provienen del Padre por medio del Verbo, pues verdaderamente todo lo que es del Padre es también del Hijo. De ahí que todas las cosas que el Hijo concede en el Espíritu son verdaderos dones del Pa-

dre. Igualmente, cuando el Espíritu está en nosotros, también en nosotros está el Verbo de quien lo recibimos, y en el Verbo está también el Padre; de este modo se realiza lo que está dicho: *vendremos* (Yo y el Padre) *y pondremos en él nuestra morada* (*Jn* 14, 23). Porque donde está la luz, allí se encuentra el esplendor; y donde está el esplendor, allí está también su eficacia y su espléndida gracia.

Lo mismo enseña San Pablo en la segunda epístola a los Corintios, con estas palabras: *la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunicación del Espíritu Santo estén con todos vosotros* (2 *Cor* 13, 13). La gracia, en efecto, que es don de la Trinidad, es concedida por el Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo. Como la gracia procede del Padre por medio del Hijo, así no podemos participar nosotros del don sino en el Espíritu Santo. Y entonces, hechos partícipes de Él, tenemos en nosotros el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del mismo Espíritu.

La condescendencia divina

(La Encarnación del Verbo, 2-8)

La creación del mundo y la formación del universo ha sido entendida por muchos de manera diferente y cada cual la ha definido según su propio parecer. En efecto, unos dicen que el universo llegó al ser espontáneamente y por azar, como los Epicúreos, quienes cuentan en sus teorías que no existe providencia en el mundo y hablan en contra de los fenómenos evidentes de la experiencia. Pues si, como ellos dicen, todo se originó espontáneamente y sin providencia, sería necesario que todo hubiera nacido simple, semejante y no diferente. Como en un solo cuerpo sería necesario que todo fuera sol y luna, y en los hombres sería necesario que todo fuera mano, ojo, o pie. Pero ahora no es así: vemos por un lado el sol, por otro la luna, por otro la tierra; y por lo que se refiere al cuerpo humano, una cosa es el pie, otra la mano, otra la cabeza. Tal orden nos indica que ellos no surgieron espontáneamente, sino que nos señala que una causa precedió a su creación, a partir de la cual es posible pensar que fue Dios quien ordenó y creó el universo.

Otros, entre los que se encuentra el que es tan grande entre los griegos, Platón, pretenden que Dios creó el mundo a partir de una materia preexistente e increada; Dios no habría podido crear nada si esta materia no hubiera preexistido, de la misma manera que la madera debe existir antes

que el carpintero, para que éste pueda trabajar. Los que hablan así no saben que atribuyen a Dios la impotencia. Pues si Él mismo no es causante de la materia, sino que simplemente hace las cosas a partir de una materia preexistente, se revela impotente, puesto que sin esta materia no puede producir ninguno de los seres creados; del mismo modo, sin duda, que es una impotencia para el carpintero no poder fabricar sin madera ninguno de los objetos necesarios. En esta hipótesis, si la materia no existiera, Dios no habría creado nada. Y, ¿cómo se podría decir que es el Creador y el Hacedor, si toma de otra cosa, quiero decir de la materia, la posibilidad de crear? Si fuera así, Dios sería, según ellos, solamente un artesano y no el Creador que da el ser, si trabaja la materia preexistente, sin ser Él mismo causante de esta materia. En una palabra, no se puede decir que es Creador, si no crea la materia de la cual vienen las criaturas.

Los herejes imaginan un creador del universo distinto del Padre de nuestro Señor Jesucristo y, al decir esto, dan prueba de una extrema ceguera. Pues cuando el Señor dice a los judíos: *¿No habéis leído que el Creador desde el principio los hizo varón y hembra?*, añade: *por esto el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne*; y, cuando a continuación se refiere al Creador, diciendo: *lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre*, (*Mt* 19, 4-6), ¿cómo suponer una creación extraña al Padre? Si, según Juan, que encierra todo en una sola palabra: *todo ha sido hecho por Él y sin Él nada ha sido hecho* (*Jn* 1, 3), ¿cómo podría existir un creador distinto del Padre de Cristo?

He aquí sus fábulas; pero la enseñanza inspirada por Dios y la fe en Cristo rechazan como impiedad sus vanos discursos. Los seres no han nacido espontáneamente, a causa de la falta de providencia, ni a partir de una materia preexistente, a causa de la impotencia de Dios, sino que Dios, mediante su Verbo, a partir de la nada ha creado y traído al ser todo el universo, que antes no existía en absoluto. *En un principio creó Dios el cielo y la tierra* (*Gn* 1, 1) (...). Es lo que Pablo indica cuando dice: *por la fe conocemos que los mundos han sido formados por la palabra de Dios, de suerte que lo que vemos no ha sido hecho a partir de cosas visibles* (*Heb* 11, 3). Pues Dios es bueno, o mejor aún, es la fuente de toda bondad, y lo que es bueno no sabría tener envidia por nada; por tanto, no envidiando la existencia de ninguna cosa, creó todos los seres de la nada mediante Nuestro Señor Jesucristo, su propio Verbo. Entre estos seres, de todos los que existían sobre la tierra, tuvo especial piedad del género humano, y viéndolo incapaz, según la ley de su propia naturaleza, de subsistir siempre, le concedió una gracia añadida: no se contentó con crear a los hombres, como había hecho con todos los animales irracionales que hay sobre la tierra,

sino que los creó a su imagen, haciéndolos participes del poder de su propio Verbo. Así, como si tuvieran una sombra del Verbo, y convertidos ellos mismos en racionales, los hombres podrían permanecer en la felicidad, viviendo en el paraíso la verdadera vida, que es realmente la de los santos.

Sabiendo además que la voluntad libre del hombre podría inclinarse en uno u otro sentido, les tomó la delantera y fortaleció la gracia que les había dado, con la imposición de una ley y un lugar determinado. Los introdujo, en efecto, en el paraíso y les dio una ley, de modo que si ellos guardaban la gracia y permanecían en la virtud, tendrían en el paraíso una vida sin tristeza, dolor ni preocupación, además de la promesa de inmortalidad en los cielos. Pero si transgredían esta ley y, dándole la espalda, se convertían a la maldad, que supieran que les esperaba la corrupción de la muerte, según su naturaleza, y que no vivirían ya en el paraíso, sino que en el futuro morirían fuera de él y permanecerían en la muerte y en la corrupción. Es lo que la divina Escritura pronostica, hablando por boca de Dios: *comerás de todo árbol que hay en el paraíso, pero no comáis del árbol del conocimiento del bien y del mal; el día en que comáis de él, moriréis de muerte* (*Gn* 2, 16-17). Este *moriréis de muerte* no quiere decir solamente moriréis, sino permaneceréis en la corrupción de la muerte (...).

Por esta razón el incorpóreo e incorruptible e inmaterial Verbo de Dios aparece en nuestra tierra. No es que antes hubiera estado alejado, pues ninguna parte de la creación estaba vacía de Él, sino que Él llena todos los seres operando en todos en unión con su Padre. Pero en su benevolencia hacia nosotros condescendió en venir y hacerse manifiesto. Pues vio al género racional destruido y que la muerte reinaba entre ellos con su corrupción; y vio también que la amenaza de la transgresión hacía prevalecer la corrupción sobre nosotros y que era absurdo abrogar la ley antes de cumplirla; y vio también qué impropio era lo que había ocurrido, porque lo que Él mismo había creado, era lo que pereció; y vio también la excesiva maldad de los hombres, porque ellos poco a poco la habían acrecentado contra sí hasta hacerla intolerable. Vio también la dependencia de todos los hombres ante la muerte, se compadeció de nuestra raza y lamentó nuestra debilidad y, sometiéndose a nuestra corrupción, no toleró el dominio de la muerte, sino que, para que lo creado no se destruyera ni la obra del Padre entre los hombres resultara en vano, tomó para si un cuerpo y éste no diferente del nuestro. Pues no quiso simplemente estar en un cuerpo, ni quiso solamente aparecer, pues si hubiera querido solamente aparecer, habría podido realizar su divina manifestación por medio de algún otro ser más poderoso. Pero tomó nuestro cuerpo, y no simplemente esto, sino de una virgen pura e inmaculada, que no conocía varón, un cuerpo puro y verdaderamente no contaminado por la relación con los hombres.

En efecto, aunque era poderoso y el Creador del universo, prepara en la Virgen para Sí el cuerpo como un templo y lo hace apropiado como un instrumento en el que sea conocido y habite. Y así, tomando un cuerpo semejante a los nuestros, puesto que todos estamos sujetos a la corrupción de la muerte, lo entregó por todos a la muerte, lo ofreció al Padre, y lo hizo de una manera benevolente, para que muriendo todos en Él se aboliera la ley humana que hace referencia a la corrupción (porque se centraría su poder en el cuerpo del Señor y ya no tendría lugar en el cuerpo semejante de los hombres), para que, como los hombres habían vuelto de nuevo a la corrupción, Él los retornara a la incorruptibilidad y pudiera darles vida en vez de muerte, por la apropiación de su cuerpo, haciendo desaparecer la muerte de ellos, como una caña en el fuego, por la gracia de la resurrección.

San Hilario

Perteneciente a una noble familia pagana, nació en Poitiers en torno al 315. Las noticias relativas a su vida, inciertas y fragmentarias, no permiten establecer la fecha de su conversión al cristianismo. Es probable que recibiera el Bautismo siendo adulto.

Elegido Obispo de Poitiers alrededor del 350, combatió con todas sus fuerzas la herejía arriana. El emperador Constancio lo desterró a Frigia, en Asia Menor. Durante los cuatro años de exilio, Hilario reveló dotes de pensamiento y de acción que le merecieron el título de *Atanasio de Occidente*. En el 360, por insistencia de los arrianos, que juzgaban inoportuna su presencia en Oriente, se le permitió regresar a la Galia. Un año después, convocó un Concilio en París que supuso un golpe decisivo para el arrianismo en Occidente. Murió en Poitiers, probablemente en el 367.

La lucha de San Hilario contra el arrianismo se manifestó también en su abundante producción literaria, constituida por tres tipos de obras: dogmáticas, histórico-polémicas y exegéticas. El *Comentario al Evangelio de San Mateo*, perteneciente a este último tipo de escritos, fue compuesto durante los primeros años de su episcopado para los sacerdotes de su diócesis. La obra se presenta bajo la forma de un comentario continuo, en el que se examinan con amplitud los episodios más significativos del primer Evangelio. El método exegético seguido por San Hilario parte del principio de que toda expresión de la Escritura presenta, junto al significado literal inmediato, otro alegórico, que se revela sólo a un atento examen del texto. Conjugando los dos significados, salvaguarda la historicidad de los hechos evangélicos y procura descubrir el alcance profético de las palabras y acciones de Cristo.

Las armas del apóstol

(Comentario al Evangelio de San Mateo, 10, 1-5)

Al ver a las multitudes se llenó de compasión, porque estaban maltratadas y abatidas...(Mt 9, 36).

Es necesario escudriñar el significado de las palabras no menos que el de los hechos, pues, como habíamos dicho, la clave para comprender el significado reside tanto en las palabras como en las obras. El Señor siente compasión de las multitudes maltratadas y abatidas, como ovejas dispersas sin pastor. Y dice que *la mies es mucha, pero los obreros pocos*, y que es preciso rogar al dueño de la mies para *que envíe muchos obreros a su mies* (cfr. *Mt* 9, 37-38). Y, llamando a los discípulos, les dio poder para arrojar a los espíritus inmundos y para curar toda enfermedad y dolencia (cfr. *Mt* 10, 1). Aunque estos hechos se refieren al presente, es necesario considerar lo que significan para el futuro.

Ningún agresor había asaltado a las multitudes y, sin embargo, estaban postradas sin que ninguna adversidad o desventura las hubiese golpeado. ¿Por qué siente compasión, viéndolas maltratadas y abatidas? Evidentemente, el Señor se apiada de una muchedumbre atormentada por la violencia del espíritu inmundo, que la tiene bajo su dominio, y enferma bajo el peso de la Ley, porque aún no tenía un pastor que le restituyese la protección del Espíritu Santo (cfr. 1 *Pe* 2, 25). A pesar de que el fruto de este don era abundante, ninguno lo había recogido. Su abundancia supera el número de los que lo alcanzan, pues, aunque todos tomen cuanto quieran, permanece siempre sobreabundante para ser dispensado con generosidad. Y puesto que es necesario que muchos lo distribuyan, exhorta a rogar al dueño de la mies, para que mande muchos obreros a su mies, es decir, muchos segadores, para recoger el don del Espíritu Santo que había preparado, un don que Dios distribuye por medio de la oración y de la súplica. Y para mostrar que esta mies y la multitud de los segadores debían propagarse a partir de los doce Apóstoles, los llamó a Sí y les dio el poder de arrojar los demonios y de curar toda enfermedad. Con este poder recibido como don, podían expulsar al fautor del mal y curar la enfermedad.

Conviene ahora recoger el significado de estos preceptos, considerándolos uno por uno. Los exhorta a mantenerse alejados de las sendas de los paganos (cfr. *Mt* 10, 5), no porque no los haya enviado también a salvar a los paganos, sino para que se abstengan de las obras y del modo de vivir de la ignorancia pagana. Igualmente les prohíbe entrar en la ciudad de los samaritanos (cfr. *Ibid.)*. Pero ¿no ha curado Él mismo a una samaritana? En realidad, les exhorta a no entrar en las asambleas de los herejes, pues la

perversión no difiere en nada de la ignorancia. Los envía a las ovejas perdidas de la casa de Israel (cfr. *Mt* 10, 6); y, sin embargo, ellas se han encarnizado contra Él con lenguas de víbora y fauces de lobo. Como la Ley debería recibir el Evangelio en primer lugar, Israel iba a tener menos disculpas por su crimen, en cuanto que habría experimentado una solicitud mayor en la exhortación.

El poder de la virtud del Señor se transmite enteramente a los Apóstoles. Los que habían sido formados en Adán a imagen y semejanza de Dios, reciben ahora de modo perfecto la imagen y la semejanza de Cristo (cfr. 1 *Cor* 15, 49). Su poder no difiere en nada del poder del Señor, y los que antes habían sido hechos de la tierra, se convierten ahora en celestes (cfr. 1 *Cor* 15, 48). Deben predicar que el Reino de los cielos está próximo (cfr. *Mt* 10, 7), es decir, que se recibe ahora la imagen y semejanza de Dios a través de la comunión en la verdad, que permite a todos los santos, designados con el nombre de los cielos, reinar con el Señor (cfr. 1 *Cor* 4, 8). Deben curar enfermos, resucitar muertos, sanar leprosos, arrojar demonios (cfr. *Mt* 10, 8). Todos los males causados en el cuerpo de Adán por instigación de Satanás, los debían a su vez sanar mediante la participación en el poder del Señor. Y para conseguir de modo completo, según la profecía del Génesis (cfr. *Gn* 1, 26), la semejanza con Dios, reciben la orden de dar gratuitamente lo que gratuitamente recibieron (cfr. *Mt* 10, 8). Deben ofrecer de balde el servicio de un don que han recibido gratis.

Les prohíbe guardar en la faja oro, plata, dinero; llevar alforja para el camino, coger dos túnicas, sandalias y un bastón en la mano, porque el obrero tiene derecho a su salario (cfr. *Mt* 10, 10). No hay nada de malo, pienso, en guardar un tesoro en la faja. ¿Qué significa la prohibición de poseer oro, plata o moneda de cobre en la propia faja? La faja es una prenda de servicio, y se ciñe para realizar un trabajo. Se nos exhorta, por tanto, a que no haya venalidad en nuestro servicio, a evitar que el premio de nuestro apostolado sea la posesión del oro, de la plata o del cobre.

Ni alforja para el camino (*Mt* 10, 10). Es decir, hay que dejar a un lado la preocupación por los bienes presentes, ya que todo tesoro terreno es perjudicial, desde el momento en que nuestro corazón está allí donde guardamos nuestro tesoro. *Ni dos túnicas* (*Mt* 10, 10). En efecto, basta con que nos revistamos de Cristo una vez (cfr. *Gal* 3, 27), sin revestirnos seguidamente de otro traje, como la herejía o la Ley mosaica, a causa de una perversión de nuestra inteligencia. *Ni sandalias* (cfr. *Mt* 10, 10). ¿Tal vez los débiles pies de los hombres pueden soportar la desnudez? En realidad, donde debemos permanecer con pies desnudos es sobre la tierra santa, no cubierta por las espinas y los aguijones del pecado, como fue dicho a Moisés (cfr. *Ex* 3, 5), y se nos exhorta a no tener otro calzado para entrar, que

el recibido de Cristo. *Ni bastón en la mano* (*Mt* 10, 10), es decir, las leyes de un poder extranjero, pues tenemos el bastón de la raíz de Jesé (cfr. *Is* 11, 1). Todo poder, que no sea ése, no procede de Cristo.

Según el discurso precedente, hemos sido convenientemente provistos de gracia, viático, vestido, sandalias, poder, para recorrer hasta el final los caminos de la tierra. Trabajando en estas condiciones seremos dignos de nuestra paga (cfr. *Mt* 10, 10). Es decir, gracias al cumplimiento de estas prescripciones, recibiremos la recompensa de la esperanza celestial.

San Zenón de Verona

Nacido en Mauritania, pasó casi toda su vida en el Norte de Italia. Fue obispo de Verona, ciudad que hoy le venera corno Patrono, y se distinguió por la lucha llevada a cabo contra el ya decadente paganismo, contra la herejía arriana y contra ciertos abusos que se habían infiltrado entre los cristianos.

Dedicó todas sus energías al cuidado de sus fieles. Así lo atestiguan sus vibrantes sermones —recopilados después de su muerte, acaecida hacia el año 371—, en los que expone las verdades centrales de la fe y exhorta a la práctica de las virtudes cristianas. Muchos están dirigidos a los catecúmenos, como preparación inmediata al Bautismo. En estas homilías se revela gran orador, con un conocimiento profundo de las letras cristianas y paganas.

Entre los sermones breves —o *tractatus*— merece particular atención el dedicado a las tres virtudes teologales. Es una de las primeras obras sistemáticas de la literatura eclesiástica sobre la fe, la esperanza y la caridad. San Zenón enseña de manera clara y escueta que las virtudes teologales se hallan en la base de la vida cristiana y que no han de separarse unas de otras, pues constituyen la trama de nuestra unión con Dios.

Virtudes teologales

(Tratado sobre la fe, la esperanza y la caridad, I-IV)

Tres cosas son fundamentales para la perfección del cristiano: la fe, la esperanza y la caridad; y de tal modo se enlazan estas virtudes entre sí, que

cada una de ellas es necesaria a las otras. Si la esperanza no va por delante, ¿a quién aprovechará la fe? Si la fe no existe, ¿cómo nacerá la esperanza? Y si a la fe y a la esperanza les quitas la caridad, una y otra quedarán inútiles, pues ni la fe obra sin la caridad, ni la esperanza sin la fe. Por consiguiente, el cristiano que desee ser perfecto ha de fundamentarse en las tres: si le falta alguna, no alcanzará la perfección de su obra.

En primer lugar se nos propone la esperanza de las cosas futuras, sin la que las mismas cosas presentes no pueden mantenerse en pie. Es más: quita la esperanza, y se paralizará la humanidad entera; quita la esperanza, y cesarán todas las artes y todas las virtudes; quita la esperanza, y todo quedará destruido. ¿Qué hace el niño junto al maestro, si no espera fruto de esas letras? ¿En qué barca se aventurará el navegante entre las olas del mar, si no espera una ganancia ni confía en llegar al puerto deseado? ¿Qué soldado menospreciará, no ya las injurias del cruel invierno o del tórrido verano, sino a sí mismo, si no abriga la esperanza de una gloria futura? ¿Qué agricultor esparcerá la semilla, si no piensa que recogerá la cosecha como premio de su sudor? ¿Qué cristiano se adherirá por la fe a Cristo, si no cree que ha de llegar el tiempo de la felicidad eterna que se le ha prometido? (...).

Por tanto, hermanos, abracemos con tenacidad la esperanza; custodiémosla entre todas las virtudes, dediquémonos a cultivarla constantemente. La esperanza es el fundamento inconmovible de nuestra vida, baluarte invicto y dardo contra los asaltos del demonio, coraza impenetrable de nuestra alma, ventajosa y verdadera ciencia de la ley, terror de los demonios, fortaleza de los mártires, esplendor y muralla de la Iglesia. La esperanza es sierva de Dios, amiga de Cristo, convidada del Espíritu Santo. El presente y el futuro le están sometidos: el presente, porque lo desprecia; el futuro, porque sabe de antemano que es suyo. No teme que no venga, pues siempre lo lleva consigo en el ámbito de su poder. Por esto, Abraham, *esperando contra toda esperanza confió en Dios, que le harta padre de muchas gentes* (*Rm* 4, 18). Contra toda esperanza, es decir, porque parece imposible y no es objeto de visión; pero se hace posible por esta esperanza cuando se confía en la palabra de Dios sin ninguna duda y con firmeza, pues dice el Señor: *todo es posible para el que cree* (*Mc* 9, 22). Por eso, *Abraham creyó en Dios, y le fue reputado para justicia* (*Gn* 15, 6). Es justo por haber sido fiel, pues *el justo vive de la fe* (*Gal* 3, 6); y es fiel por haber creído en Dios: si no hubiera tenido fe, no habría podido ser justo ni padre de los pueblos. Por esta razón es evidente que una e inseparable es la naturaleza de la esperanza y de la fe: si cualquiera de ellas falta en el hombre, mueren las dos.

La fe es lo más propiamente nuestro, pues dice el Señor: *tu fe te ha sal-*

vado (*Mc* 10, 52). Por tanto, si es nuestra, conservémosla como nuestra, para que con motivo podamos esperar las cosas que aún no poseemos. Nadie recuenta los haberes de un dilapidador, ni honra al desertor con las recompensas del triunfo, más aún estando escrito: *al que tiene se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun eso que posee le será quitado* (*Mt* 13, 12).

Por la fe, hermanos, Henoch mereció que Dios le trasladase de lugar con su cuerpo, contra la ley de la naturaleza. Por la fe, salvándose, Noé no halló a nadie con quien hablar que había habido un diluvio. Por la fe llegó Abraham a la amistad con Dios, Isaac se distinguió más que los restantes (cfr. *Heb* 11, 5, 7, 8, 20), y José sometió a Egipto bajo su autoridad (cfr. *Gn* 32, 41). Esta fe le hizo a Moisés un muro de cristal en el Mar Rojo (cfr. *Ex* 14, 22); puso sus frenos al sol y a la luna para que, abandonando su curso acostumbrado, se sometieran al deseo de Josué (*Jos* 10, 13); ofreció al inerme David el triunfo sobre el armado Goliat (cfr. 1 *Sam* 17) y no desmayó en Job, asaltado de frecuentes y graves males (*Job* 1 y 2). Ella fue medicina en la ceguera de Tobías (cfr. *Tob* 11); en Daniel, ató las fauces a los leones (cfr. *Dan* 6); y convirtió para Jonás la ballena en barca (cfr. *Jon* 2). Ella sola venció en el ejército de los hermanos Macabeos (cfr. 2 *Mac* 7) e hizo agradables los fuegos a los tres jóvenes (cfr. *Dan* 3). Esta fe hizo que Pedro se atreviera a caminar sobre el mar (cfr. *Mt* 24, 29), y fue la causa de que los Apóstoles curaran a muchos de sus contagiosas úlceras y enfermedades, cambiando la lepra deforme en limpia piel. Por esta fe, añadiré, mandaron ver a los ciegos, oír a los sordos, hablar a los mudos, correr a los cojos, fortalecer a los paralíticos, huir de los posesos a los demonios y, con frecuencia, volver de los sepulcros en sus propios funerales a los mismos muertos, para que todos vieran convertirse en lágrimas de alegría las que hasta entonces lo habían sido de tristeza.

Pero es largo, hermanos, ir detallando los hechos de la fe; sobre todo, porque la caridad presenta unos hechos aún más portentosos. Y es lógico que sea así, pues de tal modo se eleva la caridad por encima de todas las virtudes, que por derecho propio es la reina de todas ellas.

Aunque triunfe la fe con todo género de hechos prodigiosos, y la esperanza proponga muchas y grandes cosas, ni una ni otra podrán sostenerse sin la caridad: ni la fe, si no se ama a sí misma; ni la esperanza, si no es amada. Además, la fe aprovecha sólo a uno mismo; la caridad a todos. La fe no lucha gratis; la caridad, en cambio, se suele dar incluso a los ingratos. La fe no pasa a otro; la caridad, poco es decir que alcanza a otro, pues beneficia al pueblo. La fe es de unos pocos, la caridad de todos.

Añade a todo esto que la esperanza y la fe tienen un tiempo, mientras que la caridad no conoce fin (cfr. 1 *Cor* 13), crece en cada momento, y

cuanto más es practicada por los que se aman mutuamente, tanto más es debida entre ellos. La caridad no hace distinción de personas, porque no sabe adular; no busca conseguir honores, porque no es ambiciosa; no se fija en el sexo, porque para ella los dos son uno; no se ejercita según el tiempo, porque no es caprichosa; no tiene envidia, porque desconoce qué es la envidia; no se hincha, porque cultiva la humildad; no piensa mal, porque es sencilla; no se deja llevar por la ira, porque también abraza gustosamente las injurias; no engaña, porque es la guardiana de la fe; de nada se muestra indigente, porque —fuera de lo que es— no experimenta ninguna necesidad.

La caridad conserva los campos, las ciudades y pueblos, y los tratados de paz. Hace seguras las espadas en torno a los flancos de los reyes. Suprime las guerras, borra las riñas, vacía los privilegios, evita los tribunales, erradica los odios, apaga las iras. La caridad traspasa el mar, circunda el orbe, suministra lo necesario a las naciones por medio del mutuo intercambio. Proclamaré, hermanos, su poder con brevedad. Lo que la naturaleza ha negado a unos lugares, la caridad lo otorga. La caridad del afecto conyugal une en una sola carne a dos personas con un venerable sacramento. Ella da a la humanidad que exista lo que nace. Por la caridad es amada la propia mujer, los hijos se muestran orgullosos de su origen, y los padres son verdaderos padres. A ella se debe que los demás sean para nosotros prójimos y amigos, tan cercanos o más que nosotros mismos. A la caridad se debe que amemos a los siervos como a hijos, y que ellos nos sirvan gustosamente como a señores. La caridad hace que amemos, no sólo a los conocidos o amigos, sino incluso a los que nunca hemos visto. A la caridad se debe, en fin, que reconozcamos las virtudes de los antiguos por los libros, o a los libros por sus virtudes.

San Efrén de Siria

San Efrén, diácono de la Iglesia en Siria, nació hacia el año 306 en Nisibis, ciudad de Mesopotamia. Convertido al Cristianismo cuando tenía dieciocho años, se entregó enteramente al servicio de Dios, dedicando su vida a la oración y al estudio. Según algunos hagiógrafos, en el 325 acompañó a Santiago —obispo de Nisibil— al Concilio de Nicea.

Durante los años 338 a 350, en que la ciudad se vio repetidas veces amenazada por Sapor II, rey de Persia, San Efrén desplegó una actividad infatigable para alentar y aconsejar a sus habitantes. En el 363, el emperador Joviniano firmó un tratado de paz con los persas y les entregó Nisibis, San Efrén, con la mayor parte de los cristianos de esta ciudad, emigró a tierras del Imperio Romano. Se retiró a Edesa, donde murió diez años más tarde, tras haber dedicado todo ese tiempo a la penitencia y a la contemplación.

San Efrén ocupa un lugar privilegiado entre los Santos Padres tanto por la abundancia de sus escritos como por la autoridad de su doctrina. Prueba de ello es que muchos de sus himnos forman parte de diversas liturgias orientales desde el siglo v. Gracias a esto se ha conservado gran parte de su ingente obra, tanto en su idioma original, el sirio, como en traducciones griegas, que empezaron a proliferar ya en los últimos años de su vida: Sozomeno, que pudo leer directamente los escritos de San Efrén, afirma que compuso unos tres millones de versos; otras fuentes apuntan que compuso más de mil sermones. Nos han llegado también versiones en arameo y copto cuyo texto primitivo se desconoce.

Sobre su autoridad, basta citar el testimonio de un hombre tan parco en palabras y poco inclinado a los elogios como fue San Jerónimo. En su *De viris illustribus* escribe: «Su fama se ha divulgado tanto entre los griegos que, en algunas iglesias, leen sus escritos en público después de recitar la Sagrada Escritura. Yo mismo he leído la traducción de un libro suyo sobre el Espíritu Santo y he podido comprobar que es una obra maestra».

Que en María se alegren todos los profetas. En Ella se han cumplido sus visiones, se han realizado sus profecías, se han confirmado sus oráculos.

Que en María se gocen todos los patriarcas. Así como Ella ha recibido la bendición que les fue prometida, así Ella les ha hecho perfectos en su Hijo. Por Él los profetas, justos y sacerdotes, se han encontrado purificados.

En lugar del fruto amargo cogido por Eva del árbol fatal, María ha dado a los hombres un fruto lleno de dulzura. Y he aquí que el mundo entero se deleita por el fruto de María.

El árbol de la vida, oculto en medio del Paraíso, ha surgido en María y ha extendido su sombra sobre el universo, ha esparcido sus frutos, tanto sobre los pueblos más lejanos como sobre los más próximos.

María ha tejido un vestido de gloria y lo ha dado a nuestro primer padre. Él había escondido su desnudez entre los árboles, y es ahora investido de pudor, de virtud y de belleza. Al que su esposa había derribado, su Hija le alza; sostenido por Ella, se endereza como un héroe.

Eva y la serpiente habían cavado una trampa, y Adán había caído en ella; María y su real Hijo se han inclinado y le han sacado del abismo.

La vid virginal ha dado un racimo, cuyo suave jugo devuelve la alegría a los afligidos. Eva y Adán en su angustia han gustado el vino de la vida, y han hallado completo consuelo.

La Anunciación de la Virgen

(Himno por el Nacimiento de Cristo)

Volved la mirada a María. Cuando Gabriel entró en su aposento y comenzó a hablarle, Ella preguntó: *¿cómo se hará esto ?* (*Lc* 1, 34). El siervo del Espíritu Santo le respondió diciendo: *para Dios nada es imposible* (*Lc* 1, 37). Y Ella, creyendo firmemente en aquello que había oído, dijo: *he aquí la esclava del Señor* (*Lc* 1, 38). Y al instante descendió el Verbo sobre Ella, entró en Ella y en Ella hizo morada, sin que nada advirtiese. Lo concibió sin detrimento de su virginidad, y en su seno se hizo niño, mientras el mundo entero estaba lleno de Él (...). Cuando oigas hablar del nacimiento de Dios, guarda silencio: que el anuncio de Gabriel quede impreso en tu espíritu. Nada es difícil para esa excelsa Majestad que, por nosotros, se ha abajado a nacer entre nosotros y de nosotros.

Que en María se alegren todos los profetas. En Ella se han cumplido sus visiones, se han realizado sus profecías, se han confirmado sus oráculos.

Que en María se gocen todos los patriarcas. Así como Ella ha recibido la bendición que les fue prometida, así Ella les ha hecho perfectos en su Hijo. Por Él los profetas, justos y sacerdotes, se han encontrado purificados.

En lugar del fruto amargo cogido por Eva del árbol fatal, María ha dado a los hombres un fruto lleno de dulzura. Y he aquí que el mundo entero se deleita por el fruto de María.

El árbol de la vida, oculto en medio del Paraíso, ha surgido en María y ha extendido su sombra sobre el universo, ha esparcido sus frutos, tanto sobre los pueblos más lejanos como sobre los más próximos.

María ha tejido un vestido de gloria y lo ha dado a nuestro primer padre. Él había escondido su desnudez entre los árboles, y es ahora investido de pudor, de virtud y de belleza. Al que su esposa había derribado, su Hija le alza; sostenido por Ella, se endereza como un héroe.

Eva y la serpiente habían cavado una trampa, y Adán había caído en ella; María y su real Hijo se han inclinado y le han sacado del abismo.

La vid virginal ha dado un racimo, cuyo suave jugo devuelve la alegría a los afligidos. Eva y Adán en su angustia han gustado el vino de la vida, y han hallado completo consuelo.

La Anunciación de la Virgen

(Himno por el Nacimiento de Cristo)

Volved la mirada a María. Cuando Gabriel entró en su aposento y comenzó a hablarle, Ella preguntó: *¿cómo se hará esto ?* (*Lc* 1, 34). El siervo del Espíritu Santo le respondió diciendo: *para Dios nada es imposible* (*Lc* 1, 37). Y Ella, creyendo firmemente en aquello que había oído, dijo: *he aquí la esclava del Señor* (*Lc* 1, 38). Y al instante descendió el Verbo sobre Ella, entró en Ella y en Ella hizo morada, sin que nada advirtiese. Lo concibió sin detrimento de su virginidad, y en su seno se hizo niño, mientras el mundo entero estaba lleno de Él (...). Cuando oigas hablar del nacimiento de Dios, guarda silencio: que el anuncio de Gabriel quede impreso en tu espíritu. Nada es difícil para esa excelsa Majestad que, por nosotros, se ha abajado a nacer entre nosotros y de nosotros.

Hoy María es para nosotros un cielo, porque nos trae a Dios. El Altísimo se ha anonadado y en Ella ha hecho mansión; se ha hecho pequeño en la Virgen para hacernos grandes (...). En María se han cumplido las sentencias de los profetas y de los justos. De Ella ha surgido para nosotros la luz y han desaparecido las tinieblas del paganismo.

María tiene muchos nombres, y es para mí un grande gozo llamarla con ellos. Es la fortaleza donde habita el poderoso Rey de reyes; mas no salió de allí igual que entró: en Ella se revistió de carne, y así salió. Es también un nuevo cielo, porque allí vive el Rey de reyes; allí entró y luego salió vestido a semejanza del mundo exterior (...). Es la fuente de la que brota el agua viva para los sedientos; quienes han gustado esta bebida llevan fruto al ciento por uno.

Este día no es, pues, como la primera jornada de la creación. En aquel día las criaturas fueron llamadas al ser; en éste, la tierra ha sido renovada y bendecida respecto a Adán, por quien había sido maldecida. Adán y Eva, con el pecado, trajeron la muerte al mundo; pero el Señor del mundo nos ha dado en María una nueva vida. El Maligno, por obra de la serpiente, vertió el veneno en el oído de Eva; el Benigno, en cambio, se abajó en su misericordia y, a través del oído, penetró en María. Por la misma puerta por donde entró la muerte, ha entrado también la Vida que ha matado a la muerte. Y los brazos de María han llevado a Aquél a quien sostienen los querubines; ese Dios a quien el universo no puede abarcar, ha sido abrazado por María. El Rey ante quien tiemblan los ángeles, criaturas espirituales, yace en el regazo de la Virgen, que lo acaricia como a un niño. El cielo es el trono de su majestad, y Él se sienta en las rodillas de María. La tierra es el escabel de sus pies y Él brinca sobre ella infantilmente. Su mano extendida señala la medida del polvo, y sobre el polvo juguetea como un chiquillo.

Feliz Adán, que en el nacimiento de Cristo has encontrado la gloria que habías perdido. ¿Se ha visto alguna vez que el barro sirva de vestido al alfarero? ¿Quién ha visto al fuego envuelto en pañales? A todo eso se ha rebajado Dios por amor del hombre. Así se ha humillado el Señor por amor de su siervo, que se había ensalzado neciamente y, por consejo del Maligno homicida, había pisoteado el mandamiento divino. El Autor del mandamiento se humilló para levantarnos.

Demos gracias a la divina misericordia, que se ha abajado sobre los habitantes de la tierra a fin de que el mundo enfermo fuera curado por el Médico divino. La alabanza para Él y al Padre que lo ha enviado; y alabanza al Espíritu Santo, por todos los siglos sin fin.

Eva y María

(Carmen 18, 1)

Oh cítara mía, inventa nuevos motivos de alabanza a María Virgen. Levanta tu voz y canta la maternidad enteramente maravillosa de esta virgen, hija de David, que llevó la vida al mundo.

Quien la ama, la admira. El curioso se llena de vergüenza y calla. No se atreve a preguntarse cómo una madre da a luz y conserva su virginidad. Y aunque es muy difícil de explicar, los incrédulos no osarán indagar sobre su Hijo.

Su Hijo aplastó la serpiente maldita y destrozó su cabeza. Curó a Eva del veneno que el dragón homicida, por medio del engaño, le había inyectado, arrastrándola a la muerte.

Como el monte Sinaí, María te ha acogido, pero no la has calcinado con tu fuego incombustible, porque has obrado de modo que tu hoguera no la abrasase, ni le quemara la llama que ni siquiera los serafines pueden mirar.

Aquél que es eterno fue llamado el nuevo Adán, porque habitó en las entrañas de la hija de David y en Ella, sin semilla y sin dolor, se hizo hombre. ¡Bendito sea por siempre su nombre!

El árbol de la vida, que creció en medio del Paraíso, no dio al hombre un fruto que lo vivificase. El árbol nacido del seno de María se dio a sí mismo en favor del hombre y le donó la vida.

El Verbo del Señor descendió de su trono; se llegó a una joven y habitó en ella. Ella lo concibió y lo dio a la luz. Es grande el misterio de la Virgen purísima: supera toda alabanza.

Eva en el Edén se convirtió en rea del pecado. La serpiente malvada escribió, firmó y selló la sentencia por la cual sus descendientes, al nacer, venían heridos por la muerte.

Y a causa de su engaño, el antiguo dragón vio multiplicado el pecado de Eva. Fue una mujer quien creyó la mentira de su seductor, obedeció al demonio y abajó al hombre de su dignidad.

Eva llegó a ser rea del pecado, pero el débito pasó a María, para que la hija pagase las deudas de la madre y borrase la sentencia que habían transmitido sus gemidos a todas las generaciones.

María llevó el fuego entre sus manos y ciñó entre sus brazos a la llama: acercó sus pechos a la hoguera y amamantó a Aquél que nutre todas las cosas. ¿Quien podrá hablar de Ella?

Los hombres terrenales multiplicaron las maldiciones y las espinas que ahogaban la tierra. Introdujeron la muerte. El Hijo de María llenó el orbe de vida y paz.

Los hombres terrenales sumergieron el mundo de enfermedades y dolores. Abrieron la puerta para que la muerte entrase y pasease por el orbe. El Hijo de María tomó sobre su persona los dolores del mundo, para salvarlo.

María es manantial límpido, sin aguas turbias. Ella acoge en su seno el río de la vida, que con su agua irrigó el mundo y vivificó a los muertos.

Eres santuario inmaculado en el que moró el Dios rey de los siglos. En ti por un gran prodigio se obró el misterio por el cual Dios se hizo hombre y un hombre fue llamado Hijo por el Padre.

María es la vid de la estirpe bendita de David. Sus sarmientos dieron el grano de uva lleno de la sangre de la vida. Adán bebió de aquel vino y resucitado pudo volver al Edén.

Dos madres engendraron dos hijos diversos: una, un hombre que la maldijo; María, Dios, que llenó al mundo de bendición.

¡Bendita, tú, María, hija de David, y bendito el fruto que nos has dado! ¡Bendito el Padre que nos envió a su Hijo para nuestra salvación, y bendito el Espíritu Paráclito que nos manifestó su misterio! Sea bendito su nombre.

La canción de cuna de María

(Himno, 18, 1-23)

He mirado asombrado a María que amamanta a Aquél que nutre a todos los pueblos, pero que se ha hecho niño. Habitó en el seno de una muchacha, Aquél que llena de sí el mundo (...).

Un gran sol se ha recogido y escondido en una nube espléndida. Una adolescente ha llegado a ser la Madre de Aquél que ha creado al hombre y al mundo.

Ella llevaba un niño, lo acariciaba, lo abrazaba, lo mimaba con las más hermosas palabras y lo adoraba diciéndole: Maestro mío, dime que te abrace.

Ya que eres mi Hijo, te acunaré con mis cantinelas; soy tu Madre, pero te honraré. Hijo mío, te he engendrado, pero Tú eres más antiguo que yo; Señor mío, te he llevado en el seno, pero Tú me sostienes en pie.

Mi mente está turbada por el temor, concédeme la fuerza para alabarte. No sé explicar cómo estás callado, cuando sé que en Ti retumban los truenos.

Has nacido de mí como un pequeño, pero eres fuerte como un gigante; eres el *Admirable*, como te llamó Isaías cuando profetizó sobre Ti.

He aquí que todo Tú estás conmigo, y sin embargo estás enteramente escondido en tu Padre. Las alturas del cielo están llenas de tu majestad, y no obstante mi seno no ha sido demasiado pequeño para Ti.

Tu Casa está en mí y en los cielos. Te alabaré con los cielos. Las criaturas celestes me miran con admiración y me llaman Bendita.

Que me sostenga el cielo con su abrazo, porque yo he sido más honrada que él. El cielo, en efecto, no ha sido tu madre; pero lo hiciste tu trono.

¡Cuánto más venerada es la Madre del Rey que su trono! Te bendeciré, Señor, porque has querido que fuese tu Madre; te celebraré con hermosas canciones.

Oh gigante que sostienes la tierra y has querido que ella te sostenga, Bendito seas. Gloria a Ti, oh Rico, que te has hecho Hijo de una pobre.

Mi *magnificat* sea para Ti, que eres más antiguo que todos, y sin embargo, hecho niño, descendiste a mí. Siéntate sobre mis rodillas; a pesar de que sobre Ti está suspendido el mundo, las más altas cumbres y los abismos más profundos (...).

Tú estás conmigo, y todos los coros angélicos te adoran. Mientras te estrecho entre mis brazos, eres llevado por los querubines.

Los cielos están llenos de tu gloria, y sin embargo las entrañas de una hija de la tierra te aguantan por entero. Vives en el fuego entre las criaturas celestes, y no quemas a las terrestres.

Los serafines te proclaman tres veces Santo: ¿qué más podré decirte, Señor? Los querubines te bendicen temblando, ¿cómo puedes ser honrado por mis canciones?

Escúcheme ahora y venga a mí la antigua Eva, nuestra antigua madre; levante su cabeza, la cabeza que fue humillada por la vergüenza del huerto.

Descubra su rostro y se alegre contigo, porque has arrojado fuera su vergüenza; oiga la palabra llena de paz, porque una hija suya ha pagado su deuda.

La serpiente, que la sedujo, ha sido aplastada por Ti, brote que has nacido de mi seno. El querubín y su espada por Ti han sido quitados, para que Adán pueda regresar al paraíso, del cual había sido expulsado.

Eva y Adán recurran a Ti y cojan de mí el fruto de la vida; por ti recobrará la dulzura aquella boca suya, que el fruto prohibido había vuelto amarga.

Los siervos expulsados vuelvan a través de Ti, para que puedan obtener los bienes de los cuales habían sido despojados. Serás para ellos un traje de gloria, para cubrir su desnudez.

San Basilio el Grande

San Basilio nació en el seno de una familia profundamente cristiana. Su abuelo materno había sufrido el martirio. Su padre, junto a una verdadera piedad, transmitió a los diez hijos una sólida formación doctrinal, y de aquel hogar salieron cuatro santos: el propio Basilio y sus hermanos Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste, obispos como él, y su hermana Macrina.

Basilio dedicó varios años al estudio de la Retórica y la Filosofía en Constantinopla y Atenas. Más tarde, cuando contaba unos veinticinco años, regresó a su ciudad natal, Cesarea de Capadocia, donde emprendió la profesión docente. Al poco tiempo, dejó la enseñanza y se retiró al desierto para dedicarse a la contemplación; así se convirtió en uno de los pioneros de la vida monástica. En el 364 fue ordenado sacerdote, y seis años más tarde sucedió a Eusebio como Obispo de Cesarea, metropolitano de Capadocia, y exarca de la diócesis del Ponto. Falleció en el año 379.

Dedicó sus mayores energías a defender la doctrina católica sobre la consustancialidad del Verbo, definida solemnemente en el Concilio de Nicea (año 325). Por esta razón sufrió muchas contradicciones por parte de los herejes arrianos, y tuvo que hacer frente a los abusos de la autoridad imperial, que pretendía imponer con violencia la doctrina de Arrio. Con San Gregorio Nacianceno y San Gregorio de Nisa contribuyó de manera decisiva a precisar el significado de los términos con que la Iglesia expone el dogma trinitario, preparando de esta manera el Concilio I de Constantinopla (año 381), que enunció de forma definitiva la doctrina de fe sobre la Santísima Trinidad. Basilio no pudo asistir a este Concilio, pues falleció en el año 379.

Por sus servicios a la fe, San Basilio es llamado *el Grande*, y es contado entre los ochos mayores Padres y Doctores de la Iglesia universal. Su producción literaria comprende trabajos dogmáticos, ascéticos, pedagógicos y litúrgicos. A él se debe la fijación definitiva de una de las más conocidas

liturgias orientales, que lleva su nombre. Y, junto con San Gregorio Nacianceno, escribió dos *Reglas* que tuvieron un influjo decisivo en la vida monástica del Oriente cristiano. Muy extenso es también su epistolario.

La acción del Espíritu Santo

(El Espíritu Santo, IX, 22-23)

Quien haya escuchado los nombres que se dan al Espíritu Santo, ¿no elevará en su interior el pensamiento a la suprema naturaleza? Pues al Espíritu de Dios se le llama también Espíritu de verdad, que procede del Padre; Espíritu recto, Espíritu principal. Pero Espíritu Santo es su nombre propio y peculiar, porque ciertamente es el nombre que expresa, mejor que ningún otro, lo incorpóreo, lo limpio de toda materia e indiviso. Por eso el Señor, enseñando que lo incorpóreo no puede comprehenderse, dijo a aquella mujer que pensaba que Dios es adorado en un lugar: *Dios es Espíritu* (*Jn* 4, 24).

Por tanto, al oír Espíritu, no es lícito moldear en el entendimiento la idea de una naturaleza circunscrita a un lugar, sujeta a cambios y alteraciones, en todo semejante a una criatura; sino que escudriñando con el pensamiento hacia lo más elevado que hay dentro de nosotros, se debe pensar forzosamente en una sustancia inteligente, infinita en cuanto a su poder, no situada en un lugar por su magnitud, no sujeta a la medida de los tiempos ni de los siglos, que da generosamente las cosas buenas que posee.

Hacia el Espíritu Santo converge todo lo que necesita de santificación. Es apetecido por todo lo que tiene vida, ya que con su soplo refresca y socorre a todos los seres para que alcancen su fin propio y natural. Es el que perfecciona todas las cosas, pero sin faltarle nada; no vive por renovación, sino que mantiene la vida; no aumenta con añadidos, sino que constantemente está lleno; firme en sí mismo, se encuentra en todas partes.

El Espíritu Santo es origen de la santificación, luz inteligible que a toda potencia racional confiere cierta iluminación para buscar la verdad. Inaccesible por naturaleza, pero alcanzable por benignidad. Todo lo llena con su poder, pero sólo es participable por los que son dignos. No todos participan de Él en la misma medida, sino que reparte su fuerza en proporción a la fe. Simple en esencia, múltiple en potencia. Está presente por entero en cada cosa, y todo en todas partes. Se divide sin sufrir daño, y de Él participan todos permaneciendo íntegro. Así como el rayo de sol alumbra

la tierra y el mar y se mezcla con el aire, pero se entrega al que lo disfruta como si fuera para él solo; así también el Espíritu Santo infunde la gracia suficiente e íntegra en todos los que son aptos para recibirle, ya sean muchos o uno solo; y los que de Él participan, le gozan en la medida que les es permitido por su naturaleza, no en cuanto a Él le es posible.

La unión del Espíritu Santo con el alma no se realiza por cercanía de lugar (¿cómo podrías acceder corporalmente a lo incorpóreo?), sino por el apartarse de las pasiones, que, añadidas más tarde al alma por su amistad con la carne, se hicieron extrañas a la intimidad con Dios.

Solamente si el hombre se purifica de la maldad que había contraído con el pecado, si retorna a la natural belleza y, como imagen de un rey, vuelve por la pureza a la primitiva forma, sólo entonces podrá acercarse al Paráclito. Y Él, como el sol, alcanzando al ojo que está limpio, te mostrará en sí mismo la imagen del que no se puede ver. En la bienaventurada contemplación de su imagen verás la inefable hermosura del arquetipo.

Por Él los corazones se levantan hacia lo alto, los enfermos son llevados de la mano y se perfeccionan los que están progresando. Dando su luz a los que están limpios de toda mancha, les vuelve espirituales gracias a la comunión que con Él tienen. Y del mismo modo que los cuerpos nítidos y brillantes, cuando les toca un rayo de sol, se tornan ellos mismos brillantes y desprenden de sí otro fulgor, así las almas que llevan el Espíritu son iluminadas por el Espíritu Santo y se hacen también ellas espirituales y envían la gracia a otras. De ahí viene entonces la presciencia de las cosas futuras, la comprensión de las secretas, la percepción de las ocultas, la distribución de los dones, la ciudadanía del cielo, las danzas con los ángeles; de ahí surge la alegría sin fin, la perseverancia en Dios, la semejanza con Dios y lo más sublime que se puede pedir: el endiosamiento.

Configurarse con Cristo

(El Espíritu Santo, XV, 35-36)

La economía de nuestro Dios y Salvador acerca de los hombres consiste en volver a llamarnos después de la caída y en reconducirnos a su amistad después de la separación producida por la desobediencia. Por esto, la venida de Cristo en la carne, su predicación evangélica, sus sufrimientos, la cruz, la sepultura, la resurrección, ha hecho posible que el hombre, salvado por la imitación de Cristo, recupere su primitiva filiación adoptiva.

Para el perfeccionamiento de tal vida es, pues, necesario imitar a Cristo no sólo en los ejemplos de benignidad, humildad y paciencia que nos mostró con su vida; sino también en el de su propia muerte, como dijo Pablo, el imitador de Cristo: *asemejándome a su muerte, de modo que al cabo pueda arribar a la resurrección de los muertos* (*Fil* 3, 10-11).

¿Cómo nos haremos imitadores de su muerte? Sepultándonos con Él en el Bautismo (cfr. *Rm* 6, 4-5). ¿De qué modo es la sepultura y qué fruto se deriva de tal imitación? Primero es necesario cortar radicalmente con la vida pasada. Y esto sólo es posible mediante una nueva generación, según las palabras del Señor (cfr. *Jn* 3, 3): la misma palabra regeneración significa el principio de una segunda vida, de modo que, antes de alcanzarla, es necesario dar fin a la anterior. Pues así como los que han llegado al final del estadio, antes de dar la vuelta, se paran y descansan un momento, así también parecía necesario que mediara la muerte en el cambio de las vidas, de manera que acabe primero una y comience después la siguiente.

¿Cómo realizamos el descenso a los infiernos? Imitando por el Bautismo la sepultura de Cristo, pues los cuerpos de los que se bautizan son sepultados en el agua. Y es que el Bautismo manifiesta simbólicamente la deposición de las obras de la carne, según dice el Apóstol: *vosotros también habéis sido circuncidados con circuncisión no hecha por mano que cercena la carne, sino con la circuncisión de Cristo, al ser sepultados con Él por el Bautismo* (*Col* 2, 11-12). En cierto modo sucede que, por el Bautismo, el alma se limpia de la suciedad procedente de los sentidos carnales, según lo que está escrito (*Sal* 50, 9): *me lavarás y quedaré más blanco que la nieve*.

De ahí que somos limpiados de todas y cada una de las manchas, no según la costumbre judía sino por el único Bautismo salvador que conocemos, puesto que una sola es la muerte en beneficio del mundo y una sola la resurrección de entre los muertos, y el Bautismo es figura de las dos. Para este fin, el Señor, que se preocupa de nuestra vida, estableció para nosotros la alianza del Bautismo, figura de la muerte y tipo de la vida: imagen de la muerte porque el agua cubre completamente, y prenda de la vida porque está contenido el Espíritu Santo.

Y así se nos hace evidente lo que nos preguntábamos: por qué el agua fue unida al Espíritu Santo. Porque, encontrándose dos fines en el Bautismo —que el cuerpo quede libre del pecado para que no produzca más frutos de muerte, y que viva por el Espíritu Santo y dé fruto de santificación—, el agua manifiesta la imagen de la muerte, acogiendo al cuerpo como en un sepulcro, y el Espíritu Santo envía la fuerza vivificadora, devolviendo nuestras almas de la muerte a la primitiva vida.

Esto es nacer de nuevo del agua y del Espíritu (cfr. *Jn* 3, 5), porque la

muerte se completa en el agua y nuestra vida se fortalece por el Espíritu. Por ello, el gran misterio del Bautismo se realiza con tres inmersiones y otras tantas invocaciones, para dar a entender la figura de la muerte y para que las almas de los bautizados sean iluminadas mediante la entrega de la ciencia divina. Por tanto, si hay gracia en el agua, no procede de su naturaleza, sino de la presencia del Espíritu Santo, pues el Bautismo no es la eliminación de la suciedad corporal, sino la promesa de la buena conciencia para con Dios (cfr. 1 *Pe* 3, 21).

El Señor, para prepararnos a esta vida que surge de la resurrección, propone toda la predicación evangélica y prescribe la serenidad, la resignación, el amor puro libre de los deleites de la carne, el desapego del dinero, a fin de que todo cuanto el mundo posee según la naturaleza, nosotros, al recibirlo, lo pongamos en su sitio con nuestra elección. Por esto, si alguno dice que el Evangelio es figura de la vida que surge de la resurrección, a mi parecer, no se equivocaría.

Por el Espíritu Santo se nos da la recuperación del paraíso, el ascenso al Reino de los Cielos, la vuelta a la adopción de hijos, la confianza de llamar Padre al mismo Dios, el hacernos consortes de la gracia de Cristo, el ser llamado hijo de la luz, el participar de la gloria del Cielo; en un palabra, el encontrarnos en la total plenitud de bendición tanto en este mundo como en el venidero, pues al contemplar como en un espejo la gracia de las cosas buenas que se nos han asegurado en las promesas, las disfrutamos por la fe como si ya estuvieran presentes. Si la prenda es así, ¿de qué modo será el estado final? Y si tan grande es el inicio, ¿cómo será la consumación de todo?

Recogimiento interior

(Epístola II, 2-4)

Si alguien quiere venir en pos de mí, dice el Señor, *niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame* (*Mt* 16, 24). Para eso hay que procurar que el pensamiento se aquiete. No es posible que los ojos, si se mueven continuamente de un lado para otro, arriba y abajo, vean con claridad los objetos. Sólo cuando se fija la mirada la visión es clara. Del mismo modo, es imposible que la mente de un hombre que se deje llevar por las infinitas preocupaciones de este mundo, contemple clara y establemente la verdad. Quien no está sujeto por los lazos del matrimonio se ve turbado por ambi-

ciones, impulsos desenfrenados y amores locos; a quien ya tiene sobre sí el vínculo conyugal, no le faltan un tumulto de inquietudes: si no tiene hijos, el anhelo de tenerlos; si los tiene, la preocupación de educarlos, el cuidado de su mujer y de la casa, el gobierno de sus criados, la tensión que los negocios traen consigo, las riñas con los vecinos, los pleitos en los tribunales, los riesgos del comercio, las fatigas de la agricultura. Cada día que alborea trae consigo particulares cuidados para el alma; y cada noche, heredera de las preocupaciones del día, inquieta el ánimo con los mismos pensamientos.

Hay un solo camino para liberarse de estos afanes: aislarse. Pero esta separación no consiste en estar físicamente fuera del mundo, sino en aliviar el ánimo de sus lazos con las cosas corporales, estando desprendido de la patria, de la casa, de las propiedades, de los amigos, de las posesiones, de la vida, de los negocios, de las relaciones sociales, del conocimiento de las ciencias humanas; y preparándose para recibir en el corazón las huellas de la enseñanza divina. Esta preparación se alcanza despojando el corazón de lo que, a causa de un hábito malo y muy enraizado, lo monopoliza. No es posible escribir sobre la cera si no se borran los caracteres precedentes; tampoco se pueden imprimir en el alma las enseñanzas divinas, si antes no desaparecen las costumbres que estaban.

El recogimiento procura grandes ventajas. Adormece nuestras pasiones, y otorga a la razón la posibilidad de desarraigarlas completamente. ¿Cómo se puede vencer a las fieras, sino con la doma? Así la ambición, la ira, el miedo y la ansiedad, pasiones nocivas del alma, cuando se aplacan con la paz privándolas de continuos estímulos, pueden ser derrotadas más fácilmente.

(...) El ejercicio de la piedad nutre el alma con pensamientos divinos. ¿Qué cosa más estupenda que imitar en la tierra al coro de los ángeles? Disponerse para la oración con las primeras luces del día, y glorificar al Creador con himnos y alabanzas. Más tarde, cuando el sol luce en lo alto, lleno de esplendor y de luz, acudir al trabajo, mientras la oración nos acompaña a todas partes, condimentando las obras —por decirlo de algún modo— con la sal de las jaculatorias. Así tenemos el ánimo dispuesto para la alegría y la serenidad. La paz es el principio de la purificación del alma, porque ni la lengua parlotea palabras humanas, ni los ojos se detienen morosamente a contemplar los bellos colores y la armonía de los cuerpos, ni el oído distrae la atención del alma en escuchar los cantos compuestos para el placer o palabras de hombres, que es lo que más suele disipar al alma. La mente no se dispersa hacia el mundo exterior. Si no es llevada por los sentidos a derramarse sobre el mundo, se retira dentro de sí misma, y de allí asciende hasta poner el pensamiento en Dios (...). Entonces, libre de

preocupaciones terrenas, pone toda su energía en la adquisición de los bienes eternos. ¿Cómo podrían alcanzarse la sabiduría y la fortaleza, la justicia, la prudencia y todas las demás virtudes que señalan al hombre de buena voluntad el modo más conveniente de cumplir cada acto de la vida?

La vía maestra para descubrir nuestro camino es la lectura frecuente de las Escrituras inspiradas por Dios. Allí, en efecto, se hallan todas las normas de conducta. Además, la narración de la vida de los hombres justos, transmitida como imagen viva del modo de cumplir la voluntad de Dios, se nos pone ante los ojos para que imitemos sus buenas acciones. Y así cada uno, considerando aquel aspecto de su carácter que más necesita de mejora, encuentra la medicina capaz de sanar su enfermedad, como en un hospital abierto a todos.

El que desea la continencia, medita largamente la historia de José y aprende de él a vivir la templanza, pues se da cuenta de que José no sólo fue continente, sino que estuvo dispuesto a ejercitar la virtud en todo, gracias a un hábito bien radicado. Se aprende la valentía de Job, cuando las circunstancias de su vida cambiaron radicalmente, y de un solo golpe dejó de ser rico para convertirse en pobre, y siendo padre de una familia feliz, se encontró de repente sin hijos. Entonces, no sólo permaneció constante, manteniendo siempre el sentido sobrenatural, sino que ni siquiera se enfadó contra los amigos que, pretendiendo consolarle, le insultaban, haciendo más intenso su dolor.

Cuando alguien desea ser manso y magnánimo al mismo tiempo, y así manifestar intransigencia contra los errores y comprensión con los hombres, encontrará que David era valeroso en las nobles empresas de la guerra, pero dulce y manso en el trato con los enemigos. Así era también Moisés, cuando se encolerizaba grandemente con las ofensas de los que pecaban contra Dios, y soportaba serenamente las calumnias dirigidas a él mismo.

(...) Las oraciones, en fin, además de la lectura, hacen el ánimo más joven y más maduro, ya que le mueven al deseo de poseer a Dios. Es bonita la oración que hace más presente a Dios en el alma. Precisamente en esto consiste la presencia de Dios: en tener a Dios dentro de sí mismo, reforzado por la memoria. De este modo nos convertimos en templo de Dios: cuando la continuidad del recuerdo no se ve interrumpida por preocupaciones terrenas, cuando la mente no es turbada por sentimientos fugaces, cuando el que ama al Señor está desprendido de todo y se refugia sólo en Dios, cuando rechaza todo lo que incita al mal y gasta su vida en el cumplimiento de obras virtuosas.

El deber de trabajar

(Reglas más amplias, 37, 1-2)

Dice Nuestro Señor Jesucristo que *quien trabaja merece su sustento* (*Mt* 10, 10); [el alimento], por tanto, no es simplemente un derecho debido a todos sin distinción, sino de justicia para quien trabaja. El Apóstol también nos manda trabajar con nuestras propias manos para tener con qué ayudar a los necesitados (cfr. *Ef* 4, 28). Es claro, por tanto, que hay que trabajar, y hacerlo con diligencia. No podemos convertir nuestra vida de piedad en un pretexto para la pereza o para huir de la obligación. Todo lo contrario. Es un motivo de mayor empeño en la actividad y de mayor paciencia ante las tribulaciones, para que podamos repetir: *con trabajos y fatigas, en frecuentes vigilias, con hambre y sed* (2 *Cor* 11, 27). Este tenor de vida no sólo nos sirve para mortificar el cuerpo, sino también para demostrar nuestro amor al prójimo, y que, mediante nuestras manos, Dios conceda lo necesario a los hermanos más débiles según el ejemplo del Apóstol, que dice en los Hechos: *os he enseñado en todo que trabajando así es como debemos socorrer a los necesitados* (*Hech* 20, 35); y también: *para que tengáis con qué ayudar al necesitado* (*Ef* 4, 28). De esta manera, un día seremos dignos de escuchar estas palabras: *venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber* (*Mt* 25, 34-35).

¿Hace falta insistir en que el ocio es malo, si el mismo Apóstol dice abiertamente que el que no trabaja no ha de comer? Igual que el alimento diario es necesario, también lo es el trabajo cotidiano. No en vano, Salomón ha escrito esta alabanza [de la mujer laboriosa]: *el pan que come no es fruto de pereza* (*Prv* 31, 27). El Apóstol dice de sí mismo: *ni comimos gratis el pan de nadie, sino trabajando día y noche con cansancio y fatiga* (2 *Tes* 3, 8) a pesar de que, como predicador del Evangelio, tenía derecho a vivir de su predicación. El Señor unió la malicia a la pereza cuando dijo: *siervo malo y perezoso* (*Mt* 25, 26). Y también el sabio Salomón, no sólo alaba a quien trabaja, sino que condena al vago enviándolo junto al animal más pequeño: *¡vete donde la hormiga, perezoso!*, le dice (*Prv* 6, 6). Por tanto, hemos de temer que estas palabras nos sean dirigidas en el día del juicio, porque quien nos ha dado energías para trabajar exigirá que nuestras obras sean proporcionales a esas fuerzas. *A quien mucho se le ha dado, mucho le será exigido* (*Lc* 12, 48) (...).

Mientras movemos nuestras manos en el trabajo, debemos dirigirnos a Dios con la lengua —si es posible o útil para edificar nuestra fe—, o al

menos con el corazón, mediante salmos, himnos y cantos espirituales, y así rezar también durante nuestra ocupación, dando gracias a quien pone en nuestras manos la fuerza para trabajar, da a nuestra mente la capacidad de conocer y nos proporciona la materia, tanto de los instrumentos como de los objetos que fabricamos. Y todo esto, suplicando que nuestras obras sean del agrado de Dios.

San Cirilo de Jerusalén

Después del Edicto de Milán (año 313), que puso fin a las persecuciones y concedió personalidad pública a la Iglesia, la conversión del Imperio Romano al Cristianismo se aceleró notablemente. Miles de personas adultas se inscribían como catecúmenos, esperando ser admitidos en la Iglesia. En cada lugar, los obispos preparaban cuidadosamente a los candidatos al Bautismo, explicándoles las verdades principales de la fe católica. Surge así un género de escritos muy característico de este periodo —las catequesis bautismales— que son la transcripción de las enseñanzas y exhortaciones con que los Santos Padres preparaban a los futuros cristianos.

Entre las catequesis más conocidas se cuentan las de San Cirilo, obispo de Jerusalén. Son veinticuatro discursos, predicados en la Cuaresma del año 348 y dirigidos a los *iluminados*:así se llamaba a los catecúmenos que se preparaban intensamente para ser bautizados en la Vigilia de Pascua. Paso a paso, San Cirilo fue explicando la doctrina contenida en el Símbolo de los Apóstoles y otras verdades primordiales de la fe cristiana.

San Cirilo fue consagrado obispo de Jerusalén a mediados del siglo IV. A causa de su adhesión a la fe de Iglesia, propuesta solemnemente en el Concilio de Nicea, fue perseguido por los arrianos durante casi un cuarto de siglo, sufriendo el exilio en tres ocasiones. Cuando, en el año 378, pudo regresar a su sede, gastó el resto de su vida en la reforma espiritual de los fieles, ayudado en esta tarea por San Gregorio de Nisa. Murió en el año 387, a la edad de 72 años.

El Espíritu Santo, fuente de agua viva

(Catequesis XVI, 3, 11-12, 16, 19)

El Espíritu Santo es una fuerza grandísima, un Ser divino que la mente humana es incapaz de conocer perfectamente. El Espíritu Santo vive, es inteligente, es el Santificador de todas las criaturas que Dios ha hecho (...). Él ilumina las almas de los justos, y habitaba en los profetas así como en los apóstoles del Nuevo Testamento. Hemos de abominar de todos los que desdoblan su virtud operativa. Único es Dios Padre, Señor del Antiguo y del Nuevo Testamento. Único es el Señor Jesucristo, profetizado en el Antiguo Testamento y venido en el Nuevo. Único es el Espíritu Santo, que predijo la encarnación de Cristo por medio de los profetas y, tras la venida de Jesús, descendió sobre Él para manifestarlo (cfr. *Mt* 3, 16).

(...) Bebamos de esa agua viva *que salta hasta la vida eterna* (*Jn* 4, 14). El Salvador decía esto *por el Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en Él* (*Jn* 7, 39). Escucha lo que afirma: *del seno de quien creen mí, como dice la Escritura, manarán ríos de agua viva* (*Jn* 7, 38). No se trata de ríos materiales, capaces sólo de regar una tierra que produce espinas y árboles, sino de ríos que iluminan las almas. En otro lugar enseña: *el agua que Yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna* (*Jn* 4, 14).

¿Por qué llamó agua a la gracia del Espíritu Santo? Porque el agua es el elemento indispensable tanto para la vida vegetal como para la vida animal. El agua de lluvia desciende del cielo y, aunque única en su aspecto, lleva en sí una múltiple virtud operativa. Una sola fuente irrigaba todo el Paraíso (cfr. *Gn* 2, 10), y una misma lluvia desciende sobre todo el mundo. Esta lluvia se hace blanca en la azucena, roja en la rosa, purpúrea en las violetas y en los jacintos, diferente y variopinta según las diversas especies. Adquiere características diversas en la palmera y en la vid, y es todo en todas las cosas, siendo, sin embargo, una sola e igual a sí misma. La lluvia, en efecto, no muda de aspecto ni desciende en formas distintas, sino que se adapta a la naturaleza de las cosas que la reciben y es, en cada una de ellas, lo que más les conviene.

Así sucede con el Espíritu Santo. Aun siendo uno solo, único e indivisible, confiere a cada uno la gracia que quiere (cfr. 1 *Cor* 12, 11). Como un árbol seco emite sus brotes si se le riega con agua, así el alma del pecador, hecha digna del Espíritu Santo por medio de la penitencia, produce frutos de justicia. Aun siendo uno solo, a una simple señal de Dios Padre y en nombre de Cristo, el Espíritu Santo causa las diversas virtudes. Se sirve de la lengua de uno para comunicar la sabiduría, ilumina la mente de otro con

el don de la profecía; a éste confiere el poder de expulsar los demonios, y a aquél la facultad de interpretar las Sagradas Escrituras. En uno fortalece la templanza, a otro enseña cuanto se refiere a las obras de caridad, y a uno más el ayuno y la ascética. A éste mueve a despreciar los intereses materiales, mientras prepara a aquél para el martirio. Siendo diverso en los demás es siempre idéntico a sí mismo (...).

La actividad del Espíritu Santo se dirige totalmente al bien y a la salvación. En primer lugar, su venida es suave, su presencia se advierte como un perfume, su peso es ligero. Esplendorosos rayos de luz y de inteligencia preceden su advenimiento. Viene al alma con entrañas de auténtico tutor, porque llega a ella para salvar, para curar, para enseñar, para amonestar, para robustecer, para consolar, para iluminar la mente. Produce estos efectos sobre todo, en el alma que lo recibe; después, por medio de ella, también en las de los demás. Como una persona que se hallaba en la oscuridad, si sale de repente a la luz del sol queda con los ojos de su cuerpo iluminados, de manera que ve claramente lo que antes no percibía; así el que ha sido hecho digno de recibir el Espíritu Santo queda con el alma iluminada, y es capaz de ver de modo sobrehumano lo que antes no veía. Y aunque el cuerpo permanezca en la tierra, el alma contempla los cielos como en un espejo (...).

Si, mientras estás sentado, surge en ti el pensamiento de la castidad o de la virginidad, es Él quien te lo sugiere. ¿Acaso no ha sucedido con frecuencia que una doncella, próxima ya a contraer matrimonio, renuncia a las nupcias porque el Espíritu Santo la instruyó sobre el valor de la virginidad? ¿Y no ha ocurrido muchas veces que un hombre eminente en la corte, enseñado por el Espíritu Santo, sienta desprecio por las riquezas y dignidades? ¿No acontece a menudo que un joven, viendo pasar a una belleza, cierra los ojos, desvía la mirada y evita mancharse? Quizá me preguntes: ¿de dónde viene esto? Y te contesto: el Espíritu Santo instruyó el alma de aquel joven. En el mundo hay mucha codicia y los cristianos, en cambio, renuncian a sus posesiones. ¿Por qué? Porque así les enseña el Espíritu Santo.

¡Qué Don tan bueno y precioso es el Espíritu Santo! Con razón hemos sido bautizados en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo (cfr. *Mt* 28, 19). Mientras esté revestido del cuerpo, el hombre ha de combatir contra muchos y temibles demonios; y sin embargo (...) el simple soplo del exorcista es como un fuego para el espíritu maligno, que ni siquiera se ve con los ojos. Tenemos, pues, recibido de Dios, un poderoso aliado y protector: el gran doctor de la Iglesia, nuestro gran defensor. No temamos, por tanto, a los demonios ni al diablo, porque mucho más fuerte que ellos es Aquél que combate por nosotros. Abrámosle la puerta, porque *va en busca de cuantos son dignos de Él* (*Sab* 4, 17), deseoso de impartirles sus dones.

Dignidad del alma y del cuerpo

(Catequesis IV, 18-26)

Una vez que conoces la venerable, gloriosa y santísima fe católica, debes saber también quién eres tú. Como hombre, hay en ti dos elementos, ya que estás compuesto de alma y de cuerpo. Y como ya dijimos anteriormente, el mismo Dios es creador tanto del alma como del cuerpo.

Has de saber que posees un alma que goza de libre arbitrio, bellísima entre las obras de Dios, hecha a imagen y semejanza de su Creador, e inmortal porque así lo quiso Dios. El alma es un ser viviente racional e incorruptible, por gracia de quien le ha otorgado estas prerrogativas, y tiene el poder de hacer lo que quiere. Por tanto, si tú pecas no lo achaques a la constelación bajo cuyo signo has nacido; no es el destino lo que te empuja a la impureza, ni son las conjunciones de los astros —como algunos dicen— lo que te obliga a abandonarte a la lujuria. ¿Por qué echas la culpa de todo esto a los astros, que son inocentes, en lugar de reconocer tus pecados? No te intereses ya de la astrología, porque la divina Escritura dice a este propósito: *que vengan ahora y te salven los que hacen la carta del cielo* (*Is* 46, 13); y más adelante: *helos aquí como briznas de paja, que serán consumidas por el fuego. No podrán librarse a sí mismos de los brazos de las llamas* (*Ibid.*, 14).

Aprende, pues, también esto: que el alma no ha pecado antes de venir a este mundo; habiendo nacido inocentes [sin pecados personales], ahora pecamos a causa de nuestra libertad. Y no escuches a quien interpreta mal aquel texto del Apóstol: *si hago lo que no quiero...* (*Rm* 8, 16); antes bien, acuérdate de lo que dice en otro lugar: *si vosotros queréis, si sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra; si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada* (*Is* 1, 19-20) (...).

El alma es inmortal. Todas las almas son iguales, lo mismo las de los hombres que las de las mujeres: la distinción está sólo en los miembros del cuerpo. No existe una categoría de almas pecadoras por naturaleza y otra de almas justas, sino que unas y otras son tales por su propia libertad, ya que en todas la sustancia es uniforme y semejante (...).

El alma es libre. El demonio puede sugerir el mal, pero no tiene el poder de obligar a hacerlo contra la propia voluntad. Te sugiere, por ejemplo, un pensamiento impuro: si quieres, lo acoges; pero si no quieres, lo rechazas. Si pecases por necesidad ineludible, ¿por qué Dios habría preparado el fuego del infierno? Y si realizases las obras de la justicia por obligación estricta, y no por tu libre albedrío, ¿cómo habría preparado las coronas del triunfo? También la oveja es mansa, pero no recibe premio a su manse-

dumbre, ya que en ella es una cualidad natural que no proviene del libre albedrío.

Ya conoces, por el momento, las cosas fundamentales sobre el alma; escucha ahora lo que te digo sobre el cuerpo. No prestes oído a quien dice que el cuerpo no tiene nada que ver con Dios, y que el alma se encuentra dentro de él como si estuviera en un recipiente extraño; ésos abusan fácilmente con la fornicación. ¿Qué encuentran de malo en este maravilloso cuerpo? ¿Qué le falta a su belleza? ¿Qué arte no hay en su estructura?

(...) No me digas que el cuerpo es reo de pecado. Si así fuese, dime, ¿por qué un cadáver ya no peca? Pon una espada junto a un hombre apenas muerto, y no habrá ningún homicidio. Pasen bellezas de todo tipo junto a un joven recién fallecido, y no habrá deseos impuros. ¿Por qué? Porque el cuerpo no peca por sí mismo: es el alma quien peca por medio del cuerpo. El cuerpo es como el instrumento, el manto o vestido del alma: se hace impuro si el alma lo abandona a la impureza; pero si en él habita un alma santa, entonces se convierte en templo del Espíritu Santo. No lo digo yo, pues lo ha afirmado San Pablo: *¿no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?* (1 *Cor* 6, 19). Respétalo, ya que le ha tocado la suerte de ser templo del Espíritu Santo. No manches tu carne, que es un vestido bellísimo, con la fornicación; y si te has atrevido a hacerlo, purifícala ahora con la penitencia. Límpiala mientras tienes tiempo.

Escuchen estas palabras sobre la castidad, en primer lugar, quienes pertenecen a las filas de los monjes y de las vírgenes, que han iniciado ya en el mundo una vida semejante a la de los ángeles; escúchenlas también, después de ellos, todo el pueblo fiel. Una gran corona os está preparada: ¡no perdáis tal dignidad a causa de un placer mezquino! Oye lo que dice el Apóstol: *ninguno sea fornicario o profano, como Esaú, que por un plato de comida vendió su primogenitura* (*Heb* 12, 16). Ya que estás inscrito en el libro de los ángeles por el propósito de la castidad, procura no ser borrado a causa de una acción impura.

Si practicas la castidad, no te ensoberbezcas frente a los que llevan en el matrimonio una vida menos perfecta. *Sea honesto en todos el matrimonio y el lecho conyugal sin mancilla* (*Heb* 13, 4), dice el Apóstol. Tú, que eres virgen, ¿acaso no naciste de una persona casada? Si posees oro, no debes despreciar por eso la plata. Esperen con confianza también los que viven en el estado matrimonial y lo usan legítimamente, es decir, con moderación y no licenciosamente, los que se acercan al matrimonio con el fin de procrear hijos, y no por puro placer.

(...) Proscríbase de entre los cristianos la fornicación, el adulterio y toda especie de lujuria. Consérvese el cuerpo puro para el Señor, a fin de

que también sobre él pueda el Señor fijar su mirada. Nútrase el cuerpo con alimentos, para que viva y preste sus servicios sin impedimento alguno, no para que se abandone a los halagos de la sensualidad.

El santo crisma

(Catequesis mistagógica, 3)

Una vez que habéis sido bautizados en Cristo y revestidos de Él (cfr. *Gal* 3, 27), habéis sido conformados al Hijo de Dios (cfr. *Rm* 8, 29). Predestinándonos a ser hijos adoptivos suyos (cfr. *Ef* 1, 5), Dios nos ha configurado al cuerpo glorioso de Jesucristo (cfr. *Fil* 3, 21). Y una vez hechos partícipes de Cristo (cfr. *Heb* 3, 14), con justicia se os puede llamar con su mismo nombre, pues de vosotros ha dicho el Señor: *nolite tangere christos meos* (*Sal* 104, 15), no toquéis a mis ungidos. Os habéis convertido en otros Cristos porque habéis recibido el sello del Espíritu Santo, y todo esto se cumplió en vosotros en imagen, ya que sois imagen de Cristo. El Salvador, después de recibir el Bautismo en el Jordán y de comunicar a las aguas el aroma de su divinidad, salió del río, y el Espíritu Santo descendió personalmente sobre Él, posándose sobre quien le era semejante. También a vosotros, cuando habéis salido de la sagrada fuente del Bautismo, se os ha conferido el crisma, que es figura de aquel otro crisma que ungió a Cristo, esto es, el Espíritu Santo. Lo anuncia el bienaventurado Isaías, hablando en persona de Cristo, en una profecía que sólo a Él se refiere: *el Espíritu del Señor está sobre mí, pues el Señor me ha consagrado con su unción y me ha enviado a evangelizar a los pobres* (*Is* 6, 2).

Cristo no fue ungido por los hombres con un crisma material, sino que el Padre, predestinándole como Salvador de todo el mundo, lo crismó con el Espíritu Santo, como dijo Pedro: *Dios ungió con el Espíritu Santo a Jesús de Nazaret* (*Hech* 10, 39). También el profeta David exclamaba a grandes voces: *tu trono, oh Dios, dura eternamente; es cetro de equidad el cetro de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso el Señor Dios tuyo te ungió con óleo de alegría sobre todos tus compañeros* (*Sal* 44, 7-8).

Cristo fue verdaderamente crucificado y sepultado, y verdaderamente resucitó; y vosotros, en el momento del Bautismo, habéis sido hechos dignos de ser crucificados, sepultados y resucitados, a semejanza suya. Pues algo parecido ha ocurrido también en la Confirmación. El fue ungido con

el óleo espiritual de la alegría, el Espíritu Santo, que es llamado así por ser causa de alegría espiritual. Vosotros, en cambio, habéis sido crismados con el bálsamo, que os ha hecho partícipes de Cristo y os ha unido con Él.

No pienses que se trata de un bálsamo ordinario. De modo análogo a como el pan eucarístico, después de la invocación del Espíritu Santo ya no es pan común, sino Cuerpo de Cristo, así también sucede con este santo bálsamo: después de la invocación no es el bálsamo que suele llamarse común u ordinario, sino que es crisma de Cristo y del Espíritu Santo, que lo hace eficaz con su presencia. Cuando es extendido simbólicamente sobre tu frente y sobre los demás sentidos, piensa que el cuerpo viene crismado con bálsamo material, pero el alma es santificada por Aquél que es Espíritu Santo y santificador.

En primer lugar sois crismados en la frente, para que quedéis libres de la vergüenza que el primer hombre llevaba por todas partes después de la transgresión (cfr. *Gn* 3, 7-8) y podáis contemplar a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor (cfr. 2 *Cor* 3, 18). Después se ungen las orejas, para que recibáis unos oídos capaces de escuchar los divinos misterios. De ellos dice el profeta Isaías: *el Señor me ha dado un oído para entender* (*Is* 50, 4); y el Señor, en el Evangelio: *quien tenga oídos para oír, que oiga* (*Mt* 11, 15). Luego sois crismados sobre la nariz, para que podáis decir, después de haber recibido el bálsamo: *nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios, para aquéllos que se salvan* (2 *Cor* 2, 15). Más tarde sobre el pecho, para que os revistáis la coraza de la justicia y podáis resistir a las insidias del demonio (cfr. *Ef* 6, 14). De igual manera que Cristo, después del Bautismo y del descenso del Espíritu Santo, salió a combatir contra el diablo (cfr. *Mt* 4, 1 ss), así vosotros, después de haber recibido el Bautismo y la mística unción, revestidos con la armadura del Espíritu Santo, podéis oponeros a la potencia del adversario (cfr. *Ef* 6, 11) y combatirle diciendo: *todo lo puedo en Aquél que me conforta* (*Fil* 4, 13).

Una vez que habéis sido admitidos a este santo crisma, sois llamados cristianos. Es un nombre que se ajusta plenamente a la verdad, gracias a la regeneración que habéis recibido. Antes de que se os confiriera esta gracia no erais suficientemente dignos de tal nombre, sino que estabais como en camino de serlo.

Debéis saber, además, que en la Escritura del Antiguo Testamento, ya se halla la figura de esta unción. Cuando Moisés recibió la orden divina de constituir a Aarón como Sumo Sacerdote, hizo que se lavara con agua y después lo ungió (cfr. *Lv* 8, 1 ss). Por esta crismación, que era figura de la nuestra, fue llamado *cristo*, es decir, ungido (cfr. *Lv* 4, 5). Y lo mismo sucedió cuando el Sumo Sacerdote consagró por rey a Salomón, en Gihon (cfr. 1 *Reg* 1, 39, 45), pues lo hizo lavar y le ungió en Jerusalén. En ellos,

estos ritos tenían sólo valor como figuras (cfr. 1 *Cor* 10, 11); ahora, en cambio, ya no son meros símbolos, sino realidades, puesto que verdaderamente habéis sido ungidos por el Espíritu Santo. Cristo es el principio de vuestra salvación; Él es como la primicia (cfr. 1 *Cor* 15, 23) y vosotros sois como la masa de harina (cfr. 1 *Cor* 5, 7). Si la primicia es santa, la santidad se transmitirá también a toda la masa.

Conservad inmaculada la gracia de la sagrada unción. Si permanece en vosotros, os enseñará toda verdad, como habéis oído que dice el bienaventurado Juan (cfr. 1 *Jn* 2, 27), que hace tantas consideraciones sobre el tema de la Confirmación. Esa gracia es, para el cuerpo, custodia espiritual y santa; y para el alma, salvación. De ella predijo Isaías: *el Señor preparará en este monte a todos los pueblos* —por monte entiende la Iglesia...—, *beberán vino y alegría, y serán ungidos con bálsamo* (*Is* 25, 6). Escucha lo que dice de este misterioso bálsamo, para que no te quede ninguna duda: *da todo esto a los pueblos, porque los designios del Señor miran a todas las gentes* (*Is* 25, 7).

Ya que habéis sido ungidos con este santo crisma, custodiadlo inmaculado e irreprensible, realizando buenas obras y agradando en todo al Autor de vuestra salvación, Jesucristo. A Él sea dada la gloria por los siglos de los siglos.

San Gregorio Nacianceno

Nació el año 329-330 cerca de Nacianzo, en la Capadocia (Asia menor). Durante su juventud frecuentó la escuela de Cesarea de Capadocia, y más tarde la escuela cristiana de Cesarea de Palestina, donde aprendió Retórica, y la de Alejandría. Por fin pasó a Atenas y se dedicó a la Filosofía, con maestros cristianos y paganos. Allí comenzó su amistad con San Basilio el Grande, que iba a durar toda la vida.

Cuando Basilio marchó a Capadocia para consagrarse a Dios, Gregorio permaneció en Atenas. No obstante, casi en secreto, un día abandonó la ciudad y regresó a Nacianzo. Allí recibió el Bautismo y se dedicó a la vida monástica junto a Basilio. En la Navidad del 361 fue ordenado sacerdote, y en el año 372 fue consagrado obispo de Sásima por San Basilio, entonces metropolita de Capadocia, aunque nunca llegó a tomar posesión de su sede, pues fue puesto al frente de la Iglesia en su ciudad natal.

A la muerte del emperador arriano Valente, los católicos de Constantinopla le pidieron que se hiciera cargo de la reorganización eclesiástica de la capital. En mayo de 381 se celebró el I Concilio de Constantinopla, en el que —además de condenar el arrianismo— se nombró a Gregorio Arzobispo de la ciudad. Pero disgustado por algunas disensiones, renunció a la sede y regresó a Nacianzo, hasta el nombramiento del nuevo Obispo de esta ciudad, en el año 384. Entonces, cumplida su misión, Gregorio se retiró a la finca donde había nacido, para dedicarse a la contemplación y a escribir libros, hasta que le sobrevino la muerte en el año 390.

La obra literaria de San Gregorio, no muy abundante, se puede clasificar en discursos, poemas y cartas. No compuso ningún comentario bíblico, ni ningún tratado dogmático científico. Pero tanto en prosa como en verso, brilla por encima de sus contemporáneos por la perfección de su estilo.

Tres luces que son una Luz

(Poemas dogmáticos, I, 2, 3)

Bien sé que, al hablar de Dios a los que le buscan, es como si quisiéramos atravesar el mar con pequeñas naves, o nos lanzáramos hacia el cielo, constelado de estrellas, sostenidos por débiles alas. Porque queremos hablar de ese Dios que ni siquiera los habitantes del Cielo son capaces de honrar como conviene.

Sin embargo, Tú, Espíritu de Dios, trompeta anunciadora de la verdad, estimula mi mente y mi lengua para que todos puedan gozar con su corazón inmerso en la plenitud de Dios.

Hay un solo Dios, sin principio ni causa, no circunscrito por ninguna cosa preexistente o futura, infinito, que abraza el tiempo, grande Padre del grande y santo Hijo unigénito. Es Espíritu purísimo, que no ha sufrido en el Hijo nada de cuanto el Hijo ha sufrido en la carne (...).

Único Dios, distinto en la Persona pero no en la divinidad, es el Verbo divino. Él es la imagen viva del Padre, Hijo único de Aquél que no tiene principio, solo que procede del solo, igual hasta el punto de que mientras sólo Aquél es plenamente Padre, el Hijo es también creador y gobernador del mundo, fuerza e inteligencia del Padre.

Cantemos en primer lugar al Hijo, adorando la sangre que fue expiación de nuestros pecados. En efecto, sin perder nada de su divinidad, me salvó inclinándose, como médico, sobre mis heridas purulentas. Era mortal, pero era Dios; descendiente de David, pero creador de Adán; revestido de cuerpo, pero no partícipe de la carne. Tuvo madre, pero madre virgen; estuvo circunscrito, pero permaneció siempre inmenso. Fue víctima, pero también pontífice; sacerdote, y sin embargo era Dios. Ofreció a Dios su sangre y purificó el mundo entero. Fue alzado en la cruz, pero los clavos derrotaron al pecado. Se confundió entre los muertos, pero resucitó de la muerte y trajo a la vida a muchos que habían muerto antes que Él: en éstos se hallaba la pobreza del hombre, en Él la riqueza del Espíritu (...).

Alma, ¿por qué tardas? Canta también la gloria del Espíritu; no separes en tu discurso lo que la naturaleza no ha dividido. Temblemos ante el poderoso Espíritu, como delante de Dios; gracias a Él he conocido a Dios. Él, que me diviniza, es evidentemente Dios: es omnipotente, autor de dones diversos, el que suscita himnos en el coro de los santos, el que da la vida a los habitantes del cielo y de la tierra, el que reina en los cielos. Es fuerza divina que procede del Padre, no sujeto a ningún poder. No es hijo: uno solo, en efecto, es el Hijo santo del único Bien. Y no se encuentra fuera de la divinidad indivisible, sino que es igual en honor (...).

[Ésta es la] Trinidad increada, que está fuera del tiempo, santa, libre, igualmente digna de adoración: ¡único Dios que gobierna el mundo con triple esplendor! Mediante el Bautismo, soy regenerado como hombre nuevo por los Tres; y, destruida la muerte, avanzo en la luz, resucitado a una vida nueva. Si Dios me ha purificado, yo debo adorarlo en la plenitud de su Todo.

Dios y Hombre verdadero

(Discurso 29, 19-20)

Fue envuelto en pañales, pero, al resucitar, arrojó las vendas de la sepultura.

Fue reclinado en un pesebre, mas después fue celebrado por los ángeles (cfr. *Lc* 2, 7), señalado por la estrella y adorado por los magos (cfr. *Mt* 2, 2).

¿Por qué te maravillas de lo que has visto con los ojos, mientras no observas lo que es percibido con la mente y con el corazón?

Fue obligado a huir a Egipto; pero convierte en fuga el andar errante de los egipcios.

No tenía ni aspecto, ni belleza humana (cfr. *Is* 53, 2) entre los judíos; pero, según David, era hermoso de rostro por encima de los hijos de los hombres (cfr. *Sal* 44, 3); y también en la cima del monte, a manera de fulgor, resplandece y llega a ser más luminoso que el sol (cfr. *Mt* 17, 2), vislumbrándose así el esplendor futuro.

Fue bautizado (cfr. *Mt* 3, 16) como hombre, pero carga sobre sí los pecados como Dios; no porque tuviese necesidad de purificación, sino para que las mismas aguas produjesen la santidad.

Fue tentado como hombre, pero consiguió la victoria como Dios. Nos manda tener confianza en Él como en Aquél que ha vencido al mundo.

Sufrió hambre (cfr. *Mt* 4, 1-2), pero sació a muchos miles de personas (cfr. *Mt* 14, 21) y Él mismo se ha convertido en pan que da la vida y el Cielo (cfr. *Jn* 6, 41). Padeció sed (cfr. *Jn* 19, 28), pero exclamó: *si alguno tiene sed, venga a mí y beba* (*Jn* 7, 37): y también prometió hacer manar, para aquellos que tienen fe, fuentes de agua viva.

Experimentó la fatiga (cfr. *Jn* 4, 6), pero se hace reposo de los que están cansados y oprimidos (cfr. *Mt* 11, 28).

Se sintió extenuado por el sueño (cfr. *Mt* 8, 24), pero camina ligero sobre el mar, increpa a los vientos y salva a Pedro que estaba a punto de ser sumergido por las olas (cfr. *Mt* 14, 25).

Paga los impuestos con un pez (cfr. *Mt* 17, 23), pero es el Rey de los recaudadores. Es llamado samaritano y poseído del demonio (cfr. *Jn* 8, 48), pero lleva la salvación a aquél que, bajando de Jerusalén, fue asaltado por unos ladrones. Es reconocido por los demonios (cfr. *Mc* 1, 24; *Lc* 4, 34), pero expulsa a los demonios y empuja a legiones de espíritus malignos a arrojarse al mar (cfr. *Mc* 5, 7), y ve al príncipe de los demonios, casi como un relámpago, precipitarse desde el cielo (cfr. *Lc* 8, 18).

Es agredido con piedras, pero no es apresado (cfr. *Jn* 8, 59).

Ruega, pero acoge a los demás que piden. Llora, pero enjuga las lágrimas. Pregunta dónde ha sido sepultado Lázaro, pues efectivamente era hombre; pero resucita a Lázaro de la muerte a la vida, porque en efecto era Dios.

Es vendido, y a poco precio: por treinta siclos de plata (cfr. *Mt* 16, 15); pero mientras tanto redimía el mundo a gran precio: con su sangre (cfr. 1 *Pe* 1, 19; 1 *Cor* 6, 20). Es conducido a la muerte como una oveja (cfr. *Is* 53, 7), pero Él apacienta a Israel y ahora también al mundo entero.

Está mudo como un cordero (cfr. *Sal* 57, 71), pero Él es el mismo Verbo, anunciado en el desierto por la voz de aquél que gritaba (cfr. *Jn* 1, 23). Fue abatido y herido por la angustia (cfr. *Is* 53, 4-5), pero vence toda enfermedad y sufrimiento (cfr. *Mt* 9, 35).

Es quitado del leño en donde fue suspendido, pero nos restituyó a la vida con el leño, y da la salvación también al ladrón (que pende del leño), y oscurece todo lo que se descubre.

Se le da a beber vinagre y se le nutre con hiel (cfr. *Lc* 23, 33; *Mt* 27, 34), pero ¿a quién? A Aquél que transformó el agua en vino (*Jn* 2, 7). Saboreó aquel gusto amargo, Aquél que era la misma dulzura y todo lo apetecible (cfr. *Cant* 16).

Confía a Dios su alma, pero conserva la facultad de tomarla de nuevo (cfr. *Jn* 10, 18). El velo se rasga (y las potencias superiores se manifiestan) y las piedras se despedazan, pero los muertos resucitan (cfr. *Mt* 17, 51).

Él muere, pero devuelve la vida y derrota a la muerte con su muerte.

Es honrado con la sepultura, pero resucita de la tumba.

Desciende a los infiernos, pero acompaña las almas a lo alto, y sube al cielo, y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos y a examinar las palabras de los hombres.

Virtudes cristianas

(Discurso 14, 2-5)

Hermosas son las tres virtudes de fe, esperanza y caridad (cfr. 1 *Cor* 13, 13). En fe ciertamente es testigo Abraham, que por ella fue alabado como justo (cfr. *Gn* 15, 6). En la esperanza, Enós, el primero que por la esperanza fue llevado a invocar el nombre del Señor (cfr. *Gn* 4, 26); y con él, todos los justos que por la esperanza sufren penas. Testigo de la caridad es el bienaventurado Apóstol, que por causa de Israel no dudó en aceptar para sí más graves daños (cfr. *Rm* 9, 3) (...).

Hermosa es la hospitalidad. Entre los justos lo testifica Lot, cuando habitaba en Sodoma (cfr. *Gn* 19, 3) ajeno a los vicios de sus moradores; y entre los pecadores, Rahab, la ramera (cfr. *Jos* 2, 1 ss), que brindó hospedaje a los exploradores sin intención de pecado, y con su diligente protección a los huéspedes se ganó la alabanza y la salvación. Hermoso es el amor fraterno, y de él tenemos por testigo a Jesús mismo, que no sólo consintió ser llamado hermano nuestro, sino que también sobrellevó el suplicio por nuestra eterna salud. Hermosa es la benevolencia hacia los hombres, y de nuevo Jesús lo atestigua, pues no sólo creó al hombre para que practicara buenas obras (cfr. *Ef* 2, 10), uniendo su imagen a la carne para guiarnos a las más altas virtudes y procurarnos los supremos bienes, sino que por nosotros se hizo hombre.

Hermosa es la longanimidad, como Él mismo testifica, pues no sólo rehusó el auxilio de legiones de ángeles contra sus violentos ofensores (cfr. *Mt* 26, 53), o reprendió a Pedro por empuñar la espada (cfr. *Mt* 26, 52), sino que incluso restituyó la oreja al herido (cfr. *Lc* 22, 51). La misma virtud manifestó después Esteban, imitando como discípulo a Cristo, cuando elevó sus plegarias por quienes le apedreaban (cfr. *Hech.* 7, 59). Hermosa es la mansedumbre, y son testigos Moisés (cfr. *Num* 12, 3) y David (cfr. *Sal* 131, 1), a quienes, por encima de todos en esta virtud, tributa alabanza la Escritura; y especialmente el Maestro de todos ellos, que no disputa ni grita, ni vocifera en las plazas (cfr. *Is* 42, 2; 53, 7), ni resiste a sus verdugos (...).

Hermoso es castigar el cuerpo. De ello te persuada Pablo, que sin cesar lucha y se sujeta con violencia (cfr. 1 *Cor* 9, 27), e inspira santo terror, con el ejemplo de Israel, a cuantos confían en sí mismos y condescienden con su cuerpo. Que te persuada el mismo Jesús, con su ayuno, su sometimiento a la tentación y su victoria sobre el tentador (cfr. *Mt* 4, 1 ss).

Hermoso es orar y velar. De esta virtud te vuelve a dar fe Jesús, que vela y suplica antes de la Pasión (cfr. *Mt* 26, 36). Hermosa es la castidad y

la virginidad. Da crédito a Pablo, cuando determina normas sobre estas virtudes, solucionando con plena equidad la controversia sobre virginidad y matrimonio (cfr. 1 *Cor* 7, 25). Cree también a Jesús mismo, que nace de una Virgen, para adornar de honor la generación y anteponer en honra la virginidad. Hermosa es la templanza. Que te mueva la autoridad de David, el cual, cuando le consiguieron agua abundante del pozo de Belén, de ningún modo bebió (cfr. 2 *Sam* 23, 15 ss), sino que la derramó en libación a Dios, no aceptando apagar su sed a costa de la sangre de sus capitanes.

Hermosos son el recogimiento y la paz. Así me lo enseñan el Monte Carmelo, con Elías (cfr. 1 *Re* 18, 42), el desierto de Juan Bautista (cfr. *Lc* 1, 80), y por fin aquel monte (cfr. *Mt* 14, 23) al que frecuentemente Jesús se retiraba, y donde sabemos que prolongaba su recogimiento. Hermosa es la parquedad en los recursos. Me ofrecen ejemplo Elías (cfr. 1 *Re* 17, 9), sustentado en casa de la viuda; Juan, vestido con pieles de camello (cfr. *Mt* 3, 4); y Pedro, que se nutría de la comida más pobre.

Hermosa es la humildad, de la que por doquier abundan los ejemplos. Por encima de todos, el Salvador y Señor, que no sólo se abajó hasta la condición de siervo (cfr. *Fil* 2, 6), y expuso su rostro al escarnio de salivazos e injurias, hasta el extremo de ser contado entre los malhechores (cfr. *Is* 50, 6; 53, 12) mientras purificaba al mundo de las manchas del pecado, sino que también, con quehacer de esclavo, quiso lavar los pies de sus discípulos (cfr. *Jn* 13, 5).

Hermosa es la pobreza y el desprendimiento de las riquezas. Testigo es Zaqueo, al regalar casi toda su hacienda cuando en su casa entró Cristo (cfr. *Lc* 19, 8) (...). Y para resumir aún más mi enseñanza, si hermosa es la contemplación, hermosa igualmente es la acción. Mientras que una se eleva de este mundo para penetrar en el Santo de los Santos, reconduciendo nuestra mente a su genuina vida, la otra acoge a Cristo y, en su servicio, le muestra por las obras la intensidad del amor.

Cada una de estas virtudes constituye la misma vía para la salvación, que conduce a alguna de las felices y eternas mansiones: ciertamente, cuantos son los modos de vida virtuosa, tantas moradas hay junto a Dios (cfr. *Jn* 14, 2), las cuales se distinguen unas de otras y se distribuyen a cada uno según el propio mérito y dignidad. Por consiguiente, que éste cultive una virtud, ése otra, aquél varias, y otro, si puede, todas ellas; en cualquier caso, obre de tal modo que progrese, y procure con esfuerzo avanzar más, perseverando en pos de las huellas de Aquél que, al mostrarnos el verdadero camino, dirige nuestros pasos y, haciéndonos pasar por una puerta estrecha, nos lleva a la amplitud de la bienaventuranza celestial.

Por lo que respecta a la caridad, que según Pablo, y también por la autoridad del mismo Cristo, ha de ser tenida como compendio y fin de la Ley

Profetas, siendo el primero y mayor de los mandamientos (cfr. *Mt* 22, encuentro que su principal ejercicio radica en acoger a los necesita- con amor benevolente, de modo que nos conmuevan y duelan las des- s del prójimo. Pues no hay ningún otro culto tan grato a Dios como ericordia; y por cierto, no hay perfección alguna que convenga más mente a Dios, ya que la misericordia y la verdad le preceden como os (cfr. *Sal* 88, 15), y prefiere la ofrenda de la misericordia a la de la justicia (cfr. *Os* 12, 6). Por tanto, no hay otra virtud mejor para el re que aquella benignidad que será pagada por la benignidad de recompensa con justicia y establece con abundante medida su mise- ia (cfr. *Is* 28, 17).

nocer los dones de Dios

urso 14, 23-25)

econoce de dónde te viene la existencia, la respiración, la inteligen- a sabiduría y —lo que es más importante— el conocimiento de Dios, peranza del reino de los cielos, el honor que compartes con los ánge- a contemplación de la gloria que esperas, ahora como en un espejo y odo confuso, pero a su tiempo del modo más pleno y puro. Reconoce, más, que te has convertido en hijo de Dios, coheredero con Cristo y, sar una imagen atrevida, ¡eres el mismo Dios! ¿De dónde te vienen s y tales prerrogativas?

i, además, queremos hablar de los dones más humildes y comunes, ¿quién te permite ver la belleza del cielo, el curso del sol, los ciclos luz, las miríadas de estrellas y toda esa armonía y orden que siempre nueva maravillosamente en el mundo, haciendo alegre la creación el sonido de una cetra?

¿Quién te concede la lluvia, la fertilidad de los campos, el alimento, el del arte, el lugar donde habitas, las leyes, el estado y, añadamos, la de cada día, la amistad y el placer de tu parentela?

¿Quién te ha colocado como señor y rey de todo lo que hay sobre la a? Y, para detenerme en cosas más importantes, te pregunto aún: én te regaló esas características tuyas que te aseguran la plena sobera- obre los seres vivientes? Fue Dios. ¿Y qué te pide Él, a cambio de esto? El amor. Te pide constantemente, primero y sobre todo, amor a al prójimo.

El amor a los demás lo exige lo mismo que el primero. ¿Vamos a ser tacaños para ofrecer este don a Dios, después de los numerosos beneficios que de Él hemos recibido y que nos ha prometido? ¿Nos atreveremos a ser tan desvergonzados? Él, que es Dios y Señor, se hace llamar Padre nuestro; ¿y nosotros vamos a renegar de nuestros hermanos?

Estemos atentos, queridos amigos, para no convertirnos en malos administradores de lo que se nos ha regalado. Mereceríamos en ese caso la advertencia de Pedro: avergonzaos quienes os quedáis con las cosas de los otros; imitad más bien la bondad divina, y así nadie será pobre.

No nos fatiguemos acumulando o conservando riquezas, mientras los demás sufren hambre, si no queremos merecer las recriminaciones duras y cortantes que ya hizo antes el profeta Amós, cuando decía: ¡Ah vosotros!, que decís: ¿cuándo habrá pasado la luna nueva y podremos vender el trigo; cuándo habrá pasado el sábado, para poder abrir nuestros almacenes? (cfr. *Am* 8, 5).

Comportémonos de acuerdo con aquella suprema y primordial ley de Dios, que hace bajar la lluvia sobre justos y pecadores, y hace surgir el sol igualmente para todos; que ofrece a todos los animales de la tierra el campo abierto, las fuentes, los ríos, los bosques; que da el aire a las aves y el agua a los animales acuáticos; que a todos reparte con gran liberalidad los bienes de la vida, sin restricciones ni condiciones, sin ningún límite.

San Gregorio de Nisa

La fecha del nacimiento de San Gregorio de Nisa no se puede afirmar con precisión, pero debió ocurrir entre los años 331 a 335. Por línea paterna descendía de una familia de antigua raigambre cristiana, originaria del Ponto, que había sufrido persecución por confesar la fe; y por línea materna, de una familia de Capadocia que destacaba en la vida militar y civil. Tres de sus hermanos —Macrina, Basilio (llamado el Grande) y Pedro— son venerados como Santos por la Iglesia.

La educación de Gregorio corrió a cargo de su hermano mayor, Basilio. Fue profesor de Retórica, pero animado por sus amigos, en especial por el que luego sería San Gregorio Nacianceno, se retiró al monasterio de Iris, en el Ponto, para dedicarse a prácticas ascéticas y al estudio de la Teología. Su hermano Basilio, metropolita de Cesarea, le consagró obispo en el año 371, para ocupar la sede de Nisa. Por su fidelidad al Concilio de Nicea, fue depuesto por un sínodo de obispos arrianos, celebrado en su ausencia con la ayuda del gobernador del Ponto. Muerto el Emperador Valente, que era arriano, San Gregorio volvió a su sede, y en el año 381 tomó parte muy activa —con San Gregorio Nacianceno— en el Concilio I de Constantinopla, que resolvió definitivamente la cuestión arriana, reafirmando la fe de Nicea y exponiendo la divinidad y consustancialidad del Espíritu Santo. En sus últimos años, se le nombró Arzobispo de Sebaste y redactó los escritos más memorables de su doctrina espiritual, hasta su fallecimiento en el 394.

Su producción literaria no comienza antes del 370, en plena madurez. Tiene escritos de carácter teológico, exegético, homilético y ascético.

Su obra titulada *La creación del hombre* pertenece al género exegético, y la escribió a instancias de su hermano Pedro, obispo de Sebaste, con el fin de completar las homilías de San Basilio sobre los seis días de la creación, que narra el Génesis. El texto que se recoge es un comenta-

rio a la creación del hombre, hecho por Dios a su imagen y semejanza, lo que constituye su mayor dignidad y su máxima excelencia sobre las demás criaturas terrenas.

La profundidad de las obras de San Gregorio de Nisa, que escribió también libros de teología mística, le han valido el sobrenombre de *el teólogo*, con que es conocido especialmente entre los griegos.

El hombre, señor de la creación

(La creación del hombre, II-IV)

Todavía no se hallaba en este hermoso domicilio del universo la criatura grande y excelente que llamamos hombre. Realmente no era conveniente que apareciera el soberano antes que los súbditos sobre quienes tenía que mandar. Preparado primeramente el imperio, era lógico que se proclamare luego el emperador; es decir, después que el Hacedor de todas las cosas le hubo dispuesto la creación entera a modo de regio palacio.

Ese palacio es la tierra, las islas, el mar y, finalmente, el cielo, tendido sobre todo como una bóveda. Y en este palacio se reunieron riquezas de todo linaje; riquezas llamo a la creación entera, cuantas plantas y árboles hay en ella, y cuanto en ella siente, respira y está animado. Y si entre las riquezas hay que contar otras cosas que, por su elegancia o la belleza de su color, tienen los hombres por preciosas —por ejemplo, el oro, la plata y las piedras preciosas, que codician los hombres—, también éstas, en abundancia, las escondió Dios, como regios tesoros, en las profundidades de la tierra.

Después hizo aparecer al hombre en el mundo para que fuera, de una parte, espectador de sus maravillas, y de otra, amo y señor; y por la hermosura y grandeza de lo que contemplaba, rastreara el poder inefable de quien lo hiciera todo, que ningún discurso alcanza. He aquí la causa por la que el hombre fue introducido el último en el mundo, después de creado todo lo demás; no es que fuera echado al último lugar como despreciable, sino que, apenas nacido, recaía sobre él la realeza de la creación que había de estarle sujeta.

Un excelente anfitrión no introduce a su convidado en casa antes de que esté dispuesta la comida. Primero se prepara todo dignamente, se adorna espléndidamente la casa, el comedor, la mesa; una vez que todo está a punto, se introduce al convidado dentro del hogar. Así el Señor, nuestro anfitrión opulento y espléndido, después que hubo adornado elegantemente su casa y preparado un gran convite en el que no había de fal-

tar deleite alguno, introdujo finalmente al hombre, al que le tocaba no adquirir lo que faltaba, sino gozar de lo que allí había. De ahí que hiciera Dios que el hombre, por su constitución misma, constara de das elementos, mezclando lo espiritual con lo terreno. De este modo habría de resultarle connatural y propio el doble goce: de Dios, por la parte más divina de su naturaleza; de los bienes de la tierra, por la sensación, que es también terrena.

Tampoco hay que pasar por alto que la creación es, por decirlo así, improvisada por el divino poder: los cimientos del mundo y todo el universo aparecen sin más arte, al mandato de Dios. Pero la creación del hombre va precedida de un consejo; el artífice, por la pintura de su Verbo, delinea de antemano su obra futura; y nos dice cómo ha de ser y de qué original ha de copiar la imagen, para qué fin será creado, qué hará en cuanto nazca y sobre quiénes imperará. Todo lo discute de antemano el Verbo, a fin de que el hombre reciba una dignidad más antigua que su mismo nacimiento, y, antes de recibir el ser, posea la soberanía sobre los demás seres creados. Por eso cuenta la Escritura que dijo Dios: *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, e impere sobre los peces del mar, sobre las bestias de la tierra, y sobre las aves del cielo, y sobre la tierra entera* (*Gn* 1, 26).

¡Oh maravilla! Es creado el sol, y no precede consejo alguno. Lo mismo el cielo, que no tiene igual por su belleza en la creación. Toda esa maravilla surge al imperio de una sola palabra, sin que la Escritura nos diga de dónde, ni cómo, ni cosa otra alguna. Y así, sucede con todas y cada una de las demás criaturas: los astros, el aire que nos separa de ellos, el mar, la tierra, los animales, las plantas, todo se produce por la simple palabra de Dios. Sólo para la formación del hombre se prepara el Hacedor del universo con una deliberación, y dispone previamente la materia de la obra, y determina el ejemplar de belleza a que ha de asemejarse, y, señalado el fin para el que ha de nacer, le fabrica una naturaleza correspondiente y propia para las operaciones que ha de ejecutar y acomodada al fin que se le propone.

A la manera que, en las cosas humanas, los artífices dan a los instrumentos que fabrican aquella forma que parece ser la más idónea al uso a que se destinan, así el Artífice sumo fabricó nuestra naturaleza como una especie de instrumento, apto para el ejercicio de la realeza; y para que el hombre fuera completamente idóneo para ello, le dotó no sólo de excelencias en cuanto al alma, sino en la misma figura del cuerpo. Y es así que el alma pone de manifiesto su excelsa dignidad regia, muy ajena a la bajeza privada, por el hecho de no reconocer a nadie por señor y hacerlo todo por su propio arbitrio. Ella, por su propio querer, como dueña de sí, se gobierna a sí misma. .¿Y de quién otro, fuera del rey, es propio semejante atributo?

Según la costumbre humana, los que labran las imágenes de los emperadores tratan primeramente de reproducir su figura y, revistiéndola de púrpura, expresan juntamente la dignidad imperial. Es ya uso y costumbre que a la estatua del emperador se le llame emperador; así, la naturaleza humana, creada para ser señora de todas las otras criaturas, por la semejanza que en sí lleva del Rey del universo, fue levantada como una estatua viviente y participa de la dignidad y del nombre del original primero. No se viste de púrpura, ni ostenta su dignidad por el cetro y la diadema, pues tampoco el original lleva esos signos. En vez de púrpura se reviste de virtud, que es la más regia de las vestiduras; en lugar de cetro se apoya y estriba sobre la bienaventuranza de la inmortalidad; y en el puesto de la diadema se ciñe la corona de la justicia; de suerte que, reproduciendo puntualmente la belleza del original, el alma ostenta en todo la dignidad regia.

¿Qué significa ser cristiano?

(Epístola a Armonium, 4-11)

¿Qué significa ser cristiano? Seguro que la consideración de este asunto nos deparará mucho provecho.

En efecto, si captamos con precisión lo que se significa con este nombre —cristiano—, recibiremos gran ayuda para vivir virtuosamente. Pues nos esforzaremos, mediante una conducta más elevada, en ser realmente lo que nos llamamos.

Así le sucede, por ejemplo, al que se llama médico, orador o geómetra: no deja que se le prive de este título a causa de su incompetencia, como le ocurriría si en el ejercicio de su profesión se le encontrara sin la experiencia debida. Por el contrario, como no quiere que su nombre se le aplique falsamente, se esfuerza por hacerlo verdadero en su trabajo. Lo mismo debe apreciarse en nosotros. Si buscamos el verdadero sentido de ser cristiano no querremos apartarnos de lo que significa el nombre que llevamos, para que no se emplee contra nosotros la anécdota de la mona, tan divulgada entre los paganos.

Cuentan que en la ciudad de Alejandría un titiritero había domesticado a una mona para que danzase. Aprovechando su facilidad para adoptar los pasos de la danza, le puso una máscara de danzante y la cubrió con un vestido apropiado. Le puso unos músicos y se hizo famoso con el simio, que

se contoneaba con el ritmo de la melodía. El animal, gracias al disfraz, ocultaba su naturaleza en todo lo que hacía. El público estaba sorprendido por la novedad del espectáculo; pero había un niño mas astuto, que mostró a los espectadores boquiabiertos que la mona no era más que una mona.

Mientras los demás aclamaban y aplaudían la agilidad del simio, que se movía conforme al canto y la melodía, el chico arrojó sobre la orquesta golosinas que excitan la glotonería de estos animales. Cuando la mona vio las almendras esparcidas delante del coro, sin pensarlo más, olvidada enteramente de la música, de los aplausos y de los adornos de la vestimenta, corrió hacia ellas. Cogió con las manos todas las que encontró y, para que la máscara no estorbase a la boca, se quitó con las uñas apresuradamente la engañosa apariencia que la revestía. De este modo, en vez de admiración y elogios, provocó la risa del público, puesto que, bajo los restos del disfraz, aparecía risible y ridícula.

La falsa apariencia no le fue suficiente a la mona para que la considerasen un ser humano, pues su verdadera naturaleza se descubrió en su glotonería por las chucherías. Así, también serán descubiertos por las golosinas del diablo aquellos que no conformen realmente su naturaleza a la fe cristiana y sean una cosa distinta de lo que profesan.

En efecto, la vanagloria, la ambición, el afán de riquezas y de placer, y todas las demás cosas que constituyen la perversa mercancía del diablo son presentados como chucherías a la avidez de los hombres, en lugar de higos, almendras o cualquiera de esas cosas. Esto es precisamente lo que lleva a descubrir con facilidad a las almas *simiescas*: quienes simulan el cristianismo con fingimiento hipócrita, se quitan la máscara de la templanza, de la mansedumbre o de cualquier otra virtud en el tiempo de la prueba.

Es necesario conocer la tarea que lleva consigo llamarse cristiano. Sólo así llegaremos a ser de verdad lo que el nombre exige, para que no suceda que, si nos revestimos con el mero ropaje del nombre, aparezcamos ante Aquél que ve en lo escondido como algo distinto de lo que aparentamos ser en lo exterior.

San Ambrosio

Nació hacia el año 340 en Tréveris, donde su padre era prefecto de las Galias. Muy pronto, a la muerte de su padre, se trasladó a Roma, donde realizó estudios humanísticos y jurídicos. Hacia el año 370 fue nombrado gobernador de Liguria y Emilia, y se instaló en Milán, la capital.

En el año 374 murió Auxencio, obispo arriano de Milán, que ocupaba la sede ilegítimamente: San Dionisio, obispo legítimo, había muerto en el destierro. Ambrosio, como responsable del orden público, debió mediar en el conflicto desencadenado entre católicos y arrianos. El resultado fue su unánime elección como obispo. En el espacio de pocos días, recibió el Bautismo —pues aún era catecúmeno— la Confirmación y la consagración episcopal. Más tarde, bajo la guía constante del presbítero Simpliciano, completó su formación doctrinal.

El estudio sistemático de la Biblia, de cuya intensidad y asiduidad fue testigo San Agustín, y la meditación de la Palabra de Dios, fueron la fuente de su incansable actividad como pastor y predicador. Su labor al frente de la diócesis de Milán fue muy fecunda. Tuvo que hacer frente a tres asuntos principales: la herejía arriana, la expansión del cristianismo entre los paganos del norte de Italia, y la intromisión del poder temporal en materia religiosa. Murió en Milán en el año 397. Sus restos descansan en la catedral de Milán.

San Ambrosio nos ha dejado una abundante producción literaria, con obras de carácter exegético, ascético, moral, y dogmático, y otras —cartas, himnos, discursos...—, aunque prácticamente todas responden a necesidades pastorales. Las obras exegéticas son colecciones de sermones predicados y, posteriormente, revisados. Su método se inspira en Orígenes. No comentó libros enteros (a excepción del evangelio de San Lucas), pues prefería la exégesis de pasajes que permitieran extraer consecuencias morales.

El Cuerpo de Cristo

(Los sacramentos, IV, 5-9, 14, 21-25)

Os aproximáis al altar. Nada más comenzar a venir, los ángeles os han mirado. Han visto que os acercáis al altar, y vuestra condición humana, que antes estaba manchada por la oscura fealdad de los pecados, la han visto súbitamente brillar. Y así se han preguntado: *¿quién es ésta que sube del desierto llena de blancura?* (*Cant* 8, 5). Los ángeles se admiran; ¿quieres saber cuál es la causa de su admiración? Escucha al Apóstol Pedro decir que se nos ha dado aquello que los mismos ángeles desean contemplar (cfr. 1 *Pe* 1, 12). Escucha de nuevo: *lo que ojo no vio* —dice—, *ni oído oyó, eso es lo que Dios ha preparado para los que le aman* (1 *Cor* 2, 9).

Considera atentamente lo que has recibido. El santo profeta David vio esta gracia en figura, y la deseó. ¿Quieres saber cómo la ha deseado? Óyele decir de nuevo: *aspérgeme con hisopo y quedaré limpio, lávame y seré más blanco que la nieve* (*Sal* 50, 9). ¿Por qué? Porque la nieve, aunque sea blanca, muy a menudo está manchada por algún tipo de suciedad, y se afea; pero la gracia que tú has recibido, mientras la conserves tiene una duración sin fin.

Te acercabas, pues, lleno de deseos por haber visto tal gracia; venías al altar, lleno de deseos, para recibir el sacramento. Tu alma dice: *me acercaré al altar de mi Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud* (*Sal* 42, 4). Te has despojado de la vejez de los pecados y te has revestido de la juventud de la gracia. Esto te lo otorgaron los celestes sacramentos. Escucha otra vez a David, que dice: *se renovará tu juventud como la del águila* (*Sal* 102, 5). Te has convertido en un águila ágil que se lanza hacia el cielo despreciando lo que es de la tierra. Las buenas águilas rodean el altar: porque *allí donde está el cuerpo, allí se congregan las águilas* (*Mt* 24, 28). El altar representa el cuerpo, y el cuerpo de Cristo está sobre el altar. Vosotros sois águilas rejuvenecidas por la limpieza de las faltas.

Te has aproximado al altar, has fijado tu mirada sobre los sacramentos colocados encima del altar, y te has sorprendido al ver que es cosa creada, y además, cosa creada común y familiar.

Quizá diga alguno: Dios hizo una gran merced a los judíos, dándoles el maná llovido del cielo; ¿qué ha dado de más a sus fieles? ¿Qué ha dado de más a quienes tantas cosas había prometido?

(...) Quizá dices: este pan que me da a mí es un pan ordinario. Y no. Este pan es pan antes de las palabras sacramentales; mas una vez que recibe la consagración, de pan se cambia en la carne de Cristo. Vamos a probarlo. ¿Cómo puede el que es pan ser cuerpo de Cristo? Y la consagración, ¿con qué palabras se realiza y quién las dijo? Con las palabras que dijo el

Señor Jesús. En efecto, todo lo que se dice antes son palabras del sacerdote: alabanzas a Dios, oraciones en las que se pide por el pueblo, por los reyes, por los demás hombres; pero en cuanto llega el momento de confeccionar el sacramento venerable, ya el sacerdote no habla con sus palabras, sino que emplea las de Cristo. Luego es la palabra de Cristo la que realiza este sacramento.

(...) ¿Quieres saber con qué celestiales palabras se consagra? Atiende cuáles son. Dice el sacerdote: *concédenos que esta oblación sea aprobada, espiritual, agradable, porque es figura del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, El cual, la víspera de su Pasión, tomó el pan en sus santas manos, elevó sus ojos al cielo, hacia Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, dando gracias, lo bendijo, lo partió, y una vez partido, lo dio a sus apóstoles y discípulos diciendo: «tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será quebrantado en favor de muchos».*

Presta atención. *De igual manera, tomó también el cáliz después de cenar, la víspera de su Pasión, levantó los ojos al cielo, hacia Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, lo bendijo dando gracias y lo dio a sus apóstoles y discípulos diciendo: «tomad y bebed todos de él, porque ésta es mi sangre».* Observa que todas estas palabras son del Evangelista hasta el *tomad,* ya el cuerpo, ya la sangre; mas a partir de ahí, las palabras son de Cristo: *tomad y bebed todos de él, porque ésta es mi sangre.*

Observa cada detalle. Se dice: *la víspera de su Pasión, tomó el pan en sus santas manos.* Antes de la consagración es pan; mas apenas se añaden las palabras de Cristo, es el cuerpo de Cristo. Por último, escucha lo que dice: *tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo.* Y antes de las palabras de Cristo, el cáliz está lleno de vino y agua; pero en cuanto las palabras de Cristo han obrado, se hace allí presente la sangre de Cristo, que redimió al pueblo. Ved, pues, de cuántas maneras la palabra de Cristo es capaz de transformarlo todo. Pues si el Señor Jesús, en persona, nos da testimonio de que recibimos su cuerpo y su sangre, ¿acaso debemos dudar de la autoridad de su testimonio?

Vuelve ya conmigo al tema que tratábamos. Cosa grande es, ciertamente, y digna de veneración, que sobre los judíos lloviese maná del cielo. Pero reflexiona: ¿qué es más grande, el maná del cielo o el cuerpo de Cristo? Sin lugar a dudas, el cuerpo de Cristo, que es el Autor del cielo. Además, el que comió el maná murió; pero el que comiere este cuerpo recibirá el perdón de sus pecados y no morirá eternamente.

Luego no sin razón dices: *amén*, confesando ya en espíritu que recibes el cuerpo de Cristo. Cuando te presentas a comulgar, el sacerdote te dice: *el cuerpo de Cristo.* Y tú respondes: amén, es decir: así es en verdad. Lo que la lengua confiesa, la convicción lo guarde.

El martirio interior

(Exposición sobre el Salmo 118, XX, 45-48, 51)

Muchos me persiguen y me afligen: pero no me he apartado de tus mandamientos (*Sal* 118, 157).

Los peores perseguidores no son los que se manifiestan como tales, sino aquéllos que no se ven. ¡Y de éstos hay muchos! Pues del mismo modo que un rey perseguidor ordenaba muchos mandatos de acosamiento y los hostigadores se desparramaban por todas las provincias y ciudades, el diablo lanza a muchos de sus ministros, para que persigan a todas las almas, no sólo por fuera sino también por dentro.

De estas persecuciones se dijo: *todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución* (2 *Tim* 3, 12). El Apóstol escribió todos; no exceptuó ninguno. Pues, ¿quién puede ser exceptuado cuando el mismo Señor toleró las tentativas de persecución? Persigue la avaricia; persigue la ambición; persigue la lujuria; persigue la soberbia y persiguen los placeres de la carne. No olvides que el Apóstol dijo: *huid de la fornicación* (1 *Cor* 6, 18). ¿Y de qué huyes, sino de aquello que te persigue?: el mal espíritu de la lujuria, el mal espíritu de la avaricia, el mal espíritu de la soberbia.

Los perseguidores temibles son aquéllos que, sin el terror de la espada, destruyen con frecuencia el espíritu del hombre; aquéllos que, más con halagos que con espanto, someten las almas de los fieles. Éstos son los enemigos de los que te debes guardar, éstos son los tiranos más peligrosos, por los que Adán fue vencido. Muchos, coronados en públicas persecuciones, cayeron en estas persecuciones ocultas. *Por fuera*, dijo el Apóstol, *luchas; por dentro, temores* (2 *Cor* 7, 5).

Adviertes qué duro es el combate que hay en el interior del hombre, para que se bata consigo mismo y luche contra sus pasiones. El mismo Apóstol vacila, duda, es atenazado y manifiesta que está sujeto a la ley del pecado y reducido por su cuerpo de muerte, y no podría evadirse, si no fuera liberado por la gracia de Cristo Jesús (cfr. *Rm* 7, 23-25)

Y del mismo modo que hay muchas persecuciones, así también hay muchos martirios. Todos los días eres testigo de Cristo. Eres mártir de Cristo si sufriste la tentación del espíritu de lujuria, pero, temeroso del futuro juicio de Cristo, no pensaste en profanar la pureza del alma y del cuerpo.

Eres mártir de Cristo si fuiste tentado por el espíritu de la avaricia para apoderarte de los bienes de los inferiores o no respetar los derechos de las viudas indefensas, pero juzgaste que era mejor alcanzar la riqueza por la

contemplación de los preceptos divinos, que cometer la injusticia. Cristo quiere estar cerca de tales testigos, según está escrito: *aprended a obrar el bien, buscad lo justo, respetad al agraviado, haced justicia al huérfano, y amparad a la viuda: venid y entendámonos* (*Is* 1, 17-18).

Eres mártir de Cristo si fuiste tentado por el espíritu de soberbia, pero, viendo al débil y desvalido, te compadeciste con piadoso espíritu, y amaste la humildad más que la arrogancia. Y aún más si diste testimonio no sólo de palabra, sino también con obras. Pues ¿quién es testigo más fiel, que aquél que confiesa que el Señor Jesús se ha encarnado, al tiempo que guarda los preceptos del Evangelio? Porque quien escucha y no pone por obra, niega a Cristo. Aunque lo confiese de palabra, lo niega por las obras. Pues a muchos que dicen: *Señor, Señor, ¿acaso en tu nombre no hemos profetizado, arrojado demonios y obrado muchas virtudes?* (*Mt* 7, 22), les dirá en aquel día: *apartaos de mí todos los que hayáis obrado la iniquidad* (*Ibid.*, 23). Porque es testigo aquél que, haciéndose fiador con sus hechos, confiesa a Cristo Jesús.

¡Cuántos, todos los días, son mártires de Cristo en oculto, y confiesan al Señor Jesús con sus obras! El Apóstol conocía este martirio y testimonio fiel de Cristo, cuando afirmaba: *ésta es nuestra gloria: el testimonio de nuestra conciencia* (2 *Cor* 1, 12) (...).

Muchos me persiguen, y me afligen. Quizá Cristo dice esto, y lo dice con la voz de cada uno de nosotros: el adversario lo persigue dentro de nosotros. Si pretendes que nadie te persiga, apartas a Cristo, que sufrió tentación para vencerla. Donde el diablo lo ve, allí prepara insidias, allí maquina los ardides de la tentación, allí urde sus engaños, para rechazarlo si pudiera. Pero donde el diablo combate, allí está presente Cristo; donde el diablo asedia, allí Cristo está encerrado y defiende los muros de la fortaleza espiritual. Así pues, el que retrocede ante la llegada del perseguidor, expulsa también al defensor. Por tanto, cuando oigas: *muchos me persiguen y me afligen*, no temas, que también puedes decir: *si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?* (*Rm* 8, 31). Esto afirma con verdad aquél que, por los testimonios del Señor, se aparta sin rodeos de la senda de los vicios.

La misericordia divina

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, VII, 207-212)

¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa, y no vaya en busca

de la que se perdió, hasta encontrarla? (*Lc* 15, 4). Un poco más arriba has aprendido cómo es necesario desterrar la negligencia, evitar la arrogancia, y también a adquirir la devoción y a no entregarte a los quehaceres de este mundo, ni anteponer los bienes caducos a los que no tienen fin; pero, puesto que la fragilidad humana no puede conservarse en línea recta en medio de un mundo tan corrompido, ese buen médico te ha proporcionado los remedios, aun contra el error, y ese juez misericordioso te ha ofrecido la esperanza del perdón. Y así, no sin razón, San Lucas ha narrado por orden tres parábolas: la de la oveja perdida y luego hallada, la de la dracma que se había extraviado y fue encontrada, y la del hijo que había muerto y volvió a la vida; y todo esto para que, aleccionados con este triple remedio, podamos curar nuestras heridas, pues *una cuerda de tres hilos no es fácil de romper* (*Qoh* 4, 12).

¿Quién es este padre, ese pastor y esa mujer? ¿Acaso no representan a Dios Padre, a Cristo y a la Iglesia? Cristo te lleva sobre sus hombros, te busca la Iglesia y te recibe el Padre. Uno porque es Pastor, no cesa de llevarte; la otra, como Madre, sin cesar te busca, y entonces el Padre vuelve a vestirte. El primero, por obra de su misericordia; la segunda, cuidándote; y el tercero, reconciliándote con Él. A cada uno de ellos le cuadra perfectamente una de esas cualidades: el Redentor viene a salvar, la Iglesia asiste y el Padre reconcilia. En todo actuar divino está presente la misma misericordia, aunque la gracia varía según nuestros méritos. El pastor llama a la oveja cansada, se encuentra la dracma que se había perdido, y el hijo, por sus propios pasos, vuelve al padre y lo hace plenamente arrepentido del error que lo acusa sin cesar. Y por eso, con toda justicia, se ha escrito: *Tú, Señor, salvarás a los hombres y a los animales* (*Sal* 35, 7). ¿Y quiénes son estos animales? El profeta dijo que la simiente de Israel era una simiente de hombre y la de Judá una simiente de animales (cfr. *Jer* 31, 27). Por eso Israel es salvada como un hombre y Judá recogida como una oveja. Por lo que a mí se refiere, prefiero ser hijo antes que oveja, pues aunque ésta es solícitamente buscada por el pastor, el hijo recibe el homenaje de su padre.

Regocijémonos, pues, ya que aquella oveja que había perecido en Adán fue salvada por Cristo. Los hombros de Cristo son los brazos de la Cruz. En ella deposité mis pecados, y sobre la nobleza de este patíbulo he descansado. Esta oveja es una en cuanto al género, pero no en cuanto a la especie: *pues todos nosotros formamos un solo cuerpo* (1 *Cor* 10, 17), aunque somos muchos miembros, y por eso está escrito: *vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y miembros de sus miembros* (1 *Cor* 12, 27). Pues *el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido* (*Lc* 19, 10), es decir, a todos, puesto que *lo mismo que en Adán todos murieron, así en Cristo todos serán vivificados* (1 *Cor* 15, 22).

Se trata, pues, de un rico pastor de cuyos dominios nosotros no formamos más que una centésima parte. Él tiene innumerables rebaños de ángeles, arcángeles, dominaciones, potestades, tronos (cfr. *Col* 1, 16) y otros más a los que ha dejado en el monte, quienes —por ser racionales— no sin motivo se alegran de la redención de los hombres. Además, el que cada uno considere que su conversión proporcionará una gran alegría a los coros de los ángeles, que unas veces tienen el deber de ejercer su patrocinio y otras el de apartar del pecado, es ciertamente de gran provecho para adelantar en el bien. Esfuérzate, pues, en ser una alegría para esos ángeles a los que llenas de gozo por medio de tu conversión.

No sin razón se alegra también aquella mujer que encontró la dracma (cfr. *Lc* 15, 8-10). Y esta dracma, que lleva impresa la figura del príncipe, no es algo que tenga poco valor. Por eso, toda la riqueza de la Iglesia consiste en poseer la imagen del Rey. Nosotros somos sus ovejas; oremos, pues, para que se digne colocarnos sobre el agua que vivifica (cfr. *Sal* 22, 2). He dicho que somos ovejas: pidamos, por tanto, el pasto; y, ya que somos hijos, corramos hacia el Padre.

No temamos haber despilfarrado el patrimonio de la dignidad espiritual en placeres terrenales (cfr. *Lc* 15, 11-32). El Padre vuelve a dar al hijo el tesoro que antes poseía, el tesoro de la fe, que nunca disminuye; pues, aunque lo hubiese dado todo, el que no perdió lo que había recibido, lo tiene todo. Y no temas que no te vaya a recibir, porque Dios *no se alegra de la perdición de los vivos* (*Sab* 1, 13). En verdad, saldrá corriendo a tu encuentro y se arrojará a tu cuello —pues *el Señor es quien levanta los corazones* (*Sal* 145, 8)—, te dará un beso, que es la señal de la ternura y del amor, y mandará que te pongan el vestido, el anillo y las sandalias. Tú todavía temes por la afrenta que le has causado, pero El te devuelve tu dignidad perdida; tú tienes miedo al castigo, y Él, sin embargo, te besa; tú temes, en fin, el reproche, pero Él te agasaja con un banquete.

Sobre la amistad

(Los deberes de los ministros, III, 124-135)

Sólo es digna de alabanza la amistad que favorece las buenas costumbres. La amistad debe preferirse a las riquezas, a los honores, al poder, pero no a la virtud; más bien, debe ella regirse según las reglas de la rectitud moral. Así fue la amistad de Jonatán con David: por el cariño que le te-

nía, no hizo caso ni de la ira de su padre ni del peligro a que exponía su propia vida (cfr. 1 *Sam* 20, 29 ss). Así fue la de Abimelech: por cumplir los deberes de la hospitalidad, prefirió afrontar la muerte antes que traicionar al amigo que huía (cfr. 1 *Sam* 21, 6).

También la Escritura, tratando de la amistad, afirma que la virtud no debe ofenderse nunca por amor del amigo: nada se ha de anteponer a la virtud (...). Si descubres algún defecto en el amigo, corrígele en secreto; si no te escucha, repréndele abiertamente. Las correcciones, en efecto, hacen bien y son de más provecho que una amistad muda. Si el amigo se siente ofendido, corrígelo igualmente; insiste sin temor, aunque el sabor amargo de la corrección le disguste. Está escrito en el libro de los Proverbios: *las heridas de un amigo son más tolerables que los besos de los aduladores* (*Prv* 27, 6). Corrige, pues, al amigo que yerra, pero no abandones al amigo inocente. La amistad ha de ser constante y perseverante en sus afectos: no cambiemos de amigos como hacen los niños, que se dejan llevar por la ola fácil de los sentimientos.

Abre tu corazón al amigo para que te sea fiel y te comunique la alegría de la vida. Un amigo fiel, en efecto, es *medicina de vida y de inmortalidad* (*Sir* 6, 16). Respétale como a otro yo, y no tengas miedo de ganártelo con tus favores, porque la amistad no admite la soberbia. Por esto dice el Sabio: *no te avergüences de defender al amigo* (*Sir* 22, 31). No le abandones en el momento de la necesidad, no le olvides, no le niegues tu afecto, porque la amistad es el soporte de la vida. Llevemos los unos las cargas de los otros, como enseñó el Apóstol a aquéllos que están unidos formando un solo cuerpo por la caridad (cfr. *Gal* 6, 2). Si la prosperidad de uno aprovecha a todos sus amigos, ¿por qué en la adversidad no va a encontrar la ayuda de todos sus amigos? Ayudémosle con nuestros consejos, unamos nuestros esfuerzos a los suyos, participemos de sus aflicciones.

Cuando sea necesario, soportemos incluso grandes sacrificios por lealtad hacia el amigo. Quizá haya que afrontar enemistades para defender la causa del amigo inocente, y muy a menudo recibirás insultos cuando trates de responder y rebatir a aquéllos que le atacan y le acusan. No te preocupes por eso, que la voz del justo dice: *aunque vengan sobre mí males a causa del amigo, los soportaré* (*Sir* 22, 31). En la adversidad se prueban los amigos verdaderos, pues en la prosperidad todos parecen fieles. Y así como en las desventuras es necesaria la paciencia y la compasión con el amigo, en su triunfo conviene ser exigente, reprimir y corregir la arrogancia del que quizá se llena de soberbia. ¡Qué bien se expresó en sus aflicciones el santo Job! Dijo: *tened piedad de mí, amigos míos, tened piedad de mí* (*Job* 19, 21). No se trataba de una simple súplica, sino de una reprensión. Mientras los amigos argumentaban injustamente contra él, Job

clama: *tened piedad de mí, amigos*. Como si dijese: ésta es la hora de usar misericordia y, en cambio, afligís y contradecís a un hombre de quien deberíais compadeceros.

Hijos míos, sed fieles a la amistad verdadera con vuestros hermanos, porque nada hay más hermoso en las relaciones humanas. Ciertamente consuela mucho en esta vida tener un amigo a quien abrir el corazón, desvelar los propios secretos y manifestar las penas del alma; alivia mucho poseer un hombre fiel que se alegre contigo en la prosperidad, comparta tu dolor en la adversidad y te sostenga en los momentos difíciles. ¡Qué hermosa es la amistad de los tres muchachos hebreos! Ni siquiera la llama del horno fue capaz de separar sus corazones. Bien a propósito escribió el santo David: *Saúl y Jonatán, hermosos y queridísimos, inseparables durante la vida, tampoco se separaron en la muerte* (2 *Sam* 1, 23).

Éste es un fruto de la amistad: que por cariño al amigo no se destruye la fe. En efecto, no puede ser amigo del hombre quien es infiel a Dios. La amistad es guardiana de la piedad y maestra de igualdad; hace al superior igual al inferior, y coloca a éste al mismo nivel del otro. No puede haber verdadera amistad entre dos personas que tienen diferentes costumbres; por eso, el amor mutuo las debe identificar. No falte al inferior la autoridad para corregir, ni al superior la humildad para aceptar la corrección. Que el uno escuche al otro como a su igual; que el otro reproche y amoneste como un amigo, no con soberbia, sino con afecto sincero.

La advertencia no ha de ser áspera, ni la corrección ofensiva. Si es cierto que la amistad huye de la adulación, también es verdad que no tiene nada que ver con la insolencia. ¿Qué es el amigo sino un amable compañero con quien te unes íntimamente hasta fundir tu alma con la suya y constituir un solo corazón? En él te abandonas confiadamente como a otro yo, de él nada temes, y nada inconveniente le pides para ti mismo. Y es que la amistad no es mercenaria, sino que resplandece de dignidad y de belleza. Es una virtud, no una compra, porque no proviene del dinero sino del amor. No es ofrecida en subasta al mejor postor, sino que surge del desafío de la mutua benevolencia. Por eso suelen ser mejores las amistades entre los pobres que entre los ricos; y así, mientras que los hombres con recursos frecuentemente se encuentran sin verdaderos amigos, los pobres los tienen en abundancia. No hay verdadera amistad donde existen falsos halagos. Sucede a menudo que se es complaciente con los ricos por adulación, mientras que nadie simula cuando trata con un menesteroso. Así, la amistad que se ofrece al pobre es más sincera, por ser más desinteresada.

¿Qué hay de más precio que la amistad, que es común a los ángeles y a los hombres? Por esto el Señor Jesús ordena: *granjeaos amigos con las riquezas inicuas, a fin de que os reciban en las moradas eternas* (*Lc* 16, 9).

Él mismo nos ha cambiado de siervos en amigos, como claramente lo dijo: *vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os he mandado* (*Jn* 15, 14). Nos ha dejado el modelo que debemos imitar. Por tanto, hemos de compartir la voluntad del amigo, revelarle confidencialmente lo que tenemos en el corazón y no ignorar nada de cuanto él lleva en el suyo. Abrámosle nuestra alma, y él nos abrirá la suya. En efecto, el Señor declara: *os he llamado amigos porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre* (*Jn* 15, 14). El verdadero amigo, pues, no oculta nada al amigo; le descubre todo su ánimo, así como Jesús derramaba en el corazón de los Apóstoles los misterios del Padre.

San Paciano de Barcelona

Los datos que poseemos sobre San Paciano, Obispo de Barcelona en la segunda mitad del siglo IV, se deben exclusivamente al testimonio de San Jerónimo, que alaba su integridad de vida y su elocuente enseñanza. Aparte de algunos títulos de obras hoy perdidas, no conocemos en la actualidad más que unas pocas páginas de este Padre de la Iglesia; suficientes, sin embargo, para poner de relieve su calidad teológica y su maestría como predicador. A él se debe la célebre frase, llena de santo orgullo por la verdadera fe recibida en la Iglesia: «cristiano es mi nombre, católico mi apellido».

En sus cartas y homilías reafirma, frente a los errores de los novacianos (que limitaban el poder de la Iglesia para perdonar los pecados), la verdadera doctrina católica. Conservamos tres cartas a un tal Simproniano, y un tratado —importante para la historia del sacramento de la Penitencia— que se ocupa de los diversos tipos de pecados, de la disciplina penitencial. Desarrolla conceptos propuestos por Tertuliano y San Cipriano, mas ningún otro tratado anterior arroja una luz tan viva y concreta sobre los diversos elementos del Sacramento de la Penitencia, tal como se practicaba en la antigüedad cristiana.

También es suyo un *Sermón sobre el Bautismo*, del que a continuación se recogen unos párrafos. Destaca la clara exposición del pecado original y su transmisión al género humano, la necesidad de la Redención, y la importancia del Bautismo, sacramento que hace renacer en Cristo, perdonando el pecado e infundiendo la vida nueva de la gracia.

La justificación en Jesucristo

(Sermón sobre el Bautismo, 1-5)

Comprended, queridísimos hijos, en qué muerte se halla el hombre antes de recibir el Bautismo. Ciertamente no ignoráis la antigua historia del retorno de Adán a su origen terreno, ni la condenación que lo sujetó a la ley de una muerte eterna. Desde entonces, todos sus descendientes, sometidos a la misma ley, han estado sujetos a esta muerte que ha reinado sobre todo el género humano desde Adán hasta Moisés. Mas bajo Moisés, fue elegido un solo pueblo, descendiente de Abraham. Se le pidió que fuera capaz de observar la ley de justicia. Entretanto, nosotros [los gentiles] estábamos retenidos en la cárcel del pecado para ser presa de aquella muerte. Estábamos destinados a alimentarnos de bellotas y a guardar piaras, es decir, a cumplir actos inmundos bajo el influjo de los ángeles malos. Bajo su imperio no nos era permitido practicar la justicia, y ni siquiera conocerla. La naturaleza misma de las cosas imponía la sumisión a tales señores. ¿Cómo hemos sido liberados de este poder tiránico y de esta muerte? ¡Escuchadlo!

Como ya os he contado, Adán, después de pecar, fue entregado a la muerte por el Señor, que le dijo: *eres polvo y al polvo has de volver* (*Gn* 2, 19). Esta condena se transmitía a todo el género humano. Todos, en efecto, han pecado en razón de las exigencias de la naturaleza misma, según la palabra del Apóstol: *así como por un solo hombre entró el pecado en este mando, y por el pecado la muerte. así también la muerte se propagó en todos los hombres porque todos han pecado* (*Rm* 5, 12). Era el reino del pecado lo que nos arrastraba hacia la muerte, como a cautivos cargados de cadenas hacia una muerte sin fin. Mas antes del tiempo de la Ley nadie tenia conciencia de este pecado, como lo dice el Apóstol. Antes de la promulgación de la Ley, el mundo ignoraba el pecado, en el sentido de que el pecado no aparecía a sus ojos. Pero el pecado revivió con la llegada de la Ley (cfr. *Rm* 5, 13; 7, 9). Fue desvelada su existencia y por consiguiente se hizo visible: pero esta intervención de la Ley fue vana, pues casi nadie la observaba. La Ley decía: *no cometerás adulterio, no matarás, no codiciarás;* sin embargo, la concupiscencia permanecía, con todos sus vicios. Antes de la Ley, el pecado mataba con una espada escondida; desde la Ley, el pecado fue sacado a plena luz. ¿Qué esperanza, pues, restaba al hombre? Sin la Ley, el hombre perecía porque ignoraba su pecado. Bajo el régimen de la Ley, perecía por caer conscientemente en el pecado. ¿Quién ha podido liberarlo entonces de la muerte? Escuchad al Apóstol: *¡desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* Y añade: *la gracia, por Jesucristo Nuestro Señor* (*Rm* 7, 24-25).

¿Y qué es la gracia? Es la remisión del pecado. Es, por lo tanto, un don. Cristo vino a rescatar al hombre y lo ha devuelto a Dios, purificado, inocente, libre de la prisión del pecado. *He aquí*, dice Isaías, *que la virgen concebirá y dará a luz un hijo que llamará Emmanuel. Se alimentará de leche y miel hasta que sepa desechar el mal y elegir el bien* (*Is* 7, 14-15). A propósito de este hijo, el mismo Isaías añade más adelante: jamás *cometió pecado ni profirió mentira su boca* (*Is* 53, 9). Poderoso por esta inocencia, Cristo emprendió la restauración de nuestra dignidad, precisamente en una carne de pecado.

Pronto el demonio, padre del pecado de desobediencia, que antes habla engañado al primer hombre, se impacientó, se agitó y tembló. Era menester vencerlo abrogando la ley del pecado, la única que había permitido al demonio someter al hombre. El diablo se arma para combatir al Inocente. Ante todo, recurre a la misma argucia con la que derribó a Adán en el Paraíso: insinúa a Cristo una cuestión de prestigio, como solícito de su autoridad celestial: *si eres el Hijo de Dios*, le dice, *di que estas piedras se conviertan en panes* (*Mt* 4, 3). El tentador esperaba que Jesús se plegaría a esta invitación, para desvelar su naturaleza divina. El demonio no se detuvo allí. Le sugiere precipitarse desde lo alto, asegurándole que los ángeles, encargados por el Padre de llevarle sobre sus alas, lo recogerán con sus manos, para que su pie no choque con ninguna piedra. Así el Señor podría comprobar si en verdad se referían a Él tales providencias dispuestas por el Padre, a las que el tentador le insta a acogerse. La Serpiente, rechazada de nuevo, hace ya ademán de ceder y le promete los mismos reinos de la tierra que en otro tiempo había arrebatado al primer hombre... Pero en todos estos combates, el enemigo es derribado, subyugado por la fuerza de lo alto, como dice el Profeta dirigiéndose al Señor: *Tú acallarás a enemigos y rebeldes y contemplaré tu cielo, la obra de tus manos* (*Sal* 8, 3-4).

El demonio se había visto obligado a ceder, pero no se consideró derrotado. Recurriendo a sus habituales artimañas, sobornó a escribas, fariseos y a toda la ralea de sus cómplices impíos, excitándolos a la cólera. Después de haber empleado diversos métodos y actitudes hipócritas, con el fin de engañar, al modo de la serpiente, a cuantos seguían al Señor, se confirmó el fracaso de sus tentativas. Al final, atacaron de frente, como salteadores, infligiendo a Cristo los crueles tormentos de la Pasión. Esperaban así que, vencido por la humillación o el dolor, se permitiera alguna actitud o palabra injusta; así el Mesías habría perdido al hombre [la naturaleza humana] que llevaba en sí, y habría abandonado su alma a los infiernos. Sus enemigos no tenían más que un deseo: poderlo contar como pecador: *el aguijón de la muerte* —dice el Apóstol— *es el pecado* (1 *Cor* 15, 56). Cristo resistió, como *Aquél que jamás cometió pecado alguno y en*

cuya boca no se encontró engaño (1 *Pe* 2, 22), según hemos dicho, lo cual se verificó incluso cuando le conducían al suplicio. Allí estuvo su victoria: en ser condenado a pesar de su inocencia. En efecto, el demonio había recibido plenos poderes sobre los pecadores, y reivindicaba el mismo poder sobre el Justo. Ésa fue su derrota: arrogarse en relación al Justo unos derechos que la Ley divina no le reconocía. De ahí la palabra del profeta al Señor: *Tú eres justo cuando das sentencia. Y sin reproche cuando castigas* (*Sal* 50, 6).

Según las palabras del Apóstol, *Él ha despojado a los principados y potestades, y los ha dado en espectáculo ante la faz del mundo. arrastrándolos en su cortejo triunfal* (*Col* 2, 15). He aquí por qué *Dios no ha abandonado su alma en el sepulcro, ni ha dejado que su Santo conozca la corrupción* (*Sal* 15, 10). Así es como, pisoteando el aguijón de la muerte, resucitó al tercer día en su carne, para reconciliarla con Dios y devolverla a la eternidad, después de la derrota y destrucción del pecado.

Pero si sólo Él ha vencido, ¿cuál fue el provecho para los demás? Escuchad brevemente. El pecado de Adán se había transmitido a toda la raza humana: *por un solo hombre entró el pecado en el mundo, dice el Apóstol, y por el pecado la muerte; así la muerte se propagó a todos los hombres* (*Rm* 5, 12). La justicia de Cristo se extiende así también necesariamente a toda la raza humana. Si Adán, por su pecado, ha causado la perdición de toda su descendencia, Cristo, por su justicia, ha dado vida a toda su raza. El Apóstol insiste en esto: *como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno solo, muchos serán constituidos justos. Del mismo modo que el pecado reinó para dar la muerte, así también la gracia reinará en virtud de la justicia para dar la vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor* (*Rm* 5, 19-21).

San Cromacio de Aquileya

Nació en Aquileya, ciudad de la Italia septentrional, hacia el año 340, en el seno de una familia profundamente cristiana. Los pocos datos que conservamos de su infancia y adolescencia proceden de una carta de San Jerónimo y de la *Apología* de Rufino. Desde el año 370 fue miembro del clero de su ciudad. En calidad de colaborador del obispo Valeriano participó en el Sínodo local que, convocado en el 381 bajo la dirección de San Ambrosio, condenó el semiarrianismo. A la muerte de Valeriano en el 388, Cromacio ocupó la sede de Aquileya. En el desempeño de este cargo desarrolló una intensa actividad pastoral durante veinte años, dedicándose por entero a la predicación, a la administración de los sacramentos y a las tareas de gobierno. Murió en el año 407 ó 408.

De su abundante producción literaria sólo conservamos 45 homilías —algunas en estado fragmentario—, y 61 tratados. Estos dos tipos de obras descubren otros tantos rasgos importantes de la figura de San Cromacio: al lado del pastor, preocupado por enseñar las verdades de fe a sus fieles, surge el exégeta, que realiza con erudición y piedad el comentario a los textos evangélicos de San Mateo.

Escribió también numerosas epístolas —que se han perdido— a personajes de la época: San Ambrosio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo... A través de ellas, estimuló en su trabajo de traductores a San Jerónimo y a Rufino de Aquileya, animándoles a poner al servicio de la Iglesia sus conocimientos lingüísticos.

Las bienaventuranzas

(Sermón 41, sobre las ocho bienaventuranzas)

Este concurso y afluencia de pueblo en un día de mercado nos ofrece la ocasión de proponeros, hermanos, la palabra del Evangelio, porque las realidades de este mundo son figura de las espirituales y las cosas de la tierra ofrecen la imagen de las del Cielo. En efecto, el Señor y Salvador nuestro nos señala frecuentemente las realidades celestes recurriendo a las de la tierra, como cuando dice: *semejante es el reino de los cielos a una red echada en la mar* (*Mt* 13, 47), y aun: *el reino de los cielos se parece a un mercader que va en busca de una perla preciosa* (*Mt* 13, 45).

Así pues, si la misión del mercader es permitir que cada uno, según sus intereses, ponga en venta lo que le sobra o compre lo que le falta, no estará fuera de lugar que también yo os ofrezca la mercancía que el Señor me ha confiado, particularmente la predicación; pues —aunque ínfimo e indigno— me ha escogido entre aquellos siervos a los que ha distribuido talentos para que los empleen y obtengan ganancia. Ciertamente no faltarán los mercaderes donde, por gracia de Dios, hay tantos y tales oyentes. Y es más necesario buscar un beneficio celestial allí donde no se descuidan los intereses materiales.

Deseo ofreceros, queridísimos hermanos, las perlas preciosas de las bienaventuranzas, tomadas del Evangelio. Abrid, pues, las arcas de vuestro corazón, comprad, tomad con avidez, adueñaos con alegría.

Mientras se juntaban multitudes de diversas regiones, el Señor y Dios nuestro, Hijo Unigénito del Sumo Padre, que se ha dignado hacerse hombre siendo Dios, y maestro siendo el Señor, tomó consigo a sus discípulos, es decir, a sus Apóstoles, subió a la montaña y comenzó a enseñarles diciendo: *bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (*Mt* 5, 34)... El Señor, Salvador nuestro, pone como escalones extremadamente sólidos, de piedras preciosas, por los que las almas santas y fieles puedan encaramarse y subir hasta ese bien supremo que es el reino de los cielos. Deseo, por tanto, hermanos queridísimos, indicaros brevemente cuáles son esos escalones; prestad atención con toda vuestra mente y con toda vuestra alma, porque las cosas de Dios no son de poca importancia.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (*Mt* 5, 3). Principio estupendo, hermanos míos, de la doctrina celestial. El Señor no comienza por el miedo, sino por la bienaventuranza; no suscita temor, sino más bien deseo. Como un árbitro o quien da un espectáculo de gladiadores, ofrece un premio importante a los que luchan en

este estadio espiritual, a fin de que no teman las fatigas y, a la vista del premio, no tiemblen ante los peligros. *Bienaventurados*, pues, *los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. El Señor no ha dicho simplemente, sin precisar, que son felices los pobres, sino que ha especificado: los pobres de espíritu. En efecto, no se puede llamar bienaventurada cualquier pobreza, porque frecuentemente deriva de desgracia, de costumbres depravadas y hasta de la cólera divina. Bienaventurada es, pues, la pobreza espiritual, es decir, la de aquellos hombres que en espíritu y voluntad se hacen pobres por Dios, renunciando a los bienes del mundo y donando espontáneamente sus propias riquezas. A éstos se les llama bienaventurados con justo título, porque son pobres de espíritu y porque de ellos es el reino de los cielos: por medio de la pobreza voluntaria se consiguen las riquezas del reino de los cielos.

El Señor prosigue: *bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra* (*Mt* 5, 4). De modo admirable, tras el primer peldaño, se indica el segundo: *bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra*. Pero de la misma manera que no es posible, sin respetar el orden de los escalones, pararnos en el segundo si no se ha subido el primero, así un hombre no podrá ser manso si antes no se ha hecho pobre de espíritu. ¿Cómo podría un alma en medio de las riquezas, de las preocupaciones y de los afanes del mundo, de los que nacen agitaciones, litigios, recursos de apelación, iras y exacerbaciones sin fin; cómo podría, digo, en medio de todo esto, ser dulce y mansa un alma si antes no hubiera renunciado con un corte neto a todo lo que provoca cólera y a toda ocasión de disputas? El mar no se aquieta hasta que cesan los vientos; el fuego no se extingue mientras no se quita el material combustible y las ramas secas de los arbustos. Del mismo modo un espíritu no podrá ser dulce y manso mientras no haya renunciado a cuanto excita e inflama. El segundo escalón viene, pues, oportunamente detrás del primero, porque los pobres de espíritu comienzan ya a estar en el camino de la mansedumbre.

Y he aquí el tercero: *bienaventurados los que lloran, porque serán consolados* (*Mt* 5, 5). ¿Cuál es para nosotros este llanto saludable? Desde luego no el que nace de la pérdida de nuestros bienes, o de la muerte de nuestros seres queridos, o de la privación de los honores de este mundo: de estas cosas no ha de dolerse quien ha llegado a ser pobre de espíritu. Es saludable el llanto que se derrama por los propios pecados, recordando el juicio de Dios. En medio de las innumerables ocupaciones y de las dificultades de este mundo, el alma no podía pensar en sí misma; pero libre ya de cuidados y amansada, se aplica a mirarse más de cerca, a examinar sus acciones del día y de la noche; comienzan entonces a aparecer las heridas de las culpas pasadas, a las que siguen llantos y lágrimas saludables y muy

útiles para atraer enseguida la consolación celestial, pues es veraz el que ha dicho: *bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.*

Pasemos, hermanos míos, al cuarto escalón: *bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados* (*Mt* 5, 6). Después del arrepentimiento, después de los llantos y las lágrimas derramadas sobre los pecados, ¿qué otra hambre y qué otra sed puede nacer sino de la justicia? Como se alegra por la luz ya próxima quien ha pasado la noche en la oscuridad, y como desea comer y beber quien ha digerido la amarga bilis, así también el alma del cristiano, tras haber expiado los propios pecados con el dolor y con las lágrimas, sólo tiene hambre y sed de la justicia de Dios y con derecho se alegrará de ser saciada de cuanto desea.

Pasemos ahora el quinto escalón: *bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia* (*Mt* 5, 7). Nadie podrá dar nada a nadie si antes no lo ha dado a sí mismo. Así, tras haber obtenido misericordia y abundancia de justicia, el cristiano comienza a tener compasión de los infelices y empieza a rezar por los otros pecadores. Se vuelve misericordioso incluso hacia sus enemigos. Se prepara, con esta bondad, una buena reserva de misericordia para la llegada del Señor. Por eso se ha dicho: *bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.*

He aquí el sexto escalón: *bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios* (*Mt* 5, 8). Ciertamente están ya limpios de corazón y podrán ver a Dios los pobres de espíritu, los mansos, los que han llorado sus propios pecados, los que se han nutrido de justicia, y los misericordiosos que hasta en la adversidad mantienen el ojo de su corazón tan limpio y claro que pueden mirar sin ardor de malicia y sin obstáculo la inaccesible claridad de Dios. La pureza del corazón y la rectitud de la conciencia no soportarán una nube para mirar al Señor.

Sigue, hermanos míos: *bienaventurados los obradores de paz, porque serán llamados hijos de Dios* (*Mt* 5, 9). Grande es la dignidad de cuantos se afanan por la paz, pues son considerados hijos de Dios. Es seguro bien restablecer la paz entre hermanos que se llaman a juicio por cuestiones de interés, de vanagloria o de rivalidad. Pero esto no merece más que una modesta recompensa, porque el Señor había dicho para ejemplo nuestro: *¿quién me ha constituido juez o partidor sobre vosotros?* (*Lc* 12, 14). Y antes: *no reclames lo tuyo a quien te lo toma* (*Lc* 6, 30). Y en otro lugar: *¿cómo podríais creer vosotros, que andáis en busca de gloria, los unos de los otros?* (*Jn* 5, 44). Hemos de darnos cuenta de que existe una obra de paz de mejor calidad y más sublime: me refiero a la que, mediante una asidua enseñanza, lleva la paz a los paganos, enemigos de Dios; la que corrige a los pecadores y, mediante la penitencia, los reconcilia con Dios; la que devuelve al recto camino a los herejes rebeldes; la que recompone en

la unidad y en la paz a cuantos andan en desacuerdo con la Iglesia. Tales obradores de paz no son sólo bienaventurados, sino bien dignos de ser llamados hijos de Dios. Por haber imitado al mismo Hijo de Dios, Cristo, al que el Apóstol llama *nuestra paz y nuestra reconciliación* (cfr. *Ef* 2, 14-16; 2 *Cor* 5, 18-19), se les concede participar de su nombre.

Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (*Mt* 5, 10). No cabe duda, hermanos, de que la envidia es siempre compañera del bien realizado. Por no hablar de la crueldad de los perseguidores, cuando se comienza a practicar una justicia rigurosa, a combatir la arrogancia, a amonestar a los incrédulos para que se pongan en paz con el Señor; cuando además se comienza a disentir de quien vive en la mundanidad y en el error, enseguida estallan las persecuciones; es inevitable que surjan los odios y que la rivalidad difame. Así conduce Cristo finalmente a sus seguidores al último peldaño, a esa cima, a esa altura, no sólo para que resistan en el sufrimiento, sino para que se gocen en el morir.

Bienaventurados seréis —dice— *cuando os ultrajen y persigan y, mintiendo, digan de vosotros todo género de mal a causa de la justicia. Alegraos y exultad, porque es grande vuestra recompensa en los cielos. Así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros* (*Mt* 5, 11-12). Es perfecta virtud, hermanos, después de obras de gran justicia, ser ultrajados por la verdad, ser afligidos con tormentos y, al fin, heridos de muerte sin dejarnos aterrorizar, siguiendo el ejemplo de los profetas que, atormentados de muchas maneras por la justicia, merecieron ser asimilados a los sufrimientos y premio de Cristo. Este es el peldaño más alto, en el que Pablo, mirando a Cristo, decía: *mi única mira es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando a las de delante, ir corriendo hacia la meta, para ganar el premio a que Dios llama desde lo alto por Jesucristo* (*Fil* 3, 13-14). Y más claramente aún a Timoteo: *he combatido el buen combate, he terminado mi carrera* (2 *Tim* 4, 7). Y como quien ha subido todos los escalones, añade: *he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia* (*Ibid.* 4, 8). Terminada la carrera, a Pablo no le quedaba más que alcanzar glorioso, a través de las tribulaciones y de los sufrimientos, el peldaño más alto del martirio. La palabra del Señor nos exhorta, pues, oportunamente: *alegraos y exultad, porque grande es vuestra recompensa en los cielos*; y Él muestra con claridad que esta recompensa aumenta con el aumento de las persecuciones.

Hermanos, ante vuestros ojos están estos ocho escalones del Evangelio, construidos, como decía, con piedras preciosas. He aquí esa escalera de Jacob que comenzaba en la tierra y cuya cumbre tocaba el cielo. El que la sube encuentra la puerta del cielo y, habiendo entrado por ella, estará

con alegría sin fin en la presencia del Señor, alabándole eternamente con los ángeles santos. Éste es nuestro comercio, éste es nuestro mercado espiritual. Demos, benditos de Dios, lo que tenemos; ofrezcamos la pobreza de espíritu para recibir la riqueza del reino de los cielos que nos ha sido prometida; ofrezcamos nuestra mansedumbre, para poseer la tierra y el paraíso; lloremos los pecados propios y ajenos, para merecer el consuelo de la bondad del Señor; tengamos hambre y sed de justicia, para ser saciados más abundantemente; demos misericordia, para recibir verdadera misericordia; vivamos como obradores de paz, para ser llamados hijos de Dios; ofrezcamos un corazón puro y un cuerpo casto, para ver a Dios con clara conciencia; no temamos las persecuciones por la justicia, para ser herederos del reino de los cielos; acojamos con gozo y alegría los insultos, los tormentos, la muerte misma —si llegara a sobrevenir— por la verdad de Dios, a fin de recibir en el cielo una gran recompensa con los Apóstoles y los Profetas.

Y para que el fin de mi discurso concuerde con el principio: si los comerciantes se alegran por las frágiles ganancias del momento, ¡cuánto más hemos de alegrarnos y felicitarnos todos juntos por haber encontrado hoy estas perlas del Señor, con las que no se puede comparar ningún bien de este mundo! Para merecer comprarlas, obtenerlas y poseerlas, hemos de pedir el auxilio, la gracia y la fuerza al Señor mismo. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

San Juan Crisóstomo

San Juan Crisóstomo es el representante más importante de la Escuela de Antioquía y uno de los cuatro grandes Padres de la Iglesia en Oriente. Su personalidad nos es bien conocida a través de sus biógrafos: enérgico y de gustos sencillos y austeros, estaba dotado de grandes cualidades oratorias.

Nacido en el seno de una familia cristiana noble, alrededor del año 350, recibió desde su infancia una educación esmerada. Después de ser ordenado sacerdote en el año 386, cumplió el oficio sacerdotal en Antioquía durante doce años; allí recibió el sobrenombre de *crisóstomo* (boca de oro) con que ha pasado a la posteridad, a causa del esplendor de su elocuencia. En el 397 fue consagrado obispo de Constantinopla. Desde el primer momento dedicó todos los esfuerzos a elevar el ambiente moral de la sociedad que le rodeaba, lo que le produjo numerosas incomprensiones y, al final de su vida, el exilio. Murió el 14 de septiembre del año 407. Entre los Padres griegos no hay ninguno que haya dejado una herencia literaria tan copiosa como San Juan Crisóstomo. Además, es el único, entre los antiguos antioquenos, cuyos escritos se han conservado casi íntegramente.

Su producción literaria se puede dividir en tratados, homilías y cartas. Según él mismo atestigua, predicaba todos los días. Algunos de los oyentes tomaban notas, que él después revisaba, o no, antes de la publicación: ésta es la causa de que, en ocasiones, nos hayan llegado dos versiones de una misma homilía. Preparaba sus discursos con sumo cuidado, y miraba especialmente al bien de los oyentes, que, en no pocas ocasiones, le interrumpían con aplausos.

El mayor número de homilías conservadas —varios centenares— forman parte de una serie de comentarios a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las noventa *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* representan el más antiguo comentario completo sobre el texto del

primer evangelista. Su exégesis es de carácter moral, de acuerdo con el método propio de la Escuela antioquena. San Juan Crisóstomo mueve decididamente a la conversión a quienes, siendo cristianos de palabra, no lo son con sus obras y no difunden a su alrededor la luz de Cristo.

Muy importantes son también las ocho *Catequesis sobre el Bautismo*, descubiertas en este siglo, en las que expone a los nuevos cristianos las exigencias de la pelea espiritual del cristiano; el tratado *A Teodoro caído*, exhortación a un amigo que había decaído de su anterior fervor religioso; y los cinco libros *Sobre el sacerdocio*, una de las joyas de la literatura cristiana de todos los tiempos sobre la excelencia y dignidad del sacerdocio cristiano.

La ley natural

(Homilías al pueblo de Antioquía, XII, 4-5)

Voy a intentar demostraros que el hombre tiene por sí mismo conocimiento de la virtud.

Cometió Adán el primer pecado, e inmediatamente tras el pecado se escondió. Ahora bien, de no saber que había obrado mal, ¿qué necesidad tenía de ocultarse? Porque entonces no había Escrituras ni Ley de Moisés. ¿Por dónde, pues, conoció el pecado y se escondió? Y no sólo se oculta, sino que, acusado, trata de echar la culpa a otro, diciendo: *la mujer que me diste me dio del árbol y comí* (*Gn* 2, 12). Y ella, a su vez, echa la culpa a la serpiente (...).

Lo mismo cabe ver en la historia de Caín y Abel. Ellos fueron los primeros en ofrecer a Dios las primicias de sus trabajos. Yo quiero demostraros que el hombre no sólo es capaz de conocer el pecado, sino también la virtud. Que el hombre conoce ser un mal el pecado lo demostró Adán, y que sabe que la virtud es un bien lo puso de manifiesto Abel. Si éste ofreció aquel sacrificio, no es porque lo aprendiera de nadie, ni porque hubiera oído entonces alguna ley que hablara de las primicias; él mismo, su propia conciencia, fue su maestro. De ahí que no baje con mi discurso a tiempos posteriores, sino que me detenga en los primeros hombres, cuando no había letras, ni ley, ni profetas, ni maestros. Allí estaba Adán solo con sus hijos, y por ahí podemos comprender que el conocimiento de lo bueno y de lo malo era un don primero de la naturaleza.

(...) Sin embargo, los griegos no soportan esto. Pues vamos a discurrir también contra ellos, y sigamos en el tema de la conciencia el procedimiento que usamos en el de la creación. No los combatiremos sólo por las

Escrituras, sino también por argumentos de razón. Ya Pablo los venció en su lucha con ellos sobre este capítulo.

¿Qué dicen los griegos? No tenemos —afirman— una ley que la conciencia conozca por sí misma, ni infundió Dios nada de eso en nuestra naturaleza. Entonces, decidme, ¿en qué se inspiraron los legisladores de ellos para establecer leyes acerca del matrimonio, del homicidio, de los testamentos, depósitos, avaricia, e infinitas cosas más? Los actuales acaso se inspiraron en sus antecesores, éstos en otros, y otros en los más antiguos; pero estos antiguos y quienes al principio legislaron entre ellos, ¿en qué se inspiraron? ¡Evidentemente, en su conciencia! Porque no van a decir que trataron con Moisés y oyeron a los profetas. ¡No serían entonces gentiles! No, es evidente que los antiguos pusieron las leyes inspirándose en la ley que Dios infundió al hombre al plasmarlo, y por ella se inventaron las artes y todo lo demás.

Del mismo modo se constituyeron tribunales y se determinaron castigos. Que es lo mismo que dice Pablo. Muchos gentiles le iban a replicar y decían: ¿cómo puede juzgar Dios a los hombres anteriores a Moisés, cuando no les envió un legislador, ni les propuso una ley, ni les mandó un profeta, ni un apóstol, ni un evangelista? ¿Qué derecho tiene a pedirles cuentas? Mas escucha la respuesta de Pablo, para demostrarles que tenían una ley que se sabe de suyo y conocían claramente lo que debían hacer: *cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente lo que manda la ley, éstos, que no tienen ley, son ley para sí mismos y demuestran que lo que manda la ley está escrito en sus corazones* (*Rm* 1, 14-15).

¿Cómo puede hallarse escrito sin letras? Porque *lo atestigua su propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden, como se verá aquel día en que Dios juzgará lo oculto de los hombres por medio de Jesucristo, según el Evangelio que yo predico* (*Rm* 2, 15-16). Y poco antes: *cuantos sin ley pecaron, sin ley también perecerán; y cuantos con la ley pecaron, por medio de la ley serán juzgados* (*Rm* 2, 12). ¿Qué quiere decir que perecerán sin ley? Que no los acusará la ley, sino sus razonamientos y su conciencia. Ahora bien, de no tener la ley de su conciencia, no debieran siquiera perecer pecando. ¿Cómo perecer si pecaron sin ley? Mas cuando el Apóstol dice que pecaron sin ley, no quiere decir que no tenían ley en absoluto, sino que no tenían ley escrita, pero sí la ley de la naturaleza.

En otro pasaje, el Apóstol escribe: *gloria, honor y paz a todo el que obra el bien, el judío primeramente y luego el griego* (*Rm* 2, 10). Al hablar así, se refería a los tiempos remotos anteriores al advenimiento de Cristo. Y llama aquí griego o gentil no al idólatra, sino al adorador de un Dios único, pero no ligado por necesidad a las observancias judaicas del sábado, de la circuncisión o de diversas purificaciones. Se trata, en fin, de un gentil que practique toda la virtud y religión. Pues hablando de estos gentiles,

dice en otro lugar: *indignación e ira, tribulación y angustia aguardan al alma de todo hombre que obra mal, del judío primeramente y luego del griego* (*Rm* 2, 9). También aquí llama griego al que está libre de la observancia judaica. Ahora bien, si no ha oído la ley ni se ha educado con los judíos, ¿cómo puede ser objeto de indignación y de ira, de tribulación y angustia, caso de obrar mal? Porque tiene dentro la conciencia que le da voces y le enseña e instruye sobre todo.

¿Cómo se prueba eso? Porque el propio gentil castiga a los que pecan, pone leyes y establece tribunales. Pablo lo pone de manifiesto cuando dice de los que viven en maldad: *los cuales, no obstante conocer la justicia de Dios, no echaron de ver que los que hacen tales cosas son dignos de muerte; y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen* (*Rm* 1, 32). ¿Y por dónde sabían, se dirá, que Dios quiere castigar de muerte a los que viven en maldad? Pues por el hecho de castigar ellos a los que pecan. Porque si no piensan que el homicidio sea un crimen, que no castiguen por sentencia al asesino convicto. Si no piensan que el adulterio sea un mal, que absuelvan de toda pena al adúltero que cae en sus manos. Ahora bien, respecto a los pecados de otros promulgas leyes, determinas penas y eres juez severo, ¿qué excusa puedes tener en lo que tú mismo pecas, con achaque de no saber lo que se debe hacer? Habéis cometido un adulterio tú y el otro; ¿qué razón hay para que al otro lo castigues y tú te tengas por digno de perdón? Si no sabías que el adulterio es un crimen, tampoco había que castigar al otro. Mas si castigas a otro y tú piensas escapar al castigo, ¿qué lógica es ésa que, siendo los pecados iguales, no lo sean las penas? (...)

En conclusión, puesto que Dios ha de pagar a cada uno según sus obras, y nos puso la ley natural y más tarde la escrita, a fin de pedirnos cuentas de nuestros pecados y coronarnos por nuestras virtudes, ordenemos con gran cuidado nuestra vida, como quienes han de comparecer ante el tribunal severo, sabiendo que, si después de la ley natural y la escrita, después de tanta predicación y continua exhortación, todavía descuidamos nuestra salud, no habrá para nosotros perdón alguno.

Lectura frecuente de la Sagrada Escritura

(Homilías sobre el Génesis, 35, 1-2)

Queridísimos, es una cosa muy buena la lectura de las divinas Escrituras. Da sabiduría al alma, eleva la mente al cielo, hace al hombre agrade-

cido, nos impulsa a no admirar las realidades de aquí abajo, sino a vivir con el pensamiento puesto allá arriba, a realizar todas nuestras obras con la mirada fija en la recompensa que nos dará el Señor, a dedicarnos al trabajo de la virtud con gran entusiasmo. Gracias a ellas, podemos conocer la providencia de Dios, siempre dispuesta a prestar auxilio; la valentía de los justos, la bondad del Señor, la grandeza de los premios. Nos pueden impulsar a imitar fervorosamente la piedad de hombres generosos, para no adormecernos en las batallas espirituales y para confiar en las promesas divinas antes de que se cumplan.

Por esto os exhorto: ¡leamos con mucha atención las Escrituras divinas! Alcanzaremos su verdadera comprensión si nos dedicamos siempre a ellas. No es posible, en efecto, que quien demuestra gran cuidado y deseo de conocer las palabras divinas se quede en la estacada. Incluso si no tiene ningún maestro, el Señor mismo entrará en nuestros corazones, iluminará nuestra inteligencia, nos revelará las verdades escondidas; será Él nuestro Maestro en lo que no comprendamos, con tal de que nosotros estemos dispuestos a hacer lo que podamos (...).

Cuando tomamos en nuestras manos el libro espiritual, hemos de poner en vela nuestro espíritu, recoger nuestros pensamientos, echar fuera cualquier preocupación terrena. Dediquémonos entonces a la lectura con mucha devoción, con gran atención, para que se nos conceda que el Espíritu Santo nos guíe a la comprensión de lo que está escrito, sacando así gran utilidad. Aquel hombre eunuco y bárbaro, ministro de la reina de los etíopes, que era un hombre importante, no descuidaba la lectura de la Escritura ni siquiera cuando estaba de viaje. Teniendo en sus manos al profeta [Isaías], leía con mucha atención, incluso sin comprender lo que tenía ante sus ojos; pero como ponía de su parte cuanto podía —diligencia, entusiasmo y atención—, obtuvo un guía (cfr. *Hech* 8, 26-40).

Considera, por tanto, qué gran cosa es no descuidar la lectura de la Escritura tampoco durante los viajes, ni yendo en coche. Escuchen esto quienes ni siquiera en su propia casa admiten que haya que leer la Sagrada Escritura, con la excusa de que conviven con su mujer o militan en el ejército, porque están preocupados por los hijos, dedicados al cuidado de los parientes, o comprometidos en otros negocios.

Ese hombre era eunuco y bárbaro: dos circunstancias suficientes para que hubiese sido negligente. Otros factores eran su dignidad y sus grandes riquezas, y el hecho de viajar en una carroza, pues no es fácil dedicarse a la lectura cuando se viaja así; más aún, resulta costoso. Y, sin embargo, su deseo y su celo superaban cualquier impedimento. Hasta tal punto estaba enfrascado en la lectura, que no decía lo que muchos repiten en el día de hoy: «No entiendo lo que contiene, no logro comprender la profundidad

de la Escritura; ¿por qué, pues, voy a sujetarme inútilmente y sin fruto a la fatiga de leer, sin nadie que me guíe?». Nada de esto pensaba aquel hombre, bárbaro por la lengua pero sabio por el pensamiento. Creía que Dios no le despreciaría, sino que le mandaría pronto alguna ayuda de lo alto, con tal de que él hubiese puesto lo que estaba de su parte, dedicándose a la lectura. Por eso, el Padre benigno, viendo su íntimo deseo, no le descuidó ni le abandonó a sí mismo, sino que le mandó enseguida un maestro.

Este bárbaro está en condiciones de ser maestro de todos nosotros: de quienes llevan una vida privada, de quienes están enrolados en el ejército, de quienes gozan de autoridad. En una palabra, puede ser maestro de todos; no sólo de los hombres, sino también de las mujeres —tanto más que están siempre en casa—, y de los que han elegido la vida monástica. Aprendan todos que ninguna circunstancia es obstáculo para leer la palabra divina; que es posible hacerlo no sólo en casa, sino en la plaza, de viaje, en compañía de otros o cuando estamos metidos en plena actividad. Si nosotros hacemos lo que está en nuestra mano, pronto encontraremos quien nos enseñe. Porque el Señor, viendo nuestro afán por la realidades espirituales, no nos despreciará, sino que nos mandará una luz del cielo e iluminará nuestra alma. No descuidemos, por tanto —os lo ruego—, la lectura de la Escritura.

La pelea del cristiano

(Catequesis sobre el Bautismo, VIII, 8-15)

El tiempo que ha precedido al Bautismo era un periodo de entrenamiento y de ejercicio, en el que las caídas encontraban su remedio. A partir de hoy la arena se os abre, y empieza el combate. Estáis bajo la mirada del público. Y no sólo del género humano; también la muchedumbre de los ángeles contempla vuestras luchas. Pues Pablo escribe en su carta a los Corintios: *hemos sido entregados en espectáculo al mundo, tanto a los ángeles como a los hombres* (1 *Cor* 4, 9). Los ángeles, pues, nos contemplan, y el Señor de los ángeles es quien preside la pelea. Para nosotros, esto es un honor y una seguridad. Pues si Aquél que ha entregado su vida por nosotros es el juez de esta lucha, ¿qué orgullo y qué confianza no tendremos?

En los juegos olímpicos, el árbitro permanece en medio de los dos adversarios, sin favorecer ni al uno ni al otro, esperando el desenlace. Si el árbitro se coloca entre los dos combatientes, es porque su actitud es neu-

tral. En el combate que nos enfrenta al diablo, Cristo no permanece indiferente: está por entero de nuestra parte. ¿Cómo puede ser esto? Veis que nada más entrar en la liza nos ha ungido, mientras que encadenaba al otro. Nos ha ungido con el óleo de la alegría y a él le ha atado con lazos irrompibles para paralizar sus asaltos.

Si yo tengo un tropiezo, Él me tiende la mano, me levanta de mi caída, y me vuelve a poner de pie. Pues escrito está: *pisad desde lo alto las serpientes, los escorpiones y todo poderío del enemigo* (*Lc* 10, 19).

El demonio tiene la amenaza del infierno. Si yo consigo la victoria, recibo una corona; pero él, cuando triunfa, es castigado. Y para que veas cómo es atormentado sobre todo cuando vence, te mostraré un ejemplo. Él derrotó a Adán, haciéndole tropezar. ¿Cuál ha sido el premio de su victoria?: *te arrastrarás sobre tu pecho y sobre tu vientre, y comerás el polvo todos los días de tu vida* (*Gn* 3, 14). Si Dios ha castigado con tanta severidad a la serpiente material, ¿qué castigo no infligirá a la serpiente espiritual? Si tal ha sido la condena del instrumento, está claro que un castigo igualmente terrible espera a quien lo manejó. Como un buen padre que al echar mano sobre el asesino de su hijo, además de castigarle le destroza la espada, así Cristo, encontrando al diablo homicida, no solamente le ha reprimido, sino que ha quebrantado su espada.

Llenémonos, pues, de confianza y despojémonos de todo para afrontar esos asaltos. Cristo nos ha revestido de armas más resplandecientes que el oro, más resistentes que el acero, más ardientes que la llama, más ligeras que un leve soplo de aire. Poseen tales propiedades que no nos doblamos bajo su peso; dan alas, aligeran nuestros miembros, y si con ellas quieres emprender el vuelo hacia el cielo, no te serán obstáculo. Son armas de naturaleza totalmente nueva, pues han sido forjadas para un combate inédito. Yo, que no soy más que un hombre, me veo obligado a asestar golpes a los demonios; yo, que estoy revestido de carne, lucho contra las potencias incorpóreas. También Dios me ha fabricado una coraza que no es de metal, sino de justicia; me ha preparado un escudo no de bronce, sino de fe. Tengo en la mano una espada aguda, la palabra del Espíritu. El otro lanza flechas, yo tengo una espada. Él es arquero, yo soy lancero. Esto nos muestra cuán cauteloso es, pues el arquero no osa aproximarse, sino que dispara desde lejos.

¿Pero qué? ¿Dios no te ha dado más que una armadura? No, ha preparado también un alimento más vigoroso que cualquier arma, para que no te desmoralices en el combate. Es necesario que tu victoria sea la de un hombre que rebosa contento. Si el enemigo te ve regresar del festín del Señor, huye más rápido que el viento, como quien ve un león cuya boca escupe fuego. Si le enseñas tu lengua teñida de la preciosa sangre, no podrá apre-

sarte; y si le muestras tu boca empurpurada, como un ruin animal se batirá en retirada a gran velocidad.

¿Quieres conocer la virtud de esta sangre? Volvamos a lo que fue figura de esto, a las narraciones antiguas, a lo que ocurrió en Egipto. Dios iba a infligir a Egipto la décima plaga. Quería suprimir sus primogénitos, porque retenían a su pueblo primogénito. ¿Qué podía hacer para no dañar a los judíos con los egipcios, ya que todos se encontraban en el mismo lugar? Observa la virtud de la figura para conocer así el poder de la realidad.

El castigo enviado por Dios iba a venir del cielo y el ángel exterminador andaba rondando por las casas; ¿Qué hizo Moisés? *Inmolad*, dijo, *un cordero sin mancha y pintad vuestras puertas con su sangre* (cfr. *Ex* 12, 21-25). ¿Qué dices de esto? ¿La sangre de un animal irracional puede salvar a los hombres dotados de razón? Sí, responde Moisés; no por que sea sangre, sino porque es figura de la sangre del Señor. Del mismo modo que las estatuas de los emperadores, que no tienen alma ni entendimiento, protegen a los hombres dotados de alma y de razón que buscan refugio cerca de ellas, no porque sean de bronce, sino porque representan al emperador; así esta sangre, privada de alma e inteligencia, ha salvado a hombres dotados de alma no porque fuera sangre, sino porque prefiguraba la sangre del Señor.

Aquel día el ángel exterminador vio la sangre que señalaba las puertas, y no se abrevió a entrar. En el presente, si el diablo ve no ya la sangre de la figura señalando las puertas, sino la sangre de verdad sobre los labios de los fieles, marcando la puerta de este santuario de Cristo en que se han convertido, con mayor razón se guardará de intervenir. Pues si la figura ha detenido al ángel, con mucho más motivo la verdad pondrá al diablo en retirada.

Como sal y como luz

(Homilías sobre el Evangelio de San Mateo, 15, 6-7)

Vosotros sois la sal de la tierra (*Mt* 5, 13). Vosotros no habéis de preocuparos sólo de vuestra propia vida, sino de la de toda la tierra. A vosotros no os envío, como hice con los profetas, a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte, ni siquiera a una entera nación. No. Vuestra misión se extenderá a la tierra y al mar, sin más límites que los del mundo mismo. Y a una tierra que encontraréis mal dispuesta.

En efecto, por el hecho mismo de decirles: *vosotros sois la sal de la tierra*, el Señor les mostró que toda la humanidad estaba insípida y podrida a causa de los pecados. Por eso exige de sus Apóstoles aquellas virtudes que especialmente son necesarias para el aprovechamiento de los demás. El que es manso, modesto, misericordioso y justo, no guarda para sí solo estas virtudes, sino que procura que estas aguas tan hermosas se derramen abundantemente para provecho de los otros hombres. Del mismo modo, el que es limpio de corazón, el pacífico, el que es perseguido por causa de la verdad, dispone también su vida para común utilidad.

No penséis —dice el Señor a sus discípulos— que os lanzo a combates sin importancia, y que os encomiendo negocios de poca monta. No. *Vosotros sois la sal de la tierra*. Entonces, ¿curaron los Apóstoles lo que estaba podrido? De ninguna manera. Lo que el Señor renovaba y a ellos entregaba, lo que Él libraba del mal olor de la podredumbre, eso salaban ellos, conservándolo y manteniéndolo en la novedad que del Señor había recibido. Porque librar de la podredumbre de los pecados fue hazaña exclusiva de Cristo; mas hacer que los hombres no volvieran a pecar fue ya obra del celo y del trabajo de sus Apóstoles. ¿Veis cómo poco a poco el Señor les va haciendo ver que son superiores a los profetas? Porque no les llama maestros de sola Palestina, sino de la tierra entera; y no sólo los hace maestros, sino temibles.

Ahí está la maravilla: que los Apóstoles no se hicieron amables a todo el mundo porque adulasen y halagaran a todos, sino escociendo vivamente como la sal.

No os sorprendáis —les dice— si, dejando por un momento a los demás, hablo ahora con vosotros y os invito a tamaños peligros. Considerad a cuántas ciudades y pueblos y naciones deseo enviaros como maestros. Por eso no quiero que seáis prudentes vosotros solos, sino que hagáis también prudentes a los demás. ¡Y qué prudencia han de tener aquéllos de quienes depende la salvación de las almas! ¡Qué abundancia de virtud en quienes han de ser provecho para los otros! Porque, si no sois tales que podáis servir de provecho a los demás, tampoco os bastaréis para vosotros mismos.

No os irritéis, como si lo que os digo fuera cosa molesta. Si los demás se tornan insípidos, vosotros podéis devolverles el sabor; pero, si esto os sucediera a vosotros, con vuestra pérdida arrastraríais también a los demás. Por tanto, cuantos mayores asuntos llevéis entre manos, mayor fervor y celo necesitaréis.

Por eso les advierte: *si la sal se torna insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor? Para nada vale ya, sino para ser arrojada y pisoteada de las gentes* (*Mt* 5, 13). Los otros, en efecto, aunque mil veces desfallezcan,

mil veces pueden obtener perdón; pero, si cae el maestro, no tiene defensa posible (...).

Había dicho el Señor a sus discípulos: *cuando os insulten y persigan, y digan toda palabra mala contra vosotros...* (*Mt* 5, 11). Para que no se acobardaran al oír esto, y rehusaran salir al campo de batalla, ahora parece decirles: si no estáis preparados a sufrir todas estas cosas, vana ha sido vuestra elección. Lo que debéis temer no es que se os maldiga, sino el ser envueltos en la común hipocresía. En ese caso os habríais tornado insípidos, y seríais pisoteados por la gente. Pero si seguís frotando con sal, y por ello os maldicen, alegraos entonces. Ésa es precisamente la función de la sal: escocer y molestar a los corrompidos. La maledicencia os seguirá forzosamente, pero no os hará ningún daño, sino que dará testimonio de vuestra firmeza. Pero si por miedo a la murmuración abandonáis el ímpetu que debéis tener, entonces sufriréis más graves daños. En primer lugar, se os maldecirá lo mismo; y luego, seréis la irrisión de todo el mundo; porque eso quiere decir ser pisoteado.

El Señor pasa ahora a otra comparación más alta: *vosotros sois la luz del mundo* (*Mt* 5, 14). Nuevamente se nos habla del mundo; no de una sola nación, ni de veinte ciudades, sino de la tierra entera. Se nos habla de una luz inteligible, mucho más preciosa que los rayos del sol, como también la sal había que entenderla espiritualmente. Y pone primero la sal, luego la luz, para que te des cuenta de la utilidad de las palabras enérgicas y el provecho de una enseñanza seria. Ella nos ata fuertemente y no nos permite disolvernos. Ella nos hace abrir los ojos, llevándonos como de la mano a la virtud.

(...) Después de haberles mostrado su propio poder, el Señor les exige franqueza y libertad, diciéndoles: *nadie enciende una lámpara y la pone debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos* (*Mt* 5, 15-16). Es como si les dijera: yo he encendido la luz; pero que siga ardiendo, depende ya de vuestro afán apostólico. Y eso no sólo para alcanzar vuestra propia salvación, sino también la de aquéllos que han de gozar de su resplandor, y ser así conducidos como de la mano hacia la verdad. Si vosotros vivís con perfección, como conviene a los que han recibido la misión de convertir a todo el mundo, las calumnias no podrán echar ni una sombra sobre vuestro resplandor.

Llevad, pues, una vida digna de la gracia; a fin de que, así como la gracia se predica en todas partes, también vuestra vida esté de acuerdo con la gracia.

Por fin, además de la salvación de los hombres, el Señor les señala otro

provecho, que es suficiente por sí solo para incitarles a la pelea y llevarles al más intenso fervor. Porque —les dice— viviendo rectamente, no sólo corregiréis a toda la tierra, sino que glorificaréis a Dios; de manera semejante a como, si no vivís virtuosamente, no sólo perderéis a los hombres, sino que haréis que sea blasfemado el nombre de Dios.

Recomenzar

(Exhortación a Teodoro caído, I, 14-15)

No causa ninguna maravilla que los que no creen en la resurrección vivan negligentemente y no sientan temor del juicio. Por el contrario, sería insensatez suma que nosotros, para quienes la vida venidera es más cierta que la presente, viviésemos tan miserablemente que no nos impresionara lo más mínimo su recuerdo. Si quienes tenemos fe obramos como los incrédulos, y aun a veces vivimos peor que ellos (pues no han faltado entre los infieles quienes han brillado por su virtud), ¿qué consuelo y qué perdón nos queda ya? Muchos mercaderes que sufrieron un naufragio no por eso se desalentaron, sino que nuevamente reanudaron su actividad, a pesar de que el daño no les vino por negligencia propia, sino a causa de la violencia de los vientos. Y nosotros, que podemos mirar confiadamente al término y sabemos perfectamente que, si no queremos, no hemos de sufrir naufragio ni otro daño alguno, ¿no pondremos nuevamente manos a la obra para negociar como antes? ¿Vamos a quedarnos ociosos y mano sobre mano? ¡Y ojalá sólo fuera estar mano sobre mano, y no las volviéramos también contra nosotros mismos! Porque a veces sucede precisamente esto, lo que es señal de suma locura.

En efecto, si un púgil, dejando a su rival, volviera los puños contra su propia cabeza y se destrozase la cara, ¿no le pondríamos en el número de los locos? El diablo nos echó la zancadilla y nos derribó por tierra. Luego es menester levantarnos y no dejarnos arrastrar nuevamente; no despeñarnos a nosotros mismos, ni a sus golpes añadir los propios. El bienaventurado David tuvo una caída semejante a la tuya; e incluso después sufrió otra: la del homicidio. ¿Pues qué? ¿Se quedó allí tendido? ¿No se levantó inmediatamente y se enfrentó con el enemigo? Así fue. Y tan valerosamente le derrotó que, después de la muerte, fue el protector de sus descendientes. Por eso a Salomón, que cometió una enorme iniquidad haciéndose merecedor de mil muertes, Dios le dice que dejará intacto el reino por

amor de David, con estas palabras: *con escisión escindiré tu reino y se lo daré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días...* ¿Por qué motivo? *Por consideración a David, padre tuyo, lo tomaré de la mano de tu hijo* (1 *Re* 11, 11-12). Y a Ezequías que, no obstante ser personalmente justo, estaba al borde de un grave peligro, Dios le quiere socorrer por amor de David: *Yo seré escudo de esta ciudad para salvarla por causa de mí y de David, siervo mío* (2 *Re* 19, 34).

Tal es la fuerza de la penitencia. Si David hubiera pensado entonces como piensas tú ahora, que es imposible ya aplacar a Dios; si hubiera dicho para sí mismo: Dios me ha honrado con tan alto honor, me ha puesto en el número de los profetas, me encomendó el mando de mis gentes, me libró de peligros sin cuento... ¿Cómo puedo hacérmele nuevamente propicio, si le he ofendido después de recibir tan grandes beneficios y he cometido los más graves crímenes? De haber pensado así, no sólo no hubiera hecho lo que hizo, sino que hubiera perdido todo lo anterior.

No sólo las heridas del cuerpo; también las del alma, si se descuidan, producen la muerte. Y, sin embargo, en ocasiones llegamos a tal punto de insensatez que cuidamos con todo empeño del cuerpo, pero no hacemos ningún caso del alma. En el cuerpo, es natural que nos sobrevengan muchas enfermedades incurables; sin embargo, no por eso desesperamos y, a pesar de que los médicos dicen y repiten que tal enfermedad no tiene remedio, que ningún medicamento la puede curar, nosotros insistimos una y otra vez, y les rogamos que, al menos, nos den algo que la alivie. En el alma, en cambio, no existe ninguna enfermedad incurable, pues el espíritu no está sometido a la necesidad de la naturaleza. Y sin embargo, como si se tratara de achaques ajenos, descuidamos sus males y desesperamos de su remedio. Donde la naturaleza de las enfermedades debería llevarnos a la desesperación, ponemos todo nuestro cuidado como si conserváramos mil esperanzas de salud; donde no hay motivo para desalentarnos, desistimos y nos descuidamos, como si estuviéramos desahuciados. Hasta tal punto nos preocupamos más del cuerpo que del alma. En verdad que, por este camino, ni el cuerpo mismo podremos salvar. El que descuida lo principal y pone todo su empeño en lo secundario, destruye y pierde lo uno y lo otro. El que guarda el orden debido, al salvar y cuidar lo principal, aunque descuide un poco lo secundario, la salvación de lo primero lleva consigo la de lo otro. Es lo que nos quiso dar a entender Cristo, cuando dijo: *no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede perder alma y cuerpo en el infierno* (*Mt* 10, 28).

¿Te persuades de que no hay que desesperar jamás de las enfermedades del alma como si fueran incurables, o será menester apelar a nuevos razonamientos? (...). Aún puedes volver a la virtud y reconciliarte con la

vida primera. Escucha lo que sigue. Los ninivitas no se desalentaron al escuchar que el Profeta afirmaba y claramente les amenazaba diciendo: *de aquí a cuarenta días, Nínive será destruida* (*Jon* 3, 4). Ciertamente, no tenían la seguridad de aplacar a Dios, sino la sospecha de lo contrario, pues las palabras del profeta no venían con distinción alguna, sino que eran absolutamente categóricas. Sin embargo, hicieron penitencia diciendo: *¿quién sabe si Dios se arrepentirá y se nos mostrará propicio y se apartará del furor de su ira y no pereceremos? Y vio Dios las obras de ellos, cómo se habían apartado de sus caminos malos, y se arrepintió Dios del mal que había amenazado hacerles y no lo hizo* (*Jon* 3, 9-10).

Pues si hombres bárbaros y sin formación pudieron comprender eso, mucho más hemos de hacerlo nosotros, que hemos sido instruidos en las verdades divinas y hemos visto tanta muchedumbre de ejemplos semejantes en palabras y en realidad. *Porque no son* —dice el Profeta— *mis pensamientos como vuestros pensamientos, ni mis caminos como vuestros caminos. Cuanto dista el cielo de la tierra, tanto distan mis pensamientos de los vuestros y mis designios de vuestros designios* (*Is* 45, 8-9).

Dignidad del sacerdocio

(Sobre el sacerdocio III, 4-6)

Cuando contemplas al Señor sacrificado y puesto sobre el altar, y al sacerdote que ora y asiste al sacrificio, y a todos los presentes bañados con la púrpura de aquella sangre preciosísima, ¿acaso piensas que estás aún entre los hombres y que pisas la tierra?, ¿no te sientes más bien trasladado a los Cielos donde, desterrado de tu alma todo pensamiento carnal, miras con alma desnuda y mente pura las realidades mismas de la gloria? ¡Oh maravilla! ¡Oh benignidad de nuestro Dios! El que está sentado en la gloria junto al Padre, es tomado en aquel momento en manos de todos, y se deja abrazar y estrechar de los que quieren. Así lo hacen con los ojos de la fe.

¿Quieres ver la soberana santidad de estos misterios? Imagínate, te ruego, que tienes ante los ojos al profeta Elías; mira la ingente muchedumbre que lo rodea, las víctimas sobre las piedras, la quietud y el silencio absoluto de todos y sólo el profeta que ora; y, de pronto, el fuego que baja del cielo sobre el sacrificio... Todo esto es admirable y nos llena de estupor.

Pues trasládate ahora de ahí y contempla lo que entre nosotros se cumple: verás no sólo cosas maravillosas, sino algo que sobrepasa toda admi-

ración. Aquí está en pie el sacerdote, no para hacer bajar fuego del cielo, sino para que descienda el Espíritu Santo; y prolonga largo rato su oración, no para que una llama desprendida de lo alto consuma las víctimas, sino para que descienda la gracia sobre el sacrificio y, abrasando las almas de todos los asistentes, las deje más brillantes que plata acrisolada.

¿Quién habrá, pues, tan loco, quién tan perdido de juicio que desprecie soberbiamente misterio tan tremendo? ¿Acaso ignoras que, sin una particular ayuda de la gracia de Dios, no habría alma humana capaz de soportar el fuego de ese sacrificio, sino que nos consumiría a todos absolutamente?

Si alguien considera atentamente qué cosa significa estar un hombre envuelto aún de carne y sangre, y poder no obstante llegarse tan cerca de aquella bienaventurada y purísima naturaleza; ése podrá comprender cuán grande es el honor que la gracia del Espíritu otorgó a los sacerdotes. Porque por manos del sacerdote se cumplen no sólo los misterios dichos, sino otros que en nada les van en zaga, ya en razón de su dignidad en sí, ya en orden a nuestra salvación.

En efecto, a moradores de la tierra, a quienes en la tierra tienen aún su conversación, se les ha encomendado administrar los tesoros del Cielo, y han recibido un poder que Dios no concedió jamás a los ángeles ni a los arcángeles. A ninguno de éstos dijo: *lo que atareis sobre la tierra será también atado en el cielo* (*Mt* 18, 18). Cierto que quienes ejercen autoridad en el mundo tienen también poder de atar, pero sólo los cuerpos. La ligadura del sacerdote toca al alma misma y penetra dentro de los cielos. Lo que los sacerdotes hacen aquí abajo, Dios lo ratifica allá arriba; la sentencia de los siervos es confirmada por el Señor. ¿Qué otra cosa es esto, sino haberles concedido todo el poder celeste? *A quienes perdonareis* —dice— *los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos* (*Jn* 20, 23). ¿Qué poder puede haber mayor que éste? *Todo el juicio se lo ha dado el Padre al Hijo* (*Jn* 5, 22); pero yo veo que ese juicio ha sido a su vez enteramente puesto por el Hijo en manos de sus sacerdotes (...)

Sin la dignidad del sacerdocio no podríamos salvarnos ni alcanzar los bienes que nos han sido prometidos. Porque si nadie puede entrar en el reino de los cielos, si no es regenerado por el agua y el Espíritu (cfr. *Jn* 3, 5), si se excluye de la vida eterna al que no come la carne y bebe la sangre del Señor (cfr. *Jn* 6, 53-54), y todo esto sólo puede cumplirse por las manos santas del sacerdote, ¿cómo podría nadie escapar al fuego del infierno y alcanzar las coronas que nos están reservadas?

Los sacerdotes son quienes nos engendran espiritualmente, los que por el Bautismo nos dan a luz. Por ellos nos revestimos de Cristo (cfr. *Rm* 13, 14; *Gal* 3, 27), nos consepultamos con el Hijo de Dios (cfr. *Rm* 6, 4) y nos hacemos miembros de aquella bienaventurada Cabeza. De suerte que los

sacerdotes debieran merecernos más reverencia que los magistrados y reyes, y sería incluso justo tributarles mayor honor que a nuestros mismos padres. Porque éstos nos engendran por la sangre y la voluntad de la carne (cfr. *Jn* 1, 13), mas aquéllos son autores de nuestro nacimiento de Dios, de la regeneración bienaventurada, de la libertad verdadera y de la filiación divina por la gracia.

Los sacerdotes judíos tenían poder de librar de la lepra del cuerpo; digo mal: sólo tenían poder de examinar a los ya curados de ella, y bien sabemos cuán disputada era entonces la dignidad sacerdotal. Mas los sacerdotes cristianos han recibido potestad, no sobre la lepra del cuerpo, sino sobre la impureza del alma; no de examinar la lepra ya curada, sino de limpiar absolutamente de ella. Por eso, los que desprecian al sacerdote cometen un sacrilegio mayor que Datán y sus secuaces, y merecen más severo castigo (cfr. *Num* 16).

(...) Pero no sólo en orden a castigar, sino también para hacernos bien, ha dado Dios a los sacerdotes mayor poder que a los padres naturales. Va de los unos a los otros la diferencia que corre entra la vida presente y la venidera, pues los unos nos engendran para aquélla y los otros para ésta. Además, los padres no pueden librar a sus hijos de la muerte corporal, no son capaces ni de alejar de ellos una enfermedad que les acometa; los sacerdotes, en cambio, curan muchas veces a un alma enferma y salvan a la que está a punto de perderse; a unas les mitigan el castigo que merecen, a otras les impiden en absoluto caer. Y eso no sólo por sus enseñanzas y amonestaciones, sino también con la ayuda de sus oraciones. Y es así que los sacerdotes no sólo tienen poder de perdonar los pecados cuando nos regeneran por el Bautismo, sino también los que cometemos después de nuestra regeneración (...). Además, los padres naturales poco o nada pueden hacer en favor de sus hijos, cuando éstos ofenden a algún personaje o poderoso de la tierra; los sacerdotes, en cambio, nos reconcilian muchas veces, no ya con magistrados o emperadores, sino con el mismo Dios irritado contra nosotros.

La educación de los hijos

(Homilías sobre el Evangelio de San Mateo, 59, 6-7)

En la guerra y en el campo de batalla, el soldado que sólo mira cómo salvarse por medio de la fuga, se pierde a sí mismo y a los otros. El valiente, en cambio, que lucha por salvar a los demás, se salva también así

mismo. Pues nuestra religión es una guerra, y la más dura de todas las guerras, y pelea, y batalla. Formemos la línea de combate tal como nuestro Rey nos ha mandado, dispuestos siempre a derramar nuestra sangre, mirando por la salvación de todos, alentando a los que permanecen firmes y levantando a los que han caído.

Verdaderamente, muchos hermanos nuestros yacen por el suelo en esta batalla, acribillados de heridas y chorreando sangre; y nadie hay que se cuide de ellos: ni gente del pueblo, ni sacerdote, ni ningún otro; ni protector, ni amigo, ni hermano. Cada uno mira sólo por sí mismo. De ahí proviene, justamente, la mezquindad en que vivimos.

La mayor libertad y gloria nos viene de no preocuparnos sólo de nosotros mismos. Si somos débiles, si tan fácilmente nos derriban los hombres y el diablo, se debe precisamente a que nos buscamos a nosotros mismos, a que no nos protegemos unos a otros como con un escudo, a que no nos rodeamos —como de una cerca— de la caridad de Dios. Por el contrario, buscamos otros motivos de amistad: el parentesco, la comunicación, la mera vecindad... Cualquier cosa nos sirve para hacer amistad, menos la religión, cuando habría de ser esto lo que más nos uniera a unos con otros. Ahora, sin embargo, sucede todo lo contrario: antes somos amigos de judíos y de paganos, que de hijos de la Iglesia.

—Es verdad —me dices—. Pero es que mi hermano en la fe es un malvado, y el otro, judío o gentil, es bueno y modesto.

—¿Qué dices? ¿Malvado llamas a tu hermano, cuando tienes mandado no llamarle ni siquiera «raca», es decir, necio? ¿No te avergüenzas, no te ruborizas de infamar públicamente a tu hermano, al que es miembro tuyo, que salió del mismo seno y participa de la misma mesa? (...).

—Es que realmente es un malvado, y no hay quien lo aguante.

—Pues hazte amigo suyo para que deje de ser como es, para convertirle, para llevarle a la virtud.

—Es que no me hace caso —me respondes— ni aguanta un consejo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le has exhortado o intentado corregirle?

—Le he exhortado muchas veces, me contestas.

—¿Cuántas?

—Muchas; una y otra vez.

—¿Y eso es muchas veces? Aunque lo hubieras hecho durante toda la vida, no tendrías que cansarte ni desesperar. ¿No ves cómo Dios nos exhorta durante toda la vida por medio de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas? Y nosotros, ¿acaso cumplimos todo lo que nos dice y le hacemos caso en todo? ¡Ni mucho menos! ¿Y ha dejado Él de exhortarnos por eso? ¿Ha guardado silencio? (...).

Pero ¿a qué acusarnos de descuido por los extraños, si ni siquiera ha-

cemos caso de nuestra misma familia, de la mujer, de los hijos, de los sirvientes? Como si estuviéramos borrachos, nos ocupamos en unas cosas por otras: que los criados sean cuantos más mejor, y nos sirvan con el mayor cuidado; que los hijos puedan recibir un día una pingüe herencia; que la mujer tenga oro, vestidos lujosos y perlas... No nos preocupamos de nosotros mismos, sino de nuestras cosas, como tampoco nos preocupamos de la mujer ni de los hijos, sino de las cosas de la mujer y de los hijos. Nos comportamos como aquél que, teniendo la casa en ruinas, con las paredes que se tambalean, no se preocupa de levantarlas o reforzarlas, sino que construye una gran cerca alrededor de la casa (...).

Si un oso, burlando la vigilancia, se escapa de la jaula, al punto cerramos las puertas y corremos por las calles por miedo de caer en las garras de la fiera; y aquí no es una fiera, sino muchos pensamientos los que, como fieras, desgarran nuestra alma, y ni nos damos cuenta. En las ciudades se cuida mucho que las fieras estén en lugares apartados, bien cerradas en sus jaulas, y no se las deja cerca del concejo de la ciudad, ni de los tribunales, ni del palacio imperial. Se las tiene bien atadas, lejos de estos lugares (...).

Sin embargo, hay entre nosotros hombres peores que las animales más salvajes. Tal es la mayor parte de nuestra gente joven. Dejándose llevar por una concupiscencia salvaje, como ellos saltan, cocean y corren sin freno, sin tener la más leve idea de sus deberes. Y los culpables son sus padres. Cuando se trata de sus caballos, mandan a los caballerizos que los cuiden bien, y no consienten que crezcan sin domarlos, y desde el principio les ponen freno y demás arreos. Pero cuando se trata de sus hijos jóvenes, les dejan sueltos por todas partes durante mucho tiempo, y así pierden la castidad, se manchan con deshonestidades y juegos, y malgastan el tiempo con la asistencia a inicuos espectáculos. Su deber sería, antes de que se dieran a la impureza, buscarles una esposa casta y prudente (...).

—Es mejor esperar - me dices— a que adquiera nombre y brille en las actividades públicas.

—Sí; pero de su alma no hacéis caso alguno, sino que consentís que se arrastre por el suelo. Y así, porque el alma se tiene por cosa accesoria, porque se descuida lo importante y se pone el afán en lo secundario, todo está lleno de confusión y desorden.

¿No sabes que el mejor favor que puedes hacer a tu hijo es guardarle limpio de la impureza de la fornicación? Nada hay tan precioso como el alma. *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (*Mt* 16, 26), dice el Señor. Pero todo lo ha trastornado el amor al dinero, que ha desterrado el verdadero temor de Dios y se ha apoderado de las almas de los hombres como un tirano de una ciudadela. Esta es la razón por la que descuidamos la salvación de nuestros hijos y la nuestra propia,

sin otra mira que enriquecernos lo más posible y dejar a otros la riqueza, para que éstos se la dejen a otros, y éstos a otros. Parece como si fuéramos meros transmisores, y no dueños de nuestros bienes. Y ahí se origina la inmensa insensatez de que los hombres libres estén más vilipendiados que los esclavos. Porque a los siervos les reprendemos sus faltas: si no por interés de ellos, al menos por el interés nuestro; pero los hombres libres no gozan de estos cuidados, sino que se les tiene en menos que a los mismos esclavos.

Incluso las bestias reciben más cuidados que los hijos. Más velamos por nuestros asnos y nuestros caballos, que por nuestros hijos. El que posee una mula, se preocupa de encontrar un buen arriero, que no sea tonto, ni ladrón, ni borracho, sino un hombre que conozca bien su oficio. En cambio, cuando se trata de buscar un maestro para el alma del niño, contratamos al primero que se nos presenta. Y, sin embargo, no hay arte superior a éste. ¿Qué hay comparable con el arte de formar un alma, de plasmar la inteligencia y el espíritu de un joven? El que profesa esta ciencia ha de proceder con más cuidado que un pintor o un escultor al realizar su obra.

San Jerónimo

San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia, uno de los cuatro grandes Padres y Doctores de la Iglesia en Occidente, nació en Dalmacia (en la actual Croacia), a mediados del siglo IV. A los dieciséis o diecisiete años se trasladó a Roma para seguir allí estudios de Gramática, Retórica y Filosofía. Pasó luego por las Galias y Aquileya, hasta que en el año 374 decidió realizar una preregrinación a Jerusalén. Enfermó y tuvo que trasladarse a Antioquía. Vivió tres años como anacoreta en el desierto de Calcis, y en ese tiempo aprendió la lengua hebrea, que llegó a dominar como el griego y el latín. Fue ordenado sacerdote y se trasladó a Constantinopla, donde escuchó las lecciones de San Gregorio Nacianceno, que le dio a conocer el método alegórico en la exposición de las Sagradas Escrituras.

En el año 382 volvió a Roma, donde el Papa San Dámaso le encargó la revisión del texto de la antigua versión latina de la Biblia; fruto de este trabajo es la Vulgata, que continúa usándose en la Iglesia Latina.

A la muerte de San Dámaso abandonó Roma y se estableció definitivamente en Belén, donde —con la ayuda de Santa Paula, una noble dama romana a quien dirigía espiritualmente – construyó tres monasterios femeninos y uno masculino, además de una escuela monástica y un hospicio para los peregrinos. Treinta y cuatro años pasó en Belén, dedicado al estudio de la Sagrada Escritura, a la dirección espiritual de un grupo de almas y a la defensa de la fe contra diversas herejías. Fue allí donde escribió la mayor parte de sus comentarios exegéticos a la Biblia, así como diversos tratados de carácter dogmático-apologético. Murió en la ciudad donde nació Jesucristo, hacia el año 420.

Su lenguaje —sobre todo en las numerosas cartas que escribió— puede a veces parecer duro, pero es la dureza de la verdad, puesta al servicio de Dios, que resulta inaceptable y molesta a quien es tibio y tiene poco sentido sobrenatural y mucho orgullo. La carta al presbítero Nepociano, de la que se recogen unos párrafos, delinea en trazos breves la figura del sacerdote: una figura que, en lo fundamental, sigue siendo plenamente actual.

Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo

(Comentario al profeta Isaías, prol. 1-2)

Cumplo mi deber en obediencia al mandato del Señor: *escrutad las Escrituras* (*Jn* 5, 39), y también: *buscad y encontraréis* (*Mt* 7, 7), para no escuchar que se me dice lo que a los judíos: *os engañáis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios* (*Mt* 22, 29). Porque, en efecto, si como dice el Apóstol *Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios* (1 *Cor* 1, 24), entonces, quien no conoce las Escrituras no conoce el poder y la sabiduría de Dios. Ignorar las Escrituras significa ignorar a Cristo.

Por eso deseo imitar al padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas; lo mismo que la Esposa, que dice en el Cantar de los Cantares: oh querido mío, he conservado para ti lo nuevo y lo viejo (cfr. *Cant* 7, 14). Trataré, pues, de exponer al profeta Isaías presentándolo no sólo como profeta, sino también como evangelista y apóstol. Él ha dicho de sí mismo, en efecto, lo que se dice de los demás evangelistas: *¡qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero de buenas nuevas, que anuncia la paz!* (*Is* 52, 7). Y Dios mismo le dirige a él, como a un apóstol, la pregunta: *¿a quién enviaré, y quién irá a este pueblo?* Y él responde: *aquí me tienes, mándame a mí* (*Is* 6, 8).

Pero nadie crea que pienso agotar en pocas palabras los argumentos de este libro de la Escritura, que contiene todos los misterios del Señor. Efectivamente, en el libro de Isaías encontramos que el Señor fue profetizado como el Emmanuel nacido de la Virgen, como autor de milagros y signos grandiosos, como muerto y sepultado, como resucitado de los infiernos y salvador de todas las gentes.

La figura del sacerdote

(Epístola 52, al presbítero Nepociano, 5, 7 y 15)

El que se dedica al servicio de la Iglesia de Cristo, empiece por traducir su propio nombre y, teniendo delante esa definición, esfuércese en ser lo que se llama. Ahora bien, si *kleros* es palabra griega que se traduce por *suerte,* o *parte de la herencia,* la razón de llamarse clérigos es que o son de la herencia del Señor, o que el Señor mismo es su suerte, es decir, la parte de herencia que corresponde a los clérigos. Conforme a esto, el que es per-

sonalmente posesión del Señor o tiene al Señor por suerte suya, ha de portarse de tal manera que posea al Señor y sea del Señor poseído. El que posee al Señor y dice con el profeta: *el Señor es mi parte* (*Sal* 72, 6), nada fuera de Él debe tener; y si no ocurriere así, no será ya el Señor su parte. Por ejemplo. si poseyere oro, plata, heredades, alhajas variadas; con todo esto, el Señor no se digna ser parte suya. Ahora bien, si yo soy posesión del Señor y cuerda de su heredad, y no recibo parte entra las otras tribus (cfr. *Dt* 32, 9), sino que, como levita y sacerdote, vivo de los diezmos y, sirviendo al altar, de la ofrenda del altar me sustento, teniendo que comer y vestir, me daré por satisfecho, y, desnudo, seguiré la cruz desnuda.

Te ruego, pues, y una y otra vez lo repito y te amonesto, que no pienses que la condición de clérigo es una milicia al estilo de la tradicional. Quiero decir: no busques los bienes de la tierra con la milicia de Cristo, ni tengas más que cuando empezaste a ser clérigo, y se te diga: *sus heredades no le aprovecharán* (*Jer* 12, 13). Conozcan tu mesa los pobres y peregrinos, y con ellos Cristo como convidado. Huye, como de la peste, del clérigo negociante y que de pobre se ha hecho rico, y de plebeyo hombre lleno de gloria. *Los ruines tratos corrompen las costumbres buenas* (1 *Cor* 15, 33). Tú desprecias el oro, el otro lo ama; tú pones las riquezas bajo los pies, el otro las persigue; tú llevas en el corazón el silencio, la mansedumbre, la discreción; al otro le placen la verbosidad, el descaro, los foros y plazas, y los lugares de reunión. ¿Qué concordia puede haber cuando los caracteres son tan discordes?

Raras veces, o nunca, pisen pies de mujeres tu humilde aposento. A las doncellas y vírgenes de Cristo, o desconócelas por igual, o ámalas por igual. No habites bajo el mismo techo con ellas, ni confíes en la pasada castidad. No puedes ser más santo que David, ni más sabio que Salomón; acuérdate siempre de que al morador del Paraíso una mujer lo arrojó de su posesión. Si estuvieres enfermo, que te asista un hermano santo cualquiera, y tu hermana o madre y otra mujer cualquiera de probada fidelidad cerca de todos. Y si no se encontraren personas de semejante parentesco y castidad, a muchas ancianas sustenta la Iglesia que pueden prestarte ese servicio y recibir de ti su beneficio, con lo que tu enfermedad habrá dado también fruto de limosna. Yo sé de algunos que convalecieron del cuerpo y empezaron a enfermar del espíritu. Peligroso es el trato con persona en cuyo rostro te fijas con frecuencia.

Si, por deber de tu oficio, has de visitar a alguna viuda o virgen, no entres nunca solo en su casa, y lleva contigo tales compañeros cuya presencia te honre y no te infame. Si te acompaña un lector, acólito o cantor, no vayan adornados de vestidos primorosos, sino de costumbres buenas; ni lleven el pelo rizado con tenacillas, sino que ostenten en su mismo porte la

castidad. No te pongas a hablar con una mujer a solas, en secreto y sin testigos. Si hubieres de tratar de algo más familiarmente, habrá allí un ama de leche, o una virgen mayor de su casa, una viuda o una casada; no va a ser tan desgraciada que no tenga en el mundo de quien pueda fiarse, sino sólo a ti. Guárdate de toda sospecha; y lo que pueda pensarse con visos de probabilidad, evita de antemano que se piense.

(...) Lee muy a menudo las divinas Escrituras, o, por mejor decir, nunca la lección sagrada se te caiga de las manos. Aprende lo que has de enseñar. Mantén firme la palabra de fe que es conforme a la doctrina, para que puedas exhortar con doctrina sana y convencer a los contradictores. *Persevera en lo que has aprendido y te ha sido confiado, pues sabes de quién lo has aprendido* (2 *Tim* 3, 14), y está siempre preparado a dar satisfacción a todo el que te pidiere razón de la esperanza que hay en ti (cfr. 1 *Pe* 3, 16). Que tus obras no desmientan tus palabras, pues te expones a que, cuando hables en la Iglesia, te responda alguno para sus adentros: «entonces, ¿por qué no haces tú lo mismo que dices?». ¡Valiente maestro es el que perora sobre ayunos, teniendo el vientre lleno! Vituperar la avaricia lo puede hacer hasta un ladrón. En el sacerdote de Cristo vayan a una el espíritu y la boca.

Sométete a tu obispo y míralo como a padre de tu alma. Amar es de hijos; temer, de esclavos. Ahora bien, si *yo soy padre*, dice, *¿qué es de la honra que me hacéis? Y si soy señor, ¿que es del temor que me tenéis?* (*Mal* 1, 6). (...). Pero sepan también los obispos que son sacerdotes y no amos. Honren a los clérigos como clérigos, para que también a ellos les tengan los clérigos deferencia como a obispos.

(...) Deber tuyo es visitar a los enfermos, conocer las familias, las matronas y sus hijos, y hasta los secretos y preocupaciones de los nobles varones. Así, pues, sea deber tuyo guardar castos no sólo los ojos, sino también la lengua. Jamás hables de las rencillas de las mujeres, ni por ti sepa una familia lo que pasa en otra. Hipócrates conjura, antes de enseñar, a sus discípulos y los obliga a jurar por sus palabras; les obliga con juramento al silencio, y les describe la manera de andar y de hablar, el porte y el carácter. ¡Cuánto más hemos de amar nosotros —que tenemos encomendada la medicina de las almas— las cosas de los cristianos como si fuesen propias! Nos han de conocer más bien como consoladores en sus tristezas que como convidados en sus prosperidades. Fácilmente se desprecia al clérigo que, invitado a comer a menudo, jamás se excusa.

San Agustín

Nació en Tagaste (Numidia, en el norte de África), en el año 354, hijo de padre pagano y de madre cristiana. Su madre, Santa Mónica, le enseñó a amar a Jesucristo, y este cariño se mantuvo siempre vivo en su corazón, como un rescoldo, incluso durante los largos años en los que estuvo lejos de Dios, enredado por las pasiones del espíritu y de la carne.

Al comprobar las grandes dotes intelectuales de su hijo, sus padres se sintieron obligados a darle una formación superior, cosa que pudo hacerse realidad gracias a la ayuda de un benefactor. Fue así como Agustín, después de terminar los estudios elementales y medios, con sólo 17 años fue enviado a Cartago, para dedicarse al estudio de la Retórica. La lectura del «Hortensio», de Cicerón, despertó en su alma la sed por el conocimiento de la verdad. Comenzó entonces su larga peregrinación por diversas escuelas y sectas, que fue abandonando porque ninguna de ellas daba una respuesta convincente a sus preguntas. Pasó del maniqueísmo al escepticismo, y de aquí a la filosofía platónica, que le preparó intelectualmente para recibir la luz de la fe. Se hallaba entonces en Roma, donde se había establecido en el año 383, por motivos de trabajo. Al año siguiente fue llamado a Milán, para ocupar un puesto como maestro de Retórica. Por entonces ya había muerto su padre, de modo que su madre y sus hermanos le siguieron a la gran ciudad de la Italia septentrional.

Los años de Milán fueron decisivos para la conversión de Agustín. La predicación de San Ambrosio, con su exégesis alegórica, le hizo descubrir las grandes verdades encerradas en la Sagrada Escritura, a la que hasta entonces había tenido en poca consideración porque su estilo literario (cosa que él valoraba mucho) le parecía muy pobre en comparación con el de los grandes escritores griegos. El golpe definitivo lo recibió mientras meditaba en el jardín de su casa, cuando al abrir las Escrituras —obedeciendo a la voz de un niño que cantaba *tolle, lege* (toma y lee)—, tropezó con el

texto de San Pablo a los Romanos (13, 13-14) en el que el Apóstol invita a dejar de una vez el hombre viejo para revestirse de Cristo.

Inmediatamente se trasladó a la finca de un amigo suyo, para prepararse bien al Bautismo, que recibió en la Vigilia Pascual del año 387. Desde ese momento, decidió dedicar todas sus energías al servicio de Dios y regresó a su patria. Durante el viaje, en Ostia, falleció santamente su madre, por lo que Agustín, de vuelta a Tagaste, en unión con un grupo de amigos, comenzó una vida de tipo monástico. Pero la Providencia tenía otros planes. En el año 391, inesperadamente, el Obispo Aurelio y el pueblo de Hipona le exhortaron a recibir el sacerdocio. Agustín condescendió. Cuatro años después, el mismo Aurelio lo consagró como obispo y sucesor suyo.

Su actividad episcopal estuvo en gran parte dirigida a defender la fe contra diversas herejías, como el maniqueísmo, el donatismo y, al final de su vida, el pelagianismo. Para combatir estos errores redactó sus más grandes tratados. Además, aplicó su preclara inteligencia al estudio de otros dos grandes temas —la vida íntima de Dios y el sentido profundo de la historia—, dando origen a esas verdaderas piedras miliares de la Teología y de la Filosofía que son, respectivamente, *Sobre la Trinidad* y *La Ciudad de Dios*. En las *Confesiones* nos ha dejado una autobiografía que constituye una plegaria de agradecimiento a Dios. Los *Soliloquios* constituyen una encendida conversación del alma con su Señor.

La influencia de San Agustín en la historia del pensamiento ha sido enorme. Pero, sin dejar de ser nunca un gran pensador, lo que ocupó verdaderamente su vida fue la labor de almas. San Agustín es ante todo un Pastor, que se siente y se define como «siervo de Cristo y siervo de los siervos de Cristo», y lo vive en sus consecuencias extremas: plena disponibilidad para el servicio de los fieles, oración constante por ellos, amor a los que están en el error, aunque éstos no lo quieran o incluso le ofendan... Este aspecto de su personalidad se refleja admirablemente en las homilías, fruto de su ininterrumpida predicación durante casi cuarenta años. La biblioteca de Hipona debía conservar muchísimas, quizás tres o cuatro mil, de las que una gran parte —probablemente sin revisar por el autor y sin publicar— se han perdido. Hasta nosotros han llegado más de quinientas homilías, predicadas de viva voz, entre las que se incluyen las *Enarraciones sobre los Salmos*, el *Comentario al Evangelio de San Juan*, y los *Sermones*, título con el que los estudiosos han agrupado los 363 discursos aislados considerados auténticos.

Estas homilías son de un contenido riquísimo, pues abrazan todos los temas de la doctrina y de la vida cristianas, y sirven de precioso comentario a sus grandes obras dogmáticas y exegéticas. Constituyen un modelo de elocuencia, clara a la par que profunda, vivaz e incisiva, que tiene la virtud de poner al pueblo cristiano en contacto inmediato con las escenas del Evangelio, de las que se extrae siempre una aplicación práctica para la vida diaria.

San Agustín murió el 28 de agosto del año 430, en Hipona, cuando los vándalos se encontraban a las puertas de la ciudad. La muerte le encontró, como siempre, ocupado en el cuidado de su grey y en la defensa y exposición de la fe católica.

La búsqueda de Dios

(Confesiones, X, 6)

Señor, te amo con conciencia cierta, no dudosa. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Pero también el cielo, y la tierra, y todo lo que en ellos se contiene, me dicen por todas partes que te ame. No cesan de decírselo a todos, de modo que son inexcusables (cfr. *Rm* 1, 20) (...).

¿Y qué es lo que amo, cuando te amo? No la belleza del cuerpo ni la hermosura del tiempo; no la blancura de la luz, que es tan amable a los ojos terrenos; no las dulces melodías de toda clase de música, ni la fragancia de las flores, de los ungüentos y de los aromas; no la dulzura del maná y de la miel; no los miembros gratos a los abrazos de la carne. Nada de esto amo, cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto abrazo, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y abrazo de mi hombre interior, allí donde resplandece ante mi alma lo que no cabe en un lugar, donde resuena lo que no se lleva el tiempo, donde se percibe el aroma de lo que no viene con el aliento, donde se saborea lo que no se consume comiendo, donde se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo, cuando amo a mi Dios.

Pero, ¿qué es entonces Dios? Pregunté a la tierra, y me respondió: «No soy yo»; y todas las cosas que hay en ella me contestaron lo mismo. Pregunté al mar, y a los abismos, y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: «No somos tu Dios; búscale sobre nosotros». Interrogué a los aires que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: «Se engaña Anaxímenes: yo no soy tu Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas, que me respondieron: «Tampoco somos nosotros tu Dios». Dije entonces a todas las realidades que están fuera de mí: ¡Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de Él! Y todas exclamaron con gran voz: «Él nos ha hecho». Mi pregunta era mi mirada, y su respuesta su aspecto sensible.

Entonces me dirigí a mí mismo, y me dije: «¿Tú quién eres»; y me respondí: «Un hombre». En mí hay un cuerpo y un alma; la una es interior, el otro exterior. ¿Por cuál de éstos debía buscar a mi Dios, si ya le había buscado por los cuerpos, desde la tierra al cielo, a los que pude dirigir mis miradas? Mejor, sin duda, es el elemento interior, porque a él —como a presidente y juez— transmiten sus noticias todos los mensajeros corporales, las respuestas del cielo, de la tierra y de todo lo que en ellos se contiene, cuando dicen «No somos Dios» y «Él nos ha hecho». El hombre interior es quien conoce estas cosas por ministerio del hombre exterior. Yo, interior, conozco estas cosas; yo, yo alma, conozco por medio de los sentidos corporales (...).

Pero ¿no se muestra esta hermosura a cuantos tienen completo el sentido? ¿Por qué, pues, no habla lo mismo a todos? En efecto, los animales pequeños y grandes la ven, pero no pueden interrogarla porque no tienen razón que juzgue sobre lo que le anuncian los sentidos. Los hombres, en cambio, pueden hacerlo, porque son capaces de percibir, por las cosas visibles, las cosas invisibles de Dios (cfr. *Rm* 1, 20); pero se hacen esclavos de ellas por el amor y, una vez esclavos, ya no son capaces de juzgar. Las cosas creadas no responden a los que simplemente interrogan, sino a los que juzgan; no cambian de voz, es decir, de aspecto, si uno ve solamente y otro, además de ver, interroga, de modo que aparezca a uno de una manera y a otro de otro; sino que, mostrándose a los dos, es muda para uno y en cambio habla al otro. O mejor dicho, habla a todos, pero entienden sólo los que confrontan su voz, recibida de fuera, con la verdad interior.

El encuentro con Dios

(Confesiones, VII, 10.18-19; X, 27)

Invitado a volver dentro de mí mismo, entré en mi interior guiado por Ti; lo pude hacer porque Tú me ayudaste. Entré y vi con los ojos de mi alma (...), por encima de mi mente, una luz inconmutable. No esta luz vulgar y visible a toda carne, ni otra del mismo tipo, aunque más intensa, que brillase más y llenase todo más claramente con su grandeza. No era así aquella luz, sino una muy distinta de todas éstas. No estaba sobre mi alma como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra; sino que se hallaba sobre mí por haberme hecho, y yo estaba debajo por ser criatura suya.

Quien conoce la verdad, conoce esta luz; y quien la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.

¡Oh eterna Verdad, y verdadera Caridad, y amada Eternidad! Tú eres mi Dios. Por Ti suspiro noche y día. Cuando por primera vez te conocí, Tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver, y que aun no estaba en condiciones de ver. Reverberaste ante la debilidad de mi mirada, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de temor. Y advertí que me hallaba lejos de Ti, en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: «Soy manjar de grandes: crece y me comerás. No me mudarás en ti como alimento de tu carne, sino que tú te mudarás en mí» (...).

Buscaba yo el modo de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte, pero no la encontraba, hasta que me abracé al *Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos* (1 *Tim* 1, 5), que clama y dice: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (*Jn* 14, 6), y alimento mezclado con carne, pues yo era tan débil que no lo podía tomar. Y así, *el Verbo se hizo carne* (*Jn* 1, 14), a fin de que tu Sabiduría, por la que creaste todas las cosas, nos amamantara como a niños pequeños.

Pero yo, que no era humilde, no pensaba que ese Jesús humilde fuese Dios. No sabía de qué cosa podía ser maestra su debilidad. Tu Verbo, Verdad eterna, trascendiendo las partes superiores de la creación, levanta hacia sí a las que le están ya sometidas; y, al mismo tiempo, en las partes inferiores se edificó una casa humilde, hecha de nuestro barro, para abatir mejor a los que había de someter y atraerlos a Sí, curándoles su hinchazón y fomentando en ellos el amor, no fuera a ser que, fiados de sí, marchasen aún más lejos (...).

Sin embargo, yo juzgaba entonces de otra manera. Pensaba en mi Señor Jesucristo como en un hombre de extraordinaria sabiduría, a quien nadie puede igualar (...), pero qué misterio encerraban esas palabras: *el Verbo se hizo carne*, ni sospecharlo podía (...).

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y, sin embargo, Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre las cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de Ti esas cosas que, si no estuvieran en Ti, no existirían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, e hiciste huir mi ceguera. Exhalaste tu perfume, y respiré, y suspiro por Ti; gusté de Ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

Elogio de la caridad

(Sermón 350, 2-3)

El amor por el que amamos a Dios y al prójimo, resume en sí toda la grandeza y profundidad de los demás preceptos divinos. He aquí lo que nos enseña el único Maestro celestial: *amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los profetas* (*Mt* 22, 37-40). Por consiguiente, si te falta tiempo para estudiar página por página todas las de la Escritura, o para quitar todos los velos que cubren sus palabras y penetrar en todos los secretos de las Escrituras, practica la caridad, que lo comprende todo. Así poseerás lo que has aprendido y lo que no has alcanzado a descifrar. En efecto, si tienes la caridad, sabes ya un principio que en sí contiene aquello que quizá no entiendes. En los pasajes de la Escritura abiertos a tu inteligencia la caridad se manifiesta, y en los ocultos la caridad se esconde. Si pones en práctica esta virtud en tus costumbres, posees todos los divinos oráculos, los entiendas o no.

Por tanto, hermanos, perseguid la caridad, dulce y saludable vínculo de los corazones; sin ella, el más rico es pobre, y con ella el pobre es rico. La caridad es la que nos da paciencia en las aflicciones, moderación en la prosperidad, valor en las adversidades, alegría en las obras buenas; ella nos ofrece un asilo seguro en las tentaciones, da generosamente hospitalidad a los desvalidos, alegra el corazón cuando encuentra verdaderos hermanos y presta paciencia para sufrir a los traidores.

Ofreció la caridad agradables sacrificios en la persona de Abel; dio a Noé un refugio seguro durante el diluvio; fue la fiel compañera de Abraham en todos sus viajes; inspiró a Moisés suave dulzura en medio de las injurias y gran mansedumbre a David en sus tribulaciones. Amortiguó las llamas devoradoras de los tres jóvenes hebreos en el horno y dio valor a los Macabeos en las torturas del fuego.

La caridad fue casta en el matrimonio de Susana, casta con Ana en su viudez y casta con María en su virginidad. Fue causa de santa libertad en Pablo para corregir y de humildad en Pedro para obedecer; humana en los cristianos para arrepentirse de sus culpas, divina en Cristo para perdonárselas. Pero ¿qué elogio puedo hacer yo de la caridad, después de haberlo hecho el mismo Señor, enseñándonos por boca de su Apóstol que es la más excelente de todas las virtudes? Mostrándonos un camino de sublime perfección, dice: *aunque yo hablara las lenguas de los hombres y los de ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que re-*

tiñe. Y aunque tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque tuviera tal fe que trasladara los montes, si no tengo caridad, nada soy. Y aunque distribuyera todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, de nada me aprovecha.

La caridad es paciente; es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su interés, no se irrita, no piensa mal, no se goza con el mal, se alegra con la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, lo soporta todo. La caridad nunca fenece (1 *Cor* 13, 1-8).

¡Cuántos tesoros encierra la caridad! Es el alma de la Escritura, la virtud de las profecías, la salvación de los misterios, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los moribundos. ¿Se puede imaginar mayor magnanimidad que la de morir por los impíos, o mayor generosidad que la de amar a los enemigos?

La caridad es la única que no se entristece por la felicidad ajena, porque no es envidiosa. Es la única que no se ensoberbece en la prosperidad, porque no es vanidosa. Es la única que no sufre el remordimiento de la mala conciencia, porque no obra irreflexivamente. La caridad permanece tranquila en los insultos; en medio del odio hace el bien; en la cólera tiene calma; en los artificios de los enemigos es inocente y sencilla; gime en las injusticias y se expansiona con la verdad.

Imagina, si puedes, una cosa con más fortaleza que la caridad, no para vengar injurias, sino más bien para restañarlas. Imagina una cosa más fiel, no por vanidad, sino por motivos sobrenaturales, que miran a la vida eterna. Porque todo lo que sufre en la vida presente es porque cree con firmeza en lo que está revelado de la vida futura: si tolera los males, es porque espera los bienes que Dios promete en el cielo; por eso la caridad no se acaba nunca.

Busca, pues, la caridad, y meditando santamente en ella, procura producir frutos de santidad. Y todo cuanto encuentres de más excelente en ella y que yo no haya notado, que se manifieste en tus costumbres.

Invocación al Señor

(Soliloquios, libro I, cap. 1)

Te invoco, Dios Verdad, principio, origen y fuente de la verdad de todas las cosas verdaderas. Dios Sabiduría, autor y fuente de la sabiduría de

todos los que saben. Dios verdadero y suma Vida, en quien, de quien y por quien viven todas las cosas que suma y verdaderamente viven. Dios Bienaventuranza, en quien y por quien son bienaventurados todos los que son bienaventurados. Dios Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todas las cosas buenas y hermosas. Dios Luz espiritual, que bañas de claridad todo lo que brilla a la inteligencia. Dios, cuyo reino es todo el mundo inaccesible a los sentidos. Dios, que gobiernas los imperios con leyes que se derivan a los reinos de la tierra.

Separarse de Ti es caer; volverse a Ti, levantarse; permanecer en Ti es hallarse firme. Alejarse de Ti es morir, volver a Ti es revivir, morar en Ti es vivir. Nadie te pierde sino engañado, nadie te busca sino avisado, nadie te halla sino purificado. Dejarte a Ti es ir a la muerte, seguirte es amar, verte es poseerte. Para Ti nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad.

Te invoco, oh Dios, por quien vencemos al enemigo, por cuyo favor no hemos perecido totalmente. Tú nos avisas que vigilemos, Dios, con cuya luz discernimos los bienes de los males, y con cuya gracia evitamos el mal y hacemos el bien. Tú nos fortificas para que no sucumbamos en las adversidades.

Dios, a quien se debe nuestra obediencia y buen gobierno. Dios, por quien aprendemos que es ajeno lo que alguna vez creímos nuestro y que es nuestro lo que alguna vez creímos ajeno. Dios, por quien superamos los estímulos y halagos de los malos. Dios, por quien las cosas pequeñas no nos envilecen y nuestra porción superior no está sujeta a la inferior. Dios, por quien la muerte será absorbida en la victoria. Dios, que nos conviertes. Dios, que nos desnudas de lo que no es y nos vistes de lo que es. Dios, que nos haces dignos de ser oídos, que nos defiendes y nos guías a la verdad. Dios, que nos muestras todo bien, dándonos la cordura y librándonos de la estupidez ajena. Dios, que nos vuelves al camino, que nos traes a la puerta y haces que sea abierta a todos los que llaman. Dios, que nos das el Pan de la Vida, que nos das la sed de beber lo que verdaderamente nos sacia. Dios, que arguyes al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Dios, por quien no nos arrastran los incrédulos, por quien reprobamos el error de los que piensan que las almas no tienen ningún mérito delante de Ti, por quien no somos esclavos de los flacos y serviles elementos. Dios, que nos purificas y preparas para el divino premio, acude propicio en mi ayuda.

Todo cuanto he dicho eres tú, mi Dios único; ven en mi socorro, una, eterna y verdadera sustancia, donde no hay ninguna discordancia, ni confusión, ni cambio, ni indigencia, ni muerte, sino suma concordia, suma evidencia, soberano reposo, total plenitud y suma vida; donde nada falta ni sobra; donde el que engendra y el que es engendrado son una sola cosa

(...). Tú creaste al hombre a tu imagen y semejanza, como lo reconoce todo el que a sí mismo se conoce. Óyeme, escúchame, atiéndeme, Dios mío, Señor mío, Rey mío, Padre mío, principio y Creador mío, esperanza mía, herencia mía, mi honor, mi casa, mi patria, mi salud, mi luz, mi vida. Escúchame, escúchame, escúchame según tu costumbre, de tan pocos conocida.

Ahora te amo a Ti solo, a Ti solo sigo y busco, a Ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoreas; quiero estar bajo tu jurisdicción. Manda lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; cura y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca. Dime adónde he de dirigir la mirada para verte, y espero hacer todo lo que me mandes.

Recibe a tu fugitivo, Señor, clementísimo Padre; basta ya con lo que he sufrido; basta con mis servicios a tu enemigo, hoy puesto bajo tus pies; basta ya de ser juguete de las apariencias falaces. Recíbeme como siervo tuyo; vengo huyendo de tus contrarios, que me retuvieron sin pertenecerles, porque vivía lejos de Ti. Ahora comprendo la necesidad de volver a Ti: ábreme la puerta porque estoy llamando, enséñame el camino para llegar a Ti. Sólo tengo voluntad; sé que lo caduco y transitorio debe despreciarse para llegar a lo seguro y eterno. Esto hago, Padre, porque sólo esto sé, pero aún no conozco el camino que lleva hasta Ti. Enséñamelo tú, muéstramelo tú, dame tú la fuerza para el viaje. Si con la fe llegan a Ti los que te buscan, no me niegues la fe; si con la virtud, dame la virtud; si con la ciencia, concédeme la ciencia. Aumenta en mí la fe, acrecienta la esperanza, amplía la caridad. ¡Qué admirable y singular es tu bondad!

A Ti se elevan mis suspiros, y vuelvo a pedirte alas para subir a Ti. Si me abandonas, la muerte se cierne sobre mí; pero tú no abandonas, porque eres el Sumo Bien y nadie te buscó del modo debido sin que te encontrara. Y debidamente te buscó quien recibió de Ti el don de buscarte como se debe. Que te busque, Padre mío, sin caer en ningún error; que al buscarte a Ti, no me salga al encuentro otro en tu lugar. Ya que mi único deseo es poseerte, ponte a mi alcance, Padre mío; y si ves en mi algún apetito superfluo, límpiame para que pueda verte.

Con respecto a la salud corporal, mientras no me conste que es útil para mí o para mis amigos, a quienes amo, todo lo dejo en tus manos, Padre sapientísimo y óptimo, y rogaré por esta necesidad según oportunamente me indicares. Ahora sólo imploro tu clemencia para que me conviertas plenamente a Ti y destierres todas las repugnancias que a ello se opongan. Y mientras lleve la carga de este cuerpo, haz que sea puro, magnánimo, justo y prudente, perfecto amante y conocedor de tu sabiduría, y digno de la habitación y habitante de tu beatísimo reino. Amén, amén.

Las virtudes morales

(Las costumbres de la Iglesia Católica, cap. 15, 19, 22, 24, 25)

Como la virtud es el camino que conduce a la verdadera felicidad, su definición no es otra que un perfecto amor a Dios. Su cuádruple división no expresa más que varios afectos de un mismo amor, y por eso no dudo en definir estas cuatro virtudes —que ojalá estén tan arraigadas en los corazones como sus nombres en las bocas de todos— como distintas funciones del amor. La templanza es el amor que totalmente se entrega al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo tanto, señorío conforme a la razón; finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos.

Este amor, hemos dicho, no es amor de un objeto cualquiera, sino amor de Dios; es decir, del Sumo Bien, Suma Sabiduría y Suma Paz. Por esta razón, precisando algo más las definiciones, se puede decir que la templanza es el amor que se conserva íntegro e incorruptible para Dios; la fortaleza es el amor que todo lo sufre sin pena, con la vista fija en Dios; la justicia es el amor que no sirve más que a Dios, y por esto ejerce señorío, conforme a la razón, sobre todo lo inferior al hombre; la prudencia, en fin, es el amor que sabe discernir lo que es útil para ir a Dios de lo que puede alejarle de Él.

(...) Pongamos primero la atención en la templanza, cuyas promesas son la pureza e incorruptibilidad del amor, que nos une a Dios. Su función es reprimir y pacificar las pasiones que ansían lo que nos desvía de las leyes de Dios y de su bondad, o lo que es lo mismo, de la bienaventuranza. Aquí, en efecto, tiene su asiento la Verdad, cuya contemplación, goce e íntima unión nos hace dichosos; por el contrario, los que de ella se apartan se ven cogidos en las redes de los mayores errores y aflicciones. *La codicia,* dice el Apóstol, *es la raíz de todos los males, y quienes la siguen naufragan en la fe y se hallan envueltos en grandes aflicciones* (1 *Tim* 6, 10). Este pecado del alma está figurado en el Antiguo Testamento de una manera bastante clara, para quienes quieran entender, en la prevaricación del primer hombre en el paraíso (...).

Nos amonesta Pablo (cfr. *Col* 3, 9) que nos despojemos del hombre viejo y nos vistamos del nuevo, y quiere que se entienda por hombre viejo a Adán prevaricador, y por el nuevo, al Hijo de Dios, que para librarnos de él se revistió de la naturaleza humana en la encarnación. Dice también el Apóstol: *el primer hombre es terrestre, formado de la tierra; el segundo es celestial, descendido del cielo. Como el primero es terrestre, así son sus*

hijos; y como el segundo es celestial, celestiales también sus hijos; como llevamos la imagen del hombre terrestre, llevemos también la imagen del celestial (1 *Cor* 15, 47); esto es despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. Ésta es la función de la templanza: despojarnos del hombre viejo y renovarnos en Dios, es decir, despreciar todos los placeres del cuerpo y las alabanzas humanas, y referir todo su amor a las cosas invisibles y divinas (...).

Poco tengo que decir sobre la fortaleza. Este amor de que hablamos, que debe inflamarse en Dios con el ardor de la santidad, se denomina templanza en cuanto no desea los bienes de este mundo, y fortaleza en cuanto nos despega de ellos. Pero de todo lo que se posee en esta vida, es el cuerpo lo que más fuertemente encadena al hombre, según las justísimas leyes de Dios, a causa del antiguo pecado (...). Este vínculo teme toda clase de sacudidas y molestias, de trabajos y dolores; sobre todo, su rotura y muerte. Por eso aflige especialmente al alma el temor de la muerte. El alma se pega al cuerpo por la fuerza de la costumbre, sin comprender a veces que —si se sirve él bien y con sabiduría— merecerá un día, sin molestia alguna, por voluntad y ley divinas, gozar de su resurrección y transformación gloriosas. En cambio, si comprendiendo esto arde enteramente en amor de Dios, en este caso no sólo no temerá la muerte, sino que llegará incluso a desearla.

Ahora bien, resta el combate contra el dolor. Sin embargo, no hay nada tan duro o fuerte que no sea vencido por el fuego del amor. Por eso, cuando el alma se entrega a su Dios, vuela libre y generosa sobre todos los tormentos con las alas hermosísimas y purísimas que le sostienen en su vuelo apresurado al abrazo castísimo de Dios. ¿Consentirá Dios que en los que aman el oro, la gloria, los placeres de los sentidos, tenga más fuerza el amor que en los que le aman a Él, cuando aquello no es ni siquiera amor, sino pasión y codicia desenfrenada? Sin embargo, si esta pasión nos muestra la fuerza del ímpetu de un alma que —sin cansancio y a través de los mayores peligros— tiende al objeto de su amor, es también una prueba que nos enseña cuál debe ser nuestra disposición para soportarlo todo antes que abandonar a Dios, cuando tanto se sacrifican otros para desviarse de Él (...).

¿Qué diré de la justicia que tiene por objeto a Dios? Lo que afirma Nuestro Señor: *no podéis servir a dos señores* (*Mt* 6, 24); y la reprensión del Apóstol a quienes sirven más bien a las criaturas que al Creador (cfr. *Rm* 1, 25), ¿no es lo mismo que lo dicho con mucha antelación en el Viejo Testamento: *a tu Señor Dios adorarás y a Él sólo servirás?* (*Dt* 6, 13). ¿Qué necesidad hay de citar más, cuando todo está lleno de semejantes preceptos? Esta es la regla de vida que la justicia prescribe al alma enamorada: que sirva de buena gana y gustosamente al Dios de sus amores, que

es Sumo Bien, Suma Sabiduría y Suma Paz; y que gobierne todas las demás cosas, unas como sujetas a sí, y otras como previendo que algún día lo estarán. Esta regla de vida la confirma, como decimos, el testimonio de los dos Testamentos.

Poco será también lo que diga de la prudencia, a la que compete el descubrimiento de lo que se ha de apetecer y lo que se ha de evitar. Sin esta virtud no se puede hacer bien nada de lo que anteriormente hemos dicho. Es propio de ella una diligentísima vigilancia para no ser seducidos, ni de improviso ni poco a poco. Por eso el Señor nos repite muchas veces: *estad siempre en vela y caminad mientras dura la luz, para que no os sorprendan las tinieblas* (*Jn* 12, 35); y lo mismo San Pablo: *¿no sabéis que ten poco de levadura basta para corromper toda la masa?* (1 *Cor* 5, 6). Contra esta negligencia y sueño del espíritu, que apenas se da cuenta de la infiltración sucesiva del veneno de la serpiente, son clarísimas estas palabras del profeta, que se leen en el Antiguo Testamento: *el que desprecia las cosas pequeñas caerá poco a poco* (*Sir* 19, 1). Voy muy deprisa, no puedo detenerme en amplias explicaciones sobre esta máxima sapientísima; pero, si fuera éste mi propósito, mostraría la grandeza y profundidad de estos misterios, que son la burla de hombres tan necios como sacrílegos, que no caen poco a poco, sino que con toda rapidez se precipitan en el abismo más profundo.

¿A qué dar más extensión a esta cuestión sobre las costumbres? Siendo Dios el Sumo Bien del hombre —y esto no se puede negar—, se sigue que la vida santa, que es una dirección del afecto al Sumo Bien, consistirá en amarle con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu. Así se preserva el amor de la corrupción y de la impureza, que es lo propio de la templanza; le hace invencible frente a todas las adversidades, que es lo propio de la fortaleza; le lleva a renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia; y, finalmente, le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse engañar por la mentira y el dolo, que es lo propio de la prudencia. Esta es la única perfección humana que consigue gozar de la pureza de la verdad, y la que ensalzan y aconsejan uno y otro Testamento.

Cómo pedir a Dios

(Sermón 80, 2, 7-8)

Pedid, y se os dará (*Mt* 7, 7). Y para que no te imagines que había recomendado la oración como de pasada, añadió: *buscad y hallaréis. Y* para

que ni siquiera pienses que lo dijo por decir, concluyó: *llamad, y se os abrirá*. Dios quiere que para recibir se pida, y para hallar se busque, y se llame para entrar. Pero si ya el Padre sabe de qué tenemos necesidad, ¿por qué pedimos?, ¿por qué buscamos?, ¿para qué llamamos? ¿Por qué, pidiendo y buscando y llamando, nos fatigamos en hacerle saber lo que ya conoce antes que nosotros? (...). Pues tú pide, busca y llama también para comprender esto. Si la puerta está cerrada, no es como para decirte que le dejes en paz, sino para estimularte.

Hermanos míos, debemos exhortaros a la oración, y a nosotros junto con vosotros. Ante los muchos males de estos tiempos, nuestra única esperanza reside en llamar por la oración, en creer y tener fijo en el corazón que tu Padre te rehúsa sólo lo que no te conviene. Tú conoces tus deseos; pero lo que verdaderamente te conviene, sólo Él lo sabe. Imagínate que ahora estás enfermo y en las manos de un médico; pues verdaderamente esto es lo que sucede, ya que toda nuestra vida es enfermedad sobre enfermedad, y una larga existencia no es sino una enfermedad larga. Figúrate, pues, enfermo y sometido a un médico. Te ha venido el deseo de pedirle que te deje tomar vino, y vino nuevo. No se te prohíbe, porque a lo mejor no te perjudica; incluso puede hacerte bien. No temas: pídelo sin miedo y sin tardanza; pero no te enfades si te lo rehúsa, ni te aflijas. Si esta confianza muestras en el hombre que cuida de tu cuerpo, ¿no has de tenerla mayor en Dios, Médico, Creador y Reparador de tu cuerpo y de tu alma? (...)

Hay dos suertes de beneficios: los temporales y los eternos. Los temporales son la salud, la hacienda, el honor, los amigos, la casa, los hijos, la mujer y las demás cosas de esta vida en la que andamos como viajeros. Considerémonos, pues, en un mesón donde somos caminantes que han de proseguir más allá, y no dueños. Los beneficios eternos son, en primer lugar, la vida eterna, la incorruptibilidad del cuerpo y del alma, la compañía de los ángeles, la ciudad del cielo, la corona inmarcesible, un Padre y una Patria; aquél, sin muerte, y ésta, sin enemigo. Hemos de ansiar estos bienes con vehemencia y pedirlos con perseverancia, menos con largos discursos y más con anhelos sinceros. Siempre ora el deseo, aunque la lengua calle. Siempre oras si deseas siempre. ¿Cuándo languidece la oración? Cuando se enfría el deseo.

Pidamos con toda avidez, por tanto, aquellos beneficios sempiternos; busquemos aquellos bienes con interés sumo; pidámoslos sin vacilaciones. Son dones siempre provechosos, que nunca perjudican, mientras que los corporales a veces aprovechan y a veces dañan. A muchos hizo bien la pobreza y causó mal la riqueza; a muchos les aprovechó la vida privada y les hizo daño el encumbramiento de los honores. También algunos saca-

ron provecho del dinero y de los altos puestos: quienes los usaron bien; pero quienes los utilizaron mal, salieron con daño por no habérselos quitado.

En resumen, hermanos: pidamos los bienes temporales discretamente, y tengamos la seguridad —si los recibimos— de que proceden de quien sabe que nos convienen. ¿Pediste y no recibiste? Fíate del Padre; si te conviniera, te lo habría dado. Juzga por ti mismo. Tú eres delante de Dios, por tu inexperiencia de las cosas divinas, como tu hijo ante ti con su inexperiencia de las cosas humanas. Ahí tienes a ese hijo llorando el día entero para que le des un cuchillo o una espada. Te niegas a dárselo y no haces caso de su llanto, para no tener que llorarle muerto. Ahora gime, se enfada y da golpes para que le subas a tu caballo; pero tú no lo haces porque, no sabiendo conducirlo, le tirará o le matará. Si le rehúsas ese poco, es para reservárselo todo; le niegas ahora sus insignificantes demandas peligrosas, para que vaya creciendo y posea sin peligro toda la fortuna.

Os decimos, pues, hermanos: orad cuanto podáis. Abundan los males, y Dios ha permitido que así sea. ¡Ojalá no hubiera tantos malos, y no abundarían los males! *¡Tiempos malos, tiempos difíciles!*, dicen los hombres. Vivamos bien. y los tiempos serán buenos. Los tiempos somos nosotros: cuales somos nosotros, tales son los tiempos. ¿Qué hacer, pues? Quizá no podemos convertir a todos los hombres; procuren vivir bien, por lo menos, los pocos que me están oyendo, y ese reducido número de los buenos soporte la multitud de los malos. Estos buenos son como el grano: ahora se encuentran en la era, mezclados con la paja; mas en el hórreo no habrá esta mezcla. Toleren lo que no quieren, para llegar a donde quieren. ¿Por qué afligirnos y censurar lo que Dios ha permitido?

Abundan los males en el mundo para preservarnos del amor al mundo. Los hombres grandes, los santos y los verdaderos fieles, menospreciaron el mundo en todo su esplendor; y nosotros, ahora, ¿no somos capaces de menospreciarle con todas sus malandanzas? Malo es el mundo; pero, malo y todo, se le ama como si fuera bueno. Pero ¿qué mundo malo es éste? Porque no es malo el cielo, ni la tierra, ni las aguas, ni lo que hay en ellos: peces, aves, árboles... Estas cosas son buenas. Al mundo le hacen malo los hombres malos. Pero ya que no es posible que no haya hombres malos, mientras vivimos en la tierra, elevemos a Dios nuestros gemidos y llevemos con paciencia los males para arribar a los bienes. No censuremos al Padre de familia, que es tan bueno. Él nos lleva sobre sí, no le llevamos nosotros a Él. Él sabe cómo gobernar su obra. Por lo que a ti se refiere, haz lo que te manda y aguarda el cumplimiento de sus promesas.

Cuando Cristo pasa

(Sermón 88, 12-13, 17)

Cuando salían de Jericó le seguía una gran multitud. Y he aquí que dos ciegos sentados a la vera del camino, al oír que pasaba Jesús se pusieron a gritar: ¡Señor, Hijo de David, ten compasión de nosotros! La multitud les regañaba para que se callaran, pero ellos gritaban más fuerte diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten compasión de nosotros! Jesús se paró, los llamó y les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Le respondieron: Señor, que se abran nuestros ojos. Jesús, compadecido, les tocó los ojos y al instante comenzaron a ver, y le siguieron (*Mt* 20, 29-34).

¿Qué es, hermanos, gritar a Cristo, sino adecuarse a la gracia del Señor con las buenas obras? Digo esto, hermanos, porque no sea que levantemos mucho la voz, mientras enmudecen nuestras costumbres. ¿Quién es el que gritaba a Cristo, para que expulsase su ceguera interior al pasar Él, es decir, al dispensarnos los sacramentos temporales, con los que se nos invita a adquirir los eternos? ¿Quién es el que grita a Cristo? Quien desprecia el mundo, llama a Cristo. Quien desdeña los placeres del siglo, clama a Cristo. Quien dice, no con la lengua, sino con la vida, *el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo* (*Gal* 6, 14), ése es el que grita a Cristo.

Llama a Cristo quien reparte y da a los pobres, para que su justicia permanezca por los siglos de los siglos (cfr. *Sal* 101, 9). Quien escucha y no se hace el sordo —*vended vuestras bienes y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota en el Cielo* (*Lc* 12, 33)— como si oyese el sonido de los pasos de Cristo que pasa, al igual que el ciego, clame por estas cosas, es decir, hágalas realidad. Su voz esté en sus hechos. Comience a despreciar el mundo, a distribuir sus posesiones al necesitado, a tener en nada lo que los hombres aman. Deteste las injurias, no apetezca la venganza, ponga la mejilla al que le hiere, ore por los enemigos; si alguien le quitare lo suyo, no lo exija; si, al contrario, hubiera quitado algo a alguien, devuélvale el cuádruplo.

Una vez que haya comenzado a obrar así, todos sus parientes, afines y amigos se alborotarán. Quienes aman el mundo se le pondrán en contra: «¿Qué haces, loco? ¡No te excedas!: ¿acaso los demás no son cristianos? Eso es idiotez, locura». Cosas como ésta grita la turba para que los ciegos no clamen. La turba reprendía a los que clamaban, pero no tapaba sus clamores.

Comprendan cómo han de obrar quienes desean ser sanados. También ahora pasa Jesús: los que se hallan a la vera del camino, griten. Tales son los que le honran con los labios, pero su corazón está alejado de Dios (cfr. *Is* 29, 13). A la vera del camino están aquellos de corazón contrito a quie-

nes dio órdenes el Señor. En efecto, siempre que se nos leen las obras transitorias del Señor, se nos muestra a Jesús que pasa. Porque hasta el fin de los siglos no faltarán ciegos sentados a la vera del camino. Es necesario que levanten su voz.

La muchedumbre que acompañaba al Señor reprendía el clamor de los que buscaban la salud. Hermanos, ¿os dais cuenta de lo que digo? No sé de que modo decirlo, pero tampoco cómo callar. Esto es lo que digo, y abiertamente. Temo a Jesús que pasa y se queda, y no puedo callarlo: los cristianos malos y tibios obstaculizan a los buenos cristianos, a los verdaderamente llenos de celo y deseosos de cumplir los mandamientos de Dios, escritos en el Evangelio. La misma turba que está con el Señor, calla a los que claman; es decir, obstaculiza a los que obran el bien, no sea que con su perseverancia sean curados.

Clamen ellos, no se cansen ni se dejen arrastrar por la autoridad de la masa; no imiten siquiera a los que, cristianos desde antiguo, viven mal y sienten envidia de las buenas obras. No digan: «¡Vivamos como la gran multitud!». ¿Y por qué no como ordena el Evangelio? ¿Por qué quieres vivir conforme a la reprensión de la turba que impide gritar, y no según las huellas de Cristo que pasa? Te insultarán, te vituperarán, te llamarán para que vuelvas atrás. Tú clama hasta que tu grito llegue a oídos de Jesús. Pues quienes perseveraren en obrar lo que ordenó Cristo, sin hacer caso de la muchedumbre que lo prohíbe, y no se ensoberbecieren por el hecho de que parecen seguir a Cristo —esto es, por llamarse cristianos—, sino que tuvieren más amor a la luz que Cristo les ha de restituir que temor al estrépito de los que les prohíben; éstos en modo alguno se verán separados: Cristo se detendrá y los sanará (...).

En pocas palabras, para terminar este sermón, hermanos, en aquello que tanto nos toca y nos angustia, ved que es la muchedumbre la que reprende a los ciegos que gritan. Todos los que estáis en medio de la turba y queréis ser sanados, no os asustéis. Muchos son cristianos de nombre e impíos por las obras: que no os aparten de hacer el bien. Gritad en medio de la muchedumbre que os reprende, os llama para que volváis atrás, os insulta y vive perversamente.

Mirad que los malos cristianos no sólo oprimen a los buenos con las palabras, sino también con las malas obras. Un buen cristiano no quiere asistir a los espectáculos: por el mismo hecho de frenar su concupiscencia para no acudir al teatro, ya grita en pos de Cristo, ya clama que le sane: «Otros van —dirá—, pero serán paganos, o judíos». Si los cristianos no fueran a los teatros, habría tan poca gente, que los demás se retirarían llenos de vergüenza. Pero los cristianos corren también hacia allá, llevando su santo nombre a lo que es su perdición.

Clama, pues, negándote a ir, reprimiendo en tu corazón la concupiscencia temporal, y manténte en ese clamor fuerte y perseverante ante los oídos del Salvador, para que se detenga y te cure. Clama aun en medio de la muchedumbre, no pierdas la confianza en los oídos del Señor. Aquellos ciegos no gritaron desde el lado en el que no estaba la muchedumbre, para ser oídos desde allí, sin el estorbo de quienes les prohibían. Clamaron en medio de la turba y, no obstante, el Señor les escuchó. Hacedlo así vosotros también, en medio de los pecadores y lujuriosos, en medio de los amantes de las vanidades mundanas. Clamad ahí para que os sane el Señor. No gritéis desde otra parte, no vayáis a los herejes para clamar desde allí. Considerad, hermanos, que en medio de aquella muchedumbre que impedía gritar, allí mismo fueron sanados los que clamaban.

Lo extraordinario de lo ordinario

(Comentario al Evangelio de San Juan, 8, 1)

El milagro con el que Nuestro Señor Jesucristo convirtió el agua en vino no es una maravilla a los ojos de quienes saben que fue obrado por Dios. En efecto, el que durante las bodas produjo el vino en las seis ánforas que mandó llenar de agua, es el mismo que todos los años hace algo semejante en las vides. Lo que los servidores echaron en las hidrias, fue transformado en vino por obra de Dios, lo mismo que también por obra de Él se cambia en vino lo que cae de las nubes. Si no nos maravillamos de esto, es porque sucede todos los años y por la frecuencia ha dejado de ser admirable.

Sin embargo, esto merecería mayor consideración de lo que sucede dentro de las ánforas con agua. ¿Quién puede, en efecto, considerar las obras del Señor, con las que rige y gobierna el mundo entero, sin pasmarse de asombro ni quedar como aplastado ante tantos prodigios? La potencia de un grano de semilla cualquiera es tan grande que casi hace estremecer de espanto a quien lo considera con cuidado. Pero como los hombres, ocupados en otras cosas, han dejado de prestar atención a las obras de Dios, por las que sin cesar deberían glorificar al Creador, Dios se reservó hacer prodigios inusitados para inducir a los hombres, que están como amodorrados, a adorarlo a través de estas maravillas.

Resucita a un muerto, y los hombres se llenan de admiración; nacen miles de personas todos los días, y ninguno se extraña. Sin embargo, si se

examina bien, mayor milagro es el comenzar a ser quien no era, que el retornar a la vida quien ya había sido. Y es el mismo Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien mediante su Verbo hace estas maravillas, y el que las ha hecho, las gobierna. Los primeros milagros los ha obrado por medio de su Verbo, que está en Él y es Dios mismo; los segundos, por medio de su mismo Verbo encarnado y hecho hombre por nosotros. Del mismo modo que admiramos las cosas realizadas por medio de Jesús hombre, admiremos las obradas por medio de Jesús Dios. Por medio de Él, fueron creados el cielo y la tierra, el mar y toda la hermosura del cielo, la opulencia de la tierra y la fecundidad de los mares. Todo lo que se extiende delante de nuestra vista, fue creado por medio de Jesús Dios. Al contemplar estas cosas, si en nosotros reside su Espíritu, nos alegrarán de tal forma que alabaremos al Artífice, y no harán que lo olvidemos, distraídos por sus obras, ni que volvamos la espalda al que las creó.

Vivir la pureza en todos los estados

(Sermón 132)

Según hemos oído, al leerse el Santo Evangelio, Nuestro Señor Jesucristo nos exhorta a comer su carne y a beber su sangre (cfr. *Jn* 6, 56 ss), ofreciéndonos por ello la vida eterna. No todos los que oísteis estas palabras las habréis comprendido. Los que ya habéis sido bautizados, y sois fieles, conocéis su significado. Los que todavía sois catecúmenos, y os llamáis auditores, habéis escuchado la lectura quizá sin entenderla. A unos y otros se dirige nuestro sermón. Los que ya comen la carne del Señor y beben su sangre, mediten lo que comen y beben, no sea que —como dice el Apóstol-- coman y beban su propia condenación (cfr. 1 *Cor* 11, 29). Los que todavía no comen ni beben, apresúrense a venir a este banquete, al cual han sido invitados (...).

Si deben ser exhortados los catecúmenos, hermanos míos, para que no se demoren en venir a la gracia de la regeneración, ¡cuánto más cuidado hemos de poner en edificar a los fieles para que les aproveche lo que comen, y no coman y beban su propio juicio cuando se acercan al banquete eucarístico! Para que no les suceda eso, lleven una vida recta. Sed predicadores no con sermones, sino con vuestras buenas costumbres, a fin de que, los que aun no han sido bautizados, se apresuren de tal manera a seguiros que no perezcan imitándoos.

Los que estáis casados, guardad la fe conyugal a vuestras mujeres, y dadles lo que de ellas exigís. Exiges de tu mujer que sea casta; pues tú tienes obligación de darle ejemplo, no palabras. Mira bien cómo te comportas, pues eres la cabeza y estás obligado a caminar por donde ella pueda ir sin peligro de perderse. Más aún: tienes obligación de recorrer la senda por donde quieres que ande ella. Exiges fortaleza al sexo menos fuerte, y los dos tenéis la concupiscencia de la carne: pues el que se considera más fuerte, sea el primero en vencer.

Sin embargo, es muy de lamentar que muchos maridos sean superados por sus mujeres. Guardan ellas la castidad que ellos se niegan a mantener, pensando que la virilidad reside precisamente en no guardarla; como si fuera más fuerte el sexo que más fácilmente es dominado por el enemigo. ¡Es preciso luchar, combatir, pelear! El varón es más fuerte que la mujer, es la cabeza de ella (cfr. *Ef* 5, 23). Lucha y vence ella, ¿y sucumbes tú ante el enemigo? ¿Queda el cuerpo de pie, y rueda la cabeza por el suelo?

Los que todavía sois solteros, y os acercáis a la mesa del Señor, y coméis la carne de Cristo y bebéis su sangre, si habéis de casaros, reservaos para las que han de ser vuestras esposas. Tal como queréis que vengan ellas a vosotros, así os deben encontrar. ¿Qué joven hay que no desee casarse con una mujer casta? Si es virgen la que has de recibir en matrimonio, ¿no deseas encontrarla totalmente intacta? Si así la quieres, sé tú como la quieres. ¿Buscas una mujer pura? No seas tú impuro.

¿Te es acaso imposible la pureza que reclamas en ella? Si fuera imposible para ti, también lo sería para ella. Pero, si ella puede ser pura, con su pureza te enseña lo que tienes obligación de ser. Ella puede porque la guía Dios. Además, más gloriosa sería la virtud en ti que en ella. ¿Sabes por qué? Porque ella está bajo la vigilancia de sus padres y la misma vergüenza de su sexo la contiene; porque teme las leyes que tú atropellas. Luego si tú hicieras lo que ella hace, serías más digno de alabanza, porque sería prueba clara de que temes a Dios. Ella tiene muchas cosas que temer además de Dios; pero tú sólo temes a Dios.

El que tú temes es mayor que todos y es preciso que se le tema en público y en privado. Sales de tu casa, y te ve; entras, y te ve también. No importa que tengas la casa iluminada o que la tengas a oscuras: te ve. Es lo mismo que entres en tu dormitorio o en el interior de tu propio corazón, porque no podrás sustraerte a sus miradas. Teme, por tanto, al que te ve siempre; témele y sé casto, al menos por eso. Pero si deseas pecar, busca —si puedes— un sitio donde Dios no te vea, y entonces haz lo que quieras.

En cuanto a los que habéis decidido guardaros totalmente para Dios, castigad vuestro cuerpo con más rigor y no soltéis el freno a la concupis-

cencia ni siquiera en las cosas que os están permitidas. No basta con que os abstengáis de relaciones ilícitas, sino que incluso habéis de renunciar a las miradas lícitas. Tanto si sois hombres como si sois mujeres, acordaos siempre de llevar sobre la tierra una vida semejante a la de los ángeles. Los ángeles no se casan ni son dados en matrimonio, y así seremos todos después de la resurrección (cfr. *Mt* 22, 30). ¿Cuánto mejores sois vosotros, que comenzáis a ser antes de la muerte aquello que serán los hombres después de resucitar?

Sed fieles en el estado de vida que tengáis, para recibir a su tiempo la recompensa que Dios tiene reservada a cada uno. La resurrección de los muertos ha sido comparada a las estrellas del cielo. *Las estrellas* —dice el Apóstol— *brillan de distinta manera unas que otras. Así sucederá en la resurrección de los muertos* (1 *Cor* 15, 41). Una será la luz de la virginidad, otra la de la castidad conyugal, otra la de la santa viudez. Lucirán de distintos modos, pero todas estarán allí. No será idéntico el resplandor, pero será común la gloria eterna.

Meditad seriamente en vuestra condición, guardad vuestros deberes de estado con fidelidad, y acercaos confiadamente a la carne y a la sangre del Señor. El que no sea como tiene obligación de ser, que no se acerque. ¡Ojalá sirvan mis palabras para excitaros al arrepentimiento! Alégrense los que saben guardar para su cónyuge lo que de su cónyuge exigen; alégrense los que saben guardar castidad perfecta, si así lo han prometido a Dios. Sin embargo, otros se contristan cuando me oyen decir: que no se acerquen a recibir el pan del cielo los que se niegan a ser castos. Yo no quisiera tener que decir esto, pero ¿qué voy a hacer? ¿he de callar la verdad por temor a los hombres? Porque esos siervos no teman a su Señor, ¿no habré de temerle yo tampoco? Pues está escrito: tenías obligación de dar y sabías que yo era exigente (cfr. *Mt* 25, 26).

Ya he dado, Señor y Dios mío; he entregado tu dinero en presencia tuya y de tus ángeles y de todo el pueblo, pues temo tu santo juicio. He dado lo que me mandaste dar; exige tú lo que tienes derecho a recibir. Aunque yo me calle, has de hacer lo que conviene a tu justicia. Mas permite que te diga: he distribuido tus riquezas; ahora te suplico que conviertas los corazones y perdones a los pecadores. Haz que sean castos los que han sido impúdicos, para que en compañía de ellos pueda yo alegrarme delante de Ti, cuando vengas a juzgar.

¿Os agrada esto, hermanos míos? Pues que sea ésta vuestra voluntad. Todos los que no vivís limpiamente, enmendaos ahora, mientras aún estáis sobre la tierra. Yo puedo deciros lo que Dios me manda comunicaros; pero a los impuros que perseveren en su maldad, no podré librarlos del juicio y de la condenación de Dios.

El servicio episcopal

(Sermón 340 A, 1-9)

El que preside a un pueblo debe tener presente, ante todo, que es siervo de muchos. Y eso no ha de tomarlo como una deshonra; no ha de tomar como una deshonra, repito, el ser siervo de muchos, porque ni siquiera el Señor de los señores desdeñó el servirnos a nosotros. De la hez de la carne se les había infiltrado a los discípulos de Cristo, nuestros Apóstoles, un cierto deseo de grandeza, y el humo de la vanidad había comenzado a llegar ya a sus ojos. Pues, según leemos en el Evangelio, *surgió entre ellos una disputa sobre quién sería el mayor* (*Lc* 22, 24). Pero el Señor, médico que se hallaba presente, atajó aquel tumor. Cuando vio el mal que había dado origen a aquella disputa, poniendo delante algunos niños, dijo a los Apóstoles: *quien no se haga como este niño no entrará en el reino de los cielos* (*Mt* 18, 3). En la persona del niño les recomendó la humildad. Pero no quiso que los suyos tuviesen mente de niño, diciendo el Apóstol en otro lugar: *no os hagáis como niños en la forma de pensar*. Y añadió: *pero sed niños en la malicia, para ser perfectos en el juicio* (1 *Cor* 14, 20) (...). Dirigiéndose el Señor a los Apóstoles y confirmándolos en la santa humildad, tras haberles propuesto el ejemplo del niño, les dijo: *quien de vosotros quiera ser el mayor, sea vuestro servidor* (*Mt* 20, 26) (...).

Por tanto, para decirlo en breves palabras, somos vuestros siervos; siervos vuestros, pero, a la vez, siervos como vosotros; somos siervos vuestros, pero todos tenemos un único Señor; somos siervos vuestros, pero en Jesús, como dice el Apóstol: *nosotros, en cambio, somos siervos vuestros por Jesús* (2 *Cor* 4, 5). Somos siervos vuestros por Él, que nos hace también libres; dice a los que creen en Él: *si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres* (*Jn* 8, 36). ¿Dudaré, pues, en hacerme siervo por Aquél que, si no me libera, permaneceré en una esclavitud sin redención? Se nos ha puesto al frente de vosotros y somos vuestros siervos; presidimos, pero sólo si somos útiles. Veamos, por tanto, en qué es siervo el obispo que preside. En lo mismo en que lo fue el Señor. Cuando dijo a sus Apóstoles: *quien de vosotros quiera ser el mayor, sea vuestro servidor* (*Mt* 20, 26), para que la soberbia humana no se sintiese molesta por ese nombre servil, inmediatamente los consoló, poniéndose a sí mismo como ejemplo en el cumplimiento de aquello a lo que los había exhortado (...).

¿Qué significan, pues, sus palabras: *igual que el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir?* (*Mt* 20, 28). Escucha lo que sigue: *no vino*, dijo, *a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos* (*Ibid.*). He aquí cómo sirvió el Señor, he aquí cómo nos mandó que

fuéramos siervos. Dio su vida en rescate por muchos: nos redimió. ¿Quién de nosotros es capaz de redimir a otro? Con su sangre y con su muerte hemos sido redimidos; con su humildad hemos sido levantados, caídos como estábamos; pero también nosotros debemos aportar nuestro granito de arena en favor de sus miembros, puesto que nos hemos convertido en miembros suyos: Él es la cabeza, nosotros el cuerpo (...).

Ciertamente es bueno para nosotros el ser buenos obispos que presidan como deben y no sólo de nombre; esto es bueno para nosotros. A quienes son así se les promete una gran recompensa. Mas, si no somos así, sino —lo que Dios no quiera— malos; si buscáramos nuestro honor por nosotros mismos, si descuidáramos los preceptos de Dios sin tener en cuenta vuestra salvación, nos esperan tormentos tanto mayores como mayores son los premios prometidos. Lejos de nosotros esto; orad por nosotros. Cuanto más elevado es el lugar en que estamos, tanto mayor el peligro en que nos encontramos (...).

Así, pues, que el Señor me conceda, con la ayuda de vuestras oraciones, ser y perseverar, siendo hasta el final lo que queréis que sea todos los que me queréis bien y lo que quiere que sea quien me llamó y mandó; ayúdeme Él a cumplir lo que me mandó. Pero sea como sea el obispo, vuestra esperanza no ha de apoyarse en él. Dejo de lado mi persona; os hablo como obispo: quiero que seáis para mí causa de alegría, no de hinchazón. A nadie absolutamente que encuentre poniendo la esperanza en mí puedo felicitarle; necesita corrección, no confirmación; ha de cambiar, no quedarse donde está. Si no puedo advertírselo, me causa dolor; en cambio, si puedo hacerlo, ya no.

Ahora os hablo en nombre de Cristo a vosotros, pueblo de Dios; os hablo en nombre de la Iglesia de Dios, os hablo yo, un siervo cualquiera de Dios: vuestra esperanza no esté en nosotros, no esté en los hombres. Si somos buenos, somos siervos; si somos malos, somos siervos; pero, si somos buenos, somos servidores fieles, servidores de verdad. Fijaos en lo que os servimos: si tenéis hambre y no queréis ser ingratos, observad de qué despensa se sacan los manjares. No te preocupe el plato en que se te ponga lo que tú estás ávido de comer. *En la gran casa* del padre de familia *hay no sólo vajilla de oro y plata, sino también de barro* (2 *Tim* 2, 20). Hay vasos de plata, de oro y de barro. Tú mira sólo si tiene pan y de quién es el pan y quién lo da a quien lo sirve. Mirad a Aquél de quien estoy hablando, el Dador de este pan que se os sirve. Él mismo es el pan: *Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo* (*Jn* 6, 51). Así, pues, os servimos a Cristo en su lugar; os servimos a Él, pero bajo sus órdenes; para que Él llegue hasta vosotros, sea Él mismo el juez de nuestro servicio.

La fe de María

(Sermón 72 A, 3, 7-8)

Mientras hablaba a las turbas, su madre y sus hermanos estaban fuera, queriendo hablar con Él. Alguien se lo indicó, diciendo: mira, tu Madre y tus hermanos están fuera, quieren hablar contigo. Y Él dijo: ¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano sobre sus discípulos, repuso: éstos son mi madre y mis hermanos. Todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano, mi hermana y mi madre (*Mt* 12, 46-50).

¿Por qué Cristo desdeñó piadosamente a su Madre? No se trataba de una madre cualquiera, sino de una Madre virgen. María, en efecto, recibió el don de la fecundidad sin menoscabo de su integridad: fue virgen al concebir, en el parto y perpetuamente. Sin embargo, el Señor relegó a una Madre tan excelente para que el afecto materno no le impidiera realizar la obra comenzada.

¿Qué hacía Cristo? Evangelizaba a las gentes, destruía al hombre viejo y edificaba uno nuevo, libertaba a las almas, desencadenaba a los presos, iluminaba las inteligencias oscurecidas, realizaba toda clase de obras buenas. Todo su ser se abrasaba en tan santa empresa. Y en ese momento le anunciaron el afecto de la carne. Ya oísteis lo que respondió, ¿para qué voy a repetirlo? Estén atentas las madres, para que con su cariño no dificulten las obras buenas de sus hijos. Y si pretenden impedirlas o ponen obstáculos para retrasar lo que no pueden anular, sean despreciadas por sus hijos. Más aún, me atrevo a decir que sean desdeñadas, desdeñadas por piedad. Si la Virgen María fue tratada así, ¿por qué ha de enojarse la mujer —casada o viuda—, cuando su hijo, dispuesto a obrar el bien, la desprecie? Me dirás: entonces, ¿comparas a mi hijo con Cristo? Y te respondo: No, no lo comparo con Cristo, ni a ti con María. Cristo no condenó el afecto materno, pero mostró con su ejemplo sublime que se debe postergar a la propia madre para realizar la obra de Dios (...).

¿Acaso la Virgen María —elegida para que de Ella nos naciera la salvación y creada por Cristo antes de que Cristo fuese en Ella creado—, no cumplía la voluntad del Padre? Sin duda la cumplió, y perfectamente. Santa María, que por la fe creyó y concibió, tuvo en más ser discípula de Cristo que Madre de Cristo. Recibió mayores dichas como discípula que como Madre.

María era ya bienaventurada antes de dar a luz, porque llevaba en su seno al Maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Al ver al Señor que caminaba entre la multitud y hacía milagros, una mujer exclamó: *¡bienaventu-*

rado el vientre que te llevó! (*Lc* 11, 27). Pero el Señor, para que no buscáramos la felicidad en la carne, ¿qué responde?: *bienaventurados, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica* (*Lc* 11, 28). Luego María es bienaventurada porque oyó la palabra de Dios y la guardó: conservó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Cristo es Verdad, Cristo es Carne. Cristo Verdad estaba en el alma de María, Cristo Carne se encerraba en su seno; pero lo que se encuentra en el alma es mejor que lo que se concibe en el vientre.

María es Santísima y Bienaventurada. Sin embargo, la Iglesia es más perfecta que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de la Iglesia, un miembro santo, excelente, supereminente, pero al fin miembro de un cuerpo entero. El Señor es la Cabeza, y el Cristo total es Cabeza y cuerpo. ¿Qué diré entonces? Nuestra Cabeza es divina: tenemos a Dios como Cabeza.

Vosotros, carísimos, también sois miembros de Cristo, sois cuerpo de Cristo. Ved cómo sois lo que Él dijo: *he aquí mi madre y mis hermanos* (*Mt* 12, 49). ¿Cómo seréis madre de Cristo? El Señor mismo nos responde: *todo el que escucha y hace la Voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano, mi hermana y mi madre* (*Mt* 12, 50). Mirad, entiendo lo de hermano y lo de hermana, porque única es la herencia; y descubro en estas palabras la misericordia de Cristo: siendo el Unigénito, quiso que fuéramos herederos del Padre, coherederos con Él. Su herencia es tal, que no puede disminuir aunque participe de ella una muchedumbre. Entiendo, pues, que somos hermanos de Cristo, y que las mujeres santas y fieles son hermanas suyas. Pero ¿cómo podemos interpretar que también somos madres de Cristo? ¿Me atreveré a decir que lo somos? Sí, me atrevo a decirlo. Si antes afirmé que sois hermanos de Cristo, ¿cómo no voy a afirmar ahora que sois su madre?, ¿acaso podría negar las palabras de Cristo?

Sabemos que la Iglesia es Esposa de Cristo, y también, aunque sea más difícil de entender, que es su Madre. La Virgen María se adelantó como tipo de la Iglesia. ¿Por qué —os pregunto— es María Madre de Cristo, sino porque dio a luz a los miembros de Cristo? Y a vosotros, miembros de Cristo, ¿quién os ha dado a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: ¡la Madre Iglesia! Semejante a María, esta Madre santa y honrada, al mismo tiempo da a luz y es virgen.

Vosotros mismos sois prueba de lo primero: habéis nacido de Ella, al igual que Cristo, de quien sois miembros. De su virginidad no me faltarán testimonios divinos. Adelántate al pueblo, bienaventurado Pablo, y sírveme de testigo. Alza la voz para decir lo que quiero afirmar: *os he desposado con un varón, presentándoos como virgen casta ante Cristo; pero temo que así como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así también*

pierdan vuestras mentes la castidad que está en Cristo Jesús (2 *Cor* 11, 2-3). Conservad, pues, la virginidad en vuestras almas, que es la integridad de la fe católica. Allí donde Eva fue corrompida por la palabra de la serpiente, allí debe ser virgen la Iglesia con la gracia del Omnipotente.

Por lo tanto, los miembros de Cristo den a luz en la mente, como María alumbró a Cristo en su seno, permaneciendo virgen. De ese modo seréis madres de Cristo. Ese parentesco no os debe extrañar ni repugnar: fuisteis hijos, sed también madres. Al ser bautizados, nacisteis como miembros de Cristo, fuisteis hijos de la Madre. Traed ahora al lavatorio del Bautismo a los que podáis; y así como fuisteis hijos por vuestro nacimiento, podréis ser madres de Cristo conduciendo a los que van a renacer.

Plegaria a la Santísima Trinidad

(Sobre la Trinidad, XV, 28)

Señor y Dios mío, en Ti creo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No diría la Verdad: *id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* (*Mt* 28, 19), si no fueras Trinidad. Y no mandarías a tus siervos ser bautizados, mi Dios y Señor, en el nombre de quien no es Dios y Señor. Y si Tú, Señor, no fueras al mismo tiempo Trinidad y un solo Dios y Señor, no diría la palabra divina: *escucha, Israel; el Señor, tu Dios, es un Dios único* (*Dt* 6, 4). Y si Tú mismo fueras Dios Padre y fueras también Hijo, tu palabra Jesucristo, y el Espíritu Santo fuera vuestro Don, no leeríamos en las Escrituras canónicas: *envió Dios a su Hijo* (*Gal* 4, 13); y Tú, ¡oh Unigénito!, no dirías del Espíritu Santo: *que el Padre enviará en mi nombre* (*Jn* 14, 26); y: *que Yo os enviaré de parte del Padre* (*Jn* 15, 26).

Fija la mirada de mi atención en esta regla de fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida que Tú me hiciste poder, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe, y disputé y me afané mucho. Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; haz que ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste que te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto. Ante Ti está mi firmeza y mi debilidad: sana ésta, conserva aquélla. Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia; si me abres, recibe al que entra; si me cierras, abre al que llama. Haz que me acuerde de Ti, que te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa.

Sé que está escrito: *en las muchas palabras no estás exento de pecado* (*Prv* 10, 19). ¡Ojalá sólo abriera mis labios para predicar tu palabra y cantar tus alabanzas! Evitaría así el pecado y adquiriría abundancia de méritos aun en la muchedumbre de mis palabras. Aquel varón a quien Tú amaste no ha aconsejado el pecado a su verdadero hijo en la fe, cuando le escribe: *predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella* (2 *Tim* 4, 2). ¿Acaso se podrá decir que no habló mucho el que oportuna e importunamente anunció, Señor, tu palabra? No, no era mucho, pues todo era necesario. Líbrame, Dios mío, de la muchedumbre de palabras que padezco dentro de mi alma, miserable en tu presencia, pero que se refugia en tu misericordia.

Cuando callan mis labios, que mis pensamientos no guarden silencio. Si sólo pensara en las cosas que son de tu agrado, no te rogaría que me librases de la abundancia de mis palabras. Pero muchos son mis pensamientos; Tú los conoces. Son pensamientos humanos, pues vanos son. Otórgame no consentir en ellos, sino haz que pueda rechazarlos cuando siento su caricia. No permitas nunca que me detenga adormecido en sus halagos. Jamás ejerzan sobre mí su poderío ni pesen en mis acciones. Con tu ayuda protectora, sea mi juicio seguro y mi conciencia esté al abrigo de su influjo.

Hablando el Sabio de Ti en su libro, hoy conocido con el nombre de Eclesiástico, dice: *muchas cosas diríamos sin acabar nunca; sea la conclusión de nuestro discurso: Él lo es todo* (*Sir* 43, 29).

Cuando lleguemos a tu presencia, cesarán estas *muchas cosas* que ahora hablamos sin entenderlas, y Tú permanecerás todo en todos. Entonces modularemos un cántico eterno, alabándote a un tiempo unidos todos en Ti.

San Cirilo de Alejandría

Procedente de una familia muy conocida de Alejandría, no se sabe con seguridad la fecha de su nacimiento, pero se puede situar en los primeros años del último cuarto del siglo IV. Estudió, primero, Retórica, y luego Teología en la Escuela dirigida por Orígenes casi dos siglos antes. Cirilo será un gran deudor del maestro alejandrino en cuanto al estilo alegórico, aunque más moderado. Fue Patriarca de Alejandría desde el año 412, en que fue elegido, hasta su muerte, sobrevenida en el 444. Lo que más caracteriza a San Cirilo fue su defensa apasionada de la verdadera fe, frente a las diversas herejías que proliferaron en su época. Para combatirlas escribió muchas obras, que, en su inmensa mayoría, nos han llegado no sólo en la versión original griega, sino también en traducciones al latín, sirio, armeno, etíope y árabe.

Hasta el año 428, cuando se desata la controversia nestoriana, a la que se dedicó desde entonces por completo, compuso comentarios exegéticos a libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Especialmente estos últimos tenían también un carácter dogmático, pues no faltan en ellos explicaciones doctrinales. Destaca especialmente por su contenido dogmático el *Comentario al Evangelio de San Juan*, en el que se propone refutar las herejías sobre la divinidad del Verbo y del Espíritu Santo. Son muy claras sus expresiones, pues habla de que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre, eterno, consustancial, Dios por naturaleza, Creador junto con el Padre, Hijo por naturaleza, Dios de Dios, en nada inferior al Padre, del que es su imagen perfecta. Del Espíritu Santo afirma que es consustancial al Padre y al Hijo, está en el Padre y en el Hijo, recibe la misma gloria que Ellos. Se conservan además fragmentos de sus comentarios en las *Catenæ* (recopilación de textos de los Santos Padres sobre los pasajes de la Escritura), que tanto proliferaron en la Edad Media.

A partir del año 428, San Cirilo es el gran defensor de la unión hipostá-

tica de la naturaleza humana de Cristo en la única Persona del Verbo y de la maternidad divina de María contra la herejía nestoriana, que negaba estos dos puntos capitales del dogma cristiano. Como Legado del Papa Celestino II, presidió el Concilio de Éfeso, que en el año 431 definió solemnemente que la Santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios, puesto que engendró al Verbo según la naturaleza humana. Entre los numerosos escritos de este segundo período, se recogen aquí algunos párrafos de dos homilías en las que San Cirilo teje un encendido elogio de la Madre de Dios.

Cristo nos trae el Espíritu Santo

(Comentario al Evangelio de San Juan, 5, 2)

Cuando Aquél que había dado la vida al universo decidió —con una obra verdaderamente admirable— recapitular en Cristo todas las cosas y reconducir la naturaleza del hombre a su dignidad primitiva, reveló que nos concedería luego, entre otros dones, el Espíritu Santo. No era posible que el hombre tornase de otra manera a la posesión duradera de los bienes recibidos. Así pues, Dios estableció el tiempo en que descendería a nosotros el Espíritu, y éste fue el tiempo de la venida de Cristo. Así lo anunció, diciendo: *en aquellos días* —es decir, en el tiempo de nuestro Salvador—, *derramaré mi Espíritu sobre toda carne* (*Jl* 3, 1).

De este modo, cuando sonó la hora espléndida de la misericordia divina, y vino a la tierra entre nosotros el Hijo unigénito en la naturaleza humana, hombre nacido de mujer según la predicción de la Sagrada Escritura, Dios Padre concedió de nuevo el Espíritu. Lo recibió en primer lugar Cristo, como primicia de la naturaleza humana totalmente renovada. Lo atestigua Juan cuando declara: *he visto al Espíritu descender del cielo y posarse sobre Él* (*Jn* 1, 32).

Cristo recibió el Espíritu como hombre y en cuanto era conveniente que el hombre lo recibiese. El Hijo de Dios, engendrado por el Padre y consustancial a Él, que existía ya antes de nacer como hombre —más aún, absolutamente anterior al tiempo—, no se considera ofendido porque el Padre, después de su nacimiento en la naturaleza humana, le diga: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado* (*Sal* 2, 7).

El Padre afirma que Aquél que es Dios, engendrado por Él antes del tiempo, es engendrado hoy, queriendo significar que en Cristo nos acogía

a nosotros como hijos adoptivos. Cristo, en efecto, al hacerse hombre, ha asumido en sí toda la naturaleza humana. El Padre tiene su propio Espíritu y lo da de nuevo al Hijo, para que nosotros lo recibamos de Él como riqueza y fuente de bien. Por este motivo ha querido compartir la descendencia de Abraham, como se lee en la Escritura, y se ha hecho en todo semejante a nosotros, hermanos suyos.

El Hijo unigénito, por tanto, no recibe el Espíritu para sí mismo. El Espíritu es Espíritu del Hijo, y está en Él, y es dado por medio de Él, como ya se ha dicho. Pero como, al hacerse hombre, el Hijo asumió en sí toda la naturaleza humana, ha recibido el Espíritu para renovar completamente al hombre y devolverlo a su primitiva grandeza.

Dios te salve, María...

(Encomio a la Santa Madre de Dios)

Dios te salve, María, Madre de Dios, Virgen Madre, Estrella de la mañana, Vaso virginal.

Dios te salve, María, Virgen, Madre y Esclava: Virgen, por gracia de Aquél que de ti nació sin menoscabo de tu virginidad; Madre, por razón de Aquél que llevaste en tus brazos y alimentaste con tu pecho; Esclava, por causa de Aquél que tomó forma de siervo. Entró el Rey en tu ciudad, o por decirlo más claramente, en tu seno; y de nuevo salió como quiso, permaneciendo cerradas tus puertas. Has concebido virginalmente, y divinamente has dado a luz.

Dios te salve, María, Templo en el que Dios es recibido, o más aun, Templo santo, como clama el Profeta David diciendo: *santo es tu templo, admirable en la equidad* (*Sal* 64, 6).

Dios te salve, María, la joya más preciosa de todo el orbe; Dios te salve, María, casta paloma; Dios te salve, María, lámpara que nunca se apaga, pues de ti ha nacido el Sol de justicia.

Dios te salve, María, lugar de Aquél que en ningún lugar es contenido; en tu seno encerraste al Unigénito Verbo de Dios, y sin semilla y sin arado hiciste germinar una espiga que no se marchita.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien claman los profetas y los pastores cantan a Dios sus alabanzas, repitiendo con los ángeles el himno tremendo: *gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (*Lc* 2, 14).

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien los ángeles forman coro y los arcángeles exultan cantando himnos altísimos.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien los Magos adoran, guiados por una brillante estrella.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien es elegido el ornato de los doce Apóstoles.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien Juan, estando aún en el seno materno, saltó de gozo y adoró a la Luminaria de perenne luz.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien brotó aquella gracia inefable de la que decía el Apóstol: *la gracia de Dios, Salvador nuestro, ha iluminado a todos los hombres* (*Tit* 2, 11).

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien resplandeció la luz verdadera, Jesucristo Nuestro Señor, que en Evangelio afirma: *Yo soy la Luz del mundo* (*Jn* 8, 12).

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien brilló la luz sobre los que yacían en la oscuridad y en la sombra de la muerte: *el pueblo que se sentaba en las tinieblas ha visto una gran luz* (*Is* 9, 2). ¿Y qué luz sino Nuestro Señor Jesucristo, *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*? (*Jn* 1, 29).

Dios te salve. María, Madre de Dios, por quien en el Evangelio se predica: *bendito el que viene en el nombre del Señor* (*Mt* 21, 9); por quien la Iglesia católica ha sido establecida en ciudades, pueblos y aldeas.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien vino el vencedor de la muerte y exterminador del infierno.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien se ha mostrado el Creador de nuestros primeros padres y Reparador de su caída, el Rey del reino celestial.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien floreció. y resplandeció la hermosura de la resurrección.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien las aguas del río Jordán se convirtieron en Bautismo de santidad.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien Juan y el Jordán son santificados, y es rechazado el diablo.

Dios te salve, María, Madre de Dios, por quien se salvan los espíritus fieles.

Dios te salve, María, Madre de Dios: por ti las olas del mar, ya aplacadas y sedadas, llevaron con gozo y suavidad a los que son, como nosotros, siervos y ministros.

Madre de Dios

(Homilía pronunciada en el Concilio de Éfeso)

Dios te salve, María, Madre de Dios, tesoro veneradísimo de todo el orbe, antorcha inextinguible, corona de virginidad, cetro de recta doctrina, templo indestructible, habitación de Aquél que es inabarcable, Virgen y Madre, por quien nos ha sido dado Aquél que es llamado bendito por excelencia, y que ha venido en nombre del Padre.

Salve a ti, que en tu santo y virginal seno has encerrado al Inmenso e Incomprehensible. Por quien la Santísima Trinidad es adorada y glorificada, y la preciosa Cruz se venera y festeja en toda la tierra. Por quien exulta el Cielo, se alegran los ángeles y arcángeles, huyen los demonios. Por quien el tentador fue arrojado del Cielo y la criatura caída es llevada al Paraíso. Por quien todos los hombres, aprisionados por el engaño de los ídolos, llegan al conocimiento de la verdad. Por quien el santo Bautismo es regalado a los creyentes, se obtiene el óleo de la alegría, es fundada la Iglesia en todo el mundo, y las gentes son movidas a penitencia.

¿Y qué más puedo decir? Por quien el Unigénito Hijo de Dios brilló como Luz sobre los que yacían en las tinieblas y sombras de la muerte. Por quien los Profetas preanunciaron las cosas futuras. Por quien los Apóstoles predicaron la salvación a los gentiles. Por quien los muertos resucitan y los reyes reinan, por la Santísima Trinidad.

¿Quién de entre los hombres será capaz de alabar como se merece a María, que es digna de toda alabanza? Es Virgen y Madre, ¡oh cosa maravillosa! Este milagro me llena de estupor. ¿Quién ha oído decir que al constructor de un templo se le prohíba habitar en él? ¿Quién podrá ser tachado de ignominia por el hecho de que tome a su propia Esclava por Madre?

Así, pues, todo el mundo se alegra (...); también nosotros hemos de adorar y respetar la unión del Verbo con la carne, temer y dar culto a la Santa Trinidad, celebrar con nuestros himnos a María, siempre Virgen, templo santo de Dios, y a su Hijo, el Esposo de la Iglesia, Jesucristo Nuestro Señor. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Fe en la palabra de Dios

(Comentario al Evangelio de San Juan, 4, 2)

Altercaban entre sí lo judíos, ¿cómo puede éste darnos a comer su carne? (*Jn* 6, 52).

Está escrito: *todos* (los dichos de mi boca) *son claros para los inteligentes, y rectos para los que encuentran la ciencia* (*Prv* 8, 9); mas para los necios, aun lo más fácil se torna oscuro. El oyente inteligente, en efecto, guarda en el tesoro de su alma las enseñanzas más evidentes, sin admitir ninguna duda sobre ellas. Si algunas le parecen difíciles, las examina con diligencia y no cesa de buscar su explicación. En este afán por alcanzar lo bueno, me recuerdan a los perros de caza que son buenos corredores: dotados por la naturaleza de un olfato extraordinario, andan siempre dando vueltas en torno a los escondrijos de las piezas que buscan. Pues ¿acaso las palabras del profeta no invitan al sabio a hacer lo mismo, cuando dice: *busca con toda diligencia y habita junto a mí?* (*Is* 21, 12).

Conviene que el que busca lo haga con diligencia, es decir, poniendo en ello toda la tensión del alma, y no pierda el tiempo en vanos pensamientos. Cuanto más dura sea la dificultad, tanto mayor ha de ser el ánimo y el esfuerzo que hay que poner y con el que hay que luchar para conquistar la verdad escondida. En cambio, el espíritu rudo y perezoso, si hay algo que no alcanza a comprender, enseguida se muestra incrédulo y rechaza como adulterino todo lo que supera su entendimiento, llevado por su necia temeridad a una extrema soberbia. Porque el no querer ceder ante nadie en las propias opiniones, ni pensar que hay algo superior a la propia inteligencia, ¿no es esto en realidad lo que acabamos de decir?

Si examinamos la naturaleza del hecho, encontraremos que ésta fue la enfermedad en que cayeron los judíos; porque debiendo recibir diligentemente las palabras del Salvador, cuya virtud divina y extraordinario poder —manifestados por los milagros— los llenaban de admiración, y debiendo recapacitar sobre las cosas difíciles que oían y ver la manera de entenderlas, salen neciamente con aquel *cómo*, refiriéndose a Dios, como si ignorasen que su modo de hablar era tremendamente blasfemo. Dios tiene poder para hacer todas las cosas sin esfuerzo alguno; pero como ellos eran *hombres animales* —como escribe San Pablo—, no percibían *las cosas que son del Espíritu de Dios* (1 *Cor* 2, 14), sino que pensaban que aquel venerable misterio era una necedad.

Tomemos, pues, ejemplo de aquí, y enmendemos nuestra vida en las mismas cosas que a otros hacen caer, para tener una fe libre de curiosidad en la recepción de los divinos misterios. Y cuando se nos enseñe algo, no respondamos con aquel *cómo*, porque es palabra de los judíos y causa de la última condenación (...). Haciéndonos prudentes con la necedad de los otros para buscar lo que nos conviene, no usemos ese *cómo* en las cosas que Dios hace; por el contrario, procuremos confesar que el camino de sus propias obras es para Él perfectamente conocido.

Así como nadie conoce la naturaleza de Dios y, sin embargo, es justifi-

cado el que *cree que existe y que es remunerador de los que le buscan* (*Heb* 11, 6), así también, aunque ignore el modo en que Dios realiza las cosas en particular, si confía a la fe el resultado y confiesa que Dios, superior a cuanto existe, lo puede todo, recibirá un premio no despreciable por su recta manera de pensar. Por eso, queriendo el mismo Señor de todos que nosotros tengamos esta disposición de ánimo, dice por el profeta: *no son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos son como vuestros caminos, dice el Señor; sino que como dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y vuestros pensamientos de los míos* (*Is* 55, 8-9). Porque el que nos supera tan grandemente en sabiduría y poder, ¿cómo no va a obrar cosas admirables y superiores a nuestra capacidad?

Quiero añadir a esto una comparación que me parece apropiada. Los que ejercen entre nosotros las artes mecánicas, muchas veces dicen que van a realizar una obra maravillosa, cuyo modo de llevarse a cabo escapa ciertamente a la perspicacia de los oyentes antes de que la vean; pero confiando en el arte que ellos tienen, lo aceptamos por fe incluso antes de que hagan el experimento, y hasta nos avergonzamos de poner resistencias. ¿Cómo, pues, habrá quien diga que no son reos de crimen gravísimo los que se atreven con su incredulidad a no dar fe a Dios, artífice supremo de todas las cosas, sino que se atreven a preguntar el *cómo* en lo que Dios hace, aun después de conocer que Él es el dador de toda sabiduría y después de haber aprendido por la divina Escritura que es Todopoderoso?

Y si persistes, ¡oh judío!, en repetir ese *cómo*, yo, a mi vez, imitando tu insensatez, te preguntaré: ¿cómo saliste de Egipto? ¿Cómo se convirtió en serpiente la vara de Moisés? ¿Cómo se llenó la mano de lepra y después volvió a su primer estado, según está escrito? ¿Cómo el agua se convirtió en sangre? ¿Cómo atravesaste por medio del mar *como por tierra seca*? (*Heb* 11, 29; cfr. *Ex* 14, 21). ¿Cómo aquella agua amarga de Mara se volvió dulce por medio del madero? ¿Cómo salió agua para ti de las entrañas de la roca? ¿Cómo por tu causa cayó maná del cielo? ¿Cómo se detuvo el Jordán? ¿Cómo sólo por el clamor cayeron los inexpugnables muros de Jericó?... ¿Y todavía seguirás repitiendo aquel *cómo*? Pues estarás ya atónito por los muchos milagros en los que, si preguntas el *cómo*, echarás por tierra la fe de la divina Escritura, los escritos de los santos profetas y, ante todo, los mismos libros de Moisés.

Por consiguiente, mejor sería que, creyendo en Cristo y asintiendo con diligencia a sus palabras, se esforzasen en aprender el modo de la Eucaristía, sin preguntar inconsideradamente: *¿cómo puede éste darnos a comer su carne?* (*Jn* 6, 52).

San Pedro Crisólogo

A mediados del siglo v, el Imperio Romano de Occidente se hallaba ya en franca decadencia. En Rávena, su capital, la tercera parte de los habitantes profesaban aún el paganismo o la religión judía; el resto eran cristianos, aunque no faltaban entre ellos los que habían sido engañados por las herejías nestoriana y monofisita, que entonces se hallaban en auge.

En estas circunstancias, San Pedro Crisólogo fue consagrado Arzobispo de Rávena, bajo el pontificado de Sixto III (en torno al año 430). Había nacido en la actual Imola (Italia) hacia el año 380. Pocos datos más se conservan de su vida: en el 445 asistió a la muerte de San Germano de Auxerre y, tres o cuatro años después, escribió a Eutiques, presbítero de Constantinopla, que negaba que Cristo fuera perfecto hombre (que tuviera una naturaleza humana completa), invitándole a que se sometiera a las decisiones del Romano Pontífice. Murió en su ciudad natal, probablemente el 3 de diciembre del año 450.

Actualmente se consideran como obras auténticas, además de la carta a Eutiques, una colección de más de ciento ochenta sermones. Este elevado número testimonia la intensa labor pastoral del Crisólogo (apelativo que significa «palabra de oro», con el que es conocido). La mayor parte se centran en la explicación de los textos de la Sagrada Escritura leídos durante la Misa; otros —en número muy inferior— son directamente dogmáticos, y se refieren sobre todo a la Encarnación, a la gracia, a la vida cristiana y al reconocimiento del primado del Papa. Un tercer grupo recoge su predicación a los catecúmenos que se preparaban para ser bautizados, con explicaciones del Credo y del Padrenuestro.

La oración dominical

(Sermón 67)

Hermanos queridísimos, habéis oído el objeto de la fe; escuchad ahora la oración dominical. Cristo nos enseñó a rezar brevemente, porque desea concedernos enseguida lo que pedimos. ¿Qué no dará a quien le ruega, si se nos ha dado Él mismo sin ser pedido? ¿Cómo vacilará en responder, si se ha adelantado a nuestros deseos al enseñarnos esta plegaria?

Lo que hoy vais a oír causa estupor a los ángeles, admiración al cielo y turbación a la tierra. Supera tanto las fuerzas humanas, que no me atrevo a decirlo. Y, sin embargo, no puedo callarme. Que Dios os conceda escucharlo y a mí exponerlo.

¿Qué es más asombroso, que Dios se dé a la tierra o que nos dé el cielo?, ¿que se una a nuestra carne o que nos introduzca en la comunión de su divinidad?, ¿que asuma Él la muerte o que a nosotros nos llame de la muerte?, ¿que nazca en forma de siervo o que nos engendre en calidad de hijos suyos?, ¿que adopte nuestra pobreza o que nos haga herederos suyos, coherederos de su único Hijo? Sí, lo que causa más maravilla es ver la tierra convertida en cielo, el hombre transformado por la divinidad, el siervo con derecho a la herencia de su señor. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que sucede. Mas como el tema de hoy no se refiere al que enseña sino a quien manda, pasemos al argumento que debemos tratar.

Sienta el corazón que Dios es Padre, lo confiese la lengua, proclámelo el espíritu y todo nuestro ser responda a la gracia sin ningún temor, porque quien se ha mudado de Juez en Padre desea ser amado y no temido.

Padre nuestro, que estás en los cielos. Cuando digas esto no pienses que Dios no se encuentra en la tierra ni en algún lugar determinado; medita más bien que eres de estirpe celeste, que tienes un Padre en el cielo y, viviendo santamente, corresponde a un Padre tan santo. Demuestra que eres hijo de Dios, que no se mancha de vicios humanos, sino que resplandece con las virtudes divinas.

Sea santificado tu nombre. Si somos de tal estirpe, llevamos también su nombre. Por tanto, este nombre que en sí mismo y por sí mismo ya es santo, debe ser santificado en nosotros. El nombre de Dios es honrado o blasfemado según sean nuestras acciones, pues escribe el Apóstol: *es blasfemado el nombre de Dios por vuestra causa entre las naciones* (*Rm* 2, 24).

Venga tu reino. ¿Es que acaso no reina? Aquí pedimos que, reinando siempre de su parte, reine en nosotros de modo que podamos reinar en Él. Hasta ahora ha imperado el diablo, el pecado, la muerte, y la mortalidad fue esclava durante largo tiempo. Pidamos, pues, que reinando Dios, pe-

rezca el demonio, desaparezca el pecado, muera la muerte, sea hecha prisionera la cautividad, y nosotros podamos reinar libres en la vida eterna.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Éste es el reinado de Dios: cuando en el cielo y en la tierra impere la Voluntad divina, cuando sólo el Señor esté en todos los hombres, entonces Dios vive, Dios obra, Dios reina, Dios es todo, para que, como dice el Apóstol, *Dios sea todo en todas las cosas* (1 *Cor* 15, 28).

El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. Quien se dio a nosotros como Padre, quien nos adoptó por hijos, quien nos hizo herederos, quien nos transmitió su nombre, su dignidad y su reino, nos manda pedir el alimento cotidiano. ¿Qué busca la humana pobreza en el reino de Dios, entre los dones divinos? Un padre tan bueno, tan piadoso, tan generoso, ¿no dará el pan a los hijos si no se lo pedimos? Si así fuera, ¿por qué dice: no os preocupéis por la comida, la bebida o el vestido? Manda pedir lo que no nos debe preocupar, porque como Padre celestial quiere que sus hijos celestiales busquen el pan del cielo. *Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo* (*Jn* 6, 41). Él es el pan nacido de la Virgen, fermentado en la carne, confeccionado en la pasión y puesto en los altares para suministrar cada día a los fieles el alimento celestial.

Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si tú, hombre, no puedes vivir sin pecado y por eso buscas el perdón, perdona tú siempre; perdona en la medida y cuantas veces quieras ser perdonado. Ya que deseas serlo totalmente, perdona todo y piensa que, perdonando a los demás, a ti mismo te perdonas.

Y no nos dejes caer en la tentación. En el mundo la vida misma es una prueba, pues asegura el Señor: *es una tentación la vida del hombre* (*Job* 7, 1). Pidamos, pues, que no nos abandone a nuestro arbitrio, sino que en todo momento nos guíe con piedad paterna y nos confirme en el sendero de la vida con moderación celestial.

Mas líbranos del mal. ¿De qué mal? Del diablo, de quien procede todo mal Pidamos que nos guarde del mal, porque si no, no podremos gozar del bien.

El sacrificio espiritual

(Sermón 108)

¡Oh admirable piedad que, para conceder, ruega que se le pida! Pues hoy el bienaventurado Apóstol, sin pedir cosas humanas sino dispensando

las divinas, pide así: *os ruego por la misericordia de Dios* (*Rm* 12, 1). El médico, cuando persuade a los enfermos de que tomen austeros remedios, lo hace con ruegos, no con mandatos, sabiendo que es la debilidad y no la voluntad la que rechaza los remedios saludables, siempre que el enfermo los rehúye. Y el padre, no con fuerza sino con amor, induce al hijo al rigor de la disciplina, sabiendo cuán áspera es la disciplina para los sentidos inmaduros. Pues si la enfermedad corporal es guiada con ruegos a la curación, y si el ánimo infantil es conducido a la prudencia con algunas caricias, ¡cuán admirable es que el Apóstol, que en todo momento es médico y padre, suplique de esta manera para levantar las mentes humanas, heridas por las enfermedades carnales, hasta los remedios divinos!

Os ruego por la misericordia de Dios. Introduce un nuevo tipo de petición. ¿Por qué no por la virtud?, ¿por qué no por la majestad ni por la gloria de Dios, sino por su misericordia? Porque sólo por ella Pablo se alejó del crimen de perseguidor y alcanzó la dignidad de tan gran apostolado, como él mismo confiesa diciendo: *Yo, que antes fui blasfemo, perseguidor y opresor, sin embargo alcancé misericordia de Dios* (1 *Tim* 1, 13). Y de nuevo: *verdad es cierta y digna de todo acatamiento que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Mas por eso conseguí misericordia, a fin de que Jesucristo mostrase en mí el primero su extremada paciencia, para ejemplo y confianza de los que han de creer en Él, para alcanzar la vida eterna* (1 *Tim* 1, 15-16).

Os ruego por la misericordia de Dios. Ruega Pablo, mejor dicho, por medio de Pablo ruega Dios, que prefiere ser amado a ser temido. Ruega Dios, porque no quiere tanto ser señor cuanto padre. Ruega Dios con su misericordia para no castigar con rigor. Escucha al Señor mientras ruega: *todo el día extendí mis manos* (*Is* 65, 2). Y quien extiende sus manos, ¿acaso no muestra que está rogando? *Extendí mis manos*. ¿A quién? *Al pueblo*. ¿A qué pueblo? No sólo *al que no cree*, sino *al que se le opone*. Extendí mis manos. Distiende los miembros, dilata sus vísceras, saca el pecho, ofrece el seno, abre su regazo, para mostrarse como padre con el afecto de tan gran petición.

Escucha también a Dios que ruega en otro lugar: *pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he contristado?* (*Mic* 6, 3). ¿Acaso no dice: si la divinidad es desconocida, sea al menos conocida la humanidad? Ved, ved en mí vuestro cuerpo, vuestros miembros, vuestras entrañas, vuestros huesos, vuestra sangre. Y si teméis lo divino, ¿por qué no amáis al menos lo humano? Si huís del Señor, ¿por qué no acudís corriendo al padre? Pero quizá os confunde la grandeza de la Pasión que me hicisteis. No temáis. Esta cruz no es mi patíbulo, sino patíbulo de la muerte. Esos clavos no me infunden dolor, sino más bien me infunden vuestra caridad. Estas heridas no

producen mis llantos, sino más bien os introducen en mis entrañas. La dislocación de mi cuerpo dilata más mi regazo para acogeros a vosotros, y no acrecienta mi dolor. Mi sangre no se malogra, sino que sirve para vuestro rescate. Venid, pues, regresad y probad al menos al padre, viendo que devuelve bondad a cambio de maldad, amor a cambio de ofensas, tan gran caridad a cambio de tan grandes heridas.

Pero oigamos ya qué pide el Apóstol: *os ruego que ofrezcáis vuestros cuerpos*. El Apóstol, rogando de este modo, arrastró a todos los hombres hasta la cumbre sacerdotal: *que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva*. ¡Oh inaudito oficio del pontificado cristiano, en el que el hombre es a la vez hostia y sacerdote, porque el hombre no busca fuera de sí lo que va a inmolar a Dios; porque el hombre, cuando está dispuesto a ofrecer sacrificios a Dios, aporta como ofrenda lo que es por sí mismo, en sí mismo y consigo mismo; porque permanece la misma hostia y permanece el mismo sacerdote; porque la víctima se inmola y continúa viviendo, el sacerdote que sacrifica no es capaz de matar! Admirable sacrificio, donde se ofrece un cuerpo sin cuerpo y sangre sin sangre.

Os ruego por la misericordia de Dios que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva. Hermanos, este sacrificio proviene del ejemplo de Cristo, que inmoló vitalmente su cuerpo para la vida del mundo, y lo hizo en verdad hostia viva, ya que habiendo muerto vive. Por tanto, en tal víctima la muerte es aplastada, la hostia permanece, vive la hostia, la muerte es castigada. De aquí que los mártires por la muerte nacen, con el fin comienzan, por la matanza viven, y brillan en los cielos, mientras que en la tierra se consideraban extinguidos.

Os ruego por la misericordia de Dios que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva y santa. Esto es lo que cantó el profeta: *no quisiste sacrificio ni oblación, y por eso me diste un cuerpo* (*Sal* 39, 7). Hombre, sé sacrificio y sacerdote de Dios; no pierdas lo que te dio y concedió la autoridad divina; vístete con la estola de la santidad; cíñete el cíngulo de la castidad; esté Cristo en el velo de tu cabeza; continúe la cruz como protección de tu frente; pon sobre tu pecho el sello de la ciencia divina; enciende el incensario en aroma de oración; toma la espada del Espíritu; haz de tu corazón un altar; y así, con seguridad, mueve tu cuerpo como víctima de Dios. El Señor busca la fe, no la muerte; está sediento de deseos, no de sangre; se aplaca con la voluntad, no con la muerte. Lo demostró, cuando pidió a Abraham que le ofreciera a su hijo como víctima. Pues, ¿qué otra cosa sino su propio cuerpo inmolaba Abraham en el hijo?, ¿qué otra cosa pedía Dios sino la fe al padre cuando ordenó que ofreciera al hijo, pero no le permitió matarlo? Confirmado, por tanto, con tal ejemplo, ofrece tu cuerpo y no sólo lo sacrifiques, sino hazlo también instrumento de virtud.

Porque cuantas veces mueren las artimañas de tus vicios, tantas otras has inmolado a Dios vísceras de virtud. Ofrece la fe para castigar la perfidia; inmola el ayuno para que cese la voracidad; sacrifica la castidad para que muera la impureza; impón la piedad para que se deponga la impiedad; excita la misericordia para que se destruya la avaricia; y, para que desaparezca la insensatez, conviene inmolar siempre la santidad: así tu cuerpo se convertirá en hostia, si no ha sido manchado con ningún dardo de pecado.

Tu cuerpo vive, hombre, vive cada vez que con la muerte de los vicios inmolas a Dios una vida virtuosa. No puede morir quien merece ser atravesado por la espada de vida. Nuestro mismo Dios, que es el Camino, la Verdad y la Vida, nos libre de la muerte y nos conduzca a la Vida.

Tocar a Cristo con fe

(Sermón 34)

Todas las lecturas evangélicas nos ofrecen grandes beneficios tanto para la vida presente como para la futura. La lectura de hoy recoge, por un lado, lo que es propio de la esperanza y excluye, por otro, cualquier cosa que se refiera a la desesperación.

Tenemos una condición dura y digna de ser llorada: la innata fragilidad nos incita a pecar y la vergüenza, pariente del pecado, nos prohíbe confesarlo. No nos avergüenza obrar lo que es malo, pero sí confesarlo. Tememos decir lo que no tenemos miedo de hacer.

Pero hoy una mujer, al buscar un tácito remedio a un mal vergonzoso, encuentra el silencio, mediante el cual el pecador puede alcanzar el perdón.

La primera felicidad consiste en no avergonzarnos de los pecados; la segunda, en obtener el perdón de los pecados, dejándolos escondidos. Así lo entendió el profeta, cuando dijo: *Bienaventurados aquellos cuyos pecados han sido perdonados y cuyas culpas han sido sepultadas* (*Sal* 31, 1).

En esto —narra el evangelista—, *una mujer, que padecía un flujo de sangre hacía doce años, acercándose por detrás, le tocó el borde de su manto* (*Mt* 9, 20). La mujer recurre instintivamente a la fe, después de una larga e inútil cura. Se avergüenza de pedir una medicina: desea recobrar la salud, pero prefiere permanecer desconocida ante Aquél de quien cree que ha de alcanzar la salvación.

De modo semejante a como el aire es agitado por un torbellino de vientos, esta mujer era turbada por una tempestad de pensamientos. Luchaban

fe contra razón, esperanza contra temor, necesidad contra pudor. El hielo del miedo apagaba el ardor de la fe y la constricción del pudor oscurecía su luz; el inevitable recato debilitaba la confianza de la esperanza. De ahí que aquella mujer se encontrase agitada como por las olas tempestuosas de un océano.

Estudiaba la forma de actuar a escondidas de la gente, apartada de la muchedumbre. Se abría paso de manera que le fuera posible recobrar la salud sin forzar, a la vez, el propio pudor. Se preocupaba de que su curación no redundara en ofensa del médico. Se esforzaba porque la salvase, salvando la reverencia debida al Salvador.

Con un estado de ánimo semejante, aquella mujer mereció tocar, desde un extremo de la orla, la plenitud de la divinidad. *Se acercó* —cuenta— *por detrás* (*Ibid.*). Pero ¿detrás de dónde? *Y tocó el borde de su manto* (*Ibid.*). Se aproximó por detrás, porque la timidez no le permitía hacerlo por delante, cara a cara. Se acercó por detrás, y, aunque detrás no hubiese nada, encontró allí la presencia que intentaba esquivar. En Cristo había un cuerpo compuesto, pero la divinidad era simple: era todo ojos, cuando veía tras de sí una mujer que suplicaba de este modo.

Acercándose por detrás, le tocó el borde de su manto (*Ibid.*). ¡Qué debió de ver escondido en la intimidad de Cristo, la que en el borde de su manto descubrió todo el poder de la divinidad! ¡Cómo enseñó lo que vale el cuerpo de Cristo, la que mostró que en el borde de su manto hay algo de tanta grandeza!

Ponderen los cristianos, que cada día tocan el Cuerpo de Cristo, qué medicina pueden recibir de ese mismo cuerpo, si una mujer recobró completamente la salud con sólo tocar la orla del manto de Cristo. Pero lo que debemos llorar es que, mientras la mujer se curó de esa llaga, para nosotros la misma curación se torna en llaga. Por eso, el Apóstol amonesta y deplora a los que tocan indignamente el cuerpo de Cristo: *pues el que toca indignamente el cuerpo de Cristo, recibe su propia condenación* (1 *Cor* 11, 29) (...).

Pedro y Pablo, Príncipes de la fe cristiana, difundieron por el mundo el conocimiento del nombre de Cristo; pero fue primeramente una mujer la que enseñó el modo de acercarnos a Cristo. Por primera vez una mujer demostró cómo el pecador, con una confesión tácita, borra sin vergüenza el pecado; cómo el culpable, conocido sólo por Dios en relación a su culpa, no está obligado a revelar a los hombres las vergüenzas de la conciencia, y cómo el hombre puede, con el perdón, prevenir el juicio.

Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: ten confianza, hija, tu fe te ha salvado (*Mt* 9, 22). Pero Jesús volviéndose: no con el movimiento del cuerpo, sino con la mirada de la divinidad. Cristo se dirige a la mujer para

que ella se dirija a Cristo, para que reciba la curación del mismo de quien ha recibido la vida y sepa que para ella la causa de la actual enfermedad es ocasión de perpetua salvación.

Volviéndose y mirándola (*Ibid.*). La ve con ojos divinos, no humanos; para devolverle la salud, no para reconocerla, pues ya sabía quien era. La ve: es recompensado con bienes, liberado de males, quien es visto por Dios. Es lo que reconocemos todos habitualmente cuando, refiriéndonos a las personas afortunadas, decimos: la ha visto Dios. A esa mujer también la vio Dios y la hizo feliz curándola.

San León Magno

El pontificado de San León Magno (440-461) se desarrolló durante un periodo histórico turbulento. Dos eran los peligros que acechaban principalmente a la Iglesia: uno externo, la presión de los pueblos germánicos —en su mayoría paganos— que resquebrajaban el Imperio; y otro interno, el peligro de cisma por la influencia del monofisismo. San León fue quien detuvo a Atila y a sus huestes a las puertas de Roma, convenciéndoles a retirarse; sin embargo, poco pudo lograr frente a las violencias de los vándalos. En el campo eclesial, su *Epístola a Flaviano*, dirigida al Patriarca de Constantinopla, tuvo una importancia decisiva en las definiciones del Concilio de Calcedonia (451), donde se condenó la herejía monofisita, que había llegado a difundirse mucho por Oriente. Además de esta larga carta dogmática (una de las más famosas en la historia de la Iglesia), San León redactó otras muchas. Su epistolario comprende 173 cartas, en su mayor parte escritos dogmáticos, disciplinares y de gobierno. Es característico de sus su estilo conciso y elegante, que une a la brevedad una gran riqueza de imágenes.

Esta misma preocupación por exponer la verdadera doctrina cristiana se refleja en sus *Homilías*, predicadas al clero y al pueblo romano con ocasión de las principales fiestas del año litúrgico. Para San León, el ciclo litúrgico tiene una importancia capital en la vida cristiana. La liturgia es como una prolongación de la vida salvífica de Cristo en la Iglesia, su Cuerpo Místico. Los cristianos, configurados con el Señor por medio de los sacramentos, deben imitar la vida de Jesucristo en el ciclo anual de las celebraciones. De las noventa y siete homilías que nos han llegado, nueve corresponden al ayuno de las témporas de diciembre, que más tarde formarían parte del Adviento, y doce a la Cuaresma. El resto se centran en los principales acontecimientos del año litúrgico: Navidad, Epifanía, Semana Santa, Pascua, Ascensión y Pentecostés. No faltan algunas predicadas en la fiesta de los Santos Pedro y Pablo y de San Lorenzo.

A imagen de Dios

(Homilía 12 sobre el ayuno, 1-2; 4)

Si fiel y sabiamente, amadísimos, consideramos el principio de nuestra creación, hallaremos que el hombre fue formado a imagen de Dios, a fin de que imitara a su Autor. La natural dignidad de nuestro linaje consiste precisamente en que resplandezca en nosotros, como en un espejo, la hermosura de la bondad divina. A este fin, cada día nos auxilia la gracia del Salvador, de modo que lo perdido por el primer Adán sea reparado por el segundo.

La causa de nuestra salud no es otra que la misericordia de Dios, a quien no amaríamos si antes Él no nos hubiera amado y con su luz de verdad no hubiera alumbrado nuestras tinieblas de ignorancia. Esto ya nos lo había anunciado el Señor por medio de su profeta Isaías: *guiaré a los ciegos por un camino ignorado y les haré caminar por senderos desconocidos. Ante ellos tornaré en luz las tinieblas, y en llano lo escarpado. Cumpliré mi palabra y no les abandonaré* (*Is* 42, 18). Y de nuevo: *me hallaron los que no me buscaban, y me presenté ante los que no preguntaban por mí* (*Is* 65, 1).

De qué modo se ha cumplido todo esto, nos lo enseña el Apóstol Juan: *sabemos que el Hijo de Dios vino y nos dio inteligencia para que conozcamos la Verdad, y estamos en la Verdad, que es su Hijo* (1 *Jn* 5, 20). Y también: *amemos a Dios, porque Él nos amó primero* (1 *Jn* 4, 19). Dios, cuando nos ama, nos restituye a su imagen, y para hallar en nosotros la figura de su bondad, nos concede que podamos hacer lo que Él hace, iluminando nuestras inteligencias e inflamando nuestros corazones, de modo que no sólo le amemos a Él, sino también a todo cuanto Él ama.

Pues si entre los hombres se da una fuerte amistad cuando les une la semejanza de costumbres —y sin embargo, sucede muchas veces que la conformidad de costumbres y deseos conduce a malos afectos—, ¡cuánto más deberemos desear y esforzarnos por no discrepar en aquellas cosas que Dios ama! Pues ya dijo el Profeta: *porque la ira está en su indignación y la vida en su voluntad* (*Sal* 29, 6), ya que en nosotros no estará de ningún modo la majestad divina, si no se procura imitar la voluntad de Dios.

Dice el Señor: *amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma (...) Amarás al prójimo como a ti mismo* (*Mt* 12, 37-39). Así pues, reciba el alma fiel la caridad inmarcesible de su Autor y Rector, y sométase toda a su voluntad, en cuyas obras y juicios nada hay vacío de la verdad de la justicia, ni de la compasión de la clemencia (...).

Tres obras pertenecen principalmente a las acciones religiosas: la oración, el ayuno y la limosna, que han de ejercitarse en todo tiempo, pero especialmente en el consagrado por las tradiciones apostólicas, según las hemos recibido.

Como este mes décimo se refiere a la costumbre de la antigua institución, cumplamos con mayor diligencia aquellas tres obras de que antes he hablado. Pues por la oración se busca la propiciación de Dios, por el ayuno se apaga la concupiscencia de la carne y por las limosnas se perdonan los pecados (cfr. *Dan* 4, 24).

Al mismo tiempo, se restaurará en nosotros la imagen de Dios si estamos siempre preparados para la alabanza divina, si somos incesantemente solícitos para nuestra purificación y si de continuo procuramos la sustentación del prójimo.

Esta triple observancia, amadísimos, sintetiza los afectos de todas las virtudes, nos hace llegar a la imagen y semejanza de Dios, y nos une inseparablemente al Espíritu Santo. Así es: en las oraciones permanece la fe recta; en los ayunos, la vida inocente, y en las limosnas, la benignidad.

La Encarnación del Señor

(Homilía 1 sobre la Natividad del Señor)

Hoy, amadísimos, ha nacido nuestro Salvador. Alegrémonos. No es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la Vida, disipando el temor de la muerte y llenándonos de gozo con la eternidad prometida. Nadie se crea excluido de tal regocijo, pues una misma es la causa de la común alegría. Nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, así como a nadie halló libre de culpa, así vino a librar a todos del pecado. Exulte el santo, porque se acerca al premio; alégrese el pecador, porque se le invita al perdón; anímese el pagano, porque se le llama a la vida.

Al llegar la plenitud de los tiempos (cfr. *Gal* 4, 4), señalada por los designios inescrutables del divino consejo, tomó el Hijo de Dios la naturaleza humana para reconciliarla con su Autor y vencer al introductor de la muerte, el diablo, por medio de la misma naturaleza que éste había vencido (cfr. *Sab* 2, 24). En esta lucha emprendida para nuestro bien se peleó según las mejores y más nobles reglas de equidad, pues el Señor todopoderoso batió al despiadado enemigo no en su majestad, sino en nuestra pequeñez, oponiéndole una naturaleza humana, mortal como la nuestra, aunque libre de todo pecado.

No se cumplió en este nacimiento lo que de todos los demás leemos: *nadie está limpio de mancha, ni siquiera el niño que sólo lleva un día de vida sobre la tierra* (*Job* 14, 4-5). En tan singular nacimiento, ni le rozó la concupiscencia carnal, ni en nada estuvo sujeto a la ley del pecado. Se eligió una virgen de la estirpe real de David que, debiendo concebir un fruto sagrado, lo concibió antes en su espíritu que en su cuerpo. Y para que no se asustase por los efectos inusitados del designio divino, por las palabras del Ángel supo lo que en ella iba a realizar el Espíritu Santo. De este modo no consideró un daño de su virginidad llegar a ser Madre de Dios. ¿Por qué había de desconfiar María ante lo insólito de aquella concepción, cuando se le promete que todo será realizado por la virtud del Altísimo? Cree María, y su fe se ve corroborada por un milagro ya realizado: la inesperada fecundidad de Isabel testimonia que es posible obrar en una virgen lo que se ha hecho con una estéril.

Así pues, el Verbo, el Hijo de Dios, que en el principio estaba en Dios, por quien han sido hechas todas las cosas, y sin el cual ninguna cosa ha sido hecha (cfr. *Jn* 1, 1-3), se hace hombre para liberar a los hombres de la muerte eterna. Al tomar la bajeza de nuestra condición sin que fuese disminuida su majestad, se ha humillado de tal forma que, permaneciendo lo que era y asumiendo lo que no era, unió la condición de siervo (cfr. *Fil* 2, 7) a la que Él tenía igual al Padre, realizando entre las dos naturalezas una unión tan estrecha, que ni lo inferior fue absorbido por esta glorificación, ni lo superior fue disminuido por esta asunción. Al salvarse las propiedades de cada naturaleza y reunirse en una sola persona, la majestad se ha revestido de humildad; la fuerza, de flaqueza; la eternidad, de caducidad.

Para pagar la deuda debida por nuestra condición, la naturaleza inmutable se une a una naturaleza pasible; verdadero Dios y verdadero hombre se asocian en la unidad de un solo Señor. De este modo, el solo y único Mediador entre Dios y los hombres (cfr. 1 *Tim* 2, 5) puede, como lo exigía nuestra curación, morir, en virtud de una de las dos naturalezas, y resucitar, en virtud de la otra. Con razón, pues, el nacimiento del Salvador no quebrantó la integridad virginal de su Madre. La llegada al mundo del que es la Verdad fue la salvaguardia de su pureza.

Tal nacimiento, carísimos, convenía a la fortaleza y sabiduría de Dios, que es Cristo (cfr. 1 *Cor* 1, 24), para que en Él se hiciese semejante a nosotros por la humanidad y nos aventajase por la divinidad. De no haber sido Dios, no nos habría proporcionado remedio; de no haber sido hombre, no nos habría dado ejemplo. Por eso le anuncian los ángeles, cantando llenos de gozo: *gloria a Dios en las alturas*; y proclaman: *en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad* (*Lc* 2, 14). Ven ellos, en efecto, que la Jerusalén celestial se levanta en medio de las naciones del mundo. ¿Qué alegría

no causará en el pequeño mundo de los hombres esta obra inefable de la bondad divina, si tanto gozo provoca en la esfera sublime de los ángeles?

Por todo esto, amadísimos, demos gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, que, por la inmensa misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros; y, estando muertos por el pecado, nos resucitó a la vida en Cristo (cfr. *Ef* 2, 5) para que fuésemos en Él una nueva criatura, una nueva obra de sus manos. Por tanto, dejemos al hombre viejo con sus acciones (cfr. *Col* 3, 9) y renunciemos a las obras de la carne, nosotros que hemos sido admitidos a participar del nacimiento de Cristo.

Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, pues participas de la naturaleza divina (cfr. 2 *Pe* 1, 4), y no vuelvas a la antigua miseria con una vida depravada. Recuerda de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro. Ten presente que, arrancado del poder de las tinieblas, has sido trasladado al reino y claridad de Dios (cfr. *Col* 1, 13). Por el sacramento del Bautismo te convertiste en templo del Espíritu Santo: no ahuyentes a tan escogido huésped con acciones pecaminosas, no te entregues otra vez como esclavo al demonio, pues has costado la Sangre de Cristo, quien te redimió según su misericordia y te juzgará conforme a la verdad. El cual con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos. Amén.

Nacimiento virginal de Cristo

(Homilía 2 sobre la Navidad del Señor, 1-3, 6)

Dios todopoderoso y clemente, cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder, cuya acción es misericordia, desde el instante en que la malignidad del diablo nos hubo emponzoñado con el veneno mortal de su envidia, señala los remedios con que su piedad se proponía socorrer a los mortales. Esto lo hizo ya desde el principio del mundo, cuando declaró a la serpiente que de la Mujer nacería un Hijo lleno de fortaleza para quebrantar su cabeza altanera y maliciosa (cfr. *Gn* 3, 15); es decir, Cristo, el cual tomaría nuestra carne, siendo a la vez Dios y hombre; y, naciendo de una virgen, condenaría con su nacimiento a aquél por quien el género humano había sido manchado.

Después de haber engañado al hombre con su astucia, regocijábase el diablo viéndole desposeído de los dones celestiales, despojado del privilegio de la inmortalidad y gimiendo bajo el peso de una terrible sentencia de muerte. Alegrábase por haber hallado algún consuelo en sus males en la

compañía del prevaricador y por haber motivado que Dios, después de crear al hombre en un estado tan honorífico, hubiese cambiado sus disposiciones acerca de él para satisfacer las exigencias de una justa severidad. Ha sido, pues, necesario, amadísimos, el plan de un profundo designio para que un Dios que no se muda, cuya voluntad por otra parte no puede dejar de ser buena, cumpliese —mediante un misterio aún más profundo— la primera disposición de su bondad, de manera que el hombre, arrastrado hacia el mal por la astucia y malicia del demonio, no pereciese, subvirtiendo el plan divino.

Al llegar, pues, amadísimos, los tiempos señalados para la redención del hombre, Nuestro Señor Jesucristo bajó hasta nosotros desde lo alto de su sede celestial. Sin dejar la gloria del Padre, vino al mundo según un modo nuevo, por un nuevo nacimiento. Modo nuevo, ya que, invisible por naturaleza, se hizo visible en nuestra naturaleza; incomprensible, ha querido hacerse comprensible; el que fue antes del tiempo, ha comenzado a ser en el tiempo; señor del universo, ha tomado la condición de siervo, velando el resplandor de la majestad (cfr. *Fil* 2, 7); Dios impasible, no ha desdeñado ser hombre pasible; inmortal, se somete a la ley de la muerte.

Ha nacido según un nuevo nacimiento, concebido por una virgen, dado a luz por una virgen, sin que atentase a la integridad de la madre. Tal origen convenía, en efecto, al que sería salvador de los hombres (...). Pues el Padre de este Dios que nace en la carne es Dios, como lo testifica el arcángel a la Bienaventurada Virgen María: *el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, porque el Hijo que nacerá de ti será santo, y será llamado Hijo de Dios* (*Lc* 1, 35).

Origen dispar, pero naturaleza común. Que una virgen conciba, que una virgen dé a luz y permanezca virgen, es humanamente inhabitual y desacostumbrado, pero revela el poder divino. No pensemos aquí en la condición de la que da a luz, sino en la libre decisión del que nace, naciendo como quería y podía. ¿Quieres tener razón de su origen? Confiesa que es divino su poder. El Señor Cristo Jesús ha venido, en efecto, para quitar nuestra corrupción, no para ser su víctima; no a sucumbir en nuestros vicios, sino a curarlos. Por eso determinó nacer según un modo nuevo, pues llevaba a nuestros cuerpos humanos la gracia nueva de una pureza sin mancilla. Determinó, en efecto, que la integridad del Hijo salvaguardase la virginidad sin par de su Madre, y que el poder del divino Espíritu derramado en Ella (cfr. *Lc* 1, 35) mantuviese intacto ese claustro de la castidad y esta morada de la santidad en la cual Él se complacía, pues había determinado levantar lo que estaba caído, restaurar lo que se hallaba deteriorado y dotar del poder de una fuerza multiplicada para dominar las seducciones de la carne, para que la virginidad —incompatible en los otros con

la transmisión de la vida— viniese a ser en los otros también imitable gracias a un nuevo nacimiento.

Mas esto mismo, amadísimos, de que el Señor haya escogido nacer de una virgen, ¿no aparece dictado por una razón muy profunda? Es a saber, que el diablo ignorase que había nacido la salvación para el género humano; que ignorando su concepción por obra del Espíritu Santo, creyese que no había nacido de modo diferente de los otros hombres. Efectivamente, viendo a Cristo en una naturaleza idéntica a la de todos, pensaba que tenía también un origen semejante a todos; no conoció que estaba libre de los lazos del pecado Aquél a quien veía sujeto a la debilidad de la muerte. Pues Dios, que en su justicia y en su misericordia tenía muchos medios para levantar al género humano (cfr. *Sal* 85, 15), ha preferido escoger principalmente el camino que le permitía destruir la obra del diablo no con una intervención poderosa, sino con una razón de equidad.

(...) Alabad, pues, amadísimos, a Dios en todas sus obras (cfr. *Sab* 39, 19) y en todos sus juicios. Ninguna duda oscurezca vuestra fe en la integridad de la Virgen y en su parto virginal. Honrad con una obediencia santa y sincera el misterio sagrado y divino de la restauración del género humano. Abrazaos a Cristo, que nace en nuestra carne, para que merezcáis ver reinando en su majestad a este mismo Dios de gloria, que con el Padre y el Espíritu Santo permanece en la unidad de la divinidad por los siglos de los siglos. Amén.

Infancia espiritual

(Homilía 7 en la Epifanía del Señor)

Amadísimos, el recuerdo de lo que ha sido realizado por el Salvador de los hombres es para nosotros de gran utilidad, si de este objeto de nuestra fe y de nuestra veneración hacemos el ideal de nuestra imitación. En la economía de los misterios de Cristo, los milagros son gracias y estímulos que refuerzan la doctrina, para que sigamos también el ejemplo de las acciones de Aquél a quien confesamos en espíritu de fe.

Aun estos mismos instantes vividos por el Hijo de Dios, que nace de la Virgen, su Madre, nos instruyen para nuestro progreso en la piedad. Los corazones ven aparecer en una sola y misma persona la humildad propia de la humanidad y la majestad divina. Los cielos y los ejércitos celestiales llaman su Creador al que, recién nacido, se encuentra en una cuna. Este

Niño de cuerpo pequeño es el Señor y el Rector del mundo. Aquél a quien ningún límite puede encerrar, se contiene todo entero sobre las rodillas de su Madre. Mas en esto está la curación de nuestras heridas y la elevación de nuestra postración (...).

Los remedios destinados a nosotros nos han fijado una norma de vida, y de lo que era una medicina destinada a los muertos ha salido una regla para nuestras costumbres. No sin razón, cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para venir a adorar a Jesús, ellos no lo vieron expulsando a los demonios, resucitando a los muertos, dando vista a los ciegos, curando a los cojos, dando la facultad de hablar a los mudos, o en cualquier otro acto que revelaba su poder divino; sino que vieron a un Niño que guardaba silencio, tranquilo, confiado a los cuidados de su Madre. No aparecía en Él ningún signo de su poder; mas les ofreció la vista de un gran espectáculo: su humildad. Por eso, el espectáculo de este santo Niño, el Hijo de Dios, presentaba a sus miradas una enseñanza que más tarde debía ser proclamada; y lo que no profería aún el sonido de su voz, el simple hecho de verle hacía ya que Él lo enseñara.

Toda la victoria del Salvador, que ha subyugado al diablo y al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por la humildad. Ha inaugurado en la persecución sus días señalados, y también los ha terminado en la persecución. Al Niño no le ha faltado el sufrimiento, y al que había sido llamado a sufrir no le ha faltado la dulzura de la infancia, pues el Unigénito de Dios ha aceptado, por la sola humillación de su majestad, nacer voluntariamente hombre y poder ser muerto por los hombres.

Si, por el privilegio de su humildad, Dios omnipotente ha hecho buena nuestra causa tan mala, y si ha destruido a la muerte y al autor de la muerte (cfr. 1 *Tim* 1, 10), no rechazando lo que le hacían sufrir los perseguidores, sino soportando con gran dulzura y por obediencia a su Padre las crueldades de los que se ensañaban contra Él, ¿cuánto más hemos de ser nosotros humildes y pacientes, puesto que, si nos viene alguna prueba, jamás se hace esto sin haberla merecido? ¿Quién se gloriará de tener un corazón casto y de estar limpio de pecado? Y, como dice San Juan, *si dijéramos que no tenemos pecado nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría con nosotros* (1 *Jn* 1, 8). ¿Quién se encontrará libre de falta, de modo que la justicia nada tenga de qué reprocharle o la misericordia divina qué perdonarle?

Por eso, amadísimos, la práctica de la sabiduría cristiana no consiste ni en la abundancia de palabras, ni en la habilidad para discutir, ni en el apetito de alabanza y de gloria, sino en la sincera y voluntaria humildad, que el Señor Jesucristo ha escogido y enseñado como verdadera fuerza desde

el seno de su Madre hasta el suplicio de la Cruz. Pues cuando sus discípulos disputaron entre sí, como cuenta el evangelista, *quién será el más grande en el reino de los cielos. Él, llamando a si a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: en verdad os digo, si no os mudáis haciéndoos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, éste será el más grande en el reino de los cielos* (*Mt* 18, 1-4).

Cristo ama la infancia, que Él mismo ha vivido al principio en su alma y en su cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, regla de inocencia, modelo de dulzura. Cristo ama la infancia; hacia ella orienta las costumbres de los mayores, hacia ella conduce a la ancianidad. A los que eleva al reino eterno los atrae a su propio ejemplo.

Mas, si queremos ser capaces de comprender perfectamente cómo es posible llegar a una conversión tan admirable y por qué transformación hemos de ir a la edad de los niños, dejemos que San Pablo nos instruya y nos diga: *no seáis niños en el juicio; sed párvulos sólo en la malicia, pero adultos en el juicio* (1 *Cor* 14, 20).

No se trata, pues, de volver a los juegos de la niñez ni a las imperfecciones del comienzo, sino tomar una cosa que conviene también a los años de la madurez; es decir, que pasen pronto nuestras agitaciones interiores, que rápidamente encontremos la paz, no guardemos rencor por las ofensas, ni codiciemos las dignidades, sino amemos encontrarnos unidos, y guardemos una igualdad conforme a la naturaleza. Es un gran bien, en efecto, que no sepamos alimentar ni tener gusto por el mal, pues inferir y devolver injuria es propio de la sabiduría de este mundo. Por el contrario, no devolver mal por mal (cfr. *Rm* 12, 17) es propio de la infancia espiritual, toda llena de ecuanimidad cristiana.

A esta semejanza con los niños nos invita, amadísimos, el misterio de la fiesta de hoy. Ésa es la forma de humildad que os enseña el Salvador Niño adorado por los Magos. Para mostrar aquella gloria que prepara a sus imitadores, ha consagrado con el martirio a los nacidos en su tiempo; nacidos en Belén, como Cristo, han sido asociados a Él por su edad y por su pasión. Amen, pues, los fieles la humildad y eviten todo orgullo; cada cual prefiera su prójimo a sí mismo (cfr. 1 *Cor* 4, 6), y que nadie busque su propio interés, sino el del otro (1 *Cor* 10, 14), de modo que, cuando todos estén llenos del espíritu de benevolencia, no se encontrará en ninguna parte el veneno de la envidia, pues *el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado* (*Lc* 14, 11). Así lo atestigua nuestro Señor Jesucristo, que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Un combate de santidad

(Homilía 1 en la Cuaresma, 3-6)

Entramos, amadísimos, en la Cuaresma, es decir, en una fidelidad mayor al servicio del Señor. Viene a ser como si entrásemos en un combate de santidad. Por tanto, preparemos nuestras almas a las embestidas de las tentaciones, sabiendo que cuanto más celosos nos mostremos de nuestra salvación, más violentamente nos atacarán nuestros adversarios.

Pero el que habita en medio de nosotros es más fuerte que quien lucha contra nosotros. Nuestra fortaleza viene de Él, en cuyo poder hemos puesto nuestra confianza. El Señor permitió que le visitase el tentador, para que nosotros recibiésemos, además de la fuerza de su socorro, la enseñanza de su ejemplo.

Acabáis de oírlo: venció a su adversario con las palabras de la Ley, no con el vigor de su brazo. Sin duda, su Humanidad obtuvo más gloria y fue mayor el castigo del adversario, al triunfar del enemigo de los hombres como mortal, en vez de como Dios. Ha combatido para enseñarnos a pelear en pos de Él. Ha vencido para que nosotros del mismo modo seamos también vencedores. Pues no hay, amadísimos, actos de virtud sin la experiencia de las tentaciones, ni fe sin prueba, ni combate sin enemigo, ni victoria sin batalla.

La vida transcurre en medio de emboscadas, en medio de sobresaltos. Si no queremos vernos sorprendidos, debemos vigilar. Si pretendemos vencer, hemos de luchar. Por eso dijo Salomón cuando era sabio: *hijo, si entras a servir al Señor, prepara tu alma para la tentación* (*Sir* 2, 1). Lleno de la ciencia de Dios, sabía que no hay fervor sin trabajos y combates. Y previendo los peligros, los advierte a fin de que estemos preparados para rechazar los ataques del tentador.

Instruidos por la enseñanza divina, amadísimos, entremos en el estadio escuchando lo que el Apóstol nos dice sobre esta pelea: *no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso* (*Ef* 6, 12). No nos hagamos ilusiones. Estos enemigos, que desean perdernos, entienden bien que contra ellos se encamina todo lo que intentamos en favor de nuestra salvación. Por eso, cada vez que deseamos algún bien, provocamos al adversario. Entre ellos y nosotros existe una oposición inveterada, fomentada por el diablo, porque, habiendo sido ellos despojados de los bienes que nos alcanza la gracia de Dios, nuestra justificación les tortura. Cuando nosotros nos levantamos, ellos se hunden. Cuando volvemos a reponer nuestras fuerzas, ellos pierden la suya. Nuestros remedios son sus

llagas, pues la curación de nuestras heridas los lastima: *estad, pues, alerta*, dice el Apóstol; *ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia, y calzados los pies, prontos para anunciar el Evangelio de la paz. Embrazad en todo momento el escudo de la fe, con que podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios* (*Ef* 6, 14-17).

Mirad, amadísimos, con qué dardos tan poderosos, con qué defensas tan insuperables nos arma este jefe insigne por tantos triunfos, este maestro invencible de la milicia cristiana. Nos ha ceñido con el cinturón de la castidad, ha calzado nuestros pies con las sandalias de la paz. En efecto, un soldado que no tenga ceñidos los lomos es pronto derrotado por el instigador de la impureza, y el que carece de calzado es fácilmente mordido por la serpiente. Nos ha dado el escudo de la fe para proteger todo el cuerpo, ha colocado en nuestra cabeza el casco de la salvación, ha puesto en nuestras manos la espada, es decir, la palabra de verdad. Así, el héroe de las luchas del espíritu no sólo está resguardado de las heridas, sino que puede dañar también a quien le ataca.

Confiando en estas armas, entremos sin pereza y sin temor en la lucha que se nos propone, y, en este estadio en que se combate por el ayuno, no nos contentemos con abstenernos de la comida. De nada sirve que se debilite la fuerza del cuerpo si no se alimenta el vigor del alma. Mortifiquemos algo al hombre exterior, y restauremos al interior. Privemos a la carne de su alimento corporal, y adquiramos fuerzas en el alma con las delicias espirituales. Que todo cristiano se observe detenidamente y, con un severo examen, escudriñe el fondo de su corazón. Vea que no haya allí alguna discordia o se haya instalado alguna concupiscencia. Mediante la castidad arroje lejos la incontinencia, mediante la luz de la verdad disipe las tinieblas de la mentira. Desinfle el orgullo, apacigüe la ira, rompa los dardos nocivos, ponga un freno a la denigración de la lengua, cese en las venganzas y olvídese de las injurias; brevemente: *toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada* (*Mt* 15, 13). Pues, cuando las simientes extrañas hayan sido arrancadas del campo de nuestro corazón, entonces serán alimentadas en nosotros las semillas de la virtud (...).

Acordándonos de nuestras debilidades, que nos han hecho caer fácilmente en toda clase de faltas, no descuidemos este remedio primordial y este medio tan eficaz en la curación de nuestras heridas: perdonemos, para que se nos perdone; concedamos la gracia que nosotros pedimos. No busquemos la venganza, ya que nosotros mismos suplicamos el perdón. No nos hagamos sordos a los gemidos de los pobres; otorguemos con diligente benignidad la misericordia a los indigentes, para que podamos encontrar también nosotros misericordia el día del juicio.

El que, ayudado por la gracia de Dios, tienda con todo su corazón a esta perfección, cumple fielmente el santo ayuno y, ajeno a la levadura de la antigua malicia, llegará a la bienaventurada Pascua con los ázimos de pureza y sinceridad (cfr. 1 *Cor* 5, 8). Participando de una vida nueva (cfr. *Rm* 6, 4), merecerá gustar la alegría en el misterio de la regeneración humana. Por Cristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ÚLTIMOS PADRES DE ORIENTE

(SIGLOS V-VIII)

Desde la mitad del siglo v, con la conclusión del Concilio de Calcedonia (año 451), la cristiandad de Oriente entra en una fase nueva. El apasionamiento por los temas dogmáticos, tan característico de la época anterior, deja paso al interés por la ascesis y el culto. Se vive de la herencia de los grandes Padres, mediante la compilación de «cadenas áureas» y florilegios. Esto no significa que desaparecieran por completo las herejías y controversias: además de ser una constante en la historia, de ellas se sirve el Espíritu Santo para dar a la Iglesia una comprensión más profunda de la fe que guarda en depósito. Pero no son comparables a las grandes disputas de los siglos anteriores, cuando lo que estaba en juego era nada menos que la doctrina revelada sobre la Trinidad y la Encarnación. Ahora se trata más bien de disputas académicas, sobre todo hacia el final de este largo período.

Al principio hubo polémicas sobre el modo de relacionarse la voluntad divina y la voluntad humana en Cristo (monotelismo, monoenergismo); acabaron con el Concilio III de Constantinopla (año 681), que definió la existencia en el Verbo encarnado de dos voluntades perfectas, una divina y otra humana, esta última subordinada libremente a la voluntad divina. En la segunda parte de este período se desarrolló la controversia sobre la veneración a las imágenes, concluida con el Concilio II de Nicea (año 787), que condenó la herejía iconoclasta.

Estas disputas tuvieron poco eco en Occidente. A ello contribuyó, sin duda alguna, el progresivo distanciamiento entre romanos y bizantinos, fa-

vorecido por la caída del Imperio Romano de Occidente (año 476) en manos de los pueblos germánicos. Con este motivo, Bizancio, capital del Imperio de Oriente, reivindicó con mayor fuerza aún el título de «nueva Roma», lo que trajo consigo nuevas fricciones y contrastes.

En la zona más oriental del Imperio bizantino, la civilización griega nunca había penetrado profundamente. Sólo las grandes ciudades de Siria, Egipto y Mesopotamia, y especialmente las ciudades marítimas, podían considerarse verdaderamente helenizadas; en el resto de esos países, la mayor parte de la población ignoraba la lengua griega y permanecía hostil al dominador, en espera del momento en que pudieran romper las cadenas que les ligaban a Bizancio. La ocasión se presentó con las disputas nestorianas y monofisitas, que se difundieron sobre todo en esos lugares periféricos del Imperio bizantino. Así surgieron varias agregaciones cristianas independientes del Patriarcado de Constantinopla: los armenos, los sirios y los coptos, principalmente, que tienen en común el rechazo o la no adhesión a las decisiones del Concilio de Calcedonia.

Todo este proceso recibió una fuerte aceleración con las invasiones árabes, que dejaron prácticamente aisladas esas áreas del resto de la Cristiandad. Mientras tanto, en el Imperio bizantino, reducido en extensión por esas pérdidas territoriales, se fue consumando la estrecha unión entre la Iglesia y el Estado que ha pasado a la historia con el nombre de césaropapismo. Figura cumbre de esta tendencia fue el emperador Justiniano, verdadero prototipo del emperador-pontífice. A partir de ese momento, la Iglesia en Oriente acentuó sus caracteres nacionales, experimentando sucesivas divisiones a medida que el Islam se iba apoderando, una tras otra, de sus provincias, hasta la captura de Constantinopla en el año 1451. Este largo proceso daría origen a las «autocefalias», es decir, a las diversas Iglesias nacionales ortodoxas.

Otra consecuencia de las invasiones árabes fue que el distanciamiento entre la Cristiandad oriental e occidental se hizo cada vez mayor; no sólo por la diversa idiosincrasia de los pueblos, sino por objetivas dificultades de comunicación entre Roma y Bizancio. El culmen de esta separación se produciría en el año 1053, fecha del cisma consumado por el Patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario.

A pesar de estos obstáculos, dos escritores bizantinos tuvieron un influjo enorme en el resurgimiento cultural y en el desarrollo doctrinal de la Edad Media en Occidente. El primero, autor anónimo conocido con el nombre de Pseudo-Dionisio, se sitúa habitualmente en torno al año 500; el otro, San Juan Damasceno, en pleno siglo VIII, es considerado como el último de los Padres. En ese arco de tiempo brillan, además —y entre otras— las figuras de San Romano el Cantor, Severo de Antioquía y Leon-

cio de Bizancio, en el siglo VI; San Sofronio de Jerusalén, San Máximo el Confesor, San Juan Clímaco y San Anastasio Sinaíta, en el siglo VII; San Andrés de Creta, San Germán de Constantinopla y el ya mencionado San Juan Damasceno, en el siglo VIII.

Entre los escritores de las restantes zonas del cristianismo oriental de esta época, merecen una mención especial San Mesrop y Juan Mandakuni, en Armenia, y Santiago de Sarug, en Siria.

San Vicente de Lerins

De San Vicente de Lerins se sabe que era un gran conocedor de la Sagrada Escritura y que murió hacia el año 450 en el monasterio de Lerins, al sur de Francia. La única obra suya que conocemos es el *Commonitorio*, escrito hacia el año 434, en donde enuncia las principales reglas para discernir la Tradición católica de los engaños de los herejes.

La palabra *Commonitorio*, bastante frecuente como título de obras en aquella época, significa notas o apuntes puestos por escrito para ayudar a la memoria, sin pretensiones de componer un tratado exhaustivo. En esta obra, San Vicente de Lerins se propuso facilitar, con ejemplos de la Tradición y de la historia de la Iglesia, los criterios para conservar intacta la verdad católica.

No recurre a un método complicado. Las reglas que ofrece para distinguir la verdad del error pueden ser conocidas y aplicadas por todos los cristianos de todos los tiempos, pues se resumen en una exquisita fidelidad a la Tradición viva de la Iglesia. «No ceso de admirarme —escribe— ante tanta insensatez de algunos hombres (...) que, no contentos con la regla de la fe, entregada y recibida de una vez para siempre desde la antigüedad, buscan indefinidamente cada día cosas nuevas, y siempre se empeñan en añadir, cambiar o sustraer algo a la religión; como si no fuese una doctrina celestial a la que basta haber sido revelada de una vez para siempre, sino una institución terrena que no pueda ser perfeccionada más que con una continua enmienda o, más aún, rectificación».

El *Commonitorio* constituye una joya de la literatura patrística. Su enseñanza fundamental es que los cristianos han de creer *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus:* sólo y todo cuanto fue creído siempre, por todos y en todas partes. Varios Papas y Concilios han confirmado con su autoridad la validez perenne de esta regla de fe. Sigue siendo plenamente actual este pequeño libro escrito en una isla del sur de Francia, hace más de quince siglos.

La inteligencia de la fe

(Commonitorio 22-23)

Es muy útil meditar con atención aquel pasaje del Apóstol: *¡oh Timoteo!, custodia el depósito evitando las novedades profanas en las expresiones* (1 *Tim* 6, 20). Es el grito de una persona que sabe y que ama. Preveía, en efecto, los errores que surgirían con el paso del tiempo, y se dolía fuertemente de ellos.

¿Quién es hoy Timoteo, sino la Iglesia universal y especialmente todo el cuerpo de los obispos, cuya misión principal es la de tener un conocimiento puro de la religión divina, para transmitirlo luego a los demás? ¿Y qué quiere decir: *custodia el depósito*? Manténte vigilante —dice— contra los ladrones y enemigos; no sea que, mientras todos duermen, vengan a hurtadillas para sembrar la cizaña en medio del buen trigo que el Hijo del hombre ha sembrado en su campo.

Pero ¿qué cosa es un depósito? Depósito es aquello que se te ha confiado, que no encontraste por ti mismo; lo has recibido, no lo has alcanzado con tus fuerzas. No es fruto del ingenio personal, sino de enseñanza; no es un asunto privado, sino que pertenece a una tradición pública. No procedió de ti, sino que vino a tu encuentro. Frente a él no puedes comportarte como si fueras su autor, sino como un simple guardián. Tú no eres el iniciador, sino el discípulo; no te compete manejarlo a tu antojo, sino que tu deber es seguirlo.

Custodia el depósito, dice el Apóstol: conserva inviolado y limpio el talento de la fe católica. Lo que se te ha confiado, eso mismo debes custodiar y transmitir. Oro has recibido, oro devuelve. No puedo permitir que sustituyas una cosa por otra. No, tú no puedes desvergonzadamente cambiar el oro por plomo, ni engañar dando bronce en vez del metal precioso. Quiero oro puro, no lo que sólo tiene apariencia de oro.

Oh Timoteo, oh sacerdote, intérprete de la Escritura, doctor: si la gracia divina te ha dado el talento del ingenio, la experiencia o la doctrina, sé el Beseleel del tabernáculo espiritual. Trabaja las piedras preciosas del dogma divino, engárzalas fielmente, adórnalas con sabiduría, añádeles esplendor, gracia, belleza. Que tus explicaciones lleven a comprender más claramente lo que ya se creía de manera oscura. Las generaciones futuras se alegrarán de haber entendido mejor, gracias a ti, lo que sus padres veneraban sin comprenderlo.

Sin embargo, presta atención a enseñar solamente lo que tú has recibido; no suceda que, tratando de exponer la doctrina de siempre de manera nueva, acabes por añadir cosas nuevas.

Quizá alguno se pregunte: ¿entonces no es posible ningún progreso en la Iglesia de Cristo? ¡Claro que debe haberlo, y grandísimo! ¿Quién hay tan enemigo de los hombres y tan contrario a Dios, que trate de impedirlo? Ha de ser, sin embargo, con la condición de que se trate verdaderamente de progreso para la fe, y no de cambio. Es característico del progreso que una cosa crezca, permaneciendo siempre idéntica a sí misma; propio del cambio es, por el contrario, que una cosa se transforme en otra.

Crezca, por tanto, y progrese de todas las maneras posibles, el conocimiento, la inteligencia, la sabiduría tanto de cada uno como de la colectividad, tanto de un solo individuo como de toda la Iglesia, de acuerdo con la edad y con los tiempos; pero de modo que esto ocurra exactamente según su peculiar naturaleza, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, según la misma interpretación.

Que la religión imite así en las almas el modo de desarrollarse de los cuerpos. Sus órganos, aunque con el paso de los años se desarrollan y crecen, permanecen siempre los mismos. ¡Qué diferencia tan grande hay entra la flor de la infancia y la madurez de la ancianidad! Y, sin embargo, aquellos que son ahora viejos, son los mismos que antes fueron adolescentes. Cambiará el aspecto y la apariencia de un individuo, pero se tratará siempre de la misma naturaleza y de la misma persona. Pequeños son los miembros del niño, y más grandes los de los jóvenes; y sin embargo son idénticos. Tantos miembros poseen los adultos cuantos tienen los niños; y si algo nuevo aparece en edad más madura, es porque ya preexistía en embrión, de manera que nada nuevo se manifiesta en la persona adulta si no se encontraba al menos latente en el muchacho.

Éste es, sin lugar a dudas, el proceso regular y normal de todo desarrollo, según las leyes precisas y armoniosas del crecimiento. Y así, el aumento de la edad revela en los mayores las mismas partes y proporciones que la sabiduría del Creador había delineado en los pequeños. Si la figura humana adquiriese más tarde un aspecto extraño a su especie, si se le añadiese o quitase algún miembro, todo el cuerpo perecería, o se haría monstruoso, o al menos se debilitaría.

Las mismas leyes del crecimiento ha de seguir el dogma cristiano, de manera que se consolide en el curso de los años, se desarrolle en el tiempo, se haga más majestuoso con la edad; de modo tal, sin embargo, que permanezca incorrupto e incontaminado, íntegro y perfecto en todas sus partes y, por decirlo de alguna manera, en todos sus miembros y sentidos, sin admitir ninguna alteración, ninguna pérdida de sus propiedades, ninguna variación de lo que ha sido definido.

Pongamos un ejemplo. En épocas pasadas, nuestros padres han sembrado el buen trigo de la fe en el campo de la Iglesia; sería absurdo y triste

que nosotros, descendientes suyos, en lugar del trigo de la auténtica verdad recogiésemos la cizaña fraudulenta del error (cfr. *Mt* 13, 24-30). Por el contrario, es justo y lógico que la siega esté de acuerdo con la siembra, y que nosotros recojamos —cuando el grano de la doctrina llega a madurar— el buen trigo del dogma. Si, con el paso del tiempo, algún elemento de las semillas originarias se ha desarrollado y ha llegado felizmente a plena maduración, no se puede decir que el carácter específico de la semilla haya cambiado; quizá habrá una mutación en el aspecto, en la forma externa, una diferenciación más precisa, pero la naturaleza propia de cada especie del dogma permanece intacta.

No ocurra nunca, por tanto, que los rosales de la doctrina católica se transformen en cardos espinosos. No suceda nunca, repito, que en este paraíso espiritual donde germina el cinamomo y el bálsamo, despunten de repente la cizaña y las malas hierbas. Todo lo que la fe de nuestros padres ha sembrado en el campo de Dios, que es la Iglesia (cfr. 1 *Cor* 3, 9), todo eso deben los hijos cultivar y defender llenos de celo. Sólo esto, y no otras cosas, debe florecer y madurar, crecer y llegar a la perfección.

La regla de la fe

(Commonitorio, 25 y 27)

Quizás alguien pregunte si también los herejes utilizan los testimonios de la divina Escritura. Los utilizan abierta y apasionadamente. Puede vérseles revolotear por cualquiera y cada uno de los volúmenes de la Santa Ley, por los libros de Moisés y de los Reyes, por los Salmos, por los Apóstoles, por los Evangelios, por los Profetas. Ya sea entre los suyos o entre extraños, en privado o en público, en conversaciones o en libros, en convites o en plazas, casi nunca presentan nada propio sin intentar disimularlo también con palabras de la Escritura.

Mira los opúsculos de Pablo de Samosata, de Prisciliano, de Eunomio, de Joviniano y de los demás herejes; verás un acervo infinito de textos y que no hay casi ninguna página que no esté coloreada y maquillada con citas del Nuevo o del Antiguo Testamento. Y tanto más se han de evitar y temer esos escritos cuanto más se ocultan tras la mampara de la Ley divina. Saben bien que no agradarán a casi nadie sus malos olores, si los exhalan sin disimulo y al natural; así pues, los rocían como con cierto aroma de palabras divinas, para que aquél que habría despreciado fácilmente el error

humano, tema despreciar las palabras divinas. Por eso hacen lo mismo que suelen hacer aquellos que, habiendo de dar a los niños una pócima amarga, untan previamente con miel los bordes de la copa, para que la edad incauta, al presentir la dulzura, no tema el amargor. Esto mismo tienen gran cuidado de hacer aquéllos que rotulan de antemano con nombres de medicamentos las malas hierbas y jugos nocivos, para que casi nadie sospeche que es un veneno lo que se presenta como medicina.

Por esta razón, exclamaba el Salvador: *guardaos bien de los falsos profetas que vienen a vosotros con piel de ovejas, pero por dentro son lobos voraces* (*Mt* 7, 15). ¿Que otra cosa es piel de ovejas sino las palabras de los profetas y apóstoles que ellos con sinceridad de oveja entretejieron como un vellocino para aquel *cordero inmaculado* (1 *Pet* 1, 19), *que quita el pecado del mundo* (*Jn* 1, 29)? ¿Quiénes son los lobos voraces sino el sentir fiero y rabioso de los herejes, que siempre devastan los apriscos de la Iglesia y desgarran la grey de Cristo por cualquier lugar que pueden? Para sorprender más arteramente a las ovejas incautas, conservando su ferocidad de lobos, deponen su aspecto de lobos y se revisten, como de vellocino, con las palabras de la Ley divina, para que nadie, al ver primero la suavidad de la lana, tema jamás la mordedura de los dientes.

Pero, ¿qué dice el Salvador? *Por sus frutos los conoceréis* (*Mt* 7, 16). Esto es: cuando hayan comenzado no sólo a citar, sino también a exponer aquellas divinas palabras; no sólo a acogerse a ellas, sino también a interpretarlas, entonces se mostrará aquella amargura, aquella animosidad, aquella rabia; entonces se exhalará el nuevo virus; entonces aparecerán las *profanas novedades* (1 *Tim* 6, 20); entonces verás *que se rompe el primer cercado* (*Qoh* 10, 8), *que los límites establecidos por nuestros padres son desplazados* (*Prv* 22, 98), que se ataca a la fe católica, que se destroza el dogma de la Iglesia.

Así eran aquéllos a quienes fustiga el Apóstol Pablo en la segunda carta a los Corintios, cuando dice: *porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos que se disfrazan de apóstoles de Cristo* (2 *Cor* 11, 13). ¿Qué quiere decir que se disfrazan de apóstoles de Cristo? Invocaban los Apóstoles los testimonios de la Ley divina; ellos los invocaban también. Citaban los Apóstoles autoridades de los Salmos; ellos también los aducían. Pero, cuando comenzaron a interpretar de modo distinto aquello que habían citado del mismo modo, se distinguían claramente los auténticos de los fraudulentos, los sencillos de los enmascarados, los rectos de los perversos, los verdaderos Apóstoles de los falsos apóstoles. *Y no es de extrañar* —prosigue—, *pues el mismo Satanás se transforma en ángel de luz. Así, no es mucho que sus ministros se transformen en ministros de justicia* (2 *Cor* 11, 14-15). Luego, según la enseñanza del Apóstol, cada vez que

los pseudo-apóstoles, los pseudo-profetas, los pseudo-doctores aducen citas de la Ley divina con las que intentan —interpretándolas mal— apoyar sus errores, no hay duda ninguna de que ejecutan las astutas maquinaciones de su padre, maquinaciones que él no hubiese inventado, si no supiese muy bien que no existe modo mas fácil de engañar que éste: poner por delante la autoridad de la Palabra divina en el mismo lugar en el que se introduce furtivamente el engaño del error impío.

(...) Pero, dirá alguien: ¿qué deben hacer los católicos e hijos de la Madre Iglesia, si también el diablo y sus discípulos —de los que unos son *pseudo-apóstoles*, otros *pseudo-profetas*, otros *pseudo-doctores* (cfr. 2 *Cor* 11, 13; 2 *Pe* 2, 1), y todos herejes manifiestos—, usan de las palabras, de los dichos, de las promesas divinas? ¿Cómo discernirán en las santas Escrituras la verdad del error?

Pondrán sumo empeño en poner por obra aquello que, como escribimos al principio de este *Commonitorio*, nos han transmitido los varones santos y doctos: interpretar la Sagrada Escritura según las tradiciones de la Iglesia universal y conforme a las reglas del dogma católico. Del mismo modo, en esta Iglesia católica y apostólica, es necesario que sigan la universalidad, la antigüedad, el consentimiento; que si alguna vez una parte se rebela contra la universalidad, la novedad contra la antigüedad, la disensión de uno o de pocos extraviados contra el consentimiento de todos o de la mayor parte de los católicos, prefieran la integridad de la universalidad a la corrupción de la parte; que en esta misma universalidad, antepongan la religión de la antigüedad a lo profano de la novedad; y, de igual modo, que en la misma antigüedad, antepongan a la temeridad de uno o de unos pocos los decretos generales de un concilio universal, si los hubiere; y, si no los hubiere, sigan lo más próximo, es decir, el sentir unánime de muchos y grandes maestros. Si, con la ayuda de Dios, cumplimos estas normas con fidelidad, prudencia y solicitud, no nos será difícil detectar todos los errores perniciosos de cuantos herejes aparezcan.

San Máximo de Turín

Las noticias sobre la vida de San Máximo proceden de las escasas referencias que da Gennadio de Marsella y de los datos que se deducen de los sermones escritos por el santo. Según Gennadio, no se conoce el lugar ni la fecha del nacimiento del que fue primer obispo de Turín. Por una de sus homilías, sabemos que ocupaba esa sede en el año 398, cuando se reunió en la ciudad un sínodo de los obispos de Italia del Norte y de la Galia. Tampoco son más precisos los datos que se refieren a su muerte: Gennadio sitúa el fallecimiento de San Máximo durante el reinado de Honorio y Teodosio el Joven, entre el 408 y el 423. Otras fuentes la sitúan en el año 465.

De su ingente obra homilética se conservan más de cien sermones, cuya brevedad ha hecho pensar que se trate de extractos o resúmenes. Aunque en su mayor parte siguen el ciclo litúrgico, no faltan los dedicados a conmemorar las fiestas de algunos santos y mártires turineses. Se caracterizan por su estilo claro, fluido, persuasivo, muy apropiado para combatir el paganismo que aún anidaba en su región, para consolar a los fieles antes las invasiones de los pueblos germánicos y, sobre todo, para instruirles en la doctrina cristiana.

San Máximo entiende la predicación como medicina para curar las llagas del alma y mover a la conversión. La oración, la misericordia y el ayuno son las armas que recomienda a sus fieles, para pelear como verdaderos cristianos y obtener de Dios la ayuda necesaria. Con el fin de convertir a los paganos, exige que los cristianos sean coherentes con la fe profesada.

Dar gracias a Dios en todo momento

(Sermones 72 y 73)

Repetidamente os he amonestado a que os ocupéis de la vida eterna mientras estáis en esta breve vida, pero veo con dolor que rechazáis mis enseñanzas: os hablo de ayunar, y son muy pocos los que ayunan; os hablo de dar limosnas, y os entregáis con más ahínco todavía en brazos de la avaricia. No me extraña, por tanto, que ignoréis qué sea orar y dar gracias a Dios, vosotros que al levantaros con las primeras luces no pensáis sino en comer, y una vez que habéis comido os abandonáis al sueño, sin acordaros para nada de dar gracias a la Divinidad que os concede el alimento para reparar fuerzas y el sueño para que descanséis.

Así pues, tú, cristiano, si quieres serlo de verdad, debes recordar de quién es el pan que comes y darle gracias. Tú mismo, cuando has regalado algo a alguien, ¿acaso no esperas que te lo agradezca y que bendiga la casa de donde procede lo que ha recibido? Y si acaso no te lo agradece, ¡con cuánta razón lo tienes por desagradecido! Del mismo modo, el Dios que nos apacienta espera de nosotros que le demos gracias por los alimentos que hemos recibido de Él, y le alabemos cuando nos hayamos satisfecho con sus dones.

Ciertamente correspondemos a los beneficios divinos cuando confesamos haberlos recibido. De otro modo, si cuando los recibimos nos callamos y los echamos en olvido, por ingratos e indignos de tanta generosidad, nos privamos de la oportunidad de recurrir en la tribulación ante el Dios cuyos beneficios no reconocimos; y como no fuimos capaces de dar gracias en la prosperidad, quedamos incapacitados para acudir a Dios en la adversidad. Y así, por ser perezosos para alabar en tiempos de bonanza, habremos de llorar los peligros en tiempos de tormenta.

(...)

Ya el domingo pasado me extendí para corregir a los que, disfrutando de los dones divinos, no alaban al Creador, y utilizando los bienes celestiales, no reconocen a su Autor. Son ingratos, decía, los que siendo siervos no respetan a Dios como Señor, y siendo hijos no le honran como Padre. Pues dice Dios por el profeta: *puesto que soy Señor, ¿dónde está el respeto que se me debe? Puesto que también soy Padre, ¿dónde está el amor con que se me honra? (Mal* 1, 6). Por tanto, tú, como siervo, tributa a tu Señor el obsequio de tu respeto; y como hijo, manifiéstale el afecto de tu cariño. Pero cuando no eres agradecido, ni amas ni veneras a Dios, de donde vienes a ser un siervo contumaz y un hijo soberbio.

El verdadero cristiano debe dar gracias a su Padre y Señor y procurar su gloria en todo momento, como dice el Santo Apóstol: *ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 *Cor* 10, 31). Mira cuál dice el Apóstol que debe ser el género de vida del cristiano: alimentarse más de la fe en Cristo que de las grandes comilonas, pues más aprovecha al hombre la frecuente invocación del nombre del Señor que los múltiples y abundantes banquetes: ¡más sacia la religión que la grasa de los animales! Haced todo, dice, para la gloria de Dios. Luego todos nuestros actos deben tener a Cristo como testigo y compañero. De este modo, haciendo el bien de la mano del que es su Autor, evitaremos el mal en virtud de su presencia, ya que nos avergonzaríamos de obrar el mal sabiendo que estamos asociados a Cristo: Él nos ayuda en el bien y nos guarda del mal.

Luego cuando nos levantemos con la primera luz del día, lo primero de todo será dar gracias al Salvador, y antes de hacer ninguna otra cosa debemos manifestarle nuestra piedad, porque nos ha guardado mientras dormíamos y descansábamos. Pues, ¿quién, sino Dios, guarda al hombre que duerme? En efecto, el hombre entregado al sueño carece de todo su vigor y se hace extraño a sí mismo, de manera que ni él mismo sabe dónde ha estado y, por tanto, no puede cuidar de sí. Por lo que resulta del todo necesaria la asistencia de Dios a los que duermen, ya que ellos no pueden valerse a sí mismos: Él guarda a los hombres de las insidias nocturnas, pues no hay ningún otro hombre que lo haga. Luego debo estar agradecido a Aquél que vela por mí mientras yo duermo seguro. Así, a los que se van a la cama los acoge en el regazo del descanso, los esconde en el tesoro de la paz y los oculta de la luz protegiéndolos con un velo de sombra, a fin de que la malicia de los hombres, que no puede ser combatida con benignidad, se pierda en las tinieblas; y así la oscuridad otorgue a los que se encuentran cansados la paz que no les concede la humanidad: pues los hombres, cuando no saben quién es su adversario, de mala gana conceden la paz que no querían.

Debemos, por tanto, dar gracias a Cristo cuando nos levantemos, y hacer todas las obras del día en la presencia del Salvador. ¿Acaso cuando eras gentil no sabías escrutar los signos para conocer cuáles eran más propicios? Ahora es mucho más fácil: ¡sólo en la presencia de Cristo está la prosperidad de todas las cosas! El que siembra con esta señal cosechará el fruto de la vida eterna. El que empieza a caminar con este signo llegará hasta el Cielo. Así pues, todos nuestros actos deben estar presididos por el nombre de Cristo y a Él debemos referir todas las acciones de nuestra vida, como dice el Apóstol: *en Él vivimos, nos movemos y somos* (*Hech* 17, 28).

Y cuando caiga el día, debemos alabarle y cantar su gloria, a fin de que merezcamos el descanso como vencedores en la palestra de nuestras obligaciones y el sueño sea la palma de la victoria por nuestros trabajos. Para llegar a esto no solo tenemos la razón, sino también el impulso del ejemplo de las aves del cielo. Incluso la más pequeña, cuando la aurora produce las primeras luces del día, antes de salir de su nido rompe a gorjear para alabar al Creador con sus trinos, ya que no puede hacerlo con palabras: tanto más le expresan su obsequio cuanto más y mejor cantan. Lo mismo hacen al declinar el día. ¿Y qué son todos esos cantos sino una confesión de su rendido agradecimiento? Así se comportan con su Pastor las inocentes avecillas, que no pueden hacerlo de otro modo. Pues también tienen Pastor las aves del cielo como dijo el Señor: *mirad las aves del cielo, que no hilan ni siembran, y vuestro Padre que está en los cielos cuida de ellas* (*Mt* 6, 26). ¿Y con qué alimentos son apacentadas? Con los más vulgares. Pues si las aves dan gracias por tan viles alimentos, ¡cuántas más deberías darlas tú por los preciosos alimentos que recibes!

Hacerse como niños

(Sermón 54)

¡Qué regalo tan grande y maravilloso nos ha hecho Dios, hermanos míos! En Pascua, día de la salvación, el Señor resucita y otorga la resurrección al mundo entero. Se levanta desde las profundidades de la tierra hasta los cielos y, en su cuerpo, nos hace subir hasta lo alto.

Todos nosotros, los cristianos, somos el cuerpo y los miembros de Cristo, afirma el Apóstol (cfr. 1 *Cor* 12, 27). Al resucitar Cristo, también los miembros han resucitado con Él; y mientras Él pasaba de los infiernos a la tierra, nos ha trasladado de la muerte a la vida. Pascua, en hebreo, significa paso o partida. ¿Y qué significa este misterio, sino el tránsito del mal al bien? ¡Y qué tránsito! Del pecado a la justicia, del vicio a la virtud, de la vejez a la infancia. Hablo aquí de la infancia en el sentido de sencillez, no de edad. Ayer, la vejez del pecado nos encaminaba hacia la ruina; hoy, la resurrección de Cristo nos hace renacer a la inmortalidad de la juventud. La sencillez cristiana hace suya la infancia.

El niño es una criatura que no guarda rencor, ni conoce el fraude, ni se atreve a engañar. El cristiano, como el niño pequeño, no se aíra si es insultado (...), no se venga si es maltratado. Más aún: el Señor le exige que ore

por sus enemigos, que deje la túnica y el manto a los que se lo llevan, que presente la otra mejilla a quien le abofetea (cfr. *Mt* 5, 40).

La infancia cristiana supera a la de los hombres. Mientras ésta ignora el pecado, aquélla lo detesta. Ésta debe su inocencia a la debilidad, aquélla a la virtud. La infancia del cristiano es digna de los mayores elogios, porque su odio al mal proviene de la voluntad, no de la impotencia.

Las virtudes son el premio de las diversas edades. Sin embargo, la madurez de las buenas costumbres puede hallarse en un niño, y la inocencia de la juventud puede encontrase en personas con las sienes blancas. La probidad hace madurar a los jóvenes: *la vejez venerable* —dice el profeta— *no es la de muchos años, ni se mide por el numero de días. La prudencia es la verdadera madurez del hombre, y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada* (*Sab* 4, 8-9). A los Apóstoles, que ya eran maduros en edad, les dice el Señor: *si no cambiáis y os hacéis como este niño pequeño, no entraréis en el reino de los cielos* (*Mt* 18, 3). Les envía a la fuente misma de la vida, y les invita a redescubrir la infancia, para que esos hombres que ven debilitarse ya sus energías, renazcan a la inocencia del corazón. Porque *si uno no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos* (*Jn* 3, 5).

Esto dice el Señor a los Apóstoles: *si no os hacéis semejantes a este niño...* No les dice: como estos niños; sino: como este niño. Elige uno, propone sólo a uno como modelo. ¿Cuál es este discípulo que pone como ejemplo a sus discípulos? No creo que un chiquillo del pueblo, uno de la masa de los hombres, sea propuesto como modelo de santidad a los Apóstoles y al mundo entero. No creo que este niño venga de la tierra, sino del Cielo. Es aquél de quien habla el profeta Isaías: *un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado* (*Is* 9, 5). Este es el chiquillo inocente que no sabe responder al insulto con el insulto, a los golpes con los golpes. Mucho más aún: en plena agonía reza por sus enemigos: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (*Lc* 23, 24).

De este modo, en su profunda gracia, el Señor rebosa de esta sencillez que la naturaleza reserva a los niños. Este niño es el que pide a los pequeños que le imiten y le sigan: *toma tu cruz y sígueme* (*Mt* 16, 24).

Salviano de Marsella

Los datos biográficos que se poseen sobre su vida son escasos. Nacido en los primeros años del siglo V, en Colonia o Tréveris, no se sabe con certeza cuando se trasladó al sur de la Galia. Desde el año 426 vive en la comunidad monástica de la isla de Lerins, frente a las costas de Marsella. Tres años mas tarde era sacerdote.

Sus escritos revelan una esmerada formación cultural, y merecen especial atención sus estudios jurídicos. De las numerosas homilías y de su producción literaria se han conservado algunas *Cartas* y los tratados *A la Iglesia* y *Sobre el gobierno divino*. Esta última es su obra más importante, compuesta de ocho libros, en la que desarrolla el tema de la providencia divina. Se dirige a los cristianos para fortalecerles en la fe y en la confianza en Dios, en medio de la situación en que se encontraban los católicos en aquellos tiempos, bajo el dominio de los pueblos germánicos. Junto a la intención apologética, la obra trata de atajar los desórdenes morales del momento y exhorta a la conversión.

Los preceptos del Señor

(Sobre el gobierno divino, 3, 5-6)

Quizá hoy alguno piensa que se ha pasado el tiempo de sufrir por Cristo lo que los Apóstoles soportaron en sus días. Es verdad: no hay emperadores paganos, no hay tiranos perseguidores, no se derrama la sangre de los santos, la fe no viene sometida a prueba con los suplicios. Dios está

contento de que le sirvamos en esta época de paz, que le agrademos con la pureza de las acciones y la santidad de una vida inmaculada. Por esto le debemos más fe y devoción, porque exige menos de nosotros, aunque nos haya dado más. Los emperadores son cristianos, no hay persecución alguna; la religión no se encuentra amenazada, nosotros no estamos obligados a manifestar nuestra fe con una dura prueba: por eso debemos agradar más a Dios con las obligaciones pequeñas. De hecho, demuestra estar pronto a empresas mayores, si las cosas lo exigiesen, aquél que sabe cumplir los pequeños deberes.

Omitamos, por tanto, aquello que padeció el bienaventurado Pablo; lo que, como leíamos en los libros religiosos escritos más tarde, padecieron los cristianos, ascendiendo así hasta la puerta de la casa celestial a través de los peldaños de sus dolores, sirviéndose de los caballetes del suplicio y de las hogueras como de escaleras. Veamos si al menos en aquellos actos hechos con religiosa devoción, pequeños y comunes, que todos los cristianos pueden cumplir en el momento de paz más estable y en todo tiempo nos esforzamos realmente por responder a los preceptos del Señor. Cristo nos prohíbe pleitear. Mas ¿quién obedece a este mandamiento? No es un simple precepto, ya que llega hasta el punto de imponernos abandonar aquello que es el mismo argumento de la contienda para renunciar a ella misma: *al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también la capa* (*Mt* 5, 40). Pero yo me pregunto: ¿quiénes son los que dejan a los adversarios que les roben? Es más, ¿quiénes son los que no se oponen a que los enemigos les expolien? Estamos tan lejos de dejarles la túnica y lo demás, que, apenas podemos, buscamos coger la túnica y el manto al adversario. ¡Y obedecemos con tanta devoción a los mandamientos del Señor, que no nos basta con no ceder a nuestros enemigos ni el mínimo de nuestros vestidos, sino que además, si es posible y la situación lo permite, les arrancamos todo lo suyo!

Este mandamiento viene unido a otro similar; dice así el Señor: *si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra* (*Mt* 5, 39). ¿Cuántos son los que escuchan este precepto o los que, si muestran seguirlo, lo hacen de corazón? ¿Quién es el que, habiendo recibido un golpe, no quiere devolver muchos? Está tan lejos de ofrecer a quien le golpea la otra mejilla, que cree vencer no sólo golpeando al adversario, sino incluso matándolo directamente.

Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros —dice el Salvador—, *hacedlo también vosotros con ellos* (*Mt* 7, 12). Conocemos tan bien la primera parte de esta sentencia que nunca la olvidamos; la segunda la omitimos siempre, como si no la conociésemos. Sabemos muy bien lo que queremos que los demás hagan por nosotros, pero no sabemos lo que

debemos hacer nosotros por los demás. ¡Y ojalá no lo supiésemos! Sería menor la culpa debida a la ignorancia, como se dice: *el siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue previsor ni actuó conforme a la voluntad de aquél, será muy azotado* (*Lc* 12, 47). Ahora nuestra culpa es mayor porque queremos la primera parte de esta sagrada sentencia para nuestra utilidad y provecho; y la segunda parte la omitimos para injuria de Dios.

Esta palabra del Señor viene otra vez reforzada y encarecida por el Apóstol Pablo, que en su predicación dice: *que nadie busque su provecho, sino el de los demás* (1 *Cor* 10, 24); y también: *buscando cada uno no el propio interés, sino el de los otros* (*Fil* 22, 4). Ve con cuanta fidelidad siguió el mandato de Cristo (...). Es el buen siervo de un buen Señor y un magnífico imitador de un Maestro único: caminando sobre sus huellas, casi las hizo más claras y esculpidas. Pero nosotros, cristianos, ¿hacemos lo que nos manda Cristo o lo que nos manda el Apóstol? Creo que ni lo uno ni lo otro. Estamos tan lejos de ofrecer a los demás alguna cosa con un poco de sacrificio, que nos preocupamos ante todo de nuestra comodidad, molestando a los demás.

San Fulgencio de Ruspe

San Fulgencio de Ruspe nació en Telepte, Numidia (norte de África) en el año 468. Terminados sus estudios fue elegido procurador de la ciudad, pero renunció pronto al cargo, porque la lectura de una página de San Agustín le decidió a abrazar la vida monástica.

La furia de los arrianos le obligó a dejar el monasterio que había fundado y gobernado con ejemplar solicitud, y partió hacia Sicilia con intención de buscar la soledad en Egipto. Mas cuando el Obispo de Siracusa le puso al corriente de los daños que causaba el monofisismo por medio de los monjes egipcios, regresó a su patria, tras una visita a Roma. Allí fundó un nuevo monasterio, del que fue abad. Y ordenado sacerdote en el año 508, ocupó la sede episcopal de Ruspe, una pequeña ciudad marítima.

Exiliado con otros sesenta obispos por los invasores vándalos, se refugió en Cerdeña, donde vino a ser el alma y el modelo de aquel grupo de fugitivos. El rey vándalo lo llamó a Cartago para participar en unas discusiones teológicas, pero su celo y su sabiduría alarmaron a los arrianos, que obtuvieron sin dificultad su nueva deportación a Cerdeña.

Restaurada la paz en África con el advenimiento del rey Hilderico, los obispos pudieron regresar a sus diócesis en el 523. A Fulgencio le quedaban aún diez años de fructuosa labor al frente de su grey, hasta que el 1 de enero del 533 lo llamó el Señor.

Escribió numerosas obras, sobre los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación, sobre la gracia y la predestinación, defendiendo la doctrina católica contra los errores, siguiendo a San Agustín. Su obra *Sobre la fe, a Pedro* (o *Regla de la verdadera fe*), resume magistralmente toda la teología cristiana.

El sacrificio de Cristo

(Sobre la fe, a Pedro, 22-23, 61-63)

En los sacrificios de las víctimas carnales, que la Santa Trinidad —el Dios único del Nuevo y del Antiguo Testamento— mandó ofrecer a nuestros padres, se figuraba el gratísimo don de aquel sacrificio en el que el Hijo de Dios, según la carne, iba a ofrecerse misericordiosamente por nosotros. Según la doctrina apostólica, Él *se ofreció a sí mismo por nosotros en olor de suavidad, como oblación y hostia a Dios* (*Ef* 5, 2). Él, verdadero Dios y Pontífice verdadero, prefigurado en el Sumo Sacerdote que todos los años entraba en el *sancta sanctorum* con la sangre de los sacrificios, entró de una vez para siempre en el santuario, en favor nuestro, no por la sangre de toros y de machos cabríos, sino por su propia sangre,

Este Pontífice mostró en sí mismo todo lo que conocía ser necesario para obtener el pleno efecto de nuestra redención, a saber: el mismo sacerdote y sacrificio, el mismo Dios y templo. En efecto, Él es el sacerdote por quien hemos sido reconciliados; el sacrificio que nos ha reconciliado; el templo en el que hemos sido reconciliados; el Dios con quien nos hemos reconciliado (...).

Así pues, hemos sido reconciliados sólo por el Hijo según la carne, pero no sólo con el Hijo según la divinidad, ya que la Trinidad nos reconcilió consigo por medio del Verbo, el único que la misma Trinidad quiso que se hiciera carne. De tal modo permanece en Él la verdad inmutable en la naturaleza humana y divina; y así como verdadera es siempre su divinidad, inmutablemente recibida del Padre, así es siempre verdadera e inmutable su humanidad, que la suma divinidad lleva unida a sí (...).

Cree firmemente y de ningún modo dudes que el mismo Unigénito Dios Verbo se hizo carne para ofrecerse a Dios por nosotros como sacrificio y víctima en olor de suavidad. A Él, junto al Padre y al Espíritu Santo, en los tiempos del Antiguo Testamento, los profetas, patriarcas y sacerdotes ofrecían el sacrificio de animales; y a Él ahora, en el tiempo del Nuevo Testamento —con el Padre y el Espíritu Santo, con los que es una sola divinidad—, la Santa Iglesia Católica no cesa de ofrecer en la fe y en la caridad, por todo el orbe terráqueo, el sacrificio del pan y del vino,

En aquellas víctimas carnales estaba significada la carne de Cristo, que Él mismo, no teniendo pecado, ofreció por nuestros pecados, y la sangre que sería derramada en remisión de nuestras culpas. En cambio, en este sacrificio está la acción de gracias y la conmemoración de la carne de Cristo, que ofreció por nosotros, y de la sangre que el mismo Dios derramó por nosotros. Sobre esto, en los Hechos de los Apóstoles se recogen estas pala-

bras de San Pablo: *atended vosotros y toda la grey, sobre la cual el Espíritu Santo os puso como obispos para gobernar la Iglesia de Dios que adquirió con su sangre* (*Hech* 20, 28).

En aquellos sacrificios se significaba en figura lo que nos debía ser entregado; en este sacrificio se muestra con evidencia lo que ya se nos ha entregado. En aquellos sacrificios se preanunciaba que el Hijo de Dios sería sacrificado en favor de los impíos; en éste se le muestra ya sacrificado por los pecadores, como testifica el Apóstol cuando dice: *Cristo, estando todavía nosotros enfermos, al tiempo señalado murió por los impíos* (*Rm* 5, 6), y *cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (*Rm* 5, 10).

Cree firmemente y de ningún modo dudes que el Verbo hecho carne conserva siempre aquella verdadera carne humana en la que nació de la Virgen, en la que fue crucificado, en la que murió y resucitó, en la que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios, en la que también ha de venir para juzgar a los vivos y a los muertos. Por lo que los Apóstoles oyeron a los ángeles: *vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir al cielo* (*Hech* 1, 11). Y San Juan dice: *he aquí que vendrá sobre las nubes, y le verán todos los ojos, y los mismos que le traspasaron; y le verán todos los pueblos de la tierra* (*Ap* 1, 7).

San Cesáreo de Arles

San Cesáreo de Arles nació hacia el año 470, en el territorio de la actual Chalon-sur-Saone (Francia), punto final de la navegación del Saona, región entonces ocupada por los burgundios. Sus padres pertenecían a una buena familia de origen galo-romano. Admitido como clérigo por el Obispo de Chalon en el año 488, dos años después marchó Ródano abajo e ingresó en el monasterio fundado en la isla de Lerins, frente a Marsella. El rigor de los ayunos debilitó su salud, y tuvo que ser enviado a casa de unos parientes, en Arles, para que se repusiera. Continuó sus estudios y fue ordenado presbítero en el año 500. Tres años más tarde, a la muerte del obispo Eonio, San Cesáreo fue nombrado Obispo de Arles.

Esta ciudad era a la sazón una encrucijada de pueblos, lenguas y civilizaciones: el Cristianismo había arraigado, pero aún quedaban resabios paganos y una fuerte influencia arriana, la religión de los godos. San Cesáreo ejerció el episcopado bajo tres regímenes distintos: visigodos, ostrogodos y francos.Tras diversas vicisitudes y enfrentamientos con el poder civil —sufrió destierro en Burdeos—, logró un entendimiento con la autoridad y, paralelamente, alcanzó del Papa el nombramiento de Arles como sede primada, y el derecho a convocar —como legado suyo para Galia e Hispania— diversos Concilios regionales. Muchos de los Sínodos que congregó se ocuparon de la reforma de la disciplina eclesiástica. Importancia especial tuvo el Concilio II de Orange, del año 529, donde se condenó el semipelagianismo; fue aprobado poco después por el Papa Bonifacio II.

Cesáreo fue un celoso pastor de almas y uno de los más grandes predicadores de la Iglesia latina. El primer puesto entre sus obras lo ocupan 238 sermones. La colección no encierra sólo homilías sobre pasajes bíblicos o fiestas litúrgicas, sino también discursos referentes a la moral de las costumbres, en las que todavía persistían sustratos paganos. Además

escribió dos tratados contra el semipelagianismo y un tercero, más extenso, titulado *El misterio de la Santa Trinidad*. Se conservan asimismo tres cartas pastorales de instrucción y consejo, y dos reglas monásticas: la *Regla para los monjes* y la *Regla para las vírgenes*. Falleció en Arles el 27 de agosto de 543, víspera de la fiesta de su gran maestro, San Agustín.

Templos de Dios

(Sermón 229, 1-3)

Queridísimos hermanos: con la ayuda de Cristo, hoy celebramos con júbilo y alegría el día del nacimiento de este templo[1]; pero nosotros mismos hemos de ser templo vivo y verdadero de Dios. Con toda justicia el pueblo cristiano celebra fielmente la solemnidad de la madre Iglesia, ya que por medio de ella se sabe renacido espiritualmente. Pues quienes por el primer nacimiento fuimos *vasos de la ira* de Dios, por el segundo merecimos ser constituidos en *vasos de misericordia* (cfr. *Rm* 9, 22).

En efecto, la primera natividad nos engendró para la muerte, mientras que la segunda nos devolvió a la vida. Todos nosotros, queridísimos, antes del bautismo fuimos templos del diablo; después del Bautismo merecimos ser templos de Cristo. Y si pensamos atentamente sobre la salvación de nuestra alma, conoceremos que somos un templo vivo y verdadero de Dios. *No habita Dios en casas hechas por mano de hombre* (*Hech* 7, 48), ni en casa construida de maderas y piedras; sino principalmente en el alma hecha a imagen de Dios, y edificada por la mano del mismo artífice. Pues así dijo el bienaventurado Apóstol: *santo es el templo de Dios, que sois vosotros* (1 *Cor* 3, 17).

Los templos se levantan con maderas y sillares, para que allí se congreguen los templos vivos de Dios, y así acudan al templo de Dios: un cristiano es un templo de Dios, y muchos cristianos constituyen muchos templos de Dios. Así pues, hermanos, ved cuán hermoso es el templo que se edifica de los templos. Y del mismo modo que muchos miembros forman un solo cuerpo, muchos templos forman un solo templo. Pero estos templos de Cristo, es decir, las almas santas de los cristianos, están dispersos por todo el mundo: cuando llegue el día del juicio se congregarán todos, y en la vida eterna harán un solo templo. Al igual que muchos miembros de

[1] Se refiere a la dedicación litúrgica de la iglesia, cuya fiesta se celebraba ese día.

Cristo forman un solo cuerpo y tienen una sola cabeza, que es Cristo, así también aquellos templos tendrán el mismo habitante, Cristo; porque somos miembros de Aquel mismo que es nuestra cabeza. Por eso dice el Apóstol: *que en el interior del hombre, por la fe, habite Cristo en vuestros corazones (Ef* 3, 16-17).

Alegrémonos, porque merecimos ser templos de Dios; pero temamos, no sea que profanemos el templo de Dios con malas obras. Temamos lo que dice el Apóstol: *si alguien profanare el templo de Dios, Dios le perderá a él* (1 *Cor* 3, 17). Pues Dios, que pudo crear sin ningún trabajo el cielo y la tierra con la palabra de su poder, se digna habitar en ti; y por ello debes obrar de tal manera que no puedas ofender a tal habitante. Nada sucio encuentre Dios en ti —esto es, en su templo—, nada sombrío, nada soberbio: porque, si conociera allí alguna afrenta, al punto se alejaría; y si el Redentor se alejase, en ese mismo momento se acercaría el mentiroso. ¿Y qué le sucede a aquella alma infeliz que es abandonada por Dios y ocupada por el diablo?: se vacía de la luz y se llena de tinieblas; merma de dulzor y se embriaga de amargura; pierde la vida y encuentra la muerte; adquiere el suplicio y disipa el paraíso. Por tanto, hermanos, si Dios quiso hacer de nosotros su templo y se dignó habitar sin interrupción, afanémonos con su ayuda cuanto podamos en arrojar lo superfluo y reunir lo útil; en repudiar la lujuria y conservar la castidad; en desdeñar la avaricia y buscar la misericordia; en despreciar el odio y amar la caridad. Si con la ayuda de Dios hacemos esto, hermanos, atraemos inmediatamente a Dios al templo de nuestro corazón y de nuestro cuerpo.

Por lo cual, queridísimos, si deseamos celebrar el nacimiento de este templo con alegría, no destruyamos en nosotros los templos vivos de Dios con nuestras malas obras. Y añadiré algo que todos pueden comprender: cuando venimos a la iglesia, preparemos nuestras almas para que estén como queremos encontrarla. ¿Quieres hallar resplandeciente la basílica?: no manches tu alma con sombríos pecados. Si deseas que la basílica sea luminosa, también Dios quiere que tu alma no permanezca en tinieblas, sino que haga lo que el Señor dice, para que luzca en nosotros la luz de las buenas obras, y será glorificado Aquél que está en los cielos. Del mismo modo que tú entras en esta iglesia, Dios quiere entrar en tu alma, como Él mismo prometió: *y habitaré en ellos y en medio de ellos andaré* (2 *Cor 6, 16).* De igual manera que no queremos encontrar en la iglesia ni puercos, ni perros, que nos darían horror, así Dios en su templo —esto es, nuestra alma— no quiere encontrar ningún pecado que ofenda los ojos de su majestad.

Sobre la misericordia

(Sermón 25, 1-3)

Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia (*Mt 5,* 7). Dulce es el nombre de la misericordia, hermanos; y si lo es el nombre, ¡cuánto más lo será la realidad! Aunque todos los hombres quieren tenerla, por desgracia no todos obran de manera que merezcan recibirla: todos quieren recibir misericordia, pero pocos son los que quieren darla.

¿Cómo te atreves tú a pedir lo que no das? Debe dar misericordia en este mundo quien desea recibirla en el Cielo. Por eso, hermanos, ya que todos queremos misericordia, adoptémosla como protectora en esta vida, para que nos libre del mal en el futuro. En efecto, la misericordia está en el Cielo y a ella se llega ejerciendo la misericordia en la tierra. Así lo dice la Escritura: *tu misericordia, Señor, está en el Cielo* (*Sal* 35, 6).

Por tanto, la misericordia es terrena y celestial, es decir, humana y divina. ¿Cuál es la misericordia humana? Aquella por la que atiendes a la miseria de los pobres. ¿Y cuál es la misericordia divina? Sin duda, la que otorga el perdón de los pecados. Todo lo que la misericordia humana da en el camino, la misericordia divina lo devuelve en la definitiva Patria.

Dios tiene frío y hambre en todos los pobres de este mundo, como Él mismo afirma: *cuantas veces lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis* (*Mt 25,* 40). Dios, que se digna dar desde el Cielo, quiere recibir en la tierra.

¿Qué clase de hombres somos que, cuando Dios da, queremos recibir y, cuando pide, no queremos dar? Cuando un pobre tiene hambre, Cristo padece necesidad. Él lo dice: *tuve hambre y no me disteis de comer* (*Ibid.* 42). No desprecies, pues, la miseria de los pobres, si quieres tener la firme esperanza de que tus pecados te serán perdonados; Cristo, en todos los pobres, se digna tener hambre y sed, y lo que recibe en la tierra lo devuelve en el Cielo.

Os pregunto, hermanos, ¿qué queréis o qué buscáis cuando venís a la iglesia? ¿Qué otra cosa sino la misericordia? Dad por lo tanto la terrena y recibiréis la celestial. A ti te pide el pobre, y tú pides a Dios; aquél pide un bocado, tú la vida eterna. Da al mendigo lo que esperas recibir de Cristo; óyele cuando te dice: *dad y se os dará* (*Lc 6,* 38). No sé cómo te atreves a recibir lo que no quieres dar. Por eso, cuando venís a la iglesia, dad limosna a los pobres según vuestras posibilidades. El que pueda, déles dinero; el que no, ofrézcales un poco de vino. Y si ni esto tuviere, siempre podrá darles un bocado de pan: si no entero, al menos un trozo, para que se cumpla lo que el Señor nos amonesta por boca del profeta: *parte tu pan con el que tiene hambre* (*Is* 58, 7). No dijo que dieras todo, no sea que tú mismo seas pobre y te quedes sin nada.

Si actuamos con generosidad, hermanos, Cristo nos dará aquello de lo que carece en los pobres. Por esto Dios permite que haya pobres en el mundo, para que todo hombre tenga un modo de pagar por sus pecados. Si no hubiese pobres no podríamos dar limosna y, por tanto, no recibiríamos el perdón. Pudo Dios hacer ricos a todos los hombres, pero quiso acercarse a nosotros en la miseria de los pobres: así el pobre con la paciencia, y el rico por la limosna, pueden recibir la gracia de Dios. Por nuestro bien existe la carencia de los pobres

Atiende y contempla: el dinero y el reino. ¿Pueden compararse? Tú das dinero a los pobres y recibes el reino de Cristo; das alimento, y recibos de Cristo la vida eterna; das vestidos y de Cristo recibes el perdón de los pecados. No despreciemos, pues, a los pobres, hermanos, sino que cuidemos de ellos, y alegrémonos de su bien; porque la miseria de los pobres es medicamento para las riquezas, según lo que dijo el Señor: *dad limosna, y quedaréis limpios* (*Lc* 11, 41); y también: *vended lo que poseéis y dad limosna* (*Lc* 12, 33). Y por el profeta clama el Espíritu Santo: *como el agua extingue el fuego, igualmente la limosna extingue el pecado* (*Sir* 3, 33). También, en otra ocasión, repite: *da limosna al pobre y éste rogará para que no te suceda ningún mal* (*Sir 29,* 15). Practiquemos, pues, la misericordia, hermanos, y la ayuda de Cristo no nos faltará para que vivamos con la atadura de su prudencia (...).

Como muchas veces os he amonestado, hay dos tipos de limosna: una buena y otra mejor. Una es proporcionar alimento a los pobres; la otra que perdones pronto a tu hermano cuando te ofenda. Las dos limosnas hemos de darnos prisa en practicar, con la ayuda de Dios, para que podamos alcanzar de Cristo la eterna indulgencia y la verdadera misericordia. Así dice: *si perdonareis, también vuestro Padre os perdonará vuestros pecados; si no perdonareis, tampoco vuestro Padre perdonará vuestros pecados* (*Mt* 6, 14-15). Y el Espíritu Santo clama en otro lugar: *el hombre se comporta con ira con el otro hombre, ¿pide comprensión por parte de Dios? ¿No tiene misericordia con su semejante y pide misericordia a Dios?* (*Sir* 28, 3-4). Añade San Juan: *quien odia a su hermano es homicida* (1 *Jn* 3, 15), y también: *quien odia a su hermano está en tinieblas, y en ellas anda, y no sabe a dónde va: porque las tinieblas cegaron sus ojos* (1 *Jn* 2, 11).

Así pues, hermanos, para evitar los males eternos, y alcanzar los bienes imperecederos, hemos de vivir los dos tipos de limosna de los que he hablado, todo lo que podamos y mientras vivamos. De esta forma, podremos decir el día del juicio: da, Señor, porque nosotros dimos; nosotros hicimos lo que mandaste, cumple lo que prometiste. Y Él lo hará, que vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

San Gregorio Magno

San Gregorio Magno nació en Roma, alrededor del año 540, en el seno de una familia patricia, de donde salieron varios Papas y numerosos santos. En el 572 fue nombrado prefecto de la Urbe. Dos años después abandonó la carrera política para abrazar el estado religioso. Ordenado diácono por el Papa Pelagio II en el 579, fue enviado a Constantinopla como Nuncio. De vuelta a Roma, San Gregorio ejerció las funciones de consejero y secretario del Romano Pontífice. En el 590 la Ciudad Eterna sufrió el azote de la peste. Una de las primeras víctimas fue el Papa Pelagio II. El clero, senado y pueblo romano reunidos eligieron unánimemente al antiguo prefecto para que ocupara la cátedra de San Pedro.

San Gregorio Magno es considerado uno de los grandes maestros de la espiritualidad clásica occidental. Hombre de inteligencia privilegiada y de amplia cultura, ha dejado una profunda huella como Papa y como Padre de la Iglesia. Su celo apostólico tuvo una amplia proyección en la labor de evangelización realizada durante su pontificado, que tuvo como fruto la conversión de los longobardos y de los anglosajones. Además, con su actuación contribuyó a la reafirmación de la unidad de la Iglesia y del Primado del Romano Pontífice.

Además de varios libros de carácter exegético, histórico y moral (es famoso su *Comentario al libro de Job*, conocido con el nombre de *Moralia*, y la *Regla pastoral*, un clásico en la historia de la Iglesia sobre el modo de comportarse los pastores), se conservan cuarenta *Homilías sobre los Evangelios*. Las veinte primeras fueron leídas al pueblo por un notario de la Iglesia romana en presencia de San Gregorio, que no podía predicar a causa de una enfermedad. Las otras veinte las predicó personalmente, no sin esfuerzo, al pueblo romano, reunido en las basílicas para celebrar las festividades litúrgicas del año 591. San Gregorio se manifiesta en todas ellas como un predicador popular habilísimo. Habla al

ordinario poder, en cuanto tienen sujetos a su obediencia a los demás, se llaman dominaciones.

Se denominan *tronos* aquellos ángeles en los que Dios omnipotente preside el cumplimiento de sus decretos. Como en nuestra lengua llamamos tronos a los asientos, reciben el nombre de tronos de Dios los que están tan llenos de la gracia divina, que en ellos se asienta Dios y por medio de ellos decreta sus disposiciones.

Los *querubines* son llamados también *plenitud de ciencia*; y estos excelsos ejércitos de ángeles son denominados querubines porque, cuanto más de cerca contemplan la claridad de Dios, tanto más repletos están de una ciencia más perfecta; y así, en cuanto es posible a unas criaturas, saben más perfectamente todas las cosas en cuanto que, por su dignidad, ven de modo más claro al Creador.

En fin, se denominan *serafines* aquellos ejércitos de ángeles que, por su particular proximidad al Creador, arden en un amor incomparable. Serafines son los ardientes e inflamados, quienes —estando tan cerca de Dios, que entre ellos y Dios no hay ningún otro espíritu— arden tanto más cuanto más próximo le ven. Ciertamente su amor es llama, pues cuanto más sutilmente ven la claridad de Dios, tanto más se inflaman en su amor.

En la Resurrección del Señor

(Homilías sobre los Evangelios, 26)

La primera cuestión que viene a nuestro pensamiento durante la lectura del Evangelio de este día es: ¿cómo era real y verdadero el cuerpo de Jesucristo después de su resurrección, que pudo penetrar en el lugar donde estaban sus discípulos con las puertas cerradas?

Debemos tener presente que las operaciones divinas, si llegan a ser comprensibles por la razón, dejan de ser maravillosas; tampoco tiene mérito la fe cuando la razón humana la comprueba con la experiencia. Estas mismas obras de nuestro Redentor, que de suyo no pueden comprenderse, deben ser medidas con alguna otra obra suya, para que los hechos más admirables confirmen a los que lo son menos. Así, aquel mismo cuerpo que, al nacer, salió del seno virginal de María, entró en aquella habitación cerrada donde se encontraban los discípulos. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que el que había de vivir para siempre, el que al venir a morir salió del seno de la Virgen, penetrase en ese lugar con las puertas cerradas?

nombres particulares, a fin de que —por medio de los hombres— se dé a conocer su gran poderío (...).

Miguel significa *¿quién como Dios?*; Gabriel, *la fortaleza de Dios*; y Rafael, *la medicina de Dios*. Cuantas veces se realiza algo que exige un poder maravilloso, es enviado San Miguel, para que por la obra y por el nombre se muestre que nadie puede hacer lo que hace Dios. Por eso, a aquel antiguo enemigo que aspiró, en su soberbia, a ser semejante a Dios, diciendo: *escalaré el cielo; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; me sentaré sobre el monte del testamento, al lado del septentrión; sobrepujaré la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo* (*Is* 14, 13-14); al fin del mundo, para que perezca en el definitivo suplicio, será dejado en su propio poder y habrá de pelear con el Arcángel San Miguel, como afirma San Juan: *se trabó una batalla con el arcángel San Miguel* (*Ap* 12, 7). De este modo, aquél que se erigió, soberbio, e intentó ser semejante a Dios, aprenderá —derrotado por San Miguel— que nadie debe alzarse altaneramente con la pretensión de asemejarse a Dios.

A María es enviado San Gabriel, que se llama *la fortaleza de Dios*, porque venía a anunciar a Aquél que se dignó aparecer humilde para pelear contra las potestades infernales. De Él dice el salmista: *levantad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas, y elevaos vosotras, ¡oh puertas de la eternidad!, y entrará el Rey de la gloria...* (*Sal* 23, 7). Y también: *el Señor de los ejércitos, ése es el Rey de la gloria* (*Ibid.* 10). Luego el Señor de los ejércitos y fuerte en las batallas, que venía a guerrear contra los poderes espirituales, debía ser anunciado por la fortaleza de Dios.

Asimismo Rafael significa, como hemos dicho, *la medicina de Dios*; porque cuando, haciendo oficio de médico, tocó los ojos de Tobías, hizo desaparecer las tinieblas de su ceguera. Luego es justo que se llamara medicina de Dios.

Y ya que nos hemos entretenido interpretando los nombres de los ángeles, resta que expongamos brevemente el significado de los ministerios angélicos.

Llámanse *virtudes* aquellos espíritus por medio de quienes se obran más frecuentemente los prodigios y milagros, y *potestades* los que, entre los de su orden, han recibido mayor poder para tener sometidos los poderes adversos [los demonios], a quienes reprimen para que no tienten cuanto pueden a las almas de los hombres. Reciben el nombre de *principados* los que dirigen a los demás espíritus buenos, ordenándoles cuanto deben hacer; éstos son los que presiden en el cumplimiento de las divinas disposiciones.

Se llaman *dominaciones* los que superan en poder incluso a los principados, porque presidir es estar al frente, pero dominar es tener sujetos a los demás. De manera que las milicias angélicas que sobresalen por su extra-

ordinario poder, en cuanto tienen sujetos a su obediencia a los demás, se llaman dominaciones.

Se denominan *tronos* aquellos ángeles en los que Dios omnipotente preside el cumplimiento de sus decretos. Como en nuestra lengua llamamos tronos a los asientos, reciben el nombre de tronos de Dios los que están tan llenos de la gracia divina, que en ellos se asienta Dios y por medio de ellos decreta sus disposiciones.

Los *querubines* son llamados también *plenitud de ciencia*; y estos excelsos ejércitos de ángeles son denominados querubines porque, cuanto más de cerca contemplan la claridad de Dios, tanto más repletos están de una ciencia más perfecta; y así, en cuanto es posible a unas criaturas, saben más perfectamente todas las cosas en cuanto que, por su dignidad, ven de modo más claro al Creador.

En fin, se denominan *serafines* aquellos ejércitos de ángeles que, por su particular proximidad al Creador, arden en un amor incomparable. Serafines son los ardientes e inflamados, quienes —estando tan cerca de Dios, que entre ellos y Dios no hay ningún otro espíritu— arden tanto más cuanto más próximo le ven. Ciertamente su amor es llama, pues cuanto más sutilmente ven la claridad de Dios, tanto más se inflaman en su amor.

En la Resurrección del Señor

(Homilías sobre los Evangelios, 26)

La primera cuestión que viene a nuestro pensamiento durante la lectura del Evangelio de este día es: ¿cómo era real y verdadero el cuerpo de Jesucristo después de su resurrección, que pudo penetrar en el lugar donde estaban sus discípulos con las puertas cerradas?

Debemos tener presente que las operaciones divinas, si llegan a ser comprensibles por la razón, dejan de ser maravillosas; tampoco tiene mérito la fe cuando la razón humana la comprueba con la experiencia. Estas mismas obras de nuestro Redentor, que de suyo no pueden comprenderse, deben ser medidas con alguna otra obra suya, para que los hechos más admirables confirmen a los que lo son menos. Así, aquel mismo cuerpo que, al nacer, salió del seno virginal de María, entró en aquella habitación cerrada donde se encontraban los discípulos. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que el que había de vivir para siempre, el que al venir a morir salió del seno de la Virgen, penetrase en ese lugar con las puertas cerradas?

Enseguida, como vacilaba la fe de los que veían aquel cuerpo visible, les enseña las manos y el costado, y dio a tocar la misma carne que introdujo en aquella estancia cerrada. Con este gesto, al mostrar su cuerpo palpable e incorruptible a la vez, manifestó dos hechos maravillosos que, según la razón humana, son totalmente opuestos entre sí, pues es de necesidad que se corrompa lo palpable y que lo incorruptible no pueda tocarse. No obstante, de modo admirable e incomprensible, nuestro Redentor, después de la resurrección, manifestó su cuerpo incorruptible para invitarnos al premio, y palpable, para confirmarnos en la fe. Nos lo mostró así para manifestar que su cuerpo resucitado era de la misma naturaleza que antes, pero con distinta gloria.

Y les dijo: *la paz sea con vosotros. Como el Padre me envió así os envío Yo* (*Jn* 20, 21); esto es: así como mi Padre, Dios, me envió a mí, Yo también, Dios-Hombre, os envío a vosotros, hombres. El Padre envió al Hijo cuando, por determinación suya, debía encarnarse para la redención del género humano. Dios quiso que su Hijo viniera a este mundo a padecer, pero no dejó por eso de amarle en todo momento. El Señor también envió a los Apóstoles que había elegido, no para que gozasen de este mundo, sino para padecer. Del mismo modo que el Hijo fue amado del Padre, y no obstante lo envía al Calvario, así también el Señor amó a los discípulos, y sin embargo los envía a padecer: *así como me envió el Padre, también os envío a vosotros*, es decir: cuando Yo os mando ir entre las asechanzas de los perseguidores, os amo con el mismo amor con que el Padre me ama al hacerme venir a sufrir tormentos (...).

Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo (Ibid. 22). Debemos preguntarnos qué significa el que Nuestro Señor enviara una sola vez el Espíritu Santo cuando vivía en la tierra y otra cuando ya reinaba en el Cielo, pues en ningún otro lugar se dice claramente que fue dado el Espíritu Santo sino ahora, y después, cuando desde lo alto descendió sobre los Apóstoles en forma de lenguas de fuego. ¿Por qué motivo lo hizo, sino porque es doble el precepto de la caridad: el amor a Dios y al prójimo?

Así como la caridad es una sola y sus preceptos dos, el Espíritu Santo es uno y se da dos veces: la primera, por el Señor cuando vive en la tierra; la segunda, desde el Cielo, porque en el amor del prójimo se aprende el modo de llegar al amor de Dios. De ahí que diga el mismo San Juan: *el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve* (1 *Jn* 4, 20). Cierto que ya estaba el mismo Espíritu Santo en las almas de los discípulos por la fe, pero hasta después de la Resurrección del Señor no les fue dado de una manera manifiesta (...).

Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús (*Jn* 20, 24). Sólo este discípulo no se hallaba presente, y cuando

vino oyó lo que había sucedido y no quiso creer lo que oía. Volvió de nuevo el Señor y descubrió al discípulo incrédulo su costado para que lo tocase y le mostró las manos, y presentándole las cicatrices de sus llagas curó las de su incredulidad.

¿Qué pensáis de todo esto, hermanos carísimos? ¿Acaso creéis que fue una casualidad todo lo que sucedió en aquella ocasión: que no se hallase presente aquel discípulo elegido y que, cuando vino, oyera, y oyendo dudara, y dudando palpara, y palpando creyera? No, no sucedió esto casualmente, sino por disposición de la divina Providencia. La divina Misericordia obró de una manera tan maravillosa para que, al tocar aquel discípulo las heridas de su Maestro, sanase en nosotros las llagas de nuestra incredulidad. De manera que la duda de Tomás fue más provechosa para nuestra fe, que la de los discípulos creyentes, pues, decidiéndose él a palpar para creer, nuestra alma se afirma en la fe, desechando toda duda (...).

Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús contestó: porque me has visto has creído (*Ibid.* 28-29). Dice el Apóstol San Pablo: *la fe es certeza en las cosas que se esperan; y prueba de las que no se ven* (*Heb* 11, 1). Resulta claro que la fe es la prueba decisiva de las cosas que no se ven, pues las que se ven, ya no son objeto de la fe, sino del conocimiento. Ahora bien, ¿por qué, cuando Tomás vio y palpó, el Señor le dice: *porque me has visto has creído?* Porque él vio una cosa y creyó otra: el hombre mortal no puede ver la divinidad; por tanto, Tomás vio al hombre y confesó a Dios, diciendo: *¡Señor mío y Dios mío!*: viendo al que conocía como verdadero hombre, creyó y aclamó a Dios, aunque como tal no podía verle.

Causa mucha alegría lo que sigue a continuación: *bienaventurados los que sin haber visto han creído* (*Jn* 20, 29). En esta sentencia estamos especialmente comprendidos nosotros, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. Sí, en ella se nos designa a nosotros, pero con tal que nuestras obras se conformen a nuestra fe, pues quien cumple en la práctica lo que cree, ése es el que cree de verdad. Por el contrario, de aquéllos que sólo creen con palabras, dice San Pablo: *hacen profesión de conocer a Dios, pero lo niegan con sus obras* (1 *Tim* 1, 16). Y, por eso, dice Santiago: *la fe sin obras está muerta* (*Sant* 2, 26). (...).

Estamos celebrando la solemnidad de la Pascua; pero debemos vivir de modo que merezcamos llegar a las fiestas de la eternidad. Todas las festividades que se celebran en el tiempo pasan; procurad, cuantos asistís a esta solemnidad no ser excluidos de la eterna (...). Meditad, hermanos, en vuestro interior las promesas que son perdurables, y tened en menos las que pasan con el tiempo como si ya hubieran pasado. Apresuraos a poner toda vuestra voluntad en llegar a la gloria de la resurrección, que en sí ha

puesto de manifiesto la Verdad. Huid de los deseos terrenales que apartan del Creador, pues tanto más alto llegaréis en la presencia de Dios Omnipotente, cuanto más os distingáis en el amor al Mediador entre Dios y los hombres, el cual vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Los bienes de la enfermedad

(Regla pastoral, 33, 12)

A los enfermos se les debe exhortar a que se tengan por hijos de Dios, precisamente porque los flagela con el azote de la corrección. Si no determinara dar la herencia a los corregidos, no cuidaría de enseñarlos con las molestias; por eso el Señor dice a San Juan por el ángel (*Ap* 3, 19): *Yo, a los que amo, los reprendo y castigo*; y por eso está también escrito: *no rehúses, hijo mío, la corrección del Señor ni desmayes cuando Él te castigue, porque el Señor castiga a los que ama, y azota a todo el que recibe por hijo* (*Prv* 3, 11). Y el Salmista dice: *muchas son las tribulaciones de los justos, pero de todas los librará el Señor* (*Sal* 33, 20) (...).

Hay, pues, que enseñar a los enfermos que, si verdaderamente creen que su patria es el Cielo, es necesario que en la patria de aquí abajo, como en lugar extraño, padezcan algunos trabajos. Se nos enseña que en la construcción del templo del Señor [el templo de Jerusalén], las piedras que se labraban se colocaban fuera, para que no se oyera ruido de martillazos. Así ahora nosotros sufrimos con los azotes, para ser luego colocados en el templo del Señor sin golpes de corrección. Quienes eviten los golpes ahora, tendrán luego que quitar todo lo que haya de superfluo, para poder ser acoplados en el edificio de la concordia y la caridad (...)

Se debe aconsejar a los enfermos que consideren cuán saludable para el alma es la molestia del cuerpo, ya que los sufrimientos son como una llamada insistente al alma para que se conozca a sí misma. El aviso de la enfermedad, en efecto, reforma al alma, que por lo común vive con descuido en el tiempo de salud. De este modo el espíritu, que por el olvido de sí era llevado al engreimiento, por el tormento que sufre en la carne, se acuerda de la condición a que está sujeto (...).

Debe aconsejarse a los enfermos que consideren cuán grande don es la molestia del cuerpo, con la que pueden lavar los pecados cometidos y reprimir los que podrían cometerse. Mediante las llagas exteriores, en efecto,

el dolor causa en el alma las llagas de la penitencia, conforme a lo que está escrito: *los males se purgan por las llagas y con incisiones que penetran hasta las entrañas* (*Prv* 20, 30). Se purgan los males por las llagas, esto es, el dolor de los castigos purifica las maldades, tanto las de pensamiento como las de obra, ya que con el nombre de entrañas suele entenderse generalmente el alma, y así como el vientre consume las viandas, así el alma, considerando las molestias, las purifica (...).

Para que los enfermos conserven la virtud de la paciencia, se les debe exhortar a que continuamente consideren cuántos males soportó Nuestro Redentor por sus criaturas; cómo aguantó las injurias que le inferían sus acusadores; cómo Él, que continuamente arrebata de las manos del antiguo enemigo a las almas cautivas, recibió las bofetadas de los que le insultaban; cómo Él, que nos lava con el agua de la salvación, no hurtó su rostro a las salivas de los pérfidos; cómo Él, que con su palabra nos libra de los suplicios eternos, toleró en silencio los azotes; cómo Él, que nos concede honores permanentes entre los coros de los ángeles, aguantó los bofetones; cómo Él, que nos libra de las punzadas de los pecados, no hurtó su cabeza a la corona de espinas; cómo Él, que nos embriaga de eterna dulcedumbre, aceptó en su sed la amargura de la hiel; cómo Él, que adoró por nosotros al Padre, aun siendo igual al Padre en la eternidad, calló cuando fue burlonamente adorado; cómo Él, que dispensa la vida a los muertos, llegó a morir siendo Él mismo la Vida.

San Isidoro de Sevilla

No se conoce con exactitud la fecha de su nacimiento, aunque probablemente tuvo lugar entre los años 560 y 570. La familia, de rancio abolengo hispano-romano, provenía de Cartagena. Su padre emigró a Sevilla en el año 554, a causa de la invasión bizantina, y allí se estableció. Murió pronto, dejando como jefe de la familia al hijo mayor, Leandro, que sería luego obispo de Sevilla. Leandro se cuidó personalmente de la formación religiosa, humana y literaria de su hermano menor, Isidoro, que le sucedería como obispo de la ciudad hacia el año 600 ó 601. Además de ellos, otros dos hermanos son venerados como santos: Fulgencio, obispo de Écija, y Florentina, que abrazó la vida monástica.

San Isidoro es considerado el último de los Padres en Occidente y ha pasado a la historia como el hombre más sabio de su tiempo. Se le reconoce el mérito de haber hecho de puente entre la ciencia de los antiguos y la Edad Media. Hasta el siglo XII fue considerado como el oráculo imprescindible en todas las ciencias, una especie de nuevo Salomón. Sus *Etimologías* figuran entre los libros más citados por los escritores medievales.

Esta obra, la más importante de cuantas escribió, es en realidad un enciclopedia en veinte libros, donde se contienen todos los conocimientos de la época: desde la gramática y las matemáticas, a la medicina y al derecho; desde la teología, la historia y la filosofía, a las lenguas, la geografía, la arquitectura, la botánica... Escribió otras muchas obras, menos conocidas que las Etimologías, entre las que destacan los tres libros de *Sentencias*, que constituyen una especie de manual de teología dogmática y de ética.

No se conservan datos concretos de su actividad pastoral, que debió de ser intensa si —como él mismo afirma en las *Sentencias*— el programa de un obispo comienza con la abnegación y la humildad, y continúa con la integridad de vida, el arte de exponer la doctrina, el buen ejemplo, la solicitud por su grey... Como metropolita de la Bética presi-

dió algunos Concilios importantes, como el II Concilio provincial de Sevilla y el IV Concilio de Toledo.

Cómo leer la palabra de Dios

(Libros de las Sentencias, 3, 8-10)

La oración nos purifica, la lectura nos instruye. Usemos una y otra, si es posible, porque las dos son cosas buenas. Pero, si no fuera posible, es mejor rezar que leer.

Quien desee estar siempre con Dios, ha de rezar y leer constantemente. Cuando rezamos, hablamos con el mismo Dios; en cambio, cuando leemos, es Dios el que nos habla a nosotros.

Todo progreso [en la vida espiritual] procede de la lectura y de la meditación. Con la lectura aprendemos lo que no sabemos, con la meditación conservamos en la memoria lo que hemos aprendido.

De la lectura de la Sagrada Escritura recibimos una doble ventaja, porque ilumina nuestra inteligencia y conduce al hombre al amor de Dios, después de haberlo arrancado a las vanidades mundanas. Doble es también el fin que hemos de proponernos al leer: lo primero, tratar de entender el sentido de la Escritura; y luego, esforzarnos para proclamarla con la mayor dignidad posible. Quien lee, en efecto, busca en primer lugar comprender lo que lee, y sólo luego trata de expresar del modo más conveniente lo que ha aprendido.

Pero el buen lector no se preocupa tanto de conocer lo que lee, cuanto de ponerlo por obra. Es menos penoso ignorar completamente un ideal que, una vez conocido, no llevarlo a la práctica. Por tanto, así como mediante la lectura demostramos nuestro deseo de conocer, así luego, tras haber conocido, hemos de sentir el deber de poner en práctica las cosas buenas que hayamos aprendido.

Nadie puede profundizar en el sentido de la Sagrada Escritura, si no la lee con asiduidad, como está escrito: *ámala y ella te exaltará, será tu gloria si la abrazas* (*Prv* 4, 8). Cuanto más asiduo se es en la lectura de la Escritura, más rica es la inteligencia que se alcanza. Es lo mismo que sucede con la tierra: cuanto más se la cultiva, más produce.

Hay personas que, siendo inteligentes, descuidan la lectura de los textos sagrados. De este modo, con su negligencia, manifiestan su desprecio por aquello que habrían podido aprender mediante la lectura. Otros, en

cambio, tienen deseos de saber, pero su falta de preparación les supone un obstáculo. Sin embargo, estos últimos, mediante una lectura inteligente y asidua, llegan a conocer lo que ignoran los otros, más inteligentes, pero perezosos e indiferentes.

De igual modo que una persona, aunque sea torpe de inteligencia, logra sacar fruto gracias a su empeño y a su diligencia en el estudio, así el que descuida el don de inteligencia que Dios le ha dado se hace culpable de condena, porque desprecia un don recibido y lo deja sin dar frutos.

Si la doctrina no está sostenida por la gracia, no llega al corazón aunque entre por los oídos. Hace mucho ruido por fuera, pero no aprovecha al alma. Sólo cuando interviene la gracia, la palabra de Dios baja desde los oídos al fondo del corazón, y allí actúa íntimamente, llevando a la comprensión de lo que se ha leído.

Las obras de misericordia

(Libros de las Sentencias, 3, 60)

La palabra misericordia se deriva de compadecer la miseria ajena. Pero nadie puede ser misericordioso con otro si vive mal y no es, por tanto, misericordioso consigo mismo. Quien es malo para sí, ¿para quién será bueno?

Ningún pecado puede ser redimido con las limosnas, si se persiste en él. La indulgencia, fruto de la limosna, se concede sólo cuando se desiste de realizar obras perversas. Es verdad que las obras de misericordia tienen capacidad de purgar todos los pecados; pero sólo si quien usa de misericordia procura no pecar. Por lo demás, no hay perdón de los pecados cuando la misericordia se lleva a cabo para cometerlos después tranquilamente.

No es limosna la que se hace más por causa de gloria que de misericordia. En efecto, según sea la intención con que cada uno la hace, así acepta o no la limosna el Señor. Por eso, quien apetece alabanza en este mundo por sus buenas obras, renuncia a la esperanza y no recibirá en el futuro la gloria de premio. Más aún, cuando se alimenta al pobre por jactancia, se convierte en pecado incluso la misma obra de misericordia.

Hasta tal punto las obras de limosna borran los pecados y conducen al reino del siglo futuro que, cuando venga el juez celestial para el último juicio, dirá a los que estén a su derecha: *tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis; estaba des-*

nudo y me cubristeis. Les ofrecerá el premio, diciéndoles: *venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros*. Pero aquéllos en los que no encuentre ninguna obra de misericordia, oirán la voz del juez eterno, que les dice: *tuve hambre y no me disteis de comer: tuve sed y no me disteis de beber*. También les dirá justamente: *apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles* (*Mt* 25, 31-35).

Quien no practica la misericordia en este mundo, no recogerá el fruto de la piedad en el otro, como enseña el ejemplo del rico condenado a las llamas, que se vio obligado a pedir socorro en el infierno porque lo negó a su vez en este mundo. Cuando estaba entre las llamas, pidió un gota de agua a quien había negado una miga de pan. ¡Tarde abrió los ojos el rico! Lo hizo cuando vio gozoso al pobre Lázaro, a quien había rehusado ver cuando yacía a la puerta de su casa (cfr. *Lc* 16, 19-31).

Pero no sólo usa de misericordia quien practica la liberalidad con el que tiene hambre o sed, o con el desnudo, o quien socorre en algo a cualquier necesitado, sino también quien ama a sus enemigos, quien tiene afectos de compasión y consuelo hacia quienes lloran, quien proporciona consejo en cualquier necesidad. Todos éstos hacen, sin duda alguna, verdadera limosna. La limosna de doctrina no es sólo buena, sino mejor que la misericordia material.

Es necesario compadecer de todo corazón al que pide, aun no estando necesitado, aunque se finja indigente, aunque utilice, quizá, la apariencia de una falsa indigencia. El que da con sencillez no pierde por eso el fruto de la misericordia.

Si uno es pobre y no tiene nada que dar al necesitado, no puede poner el pretexto de su indigencia. Según el precepto del Salvador, se nos manda ofrecer al pobre un vaso de agua fría. Si no tenemos otra cosa, y damos lo que tenemos bondadosamente, no perderemos el premio. Por lo demás, si son mayores nuestras posibilidades y dispensamos con escasez este don, simulando pobreza, no engañamos al necesitado, sino a Dios, a quien no podemos esconder nuestra conciencia.

Hay dos clases de limosnas: una corporal, dar al necesitado todo lo que puedas; otra espiritual, perdonar a quien te hubiera agraviado. La primera se debe practicar con los indigentes; la segunda, con los malos. Por tanto, siempre podrás comunicar algo, si no dinero, al menos perdón. Pero no se debe ofrecer la limosna a regañadientes, no sea que, por ir acompañada de tristeza, perdamos el premio de lo que distribuimos. Nuestra dádiva es perfecta cuando la ofrecemos con espíritu de alegría. De aquí que diga también el Apóstol: *Dios ama al que da con alegría* (2 *Cor* 9, 7). Es de temer que el pobre reciba lo que le ofrecemos con tedio, o que, despreciándola totalmente, se aparte afligido y triste.

Dar limosna de lo robado a otros no es oficio de misericordia, sino que es un pecado; por eso dice Salomón: *quien ofrece sacrificio del producto del robo a los pobres es como si alguien degollara al hijo en la presencia de su padre* (*Sir* [Vg] 34, 24). Pues quien se apodera injustamente de lo ajeno, nunca lo reparte justamente, ni hace bien a uno lo que se arrebata injustamente a otro.

Gran pecado es dar los bienes de los pobres a los ricos, y a costa de los necesitados alcanzar el favor de los poderosos; es como quitar el agua a la tierra árida y seca, para regar a los ríos, que no lo necesitan.

San Ildefonso de Toledo

Contemporáneo de San Isidoro de Sevilla, San Ildefonso nació en Toledo hacia el año 607. Recibió una brillante formación en las disciplinas de su época y, siendo aún joven, ingresó en un monasterio del que más tarde llegaría a ser abad. En el año 657 fue elegido obispo de Toledo, cargo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en el 667.

Se han conservado pocos escritos de San Ildefonso. Muy enraizado en la tradición patrística, su principal esfuerzo estuvo encaminado a dar al pueblo en forma asequible la doctrina de los antiguos. Vigoroso defensor de los privilegios de la Madre de Dios, su obra más conocida lleva por título *Libro sobre la virginidad perpetua de Santa María contra tres infieles*. Consta de una oración inicial y doce capítulos escritos en un estilo vivo y cuidado, lleno de entusiasmo y amor a Nuestra Señora. Concluye el libro una plegaria que a continuación se reproduce parcialmente, en la que San Ildefonso muestra cómo el culto a la Madre de Dios no quita a Cristo ninguna gloria, sino que, por el contrario, le honra y le agrada mucho.

Honrar a María

(Libro de la perpetua virginidad de Santa María, XII)

En mi pobreza y miseria, yo desearía llegar a ser, para mi reparación, el servidor de la Madre de mi Señor. Apartado de la comunión con los ángeles por la caída de nuestro primer padre, desearía ser siervo de la que es

Esclava y Madre de mi Creador. Como un instrumento dócil en las manos del Dios excelso, así desearía yo estar sujeto a la Virgen Madre, íntegramente dedicado a su servicio. Concédemelo, Jesús, Dios e Hijo del hombre; dámelo, Señor de todas las cosas e Hijo de tu Esclava; otórgame esta gracia, Dios humillado en el hombre; permíteme a mí, hombre elevado hasta Dios, creer en el alumbramiento de la Virgen y estar lleno de fe en tu encarnación; y al hablar de la maternidad virginal, tener la palabra embebida de tu alabanza; y al amar a tu Madre, estar lleno de tu mismo amor.

Haz que yo sirva a tu Madre de modo que Tú me reconozcas por tu servidor; que Ella sea mi Soberana en la tierra de manera que Tú seas mi Señor por la eternidad. Ved con qué impaciencia anhelo ser vasallo de esta Reina, con qué fidelidad me entrego al gozo de su servidumbre, cómo deseo hacerme plenamente esclavo de su voluntad, con qué ardor quiero no sustraerme jamás a su imperio, cuánto ambiciono no ser nunca arrancado de su servicio... Haz que me admita entre sus súbditos y que, sirviéndola, merezca sus favores, viva siempre bajo su mandato y la ame por toda la eternidad.

Los que aman a Dios conocen mi deseo; los que le son fieles, lo ven; los que se unen al Señor, lo comprenden, y lo conocen aquéllos a los que Dios conoce. Escuchad los que sois discípulos suyos; prestad atención los infieles; sabedlo vosotros, los que no pensáis más que en la desunión; comprended, sabios de este mundo que hace insensatos a los ojos de la sabiduría divina, lo que os hace sabios a los ojos de vuestra necedad (...). Vosotros, que no aceptáis que María sea siempre Virgen; que no queréis reconocer a mi Creador por Hijo suyo, y a Ella por Madre de mi Creador; que rehusáis creer que sólo Ella tenga por Hijo al Señor de las criaturas; que no glorificáis a este Dios como Hijo suyo; que no proclamáis bienaventurada a la que el Espíritu Santo ha mandado llamar así por todas las naciones; que oscurecéis su gloria negándole la incorruptibilidad de la carne; que no rendís honor a la Madre del Señor con la excusa de honrar a Dios su Hijo; que no glorificáis como Dios al que habéis visto hacerse hombre y nacer de Ella; que confundís las dos naturalezas de su Hijo y rompéis la unidad de su Persona; que negáis la divinidad de su Hijo; que rehusáis creer en la verdadera carne y en la Pasión verdadera de su Hijo; que no creéis que ha sufrido la muerte como hombre y que ha resucitado de los muertos como Dios (...).

Mi mayor deseo es servir a este Hijo y tener a la Madre por Soberana. Para estar bajo el imperio del Hijo, yo quiero servirla; para ser admitido al servicio de Dios, anhelo que la Madre reine sobre mí como testimonio; para ser el servidor devoto de su propio Hijo, aspiro a llegar a ser el servidor de la Madre. Pues servir a la Sierva es también servir al Señor; lo que

se da a la Madre se refleja sobre el Hijo, yendo desde la Madre a Aquél que Ella ha alimentado. El honor que el servidor rinde a la Reina viene a recaer sobre el Rey.

Bendiciendo con los ángeles, cantando mi alegría junto con las voces celestiales, exultando de gozo con los coros angélicos, regocijándome con sus aclamaciones, yo bendigo a mi Soberana, canto mi alegría a la que es Madre de mi Señor y Sierva de su Hijo. Yo me alegro con la que ha llegado a ser Madre de mi Creador; con Aquélla en la que el Verbo se ha hecho carne. Porque con Ella yo he creído lo que sabe Ella misma conmigo, porque he conocido que Ella es la Virgen Madre, la Virgen que dio a luz; porque sé que la concepción no le hizo perder su virginidad, y que una inmutable virginidad precedió a su alumbramiento, y que su Hijo le ha conservado perpetuamente la gloria de la virginidad. Todo esto me llena de amor, porque sé que todo ha sido realizado por mí. No olvido que, gracias a la Virgen, la naturaleza de mi Dios se ha unido a mi naturaleza humana, para que la naturaleza humana sea asumida por mi Dios; que no hay más que un solo Cristo, Verbo y carne, Dios y hombre, Creador y criatura.

Teodoto de Ancira

Teodoto fue obispo de Ancira, una población situada en Galacia, en el Asia Menor. Amigo personal de Nestorio, fue, sin embargo, uno de sus principales adversarios, cuando el Concilio de Efeso del año 431 condenó las doctrinas de aquél como heréticas. Nestorio afirmaba la existencia de dos personas en Jesucristo, negando el título de Madre de Dios a la Virgen María.

Teodoto alcanzó un gran prestigio como teólogo y defensor de la ortodoxia; junto a San Cirilo de Alejandría, representó un papel de primer orden en la confutación de los errores nestorianos. Adentrándose en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, expuso con claridad y defendió con firmeza la verdad de la existencia de dos naturalezas en la única persona de Cristo y exaltó de modo especial la maternidad divina de Santa María, junto a su perpetua virginidad. Su muerte tuvo lugar en torno al año 446.

Entre sus obras merecen especial mención las dos homilías sobre el nacimiento del Señor. Pronunciadas en Ancira, fueron leídas en el Concilio de Efeso e introducidas en sus Actas.

Se recoge a continuación un pasaje de una de estas homilías. Con un estilo de argumentación muy típico de la época, Teodoto explica cuál es la lección fundamental que nos enseña la pobreza del Nacimiento de Nuestro Salvador: asumiendo nuestra naturaleza humana en medio de una gran indigencia, nos hizo partícipes de la riqueza de su divinidad.

Lección de Navidad

(Homilía 1 en la Navidad del Señor)

Ni los profetas, que habían sido vencidos; ni los doctores, que nada habían adelantado; ni la Ley, que carecía de la fuerza suficiente; ni los frustrados intentos de los ángeles; ni la voluntad de los hombres, reacia a practicar lo que es bueno...: para levantar la naturaleza caída, hubo de venir su mismo Creador.

Y vino, no con la manifestación externa de su condición divina: precedido de un gran clamor, con el ensordecedor estruendo del trueno, rodeado de nubes y mostrando un fuego terrible; ni con sonido de trompetas, como antiguamente se había aparecido a los judíos, infundiéndoles terror (...); tampoco usó de insignias imperiales, ni se presentó con una corte de arcángeles: no deseaba atemorizar al desertor de sus leyes.

El Señor de todas las cosas apareció en forma de siervo, revestido de pobreza para que la presa no se le escapase espantada. Nació en una ciudad que no era ilustre en el Imperio, escogió una obscura aldea para ver la luz, fue alumbrado por una humilde virgen, asumiendo la indigencia más absoluta, para lograr, en silencio, al modo de un cazador, apresar a los hombres y así salvarles.

Si hubiese nacido con esplendor y rodeado de grandes riquezas, los incrédulos hubieran atribuido a esa abundancia la transformación de la tierra. Si hubiese escogido la gran ciudad de Roma, entonces la más poderosa, de nuevo habrían creído que la potencia de la Urbe fue la que cambió el mundo. Si hubiese sido hijo del emperador, habrían atribuido el bien conseguido a la nobleza y poder de esa cuna. Si fuese hijo de un gran hombre de leyes, lo hubiesen achacado a la sabiduría de sus prescripciones.

¿Qué es lo que hizo en cambio? Escogió todo lo que es pobre y sin valor alguno, lo más modesto e insignificante, para que fuese evidente que sólo la Divinidad ha transformado el mundo. Precisamente por eso, eligió una madre pobre, una patria todavía más pobre, y Él mismo se hizo pobrísimo.

No existiendo un lecho donde se le reclinase, el Señor fue colocado en un comedero de animales, y la carencia de las cosas más indispensables se convirtió en la prueba más verosímil de las antiguas profecías. Fue puesto en un pesebre para indicar expresamente que venía para ser alimento, ofrecido a todos, sin excepción. El Verbo, el Hijo de Dios, al vivir en pobreza y yacer en ese lugar, atrajo hacia Sí a los ricos y a los pobres, a los sabios y a los ignorantes (...).

A través de su Humanidad, el Verbo de Dios se muestra así para que a todas las criaturas, racionales e irracionales, se les abriese la posibilidad de

participar en el alimento de salvación. Y pienso que a esto aludía Isaías cuando hablaba del misterio del pesebre: *conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento* (*Is* 1, 3) (...).

Se nos pone aún más de manifiesto por qué quien siendo rico en razón de su divinidad, se hizo pobre por nosotros, para hacer más fácilmente asequible a todos su salvación. A esto se refirió también San Pablo cuando dijo: *siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (2 *Cor* 8, 9). (...).

Pero, ¿quién era aquel *rico* al que se refiere el Apóstol? ¿y en qué estribaba su riqueza? Decidme, ¿quién siendo rico, se hizo pobre en consideración a mi miseria? Que nos respondan quienes desgajan de Dios, del Verbo, su Humanidad; disociando lo que está unido, con el pretexto de las dos naturalezas (...). Ese rico, ¿no es, por ventura, Aquél que se mostró como hombre, y a quien tú separas de la divinidad? Si sólo Dios puede enriquecer a la criatura, entonces fue el mismo Dios quien se hizo pobre, asumiendo la penuria de la criatura humana, a través de la cual se manifestaba: rico en su divinidad, se hizo menesteroso al asumir nuestra humanidad.

Juan Mandakuni

Entre la abundante literatura cristiana antigua, la que floreció en Armenia en los siglos IV y V es de las menos conocidas y, sin embargo, de riquísimo contenido espiritual.

Las fuentes documentadas hacen remontar al siglo III la predicación del Cristianismo en Armenia, por obra de San Gregorio el Iluminador. Sin embargo, ya antes de esta fecha había cristianos en las regiones meridionales del país, colindantes con Siria, desde donde se realizó la primera evangelización.

La figura central de la literatura armena es San Mesrop, a quien se atribuye la invención del alfabeto armeno. Murió hacia el año 440. Uno de sus sucesores en la sede patriarcal fue Juan Mandakuni, nacido alrededor del 415, que fue *catholikós* de Armenia desde el año 478 hasta el 490, fecha de su fallecimiento. Modelo de pastor de almas, Juan Mandakuni es autor de homilías, cartas y oraciones, traducidas en gran parte al alemán durante el siglo pasado.

El fragmento que se recoge en las siguientes páginas forma parte de su discurso *Sobre la devoción y respeto al recibir el Santísimo Sacramento*, en el que pone de relieve la presencia real de Cristo en la Eucaristía y las disposiciones interiores con que los fieles han de recibirle.

Cómo acercarse al Santísimo Sacramento

(Discurso sobre la devoción y respeto al recibir el Santo Sacramento)

Mis huesos se estremecen de temor, mi alma tiembla y queda atónita cuando me acuerdo que voy a acercarme al venerado y gran Sacramento.

Mi espíritu oscila sin cesar entre dos sentimientos: muy a gusto quisiera yo acercarme al Sacramento anhelado, pero mi indignidad me mantiene alejado. Mas el separarse y vivir alejado de él es la muerte del alma. Pues hay en verdad muchos que o bien se acercan en pecado o bien se mantienen alejados de una manera no recta: ambos son hijos de Satanás. Los unos no conocen la fuerza del tremendo Sacramento, sino que se acercan a él por costumbre rutinaria con la conciencia intranquila, no para salud, sino para juicio (cfr. 1 *Cor* 12, 29); no para perdón de los pecados, sino para aumento de los mismos. Los otros lo aprecian en poco, como algo que no tiene valor, y permanecen alejados, ya que no lo tienen por necesario, pues desconocen totalmente su fuerza y su gracia, o creen que es señal de estima al Sacramento el no acercarse a él con frecuencia. Pero esto no es alta estima, sino que manifiesta más bien insensatez y tibieza en permanecer lejos de la vida y desear las tinieblas y la muerte. Esto dice el Señor mismo: *Yo soy el pan de vida; quien come de este pan vivirá eternamente; y el pan que Yo daré es mi carne, para la vida del mundo* (*Jn* 6, 48.51) (...).

¿No sabes que en el momento en que el Santo Sacramento viene al altar se abren arriba los cielos y Cristo desciende y llega, que los coros angélicos vuelan del cielo a la tierra y rodean el altar donde está el Santo Sacramento del Señor, y todos son llenos del Espíritu Santo? Por tanto, aquéllos a quienes les atormentan los remordimientos de conciencia, son indignos de tomar parte en este Sacramento hasta que no se hayan purificado por la penitencia (...). Examinaos, probad vuestro corazones, a fin de que nadie se acerque con remordimientos de conciencia, nadie con hipocresía, con fingimiento o falsía, nadie con dudas o incredulidad (...).

Y no lo contemples como sencillo pan, ni lo tengas ni lo estimes por vino, pues el tremendo santo misterio no es visible; su poder es más bien espiritual, ya que Cristo nada visible nos ha dado en la Eucaristía y en el Bautismo, sino algo espiritual. Vemos el cáliz, pero creemos al Verbo divino, que dice: *esto es mi cuerpo y mi sangre. Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive en mí y Yo en él, y Yo le resucitaré en el último día* (cfr. *Mt* 26, 26-28; *Jn* 6, 55). Sabemos con verdadera fe que Cristo mora en los altares, que nosotros nos acercamos a Él, que le contemplamos, que le tocamos, le besamos, que le tomamos y recibimos en nuestro interior, que nos hacemos con Él un solo cuerpo (cfr. 1 *Cor* 10, 17), miembros e hijos de Dios (...).

Hijo de hombre, echa una mirada a tu habitación y contempla dónde estás, a quién contemplas, a quién besas y a quién introduces en tu corazón. Te encuentras entre potestades celestiales, alabas con los ángeles, bendices con los serafines, contemplas a Cristo, besas a Cristo, recibes y

gustas a Cristo, te llenas del Espíritu Santo y eres iluminado y continuamente fortalecido por la gracia divina. Por eso vosotros, sacerdotes, vosotros los ministros y dispensadores del Santo Sacramento, acercaos con temor, custodiadlo con ansia, administradlo santamente y servidle con esmero; tenéis un tesoro real; cuidadlo, por tanto, y custodiadlo con gran temor (...).

Guarda pura tu alma para el momento de la comunión y no la dejes de un día para otro. No es ningún atrevimiento comulgar muchas veces con corazón puro, pues con ello vivificas y limpias tu alma más y más. Pero si fueras indigno y tuvieras algo de que te reprochase la conciencia y comulgases una sola vez en toda tu vida, eso sería muerte del alma (...).

Pero tal vez digas: en Cuaresma me santificaré y comulgaré. ¿Qué utilidad te reportará el que te purifiques una vez si de nuevo te profanas? ¿Qué utilidad tendría el que te lavaras y de nuevo te ensuciaras? ¿Qué utilidad trae el edificar si vuelves a derribar lo construido? Quieres estar sin sufrimiento sólo en los días de fiesta y después quieres de nuevo consumirte en sufrimientos; quieres curarte de las heridas de tus pecados en un día y después quieres volver a recibir las mismas heridas; por un día te apartas del demonio y después quieres volver a ser atormentado por él siempre.

Así les sucede a quienes reciben una vez el Santo Sacramento y después se consumen sin cesar en pecados (...). ¿De qué ha de servir encontrar piedras preciosas un día de fiesta y perderlas al día siguiente? Por eso, es inútil comulgar un día de fiesta, si pereces de nuevo por la indignidad de una mala vida (...).

Con todo, dirás tal vez: con los ayunos de Cuaresma me he santificado; quiero, pues, recibir el Santo Sacramento. Me parece enteramente razonable y lo alabo. Pero ¿por qué no lo recibes siempre? Respondes: es que no puedo permanecer siempre sin pecado. Si lo que quieres decir es: voy a comulgar el día de fiesta, pero después me voy a mantener alejado de la Comunión, entonces incluso el día de fiesta eres indigno, pues tu modo de pensar es del enemigo. Pues, ¿qué aprovecha acercarse a Cristo, si no te alejas al mismo tiempo de Satanás? ¿Qué utilidad tiene el tomar costosas medicinas, si el dolor perdura en tu interior? ¿Qué te aprovecha correr al médico, si no le enseñas tus heridas? Del mismo modo no ganas bien alguno por ir a comulgar si no quieres apartarte de tus pecados (...).

Por lo tanto, atendamos a nosotros con esmero (...). Santifiquemos nuestro corazón, hagamos modestos nuestro ojos, guardemos la lengua de las murmuraciones, hagamos penitencia por nuestros pecados, disipemos las dudas, depongamos la insensatez, troquemos nuestra pereza en celo. Ayunemos, perseveremos en la oración. Estemos prontos para la benefi-

cencia, ejercitemos virtudes con las obras. Hagámonos niños en lo malo, y en la fe, por el contrario, perfectos. Así nos haremos en todas las virtudes dignos del augusto y gran misterio. Con gran deseo y pureza consumada gustaremos entonces el santísimo y vivificador Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; a Él sea dada la gloria y el poder por toda la eternidad. Amén.

«Himno Akathistos»

El *Himno Akathistos* (que literalmente significa «estando de pie», porque se canta en esta posición) es el himno mariano más famoso del Oriente cristiano y quizá de la Iglesia entera. Compuesto en griego, a finales del siglo V, es de autor desconocido. Su paternidad se ha atribuido a diversos personajes, pero no hay ninguna prueba concluyente, y quizá sea mejor así. Como dice un comentarista moderno, «está bien que el himno sea anónimo. Así el himno es de todos, porque es de la Iglesia». Efectivamente, desde principios del siglo VI la Iglesia bizantina lo incluyó en su liturgia como la expresión más alta del culto a la Santísima Virgen y lo canta en muchas ocasiones, de modo especialmente solemne en el sábado de la 5.ª semana de Cuaresma.

La estructura métrica del texto original es de una perfección suma, difícil de verter a otras lenguas. Las veinticuatro estrofas que lo componen (unas más largas, otras más breves, alternativamente) se distribuyen por igual en dos partes: una evangélica y otra dogmática. La primera parte escenifica la narración evangélica en una serie de cuadros, que van desde la Anunciación al encuentro de María con el anciano Simeón en el Templo de Jerusalén. La segunda parte expone los principales artículos de la fe mariana de la Iglesia: perpetua virginidad, maternidad divina, mediación de gracia desde el Cielo.

El *Himno Akathistos* es común a todos los cristianos de rito bizantino, sean católicos u ortodoxos. Constituye, pues, un puente vetusto y solemne hacia la plena comunión entre la Iglesia de Oriente y de Occidente.

María en el Evangelio

(Himno Akathistos, I parte, estrofas 1-12)

1. El más excelso de los ángeles fue enviado desde el Cielo para decir «Ave» a la Madre de Dios. Al transmitir su incorpóreo saludo, viéndote hecho hombre en Ella, Señor, extasiado el ángel, de este modo a la Madre aclamó:

Ave, por ti resplandecen los gozos,
Ave, por ti se disuelve el dolor,
Ave, rescate del llanto de Eva,
Ave, salud de Adán que cayó.

Ave, Tú cima sublime a humano intelecto,
Ave, Tú abismo insondable a mirada de ángel,
Ave, Tú llevas a Aquél que todo sostiene,
Ave, Tú eres la sede del trono real.

Ave, oh estrella que al Astro precedes,
Ave, morada del Dios que se encarna,
Ave, por ti se renueva el creado,
Ave, por ti se hace niño el Señor.

¡Ave, Virgen y Esposa!

2. Bien sabía María que era Virgen sagrada, y por eso respondió a Gabriel: «Tu singular mensaje se muestra incomprensible a mi alma, pues anuncias un parto de virginal seno, exclamando: ¡Aleluya!»

Aleluya, aleluya, aleluya!

3. Ansiaba la Virgen comprender el misterio, y preguntaba al Mensajero divino: «¿Podrá mi seno virginal dar a luz un hijo? ¡Dímelo!». Y aquél, reverente, aclamándola, así respondió:

Ave, presagio de excelsos designios,
Ave, Tú prueba de arcano misterio,
Ave, prodigio primero de Cristo,
Ave, compendio de toda verdad.

Ave, oh escala celeste que baja el Eterno,
Ave, oh puente que llevas los hombres al Cielo,
Ave, de coros celestes cantado portento,
Ave, oh azote que ahuyenta a la horda infernal.

Ave, la Luz inefable has portado,
Ave, Tú el «modo» a nadie has contado,
Ave, la ciencia de sabios trasciendes,
Ave, Tú enciendes al fiel corazón.

¡Ave, Virgen y esposa!

4. La Virtud del Altísimo cubrió con su sombra e hizo Madre a la Virgen que no conocía varón: aquel seno, hecho fecundo desde lo Alto, se convirtió en campo ubérrimo para todos los que quieren alcanzar la salvación, cantando de esta manera: ¡Aleluya!

¡Aleluya, aleluya, aleluya!

5. Con el Señor en su seno, presurosa, María subió a la montaña y habló con Isabel. El pequeño Juan, en el vientre de su madre, oyó el virginal saludo y exultó; saltando de gozo, cantaba a la Madre de Dios:

Ave, sarmiento del más santo Brote,
Ave, renuevo de un Fruto sin mancha,
Ave, das vida al Autor de la vida,
Ave, cultivas a tu Agricultor.

Ave, Tú campo que muestras las más ricas gracias,
Ave, Tú mesa que ofreces los dones mejores,
Ave, un pronto refugio a los fieles preparas,
Ave, un pasto agradable Tú haces brotar.

Ave, Tú incienso agradable de súplicas,
Ave, del mundo suave perdón,
Ave, clemencia de Dios con el hombre,
Ave, confianza del hombre con Dios.

¡Ave, Virgen y Esposa!

6. Con el corazón turbado y encontrados pensamientos, el sabio José se agitaba en la duda; admirándote intacta, sospecha esponsales secretos,

¡oh Inmaculada! Y cuando te supo Madre por obra de Espíritu Santo, exclamó: ¡Aleluya!

¡Aleluya, aleluya, aleluya!

7. Los pastores oyeron los coros de los ángeles que cantaban a Cristo, bajado entre nosotros. Corriendo a ver al Pastor, lo contemplan como cordero inocente, que se nutre al pecho de la Virgen, y cantan así:

Ave, Tú Madre del Pastor-Cordero,
Ave, recinto del rebaño fiel,
Ave, defensa de fieras malignas,
Ave, guardiana de la eternidad.

Ave, por ti con la tierra exultan los cielos,
Ave, por ti con los cielos se goza la tierra,
Ave, voz eres perenne de Apóstoles santos,
Ave, de Mártires fuertes invicto valor.

Ave, potente sustento de fe,
Ave, de gracia esplendente pendón,
Ave, por ti fue expoliado el infierno,
Ave, por ti nos vestimos de honor.

¡Ave, Virgen y Esposa!

8. Observando la estrella que guiaba al Eterno, los Magos siguieron su fulgor. Fue luminaria segura para ir en busca del Poderoso, del Señor. Y alcanzando al Dios inalcanzable, lo aclaman felices: ¡Aleluya!

¡Aleluya, aleluya, aleluya!

9. Los Magos contemplaron en los brazos maternos al Sumo Hacedor del hombre. Sabiendo que era el Señor, aunque bajo la apariencia de siervo, premurosos le ofrecieron sus dones, diciendo a la Madre bienaventurada:

Ave, oh Madre del Astro perenne,
Ave, aurora del místico día,
Ave, las fraguas de errores Tú apagas,
Ave, conduces con tu brillo a Dios.

Ave, al odioso tirano arrojaste del trono,
Ave, Tú a Cristo nos das, clemente Señor,
Ave, rescate Tú eres de ritos nefandos,
Ave, Tú eres quien salvas del cieno opresor.

Ave, Tú el culto del fuego destruyes,
Ave, Tú extingues la llama del vicio,
Ave, Tú enseñas la ciencia al creyente,
Ave, Tú gozo de todas las gentes.

¡Ave, Virgen y Esposa!

10. Pregoneros de Dios fueron los Magos en el camino de vuelta. Cumplieron tu vaticinio y te predicaban, oh Cristo, a todos, sin preocuparse de Herodes, el necio, que era incapaz de cantar: ¡Aleluya!

¡Aleluya, aleluya, aleluya!

11. Iluminando Egipto con el esplendor de la verdad, arrojaste las tinieblas del error, porque los ídolos de entonces, Señor, debilitados por la fuerza divina, cayeron. Y los hombres, salvados, aclamaban a la Madre de Dios:

Ave, desquite del género humano,
Ave, derrota del reino infernal,
Ave, Tú aplastas mentiras y errores,
Ave, Tú muestras la gran falsedad.

Ave, Tú mar que devoras al gran Faraón,
Ave, Tú roca que manas el Agua de Vida,
Ave, columna de fuego que guías de noche,
Ave, refugio del mundo cual nube sin par.

Ave, dadora del maná celeste,
Ave, nodriza de los gozos santos,
Ave, Tú místico hogar prometido,
Ave, de leche y de miel manantial.

¡Ave, Virgen y Esposa!

12. El viejo e inspirado Simeón estaba a punto de dejar este mundo engañoso. Fuiste dado a él como párvulo, pero en ti reconoció al perfecto Señor; y estupefacto, admirando la divina Sabiduría, exclamó: ¡Aleluya!

¡Aleluya, aleluya, aleluya!

Santiago de Sarug

Santiago de Sarug es uno de los grandes Padres de la Iglesia siria. Nació en el año 451 en el distrito de Sarug, a orillas del Eufrates. Según la tradición, completó sus estudios teológicos en Edesa, donde recibió unos sólidos conocimientos lingüísticos, filosóficos y teológicos. A los 22 años de edad se hizo monje y eremita.

No abundan los datos sobre su vida: en el año 502 es nombrado corepíscopo, oficio eclesiástico que ejercía una jurisdicción delegada del obispo. Durante esta época, visitó muchos monasterios ganándose la estima de monjes y eremitas. En el 519 fue consagrado obispo; y desde ese momento desarrolló un extensa labor pastoral hasta el momento de su muerte, acaecida dos años más tarde. Su fama de santidad lo hizo entrar en la liturgia y en el calendario de los santos. En la Iglesia latina es recordado el 29 de octubre.

Santiago de Sarug ha dejado una obra variada y abundante. Destacan los escritos en verso. Según algunos estudiosos, predicó unas 760 homilías, aunque sólo se han conservado la mitad y no todas han sido publicadas. En los siguientes párrafos, tomados de una de sus homilías sobre la Virgen, destaca el cariño con que Santiago de Sarug habla de la belleza sobrenatural y humana de nuestra Madre del Cielo.

Sede de todas las gracias

(Homilía sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios)

Tal es mi amor, que me siento impelido a hablar de aquélla que es hermosa; mas tan sobre mis fuerzas juzgo el argumento, que no se me antoja fácil exponerlo.

¿Qué haré, pues? A los cuatro vientos gritaré que no fui ni soy idóneo para ello y, con amor, osaré proclamar el misterio de la criatura excelsa. Sólo el amor no yerra cuando habla, porque el amor tiene por objeto la perfección, y llena de dádivas a quien sigue sus dictados. Tiemblo de emoción cuando hablo de María y me maravillo, porque la hija de los hombres alcanzó la suma medida de toda grandeza. ¿Qué ocurrió, por ventura? ¿Volcó el Hijo la gracia misma sobre Ella? ¿O le agradó hasta el extremo de convertirse en Madre del Hijo de Dios? Que bajó a la tierra por don suyo, es manifiesto; y como María fue toda pura, le acogió.

Vio su humildad, su mansedumbre y su pureza, y habitó en Ella, porque para Dios es fácil morar entre los humildes. ¿A quien, por virtud de su gracia, miró siempre, sino a los mansos y humildes? Puso sus ojos sobre Ella, y en Ella habitó, pues entre los de humilde condición se contaba. Ella misma dijo: *ha puesto los ojos en la bajeza* (cfr. *Lc* 1, 48), y habitó en Ella. Por eso fue ensalzada, porque agradó mucho.

Suma perfección ha de ser la humildad, cuando mira Dios al hombre que se humilla. Humilde fue Moisés, preclaro entre los hombres, y el Señor se le reveló en el monte. También la humildad se manifestó en Abraham, porque siendo justo, se llamó a sí mismo polvo y tierra (cfr. *Gn* 18, 27). En su humildad, Juan se proclamaba indigno de desatar siquiera las sandalias del Esposo, su Señor. Agradaron por humildad, en todas las generaciones, varones ilustrísimos, porque ésta es la vía maestra por la que el hombre se acerca a Dios.

Pero ninguno en el mundo se humilló como María, y así se deduce del hecho que ninguno ha sido exaltado como Ella. En la medida de la humildad concede Dios la gloria: Madre suya la hizo, y ¿quién podrá parangonarse a Ella en humildad? (...). Nuestro Señor, queriendo descender a la tierra, buscó entre todas las mujeres, y sólo a una escogió: la que sin par era bella. A Ella la escrutó y sólo encontró humildad y santidad, buenos pensamientos y un alma enamorada de la divinidad; un corazón puro y deseos de perfección; por eso Dios escogió a la pura y a la llena de belleza. Descendió de su lugar y moró en la bienaventurada entre las mujeres, porque no había en el mundo quien comparársele pueda. Sólo existía una doncella humilde, pura, bella e inmaculada, que fuera digna de ser Madre suya.

En Ella observó una condición sublime, su limpieza de todo pecado, que no cabía en Ella pasión que la inclinara a la concupiscencia, ni pensamiento que instigara a la flaqueza, ni conversación mundana que condujera a males irreparables. Tampoco halló agitación por las vanidades del mundo, ni un comportamiento a guisa de niña. Y vio que no había en el mundo nada igual o similar, y la tomó por Madre, de la que se amamantaría con leche pura.

Era prudente y llena del amor de Dios, porque el Señor nuestro no mora en donde el amor no reina. Apenas el Gran Rey decidió descender a nuestro lugar, porque fue su beneplácito, se hospedó en el más puro templo del mundo, en un seno limpio, adornado de virginidad y de pensamientos dignos de santidad.

Era también hermosísima en su naturaleza y en la voluntad, porque no fue contaminada con deshonestos pensamientos. Desde la infancia, ninguna mancha afeó su integridad; sin mancha, caminó por su senda sin pecados. Fue su naturaleza custodiada con el albedrío fijo en las cosas más altas, portó en su cuerpo las señales de la virginidad y las de la santidad en el alma.

Aquél que en Ella se manifestó, me ha dado aliento para decir todas estas cosas sobre su belleza inenarrable. Por haber llegado a ser la Madre del Hijo de Dios, vi y creí que Ella sola es en el mundo la pura entre las mujeres. Desde que aprendió a discernir el bien del mal, permaneció en la pureza de corazón y en pensamientos rectos. Jamás se separó de la justicia de la ley, ni la conmovieron las pasiones carnales. Desde la niñez, se albergaron en Ella santos pensamientos y, con diligencia, los ponderó en su meditación. Estaba siempre el Señor ante sus ojos, y en Él se miraba para resplandecer de Él y gozar de Él. Y después de ver Dios cuán pura y bella era su alma, quiso habitar en María que estaba inmune de pecado. Porque mujer par a Ella no fue jamás vista, se cumplieron en Ella las obras más admirables (...).

Cuanto la naturaleza es capaz de obrar con la belleza, tanto fue Ella hermosa; mas no llegó a tal grado por propia voluntad. Alcanzó la excelencia humana hasta el límite en el que sólo Dios podía otorgarle lo que de suyo no le pertenecía. Hasta donde los justos son capaces de acercarse a Dios, la llena de gracia llegó por la excelencia de su alma; que Dios naciese en el cuerpo de Ella, es gracia del Señor y por ello ha de ser glorificado: ¡cuán misericordioso es!

Hasta tal medida llegó la belleza de María, que ninguna mayor que Ella surgió en el mundo entero. Ahora y siempre demos gracias al Señor, que difundió su gracia sobre las criaturas sin medida alguna.

San Romano el Cantor

Los escasos datos biográficos que poseemos sobre Romano proceden de dos documentos menores, de origen litúrgico: el *Sinasario* y el *Meneo*. Según esos textos, Romano nació en Siria, en la ciudad de Emesa, hacia el 490. Ordenado diácono en Beirut, durante el reinado del Emperador Anastasio se trasladó a Constantinopla, donde fue incorporado a la iglesia de la Santísima Madre de Dios. Allí se entregó a una vida de oración y de mortificación, caracterizada por su devoción a la Virgen.

En el santuario de la Madre de Dios, recibió el carisma poético. Cuenta la tradición que una noche de Navidad se le apareció la Virgen y le entregó un rollo para que lo masticara y engulliera. Apenas cumplió su mandato, subió al ambón e improvisó un himno en alabanza del Nacimiento del Señor. La vena poética, milagrosamente desatada en él, inspiró nuevos y numerosos *Kondakia*, himnos para las principales festividades litúrgicas del año, especialmente las de Cristo y la Virgen. Se dice que compuso un millar de himnos, aunque son muchos menos los que han llegado hasta nosotros.

Romano, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de *el cantor*, murió entre el 555 y el 562, y fue sepultado en la iglesia de Ciro, donde se celebra su memoria el 1 de octubre. Aunque los temas de sus composiciones son muy variados, destacan los himnos mariológicos. La figura de la Virgen es contemplada a la luz de la vida y de la obra redentora de su Hijo.

Las bodas de Caná

(Himno sobre las bodas de Caná)

Queremos narrar ahora el primer milagro obrado en Caná por Aquél que había demostrado ya el poder de sus prodigios a los egipcios y a los hebreos. Entonces la naturaleza de las aguas fue cambiada milagrosamente en sangre. Él había castigado a los egipcios con la maldición de las diez plagas y había vuelto el mar inofensivo para los hebreos, hasta tal punto que lo atravesaron como tierra firme. En el desierto, Él les había provisto del agua que prodigiosamente manó de la roca. Hoy, durante la fiesta de las bodas, realiza una nueva transformación de la naturaleza, Aquél que ha cumplido todo con sabiduría.

Mientras Cristo participa de las bodas y el gentío de los invitados banqueteaba, faltó el vino y la alegría pareció mudarse en melancolía. El esposo estaba avergonzado, los servidores murmuraban y afloraba en todas partes el descontento por tal penuria, levantándose el tumulto en la sala. Ante tal espectáculo, María, la completamente pura, mandó advertir apresuradamente a su Hijo: «*No tienen vino* (*Jn* 2, 3). Hijito, te lo ruego, demuestra tu poder absoluto, Tú, que has cumplido todo con sabiduría (...)».

Cristo, respondiendo a la Madre que le decía: «concédeme esta gracia», contestó prontamente: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora* (*Jn* 2, 4).

Algunos han querido entrever en estas palabras un significado que justifica su impiedad. Son los que sostienen la sumisión de Cristo a las leyes naturales, o bien le consideran, también a Él, vinculado a las horas. Pero esto es porque no comprenden el sentido de la palabra. La boca de los impíos, que meditan el mal, es obligada a callar por el inmediato milagro obrado por Aquél que ha cumplido todo con sabiduría.

«Hijo mío, responde ahora —dijo la Madre de Jesús, la completamente Pura—. Tú, que impones a las horas el freno de la medida, ¿cómo puedes esperar la hora, Hijo mío y Señor mío? ¿Cómo puedes esperar el tiempo, si has establecido Tú mismo los intervalos del tiempo, oh Creador del mundo visible e invisible, Tú que día y noche diriges con plena soberanía y según tu discreción las evoluciones inmutables? Has sido Tú quien ha fijado la carrera de los años en sus ciclos perfectamente regulados: ¿cómo puedes esperar el tiempo propicio para el prodigio que te pido, Tú que has cumplido todo con sabiduría?»

«Ya antes de que Tú lo notases, Virgen venerada, Yo sabía que el vino faltaba», respondió entonces el Inefable, el Misericordioso, a la Madre veneradísima. «Conozco todos los pensamientos que habitan en tu corazón.

Tú reflexionaste dentro de ti: "la necesidad incitará ahora a mi Hijo al milagro, pero con la excusa de las horas lo está retrasando". Oh Madre pura, aprende ahora el porqué de este retardo, y cuando lo hayas entendido, te concederé ciertamente esta gracia, Yo que he cumplido todo con sabiduría.»

«Eleva tu espíritu a la altura de mis palabras y comprende, oh Incorrupta, lo que estoy para pronunciar. En el momento mismo en que creaba de la nada cielo y tierra y la totalidad del universo, podía instantáneamente introducir el orden en todo lo que estaba formando. Sin embargo, he establecido un cierto orden bien subdividido; la creación ocurrida en seis días. Y no ciertamente porque me faltase el poder de obrar, sino para que el coro de los ángeles, al comprobar que hacía cada cosa a su tiempo, pudiese reconocer en mí la divinidad, celebrándola con el siguiente canto: Gloria a ti, Rey potente, que has cumplido todo con sabiduría».

«Escucha bien esto, oh Santa: habría podido rescatar de otro modo a los caídos, sin asumir la condición de pobre y de esclavo. He aceptado, sin embargo, mi concepción, mi nacimiento como hombre, la leche de tu seno, oh Virgen, y así todo ha crecido en mí según el orden, porque en mi nada existe que no sea de este modo. Con el mismo orden quiero ahora obrar el milagro, al cual consiento por la salvación del hombre, Yo que he cumplido todo con sabiduría».

«Entiende lo que estoy diciendo, oh Santa; he querido comenzar por el anuncio a los israelitas, por enseñarles a ellos la esperanza de la fe para que, antes de los milagros, sepan quién me ha mandado y conozcan con certeza la gloria de mi Padre y su Voluntad, ya que Él quiere firmemente que Yo sea glorificado por todos. De hecho, cuanto obra Aquél que me ha engendrado, puedo obrarlo también Yo, por ser consustancial a Él y al Espíritu, Yo que he cumplido todo con sabiduría».

«Si sólo hubiese manifestado esto en los prodigios espantosos, ellos habrían comprendido que soy Dios desde antes de todos los siglos, aunque me haya hecho hombre. Pero, ahora, contrariamente al orden, y antes incluso de la predicación, Tú me pides prodigios. He aquí el porqué de mi retardo. Te pedía que esperases la hora de obrar milagros, por este único motivo. Pero como los padres deben ser honrados por los hijos, tendré consideración hacia ti, oh Madre, puesto que puedo hacerlo todo, Yo que he cumplido todo con sabiduría».

«Di, pues, a los habitantes de la casa que se pongan a mi servicio siguiendo las órdenes: ellos pronto serán, para sí mismos y para los demás, los testigos del prodigio. No quiero que sea Pedro el que me sirva, ni tampoco Juan, ni Andrés, ni alguno de mis apóstoles, por temor de que después, por su causa, surja entre los hombres la sospecha del engaño. Quiero que sean los mismos criados quienes me sirvan, porque ellos mismos se

convertirán en testigos de lo que me es posible, a mí que he cumplido todo con sabiduría».

Dócil a estas palabras, la Madre de Cristo se apresuró a decir a los servidores de la fiesta de las bodas: *haced lo que Él os diga* (*Jn* 2, 5). Había en la casa seis tinajas, como enseña la Escritura. Cristo ordena a los servidores: *llenad de agua las tinajas* (*Jn* 2, 8). Y al punto fue hecho. Llenaron de agua fresca las tinajas y permanecieron allí, en espera de lo que intentaba hacer Aquél que ha cumplido todo con sabiduría.

Quiero ahora referirme a las tinajas y describir cómo fueron colmadas por aquel vino, que procedía del agua. Como está escrito, el Maestro había dicho en voz alta a los servidores: «Sacad este vino que no proviene de la vendimia, ofrecedlo a los invitados, llenad las copas secas, para que lo disfrute todo el mundo y el mismo esposo; puesto que a todos he dado la alegría de modo imprevisto, Yo que he cumplido todo con sabiduría».

En cuanto Cristo cambió manifiestamente el agua en vino gracias al propio poder, todo el mundo se llenó de alegría encontrando agradabilísimo el gusto de aquel vino. Hoy podemos sentarnos al banquete de la Iglesia, porque el vino se ha cambiado en la sangre de Cristo, y nosotros la asumimos en santa alegría, glorificando al gran Esposo. Porque el auténtico Esposo es el Hijo de María, el Verbo que existe desde la eternidad, que ha asumido la condición de esclavo y que ha cumplido todo con sabiduría.

Altísimo, Santo, Salvador de todos, mantén inalterado el vino que hay en nosotros, Tú que presides todas las cosas. Arroja de aquí a los que piensan mal y, en su perversidad, adulteran con el agua tu vino santísimo: porque diluyendo siempre tu dogma en agua, se condenan a sí mismos al fuego del infierno. Pero presérvanos, oh Inmaculado, de los lamentos que seguirán a tu juicio, Tú que eres misericordioso, por las oraciones de la Santa, Virgen Madre de Dios, Tú que has cumplido todo con sabiduría.

Madre dolorosa

(Cántico de la Virgen al pie de la Cruz)

Venid todos, celebremos a Aquél que fue crucificado por nosotros. María le vio atado en la Cruz: «Bien puedes ser puesto en Cruz y sufrir —le dijo Ella—; pero no por eso eres menos Hijo mío y Dios mío».

Como una oveja que ve a su pequeño arrastrado al matadero, así María le seguía, rota de dolor. Como las otras mujeres, Ella iba llorando:

«¿Dónde vas Tú, Hijo mío? ¿Por qué esta marcha tan rápida? ¿Acaso hay en Caná alguna otra boda, para que te apresures a convertir el agua en vino? ¿Te seguiré yo, Niño mío? ¿O es mejor que te espere? Dime una palabra, Tú que eres la Palabra; no me dejes así, en silencio, oh Tú, que me has guardado pura, Hijo mío y Dios mío».

«Yo no pensaba, Hijo de mi alma, verte un día como estás: no lo habría creído nunca, aun cuando veía a los impíos tender sus manos hacia Ti. Pero sus niños tienen aún en los labios el clamor: ¡Hosanna!, ¡seas bendito! Las palmas del camino muestran todavía el entusiasmo con que te aclamaban. ¿Por qué, cómo ha sucedido este cambio? Oh, es necesario que yo lo sepa. ¿Cómo puede suceder que claven en una Cruz a mi Hijo y a mi Dios?».

«Oh Tú, Hijo de mis entrañas: vas hacia una muerte injusta, y nadie se compadece de Ti. ¿No te decía Pedro: *aunque sea necesario morir nunca te negaré?* Él también te ha abandonado. Y Tomás exclamaba: *muramos todos contigo*. Y los otros, apóstoles y discípulos, los que deben juzgar a los doce tribus, ¿dónde están ahora? No está aquí ninguno; pero Tú, Hijo mío, mueres en soledad por todos. Abandonado. Sin embargo, eres Tú quien les ha salvado; Tú has satisfecho por todos ellos, Hijo mío y Dios mío».

Así es como María, llena de tristeza y anonadada de dolor, gemía y lloraba. Entonces su Hijo, volviéndose hacia Ella, le habló de esta manera: «Madre, ¿por qué lloras? ¿Por qué, como las otras mujeres, estás abrumada? ¿Cómo quieres que salve a Adán, si Yo no sufro, si Yo no muero? ¿Cómo serán llamados de nuevo a la Vida los que están retenidos en los infiernos, si no hago morada en el sepulcro? Por eso estoy crucificado, Tú lo sabes; por esto es por lo que Yo muero».

«¿Por qué, lloras, Madre? Di más bien, en tus lágrimas: es por amor por lo que muere mi Hijo y mi Dios».

«Procura no encontrar amargo este día en el que voy a sufrir: para esto es para lo que Yo, que soy la dulzura misma, he bajado del cielo como el maná; no sobre el Sinaí, sino a tu seno, pues en él me he recogido. Según el oráculo de David: esta *montaña recogida* soy Yo; lo sabe Sión, la ciudad santa. Yo, que siendo el Verbo, en ti me hice carne. En esta carne sufro y en esta carne muero. Madre, no llores más; di solamente: si Él sufre, es porque lo ha querido, Hijo mío y Dios mío».

Respondió Ella: «Tú quieres, Hijo mío, secar las lágrimas de mis ojos. Sólo mi Corazón está turbado. No puedes imponer silencio a mis pensamientos. Hijo de mis entrañas, Tú me dices: si Yo no sufro, no hay salvación para Adán... Y, sin embargo, Tú has sanado a tantos sin padecer. Para curar al leproso te fue suficiente querer sin sufrir. Tú sanaste la enfermedad del paralítico, sin el menor esfuerzo. También hiciste ver al ciego con

una sola palabra, sin sentir nada por esto, oh la misma Bondad, Hijo mío y Dios mío».

El que conoce todas las cosas, aun antes de que existan, respondió a María: «Tranquilízate, Madre: después de mi salida del sepulcro, tú serás la primera en verme; Yo te enseñaré de qué abismo de tinieblas he sido librado, y cuánto ha costado. Mis amigos lo sabrán: porque Yo llevaré la prueba inscrita en mis manos. Entonces, Madre, contemplarás a Eva vuelta a la Vida, y exclamarás con júbilo: ¡son mis padres!, y Tú les has salvado, Hijo mío y Dios mío».

San Sofronio de Jerusalén

Nació en Damasco, hacia el año 560. Probablemente ejerció como profesor de Retórica, hasta que, todavía joven, abrazó la vida monacal. Pasó veinte años bajo la dirección experta de San Juan Mosco. Juntos visitaron varios monasterios de Egipto, con el propósito de pasar a Roma. Una vez en la Ciudad Eterna, el año 619 murió San Juan Mosco. Entonces, San Sofronio decidió regresar a Palestina. En el año 633 o 634 fue elegido Patriarca de Jerusalén, mostrándose desde entonces como un pastor celoso de su grey.

La biografía de San Sofronio podría centrarse en dos polos de interés: su afán de santidad y su integridad doctrinal, que le llevó a sufrir mucho por defender la fe católica frente a la herejía del monotelismo. Estas dos características quedan muy bien reflejadas en su producción literaria, de la que nos han llegado algunas obras que podrían llamarse de entretenimiento, unos cuantos himnos y varios escritos hagiográficos, como la Vida de los santos egipcios Ciro y Juan y algunos fragmentos de una biografía del Patriarca alejandrino Juan el Limosnero, compuesta junto a San Juan Mosco.

El mismo año de su muerte, 638, vio con inmenso pesar como la Ciudad Santa caía en manos de los musulmanes, por obra del Califa Omar.

Ave María

(Discurso 2 en la Anunciación de la Madre de Dios)

En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón

de nombre José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado donde ella estaba le dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (*Lc* 1, 26-28).

¿Qué puede hallarse que sea más sublime que este gozo, oh Virgen Madre? ¿Qué puede ser más excelente que esta gracia, que por voluntad divina a ti sola ha tocado en suerte? ¿O qué puede imaginarse más alegre y espléndido? Todos los dones difieren del milagro que en ti brilla; todos yacen por debajo de tu gracia; todos, incluso los más probados, son secundarios y poseen una claridad muy inferior.

El Señor es contigo. ¿Quién, pues, osará luchar contra ti? Dios está de tu parte: ¿habrá alguien que no se te rinda inmediatamente, y no te otorgue con alegría el primado y la excelencia? Al considerar tus eminentes prerrogativas por encima de todas las criaturas, te aclamo con suma alabanza: *Salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. Por ti, el gozo no sólo se reparte a los hombres, sino que se tributa también a las celestes potestades.

Verdaderamente, eres *bendita entre todas las mujeres*, porque transformaste en bendición, la maldición de Eva; porque lograste que por ti fuera bendito Adán, que antes yacía abatido por la maldición del pecado.

Bendita entre todas las mujeres, porque por ti la bendición del Padre brilló ante los hombres y los liberó de la antigua maldición.

Bendita entre todas las mujeres, porque por ti tus antepasados hallaron la salvación; ya que Tú vas a engendrar al Salvador, que les procurará la divina salud.

Bendita entre las mujeres, porque sin germen ofreciste el fruto que bendecirá el orbe de la tierra, y le redimirá de las espinas de la maldición.

Bendita entre las mujeres, porque siendo por naturaleza mujer, serás Madre de Dios. Pues si Aquél que de ti nacerá es Dios encarnado, Tú serás llamada, por mérito y derecho, Madre de Dios, pues a Dios vas a dar a luz (...).

Tú llevas encerrado en tu seno al mismo Dios, que en ti mora según la carne, y por ti se presenta como el prometido, que obtendrá el gozo para todos y comunicará la luz divina al universo.

En ti, oh Virgen, como en un purísimo y resplandeciente cielo, Dios *puso su tabernáculo; y saldrá de ti como el esposo de su tálamo* (*Sal* 69, 5-6); e imitando la carrera del gigante correrá durante toda su vida, llenando a todos los vivientes con la futura salvación. Y llenará con calor divino y vivificante esplendor a cuantos a ella se encaminan.

San Juan Clímaco

San Juan el Escolástico es conocido principalmente por su apelativo de Clímaco, que deriva de la transcripción latina «de la escalera», tomada del título de su principal obra: *La escala del Paraíso*.

Sus datos biográficos son escasos. Nacido alrededor del año 579, entró en el monasterio del Monte Sinaí a la edad de dieciséis años. A los veinte, hizo la profesión religiosa según la regla del monasterio, hasta que se decidió a vivir como anacoreta. Dios le favoreció con el don de lágrimas, y subió a tal grado su fama de santidad, que los monjes del monasterio le eligieron como abad: tenía entonces sesenta años. Su muerte acaeció alrededor del año 649.

Considerado un doctor universal, San Juan Clímaco profundizó en el camino ascético que puede recorrer cualquier cristiano. *La escala del Paraíso*, libro de gran riqueza interior y enorme difusión, desarrolla la idea de la ascensión del alma, bajo la guía del Espíritu Santo, hasta la semejanza con Cristo. Titulada en memoria de la escala de Jacob y dividida en treinta escalones, se pueden considerar en la obra dos partes principales: la primera abarca los veintitrés primeros capítulos y trata de la lucha contra los vicios; los siete capítulos restantes giran en torno a la adquisición de las virtudes.

El fragmento que se expone a continuación, recoge una parte del sermón número veintiocho, donde el santo habla del estado de oración y muestra la naturaleza de esa unión con Dios.

El diálogo con Dios

(La escala del Paraíso, escalón XXVIII, nn. 188-189, 190-191, 193)

La oración, como bien expresa su nombre, es diálogo del hombre con Dios, unión mística. Según los efectos que la caracterizan, es el apoyo del mundo y reconciliación con el Señor; fuente de lágrimas y propiciatoria de nuestros pecados; defensa de la tentación y baluarte ante las contradicciones; victoria en la lucha y empeño de los ángeles; alimento de los seres incorpóreos y alegría en la espera; actividad que no finaliza jamás y fuente de virtud; forjadora de carismas y del progreso espiritual, alimento del alma y luz de la mente (...).

Reza con toda sencillez, con una sola expresión, como hicieron el publicano y el hijo pródigo que se dirigieron a Dios misericordioso (...).

No te afanes en mirar con minuciosidad las palabras que debes usar en la oración. A menudo los simples y sencillos balbuceos de los niños aplacaron al Padre que está en los cielos (cfr. *Mt* 6, 9). No busques muchas palabras (cfr. *Mt* 6, 7), porque tal deseo provoca la disipación de la mente. Con una pequeña frase el publicano agradó al Señor (cfr. *Lc* 18, 3), y con una sola expresión dicha con fe, salvó al ladrón (cfr. *Lc* 23, 39-43). A menudo muchas palabras distraen en la oración porque llenan la mente de fantasías; una sola, con frecuencia, contribuye al recogimiento: cuando a un cierto punto hay una palabra que te agrada y propicia la compunción, permanece allí; entonces se unirá a tu oración el Ángel Custodio.

Después, no abuses de la libertad confiada, aunque hayas alcanzado la purificación. Es más, acercándote a Dios con gran humildad, podrás obtener la más alta libertad. También si te encontrases en lo alto de la escala de la virtud, continúa rezando para que sean perdonados tus pecados como hizo San Pablo que, asemejándose a los pecadores, exclamaba: *yo soy el primero de ellos* (cfr. 1 *Tim* 1, 15). La pureza y compunción de lágrimas deben dar alas a la oración, y el sabor, como el aceite y la sal condimentan los alimentos. Añade la bondad y la dulzura, con las que debes revestirte si quieres liberar al corazón de todo aquello que arranca la libertad, y poder elevarte sin esfuerzo hacia Dios.

Hasta que no hayamos alcanzado después de muchas experiencias tal claridad de oración, seremos principiantes, como niños que empiezan a caminar. Trata de elevar la mente a Dios, o mejor, de tenerla cerrada dentro de las operaciones de la oración y, si por debilidad infantil, no la tienes tranquila, ponla rápidamente en orden: por desgracia nuestra mente es débil, pero el Omnipotente podrá fijarla.

Si continúas luchando sin rendirte, finalmente descenderá sobre ti

Aquél que mantiene en sus límites los mares de la mente, y dirá, mientras tú te elevas en oración: *De aquí no pasarás, ahí se romperá la soberbia de tus olas* (...) (cfr. *Job* 38, 11).

¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, nada deseo sobre la tierra (cfr. *Sal* 73, 25). Esto persigue la oración. Si unos aspiran a la riqueza, otros a la gloria u otra posesión, mi bien es estar apegado a Dios, único fundamento de mi esperanza (cfr. *Sal* 73, 28). La fe es la que otorga las alas a la oración, pues de ningún otro modo podrá volar hacia el cielo. Sólo esto pedimos al Señor (cfr. *Sal* 27, 4). Somos todavía víctimas de las pasiones, pero de esta condición todos deseamos elevarnos, cortando definitivamente ese camino. Aquel juez que no temía a Dios, cede a la insistencia de la viuda para no tener más la pesadez de escucharla (cfr. *Lc* 18, 1-4). Dios hará justicia al alma, viuda de Él por el pecado, frente el cuerpo, su primer enemigo, y frente a los demonios, sus adversarios invisibles. El Divino Comerciante sabrá intercambiar bien nuestras buenas mercancías, poner a disposición sus grandes bienes con amorosa solicitud y estar pronto a acoger nuestras súplicas (...).

No digas no haber obtenido aquello que has pedido rezando mucho, porque te has beneficiado espiritualmente. De hecho, ¿qué bien más sublime puede existir al de estar unido con el Señor y perseverar en esa unión ininterrumpida con Él? Quien se encuentra protegido por la oración no deberá tener miedo de la sentencia del Juez divino, como le sucede al condenado aquí en la tierra. Por eso, si eres sabio y no corto de vista, al recuerdo de ese juicio podrás fácilmente alejar de tu corazón las ofensas recibidas y todo rencor, las preocupaciones por los negocios terrenos y los sufrimientos que se derivan; la tentación de las pasiones y de todo género de maldad. Con la súplica constante del corazón prepárate a la oración perenne de los labios, y rápido avanzarás en la virtud (...).

Como canta el Salmista: «Yo conozco verdaderamente cuánto bien quisiste para mí porque en tiempo de guerra no permitiste que el enemigo riese a mis espaldas; por eso, grité a ti de todo corazón, con cuerpo y alma, porque donde se encuentran unidos estos elementos, allí se encuentra Dios en medio de ellos» (cfr. *Sal* 40, 12; 119, 145; 1 *Tes* 5, 23; *Mt* 18, 20).

No todos tienen las mismas dotes, ni según el cuerpo, ni según el espíritu. Para algunos va bien la oración más breve, para otros es mejor la larga de los salmos. Hay quien todavía confiesa estar prisionero de su cuerpo, o debe luchar con la ignorancia del espíritu; si entonces invocas a nuestro Rey contra los enemigos que te asaltan de cualquier parte, ten confianza. Ya no deberás fatigarte mucho desechándolos de una vez, pues se alejarán de ti rápidamente: no querrán asistir a la segura victoria que obtendrás con la oración; es más, huirán despavoridos por la fusta de tu ferviente coloquio. Recoge todas tus fuerzas, y Dios se ocupará en cómo enseñarte a rezar.

San Máximo el Confesor

San Máximo el Confesor nació en Constantinopla alrededor del año 580. Después de haber recibido una esmerada educación civil y religiosa, ocupó un alto cargo estatal, que abandonó en el año 630 para hacerse monje.

Al principio, combatió el monofisismo; más tarde, dedicó todas sus energías a luchar contra la herejía monotelita. Participó en numerosos Sínodos africanos y tomó parte activa en el Concilio de Letrán del año 649, donde fue condenado el monotelismo junto a los patriarcas que lo habían favorecido. A su regreso a Constantinopla, fue arrestado por orden del emperador Costante II, torturado y desterrado. Murió en el exilio, el 13 de agosto del año 662.

San Máximo escribió numerosos escritos teológicos, exegéticos y éticos. Se le atribuye además una *Vida de María*, recientemente descubierta en traducción georgiana del siglo XI. Su fecha (habría sido escrita antes del año 626) hace de ella la más antigua vida de la Virgen llegada hasta nosotros. Junto a los puntos fundamentales del dogma mariano (maternidad virginal, absoluta santidad de la Virgen, asunción al Cielo), el autor destaca la profundísima unión de María Santísima con su Hijo y Dios, en todos los momentos de su vida: también después de la Ascensión del Señor al Cielo.

Los párrafos que aquí se recogen —una muestra de la solicitud de la Virgen con los Apóstoles y los discípulos, en aquellos primeros años de la Iglesia— constituyen un testimonio impresionante de la profunda devoción que los cristianos han tenido siempre a la Madre de Dios y Madre nuestra.

El consuelo de la Iglesia

(Vida de María, atribuida a San Máximo el Confesor, nn. 95-99)

El nacimiento y la adolescencia de Aquella que concibió y dio a luz —¡suceso impensable, incomprensible, inefable!— al Hijo de Dios, el Verbo, Rey y Dios del Universo, ya habían sido más maravillosos que todo lo que puede verse en la naturaleza. Desde entonces, todos los días de su entera existencia, mostró un estilo de vida superior a la naturaleza (...). Luego, en el camino de su fatigosa tarea, sufrió y soportó muchas tribulaciones, pruebas, aflicciones y lamentos durante la Crucifixión del Señor, consiguiendo una completa victoria y obteniendo coronas de triunfo, hasta el punto de ser constituida Reina de todas las criaturas.

Después de ver al Hijo, al Verbo del Padre, verdadero Dios y Rey de lo creado, resucitar del sepulcro —suceso superior a cualquier otro— y subir al Cielo con aquella naturaleza humana que había tomado de Ella, después de toda esta gloria, no le fue ahorrada aquí abajo una vida de pruebas y fatigas, no estuvo privada de ansiedades y preocupaciones. Como si entonces comenzara su vida pública y su desvelo, *no concedía sueño a sus ojos, ni descanso a sus párpados, ni reposo a su cuerpo* (*Sal* 131, 4): y cuando los Apóstoles se dispersaron por el mundo entero, la Santa Madre de Cristo, como Reina de todos, vivía en el centro del mundo, en Jerusalén, en Sión, con el Apóstol predilecto, que le había sido dado como hijo por Nuestro Señor Jesucristo (...).

La Virgen no sólo animaba y enseñaba a los Santos Apóstoles y a los demás fieles a ser pacientes y a soportar las pruebas, sino que era solidaria con ellos en sus fatigas, les sostenía en la predicación, estaba en unión espiritual con los discípulos del Señor en sus privaciones y suplicios, en sus prisiones. Así como había tomado parte con el corazón traspasado en la Pasión de Cristo, así sufría con ellos. Además, consolaba a estos dignos discípulos con sus acciones, les confortaba con sus palabras, poniéndoles como modelo la Pasión de su Hijo Rey. Les recordaba la recompensa y la corona del Reino de los Cielos, la bienaventuranza y las delicias por los siglos de los siglos. Cuando Herodes capturó a Pedro, el jefe de los Apóstoles, teniéndolo encadenado hasta el alba, también Ella estuvo espiritualmente prisionera con él: la santa y bendita Madre de Cristo participaba en sus cadenas, rezaba por él y mandaba a la Iglesia que rezase. Y antes, cuando los malos judíos lapidaron a Esteban, cuando Herodes hizo ajusticiar a Santiago, el hermano de Juan, las persecuciones, sufrimientos y suplicios traspasaron el corazón de la santa Madre de Dios: en el dolor de su corazón y con las lágrimas de su llanto, era martirizada con él (...).

Tras la partida de Juan evangelista, Santiago, el hijo de José, llamado también «hermano del Señor», tomó a su cuidado a la santa Madre de Cristo (...). De este modo, también el regreso de la santa Madre de Dios a Jerusalén fue un bien: era Ella, en efecto, la seguridad, el puerto y el apoyo de los creyentes que allí vivían. Cualquier preocupación o dificultad de los cristianos era confiada a la Inmaculada, ya que habitaban en medio del rebelde pueblo de los judíos. Antes de los santos combates y de la muerte, desde todas partes los creyentes iban a verla, y Ella les consolaba a todos y los fortificaba.

Ella era la santa esperanza de los cristianos de entonces y de los que vendrían después: hasta el fin del mundo será mediadora y fortaleza de los creyentes. Pero, entonces, su preocupación y su empeño eran más intensos, para corregir, para consolidar la nueva ley del cristianismo, para que fuese glorificado el nombre de Cristo. Las persecuciones que descargaban sobre la Iglesia, la violación de los domicilios de los fieles, las ejecuciones capitales de numerosos cristianos, las prisiones y tribulaciones de todo tipo, las persecuciones, las fatigas y vejaciones de los Apóstoles, expulsados de lugar en lugar: todo esto repercutía en Ella, que sufría por todos y de todos se cuidaba con la palabra y con las obras. Era Ella el modelo del bien y la mejor enseñanza en el lugar del Señor, su Hijo, y en vistas de Él. Era Ella la intercesora y abogada de todos los creyentes. Suplicaba a su Hijo que derramase sobre todos su misericordia y su ayuda.

Los Santos Apóstoles la habían escogido como guía y maestra. Le notificaban cualquier problema que se les presentase y de Ella recibían propuestas y consejos sobre lo que debían hacer, hasta el punto de que los que se encontraban próximos a Jerusalén iban a verla. De vez en cuando, se acercaban a Ella y le informaban de lo que habían hecho y de cómo habían predicado. Ellos después hacían todo según sus orientaciones. Después de haber marchado a países lejanos, procuraban volver cada año a Jerusalén por la Pascua, para celebrar con la Santa Madre de Dios la fiesta de la Resurrección de Cristo. Cada uno daba a conocer su predicación a los gentiles y las persecuciones que habían encontrado por parte de los judíos y de los paganos; luego, reconfortados con su oración y con su doctrina, regresaban a su apostolado. Así se comportaban todos de año en año —al menos que no se presentase algún grave impedimento—, excepto Tomás. Él no podía acudir, a causa de la enorme distancia y de la dificultad de venir desde la India. Todos los demás acudían cada año para visitar a la Santa Reina; después, fortificados con su oración, volvían a anunciar la buena nueva.

San Anastasio Sinaíta

Monje y sacerdote en el monasterio del Monte Sinaí, San Anastasio murió poco después del año 700. Es, por tanto, uno de los últimos escritores orientales a quienes se reconoce el título de Padre de la Iglesia.

Testigo y defensor de la fe, San Anastasio Sinaíta dejó con frecuencia su retiro para refutar las herejías, especialmente el monotelismo —muy desarrollado en Oriente por aquellos años—, que negaba la existencia de una voluntad humana en Jesucristo. Precisamente la mayor parte de su actividad literaria —poco estudiada aún— se concentró en esta polémica, a la que sólo pondría fin, en el año 681, el Concilio III de Constantinopla. Compuso, además, una pequeña historia de las herejías y de los sínodos eclesiásticos, un comentario al relato bíblico de la Creación, varias homilías y un volumen de preguntas y respuestas sobre cuestiones predominantemente morales.

Entre sus homilías más conocidas se encuentra el *Sermón sobre la Santa Sínaxis*, donde resume la doctrina sobre la Eucaristía y exhorta a los cristianos a comulgar dignamente.

Para comulgar dignamente

(Sermón sobre la Santa Sínaxis)

Grande es nuestra miseria, carísimos. Porque debiéramos tener el espíritu encendido, atento en la oración y en la súplica, principalmente en la celebración del misterio eucarístico, y estar llenos de temor y temblor en la

presencia del Señor mientras se celebra la Misa. Sin embargo, ni siquiera le ofrecemos el Sacrificio con pura conciencia, con espíritu contrito y humillado, sino que durante la Santa Sínaxis terminamos nuestros asuntos públicos y la administración de muchos y vanos negocios.

Hay gentes que no se preocupan en pensar con qué pureza y con qué dolor de sus pecados se han de acercar a la Sagrada Mesa, sino qué vestidos se han de poner. Otros vienen, pero no se dignan permanecer hasta el fin, sino que preguntan a los demás en qué punto va la Misa y si llega ya el tiempo de la Comunión; y entonces rápidamente, como los perros, saltan, arrebatan el místico pan y se marchan. Otros, presentes en el templo de Dios, no están quietos ni un momento, y se dedican a conversar prestando más atención a las habladurías que a la oración. Otros no se preocupan absolutamente nada de su conciencia, ni de limpiar las manchas de sus pecados por medio de la penitencia, y van acumulando pecados sobre pecados (...).

Pues dime: ¿con qué conciencia, con qué estado de alma, con qué pensamientos te acercas a estos misterios, si en tu corazón te está acusando tu misma conciencia? Contéstame: si tuvieras las manos manchadas de estiércol, ¿te atreverías a tocar con ellas las vestiduras del rey? Ni siquiera tus mismos vestidos tocarías con las manos sucias, antes bien, te las lavarías y enjugarías cuidadosamente, y entonces los tocarías. Pues, ¿por qué no das a Dios ese mismo honor que concedes a unos viles vestidos?

Entrar en la iglesia y honrar las imágenes sagradas y las veneradas cruces, no basta por sí solo para agradar a Dios, como tampoco lavarse las manos es suficiente para estar completamente limpio. Lo que verdaderamente es grato a Dios es que el hombre huya del pecado y limpie sus manchas por la confesión y la penitencia. Que rompa las cadenas de sus culpas con la humildad del corazón, y así se acerque a los inmaculados misterios.

Quizá diga alguno: no me es grato llorar y dolerme. ¿Por qué? Porque no meditas, porque no piensas, porque no ponderas el terrible día del juicio. Con todo, si no puedes llorar, al menos mantén un porte grave y respetuoso; echa lejos de ti el orgullo, ponte en la presencia del Señor y, con los ojos vueltos a la tierra y con espíritu contrito, reconócete pecador. ¿No ves cómo los que están en la presencia de un rey terreno, que muchas veces es un impío, se comportan ante él con reverencia?

Permanece, pues, ante Dios con paz y compunción; confiesa tus pecados a Dios por medio de los sacerdotes. Condena tus propias acciones y no te avergüences, *porque hay una vergüenza que conduce al pecado y una vergüenza que es honor y gracia* (*Sir* 4, 25). Condénate a ti mismo delante de los hombres, para que el juez te declare justo delante de los ángeles y delante de todo el mundo.

Pide misericordia, pide perdón, pide la remisión de tus culpas pasadas y verte libre de las futuras, para que puedas acercarte dignamente a tan grandes misterios, para participar con pura conciencia del cuerpo y sangre de Cristo, para que te sirvan de purificación y no de condenación. Oye a San Pablo, que dice: *pruébese a sí mismo el hombre, y así coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque quien lo come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación, no haciendo el discernimiento del cuerpo del Señor. Por eso hay entra vosotros muchos enfermos y achacosos y mueren bastantes* (1 *Cor* 11, 28 ss.). ¿Comprendes ahora cómo la enfermedad y la muerte provienen, con mucha frecuencia, de acercarse indignamente a los divinos misterios?

Pero, tal vez dirás: ¿pues quién es digno? También caigo yo en la cuenta de esto. Y, sin embargo, serás digno con tal de que quieras. Reconócete pecador; apártate del pecado, huye de la maldad y de la ira. Practica obras de penitencia. Revístete de templanza, de mansedumbre y de longanimidad. De los frutos de la justicia saca compasión y entrañas de misericordia para los necesitados, y entonces te habrás hecho digno.

San Andrés de Creta

Nacido en Damasco a mediados del siglo VII, abrazó la vida monástica en un convento de Jerusalén, por lo que también es llamado Andrés Jerosolimitano. Como legado del Patriarca de la Ciudad Santa, asistió al III Concilio de Constantinopla, que condenó la herejía del monotelismo (año 681). Más tarde, consagrado obispo de Creta, defendió la legitimidad del culto a las imágenes. Murió hacia el año 720.

San Andrés de Creta fue un excelente compositor de himnos sagrados, hasta el punto de que la Iglesia oriental ha incorporado algunos a su liturgia. Además se conservan veintidós homilías suyas. Las que se refieren a la Virgen gozan de particular importancia, pues constituyen un testimonio muy elocuente de la fe en la Inmaculada Concepción y en la Asunción corporal de María al Cielo.

Con toda la Tradición de la Iglesia, San Andrés expone que la Concepción de Nuestra Señora es el inicio de la renovación de la naturaleza humana, herida por el pecado original. La Virgen María, preservada por Dios de toda culpa, trae al mundo «las primicias de la nueva creación», siendo —como canta la liturgia— lirio que florece entre espinas y paraíso espiritual donde Jesucristo, el nuevo Adán, establece su morada.

Madre inmaculada

(Homilía 1 en la Natividad de la Santísima Madre de Dios)

Exulte hoy toda la creación y se estremezca de gozo la naturaleza. Alégrese el cielo en las alturas y las nubes esparzan la justicia. Destilen los

montes dulzura de miel y júbilo las colinas, porque el Señor ha tenido misericordia de su pueblo y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, es decir, en esta inmaculadísima y purísima Virgen, por quien llega la salud y la expectación de los pueblos.

Que las almas buenas y agradecidas entonen un cántico de alegría; que la naturaleza convoque a todas las criaturas para anunciarles la buena nueva de su renovación y el inicio de su reforma (...). Salten de alegría las madres, pues la que carecía de descendencia [Santa Ana] ha engendrado una Madre virgen e inmaculada. Alégrense las vírgenes, pues una tierra no sembrada por el hombre traerá como fruto a Aquél que procede del Padre sin separación, según un modo más admirable de cuanto puede decirse. Aplaudan las mujeres, pues si en otros tiempos una mujer fue ocasión imprudente del pecado, también ahora una mujer nos trae las primicias de la salvación; y la que antes fue rea, se manifiesta ahora aprobada por el juicio divino: Madre que no conoce varón, elegida por su Creador, restauradora del género humano.

Que todas las cosas creadas canten y dancen de alegría, y contribuyan adecuadamente a este día gozoso. Que hoy sea una y común la celebración del cielo y de la tierra, y que cuanto hay en este mundo y en el otro hagan fiesta de común acuerdo. Porque hoy ha sido creado y erigido el santuario purísimo del Creador de todas las cosas, y la criatura ha preparado a su Autor un hospedaje nuevo y apropiado.

Hoy la naturaleza, antiguamente desterrada del paraíso, recibe la divinidad y corre con paso alegre hacia la cima suprema de la gloria.

Hoy Adán ofrece María a Dios en nuestro nombre, como las primicias de nuestra naturaleza; y estas primicias, que no han sido puestas con el resto de la masa[1], son transformadas en pan para la reparación del género humano.

Hoy se pone de manifiesto la riqueza de la virginidad, y la Iglesia, como para las bodas, se embellece con la perla inviolada de la verdadera pureza.

Hoy la humanidad, en todo el resplandor de su nobleza inmaculada, recibe el don de su primera formación por las manos divinas y reencuentra su antigua belleza. Las vergüenzas del pecado habían oscurecido el esplendor y los encantos de la naturaleza humana; pero nace la Madre del Hermoso por excelencia, y esta naturaleza recobra en Ella sus antiguos privilegios y es modelada siguiendo un modelo perfecto y verdaderamente digno de Dios. Y esta formación es una perfecta restauración; y esta restauración una divinización; y ésta, una asimilación al estado primitivo (...).

---

[1] Clara alusión a que la Santísima Virgen estuvo inmune del pecado original, con el que en cambio nacen todos los demás seres humanos.

Hoy ha aparecido el brillo de la púrpura divina, y la miserable naturaleza humana se ha revestido de la dignidad real.

Hoy, según la profecía, ha florecido el cetro de David, la rama siempre verde de Aarón, que para nosotros ha producido Cristo, rama de la fuerza.

Hoy, de Judá y de David ha salido una joven virgen, llevando la marca del reino y del sacerdocio de Aquél que, según el orden de Melquisedec, recibió el sacerdocio de Aarón.

Hoy la gracia, purificando el efod místico del divino sacerdocio, ha tejido —a manera de símbolo— el vestido de la simiente levítica, y Dios ha teñido con púrpura real la sangre de David.

Por decirlo todo en una palabra: hoy comienza la reforma de nuestra naturaleza, y el mundo envejecido, sometido ahora a una transformación totalmente divina, recibe las primicias de la segunda creación.

San Germán de Constantinopla

Nació en Constantinopla o en sus inmediaciones, en una fecha incierta entre el año 634 y el 654. Hacia el 705 fue nombrado obispo de Cicico, metrópoli de la provincia eclesiástica del Helesponto. En el 715 fue nombrado Patriarca de Constantinopla, donde permaneció hasta el 729. Durante la crisis iconoclasta se opuso a la política de León III el Isáurico. El emperador intentó obligar a Germán a firmar un decreto contra el culto de las imágenes. Pero el anciano patriarca, repitiendo las razones que anteriormente había expuesto y su profesión de fe, se negó a obedecer las órdenes imperiales. Luego, despojándose de las insignias de su dignidad patriarcal, pronunció una frase que estaba destinada a gozar de fama imperecedera en la tradición oriental: «si yo soy Jonás, arrójame al mar; pero sin un concilio ecuménico, oh soberano mío, no me es posible establecer una nueva doctrina». Presionado fuertemente por el emperador renunció a su sede y se recluyó en Platanión, donde transcurrieron los últimos años de su vida. Murió en el año 733, siendo casi centenario.

El conocimiento actual de la producción literaria de San Germán permite afirmar que abarca casi todos los campos de la literatura religiosa: teológico, histórico, litúrgico, homilético y epistolar. Entre sus homilías destacan las siete que predicó con ocasión de las principales fiestas de la Santísima Virgen. Los sermones rebosan de la sublimidad y la grandeza del mundo divino. Sin embargo, a pesar de su perfección y de su extrema superioridad, el Cielo no se encuentra distante de la tierra: Dios, a través de María, se abaja hasta el hombre para atraerlo a sí. Por eso, se comprende bien que el punto central de la teología mariana de San Germán sea la Maternidad divina de la Santísima Virgen. En estrecha relación con él, aparecen las demás prerrogativas, entre las cuales las más importantes son la inmunidad de María frente al pecado original, su Asunción al Cielo y su misión de Medianera de la gracia.

Madre de la gracia

(Homilía sobre la zona de Santa María)[2]

Oh Tú, completamente casta, totalmente buena y misericordiosísima Señora, consuelo de los cristianos, el más seguro refugio de los pecadores, el más ardiente alivio de los afligidos: no nos dejes como huérfanos privados de tu socorro. ¿En quién nos ampararemos si somos abandonados lejos de ti? ¿Qué sería de nosotros, Santa Madre de Dios, que eres aliento y espíritu de los cristianos? Así como la respiración es señal cierta de que nuestro cuerpo posee la vida, así también tu santísimo nombre, incesantemente pronunciado por la boca de tus siervos en todo tiempo y lugar, es no sólo signo, sino causa de vida, de alegría y de auxilio para nosotros. Protégenos bajo las alas de tu bondad, auxílianos con tu intercesión, alcánzanos la vida eterna, Tú que eres la Esperanza de los cristianos, esperanza nunca frustrada. Nosotros somos pobres en las obras y en los modos divinos de actuar; pero, al contemplar las riquezas de benignidad que Tú nos muestras, podemos decir: *la misericordia del Señor llena toda la tierra* (*Sal* 32, 5).

Estando lejos de Dios por la muchedumbre de nuestros pecados, por medio de ti le hemos buscado; y, al encontrarle, hemos sido salvados. Poderoso es tu auxilio para alcanzar la salvación, oh Madre de Dios; tan grande que no hay necesidad de otro intercesor cerca del Señor. A ti acude ahora tu pueblo, tu herencia, tu grey, que se honra con el nombre de cristiano, porque conocemos y tenemos experiencia de que recurriendo insistentemente a ti en los peligros, recibimos abundante respuesta a nuestras peticiones. Tu munificencia, en efecto, no tiene límites; tu socorro es inagotable; no tienen número tus dones.

Nadie se salva, oh Santísima, si no es por medio de ti. Nadie sino por ti se libra del mal, oh Inmaculada. Nadie recibe los dones divinos, oh Purísima, si no es por tu mediación. A nadie sino por ti, oh Soberana, se le concede el don de la misericordia y de la gracia. Por eso, ¿quién no te predicará bienaventurada?, ¿quién no te ensalzará?, ¿quién no te engrandecerá con todas las fuerzas de su alma, aunque nunca sea capaz de hacerlo como te mereces? Te alaban todas las generaciones porque eres gloriosa y bienaventurada, porque has recibido de tu divino Hijo maravillas sin cuento y admirables.

¿Quién, después de tu Hijo, se interesa como Tú por el género humano? ¿Quién como Tú nos protege sin cesar en nuestras tribulaciones? ¿Quién nos libra con tanta presteza de las tentaciones que nos asaltan?

---

[2] Según la tradición, en la iglesia de Constantinopla donde San Germán pronunció esta homilía se veneraban algunas reliquias muy valiosas, como el cinturón («zona») de la Virgen.

¿Quién se esfuerza tanto como Tú en suplicar por los pecadores? ¿Quién toma su defensa para excusarlos en los casos desesperados?

En virtud de la cercanía y del poder que por tu maternidad has conseguido de tu Hijo, aunque seamos condenados por nuestros crímenes y no osemos ya mirar hacia las alturas del cielo, Tú nos salvas —con tus súplicas e intercesiones— de los suplicios eternos. Por esta razón, el afligido se refugia en ti, el que ha sufrido la injusticia acude a ti, el que está lleno de males invoca tu asistencia. Todo lo tuyo, Madre de Dios, es maravilloso, todo es más grande, todo sobrepasa nuestra razón y nuestro poder.

También tu protección está por encima de toda inteligencia. Con tu parto has reconciliado a quienes habían sido rechazados, has hecho hijos y herederos a quienes habían sido puestos en fuga y considerados como enemigos. Tú, diariamente, extendiendo tu mano auxiliadora, sacas de las olas a quienes han caído en el abismo de sus pecados. La sola invocación de tu nombre ahuyenta y rechaza al malvado enemigo de tus siervos, y guarda a éstos seguros e incólumes. Libras de toda necesidad y tentación a los que te invocan, previniéndoles a tiempo contra ellas.

Por esto acudimos diligentemente a tu templo. Cuando estamos en él, parece como si nos encontrásemos en el mismo Cielo. Cuando te alabamos, tenemos la impresión de estar cantando a coro con los ángeles. ¿Qué linaje de hombres, aparte de los cristianos, ha alcanzado tal gloria, tal defensa, tal patrocinio? ¿Quién no se llena inmediatamente de alegría, tras levantar confiadamente los ojos para venerar tu cinturón sagrado? ¿Quién se fue con las manos vacías, sin conseguir lo que imploraba, después de haberse arrodillado fervorosamente ante ti? ¿Quién, contemplando tu imagen, no se olvidó inmediatamente de sus penas? Es imposible expresar con palabras la alegría y el gozo de los que se reúnen en tu templo, donde quisiste que venerásemos tu cinturón precioso y las fajas de tu Hijo y Dios nuestro, cuya colocación en esta iglesia celebramos hoy.

¡Oh urna de la que bebemos el maná del refrigerio quienes experimentamos el ardor de los males! ¡Oh mesa que sacia con el pan de vida a los que estábamos a punto de desfallecer a causa del hambre! ¡Oh candelabro que con su fulgor ilumina con intensa luz a quienes yacíamos en las tinieblas! Dios te ensalza con honor sobresaliente y digno de ti, y sin embargo no rechazas nuestras alabanzas, indignas y de poca calidad, pero ofrecidas con nuestro fervor y nuestro cariño más grande.

No rehúses, oh alabadísima, los cantos de loor que salen de unos labios manchados, pero que se ofrecen con ánimo benevolente. No abomines de las palabras suplicantes pronunciadas por una indigna boca. Al contrario, ¡oh glorificada por Dios!, atendiendo al amor con que te lo decimos, concédenos el perdón de los pecados, los goces de la vida eterna y la liberación de toda culpa.

San Juan Damasceno

El último Padre de la Iglesia en Oriente nació en Damasco entre los años 650 y 674, en el seno de una familia acomodada. Su padre ocupaba un cargo importante en la Corte y él llegó a formar también parte de la administración del califato, en calidad de *Logoteta* o jefe de la población cristiana, que ya estaba bajo el dominio de los Califas. Hacia el año 726 dejó este puesto y se retiró al monasterio de San Sabas, cerca de Jerusalén.

Ordenado sacerdote, llevó a cabo una actividad literaria considerable, contestando a las preguntas de muchos obispos y predicando con frecuencia en Jerusalén. Hombre de vasta cultura, su apasionado amor por Jesucristo y su tierna devoción a Santa María le colocan entre los hombres ilustres de la Iglesia, tanto por su virtud como por su ciencia. Desde el punto de vista teológico, su importancia radica en que supo reunir y exponer lo esencial de la tradición patrística, sin carecer de fuerza creadora propia. Su actividad literaria ha dejado obras dogmáticas, polémicas, exegéticas, ascético-morales, homiléticas y poéticas. Su nombre está indisolublemente ligado a la defensa de la ortodoxia cristiana contra la herejía iconoclasta, que rechazaba el culto a las imágenes.

San Juan Damasceno transmitió a la Edad Media una admirable síntesis de las riquezas doctrinales de la Patrística griega. Es, con San Juan Crisóstomo, el Padre oriental más citado por los autores escolásticos, que lo consideraban una autoridad. Poco tiempo después de su muerte, ocurrida alrededor del año 750, ya estaba muy difundida su fama de santidad. Recibió del II Concilio de Nicea (año 787) los más cálidos elogios por su santidad y ortodoxia. El 19 de agosto de 1890 fue proclamado Doctor de la Iglesia por León XIII.

El jardín de la Sagrada Escritura

(Exposición de la fe ortodoxa, IV, 17)

Dice el Apóstol: *Muchas veces y de muchos modos habló Dios antes por medio de los profetas; mas en estos últimos días nos ha hablado por medio del Hijo* (*Heb* 1, 1-2). Por medio del Espíritu Santo hablaron la ley, los profetas, los evangelistas, los apóstoles, los pastores y maestros. Por eso, toda Escritura es inspirada por Dios y es también útil (cfr. 2 *Tim* 3, 16). Es, pues, cosa bella y saludable investigar las divinas Escrituras. *Como un árbol plantado junto a cursos de agua*, así el alma regada por la Sagrada Escritura crece y *lleva fruto a su tiempo* (*Sal* 1, 3); es decir, la fe recta; y está siempre adornada de verdes hojas, esto es, de obras agradables a Dios. Por las santas Escrituras, en efecto, somos conducidos a cumplir acciones virtuosas y a la pura contemplación. En ellas encontramos el estímulo para todas las virtudes y el rechazo de todos los vicios. Por eso, si aprendemos con amor, aprenderemos mucho; pues mediante la diligencia, el esfuerzo y la gracia de Dios que da todas las cosas, se obtiene todo: *el que pide, recibe; el que busca, halla; a quien llama, se le abrirá* (*Lc* 11, 10).

Exploremos, pues, este magnífico jardín de la Sagrada Escritura, un jardín que es oloroso, suave, lleno de flores, que alegra nuestros oídos con el canto de múltiples aves espirituales, llenas de Dios; que toca nuestro corazón y lo consuela cuando se halla triste, lo calma cuando se irrita, lo llena de eterna alegría; que eleva nuestro pensamiento sobre el dorso brillante y dorado de la divina paloma (cfr. *Sal* 67, 14), que con sus alas esplendorosas nos lleva hasta el Hijo Unigénito y heredero del dueño de la viña espiritual, y por medio de Él al *Padre de las luces* (*Sant* 1, 17). Pero no lo exploremos con desgana, sino con ardor y constancia; no nos cansemos de explorarlo. De este modo se nos abrirá.

Si leemos una vez y otra un pasaje, y no lo comprendemos, no nos debemos desanimar, sino que hemos de insistir, reflexionar, interrogar. Está escrito, en efecto: *interroga a tu padre y te lo anunciará, a tus ancianos y te lo dirán* (*Dt* 32, 7). La ciencia no es cosa de todos (cfr. 1 *Cor* 8, 7). Vayamos a la fuente de este jardín para tomar las aguas perennes y purísimas que brotan para la vida eterna (cfr. *Jn* 4, 14). Gozaremos y nos saciaremos, sin saciarnos, porque su gracia es inagotable. Si podemos tomar algo útil también de los de fuera [de los escritores profanos], nada nos lo prohíbe; pero comportémonos como expertos cambistas, que recogen el oro genuino y puro, mientras rechazan el oro falso. Acojamos sus buenas enseñanzas y arrojemos a los perros sus divinidades y sus mitos absurdos, pues de todo eso sacaremos más fuerzas para combatirlos.

La fuerza de la Cruz

(Exposición de la fe ortodoxa, IV, 11)

Todas la obras y milagros de Cristo son sobresalientes, divinos y admirables; pero lo más digno de admiración es su venerable cruz. Porque por ninguna otra causa se ha abolido la muerte, se ha extinguido el pecado del primer padre, se ha expoliado el Infierno, se nos ha entregado la resurrección, se nos ha concedido la fuerza de despreciar el mundo presente y la muerte misma, se ha enderezado nuestro regreso a la primitiva felicidad, se han abierto las puertas del Paraíso, se ha situado nuestra naturaleza junto a la diestra de Dios, y hemos sido hechos hijos y herederos suyos, no por ninguna otra causa —repito— más que por la cruz de nuestro Señor Jesucristo. La cruz ha garantizado todas estas cosas: *todos los que fuimos bautizados en Cristo*, dijo el Apóstol, *fuimos bautizados en su muerte* (*Rm* 6, 3). Todos los que fuimos bautizados en Cristo nos revestimos de Cristo (*Gal* 3, 27). *Cristo es la virtud y la sabiduría de Dios* (2 *Cor* 1, 24).

Por tanto, la muerte de Cristo, es decir, la cruz, nos ha revestido de la auténtica sabiduría y potencia divina. El poder de Dios es la palabra de la cruz, porque por ésta se nos ha manifestado la potencia de Dios, es decir, la victoria sobre la muerte; y del mismo modo que los cuatro extremos de la cruz se pliegan y se encierran en la parte central, así lo elevado y lo profundo, lo largo y lo ancho, esto es, toda criatura visible e invisible, es abarcada por el poder de Dios.

La cruz se nos ha dado como señal en la frente al igual que a Israel la circuncisión, pues por ella los fieles nos diferenciamos de los infieles y nos damos a conocer a los demás. Es el escudo, el arma y el trofeo contra el demonio. Es el sello para que no nos alcance el ángel exterminador, como dice la Escritura (cfr. *Ex* 9, 12). Es el instrumento para levantar a los que yacen, el apoyo de los que se mantienen en pie, el bastón de los débiles, la vara de los que son apacentados, la guía de los que se dan la vuelta hacia atrás, el punto final de los que avanzan, la salud del alma y del cuerpo, la que ahuyenta todos los males, la que acoge todos los bienes, la muerte del pecado, la planta de la resurrección, el árbol de la vida eterna.

Así, pues, ante este leño precioso y verdaderamente digno de veneración, en el que Cristo se ofreció como hostia por nosotros, debemos arrodillarnos para adorarlo, porque fue santificado por el contacto con el cuerpo y sangre santísimos del Señor. También hemos de obrar así con los clavos, la lanza los vestidos y los sagrados lugares donde el Señor ha estado: el pesebre, la cueva, el Gólgota que nos ha traído la salvación, el sepulcro que nos ha donado la vida, Sión, fortaleza de la Iglesia, y otros lu-

gares semejantes, según decía David, antepasado de Dios según la carne: *entraremos en sus mansiones, adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies* (*Sal* 131, 7).

Las palabras que se exponen a continuación demuestran que David se refiere a la cruz: *levántate, Señor, a tu descanso* (*Ibid.*, 8). La resurrección sigue a la cruz. Pues si entre las cosas queridas estimamos la casa, el lecho y el vestido, ¿cuánto más queridas serán para nosotros, entre las cosas de Dios y de nuestro Salvador, las que nos han procurado la salvación?

¡Adoremos la imagen de la preciosa y vivificante cruz, de cualquier materia que esté compuesta! Porque no veneramos el objeto material—¡no suceda esto nunca!—, sino lo que representa: el símbolo de Cristo. Él mismo, refiriéndose a la cruz, advirtió a sus discípulos: *entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo* (*Mt* 24, 30). Y, por eso, el ángel que anunciaba la Resurrección dijo a las mujeres: *buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado* (*Mc* 16, 6). Y el Apóstol: *nosotros anunciamos a Cristo crucificado* (2 *Cor* 2, 23). Hay muchos Cristos y muchos Jesús, pero uno solo es el crucificado. No dijo *atravesado por la lanza*, sino *crucificado*. Hay que adorar, por tanto, el símbolo de Cristo; donde se halle su señal, allí también se encontrará Él. Pero la materia con que esté construida la imagen de la cruz, aunque sea de oro o de piedras preciosas, no hay que adorarla después de que se destruya la figura. Adoramos todas las cosas consagradas a Dios para rendirle culto.

El árbol de la vida, el plantado por Dios en el Paraíso, prefiguró esta venerable cruz. Puesto que por el árbol apareció la muerte (*Gn* 2 y 3), convenía que por el árbol se nos diera la vida y la resurrección. Jacob, que fue el primero en adorar el extremo de la vara de José, designó la cruz, porque al bendecir a sus hijos con las manos asidas al bastón, delineó clarísimamente la señal de la cruz.

También la prefiguran la vara de Moisés, después de golpear el mar trazando la figura de la cruz, de salvar a Israel y de sumergir al Faraón; sus manos extendidas en forma de cruz y que pusieron en fuga a Amalec; el agua endulzada por el leño y la roca agrietada de la que fluía un manantial; la vara de Aarón, que sancionaba la dignidad de su jerarquía sacerdotal; la serpiente hecha, según la costumbre de los trofeos, sobre madera, como si estuviera muerta (aunque esta madera fue la que dio la salvación a los que con fe veían muerto al enemigo), como Cristo fue clavado con carne incapaz de pecado. El gran Moisés exclamó: *veréis vuestra vida colgada en el leño ante vuestros ojos* (*Dt* 28, 66). E Isaías: *todo el día extendí mis manos ante el pueblo que no cree y que me contradice* (*Is* 15, 2).

¡Ojalá los que adoramos la cruz participemos de Cristo crucificado!

El coro de los ángeles

(Exposición sobre la fe ortodoxa, II, 3)

El ángel es un ser inteligente, dotado de libre arbitrio, en continua actividad incorpórea al servicio de Dios; enriquecido con la inmortalidad gracias al don del Altísimo, aunque sólo el Creador sabe en qué consiste su sustancia y puede definirla (...).

El ángel es una naturaleza racional, inteligente, libre, sujeto a razonamiento y determinado en la voluntad, pues todo lo que ha sido creado debe estar sujeto a cambio: sólo lo increado está fuera de la esfera de la mutabilidad. También lo que es racional está dotado de libertad y, por eso, el ángel, al tener razón y ser inteligente, goza de libre arbitrio; es una natura leza creada y mutable, pues libremente puede adherirse al bien y progresar en él, o plegarse al mal (...). Tiene la inmortalidad, pero sólo por gracia y don divinos, no por naturaleza, pues todo lo que tiene principio ha de tener un fin. Sólo Dios existe desde siempre. Quien ha creado el tiempo y se encuentra por encima de él, no está sujeto al tiempo.

Los ángeles son luces espirituales que reciben su esplendor de esa primera Luz, que no tiene principio. No necesitan lengua, ni oídos, pues se comunican las experiencias e ideas sin auxilio de voz. Han sido creados por medio del Verbo y recibieron su perfección a través del Espíritu Santo, para que cada uno reciba, según su dignidad y orden, la gracia y la gloria.

Están circunscritos o limitados en el sentido de que, mientras se encuentran en el Cielo, no están en la tierra, o si son enviados por Dios al mundo, no permanecen en el Paraíso. Pero no están sujetos a un lugar fijado por muros, puertas, vallas o cerraduras; ni son reducidos a unos confines precisos.

Tampoco están vinculados a figura alguna; aparecen a los que Dios quiere pero no como son, sino en la forma adecuada a la vista de quienes los ven. Por otro lado, sólo lo que es increado rechaza por naturaleza cualquier límite; las criaturas, por el contrario, están limitadas por los términos fijados por el Creador. De otra parte, los ángeles reciben la santidad no de su propia naturaleza, sino de otra fuente, que es el Espíritu Santo. Gracias a la iluminación de Dios pueden predecir el futuro y no tienen necesidad de connubio porque son inmortales (...).

Los ángeles son poderosos y prontos a cumplir la voluntad de Dios; dotados de tal agilidad que se encuentran al instante allí donde Dios quiere. Cada uno tiene en custodia una parte de la tierra, preside a una nación o a un pueblo, según las disposiciones del Creador: dirigen nuestros asuntos y

nos ayudan en cuanto, por voluntad divina, están por encima del hombre y se encuentran siempre en torno a Dios (...).

Contemplan al Altísimo en el grado en que el Señor se lo permite a cada uno y de este manjar se alimentan. Superiores a nosotros porque son incorpóreos e inmunes a las pasiones corporales, aunque no de cualquier pasión, porque esto sólo compete a Dios. Se transforman en todo lo que la divinidad quiere, y, de este modo, se hacen visibles a los hombres, descubriéndoles los misterios divinos. Se encuentran en el Cielo y tienen la misión de alabar a Dios y cumplir su voluntad.

Madre de la gloria

(Homilía 2 en la dormición de la Virgen María, 2 y 14)

Hoy es introducida en las regiones sublimes y presentada en el templo celestial la única y santa Virgen, la que con tanto afán cultivó la virginidad, que llegó a poseerla en el mismo grado que el fuego más puro. Pues mientras todas las mujeres la pierden al dar a luz, Ella permaneció virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Hoy el arca viva y sagrada del Dios viviente, la que llevó en su seno a su propio Artífice, descansa en el templo del Señor, templo no edificado por manos humanas. Danza David, abuelo suyo y antepasado de Dios, y con él forman coro los ángeles, aplauden los Arcángeles, celebran las Virtudes, exultan los Principados, las Dominaciones se deleitan, se alegran las Potestades, hacen fiesta los Tronos, los Querubines cantan laudes y pregonan su gloria los Serafines. Y no un honor de poca monta, pues glorifican a la Madre de la gloria.

Hoy la sacratísima paloma, el alma sencilla e inocente consagrada al Espíritu Santo, salió volando del arca, es decir, del cuerpo que había engendrado a Dios y le había dado la vida, para hallar descanso a sus pies; y habiendo llegado al mundo inteligible, fijó su sede en la tierra de la suprema herencia, aquella tierra que no está sujeta a ninguna suciedad.

Hoy el Cielo da entrada al Paraíso espiritual del nuevo Adán, en el que se nos libra de la condena, es plantado el árbol de la vida y cubierta nuestra desnudez. Ya no estamos carentes de vestidos, ni privados del resplandor de la imagen divina, ni despojados de la copiosa gracia del Espíritu. Ya no nos lamentamos de la antigua desnudez, diciendo: *me han quitado mi túnica, ¿cómo podré ponérmela?* (*Cant* 5, 3). En el primer Paraíso estuvo

abierta la entrada a la serpiente, mientras que nosotros, por haber ambicionado la falsa divinidad que nos prometía, fuimos comparados con los jumentos (cfr. *Sal* 48, 13). Pero el mismo Hijo Unigénito de Dios, que es Dios consustancial al Padre, se hizo hombre tomando origen de esta tierra purísima que es la Virgen. De este modo, siendo yo un puro hombre, he recibido la divinidad; siendo mortal, fui revestido de inmortalidad y me despojé de la túnica de piel. Rechazando la corrupción me he revestido de incorrupción, gracias a la divinización que he recibido.

Hoy la Virgen inmaculada, que no ha conocido ninguna de las culpas terrenas, sino que se ha alimentado de los pensamientos celestiales, no ha vuelto a la tierra; como Ella era un cielo viviente, se encuentra en los tabernáculos celestiales. En efecto, ¿quién faltaría a la verdad llamándola cielo?; al menos se puede decir, comprendiendo bien lo que se quiere significar, que es superior a los cielos por sus incomparables privilegios. Pues quien fabricó y conserva los cielos, el Artífice de todas las cosas creadas —tanto de las terrenas como de las celestiales, caigan o no bajo nuestra mirada—, Aquél que en ningún lugar es contenido, se encarnó y se hizo niño en Ella sin obra de varón, y la transformó en hermosísimo tabernáculo de esa única divinidad que abarca todas las cosas, totalmente recogido en María sin sufrir pasión alguna, y permaneciendo al mismo tiempo totalmente fuera, pues no puede ser comprehendido.

Hoy la Virgen, el tesoro de la vida, el abismo de la gracia —no sé de qué modo expresarlo con mis labios audaces y temblorosos— nos es escondida por una muerte vivificante. Ella, que ha engendrado al destructor de la muerte, la ve acercarse sin temor, si es que está permitido llamar muerte a esta partida luminosa, llena de vida y santidad. Pues la que ha dado la verdadera Vida al mundo, ¿cómo puede someterse a la muerte? Pero Ella ha obedecido la ley impuesta por el Señor[3] y, como hija de Adán, sufre la sentencia pronunciada contra el padre. Su Hijo, que es la misma Vida, no la ha rehusado, y por tanto es justo que suceda lo mismo a la Madre del Dios vivo. Mas habiendo dicho Dios, refiriéndose al primer hombre: *no sea que extienda ahora su mano al árbol de la vida y, comiendo de él, viva para siempre* (*Gn* 3, 22), ¿cómo no habrá de vivir eternamente la que engendró al que es la Vida sempiterna e inacabable, aquella Vida que no tuvo inicio ni tendrá fin?

(...) Si el cuerpo santo e incorruptible que Dios, en Ella, había unido a su persona, ha resucitado del sepulcro al tercer día, es justo que también su Madre fuese tomada del sepulcro y se reuniera con su Hijo. Es justo que

---

[3] Es de fe la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al Cielo; sobre si Nuestra Señora sufrió o no la muerte corporal, el Magisterio de la Iglesia no se ha pronunciado.

así como Él había descendido hacia Ella, Ella fuera elevada a un tabernáculo más alto y más precioso, al mismo cielo.

Convenía que la que había dado asilo en su seno al Verbo de Dios, fuera colocada en las divinas moradas de su Hijo; y así como el Señor dijo que Él quería estar en compañía de los que pertenecían a su Padre, convenía que la Madre habitase en el palacio de su Hijo, en la morada del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Pues si allí está la habitación de todos los que viven en la alegría, ¿en donde habría de encontrarse quien es Causa de nuestra alegría?

Convenía que el cuerpo de la que había guardado una virginidad sin mancha en el alumbramiento, fuera también conservado poco después de la muerte.

Convenía que la que había llevado en su regazo al Creador hecho niño, habitase en los tabernáculos divinos.

Convenía que la Esposa elegido por el Padre, viviese en la morada del Cielo.

Convenía que la que contempló a su Hijo en la Cruz, y tuvo su corazón traspasado por el puñal del dolor que no la había herido en el parto, le contemplase, a Él mismo, sentado a la derecha del Padre.

Convenía, en fin, que la Madre de Dios poseyese todo lo que poseía el Hijo, y fuese honrada por todas las criaturas.

AUTORES Y OBRAS CITADOS

Bajo el nombre de cada autor se recogen las obras citadas en este libro, con indicación de la fuente. Las siglas utilizadas son:

PG	Migne, *Patrologia, series græca*, 161 vols., París 1875 ss.
PL	Migne, *Patrologia, series latina*, 217 vols., París 1848 ss.
PLS	*Patrologiæ Latinæ Supplementum*, Hamman, París.
CSCO	*Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium*, París-Lovaina 1903 ss.
CCL	*Corpus Christianorum, series latina*, Brepols, Turnhout (Bélgica).
SCh	*Sources Chrétiennes*, Le Cerf, París 1941 ss.
Funk	F.X. Funk, *Patres Apostolici*, 2 vols., Tubinga 1901.
Lamy	Lamy, *Sancti Ephræm Hymni et Sermones*, 2 vols., Malinas 1986.

Agustín de Hipona (S.): 224
Confesiones (PL 32, 659).
Soliloquios (PL 32, 869).
Las costumbres de la Iglesia Católica y las costumbres de los maniqueos (PL 32, 1310).
Comentario al Evangelio de San Juan (PL 35, 1379).
Sobre la Trinidad (PL 42, 819).
Sermón 72 A (PL 46, 932).
Sermón 80 (PL 38, 493).
Sermón 88 (PL 38, 359).
Sermón 132 (PL 38, 734).
Sermón 340 A (PLS 2, 637).
Sermón 350 (PL 39, 1533).

Ambrosio de Milán (S.): 182.
Los sacramentos (PL 14, 417).
Exposición sobre el Salmo 118 (PL 15, 1193).

Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (PL 15, 1527).
Los deberes de los ministros (PL 16, 23).

Anastasio Sinaíta (S.): 350.
Sermón sobre la Santa Sínaxis (PG 89, 826).

Andrés de Creta (S.): 353.
Homilía 1 en la Natividad de la Santísima Madre de Dios (PG 97, 805).

Atanasio de Alejandría (S.): 131.
Carta 1 a Serapión (PG 26, 529).
La Encarnación del Verbo (PG 25, 95).

Basilio el Grande (S.): 152.
El Espíritu Santo (PG 32, 67).
Epístola 2 (PG 32, 223).
Reglas más amplias (PG 31, 906).

Cesáreo de Arles (S.): 296.
Sermón 25 (CCL 103, 111).
Sermón 229 (CCL 104, 905).

Cipriano de Cartago (S.): 111.
A Donato (CCL 3 A, 3).
Sobre la peste (CCL 3 A, 17).
El bien de la paciencia (CCL 3 A, 118).
Sobre la unidad de la Iglesia Católica (CCL 3 B, 249).

Cirilo de Alejandría (S.): 250.
Comentario al Evangelio de San Juan (PG 73, 20).
Homilía pronunciada en el Concilio de Éfeso (PG 77, 991).
Encomio a la Santa Madre de Dios (PG 77, 1030).

Cirilo de Jerusalén (S.): 161.
Catequesis IV (PG 33, 454).
Catequesis XVI (PG 33, 918).
Catequesis mistagógica 3 (PG 33, 1087).

Clemente Romano (S.): 23.
Epístola a los Corintios (Funk 1, 61).

Clemente de Alejandría: 84.
¿Quién es el rico que se salva? (PG 9, 603).

Cromacio de Aquileya (S.): 196.
Sermón 41, sobre las ocho bienaventuranzas (CCL IX A, 175).

Didaché o **Doctrina de los Doce Apóstoles**: 21.
Didaché o Enseñanza de los Doce Apóstoles, cap. IX y X (Funk 1, 2).

Discurso a Diogneto: 65.
Discurso a Diogneto (Funk 1, 397).

Efrén de Siria (S.): 145.
Himno a la Virgen María (Lamy II, 520-524).
Himno por el Nacimiento de Cristo (Lamy I, 117-127).
Carmen 18, 1 (CSCO 187, 178-185).
Himno, 18, 1-23 (Tr. italiana en «I Padri vivi. Commenti patristici al Vangelo domenicale, solennità e feste», Città Nuova, Roma 1982, pp. 280-282).

Epístola de Bernabé: 34.
Epístola de Bernabé (PG 2, 728).

Fulgencio de Ruspe (S.): 293.
Sobre la fe, a Pedro (CCL 91 A, 711).

Germán de Constantinopla (S.): 356.
Homilía sobre la zona de Santa María (PG 98, 374).

Gregorio Magno (S.): 301.
Homilías sobre los Evangelios (PL 76, 1075).
Regla pastoral (PL 77, 13).

Gregorio Nacianceno (S.): 169.
Poemas dogmáticos (PG 37, 397).
Discurso 14 sobre el amor a los pobres (PG 35, 851).
Discurso 29 (PG 36, 74).

Gregorio de Nisa (S.): 177.
La creación del hombre (PG 44, 125).
Epístola a Armonium (PG 46, 238).

Hilario de Poitiers (S.): 137.
Comentario al Evangelio de San Mateo (PL 9, 915).

Himno Akathistos: 328.
Himno Akathistos (*Horologion* 887, Roma 1937).

Hipólito de Roma (S.): 97.
Refutación de todas las herejías (PG 16, 3452).
Tradición apostólica (SCh 11).

Homilía anónima sobre la Santa Pascua: 75.
La Santa Pascua (SCh 27).

Ignacio de Antioquía (S.): 28.
Carta a los Romanos (Funk 1, 213).
Carta a Policarpo (Funk 1, 247).
Carta a los Efesios (Funk 2, 183).

Ildefonso de Toledo (S.): 314.
Libro de la perpetua virginidad de Santa María (PL 96, 51).

Ireneo de Lyon (S.): 76.
Contra los herejes (PG 7, 438).
Demostración de la predicación apostólica (SCh 62).

Isidoro de Sevilla (S.): 309.
Libros de las Sentencias (PL 33, 437).

Jerónimo (S.): 220.
Comentario al profeta Isaías (PL 24, 17).
Epístola 52, al presbítero Nepociano (PL 22, 527).

Juan Clímaco (S.): 344.
La escala del Paraíso (PL 88, 633 B).

Juan Crisóstomo (S.): 202.
Homilías al pueblo de Antioquía (PG 49, 16).
Homilías sobre el Génesis (PG 53, 23).
Catequesis sobre el Bautismo VIII (SCh 50 bis).
Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (PG 57 y 58).
Exhortación a Teodoro caído (PG 47, 278).
Sobre el sacerdocio (PG 48, 624).

Juan Damasceno (S.): 359.
Exposición sobre la fe ortodoxa (PG 94, 789).
Homilía 2 en la dormición de la Virgen María (PG 96, 729).

Juan Mandakuni: 324.
Discurso sobre la devoción y respeto al recibir el Santo Sacramento (Editado por S. Weber, «Ausgewähle Schriften der armenischen Kirchväter», vol. 2: *BKV* [1927] 223-234).

Justino (S.): 57.
Apología I (PG 6, 328).
Diálogo con Trifón (PG 6, 471).

Lactancio: 121.
Instituciones divinas (PL 6, 111).

León Magno (S.): 265.
Homilía 1 sobre la Natividad del Señor (CCL 138, 85).
Homilía 2 sobre la Navidad del Señor (CCL 138, 90).
Homilía 7 en la Epifanía del Señor (CCL 138, 200).
Homilía 1 en la Cuaresma (CCL 138 A, 211).
Homilía 12 sobre el ayuno (CCL 138, 48).

Máximo de Turín (S.): 285.
Sermones 72 y 73 (CCL 23, 301 y 305).
Sermón 54 (CCL 23, 218).

Máximo el Confesor (S.): 347.
Vida de María (CSCO 479, «Scriptores Iberici», t. 21; tr. francesa de M.—J. van Esbroeck).

Martirio de Policarpo: 50.
Carta de la Iglesia de Esmirna a la de Filomelium (PG 5, 1030).

Melitón de Sardes: 71.
Homilía sobre la Pascua (SCh 123).

Orígenes: 101.
Tratado sobre la oración (PG 11, 415).
Homilías sobre el Génesis (PG 12, 46).
Homilías sobre el Evangelio de San Lucas (PG 13, 1802).

Paciano de Barcelona (S.): 192.
Sermón sobre el Bautismo (PL 13, 1089).

Pastor de Hermas: 37.
Pastor de Hermas (PG 2, 892).

Pedro Crisólogo (S.): 257.
Sermón 34 (CCL 24, 193).
Sermón 67 (CCL 24 A, 402).
Sermón 108 (CCL 24 A, 668).

Policarpo de Esmirna (S.): 47.
Epístola a los Filipenses (Funk 1, 267).

Romano el Cantor (S.): 336.
Himno sobre las bodas de Caná (P. Maas-C.A. Trypanis, «Sancti Romani Melodis Cantica», Oxford 1963; tr. italiana de Georges Ghaid, Ed. Paoline, Roma 1981).
Cántico de la Virgen al pie de la Cruz (*ibid.*).

Salviano de Marsella: 290.
Sobre el gobierno divino (PL 53, 25).

Santiago de Sarug (S.): 333.
Homilía sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios (Tr italiana en «Testi mariani del primo Millennio», vol. 4, Città Nuova Editrice, Roma 1991).

Secunda Clementis: 44.
Secunda Clementis (Funk 1, 145).

Sofronio de Jerusalén (S.): 342.
Discurso 2 en la Anunciación de la Madre de Dios (PG 87 ter, 3218).

Teófilo de Antioquía (S.): 68.
Libros a Autólico (PG 6, 1024).

Teodoto de Ancira: 321.
Homilía 1 en la Navidad del Señor (PG 77, 1350).

Tertuliano: 89.
Apologético (PL 1, 257).
Sobre la oración (PL 1, 1145).
Sobre la penitencia (PL 1, 1223).
A la mujer (PL 1, 1274).

Vicente de Lerins (S.): 279.
Commonitorio (CCL 64, 148).

Zenón de Verona (S.):. 141.
Tratado sobre la fe, la esperanza y la caridad (CCL 22, 92).

CRONOLOGÍA

En la columna de la derecha se reseñan los principales acontecimientos de la historia general de la Iglesia, desde la Pascua hasta el año 800. En la columna de la izquierda se anotan los nombres de los principales Padres y escritores eclesiásticos. En cursiva van los nombres de algunos Padres y escritores de los que no se recogen textos en este libro.

	30?	Muerte y Resurrección de Jesucristo. Pentecostés.
	35-36	Lapidación de San Esteban. Conversión de San Pablo.
	36-38	Comienzos de la Iglesia en Antioquía de Siria, donde los discípulos comenzaron a llamarse «cristianos».
	42	Persecución de Herodes Agripa. Martirio de Santiago.
	45-48	Primer viaje apostólico de San Pablo.
	49-50	Concilio de los Apóstoles en Jerusalén.
	64	Persecución de Nerón. Martirio de San Pedro y San Pablo en Roma (año 67?).
Didaché (70) *Papías* (+100?)	70	Destrucción de Jerusalén por el ejército romano.
	95?	Persecución de Domiciano. Destierro de San Juan a la isla de Patmos, donde escribe el Apocalipsis, último libro de la Sagrada Escritura.
S. Clemente Romano (+ 99-101)	100?	Muerte de San Juan en Éfeso.
S. Ignacio de Antioquía (+ 106-107)	112	Persecución de Trajano.

Apología de Cuadrato (hacia el 124)	130-180	Difusión de la herejía gnóstica.
Epístola de Bernabé (70-130)	130	Segunda y definitiva destrucción de Jerusalén por obra del emperador Adriano.
Pastor de Hermas (141-155)		
Secunda Clementis (hacia 150)		
S. Policarpo de Esmirna (+ 155)		
S. Justino (100?-165)		
Taciano (hacia 170)	172	Comienza a difundirse el rigorismo por obra de Montano (montanismo).
Minucio Félix (177?)	177	Persecución de Marco Aurelio. Probable fecha de composición del «Octavius» de Minucio Félix, primera obra cristiana escrita en latín.
Apología de Atenágoras (hacia el 178)	180	Comienzo de la actividad de Panteno al frente de la Escuela catequética de Alejandría.
Discurso a Diogneto (hacia 180)		
S. Teófilo de Antioquía (+ 180?)		
Melitón de Sardes (segunda mitad del s. II)		
La Santa Pascua (segunda mitad del s. II)	196	Controversia sobre la fecha de la Pascua entre Oriente y Occidente.
S. Ireneo de Lyon (140-202)		San Ireneo media para conservar la paz en la Iglesia.
Clemente de Alejandría (150?-215)	200	Composición del llamado *Canon Muratoriano*, que contiene la más antigua lista de libros canónicos del Nuevo Testamento.
Tertuliano (155-225)		
S. Hipólito (+ 235)	202	Persecución de Septimio Severo.
	207	Tertuliano se pasa al montanismo.
	216	Nacimiento de Manes, fundador del maniqueísmo.
	222	Excomunión de Sabelio, que negaba la Santísima Trinidad (herejía modalista).
Orígenes (185-253)	232?	Fundación de la Escuela de Cesarea por Orígenes.
	233-38	San Gregorio el Taumaturgo frecuenta las lecciones de Orígenes en Cesarea.
S. Gregorio el Taumaturgo (213-270)	235	Persecución de Maximino el Tracio.
	250	Persecución de Decio y discusiones en torno a la readmisión en la Iglesia de los *lapsi*, que habían apostatado durante la persecución. Cismas de Novaciano y Felicísimo.
S. Dionisio de Alejandría (200-264)	258	Persecución de Valeriano.
S. Cipriano (205-258)	260	Probable comienzo de la Escuela de Antioquía por obra de Luciano de Samosata.
	268	Excomunión de Pablo de Samosata, que negaba la Santísima Trinidad (herejía subordinacionista).
	275	Persecución de Aureliano.

	280?	Conversión de Armenia por obra de San Gregorio el Iluminador.
	303	Persecución de Diocleciano.
Lactancio (250-317?)	311	Comienzos de la controversia donatista en el norte de África.
	312	Victoria de Constantino sobre Magencio en el Puente Milvio.
	313	Edicto de Milán por el que se da libertad a la Iglesia.
S. Atanasio (295-373)	315	Arrio de Alejandría comienza a difundir sus errores.
	325	Concilio I de Nicea. Condena de la herejía arriana.
	330	Constantino traslada la capital del Imperio a Bizancio.
	336	Luchas semiarrianas. Destierro de San Atanasio.
	324	Redacción definitiva de la primera «Historia Eclesiástica», de Eusebio de Cesarea.
Eusebio de Cesarea (+339)		
	350?	Evangelización de Etiopía por obra de los santos Frumencio y Edesio.
	356	Muerte de San Antonio, iniciador de la vida monástica en Oriente.
S. Hilario (315-367)	361-363	El emperador Juliano el Apóstata intenta restablecer el paganismo.
S. Zenón de Verona (+ 371?)		
S. Efrén de Siria (306?-373)	375	Comienzo de las transmigraciones de los pueblos germánicos.
S. Basilio el Grande (330-379)	380	El emperador Teodosio declara el Cristianismo religión del Imperio Romano.
Dídimo el Ciego (313-398)	381	Concilio I de Constantinopla. Condenación del semiarrianismo.
S. Cirilo de Jerusalén (313-387)	383	Conversión de los visigodos al arrianismo por obra del obispo Ulfila.
S. Gregorio Nacianceno (330-390)		
	385	Ejecución del hereje Prisciliano.
S. Gregorio de Nisa (335-394)	387	Conversión de San Agustín.
S. Ambrosio (333?-397)	390	Muerte de Apolinar de Laodicea, precursor de la herejía nestoriana.
S. Paciano de Barcelona (finales del s. IV)	390ss	San Jerónimo termina la traducción de la Sagrada Escritura al latín (Vulgata).
S. Epifanio de Salamina (315-403)		
Prudencio (en torno al 405)		
S. Cromacio de Aquileya (+407)	397	Muerte de San Martín de Tours, difusor del monaquismo en Occidente.
	405	Comienzan las invasiones de los pueblos germánicos.
S. Juan Crisóstomo (344-407)	410	Saqueo de Roma por Alarico.
Rufino de Aquileia (+413)	409ss	Invasiones bárbaras en España.
S. Jerónimo (347-420)	416	Concilios de Milevi y Cartago, en el norte de África, contra la herejía de Pelagio.
Paladio (+425)		

Teodoro de Mopsuestia (350-428)

S. Agustín (354-430)
S. Paulino de Nola (353-431)
Juan Casiano (360-435)
Rábulas de Edesa (+435)
S. Mesrop armeno (+441)

S. Cirilo de Alejandría (+ 444)
Teodoto de Ancira (+ 446)
S. Isidoro de Pelusio (+449)
S. Pedro Crisólogo (+ 458?)
S. León Magno (+461)

Diádoco de Fotica (400-474)
S. Vicente de Lerins (+ 450)
S. Máximo de Turín (+ 423-465)

Salviano de Marsella (segunda mitad s. V)
S. Próspero de Aquitania (+463)
Juan Mandakuni (+ 490)
Himno Akathistos (finales del s. V)

Santiago de Sarug (451-521)

Boecio (470-525)
S. Fulgencio de Ruspe (467-533)

Pseudo-Dionisio Areopagita (480-530)
Leoncio de Bizancio (+542)

S. Cesáreo de Arles (470-543)

S. Romano el Cantor (491-560?)
Casiodoro (477-570)
S. Martín de Braga (+580)
S. Gregorio de Tours (+594)
S. Gregorio Magno (540-604)

S. Isidoro de Sevilla (560?-636)
S. Sofronio de Jerusalén (+ 638)
S. Juan Clímaco (579-649)

430 Persecuciones de los vándalos contra los cristianos en el norte de África.
431 Concilio de Éfeso. Condenación del nestorianismo.
432 San Patricio comienza la evangelización de Irlanda.
440-443 Sócrates escribe su «Historia Eclesiástica»
444 Sozomeno escribe su «Historia Eclesiástica»
451 Concilio de Calcedonia. Condenación del monofisismo.
452 El Papa San León detiene al rey huno Atila a las puertas de Roma.
455 Saqueo de Roma por Genserico.

476 Caída del Imperio Romano de Occidente.
493 Los ostrogodos conquistan Italia.
496 Bautismo de Clodoveo y conversión de los francos.
526 Introducción de la Era Cristiana en el cómputo del tiempo, gracias a Dionisio el Exiguo.
527 Comienzos del reinado de Justiniano en el Imperio bizantino.
529 Justiniano cierra la Escuela filosófica de Atenas, último reducto del paganismo.
San Benito funda el monasterio de Montecasino. Reforma del monacato en Occidente.
Concilio II de Orange. Condenación del semipelagianismo.
551 Conversión de los suevos por obra de San Martín de Braga.
553 Concilio II de Constantinopla.
568 Invasión de Italia por los longobardos.
586 Conversión de Recaredo y los visigodos.
590 Comienzos de la actividad evangelizadora de San Columbano y un grupo de monjes irlandeses en el continente europeo.
596 San Agustín de Canterbury comienza la evangelización de los anglosajones.
622 La *hégira* (huida) de Mahoma, de

S. Máximo el Confesor (580-662)

S. Ildefonso de Toledo (+ 667)

S. Anastasio Sinaíta (+ 700)

S. Andrés de Creta (660-720)

S. Germán de Constantinopla (635-733)
S. Juan Damasceno (675-749)

	La Meca a Medina. Comienzos del Islam.
680-681	Concilio III de Constantinopla. Condenación del monotelismo.
692	Sínodo Trullano II. Disposiciones disciplinares que distancian de Roma a la Iglesia bizantina.
711	Invasión de España por los árabes.
726	Comienzos de la herejía iconoclasta en Oriente.
752	Pipino el Breve, rey de los francos.
716	San Bonifacio comienza la evangelización de los pueblos germanos.
787	Concilio II de Nicea. Condenación de la herejía iconoclasta.
800	Coronación de Carlomagno como emperador. Restauración del Imperio Romano de Occidente.

ÍNDICE TEMÁTICO

Aborto: El aborto está en oposición al camino del cristiano: 35. Ya era rechazado por los primeros cristianos: 66.

Acciones de gracias: Tenemos el deber de dar gracias a Dios en todo momento: 286-288. Hay que reconocer los dones que nos ha dado Dios y corresponderle con amor: 175-176.

Alma humana: Dignidad del alma humana: 164-165. Está hecha a imagen de Dios, es libre e inmortal: 164. Se mancha con el pecado y se purifica con la penitencia: 165.

Alma sacerdotal: Todos los cristianos son sacerdotes en unión con Cristo y han de ofrecer el sacrificio espiritual de la propia vida: 261-262.

Amistad: Naturaleza y frutos de la amistad: 188-191. La verdadera y sólida amistad está muy relacionada con la fidelidad a Dios: 190.

Ángeles: Naturaleza de los ángeles: 363-364. Su existencia está atestiguada en la Sagrada Escritura: 302. Son ministros que cumplen las órdenes de Dios: 363-364. Significado del nombre: 302. Significado de los nombres Miguel, Gabriel y Rafael: 303. Reciben la santidad de Dios: 363. Los nueve coros angélicos: 303-304. Son como los operarios de Dios en la edificación de la Iglesia: 39-40. Asisten al cristiano en la oración: 110. Existen ángeles buenos y ángeles malos, que se distinguen por sus operaciones en el corazón del hombre: 42-43. El ángel custodio: 42-43.

Apostolado: Responsabilidad de llevar la luz de Cristo a otras almas: 211. Celo por la salvación de las almas: 216-217. El deber de hacer apostolado forma parte del camino cristiano: 36. El apóstol es sal de la tierra: 209-211. El apóstol, como la sal, ha de escocer a los que están corrompidos: 211. El apóstol ha de ser luz del mundo: 211-212. Está enviado a toda la humanidad, porque todo el mundo necesita la salvación de Cristo: 209-210. Llevar la paz a las almas es propio de los hijos de Dios: 199-200. Hay que rezar para que Dios mande operarios a su mies: 138. Principales virtudes requeridas en el apostolado: 210-211. Desprendimiento de los medios hu-

manos al hacer apostolado: 139-140. Hay que realizarlo sin esperar recompensa humana: 139. La Virgen animaba a los Apóstoles en sus fatigas: 348-349.

Autoridad: Hay que respetarla siempre que no vaya en detrimento de la propia conciencia: 52.

Bautismo: Es regeneración espiritual: 155. Comunica la vida divina: 298. Nos incorpora a la Muerte y Resurrección de Cristo: 155-156. Limpia el pecado y da la vida de Cristo: 155-156. Sello de la vida eterna: 83. Efectos: paso del hombre viejo al hombre nuevo, del vicio a la virtud: 112-113.

Bienaventuranzas: Las bienaventuranzas del Evangelio: 197-201.

Bienes: Hay bienes temporales y bienes eternos: 236-237.

Caridad: Características de la caridad: 143-144. Ejemplos de caridad en la Sagrada Escritura: 229-230. Es la virtud principal: 143. Informa toda la vida cristiana: 144. Encierra en sí grandes tesoros: 230. Es el resumen de todos los preceptos divinos: 229-230. Ha de ir unida a la paciencia para dar frutos: 116-117. Exigencias concretas de la caridad con el prójimo, que el Señor pide a sus discípulos: 291-292. Hacer a los demás lo que queremos que nos hagan a nosotros: 291-292. Las obras de misericordia son las preferidas de Dios: 174-175. *Vid. Misericordia, Limosna.*

Castidad: Pureza de cuerpo y de alma: 82-83. Virtud muy amada por los primeros cristianos: 62. Es algo muy interior, no sólo exterior: 62. La pureza de corazón hace al hombre bienaventurado: 199. Consejos a los casados y a los solteros en torno a esta virtud: 33. Han de vivirla todos los cristianos, cada uno según su estado: 165-166, 241-243. Dios concede en el cielo distinto premio a la castidad, según el estado de cada uno: 243.

Conciencia: Enseña lo que es bueno y lo que es malo: 203-205. Respetar la autoridad civil siempre que no vaya en detrimento de la propia conciencia: 52.

Confesión sacramental: Imágenes evangélicas del perdón de Dios en la Confesión: 91-92. Hay que reconocer los pecados con humildad, como la hemorroísa que se acercó a Cristo y tocó su manto para recibir la salud: 263. Necesidad de confesar los pecados mortales cometidos después del Bautismo: 91-93. No hay que diferirla de un día para otro: 92-93. Falsas excusas para no acudir a la Confesión: 92-93. Rito del sacramento de la Penitencia en la Iglesia antigua: 92-93. Participación de la Iglesia, en la antigüedad, en la reconciliación de los penitentes: 93. La penitencia forma parte de los actos del penitente: 92. Necesaria para comulgar dignamente: 351-352.

Confirmación: Configura al cristiano con Cristo y lo sella con el Espíritu Santo: 165-168. Significado de las ceremonias de la Confirmación: 167.

Contrición: Es necesaria para obtener el perdón de los pecados: 92. Son bienaventurados los que lloran sus propios pecados: 198-199.

Conversión: Exigencias concretas por haber abrazado la fe cristiana: 61. Ante las caídas, convertirse y recomenzar: 213-214. Dios devuelve al que se convierte todo el tesoro que había derrochado pecando: 188. La conversión del pecador llena de alegría a los ángeles del cielo: 188. Siempre hay posibilidad de conversión en esta vida, aun de los pecados más graves: 88. Sólo hay lugar para la conversión mientras dura la vida: 41, 46. Ejemplo de conversión de los habitantes de Nínive al escuchar la predicación de Jonás: 214.

Corrección fraterna: Es buena y beneficiosa: 27. Hay que corregir al amigo que yerra: 189. Hay que hacerla con cariño: 190. Corregir con paciencia, como hace Dios con nosotros: 217.

Cosas pequeñas: La fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones pequeñas agrada a Dios: 290-291.

Creación: Todo ha sido creado por Dios de la nada: 134. El orden de la creación testimonia que todas las cosas proceden de una Inteligencia suprema, que es Dios: 133. La creación es fruto del amor de Dios: 134. Errores de los filósofos griegos sobre la creación: 133-134. Las criaturas hablan a gritos de la existencia de Dios: 226-227. Beneficios de la creación por los que hemos de dar gracias a Dios: 175-176. Creación del primer hombre: 178-180. El hombre ha sido creado a imagen de Dios: 266. El hombre no fue creado ni inmortal ni mortal, sino capaz de una y otra cosa, según obedeciese o no al mandato divino: 70.

Cruz: Distingue a los fieles de los infieles: 361. Es digna de adoración: 361-362. Es el soporte del mundo, plantada entre el cielo y la tierra: 76. Figuras de la Cruz en el Antiguo Testamento: 362. Paralelismo entre el árbol del Paraíso y el árbol de la Cruz: 76. *Vid. Jesucristo (Pasión y Muerte).*

Cuaresma: La Cuaresma es tiempo de luchar especialmente por la santidad: 274-276.

Demonio: Fue castigado por haber incitado al hombre a pecar: 208. Se le ocultó el nacimiento virginal de Cristo: 271. Combate a los cristianos por medio de las tentaciones: 186. Lucha contra los cristianos para que no sean santos: 274-275. Operaciones del demonio en el corazón del hombre: 43. Ha sido derrotado por Cristo durante su vida y, de modo especial, con su muerte en la Cruz: 194-195. Huye de los fieles que se acercan a comulgar bien dispuestos: 208-209.

Desprendimiento: El apego a las riquezas es obstáculo para formar parte de la Iglesia: 41. Hay que desprenderse de todas las pasiones desordenadas: 85. *Vid. Pobreza.*

Dios: Es total plenitud y suma vida, y en Él se encuentran todos los bienes: 231. Está por encima de las criaturas: 226-227. Habita en el interior del hombre en cuanto que es Creador suyo: 227-228. Puede ser conocido por medio de las criaturas: 226-227. Realiza tanto las obras extraordinarias como las ordinarias: 240-241. *Vid. Trinidad Santísima.*

Doctrina: Forma un depósito confiado por Cristo a la Iglesia, que hay que mantener íntegro: 280. Es una y la misma en todo el mundo: 79-80. Símbolo de fe en la Iglesia: 79. Se rejuvenece constantemente por obra del Espíritu Santo: 80. Desarrollo homogéneo del dogma: *eodem sensu eademque sententia:* 281-282. En qué sentido cabe un progreso en la doctrina de fe: 281. Importancia de hacerla llegar a todos los hombres: 61. Los herejes siembran mala doctrina: no escucharlos: 31. *Vid. Fe.*

Educación: La educación de los hijos es uno de los principales deberes de los padres cristianos: 218-219. El amor al dinero hace que muchos padres descuiden la educación cristiana de sus hijos: 218-219.

Enfermedad: Consejos a los enfermos: 307-308.

Escritura Sagrada: Ignorar la Sagrada Escritura es ignorar a Cristo: 221. Es la vía maestra para descubrir el camino que conduce a Dios: 158. Es como un jardín lleno de flores que hay explorar con amor: 360. Conviene leerla con frecuencia, en cualquier situación en que uno se encuentre: 206-207. Excusas para descuidar la lectura de la Sagrada Escritura: 206-207. Disposiciones para leer con fruto la Sagrada Escritura: 206. Ha de leerse con fe en la Palabra de Dios: 254-256. Ventajas de la lectura asidua de la Sagrada Escritura: 310-311. La lectura de la Sagrada Escritura impulsa a cumplir acciones virtuosas y a la contemplación: 360. Ejemplos de virtudes cristianas en las historias que nos narra la Sagrada Escritura: 158. Los here-

jes corrompen las Sagradas Escrituras: 284. Reglas para interpretar rectamente la Sagrada Escritura: 284.

Esperanza: Tiene como objetivo la vida eterna: 142. Su importancia en la vida cristiana: 142. No hay que desesperar jamás de las enfermedades del alma, sino convertirse y recomenzar una y otra vez: 213-214.

Espíritu Santo: Es Dios con el Padre y con el Hijo: 162. No se le puede separar del Padre y del hijo: 170. Nombres que recibe el Espíritu Santo: 153. Está por encima de las criaturas por ser Dios: 153. Es como un rocío de Dios que da vida a todo: 81-82. Se le llama «agua viva» porque de Él procede toda vida: 162-163. Es defensor y protector contra el demonio: 163. A Él se debe el «endiosamiento» o divinización del hombre: 154. Es Dador de la vida natural y de la vida sobrenatural: 153. Es Paráclito (Abogado) que nos defiende con tras las acusaciones del demonio: 82. Fue prometido por los profetas y otorgado por Cristo: 81. Lo concede el Padre a los hombres por medio del Verbo encarnado: 251-252. Garantiza la fidelidad de la Iglesia a la fe: 80. El doble envío del Espíritu (el día de la Resurrección y en Pentecostés) significa el doble precepto de la caridad: 305. Para recibirlo, hay que apartarse del pecado: 154. Su actividad es múltiple y variada: 162-163. Su acción en las almas: 154. Señales de su presencia en el alma: 163. Efectos de su presencia en las almas: 156.

Eucaristía:

Santa Misa: Es un verdadero sacrificio que la Iglesia ofrece a la Trinidad: 294-295. Está prefigurada por el sacrificio del cordero pascual con cuya sangre el pueblo de Israel untó los postes de las puertas en la noche de la salida de Egipto: 209. Simboliza la unidad de la Iglesia: 22. Desarrollo de la liturgia eucarística en el siglo II: 63-64. Plegaria eucarística atribuida a San Hipólito: 99-100. Se celebra el domingo en recuerdo de la Resurrección de Jesucristo: 64.

Comunión eucarística: Al recibir la Eucaristía «tocamos» a Cristo por medio de la fe: 263. Es alimento que da fuerzas para luchar contra el demonio y vencerlo: 208-209. Sólo pueden recibirla los fieles que viven conforme a las enseñanzas de Cristo: 63. Disposiciones del alma para comulgar dignamente: 326-327, 350-352. Para acercarse a la Comunión, hay que estar libre de pecado grave: 241, 325. La ***Comunión frecuente:*** 325-326. El pensamiento de no ser digno es una falsa excusa para no recibir la Comunión sacramental: 325. Ha de servir para no recaer en el pecado: 326. Los cristianos que no guardan la castidad según su estado no pueden ser admitidos a la Comunión eucarística: 241. Acción de gracias después de la Comunión: 22.

Presencia real: La Eucaristía es realmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo: 63, 183-184. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se hacen presentes por las palabras de la Consagración: 183-184. Cristo mora con su Cuerpo y Alma en los altares: 325.

Familia cristiana: La educación de los hijos es uno de los principales deberes de los padres cristianos: 218-219. Los padres han de corregir a sus hijos: 219. Los padres han de velar por la castidad de sus hijos jóvenes: 218. Tienen el grave deber de no impedir las obras buenas de los hijos: 246. Consejos a los padres cuando se les muere algún hijo: 104-105. Hay que anteponer Dios a todos los demás afectos: 104-106. *Vid. Educación, Matrimonio.*

Fe: Hay que prestar fe a lo que Dios nos dice en la Sagrada Escritura: 254-256. Nos permite «tocar» a Cristo en los sacramentos, como la hemorroísa tocó el borde de su manto y quedó curada: 263-264. Ejemplos de fe en la Sagrada Escritura: 143. Ha de ir acompañada de las buenas obras: 25. Coherencia entre la fe y las obras:

180-181. Frutos de la fe: 83. Forma un depósito entregado por Dios a la Iglesia, que hay que custodiar inviolado: 280. Progreso en la exposición de la doctrina de la fe: 281. Es lo más propiamente nuestro: 142-143. Las dudas de Tomás ante Cristo resucitado han sido más provechosas para nuestra fe que la fe de los demás discípulos: 306. Hay que guardarse de los herejes, sembradores de mala doctrina: 31. *Vid. Doctrina, Obras.*

Fiestas: Responsabilidad de los cristianos tibios o malos, que asisten a espectáculos malos: 239.

Fieles cristianos: Qué significa ser cristiano: 180-181. Suprema dignidad que hay que reconocer y no manchar con el pecado: 269. Se les presentan dos caminos: el de la luz y el de las tinieblas: 35-36. Viven en la tierra y en el cielo: 66. Ofrecen a Dios el sacrificio espiritual de la propia vida: 261-262. No se distinguen exteriormente de los demás hombres: 65. No les es lícito desertar de su puesto en el mundo: 66-67. Son en medio del mundo lo que el alma es en el cuerpo: 66. Fidelidad a Jesucristo: 33. Deben reproducir en el alma la imagen de Cristo: 106-107. Son templos de Dios: 103, 296. Los cristianos son piedras para la construcción del templo de Dios: 31. Son como piedras que se emplean en la construcción de la Iglesia, pero esas piedras han de estar perfectamente regladas y trabajadas por medio del bautismo y la penitencia: 38 ss. No han de profanar con las malas obras el templo de Dios que son ellos mismos: 298. Han de tener limpia el alma, que es templo de Dios, cuando van al templo de Dios: 298. Diversos tipos de cristianos según su incorporación a la Iglesia: 40 ss. Han de someterse al obispo: 33. Han de sentir con especial fuerza los lazos de fraternidad con sus hermanos en la fe: 217. Deben rezar por la santidad de los sacerdotes: 245. Han de orar por todos los hombres: 31. Coherencia entre la fe y las obras: 180-181. Para ser buen cristiano, no basta con invocar al Señor, sino que es preciso cumplir efectivamente su voluntad: 45. Han de clamar a Cristo que pasa, con las buenas obras, aunque parientes y amigos les critiquen: 238-240. Han de manifestar su fe no sólo en las persecuciones cruentas, sino en la vida diaria, mediante el cumplimiento de los mandamientos: 290-292. Cuando se reúnen para celebrar la Eucaristía destruyen las obras del demonio: 32. El apostolado forma parte del camino cristiano: 36. Cómo pueden ser «madres de Cristo» en las almas: 247-248. Consejos de San Policarpo a las diversas categorías de fieles: 48. Han de dar gracias a Dios por los bienes recibidos: 286-288. Su camino se resume en la práctica de los mandamientos: 35-36. Los cristianos tibios obstaculizan el clamor a Cristo de los buenos cristianos: 239.

Filiación divina: Es el don más grande de Dios a los hombres: 258. Dios quiere ser más amado como Padre que temido como Señor: 260. No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre: 115. Brilla en el cristiano que lleva la paz a las almas acercándolas a Dios: 199-200.

Filosofía: Es el mayor de los bienes del hombre y conduce a Dios: 58-59. La revelación cristiana ayuda a la filosofía: 59.

Fortaleza: Da fuerzas para dirigirse a Dios: 234.

Fraternidad: Hay que sentir con más fuerza los lazos de fraternidad con los demás cristianos que con los que no lo son: 217. Fraternidad entre los primeros cristianos: «¡mirad cómo se aman!»: 90-91.

Gloria de Dios: Hacer todo para la gloria de Dios: 287.

Gracia divina: Es don de Dios que libra del pecado: 194. Dios la concede sin medida: 113. Dios, al amarnos, nos restituye su imagen: 266.

Herejías: Los herejes no poseen al Espíritu Santo ni la Verdad de Dios: 80-81. Los herejes siembran mala doctrina: no escucharlos: 31. Son lobos voraces que se presentan con piel de oveja: 283. Utilizan fraudulentamente los textos de la Sagrada Escritura para disimular sus errores: 282-284. Se disfrazan de apóstoles de Cristo: 283. Se conocen por sus frutos: 283-284. El gnosticismo y el montanismo: 56. Herejía arriana y semiarriana: 127-128. Herejía monofisita: 128. Herejía nestoriana: 128. Herejía pelagiana: 128. Semipelagianismo: 278.

Hombre: Creado por Dios y elevado a la participación de la vida divina: 134-135. Hecho a imagen y semejanza de Dios: 179. Una vez creado por Dios, fue sometido a prueba: 135. Es señor de la creación: 178-179. Ha sido creado por Dios con una naturaleza social: 121-124. Criatura compuesta de cuerpo y de alma: 82-83, 164. Dignidad del cuerpo humano: 165. El cuerpo humano es bueno por haberlo hecho Dios: 165. Dignidad del alma humana: 164-165. Hay que tener más cuidado del alma que del cuerpo: 213. Está llamado, en Cristo, a la glorificación y divinización de todo su ser: 99. Es responsable de sus propias acciones, por las que obtendrá premio o castigo eterno: 61. Hay que conservar castos el cuerpo y el alma: 165. Puede conocer la existencia de Dios a través de las criaturas: 226-227. A través del propio conocimiento puede llegar al conocimiento de Dios: 227-228. Invocación del hombre a su Creador: 230-232.

Humildad: Es verdadera virtud: 107. Muy relacionada con la infancia espiritual: 272-273. Virtud necesaria para conocer a Dios: 228. Ser humildes a imitación de Cristo: 271-273. Dios se complace en la humildad, como se ve en la vida de los santos patriarcas y sobre todo de la Virgen: 334. *Vid. Infancia espiritual.*

Iglesia: Se compara al cuerpo humano, formado por muchos miembros: 25-27. En la Iglesia habita el Espíritu de Dios: 80. No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre: 115. Unidad de la Iglesia: 27, 114-115. La falta de unidad entre los cristianos puede llevar a que los otros blasfemen el nombre de Dios: 27. Es joven y vieja al mismo tiempo: 37. La afean los pecados de sus hijos; por eso aparece a veces como vieja: 37. Se rejuvenece cuando sus hijos hacen penitencia por los pecados: 37. Se la compara a una torre que se construye con piedras que representan a los cristianos: 38 ss. A Cristo se le encuentra sólo en la Iglesia: 102-103. Obligaciones de los miembros de la Iglesia entre sí: 26. La sede de Roma preside a la cabeza de la caridad: 29. *Vid. Fieles cristianos, Jerarquía eclesiástica, Sacerdotes.*

Infancia espiritual: 271-272, 288-289. Consiste en tener la sencillez de los niños: 288-289. No consiste en volver a la niñez, sino en no tener gusto por el mal: 273. Jesucristo es modelo para la infancia espiritual: 289.

Jerarquía eclesiástica: Origen apostólico de la Jerarquía de la Iglesia: 26. La autoridad en la Iglesia es servicio: 244-245. El servicio episcopal: 244-245. Los obispos son defensores de la unidad de la Iglesia: 114. Los obispos tienen el deber de conservar inviolado el depósito de la fe: 280. Cualidades y deberes de los pastores en la Iglesia: 32-33. La unión de los fieles con el obispo es como una suave melodía a los oídos de Dios: 31. Los ministros sagrados tienen el grave deber de amonestar al pueblo para que se aparte del pecado: 245. Obediencia y sumisión a la Jerarquía de la Iglesia: 26. *Vid. Sacerdotes, Servicio.*

Jesucristo:

Encarnación: 267-269. El Hijo de Dios se hace hombre sin dejar de ser Dios: 170. Se encarna el Verbo divino, Artífice del universo junto con el Padre: 67. Asumió lo

que no era permaneciendo lo que era: 268. Toma una verdadera naturaleza humana y se hace consubstancial a los hombres: 98-99. Cristo es verdadero Dios y verdadero Hombre: 171-172. Se predican de Él acciones divinas y acciones humanas: 171-172. Dios se encarna para salvar a los hombres: 67, 83. El Verbo se ha encarnado por amor, para librar a los hombres de sus pecados: 135-136. Conveniencia de la encarnación en orden a la redención del género humano: 268. Confiere al hombre una dignidad sublime: 269.

Natividad y vida oculta: La creación es renovada en el nacimiento del Señor: 148. Modo nuevo y nacimiento nuevo: 269-271. El nacimiento de Cristo es modelo de infancia espiritual: 271-273. Alegría ante el misterio de la Natividad de Jesús: 267. Paradojas que se dan en el nacimiento temporal del Hijo de Dios: 150-151. Nace en pobreza y humildad para hacer ver que la salvación de los hombres no proviene de la riqueza o la fuerza humana, sino de Dios: 322-323. Realiza su misión salvadora en la humildad: 272-273. Adoración de los pastores y de los magos: 331-332. Presentación en el Templo: 332. El Niño perdido y hallado en el Templo: 102-103. Huida a Egipto: 332.

Vida pública: Bautismo en el Jordán y unción con el Espíritu Santo: 166. Las tentaciones en el desierto: 194. Las bienaventuranzas forman como una escala: 197-201. Bodas de Caná: 337-339. Conversión de agua en vino en Caná: 240-241. No está sujeto al tiempo porque es Omnipotente; por eso adelante su hora en Caná, a ruegos de su Madre: 337-338. Consejos del Señor a los Apóstoles: 138-140. Curación de la hemorroísa: 262-264. El Padrenuestro: 258-259. Elogio de la fidelidad de su Madre: 246-248. Es el Buen Pastor: 187-188. Escena del ciego de Jericó que clama junto al camino: 238-240.

Pasión y Muerte: Sufre la Pasión y Muerte para que volvamos al Padre: 260-261. Es sacerdote y víctima en la Cruz: 294. Cristo, con su Pasión y Muerte, vence al pecado: 77. Abroga la ley del pecado venciendo al demonio en la Cruz: 194-195. Eficacia del sacrificio de la Cruz: 77. El sacrificio de Cristo estaba prefigurado en la Pascua de Israel en Egipto: 72-74. El sacrificio de la Cruz estaba prefigurado en los sacrificios de la antigua Ley: 294-295. El sacrificio de Isaac es figura del sacrificio de Cristo: 103-106. Frutos de la Cruz: 361. Estupor del mundo creado ante la muerte de Cristo en la Cruz: 77.

Glorificación: Resucita con un cuerpo glorioso pero verdadero: 304-305. Resurrección, aparición a los Apóstoles en el Cenáculo y dudas de Tomás: 304-307. La Resurrección de Cristo es modelo y ejemplar de nuestra resurrección espiritual: 288.

Humanidad Santísima del Señor: Es el Pan nacido de la Virgen, fermentado en la carne y confeccionado en la pasión: 259. Conserva eternamente la naturaleza humana, ya glorificada: 295.

Identificación con Cristo: Recibe como hombre el Espíritu Santo para entregarlo a los hombres: 251-252. Nos incorpora a su Muerte y Resurrección en el sacramento del Bautismo: 155-156.

Justicia: Lleva a servir de buena gana a Dios: 234-235.

Lectura espiritual: Necesaria para progresar en el camino hacia Dios: 158. Lectura de la Sagrada Escritura: 205-207. Ventajas de la lectura de la Sagrada Escritura: 310-311. Son útiles las lecturas profanas con tal de aprovechar el oro verdadero y no el falso oro: 360.

Ley: La ley natural ha sido infundida por Dios en el corazón de los hombres: 203-205. La ley natural es conocida por el juicio de la conciencia: 204-205. La Ley antigua

mostraba a los hombres el pecado pero no daba la gracia para vencerlo: 193. *Vid. Voluntad de Dios.*

Limosna: Hay que practicarla, si queremos alcanzar misericordia de Dios: 299-300. Existen dos tipos de limosna: socorrer a los pobres y perdonar las ofensas: 300. Cómo ha de practicarse para que sea útil a quien la lleva a cabo: 311-313. Cómo la practicaban los primeros cristianos: 64.

Lucha ascética: 207-209, 212-214. Hay una lucha en el interior del hombre contra las pasiones desordenadas: 185-186. Es necesaria para recibir de Dios la salvación: 45. Comenzar y recomenzar en la vida espiritual, sin desanimarse: 212-214. Dejar de pelear porque se ha caído es una gran locura: 212-213. Ha de durar toda la vida: 274. Armas para la lucha espiritual: 208-209, 275.

Mansedumbre: Para alcanzar la mansedumbre hay que estar desprendidos de las riquezas y los honores: 198.

Mártires: Constancia de los mártires para perseverar en la fe: 51. El mártir imita la Pasión de Jesucristo: 30. Afán de San Ignacio de Antioquía por rendir el supremo testimonio de fidelidad a Cristo: 29-30. Narración del martirio de San Policarpo de Esmirna: 50-53.

Matrimonio: Ha de realizarse ante la Iglesia para que lo confirme el Señor: 33. La fidelidad conyugal es un deber grave, tanto del hombre como de la mujer: 242. Felicidad de los cónyuges cristianos: 95-96. *Vid. Educación, Familia cristiana.*

Milagros: Llaman la atención de la gente porque no suceden todos los días; pero también hay milagros ordinarios, que la mirada atenta descubre en la incansable actividad del Señor: 240-241.

Misericordia: La misericordia divina en las parábolas de la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo pródigo: 186-188. Hemos de ser misericordiosos con el prójimo si queremos alcanzar misericordia de Dios: 299-300. El cristiano que alcanza misericordia de Dios se vuelve misericordioso con todos los hombres, incluso con los enemigos: 199. Obras de misericordia corporales y espirituales: 311-313. *Vid. Caridad, Limosna.*

Mortificación: Es necesaria para luchar contra el demonio: 275.

Muerte: Es castigo del pecado original: 70. Abre las puertas de la vida eterna: 118-120. Hay que recibirla con alegría, pensando que nos une a las personas queridas que nos esperan en el Cielo: 120. Afligirse demasiado por la muerte de los seres queridos es señal de falta de fe: 119.

Mundo: Es bueno, pero lo hacen malos los hombres malos: 237. Misión de los cristianos en medio del mundo: 65-67. *Vid. Fieles cristianos, Secularidad.*

Noviazgo: Tanto los hombres como las mujeres han de vivir castidad completa durante el noviazgo: 242-243.

Obediencia: La obediencia a los mandamientos divinos devuelve al hombre lo que perdió por la desobediencia original: 70.

Obras: Las obras buenas son necesarias para la santificación: 24-25. Vienen requeridas para ser coherentes con la fe: 180-181. Si son conformes a la fe, se nos aplican las palabras de Cristo al Apóstol Tomás: «bienaventurados los que no vieron y creyeron»: 306. El cristiano clama a Cristo que pasa, como el ciego de Jericó, si realiza buenas obras: 238-240. Las obras que ha de cumplir el cristiano están como resumidas en la oración, el ayuno y la limosna: 267.

Oración: Es el sacrificio del espíritu: 94. Es diverso el modo de orar según las personas: 346. Hay que hacerla a través de Cristo: 109. Los santos y los ángeles del Cielo están junto al cristiano que hace oración: 109-110. Recogimiento interior para hacer oración: 198-109, 156-157. Las oraciones de la mañana y de la noche son prueba de agradecimiento y confianza en Dios: 287-288. Explicación del Padrenuestro: 258-259. Se ha de rezar con sencillez y humildad, con dolor de los pecados: 345. Perseverar en la oración a pesar de los obstáculos: 345-346. Cómo pedir a Dios los beneficios temporales y cómo los eternos: 235-237. Cuando Dios no concede lo que se le pide, es para nuestro bien, como el padre no atiende las súplicas del hijo pequeño cuando son un mal para él: 237. Eficacia de la oración: 94-95. Oración de San Policarpo antes del martirio: 52-53. Invocación de San Agustín a Dios: 230-232. *Vid. Presencia de Dios, Recogimiento interior.*

Paciencia: Se fomenta pensando en los sufrimientos del Señor por nosotros: 308. Cómo la practicaban los primeros cristianos: 62. Frutos de la virtud de la paciencia: 115-118. Males que acarrea la impaciencia: 117-118.

Padres de la Iglesia: Quiénes son los Padres de la Iglesia: 14. Son testigos privilegiados de la Tradición: 15. Notas características: 15-16. Fueron los iniciadores de la teología y grandes teólogos: 16. Portadores de una gran riqueza cultural, espiritual y apostólica: 17. Los Padres Apostólicos: 19-20. Los Padres Apologistas o defensores de la fe: 55-56. Por qué es importante conocer a los Padres de la Iglesia: 15.

Pascua: La eficacia de la sangre del cordero pascual para alejar al ángel exterminador en Egipto estribaba en que esa sangre era representación de la que Cristo iba a derramar en la Cruz: 209. La Pascua de Israel y la Pascua cristiana: 71-74. La Pascua de Israel es figura de la Pascua de Cristo: 75-76. La pascua personal de cada hombre consiste en el paso del pecado a la vida de la gracia: 288.

Paz: Los que llevan la paz a las almas son especialmente hijos de Dios: 199-200.

Pecado: Procede de la libre decisión del hombre, no de fuerzas naturales: 164-165. Algunos pecados conducen a la muerte eterna: 36. En esta vida pueden perdonarse aun los pecados más graves: 88. Hay que confesarlos antes de acercarse a la Comunión: 351-352.

Pecado original: Realidad del pecado original: 69-70. Fue un acto de desobediencia a Dios: 69. Se transmite desde Adán a toda su descendencia: 193. Consecuencias del pecado original: 69. Castigo del demonio por haber incitado al hombre a pecar: 208.

Penitencia: Tiene fuerza para aplacar a Dios: 213. Sirve para que los pecadores, purificados de sus pecados, puedan reintegrase al edificio de la Iglesia: 40-41. Forma parte de los actos del penitente en la Confesión: 92. Sólo hay lugar para la penitencia mientras dura la vida: 41. *Vid. Confesión sacramental.*

Pobreza: Dios tiene frío y hambre en los pobres: 299. Socorrer a los pobres es socorrer a Cristo: 299-300. La verdadera pobreza cristiana consiste en estar desprendidos de los bienes materiales, no en carecer de ellos: 85-86. Es bienaventurada la pobreza de espíritu, no la simple pobreza: 198.

Presencia de Dios: En qué consiste el ejercicio de la presencia de Dios: 158. Se puede tener a lo largo de la jornada, mientras trabajamos: 157. *Vid. Oración, Recogimiento interior.*

Primeros cristianos: Descripción de la vida de los primeros cristianos en un documento del siglo II: 65-67. Cómo vivían la caridad fraterna: 90-91. Amaban la castidad y la virginidad: 62. Cómo practicaban la paciencia: 62. Consejos de San Policarpo a los primeros cristianos: 48-49.

Profetas: Verdaderos y falsos profetas: 60.
Prudencia: Guía al hombre para que no se deje apartar de Dios: 235.

Recogimiento interior: Es necesario para dejar de lado las inquietudes diarias y unirse a Dios: 156-157. No consiste en aislarse físicamente del mundo, sino en tener desprendido el corazón: 157. Ventajas del recogimiento interior: 157. *Vid. Oración, Presencia de Dios.*
Redención: Consiste en recuperar la filiación divina perdida por el pecado: 154. Cristo, nuevo Adán, transmite a los hombres su victoria sobre el demonio: 195.
Responsabilidad: Hay que tener más cuidado del alma que del cuerpo: 213.
Revelación divina: Las criaturas hablan a gritos de la existencia de Dios: 226-227. Ha sido hecha a los hombres por el mismo Dios, que se ha encarnado: 67. Ayuda a razonar rectamente y va acompañada de prodigios que manifiestan la verdad de lo que enseña: 60. Primero se hizo por medio de los profetas, luego por Jesucristo, el Verbo encarnado: 98. Verdaderos y falsos profetas: 60.
Riquezas: Son instrumento para hacer el bien: 86. El apego a las riquezas es obstáculo para formar parte de la Iglesia: 41. El amor al dinero hace que muchos padres descuiden la educación cristiana de sus hijos: 218-219. Comentario de Clemente de Alejandría al episodio evangélico del joven que era rico: 85-86.
Romano Pontífice: Es fundamento de la unidad de la Iglesia: 114. Huellas del primado del Papa en los escritos de San Clemente Romano: 23-24.

Sacerdocio: 214-216, 221-223. Excelsa dignidad del sacerdocio cristiano, que es superior a los ángeles: 214-216. Los sacerdotes son herencia del Señor: 221-222. Administran los tesoros del Cielo: 215. Engendran a los hombres a la vida eterna: 216. Consagran el Cuerpo y la Sangre de Cristo: 215-216. Deben acercarse a la Eucaristía con alma pura y con temor: 325-326. Perdonan los pecados: 215-216. La misión del predicador es como la del mercader que ofrece a los fieles las perlas preciosas del Evangelio: 197. Los sacerdotes deben respetar y amar al obispo: 223. Han de conocer bien la Sagrada Escritura: 223. Celo por la salvación de las almas: 87-88. Obligación de amonestar a los fieles para que no se acerquen a la Comunión en pecado mortal: 243. Han de custodiar la lengua: 223. Deben vivir desprendidos de los bienes materiales: 222. Modestia en el vestir y en el arreglo personal: 222-223. Prudencia en el trato con las mujeres: 222-223. Virtudes que deben ejercitar: 221-223. Reverencia debida a los sacerdotes: 215-216.
San José: Turbación de San José ante la gravidez de María: 330-331.
Santidad: Los cristianos constituyen un pueblo santo, heredad de Dios: 24. Es fruto de la fe, pero acompañada de las obras buenas: 25. Lleva a practicar buenas obras y a evitar el pecado: 24. Una vez purificada de sus pecados, el alma se llena de afán de santidad: 199. Para alcanzarla, es preciso luchar contra el demonio y las tentaciones: 274-276.
Secularidad: Misión de los cristianos en medio del mundo: 65-67. *Vid. Fiel cristiano, Mundo.*
Servicio: Servicio de los ministros sagrados a los fieles: 244-245. *Vid. Jerarquía eclesiástica, Sacerdotes.*
Sociedad civil: Proviene de Dios, que ha creado al hombre como un ser social: 121-124. Errores de los paganos sobre el origen de la sociedad humana: 122-124. Fidelidad de los primeros cristianos en el pago de los tributos al Estado: 62.
Solidaridad: Es virtud natural que liga a los hombres entre sí: 122-124.

Sufrimientos: Si se soportan por Cristo, nos alcanzan la gloria del Cielo: 200. Valor de los sufrimientos en orden a la vida eterna: 307.

Templanza: Apacigua las pasiones y las dirige a Dios: 233-234. Templanza de los primeros cristianos en sus comidas fraternas: 90-91.
Al resistirlas con la ayuda de Dios, nos hacemos «mártires» (testigos) de Cristo: 185-186.
Tibieza: La tibieza de los cristianos es obstáculo para que los hombres clamen a Cristo: 239.
Trabajo: Necesario para ganarse el sustento y para ejercitar la caridad: 159. Rezar mientras se trabaja, al menos con el corazón: 159-160.
Tradición Sagrada: Es de origen apostólico: 19. Es fundamental para interpretar rectamente la Sagrada Escritura: 284. Fuerza y eficacia de la Tradición apostólica: 79-81.
Trinidad Santísima: Hay un solo Dios en tres Personas: 132-133. Unidad y Trinidad de Dios: 170-171. Es misterio que sobrepasa absolutamente nuestra inteligencia y nuestras palabras: 248-249. Propiedades de cada Persona divina: 170. El Verbo es eterno y llena todo el mundo en unión con el Padre: 135. Plegaria de San Agustín a la Santísima Trinidad: 248-249. *Vid. Espíritu Santo, Jesucristo.*
Tribulaciones: Si las tribulaciones se soportan por Cristo, nos alcanzan la gloria del Cielo: 200. Su valor en orden a la vida eterna: 307.

Unidad: La unión de los fieles con el Obispo es como una suave melodía a los oídos de Dios: 31. *Vid. Iglesia.*

Vida cristiana: Los cristianos constituyen un pueblo santo, heredad de Dios: 24. Es el camino de la luz: 35-36. A ella se opone el camino de las tinieblas: 35-36. Coherencia entre la fe y las obras: 60-61. Es un combate contra el demonio en el que Dios es el presidente y los ángeles los espectadores: 207-208. Necesidad de mantener limpia de pecados el alma, que es templo de Dios: 296-298. Consejos de San Policarpo a los primeros cristianos: 48-49. *Vid. Fiel cristiano, Lucha ascética, Oración, Obras.*
Vida ordinaria: Lo extraordinario de la vida ordinaria: 240-241.
Virgen Santísima:
Santidad y virtudes: En su concepción fue puesta aparte del resto de la masa de la humanidad, es decir, exenta de pecado original: 354, 365. Paralelismo entre Eva y María: 149-150. Estuvo inmune de todo pecado: 354-355. Es la llena de gracia: 146-147. Sede de todas las gracias y virtudes: 333-335. Es la porción más excelente de la Iglesia: 247. Lleva en su cuerpo la señales de la virginidad y en el alma las de la santidad: 335. Es más bienaventurada por su fe que por haber concebido virginalmente a Cristo: 246-248. Humildad de María: 334. Virginidad en el nacimiento de Cristo: 269-271. Diversos nombres de la Virgen María: 148. En la Virgen se alegran todas las criaturas: 146-147.
Vida de María: En su nacimiento, la naturaleza humana queda renovada: 354-355. La Anunciación: 147, 329-330, 342-343. Turbación de San José ante la gravidez de María: 330-331. Visitación a Santa Isabel: 330. El Magnificat de María: 106-108. Por qué es bendita entre las mujeres: 343. Nacimiento de Jesús: 331-332. Oración de la Virgen al contemplar a su Hijo recién nacido: 150-151. Lleva en sus brazos a Dios: 148. Elogio de la maternidad divina de María: 252-254. Presenta-

ción de Jesús en el templo: 332. Huida a Egipto: 332. En las bodas de Caná adelanta la hora de Cristo: 337-339. Compasión de la Virgen al pie de la Cruz: 339-341. Es la primera en ver a Cristo resucitado: 341. Vida de la Virgen después de la Ascensión de Jesucristo al Cielo: 348-349. Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al Cielo: 364-366.

Devoción a la Virgen: Excelencia del culto a la Virgen: 314-316. No oscurece el culto de Cristo, porque servir a la Sierva es servir al Señor: 315-316. Protege siempre a los cristianos: 357-358. Por medio de Ella nos vienen todas las gracias del Cielo: 357-358.

Virginidad: Muy apreciada entre los primeros cristianos: 62.

Virtudes: Ejemplos de virtudes tomados de la Sagrada Escritura: 173-175. Elenco de virtudes propias de los cristianos: 24, 173-175. Las virtudes teologales son la fe, la esperanza y la caridad, que se entrelazan unas con otras: 141-142. Las virtudes cardinales son manifestaciones de un mismo amor: 233, 235. Son necesarias para alcanzar la salvación: 174.

Vocación cristiana: Descripción de la vocación cristiana en el mundo en un documento del siglo II: 65-67. *Vid. Fieles cristianos.*

Voluntad de Dios: Se manifiesta en los mandamientos y preceptos que hay que cumplir: 45. Su cumplimiento lleva a la santidad: 24-25. *Vid. Obras.*

PADRES Y ESCRITORES CITADOS
ZONA OCCIDENTAL DEL IMPERIO ROMANO

Aquileya
S. Cromacio (+407)
Arles
S. Cesáreo (+543)
Barcelona
S. Paciano (+500?)
Cartago
Tertuliano (+225)
S. Cipriano (+258)
Lactancio (+317?)
Hipona
S. Agustín (+430)
Lyon
S. Ireneo (+202)
Marsella
S. Vicente de Lerins (+450)
Salviano (+475?)
Milán
S. Ambrosio (+397)
Poitiers
S. Hilario (+367)
Rávena
S. Pedro Crisólogo (+458?)
Roma
S. Clemente (+101?)
Pastor de Hermas (siglo II)
S. Justino (+165)
S. Hipólito (+235)
S. Jerónimo (+420)
S. León Magno (+461)
S. Gregorio Magno (+604)
Sevilla
S. Isidoro (+636)
Telepte
S. Fulgencio (+533)
Toledo
S. Ildefonso (+667)
Turín
S. Máximo (+465?)
Verona
S. Zenón (+371?)

PADRES Y ESCRITORES CITADOS
ZONA ORIENTAL DEL IMPERIO ROMANO

Alejandría
Clemente de Alejandría (+215)
Orígenes (+253)
S. Atanasio (+373)
S. Cirilo (+444)

Ancira
Teodoto de Ancira (+446)

Antioquía de Siria
S. Ignacio (+107)
S. Teófilo (+180?)

Artashat (Armenia)
Juan Mandakuni (+490)

Atenas
Discurso a Diogneto (siglo II)

Belén
S. Jerónimo (+420)

Cesarea de Capadocia
S. Basilio el Grande (+379)

Cesarea de Palestina
Orígenes (+253)

Constantinopla
S. Juan Crisóstomo (+407)
S. Romano el Cantor (+560?)
S. Máximo el Confesor (+662)
S. Germán (+733)

Creta
S. Andrés de Creta (+720)

Damasco
S. Juan Damasceno (+749)

Edesa
S. Efrén de Siria (+373)

Esmirna
S. Policarpo (+155)

Jerusalén
S. Cirilo (+387)
S. Sofronio (+638)

Monte Sinaí
S. Juan Clímaco (+649)
S. Anastasio Sinaíta (+700)

Nacianzo
S. Gregorio Nacianceno (+390)

Nisa
S. Gregorio de Nisa (+394)

Nisíbis
S. Efrén de Siria (373)

Sardes
Melitón de Sardes (siglo II)

Sarug
Santiago de Sarug (+521)

SUMARIO

Unas palabras al lector 13

Testigos de los comienzos (siglos I-II) 19

ENSEÑANZA DE LOS DOCE APÓSTOLES («DIDACHÉ») 21
Un sacrificio puro 22

SAN CLEMENTE ROMANO 23
Santidad, fe y obras 24
Miembros de un mismo Cuerpo 25

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA 28
Camino del martirio 29
Unión con la Cabeza 30
Los rasgos del buen Pastor 32

«EPÍSTOLA DE BERNABÉ» 34
Los dos caminos 35

«PASTOR DE HERMAS» 37
Piedras para construir la Iglesia 38
Los dos ángeles 42

«SECUNDA CLEMENTIS» 44
Cumplir la Voluntad de Dios 44

SAN POLICARPO DE ESMIRNA 47
Consejos de un Pastor 48
El martirio de Policarpo 50

Defensores de la fe (siglos II-III) 55

SAN JUSTINO 57
La verdadera sabiduría 58
Las obras del cristiano 60
Como los Apóstoles nos enseñaron 63

«DISCURSO A DIOGNETO» 65
La vocación cristiana 65

SAN TEÓFILO DE ANTIOQUÍA 68
El pecado original 68

MELITÓN DE SARDES 71
La vieja y la nueva Pascua 71

«LA SANTA PASCUA» 75
Los frutos de la Pasión 75

SAN IRENEO DE LYON 78
La fuerza de la Tradición 79
El Espíritu Santo, rocío de Dios 81
Santos en el alma y en el cuerpo 82

CLEMENTE DE ALEJANDRIA 84
El valor de las riquezas 85
Ejemplo de buen Pastor 87

TERTULIANO 89
¡Mirad cómo se aman! 90
Por qué confesar los pecados 91
La eficacia de la oración 94
Felicidad del matrimonio cristiano 95

SAN HIPÓLITO 97
El Verbo encarnado nos hace semejantes a Dios 98
La Plegaria Eucarística de San Hipólito 99

ORÍGENES 101
Buscar a Cristo en la Iglesia 102
Sacerdote y Víctima 103
El Magníficat de María 106
A la hora de rezar 108

SAN CIPRIANO DE CARTAGO 111
Las maravillas del Bautismo 112
Una sola Iglesia 114
Frutos de la paciencia 115
Sin miedo a la muerte 118

LACTANCIO 121
Solidaridad entre los hombres 121

La Edad de Oro de los Padres (siglos IV-V) 125

SAN ATANASIO 131
La unidad de la Santa Trinidad 132
La condescendencia divina 133

SAN HILARIO 137
Las armas del apóstol 138

SAN ZENÓN DE VERONA 141
Virtudes teologales 141

SAN EFRÉN DE SIRIA 145
Madre admirable 146
La Anunciación de la Virgen 147
Eva y María 149
La canción de cuna de María 150

SAN BASILIO EL GRANDE 152
La acción del Espíritu Santo 153
Configurarse con Cristo 154
Recogimiento interior 156
El deber de trabajar 159

SAN CIRILO DE JERUSALÉN 161
El Espíritu Santo, fuente de agua viva 162
Dignidad del alma y del cuerpo 164
El santo crisma 166

SAN GREGORIO NACIANCENO 169
Tres luces que son una Luz 170
Dios y Hombre verdadero 171
Virtudes cristianas 173
Reconocer los dones de Dios 175

SAN GREGORIO DE NISA 177
El hombre, señor de la creación 178
¿Qué significa ser cristiano? 180

SAN AMBROSIO 182
El Cuerpo de Cristo 183
El martirio interior 185
La misericordia divina 186
Sobre la amistad 188

SAN PACIANO DE BARCELONA 192
La justificación en Jesucristo 193

SAN CROMACIO DE AQUILEYA 196
Las bienaventuranzas 197

SAN JUAN CRISÓSTOMO 202
La ley natural 203
Lectura frecuente de la Sagrada Escritura 205
La pelea del cristiano 207
Como sal y como luz 209
Recomenzar 212
Dignidad del sacerdocio 214
La educación de los hijos 216

SAN JERÓNIMO 220
Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo 221
La figura del sacerdote 221

SAN AGUSTÍN 224
La búsqueda de Dios 226
El encuentro con Dios 227
Elogio de la caridad 229
Invocación al Señor 230
Las virtudes morales 233
Cómo pedir a Dios 235
Cuando Cristo pasa 238
Lo extraordinario de lo ordinario 240
Vivir la pureza en todos los estados 241
El servicio episcopal 244
La fe de María 246
Plegaria a la Santísima Trinidad 248

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA 250
Cristo nos trae el Espíritu Santo 251
Dios te salve, María... 252
Madre de Dios 254
Fe en la Palabra de Dios 254

SAN PEDRO CRISÓLOGO 257
La oración dominical 258
El sacrificio espiritual 259
Tocar a Cristo con fe 262

SAN LEÓN MAGNO 265
A imagen de Dios 266
La Encarnación del Señor 267
Nacimiento virginal de Cristo 269
Infancia espiritual 271
Un combate de santidad 274

Últimos Padres de Occidente (siglos V-VII) 277

SAN VICENTE DE LERINS 279
La inteligencia de la fe 280
La regla de la fe 282

SAN MÁXIMO DE TURÍN 285
Dar gracias a Dios en todo momento 286
Hacerse como niños 288

SALVIANO DE MARSELLA 290
Los preceptos del Señor 290

SAN FULGENCIO DE RUSPE 293
El sacrificio de Cristo 294

SAN CESÁREO DE ARLES 296
Templos de Dios 297
Sobre la misericordia 299

SAN GREGORIO MAGNO 301
Los santos ángeles 302
En la Resurrección del Señor 304
Los bienes de la enfermedad 307

SAN ISIDORO DE SEVILLA 309
Cómo leer la Palabra de Dios 310
Las obras de misericordia 311

SAN ILDEFONSO DE TOLEDO 314
Honrar a María 314

Últimos Padres de Oriente (siglos V-VIII) 317

TEODOTO DE ANCIRA 321
Lección de Navidad 322

JUAN MANDAKUNI 324
Cómo acercarse al Santísimo Sacramento 324

«HIMNO AKATHISTOS» 328
María en el Evangelio 329

SANTIAGO DE SARUG 333
Sede de todas las gracias 333

SAN ROMANO EL CANTOR 336
Las bodas de Caná 337
Madre dolorosa 339

SAN SOFRONIO DE JERUSALÉN 342
Ave María 342

SAN JUAN CLÍMACO 344
El diálogo con Dios 345

SAN MÁXIMO EL CONFESOR 347
El consuelo de la Iglesia 348

SAN ANASTASIO SINAÍTA 350
Para comulgar dignamente 350

SAN ANDRÉS DE CRETA 353
Madre inmaculada 353

SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA 356
Madre de la gracia 357

SAN JUAN DAMASCENO 359
El jardín de la Sagrada Escritura 360
La fuerza de la Cruz 361
El coro de los ángeles 363
Madre de la gloria 364

APÉNDICES

GUÍA PARA LA LECTURA 369

CRONOLOGÍA 375

AUTORES Y OBRAS CITADOS 381

ÍNDICE TEMÁTICO 387

UNAS PALABRAS AL LECTOR

El objetivo de estas páginas es poner al alcance de los lectores algunas de las piedras preciosas que se encuentran como engastadas en los escritos de los Santos Padres.

Estamos en unos tiempos caracterizados por el redescubrimiento de este gran tesoro de la Iglesia, al que se acude cada vez con más frecuencia para ilustrar aspectos de la doctrina y la espiritualidad cristianas. Sin embargo, en la mayor parte de las ocasiones, esa vuelta a los Padres no rebasa los límites de pequeños cenáculos, por la sencilla razón de que adentrarse en sus escritos no es tarea fácil. Está, en primer lugar, el obstáculo de la lengua (latín y griego, por no citar otras lenguas antiguas), que sólo en los últimos decenios ha empezado a resolverse, mediante la edición de algunas obras en idioma vernáculo; y, más allá de la lengua, la lógica dificultad de establecer contacto con escritores que vivieron hace más de mil años. Por eso, el acceso directo de los Padres sigue siendo un imposible para el gran público.

Este libro trata de ayudar a saltar ese abismo, pues ofrece textos elegidos con el criterio de que resulten útiles al hombre de hoy, por su temática, su análisis de la situación o las luces que aportan a los problemas de siempre. Durante años, en el curso de una lectura patrística constante, he ido reuniendo los que me parecían más interesantes desde este punto de vista.

No se trata, queda claro, de una *antología*. Faltan aquí, en efecto, textos que serían esenciales en una historia del dogma porque han ejercitado una enorme influencia en el pensamiento teológico de la Iglesia, pero que

resultarían poco «digeribles» para el hombre y la mujer de hoy, quizá por hallarse excesivamente ligados a las circunstancias históricas concretas que les dieron origen. Por eso, más que de una antología, yo hablaría de una *selección* llevada a cabo con el objetivo de ofrecer al cristiano corriente, no especialista, materia de reflexión y de estímulo en su vida cristiana ordinaria.

Qué son los Padres de la Iglesia

En el uso de la Biblia y de la antigüedad cristiana, la palabra «Padre» se aplicaba en un sentido espiritual a los maestros. San Pablo dice a los Corintios: «Aunque tengáis diez mil preceptores en Cristo, no tenéis muchos padres, porque sólo yo os he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio»[1]. Y San Ireneo de Lyon: «Cuando alguien recibe la enseñanza de labios de otro, es llamado hijo de aquél que le instruye, y éste, a su vez, es llamado padre suyo»[2]. Como el oficio de enseñar incumbía a los obispos, el título de «Padre» fue aplicado originariamente a ellos.

Coincidiendo con las controversias doctrinales del siglo IV, el concepto de «Padre» se amplía bastante. Sobre todo, el nombre se usa en plural —«los Padres», «los Padres antiguos», «los Santos Padres»—, y se reserva para designar a un grupo más o menos circunscrito de personajes eclesiásticos pertenecientes al pasado, cuya autoridad es decisiva en materia de doctrina. Lo verdaderamente importante no es la afirmación hecha por uno u otro aisladamente, sino la concordancia de varios en algún punto de la doctrina católica. En este sentido, el pensamiento de los obispos reunidos en el Concilio de Nicea, primero de los Concilios ecuménicos (año 325), adquiere enseguida un valor y una autoridad muy especiales: es preciso concordar con ellos para mantenerse en la comunión de la Iglesia Católica. Refiriéndose a los Padres de Nicea, San Basilio escribe: «Lo que nosotros enseñamos no es el resultado de nuestras reflexiones personales, sino lo que hemos aprendido de los Santos Padres»[3]. A partir del siglo V, el recurso a «los Padres» se convierte en argumento que zanja las controversias.

---

[1] 1 *Cor* 4, 15.
[2] *Contra los herejes* 4, 41, 2.
[3] *Epístola* 140, 2.

Por qué conocer a los Padres

¿Por qué es tan importante, en el momento actual, el conocimiento de los escritos de los Padres? Hace pocos años, un documento de la Santa Sede intentaba responder a esta cuestión. Se dan en esas páginas tres razones fundamentales: 1) Los Padres son testigos privilegiados de la Tradición de la Iglesia. 2) Los Padres nos han transmitido un método teológico que es a la vez luminoso y seguro. 3) Los escritos de los Padres ofrecen una riqueza cultural y apostólica, que hace de ellos los grandes maestros de la Iglesia de ayer, de hoy y de siempre[4]. El análisis de estas afirmaciones puede servirnos para ilustrar cómo los escritos de estos autores constituyen un verdadero *tesoro* de la Iglesia; un tesoro cuyo conocimiento y disfrute no debería quedar reservado a unos pocos, ya que es patrimonio de todos los cristianos.

La doctrina predicada por Jesucristo, Palabra de Dios dirigida a los hombres, fue consignada por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo y entregada a la Iglesia. La Sagrada Escritura es, por eso, un Libro de la Iglesia: sólo en la Iglesia, a la luz de una Tradición que se remonta al mismo Cristo, puede ser adecuadamente entendida y transmitida a las generaciones posteriores. Las ciencias positivas de que hace uso la moderna exégesis constituyen, sin duda, un instrumento valiosísimo para profundizar en el contenido de la revelación, pero a condición de que no se utilicen *fuera* del sentir de la Iglesia, y menos aún, *contra* el sentir de la Iglesia. Cuando se cercena esta relación esencial existente entre la Biblia y la Iglesia, la Palabra de Dios queda desposeída de su virtud salvífica, transformadora de los hombres y de la sociedad, y se ve reducida a mera palabra de hombres.

Los Padres son testigos privilegiados de la Tradición

Los Santos Padres nos transmiten, con sus comentarios y escritos, la doctrina viva que predicó Jesucristo, transmitida sin interrupción por los Apóstoles a sus sucesores, los obispos. Por su cercanía a aquel tiempo, el testimonio de los Padres goza de especial valor.

Habitualmente se considera que su época abarca los siete primeros siglos de la Era Cristiana. Naturalmente, cuanto más antiguo sea un Padre,

---

[4] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA ENSEÑANZA CATÓLICA, *Instrucción sobre los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, 30-XI-1989.

más autorizado será su testimonio, siempre que su doctrina resulte concorde con lo que Jesucristo reveló a la Iglesia, y su conducta haya estado en sintonía con esas enseñanzas.

Ortodoxia de doctrina y *santidad de vida* constituyen, pues, notas distintivas de los Padres. Algunos —no muchos en relación al total— han sido formalmente declarados tales por la Iglesia, al ser citados con honor por algún Concilio o en otros documentos oficiales del Magisterio eclesiástico. La mayoría, sin embargo, no han recibido esa aprobación explícita; el solo hecho de su antigüedad, unida a la santidad de su vida y a la rectitud de sus escritos, basta para hacerles merecedores del título de «Padres» de la Iglesia.

Como se ve, esas dos notas resultan esenciales. Por esta razón, si falta alguna, a esos escritores no se les cuenta propiamente en el número de los Padres, aunque sean muy antiguos. Muchos de ellos, sin embargo, son tenidos en gran consideración por la Iglesia, que les reconoce incluso una especial autoridad en algún campo. Resulta obvio aclarar que nunca se trata de autores que voluntariamente se apartaron de la unidad de la fe, como es el caso de los que fueron declarados herejes por algún Concilio. Se trata más bien de personajes que, de buena fe, erraron en algún punto de doctrina no suficientemente aclarado en esos momentos; muchas veces ese error es achacable más bien a sus seguidores. En estos casos, aun sin darles el título de «Padres», la Iglesia los honra como escritores eclesiásticos cuyas enseñanzas gozan de especial valor en algunos aspectos.

Los Padres nos transmiten un método teológico luminoso y seguro

Aunque a veces, desde el punto de vista técnico, los instrumentos de que disponían los Padres para el estudio científico de la Palabra de Dios eran menos precisos que los que ofrece la moderna exégesis bíblica, no hay que olvidar lo que poníamos de relieve al principio: que los Libros Sagrados no son unos libros cualquiera, sino Palabra de Dios entregada a la Iglesia, y sólo en la Iglesia y desde la Iglesia puede desentrañarse su más hondo contenido. En este nivel profundo, los Padres se constituyen en intérpretes privilegiados de la Sagrada Escritura: a la luz de la Tradición, de la que son exponentes de primer plano, y apoyados en una vida santa, captan con especial facilidad el sentido espiritual de la Escritura, es decir, lo que el Espíritu Santo —más allá de los hechos históricos rela-

tados y de lo que se deduzca científicamente de unos concretos géneros literarios— ha querido comunicar a los hombres por medio de la Iglesia.

Por otra parte, a los Santos Padres debemos en gran parte la profundización científica en la doctrina revelada, que es la tarea propia de la teología. No sólo porque ellos mismos constituyen una «fuente» de la ciencia teológica, sino también porque muchos Padres fueron grandes teólogos, personas que utilizaron egregiamente las fuerzas de la razón para la comprensión científica de la fe, con plena docilidad al Espíritu Santo. En algunos campos, sus aportaciones a la ciencia teológica han sido definitivas. Y todo esto, sin perder nunca de vista el sentido del misterio, del que tan hambriento se muestra el hombre de hoy, gracias precisamente a su sintonía con el espíritu de la Sagrada Escritura y a su experiencia personal de lo divino.

Los Padres son portadores de una gran riqueza cultural, espiritual y apostólica

En los escritos de los Padres se encuentra una gran riqueza cultural, espiritual y apostólica. Predicaban o escribían con la mirada puesta en las necesidades de los fieles, que en gran medida son las mismas ayer que hoy; por eso se nos muestran como maestros de vida espiritual y apostólica. Constituyen además, especialmente en estos momentos, un ejemplo luminoso de la fuerza del mensaje cristiano, que ha de «inculturarse» en todo tiempo y lugar, sin perder por ello su mordiente y su originalidad. Resulta impresionante comprobar, en efecto, cómo los Santos Padres supieron fecundar con el mensaje evangélico la cultura clásica (griega y latina), cómo en algunos casos fueron creadores de culturas (en Armenia, en Etiopía, en Siria, por ejemplo), cómo sentaron las bases para la gran floración de la época medieval, pues prepararon la plena inserción de los pueblos germánicos, pertenecientes a una tradición cultural completamente diversa, en la raíz del Evangelio.

«Si quisiéramos resumir las razones que inducen a estudiar las obras de los Padres, podríamos decir que ellos fueron, después de los Apóstoles, como dijo justamente San Agustín, los sembradores, los regadores, los constructores, los pastores y los alimentadores de la Iglesia, que pudo crecer gracias a su acción vigilante e incansable. Para que la Iglesia continúe creciendo es indispensable conocer a fondo su doctrina y su obra, que se distingue por ser al mismo tiempo pastoral y teológica, catequé-

tica y cultural, espiritual y social en un modo excelente y, se puede decir, única con respecto a cuanto ha sucedido en otras épocas de la historia. Es justamente esta unidad orgánica de los varios aspectos de la vida y misión de la Iglesia lo que hace a los Padres tan actuales y fecundos incluso para nosotros»[5].

Es el deseo que me ha movido a recoger esta selección de textos y ponerlos al alcance de un público amplio. Si sirven para que los cristianos de comienzos del tercer milenio se familiaricen un poco con estos hermanos nuestros en la fe, a quienes debemos en gran parte que la antorcha de la doctrina cristiana haya seguido encendida por siglos y siglos, me daré por muy satisfecho.

[5] CONGREGACIÓN PARA LA ENSEÑANZA CATÓLICA, *Instrucción sobre los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, 30-XI-1989. n. 47.